

FRANZ KAFKA

DIARIOS

1910 - 1923

Compilación de
MAX BROD



EMECÉ EDITORES, S. A.
BUENOS AIRES

Obras de Franz Kafka
publicadas por Emecé Editores:

INFORME PARA UNA ACADEMIA,
relato. 6.000 ejemplares, mayo de 1943.

AMÉRICA, *novela.* 14.000 ejemplares, noviembre de 1943.

EL CASTILLO, *novela.* 15.500 ejemplares, octubre de 1949.

LA CONDENA, *cuentos, relatos y otros escritos.*
11.500 ejemplares, febrero de 1952.

LA MURALLA CHINA, *cuentos, relatos y otros escritos.*
7.000 ejemplares, enero de 1953.

EL PROCESO, *versión escénica por André Gide, J.-L. Barrault.* 4.500 ejemplares, abril de 1952.

DIARIOS, 1910 - 1923

FRANZ KAFKA / DIARIOS

Título del original alemán:
TAGEBÜCHER

Traducción de
J. R. WILCOCK

1910

Los espectadores se inmovilizan cuando el tren pasa a su lado.

"Si él me lo preguntara." La penúltima *a* desprendida de la oración, se alejó volando como una pelota por el césped.[1]

Su gravedad me mata. Con la cabeza metida en el cuello de la camisa, el cabello inmóvil y peinado sobre el cráneo, los músculos de la quijada tensos en su lugar...

¿Estará allí el bosque todavía? El bosque todavía estaba. Pero apenas mi mirada se alejó diez pasos, me di por vencido, nuevamente arrastrado por la tediosa conversación.

En la oscuridad del bosque, sobre esa tierra empapada de humedad, sólo me guiaba la blancura de su cuello.

Rogué en sueños a la bailarina Eduardowa[2] que bailara una vez más las Czardas. Una ancha banda de sombra o de luz le cruzaba la cara, entre el borde inferior de la frente y la hendidura de la barbilla. Pero en ese momento llegó alguien, con los asquerosos ademanes del intrigante inconsciente, para decirle que ya se iba el tren. Al ver cómo escuchaba esta advertencia, comprendí con terrible claridad que ya no bailaría más. "Soy una mujer mala y perversa, ¿no es verdad?", me dijo. "¡Oh, no!", le contesté, "eso no", y me volví para alejarme en una dirección cualquiera.

Antes le había preguntado qué eran esas flores que llevaba en la cintura. "Provienen de todos los príncipes de Europa", me contestó. Pensé, como explicación, que esas flores frescas que llevaba en la cintura eran un regalo de todos los príncipes de Europa a la bailarina Eduardowa.



La bailarina Eduardowa, amante de la música, viaja en tranvía, como en cualquier otro vehículo, acompañada por dos violinistas, y a menudo los hace tocar. Porque no existe ninguna disposición que prohiba tocar en el tranvía, mientras toquen bien; a los pasajeros les gusta, y no les cuesta nada, si nadie pasa el platillo. Por supuesto, al principio es un poco desconcertante, y durante unos minutos todos lo consideran incorrecto. Pero a plena marcha, al viento y en una calle silenciosa, resulta bastante agradable.

De cerca, la bailarina Eduardowa no es tan bonita como en escena. Su tez pálida; esos pómulos que le estiran la piel hasta no permitirle casi ningún movimiento de la cara; la nariz grande, que surge como de una cavidad, y que no admite bromas, tales como comprobar la dureza de la punta, o cogerla suavemente por el tabique y darle unos tironcitos, diciéndole al mismo tiempo: "Ahora sí, tienes que seguirme." Su corpulenta silueta, con el talle tan alto y esas faldas con tantos pliegues, ¿a quién puede gustarle?; parece una de mis tías, una señora de edad; muchas tías viejas de muchas personas se parecen a ella. Al aire libre, realmente, la Eduardowa carece de toda compensación para estos defectos, exceptuando sus hermosos pies; para decir verdad, nada que pueda suscitar entusiasmo, asombro o por lo menos respeto. Es así como muchas veces he visto que aun caballeros muy correctos, muy hombres de mundo, la trataban con una indiferencia que no podían disimular; aunque se esforzaban mucho en ese sentido, naturalmente, por consideración hacia una bailarina tan conocida como lo era todavía la Eduardowa.

Al tacto, el pabellón de mi oreja parecía fresco, agreste, frío y jugoso como una hoja.

Escribo esto francamente desesperado por mi cuerpo y por el porvenir que me espera con este cuerpo.

Cuando la desesperación es tan definida, tan unida a su objeto, tan concentrada en sí misma como la de un soldado que cubre la retirada y por cubrirla se deja hacer pedazos, entonces no es la verdadera desesperación. La verdadera desesperación llega inmediatamente y en todos los casos más allá de su meta, (al trazar esta coma se hizo evidente que sólo la primera frase era cierta).

¿Estás desesperado?
¿Sí? ¿estás desesperado?
¿Huyes? ¿quieres esconderte? [3]

Los escritores hablan inmundicias.

Las costureras bajo la lluvia torrencial.[4]

Finalmente, después de cinco meses de mi vida, durante los cuales no pude escribir nada que me satisficiera, y que ningún poder podrá compensarme, aunque todos se sintieran obligados a ello, se me ocurre la idea de volver a hablar conmigo mismo. Cada vez que realmente me formulaba una pregunta, siempre contestaba, siempre había algo que arrancar de mí, de este manojo de paja que soy desde hace cinco meses y cuyo destino parece ser encenderse en verano y consumirse antes de que los espectadores tengan tiempo de parpadear. ¡Si por lo menos pudiera sucederme eso! Y que me sucediera decenas de veces, porque ni siquiera me arrepiento de esa época desdichada. Mi estado no es la desdicha, pero tampoco es dicha; no es ni indiferencia, ni debilidad, ni cansancio, ni otros intereses, ¿y entonces qué es? El hecho de que yo no lo sepa, se relaciona sin duda con mi incapacidad de escribir. Y ésta creo comprenderla, aunque no sé el motivo. En efecto, todas las cosas que se me ocurren, no se me ocurren desde la raíz, sino en cierto modo desde la mitad. Que intente entonces alguien retenerlas, que intente alguien retener una hierba y aferrarse a ella, cuando esa hierba sólo crece de la mitad del tallo hacia arriba. Podrían hacerlo algunas personas, por ejemplo algunos prestidigitadores japoneses, capaces de subirse a una escalera que no se apoya en el suelo, sino en la planta de los pies de una persona acostada con las piernas en alto, y cuyo extremo superior no se apoya en la pared, sino en el aire. Yo no puedo, aparte de que mi escalera ni siquiera dispone de esos pies donde apoyarse. Naturalmente, esto no es todo, y no basta con esa pregunta para hacerme hablar ¡Pero si por lo menos me dirigieran una línea por día, como hoy se dirige el telescopio hacia los cometas! Y si me fuera posible aparecer una vez ante esa frase, seducido por esa frase, tal como yo era por ejemplo por la Navidad pasada, cuando ya había llegado a un punto en que apenas podía contenerme, y parecía pisar el último peldaño de mi escalera, una escalera que sin embargo descansaba tranquilamente sobre el piso y sobre la pared... Pero ¡qué piso, qué pared! Y sin embargo esa escalera no se caía, tanto la apretaban mis pies contra el piso, tanto la alzaban mis pies contra la pared.

Hoy cometí por ejemplo tres impertinencias, una con un conductor, otra con una persona que me presentaron; es decir, sólo fueron dos, pero me duelen como un dolor de estómago. Cometidas

por una persona cualquiera, habrían sido insolencias, cuanto más tratándose de mí. Por lo tanto, perdí los estribos, me debatí en el aire, en medio de la neblina, y lo peor de todo fué esto: que nadie advirtió que yo cometía la impertinencia también como una impertinencia contra mis acompañantes, que debía cometerla, debía asumir la expresión apropiada y la responsabilidad correspondiente; lo más triste fué que uno de mis conocidos considerara esa insolencia no como una indicación de mi carácter, sino como el carácter en sí, y me llamara la atención sobre ella y la admirara. ¿Por qué no me quedaré dentro de mí mismo? Sin duda ahora pienso: mira, el mundo acepta tus castigos, el conductor y la persona que te presentaron se callan; cuando te fuiste, este último te saludó. Pero eso no quiere decir nada. No puedes conseguir nada si te sales de ti mismo; y mientras tanto, ¿cuántas cosas pierdes dentro de tu círculo? A estas palabras, sólo contestaré: prefiero dejarme golpear dentro de mi círculo, antes que dar yo los golpes fuera de él; pero ¿dónde diablos está ese círculo? En otra época, en verdad, yo lo veía en el suelo, como marcado con cal, pero ahora me parece flotar en torno, no, ya ni siquiera flota.

Noche del cometa, 17-18 de mayo.

Estuve con Blei, su mujer y su hijito; de vez en cuando, desde afuera, oía dentro de mí algo parecido al gemido de un gatito, al pasar; pero es siempre lo mismo.

Cuántos días nuevamente trascurridos en silencio; hoy es 28 de mayo. ¿Ni siquiera tengo la voluntad suficiente para tomar en la mano esta lapicera, este trozo de madera, todos los días? Estoy seguro de que no la tengo. Remo, monto a caballo, nado, me tiendo al sol. En consecuencia, las pantorrillas tienen buen aspecto, los muslos no están mal, el vientre es aceptable, pero el pecho es todavía muy miserable, y si mi cabeza hundida entre los hombros...

Domingo, 19 de julio de 1910: dormir, despertar, dormir, despertar, una vida miserable.

Cuando reflexiono, debo confesar que mi educación me ha dañado en muchos sentidos. Sin embargo, no me crié en un lugar apartado, en una ruina, digamos, en medio de las montañas; alguna circunstancia que no pudiera justificar una sola palabra de reproche. Aun corriendo el riesgo de que ni uno solo de mis antiguos maestros me comprenda, diré que lo que más habría preferido

es justamente haber sido ese pequeño habitante de las ruinas, tostado por el sol que a través de ellas brillaba para mí, sobre la hiedra tibia, aunque debilitado al principio por el peso de mis buenas cualidades, que crecían en mí con el vigor de la maleza.

Cuando reflexiono, debo confesar que mi educación me ha dañado en muchos sentidos. Este reproche alcanza a una cantidad de personas; es decir, a mis padres, a algunos parientes, a algunas personas que visitaban regularmente nuestra casa, a diversos escritores, a cierta cocinera que durante un año me acompañó a la escuela, a una multitud de maestros (me veo obligado a agruparlos estrechamente en el recuerdo, porque si no, siempre se me caería alguno; pero como los he comprimido tanto, la masa entera se me desmorona poco a poco), a un inspector escolar, a lentos peatones que pasaban a mi lado; en fin, este reproche se insinúa a través de toda la sociedad como un puñal, y nadie, lo repito, nadie puede por desgracia estar seguro de que la punta de ese puñal no se le aparecerá de pronto por delante, por detrás o por el flanco. No quiero oír ninguna contradicción a este reproche, porque ya he oído demasiadas, y como en general he sido refutado por la mayor parte de los que me contradecían, incluyo esas contradicciones en mi reproche y declaro ahora que mi educación y esas refutaciones me han dañado en muchos sentidos.

A menudo reflexiono, y siempre debo reconocer que mi educación me ha perjudicado bastante en muchos sentidos. Este reproche se dirige a una cantidad de personas; en efecto, las veo a todas juntas, y como en esas viejas fotografías en grupo, no saben qué hacer, no se les ocurre siquiera bajar la mirada, y están con tanta expectativa que ni se atreven a reírse. Son mis padres, algunos parientes, algunos profesores, cierta cocinera, algunas muchachas de la escuela de bailes, algunas personas que solían visitar nuestra casa durante mi infancia, algunos escritores, un maestro de natación, un boletero, un inspector escolar, ciertas personas que sólo encontré una vez en la calle, y otros que francamente no puedo recordar, y ésos que no recordaré nunca más en mi vida, y finalmente aquellos cuya instrucción me pasó totalmente desapercibida en ese momento, porque me encontraba un poco distraído; en fin, son tantos, que me cuesta trabajo no nombrar dos veces al mismo. Y hacia todos ellos dirijo mi reproche, los presento entre sí de esta manera; pero no tolero ninguna contradicción. Porque para decir verdad he soportado ya bastantes contradicciones, y como

en su mayoría me han refutado, no puedo hacer otra cosa que incluir también esas impugnaciones en mi reproche, y decir que aparte de mi educación también esas impugnaciones me han sido perjudiciales en muchos sentidos.

Tal vez podría suponerse que me crié en algún lugar apartado. No, me crié en el centro de la ciudad, en pleno centro. No me crié, por ejemplo, en una ruina en medio de las montañas o al borde de un lago. Hasta aquí, mi reproche había cubierto y ensombrecido a mis padres y a sus acompañantes; pero ahora lo hacen a un lado con facilidad y se ríen porque alejo de ellos mis manos y las llevo a mi frente y pienso: Habría preferido ser ese pequeño habitante de las ruinas que escucha el graznido de los grajos, mientras sus sombras revolotean sobre él; ese niño que se refresca a la luz de la luna; aun cuando al principio me hubiera sentido un poco débil bajo el peso de mis buenas cualidades, que crecían en mí con el vigor de la maleza, quemado por el sol que a través de las ruinas inundaba en toda dirección mi lecho de hiedras.

Se dice, y nos sentimos inclinados a creerlo, que los hombres amenazados por el peligro no demuestran ninguna consideración ni siquiera hacia las más hermosas desconocidas; las arrojan contra los muros, las empujan con la cabeza y las manos, con las rodillas y los codos, si al huir del teatro incendiado esas mujeres les cortan el paso. Entonces callan nuestras charlatanas, su charla interminable se convierte en un verbo y un punto, las cejas se alzan sobre su lugar habitual, el movimiento respiratorio de sus muslos y sus caderas se interrumpe, en sus bocas mal cerradas por el terror entra más aire que de costumbre, y los carrillos parecen hincharse levemente.[5]

—Oye —le dije, dándole un empujoncito con la rodilla (con esta frase repentina se me escapó de la boca un poco de saliva, como un mal augurio)—, no te duermas.

—No me duermo —me contestó, sacudiendo la cabeza mientras abría los ojos—. Si me durmiera, ¿cómo podría vigilarte? ¿Y acaso no tengo que vigilarte?; ¿no es acaso por eso que no te despegaste de mí desde que nos encontramos frente a la iglesia? Sí, ya hace bastante tiempo, lo sabemos, deja en paz ese reloj en tu bolsillo.

—En efecto, es bastante tarde —dije.

Tuve que reírme un poco, y para disimularlo, miré con interés hacia el interior de la casa.

Realmente, ¿te gusta tanto? Entonces, ¿te gustaría mucho subir, te gustaría tanto? Pues dilo, no te morderé. Mira, si crees que allá arriba estarás tanto mejor que aquí, pues entonces sube, en seguida, sin preocuparte por mí. Mi opinión, es decir, la opinión de un transeúnte casual, es que volverás a bajar de inmediato, y que entonces te resultará muy agradable encontrar aquí, de algún modo, a alguien a quien ni siquiera querrás mirar en la cara, y que sin embargo te cogerá por el brazo, te devolverá las fuerzas con un vaso de vino en alguna taberna cercana y luego te llevará a su habitación, que aun siendo tan miserable, todavía posee un par de vidrios que la separen de la noche; por ahora, puedes reírte de esta opinión. En verdad, y esto puedo repetirlo delante de quien quieras, aquí abajo nos va tan mal; sí, en realidad estamos peor que perros, pero en lo que a mí respecta no tiene remedio; que me quede aquí en la alcantarilla juntando toda el agua de la lluvia, o que con los mismos labios beba champán bajo los candelabros, para mí es lo mismo. Además, ni siquiera puedo elegir entre ambas cosas, realmente no me ocurre nunca nada que pueda llamar la atención; cómo podría ocurrirme, bajo el andamiaje de todas esas ceremonias que me son necesarias, que apenas me permiten arrastrarme como una cucaracha. En cambio tú, quién sabe todo lo que en ti se oculta; tienes coraje, por lo menos crees tenerlo; haz la prueba, qué te importa; a menudo, si uno presta atención, consigue reconocerse hasta en el rostro del criado que abre la puerta.

—Si yo supiera con seguridad que eres sincero conmigo, hace tiempo que habría subido. Pero ¿cómo saber si eres franco conmigo? Ahora me miras como si yo fuera un niñito, eso no mejora las cosas, sólo consigue empeorarlas. Aunque quizá prefieras empeorarlas. Ya no soporto más el aire de la calle, mi lugar está arriba, entre la gente. Cuando presto atención, me pica la garganta, ahí tienes; además toso. ¿Y acaso sospechas cómo me irá allá arriba? El pie con que entraré en la sala ya se habrá transformado antes de que alce el otro.

—Tienes razón, no soy sincero contigo.

—Sí, me voy, subiré la escalera, aunque tenga que hacerlo con un salto mortal. De esa reunión espero todo lo que me falta; sobre todo la organización de mis fuerzas, a las que no basta la especie de intensificación que la calle ofrece a este soltero como única posibilidad. A éste le bastaría conservar su físico realmente pobre, proteger su par de comidas diarias, evitar la influencia de los demás, en fin, mantener lo poco que se puede

mantener en este mundo que se desintegra. Pero si pierde algo, entonces trata de recuperarlo por la fuerza; por más cambiado, por más debilitado que ese algo esté, por más que no tenga sino la apariencia de lo que antes poseyó (como casi siempre ocurre). Su esencia es por lo tanto suicida, sólo tiene dientes para su propia carne, y carne para sus propios dientes. Porque cuando uno carece de centro de gravedad, de profesión, de amor, de familia, de renta, es decir, cuando uno no puede oponerse al mundo en las cosas más importantes (sin mayores pretensiones de éxito, naturalmente), cuando no puede engañarlo hasta cierto punto mediante un vasto complejo de posesiones, entonces tampoco puede uno protegerse de esas pérdidas que momentáneamente lo destruyen. Este soltero, con sus ropas livianas, su arte impetratorio, sus piernas resistentes, su temido cuarto de pensión, su existencia en general remendada y que ahora vuelve a la luz después de tanto tiempo, este soltero tiene que sostener todo con los brazos, y siempre se le cae algo cuando por casualidad trata de coger alguna otra cosita encontrada por casualidad. Naturalmente, en eso radica la verdad, la más pura de todas las verdades visibles. Porque ése que realmente nos parece el más completo ciudadano, es decir, el que surca el mar en un barco, con espuma delante y una estela detrás, rodeado por un gran alboroto, muy distinto de ese otro que está sobre las olas con su par de maderitas, que hasta se golpean y se sumergen entre sí; él, ese señor y ciudadano, no corre menos peligro, porque él y su propiedad no son uno, sino dos, y quien destruye el vínculo lo destruye también a él. En este sentido, nosotros y nuestros conocidos somos totalmente irreconocibles, porque estamos totalmente ocultos, yo por ejemplo vivo oculto detrás de mi profesión, detrás de mis padecimientos imaginarios o reales, detrás de mis inclinaciones literarias, etcétera.

Pero demasiado a menudo me sumerjo hasta el fondo de mí mismo, y con demasiada intensidad, para poder conformarme aunque sólo fuera a medias. Y apenas permanezco un cuarto de hora ininterrumpido en esa profundidad, ya me fluye en la boca el mundo ponzoñoso, como el agua en la boca del ahogado.

En este momento no hay casi ninguna diferencia entre el soltero y yo; sólo que yo todavía puedo recordar mi juventud en la aldea, y que tal vez, si así lo deseara, o simplemente si me lo exigiera mi situación, podría lanzarme de nuevo hacia allá. El soltero en cambio no tiene nada por delante, y por lo tanto nada por detrás. En este momento no hay ninguna diferencia entre nosotros, pero el soltero sólo tiene este momento. En aquella época, que

hoy ya nadie recuerda, porque nada puede estar más aniquilado que aquella época, en aquella época cometió el gran error, cuando se sumergió para siempre en el fondo de sí mismo, como cuando descubrimos de pronto una úlcera en nuestro cuerpo, que hasta ese momento era lo menos importante de nuestro cuerpo, ni siquiera lo menos importante, porque todavía parecía no existir, y que ahora resulta ser lo más importante de todo, lo único que poseíamos en el cuerpo desde nuestro nacimiento. Si todo nuestro ser se orientaba hasta ahora hacia la labor de nuestras manos, hacia lo que nuestros ojos veían, hacia lo que nuestros oídos oían, hacia los pasos de nuestros pies, desde este momento nos volvemos repentinamente en la dirección opuesta, como una veleta en la montaña.

En vez de huir entonces, aunque sólo hubiera sido en esta última dirección, ya que únicamente la huída podía mantenerlo sobre la punta de los pies, y únicamente la punta de los pies podía mantenerlo sobre la tierra, en vez de eso se acostó, como a veces se acuestan en invierno los niños en la nieve, para congelarse. Tanto él como esos niños saben realmente que la culpa es de ellos, por haberse acostado o por haber cedido de algún modo; saben que no hubieran debido hacerlo a ningún precio, pero no pueden saber que después de la trasformación que ahora tiene lugar, en ellos, en los campos o en la ciudad, olvidarán toda culpa anterior y toda compulsión, y que se desplazarán en el nuevo elemento como si fuera el antiguo. Pero olvidar no es aquí la palabra adecuada. La memoria de ese hombre ha sufrido hasta ahora tan poco como su imaginación. Pero no pueden mover las montañas; el hombre se queda para siempre fuera de nuestro pueblo, fuera de nuestra humanidad, eternamente hambriento, sólo posee el momento, el infinito momento del sufrimiento, jamás seguido por el destello de un momento de alivio, sólo posee una cosa, para siempre: sus dolores; pero en toda la faz de la tierra no hay otra cosa suya que le sirva de remedio, sólo tiene la tierra que cubren sus pies, sólo el sostén que logran aferrar sus manos; es decir, mucho menos que el trapecista de variedades, debajo de cuyo trapecio han tendido por lo menos una red de seguridad.

Nosotros, realmente, estamos presos entre nuestro pasado y nuestro porvenir. Nos pasamos todo nuestro tiempo libre y gran parte de las horas de trabajo en verlos subir y bajar en la balanza. La ventaja del futuro, en cuanto a tamaño, es compensada por el peso del pasado, y en última instancia ya no se diferencian entre sí, la primera infancia se vuelve tan clara como el futuro, y el final del futuro ya ha sido vivido por nuestros suspiros, y por

lo tanto es pasado. Así se cierra casi este círculo, sobre cuyo borde nos movemos. Ahora bien, este círculo realmente nos pertenece, pero sólo nos pertenece mientras nos atengamos a él, apenas nos corremos un poco hacia un lado, movidos por una distracción cualquiera, un olvido, un susto, un asombro, un cansancio, y ya lo hemos perdido en los espacios; hasta ahora teníamos la nariz metida en la corriente de las épocas, ahora nos quedamos atrás; antes nadadores, ahora paseantes; y estamos perdidos. Estamos fuera de la ley, nadie lo sabe y sin embargo todos nos tratan como si lo supieran.

—No debes pensar en mí ahora. ¿Y cómo pretendes compararte conmigo? Hace más de veinte años que vivo en la ciudad. ¿Puedes siquiera imaginarte lo que eso significa? Veinte veces he visto pasar cada estación —y agitó la mano sobre la cabeza—. Estos árboles crecieron sobre mí durante veinte años; qué pequeño llega uno a ser debajo de ellos. Y todas esas noches, ¿sabes?, en todas esas casas. De pronto uno se apoya en esta pared, de pronto en aquélla, y la ventana gira en torno de nosotros. Y por las mañanas uno mira por la ventana, aleja la silla de la cama y se sienta para tomar el café. Y por las noches uno apoya el codo y con la mano se sostiene la oreja. Sí, si por lo menos eso no fuera todo. Si por lo menos uno adquiriera algunas costumbres nuevas, como las que pueden observarse todos los días en estas calles... Tal vez ahora te parecerá que pretendo quejarme. Pero no, para qué quejarme; de todos modos, ni una cosa ni la otra me son permitidas. Todavía me quedan mis paseos, y eso debería bastarme; no hay ningún lugar en el mundo donde no pueda dar mis paseos. Pero ahora podría parecer nuevamente que me vanaglorio de todo esto.

—Entonces no me preocupo. No debí quedarme frente a la casa.

—Por lo tanto, no te compares conmigo en ese sentido, y no te dejes atemorizar por mis palabras. Después de todo eres un adulto, y además pareces estar bastante abandonado en la ciudad.

No me falta mucho para estarlo. Mi esencia protectora parece disolverse en la ciudad; los primeros tiempos me sentía muy bien, porque esa disolución acaece como una especie de apoteosis, y durante esa apoteosis todo lo que nos ataba a la vida desaparece, pero aun al desaparecer nos ilumina por última vez con su luz humana. Así me encuentro ahora ante este soltero, y es muy probable que él me quiera por eso, aunque sin comprender claramente el motivo. De vez en cuando, sus palabras parecen indicar que se conoce perfectamente a sí mismo, que sabe quién está

delante de él y que por lo tanto puede permitirse cualquier cosa. No, sin embargo, no es así. Él preferiría mucho más encarar de esta manera a todo el mundo, porque sólo puede vivir como un parásito o como un ermitaño. Sólo es ermitaño por obligación, y en cuanto esta obligación desaparece bajo el influjo de fuerzas que le son desconocidas, ya es un parásito, que aprovecha toda oportunidad para mostrarse insolente. Por supuesto, ya nada en el mundo puede salvarlo, y por eso su conducta nos hace pensar en el cadáver de un ahogado, arrastrado por una corriente hasta la superficie, que choca con algún nadador fatigado, y trata de aferrarse a él. El cadáver no vuelve a la vida, en realidad ni puede ser salvado, pero en cambio puede hundir consigo al nadador.

6 de noviembre. Conferencia de cierta Madame Ch. sobre Musset. Costumbre de las mujeres judías de chasquear la lengua. Comprensión del francés durante todos los preliminares y a través de las dificultades de la anécdota, hasta que justamente un instante antes de la palabra final, la que debería sobrevivir en el corazón sobre las ruinas de la anécdota entera, el francés se desvanece ante nuestros ojos; tal vez nos hemos esforzado demasiado hasta ese momento; la gente que comprende francés se va antes del final, puesto que ya han oído lo suficiente, los otros han oído excesivamente poco; la acústica de la sala favorece más las toses en los palcos que la voz de la expositora. Cena en casa de Rachel; ésta lee la *Fedra* de Racine con Musset; el libro está entre los dos, sobre la mesa, donde por otra parte hay de todo.

El cónsul Claudel [6], el brillo de sus ojos que la ancha cara recoge y refleja; todo el tiempo quiere despedirse; consigue despedirse de unos cuantos, pero no de todos, porque cada vez que se despide de alguien, aparece otro, detrás del cual vuelve a ubicarse el que acaba de ser despedido. Sobre la tribuna de conferencias hay un palco para la orquesta. Toda clase de ruidos molestos. Un camarero en la entrada, huéspedes en sus habitaciones, un piano, una orquesta de cuerdas distante, un martilleo, finalmente una pelea cuya localización provoca grandes dificultades y por lo tanto irrita. En un palco, una señora con pendientes de diamantes, que destellan casi sin interrupción. En la boletería, jóvenes de negro, pertenecientes a un círculo francés. Uno de ellos saluda con una profunda reverencia, lo que obliga a sus ojos a pasearse por el suelo. Al mismo tiempo sonríe ampliamente. Pero sólo hace eso frente a las jóvenes, a los hombres los mira directamente a la cara, con una expresión grave en los labios, con lo

que al mismo tiempo explica que la reverencia anterior era una ceremonia tal vez ridícula, pero en todo caso inevitable.

7 de noviembre. Conferencia de Wiegler[7] sobre Hebbel. Aparece sentado en el escenario, ante un decorado que representa una habitación moderna, como si debiera entrar su amada por una puerta, para empezar por fin la obra. No, lee la conferencia. Hambre de Hebbel. Complicadas relaciones con Elisa Lensing. En la escuela, su maestra es una solterona que fuma, toma rapé, da palizas y premia a los mejores chicos con uvas. Viaja por todas partes (Heidelberg, Munich, París), sin motivo aparente. Al principio es criado en casa de un administrador del consejo parroquial; duerme en una misma cama con el cochero, bajo la escalera.

Julius Schnorr von Carolsfeld; dibujo de Friedrich Olivier; está dibujando en un talud; qué hermoso y serio parece (un sombrero alto como un bonete de payaso aplastado, con un ala dura y angosta que le tapa la cara, cabello largo y ondulado, sólo tiene ojos para su dibujo, las manos quietas, la lámina sobre las rodillas, un pie apoyado sobre el talud, más bajo que el otro). Pero no, es Friedrich Olivier, dibujado por Schnorr.

15 de noviembre a las diez de la noche. No me permitiré sentirme cansado. Me zambulliré dentro de mi novela aunque me corte la cara en pedazos.

16 de noviembre a las doce. Leo *Ifigenia en Táuride.* En verdad, aparte de algunos pasajes aislados, a veces defectuosos, el reseco idioma alemán en labios de un joven puro es en esta obra francamente asombroso. Durante la lectura, cada palabra es lanzada por el verso hacia las alturas, donde despide ante el lector una luz tal vez débil pero penetrante.

27 de noviembre. Lectura de obras de Bernhard Kellermann, por el autor. "Algunas páginas inéditas de mi pluma", así empezó. Aparentemente, un hombre simpático, de pelo hirsuto y casi gris, cuidadosamente afeitado, nariz puntiaguda; sobre los pómulos, la carne de las mejillas ondula a menudo como una ola. Es un escritor mediocre, con aciertos parciales (un hombre sale al corredor, tose y mira en torno para ver si no hay nadie); además, es un hombre honesto, que quiere leer lo que ha prometido, pero el público no lo deja, asustado por el primer relato sobre un sana-

torio de enfermos mentales, y aburrido por su manera de leer; todos se van, a pesar del suspenso barato del cuento, desfilan incesantemente, uno por uno, con prisa, como si hubiera otra conferencia al lado. Cuando después de leer el primer tercio del relato bebió un poco de agua mineral, se fué una cantidad de gente. Se asustó. "Ya termino", mintió descaradamente. Cuando terminó, todos se pusieron de pie, hubo algunos aplausos que sonaron como si alguien se hubiera quedado sentado entre todos los que estaban de pie, y aplaudiera para sí. Kellermann quería seguir leyendo otro cuento, quizá varios más. Pero ante la dispersión general del público sólo atinó a abrir la boca. Finalmente, después de hacerse aconsejar, dijo: "Todavía podría leerles con mucho gusto un cuentito, que sólo dura quince minutos. Haré ahora un intervalo de cinco minutos." Algunos se quedaron, y a continuación leyó un cuento que en ciertos momentos justificaba a cualquiera que hubiera decidido salir corriendo desde el rincón más alejado de la sala, a través y por encima de todos los oyentes.

15 de diciembre. No puedo de ningún modo seguir creyendo en las conclusiones que hasta ahora deducía de mi estado de ánimo, un estado que dura desde hace ya casi un año, y que es demasiado serio para permitirme esas conclusiones. Realmente, ni siquiera sé si puedo decir que no es un nuevo estado. Mi verdadera opinión es ésta: que es un estado nuevo; he conocido otros similares, pero nunca uno igual. Sí, soy como de piedra, como si fuera mi propia lápida sepulcral, sin el menor intersticio para la duda o para la fe, para el amor o para la repulsión, para el coraje o para el temor en particular o en general; sólo subsiste una vaga esperanza, pero con menos vida que las inscripciones de las lápidas fúnebres. Casi ninguna palabra que escribo concuerda con otra; las consonantes se entrechocan con ruido de latas, y las vocales cantan como negros de feria. Mis dudas envuelven cada palabra, las veo antes de ver la palabra; pero ni eso, no veo de ningún modo las palabras, las invento. Esto no sería la peor desgracia, realmente, si pudiera inventar palabras capaces de alejar en alguna dirección ese olor cadavérico, para que no nos diera directamente en la cara a mí y al lector. Cuando me siento ante mi escritorio, mis sensaciones corresponden a las de un hombre que se cae en medio de la Place de l'Opéra y se rompe las dos piernas. Todos los coches se precipitan silenciosamente hacia él, a pesar de su estrépito, desde todos lados y hacia todos lados, pero el dolor de ese hombre mantiene el orden mejor que la policía;

le cierra los ojos, vacía la plaza y las calles; no es necesario que los vehículos se hagan a un lado. El excesivo movimiento lo aflige, porque en realidad su presencia es una obstrucción para el tránsito, pero el vacío no es menos afligente, porque pone en libertad su verdadero dolor.

16 de diciembre. No abandonaré más este diario. Debo aferrarme a él, ya que no puedo aferrarme a otra cosa. Me gustaría explicar el sentimiento de felicidad que de vez en cuando siento en mí, como ahora. Es realmente algo efervescente, algo que me colma completamente con livianos y agradables estremecimientos, y me persuade de ciertas aptitudes, de cuya inexistencia puedo en cualquier momento, en este mismo momento, convencerme con absoluta certeza.

Hebbel elogia las *Reiseschatten* * de Justinus Kerner. "Y una obra como ésta apenas existe, nadie la conoce."

Die Strasse der Verlassenheit ** de W. Fred. ¿Cómo se escriben semejantes libros? Un hombre que en pequeña escala puede producir páginas bastante aceptables, dilata su talento hasta la magnitud de una novela, de una manera tan lamentable, que uno se siente mal, aun cuando no deje de admirar la energía con que malgasta su propio talento.

Esa búsqueda de personajes secundarios, que encuentro en las novelas, obras de teatro, etc. ¡El sentimiento de solidaridad que experimento entonces! En *Las Doncellas de Bischofsberg* [8] (¿se llamará así?) se habla de dos costureras que cosen el ajuar de la única novia de la obra. ¿Qué es de esas dos muchachas? ¿Dónde viven? ¿Qué habrán hecho para no poder intervenir en la obra? Obligadas a quedarse afuera, frente al arca de Noé, ahogándose casi bajo la lluvia torrencial, sólo pueden apretar por última vez las caras contra el vidrio de un ojo de buey, de manera que el espectador de la platea sólo vislumbra en él, durante un instante, una mera sombra oscura.

17 de diciembre. Ante la apremiante pregunta de si algo estaba alguna vez en reposo, Zenón contestó: "Sí, la flecha que vuela está en reposo."

* Sombras viajeras. *(N. del T.)*
** La calle del abandono. *(N. del T.)*

Si los franceses fueran en esencia como los alemanes, ¡cómo serían admirados sobre todo por los alemanes!

El hecho de haber tirado y tachado la mayor parte de lo que escribí durante este año, en realidad casi todo me resulta ahora un obstáculo para seguir escribiendo. Es en verdad una montaña, cinco veces más voluminosa que todo lo que había escrito hasta ahora, y su magnitud basta para arrastrar hacia sí todo lo que mi pluma escribe.

18 de diciembre. Si no fuera indudable que el motivo que me induce a dejar las cartas (aun aquellas cuyo contenido es previsiblemente insignificante, como ésta que tengo aquí delante) sin abrir durante cierto tiempo radica en mi debilidad y en mi cobardía, que titubean en abrir una carta como titubearían en abrir la puerta de una habitación donde alguien tal vez impaciente me espera, podría entonces explicar mucho mejor ese desdén epistolar como una demostración de firmeza de carácter. Es decir, suponiendo que yo fuera una persona de carácter firme, debería tratar de prolongar todo lo que se refiere a la carta, y por lo tanto abrirla con lentitud, leerla despacio y repetidas veces, considerarla largamente, preparar la versión definitiva mediante muchos borradores, y finalmente demorarme en el envío de la respuesta. Todo esto está a mi alcance, lo único que no puedo evitar es la llegada repentina de la carta. Por lo tanto, retardo también esto de una manera artificial, tardo mucho en abrirla; continuamente se me ofrece, continuamente la recibo, pero no la acepto.

Once y treinta de la noche. Que si no me libero de la oficina estoy simplemente perdido, es para mí una verdad de claridad meridiana; sólo se trata de mantener mientras pueda la cabeza erguida para no ahogarme. Hasta qué punto esto será difícil, la cantidad de energías que esto me absorberá, lo demuestra desde ya el hecho de que hoy no haya podido cumplir con mi nueva resolución de escribir desde las ocho hasta las once, de que en este momento ni siquiera lo considere un desastre tan grande, y de que sólo escriba rápidamente estas pocas líneas para poder ir a acostarme.

19 de diciembre. Empecé a trabajar en la oficina. Por la tarde, en casa de Max.

Leí un poco el diario de Goethe. La lejanía inmoviliza e im-

pregna de serenidad su vida, estos diarios la incendian. La claridad de todos los acontecimientos la vuelve misteriosa, así como la verja de un parque descansa la vista que contempla vastos céspedes, inspirándonos sin embargo un espurio respeto.

En este momento llega por primera vez de visita mi hermana casada.[9]

20 de diciembre. ¿Con qué me perdonaré la observación de ayer sobre Goethe (casi tan falsa como el sentimiento que describe, ya que el sentimiento real huyó ante la llegada de mi hermana)? Con nada. ¿Con qué me perdonaré no haber escrito nada en todo el día? Con nada. Sobre todo porque hoy no estoy tan mal predispuesto como de costumbre. Continuamente oigo una voz en mi oído: "¿Cuándo llegarás, invisible sentencia?"

Para que estas frases falsas, que a ningún precio quieren desaparecer de mi relato, me dejen por fin tranquilo, apunto dos aquí:

"Su respiración era ruidosa como los suspiros de los sueños, donde soportamos la desdicha mejor que en el mundo real, de modo que la simple respiración nos sirve de suspiros."

"Ahora lo miro con la libertad con que se mira un pequeño juego de paciencia, que nos hace pensar: Qué importa si no puedo meter las bolitas en los agujeros; total, todo esto me pertenece, el vidrio, la caja, las bolitas, y lo demás; si quiero puedo meterme tranquilamente el problema en el bolsillo."

21 de diciembre. Curiosidades de *Taten des grossen Alexander* * de Michail Kusmin:

"Niño con la parte superior del cuerpo muerta, la inferior viva; cadáver de niño que mueve sus piernitas rojas."

"Llevó a los inmundos reyes Gog y Magog, que se alimentaban de gusanos y moscas, hacia unas peñas partidas y los selló hasta el fin del mundo con el sello de Salomón."

"Ríos de piedras, donde en lugar de agua se precipitaban las piedras con gran estrépito, junto a los arroyos de arena que fluyen tres días hacia el sur y tres días hacia el norte."

"Amazonas, mujeres con el seno derecho quemado, cabello corto, calzado de hombre."

"Cocodrilos que con su orina quemaban los árboles."

* Los hechos del gran Alejandro. *(N. del T.)*

Estuve en casa de Baum[10], donde oí cosas tan hermosas. Yo, tan frágil como antes y como siempre. La sensación de estar atado y al mismo tiempo la otra, la sensación de que si me liberara sería peor aún.

22 de diciembre. Hoy ni siquiera me atrevo a formularme reproches. Proclamados en este día vacío, resonarían con un eco repugnante.

24 de diciembre. Hoy revisé más atentamente mi escritorio y vi que nada bueno puedo sacar de él. Hay tantas cosas, en un desorden tan desproporcionado y sin esa sociabilidad que demuestran entre ellas las cosas desordenadas, y que hace soportable cualquier desorden. Que reine entonces el desorden sobre el paño verde, tal vez ocurría lo mismo en las plateas de los antiguos teatros. Pero que de las galerías...

[Continúa el día siguiente.]

25 de diciembre ...de los casilleros abiertos surjan colecciones de periódicos viejos, catálogos, tarjetas postales, cartas, parcialmentos rotos, parcialmente abiertos, en forma de escalera; esta indigna situación arruina todo. Algunas cosas relativamente enormes aparecen en la platea con la máxima actividad posible, como si en los teatros se permitiera que los comerciantes pongan al día sus libros en la sala, que los carpinteros claven, que el oficial blanda el sable, que el sacerdote se dirija a los corazones, el erudito a la razón, el político al espíritu ciudadano, que los enamorados no se contengan, etc. En mi escritorio sólo se yergue el espejo de afeitarse tal como se lo coloca para dicha operación; el cepillo de la ropa yace con sus cerdas sobre el pupitre; el portamonedas abierto, en caso de que se me ocurra pagar; en el llavero asoma una llave lista para funcionar, y la corbata todavía está semienroscada al cuello que acabo de sacarme. El casillero siguiente, encima del anterior, ya angostado por los cajoncitos laterales cerrados, no es más que un cuarto de desperdicios, como si el primer balcón de la sala de espectáculos, en realidad el lugar más visible del teatro, estuviera reservado a la gente más vulgar, a los viejos verdes cuya suciedad emerge poco a poco de adentro hacia afuera, groseros patanes que dejan colgar los pies por encima de la baranda del palco. Familias con tantos hijos que uno se reduce a mirarlos sin contarlos, exhiben aquí la suciedad de los cuartos de los niños pobres (ya chorrea hacia la platea); en el

fondo, en la oscuridad, están sentados los enfermos incurables; por suerte sólo se los ve cuando uno ilumina especialmente la zona, etc. En este estante yacen viejos papeles que yo habría tirado hace tiempo si tuviera una cesta de papeles, lápices con la punta rota, una caja de fósforos vacía, un pisapapeles de Karlsbad, una regla con un canto cuya irregularidad sería excesiva para una calle de campo, algunos botones de cuello, hojitas de afeitar usadas (no hay lugar en el mundo para ellas), una traba de corbata, y otro pisapapeles más. En el estante de arriba...

Desdichado, desdichado, y sin embargo con buenas intenciones. Ya es medianoche, pero como dormí muy bien, esto sólo es una excusa si se considera que durante el día no había escrito nada. La luz eléctrica encendida, la casa silenciosa, la oscuridad exterior, los últimos instantes de vigilia, me dan el derecho de escribir; aunque sea escribir cosas miserables. Y utilizo apresuradamente ese derecho. Eso soy yo.

26 de diciembre. Hace dos días y medio que estoy casi completamente solo, y aunque no me he trasformado, estoy en camino de hacerlo. Estar solo tiene sobre mí un influjo que nunca falla. Mi interior se disuelve (por ahora sólo superficialmente) y se pone en situación de dejar surgir lo más profundo. Progresivamente, mi interior se ordena un poco, y más no necesito, porque para un talento pequeño lo peor es el desorden.

27 de diciembre. Mis fuerzas no alcanzan para una sola frase más. Sí, si sólo se tratara de palabras, si bastara enunciar una palabra para que uno pudiera alejarse con la tranquila convicción de haberla llenado enteramente de sí mismo.

Perdí parte de la tarde durmiendo; cuando estaba despierto descansaba en el sofá, recordando algunas experiencias amorosas de mi juventud, demorándome con despecho en una ocasión desperdiciada (estaba resfriado, en cama, y mi niñera me leía *La Sonata de Kreutzer,* con la intención de aprovechar mi turbación), imaginando mi cena vegetariana, conforme con mi digestión, y preguntándome con temor si la vista me duraría toda la vida.

28 de diciembre. Basta que me haya portado humanamente durante algunas horas, como hoy en casa de Max, y luego en casa de Baum, para sentirme lleno de orgullo en el momento de acostarme.

1911

3 de enero. —Oye —le dije, dándole un empujoncito con la rodilla—. Quier despedirme.

Con esta frase repentina se me escapó de la boca un poco de saliva, como un mal augurio.

—Pero hace mucho que pensabas despedirte —dijo él; se apartó de la pared y se desperezó.

—No, no pensaba en eso.

—Entonces, ¿en qué pensabas?

—Trataba de prepararme un poco más para la reunión que me espera. Por más que te esfuerces, no podrías comprenderlo. Yo, un provinciano cualquiera, que en cualquier momento podría confundirme con ésos que se reúnen a centenares para esperar determinados trenes en las estaciones.

4 de enero. Glaube und Heimat *, de Schönherr.

Debajo de mí, los dedos húmedos de los espectadores de la galería, que se secan los ojos.

6 de enero. —Oye —le dije, apuntando y dándole un empujoncito con la rodilla—, me voy. Si tú también quieres verlo, abre los ojos.

—¿Ah, sí? —preguntó él, mientras me miraba con los ojos perfectamente abiertos, con una mirada fija, tan débil sin embargo que yo habría podido apartarla con un ademán—. ¿Así que te vas? ¿Qué quieres que haga? No puedo retenerte. Y aunque pudiera, no querría. Con esto quiero simplemente aclararte esa sensación tuya de que yo podría hacer algo todavía por retenerte.

E inmediatamente adoptó esa expresión de los criados subalternos, mediante la cual en un país, por otra parte bien ordenado, consiguen suscitar obediencia o temor en los hijos de sus amos.

* Fe y Patria. *(N. del T.)*

7 de enero. La hermana de N., tan enamorada de su novio, que hace lo posible por hablar a solas con cada visita, ya que ante una sola persona uno puede expresar y repetir mejor su amor.

Como por arte de magia, ya que ni las circunstancias exteriores ni las internas (en todo este año no han sido más favorables que ahora) me lo impedían, no pude escribir durante todo el día, aunque es domingo. Tuve algunas consoladoras vislumbres de lo desdichado que soy.

12 de enero. Durante estos últimos días me abstuve de escribir muchas cosas que me atañen, en parte por pereza (ahora duermo tanto de día, y tan profundamente; mientras duermo soy más pesado), en parte también por el temor de traicionar la conciencia que tengo de mí mismo. Este temor se justifica, porque sólo es permisible fijar literariamente la conciencia que uno tiene de sí mismo, cuando se lo hace con la más absoluta integridad hasta en sus menores consecuencias incidentales, así como con perfecta veracidad. Porque si esto no ocurre, y de todos modos yo no sería capaz de tanto, lo escrito sustituye, por propia decisión y con el vasto poder de lo ya fijado, lo que sólo vagamente se ha sentido, de tal manera, que el sentimiento verdadero desaparece, y uno comprueba, demasiado tarde ya, la invalidez de lo apuntado.

Hace unos días, Leonie Frippon, cantora del "Stadt Wien". El peinado era una masa contenida de rizos. Mal corsé, vestido muy viejo, pero muy bonita con sus ademanes trágicos, el aleteo de los párpados, esa manera de echar hacia afuera las largas piernas, los movimientos del brazo a lo largo del cuerpo, bien estudiados, la significativa rigidez del cuello en los pasajes de sentido ambiguo. Cantó: *Colección de botones en el Louvre.*

Schiller, dibujado por Schadow en 1804, en Berlín, donde había sido muy homenajeado. No se puede aferrar una cara con más vigor que por esa nariz. El tabique de la nariz está un poco caído, a consecuencia de la costumbre de tirarse la nariz mientras trabajaba. Una persona simpática, algo demacrada, a quien la cara afeitada probablemente ha envejecido un poco.

14 de enero. Una novela, *Eheleute* *, de Beradt. Exceso de judaísmo desagradable. Repentinas, monótonas, cómicas apariciones del autor; por ejemplo: "Todos estaban contentos, pero había

* Casados. *(N. del T.)*

alguien presente que no estaba contento." O si no: "aquí viene un tal señor Stern" (a quien ya conocemos hasta la médula de sus novelísticos huesos). En Hansun también hay algo semejante, pero en él es tan natural como los nudos en la madera, aquí en cambio gotea sobre la acción como un remedio de moda sobre el azúcar. Insiste sin necesidad en formas de expresión inusitadas, por ejemplo: "Estaba muy ocupado con el pelo de ella, ocupado y nuevamente ocupado." Algunos caracteres, sin aparecer bajo una nueva luz, están bien descriptos; tan bien, que ya no importan algunos errores ocasionales. Los caracteres secundarios, en su mayoría, sin esperanzas.

17 de enero. Max me leyó el primer acto de *Abschied von der Jugend.** Cómo podría yo, tal como soy ahora, ponerme a la altura de eso; tendría que hurgar en mí durante un año, por lo menos, antes de descubrirme una emoción verdadera, y sin embargo se supone que tengo algún derecho de quedarme hasta altas horas sentado en el café, torturado por la flatulencia incesante de una digestión que a pesar de todo es pésima, frente a una obra tan grande.

19 de enero. Ya que según parece estoy totalmente acabado, de pies a cabeza —en todo el año pasado no estuve despierto durante más de cinco minutos—, deberé, día tras día, o desear alejarme de una vez del mundo, o, sin entrever en el intento ni siquiera la más moderada esperanza, empezar desde el principio como una criatura. Exteriormente, esto me será más fácil que antes, porque en aquellos tiempos yo me esforzaba todavía, con un débil presentimiento, por lograr una obra representativa que estuviera ligada palabra por palabra a mi vida, que yo pudiera apretar contra el pecho y que me trasportara hacia otras alturas. Con qué desesperación (por supuesto, nada comparable con mi desesperación actual) empecé. Qué sensación de frío me perseguía el día entero, un frío que surgía de lo que yo había escrito. Qué grande era el peligro, y con qué constancia operaba, para que yo no sintiera de ningún modo ese frío, lo que después de todo no disminuía casi en nada mi desdicha.

Una vez imaginé una novela, donde dos hermanos luchaban entre sí; uno se iba a América, mientras el otro se quedaba en una cárcel europea. Empecé a escribir algunas líneas, de vez

* Despedida de la Juventud. *(N. del T.)*

en cuando, porque inmediatamente me cansaba. Es así como una tarde de domingo que estábamos de visita en casa de mis abuelos y yo había comido un trozo de pan con manteca, un pan notablemente tierno que era habitual en aquella casa, escribí algo relativo a mi cárcel. Es posible que lo hiciera sobre todo por vanidad, y que al mover el papel sobre el escritorio, al hacer ruido con el lápiz, al mirar hacia todas partes bajo la lámpara quisiera atraer a alguien que me pidiera lo escrito para mirarlo y admirarme. En esas pocas líneas describía principalmente el corredor de la cárcel, sobre todo su silencio y su frialdad; decía también alguna palabra compasiva sobre el hermano que se había quedado, porque era el hermano bueno. Tal vez tuviera momentáneamente la sensación de la falta de valor de mi descripción, pero antes de aquella tarde nunca me había preocupado mucho por esas sensaciones, sentado entre mis parientes, a los que estaba habituado (mi timidez ante todo era tan grande que bastaba lo habitual para hacerme sentir casi feliz), junto a esa mesa redonda en esa habitación tan conocida, sin poder olvidar que era joven y que de esa tranquilidad presente llegaría alguna vez a grandes cosas. Un tío, bastante burlón, cogió finalmente esa página que yo apenas sostenía entre los dedos, y se redujo a decir a los demás que lo seguían con la mirada: "lo de siempre"; a mí no me dijo nada. Me quedé por cierto sentado, y seguí inclinado como antes sobre mi página evidentemente inútil, pero en realidad me habían echado con un solo empujón de la sociedad; el veredicto de mi tío resonaba en mí con un sentido ya casi real, y aun en medio del ambiente familiar tuve una vislumbre de los espacios helados de nuestro mundo, que yo me vería obligado a calentar con un fuego que ante todo debía procurar.

19 de febrero. Hoy, cuando quise levantarme de la cama, me caí simplemente al suelo. Esto tiene una explicación muy sencilla: estoy totalmente exhausto por el trabajo. No el trabajo de la oficina, sino mis otras ocupaciones. La oficina sólo tiene esta parte inocente de culpa: que si yo no tuviera que ir, podría vivir tranquilamente para mí trabajo y no perdería esas seis horas diarias, que me han hecho sufrir hasta un punto que usted no puede imaginarse, sobre todo el viernes y el sábado, cuando estaba tan absorto por mis propias cosas. Mirándolo bien, lo sé perfectamente, esto es pura conversación, la culpa es mía y todas las exigencias de la oficina son claras y justificadas. Pero esto representa para mí una espantosa doble vida, que probablemente no

tenga otra vía de escape que la locura. Escribo esto a la clara luz de la mañana, y le aseguro que no lo escribiría si no fuera tan cierto y si no lo quisiera a usted como un hijo.

Por lo demás, mañana estaré seguramente bien y volveré a la oficina, donde lo primero que oiré decir es que usted ha pedido que me trasladen a otro departamento.

19 de febrero. La naturaleza insólita de mi inspiración, bajo cuyo influjo yo, el más desdichado y el más dichoso de los seres, debo ir a acostarme a las dos de la madrugada (tal vez perdure, si consigo soportar su idea, porque es más elevada que todas las que conocí anteriormente), es tal que puedo todo, no sólo lo que se refiere a una obra determinada. Cuando escribo arbitrariamente una frase como esta: "Miró por la ventana", ya es perfecta.

—¿Te quedarás aquí mucho tiempo más? —le pregunté. Con estas palabras repentinas se me escapó de la boca un poco de saliva, como un mal augurio.

—¿Te incomoda? Si te incomoda, o tal vez te impide subir, me iré en seguida; si no, prefiero quedarme, porque estoy cansado.

Después de todo, él tenía derecho a sentirse a gusto, y tanto más a gusto cuanto mejor lo conociera. Porque aparentemente, él me conocía cada vez mejor, y podía meterme en su bolsillo a mí y todo lo que yo sabía. ¿Cómo explicar si no que yo estuviera todavía en la calle, como si frente a mí hubiera una fogata y no una casa? Cuando uno está invitado a una reunión, entra simplemente en la casa, sube la escalera, y ni se da cuenta, tan absorto está en sus pensamientos. Sólo así se obra como corresponde obrar ante sí y ante la sociedad.[11]

20 de febrero. Mella Mars en el "Lucerna". Ingeniosa actriz trágica, que en cierto modo aparece en un escenario invertido, como aparecen a veces las actrices detrás de la escena. Al entrar presenta un rostro cansado, realmente chato, vacío y avejentado, lo que es en realidad la introducción natural de todo actor famoso. Habla con sequedad, también sus movimientos son secos, empezando por el pulgar doblado hacia atrás, que en vez de huesos parece tener tendones duros. Extraordinaria capacidad de trasformación de su nariz, según las variaciones de la luz, y huecos entre los músculos que se mueven en torno. A pesar del eterno centelleo de sus ademanes y palabras, subraya con delicadeza.

Las pequeñas ciudades tienen también pequeños alrededores para los paseantes.

Los juveniles, limpios y bien vestidos jóvenes que pasaban a mi lado por el Promenoir [12] me recordaban mi juventud, y por lo tanto me hicieron una impresión muy poco agradable.

Las cartas de juventud de Kleist, a los veintidós años. Abandona la carrera militar. En su casa le preguntan: "Y ahora, ¿a qué te dedicarás para ganarte el pan?", ya que eso se daba por sentado. "Tienes que elegir entre la jurisprudencia y la economía política. Pero, ¿dispones de alguna influencia en la corte?" "Al principio lo negué, un poco desconcertado, pero luego declaré con tanto más orgullo que aun en el caso de disponer de esas influencias, de acuerdo a mis ideas actuales me avergonzaría de utilizarlas. Se rieron; comprendí que me había precipitado un poco. Hay que tener mucho cuidado al decir ese tipo de verdades."

21 de febrero. Vivo aquí como si estuviera perfectamente seguro de vida, así como por ejemplo me consolé de no haber aprovechado mi estadía en París con la idea de que haría lo posible para volver pronto. Al mismo tiempo, el aspecto de las zonas de luz y de sombra en el pavimento de la calle, netamente delimitadas.

Durante un instante me sentí como metido dentro de una armadura.

Qué lejos están de mí, por ejemplo, los músculos del brazo.
Marc Henry-Delvard. La sensación de tragedia suscitada en el espectador por la sala vacía favorece el efecto de las canciones tristes, pero menoscaba las alegres. Henry dice el prólogo, mientras la Delvard se arregla el cabello detrás de un telón —pero ella no lo sabe— traslúcido. En las funciones de poco público, W., el empresario, parece tener la barba encanecida, su barba asiria que de costumbre es intensamente negra. Es bueno hacerse dar alas por semejante temperamento, dura unas veinticuatro horas, no, no tanto. Gran despliegue de trajes; trajes bretones, la falda de abajo es la más larga, de modo que uno puede saber desde lejos la fortuna de la persona. Como quieren ahorrarse un acompañante, al principio acompaña la Delvard, con un vestido verde muy descotado y se hiela. Gritos callejeros parisienses. Los vendedores de diarios omitidos. Alguien me habla; antes de permitirme respirar, se despide. La Delvard es ridícula, con una sonrisa de solterona, una solterona de cabaret alemán. Con un chal rojo, que va a buscar detrás del telón, se hace la revolucionaria. Poemas de Dauthendey, con la misma voz dura, una voz viscosa, que nada podría cortar. Sólo al principio, femeninamente sentada ante el piano, resultó simpática. Con la canción "*à Batignolles*", sentí que París me oprimía la garganta. Se supone que en Batignolles todos viven de rentas, hasta los apaches. Bruant ha compuesto una canción para cada barrio.

EL MUNDO URBANO

Oskar M., un estudiante de cierta edad —si uno lo miraba de cerca, sus ojos daban miedo— se detuvo bajo la nieve, una tarde de invierno, en una plaza vacía; vestía ropas de abrigo, un sobretodo, una bufanda en torno del cuello y una gorra de piel en la cabeza. Parpadeó, reflexivamente. Tan hundido estaba en sus pensamientos, que en cierto momento se quitó la gorra y se pasó por la cara la rizada piel. Finalmente, pareció llegar a una decisión, y con un movimiento de bailarín se volvió en dirección de su casa.
Cuando abrió la puerta de la sala paterna, vió a su padre, un hombre afeitado de cara grávida y carnosa, sentado ante una mesa vacía, frente a la puerta.
—Por fin —dijo éste, apenas había puesto Oskar los pies en la habitación—; quédate junto a la puerta, por favor, porque estoy tan furioso contigo que no respondo de mí mismo.
—Pero padre —dijo Oskar, y sólo al hablar advirtió que la prisa le había hecho perder el aliento.
—¡Silencio! —gritó el padre, y se puso de pie, cubriendo una ventana—. Silencio, te ordeno. Y guárdate para ti tus "peros", ¿entiendes?
Al mismo tiempo, cogió la mesa con ambas manos y la acercó un paso hacia Oskar.
—No pienso seguir soportando tu vida de inútil. Ya estoy viejo. Esperaba que tú fueras el consuelo de mi vejez, y en cambio me resultas peor que mis enfermedades. Un hijo así se lo regalo a cualquiera, un hijo que a fuerza de pereza, extravagancias, maldad y (¿por qué no decírtelo francamente?) estupidez, está llevando a la tumba a su anciano padre.

El padre calló, pero su cara siguió moviéndose como si todavía hablara.

—Querido padre —dijo Oskar acercándose cautelosamente a la mesa—, cálmate, ya se arreglará todo. Hoy se me ha ocurrido una idea que me convertirá en una persona muy industriosa, mucho más que todo lo que puedes desear.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el padre, y miró hacia un rincón de la habitación.

—Confía en mí; a la hora de la cena te explicaré todo. En el fondo siempre fuí un buen hijo, pero el hecho de no poder demostrarlo abiertamente me amargaba tanto que prefería disgustarte, ya que no podía hacerte feliz. Permíteme ahora ir a dar un paseíto, para aclarar definitivamente mis ideas.

El padre, que al principio, atento a lo que le decían, se había sentado sobre el borde de la mesa, se puso de pie.

—No creo que lo que acabas de decirme tenga pies ni cabeza; más bien lo considero pura charla. Pero después de todo eres mi hijo. No tardes; hoy comemos en casa, y podrás hablarme detenidamente del asunto.

—Ese poco de confianza me basta, te lo agradezco de corazón. Pero ¿acaso no se ve al mirarme que estoy totalmente abstraído en un asunto serio?

—Por ahora, no veo nada —dijo el padre—. Tal vez sea culpa mía, porque ya he perdido hasta la costumbre de mirarte.

Mientras tanto, como era su costumbre, hacía notar el trascurso del tiempo mediante golpecitos regularmente espaciados sobre la mesa.

—Pero lo importante es que ya no tengo ninguna confianza en ti, Oskar. Si a veces te grito (cuando entraste te grité, ¿no es verdad?), no lo hago con la esperanza de que mejores; sólo lo hago pensando en tu pobre y buena madre, que tal vez no siente todavía directamente ninguna aflicción por ti, pero a quien la tensión de demorar en lo posible esta aflicción, porque supone que así podría ayudarte en algo, destruye poco a poco. Pero después de todo, son cosas que en realidad tú sabes demasiado bien; por mera consideración hacia mí mismo no te las habría recordado, si tus promesas no me hubieran incitado.

Mientras pronunciaba estas últimas palabras, entró la criada para encender la chimenea. Apenas salió la muchacha de la habitación, Oskar exclamó:

—Pero padre, no hubiera esperado nunca este recibimiento. Si en otras épocas hubiera tenido una pequeña idea, por ejemplo

una idea para mi conferencia, que desde hace diez años está en el fondo de mi baúl y necesita ideas como se necesita la sal, es posible, aunque no probable, que yo, como ha ocurrido hoy, de vuelta de un paseo, entrara corriendo en la casa y te dijera: "Padre, por suerte se me ocurrió esta y esta otra idea." Si tú entonces me hubieras lanzado a la cara con tu venerable voz los reproches de hace un instante, inmediatamente se me habrían ido todas las ideas y yo también habría tenido que irme en seguida, con alguna excusa o sin ella. Pero ahora, en cambio... Todo lo que dices contra mí da vigor a mis ideas, ya no cesan; cada vez más poderosas, me inundan la cabeza. Me voy, porque sólo cuando estoy solo puedo ponerlas en orden.

Al respirar, tragó el aire de la cálida habitación.

—Tal vez sólo sea alguna picardía que se te ha metido en la cabeza, después de todo —dijo el padre con los ojos muy abiertos—; en ese caso, estoy seguro de que no te soltará. Pero en cambio, si por casualidad se te ha metido algo que vale la pena, ya se te escapará durante la noche. Te conozco.

Oskar volvió la cabeza, como si alguien lo retuviera por el cuello.

—Y ahora, déjame tranquilo. Me hostigas mucho más de lo necesario. La mera posibilidad de que puedas predecir correctamente mi ulterior destino, no tendría realmente que inducirte a trabar mis mejores reflexiones. Tal vez mi pasado te concede cierto derecho, pero no tendrías que ejercerlo.

—Ya ves, mejor que nadie, qué grande será tu inseguridad cuando te obliga a hablarme así.

—Nada me obliga —dijo Oskar, y su cuello se estremeció.

Al mismo tiempo se acercó mucho más a la mesa, de manera que ya no se sabía a quién pertenecía.

—Lo que dije, lo dije respetuosamente y hasta impulsado por mi afecto hacia ti, como también tú lo reconocerás algún día, porque mi consideración hacia ti y hacia mamá ejerce una influencia predominante en mis decisiones.

—Entonces, prefiero agradecértelo ahora —dijo el padre—, ya que es muy improbable que tu madre y yo estemos en condiciones de hacerlo cuando llegue el momento.

—Por favor, padre, deja dormir en paz el porvenir, como se lo merece. En efecto, si uno lo despierta antes de tiempo, se encuentra con un presente dormido. Pero ¡que tenga que decírtelo tu hijo! Por otra parte, no fué mi intención convencerte, sino prepararte solamente para la noticia. Y por lo menos en eso, también tú debes reconocerlo, he tenido éxito.

—En realidad, Oskar, sólo me asombra una circunstancia: cómo no has venido más a menudo a decirme cosas como la que acabas de decirme. Concuerda tanto con tu carácter, hasta ahora... No, en verdad, te hablo en serio.

—Sí, y me habrías dado una paliza, en vez de escucharme. Dios sabe que vine corriendo a casa y me apresuré para darte una alegría. Pero no puedo revelarte nada mientras no haya estudiado a fondo mi proyecto. ¿Por qué entonces me castigas por mis buenas intenciones, y me pides explicaciones que en este momento podrían ser dañosas para la realización de mis planes?

—Calla, no quiero saber nada. Pero me veo obligado a contestarte muy rápidamente, ya que te vuelves hacia la puerta y aparentemente te propones algo que exige mucha urgencia: Con tu treta conseguiste calmar mi ira del primer momento, pero ahora me siento más triste todavía que antes, y por lo tanto te ruego (y si insistes en ello, hasta puedo implorártelo juntando las manos) que por lo menos no digas nada de tus ideas a tu madre. Confórmate conmigo.

—No puede ser mi padre el que así me habla —exclamó Oskar, que ya tenía el brazo sobre la falleba de la puerta—. Algo te ha ocurrido desde mediodía hasta ahora, o eres un desconocido que encuentro por primera vez en la habitación de mi padre. Mi verdadero padre —y Oskar calló un momento con la boca abierta— me habría abrazado, habría llamado a mi madre. ¿Qué te pasa, padre?

—Entonces, supongo que será mejor que cenes con tu verdadero padre. Más entretenido, por lo menos.

—Ya vendrá. En última instancia, no puede dejar de venir. Y también mi madre tiene que estar presente. Y Franz, a quien voy a llamar ahora. Todos.

Y a continuación Oskar empujó con el hombro la puerta, que se abría muy fácilmente, como si hubiera sido su intención derribarla.

Al llegar a casa de Franz, saludó a su diminuta ama de llaves con estas palabras:

—El señor ingeniero duerme, lo sé, pero no importa.

Y sin preocuparse más por la mujer, que disgustada por la visita iba y venía ociosamente por el vestíbulo, abrió la puerta vidriera, que tembló bajo su mano como si la hubieran tocado en un lugar muy sensible, y llamó, sin fijarse mayormente en el interior de la habitación, que apenas podía ver:

—Franz, levántate. Necesito tu consejo de experto. Pero no

soporto estar en tu cuarto, deberíamos salir a dar una vuelta, y luego puedes venir a comer a casa. Date prisa, entonces.

—Encantado —dijo el ingeniero desde su sofá de cuero—, pero ¿por dónde empiezo? ¿Por levantarme, cenar, ir a pasear, o darte un consejo? Y seguramente hay algo más que no oí bien.

—Ante todo, nada de bromas, Franz. Eso es lo más importante, lo había olvidado.

—Ese favor puedo hacértelo de inmediato. ¡Pero levantarme! Preferiría hacerte el favor de cenar dos veces, en vez de levantarme una.

—Pues levántate inmediatamente. No admito discusiones.

Oskar cogió al débil individuo por las solapas y lo obligó a sentarse.

—Estás loco, ¿sabes? Te lo digo con todo respeto. ¿Alguna vez te obligué así a levantarte de un sofá?

Se frotó los ojos cerrados con ambos meñiques.

—Pero Franz —dijo Oskar con una mueca—, vístete de una vez. No soy ningún imbécil para despertarte sin motivo.

—Del mismo modo, yo no dormía sin motivo. Ayer trabajé en el turno de noche, y ahora me interrumpen la siesta, y justamente tú...

—¿Qué quieres decir?

—Oh, que ya me fastidia la poca consideración que tienes conmigo. No es la primera vez. Naturalmente, eres un estudiante, eres libre y puedes hacer lo que se te ocurre. No todos tienen tanta suerte. Por eso mismo hay que tener más consideración, demonios. Es cierto que soy tu amigo, pero no por eso he dejado de ejercer mi profesión.

Para demostrarlo, agitaba las manos, palma contra palma.

—Pero acaso toda esta charla que me dedicas, ¿no me demuestra que ya has dormido más de lo suficiente? —dijo Oskar, que se había quedado de pie junto a uno de los postes de la cama, desde donde contemplaba al ingeniero, como si ahora dispusiera de más tiempo que antes.

—¿Y qué es en realidad lo que quieres de mí? O mejor dicho, ¿por qué me despertaste? —preguntó el ingeniero, y se frotó con fuerza el cuello bajo la barba en punta, alentado por esa mayor intimidad que después de dormir tenemos con nuestro cuerpo.

—¿Qué quiero de ti? —dijo suavemente Oskar, dando un golpe a la cama con el taco—. Muy poca cosa. Ya te lo dije desde el vestíbulo: que te vistas.

—Si con eso quieres dar a entender, Oskar, que tus novedades me interesan muy poco, tienes perfecta razón.

—Tanto mejor, así el fuego del interés que suscitarán en ti arderá por su propia cuenta, sin que tenga que intervenir además nuestra amistad. La información será al mismo tiempo más clara. Necesito informes bien claros, no lo olvides. Si por casualidad buscas tu cuello y tu corbata, están sobre esa silla.

—Gracias —dijo el ingeniero, y empezó a ponerse el cuello y la corbata—, veo que después de todo uno puede confiar en tu ayuda.

26 de marzo. Conferencias teosóficas del Dr. Rudolf Steiner, Berlín. Efecto retórico: Cómoda discusión de las objeciones de los opositores, el oyente se asombra de esta fuerte oposición, el oyente empieza a desesperarse, completa inmersión en estas objeciones, como si no hubiera otra cosa, el oyente ahora considera completamente imposible toda oposición, y se queda más que conforme con una somera descripción de la posibilidad de una defensa. Por otra parte, este efecto retórico corresponde a las prescripciones de la progresiva exaltación devocional. Constante contemplación de la palma de la mano extendida. Supresión del punto final. En general, la frase hablada empieza con su gran mayúscula en la boca del orador, durante su desarrollo se curva lo más que puede hacia los oyentes, y con el punto final vuelve al orador. Pero si se omite el punto, la frase, ya sin sostén, se lanza directamente sobre el oyente, con toda la fuerza de su aliento.

Antes, conferencias de Loos y de Kraus.

En las novelas europeas occidentales, apenas se pretende incluir algún grupo de judíos, estamos casi acostumbrados a buscar inmediatamente, y a encontrar, por debajo o por encima del argumento, la solución del problema judío, aparte de lo demás. Pero en *Las judías*[13] no aparece dicha solución, ni siquiera se la busca, porque justamente esos personajes que se preocupan por tales cuestiones se encuentran alejados del centro de gravedad del relato, el punto donde los acontecimientos giran con más rapidez, de modo que si bien podemos observarlos atentamente, no encontramos ya la ocasión de solicitarles un informe ordenado de sus esfuerzos. Sin mayor reflexión, reconocemos en esto una falla del relato, y sentimos que esta crítica es tanto más justificada, si consideramos que actualmente, nacido el Sionismo, las posibilidades de solución se ordenan con tanta claridad en torno del pro-

blema judío, que el autor sólo hubiera tenido que dar por fin unos pocos pasos para encontrar una posible solución adecuada a su relato.

Esta falla, sin embargo, proviene de otra. *Las judías* carece de espectadores no judíos, esas personas respetables que forman el contraste y que en otras novelas hacen pasar al primer plano lo judío, suscitan la aparición de lo judío, que avanza hacia ellos con asombro, duda, envidia, temor, que finalmente se transforma en aplomo, y que en todo caso sólo frente a ellos puede erguirse en toda su estatura. Esto es lo único que pedimos, y no aceptamos otra solución de todo ese judaísmo. Tampoco reclamamos esta sensación solamente en este caso; en cierto sentido, por lo menos, es general. Del mismo modo nos encanta sobremanera la estremecida aparición de un lagarto ante nuestros pasos en un camino italiano, cada vez deseamos más agacharnos para mirarlo, pero si los vemos a centenares en casa de un comerciante, si los vemos arrastrarse unos sobre otros en esos grandes frascos donde de costumbre se conservan los encurtidos, no sabemos qué hacer.

Ambas fallas se agregan a una tercera. *Las judías* cree posible omitir la existencia de ese joven prominentísimo que de costumbre atrae hacia sí lo mejor de la novela, y lo conduce radiándolo hermosamente hacia las fronteras del círculo judío. Eso es justamente lo que no podemos aceptar, que el relato pueda omitir la presencia de ese joven; aquí, más que ver, adivinamos otra falla.

28 de marzo. El pintor P. Karlin; su mujer, dos anchos y enormes incisivos superiores, que forman como una punta en la cara ancha y más bien chata; la señora del Consejero B., madre del compositor, cuya vejez torna tan evidente su poderoso esqueleto, que por lo menos cuando está sentada parece un hombre.

El Dr. Steiner está enormemente solicitado por sus alumnos ausentes. Durante la conferencia, los muertos lo rodean con tanta insistencia. ¿Ansia de saber? Pero realmente ¿lo necesitan? Al parecer. . . Duerme dos horas. Desde que una vez alguien le cortó la luz eléctrica, siempre lleva consigo una vela. Ha estado muy cerca de Cristo. En Munich montó su obra de teatro (podrias estudiarla un año entero sin entenderla), él mismo dibujó los trajes, escribió la música. Ha iniciado a un químico. Löwy Simon, vendedor de jabón en París, Quai Moncey, recibió de él excelentes consejos comerciales. Él mismo tradujo sus obras al francés. Por eso la señora Consejera apuntó en su libreta: "*¿Cómo se llega al conocimiento de los mundos superiores?* [14] En casa de S. Löwy, en París."

En la Logia de Viena hay un teósofo, de sesenta y cinco años de edad, fuerte como un gigante, en otros tiempos gran bebedor y muy duro de cabeza, que siempre cree y siempre tiene dudas. Debe haber sido muy divertido una vez, durante un Congreso en Budapest (estaban cenando en el Blocksberg, a la luz de la luna), cuando el Dr. Steiner se apareció inesperadamente ante ellos, y el hombre se escondió asustado detrás de un barril de cerveza, con la jarra en la mano (pero el Dr. Steiner no se enojó por eso).

Tal vez no sea el más grande espiritista viviente, pero sólo a él le ha sido asignada la tarea de conciliar la teosofía con la ciencia. Por eso mismo sabe todo. A su pueblo natal llegó una vez un botánico, un gran maestro del ocultismo. Steiner lo iluminó. El hecho de que yo acudiera al Dr. Steiner fué interpretado por la señora como un comienzo de rememoración. El médico de esta señora, al advertir en ella los primeros síntomas de la gripe, requirió del Dr. Steiner un remedio, éste lo recetó, y la señora se curó inmediatamente. Una francesa se despidió de él diciéndole "Au revoir". A espaldas de ella, el doctor meneó la cabeza. Dos meses después, la mujer se murió. Un caso semejante ocurrió en Munich. Un médico de Munich cura con colores que elige el Dr. Steiner. También envía a los enfermos a la Pinacoteca, con la orden de concentrarse media hora o más delante de determinados cuadros.

Fin del mundo atlántico, fin del mundo lemuriano y ahora fin del mundo por culpa del egoísmo. Vivimos una época decisiva. La tentativa del Dr. Steiner sólo tendrá éxito si no le ganan de mano las fuerzas arimanianas. Se alimenta con dos litros diarios de leche de almendras, y frutas que crecen en las alturas. Se comunica con sus discípulos ausentes mediante formas mentales, que él mismo les envía, sin preocuparse más por ellas después de emitirlas. Pero pronto se gastan, y tiene que reemplazarlas.

Señora F.: "Tengo muy mala memoria." Dr. St.: "No coma huevos."

Mi visita al Dr. Steiner.

Cuando llego, una mujer está esperando (en el segundo piso del Hotel Victoria, en la Jungmannstrasse), pero insiste en que yo entre antes que ella. Esperamos. La secretaria llega y nos alienta. Del otro lado de un corredor, lo veo. Inmediatamente se dirige hacia nosotros con los brazos medio extendidos. La señora declara que llegué antes que ella. Me invita a entrar en su habitación, y lo sigo. Su levitón, que en las conferencias parece lustroso (no gastado, sino lustroso de puro negro), a la luz del día (son las

tres de la tarde) se ve polvoriento y hasta manchado, especialmente en la espalda y en los codos.

Una vez en la habitación, trato de demostrar una humildad que no consigo sentir, eligiendo un lugar ridículo para mi sombrero; lo dejo sobre un taburete para atarse los cordones de los botines. Mesa en el medio; me siento mirando hacia la ventana, y él a la izquierda de la mesa. Sobre la mesa, papeles, con algunos dibujos que recuerdan los de las conferencias sobre fisiología oculta. Un número de *Anales de la Filosofía Naturista* corona una pilita de libros, que también parecen encontrarse dispersos por otros lugares. Pero uno no puede mirar nada porque él trata constantemente de inmovilizarnos con la mirada. Y si en algún momento no lo hace, entonces uno se ve obligado a esperar el retorno de su mirada. Empieza con algunas frases sueltas: "¿Así que usted es el doctor Kafka? ¿Hace mucho que se interesa por la teosofía?"

Pero yo hago lo posible para espetarle la alocución ya preparada: "Siento que una parte importante de mi ser tiende hacia la teosofía, y al mismo tiempo ésta me inspira inmenso terror. Es decir, temo que me induzca a una nueva confusión, lo que para mí sería desastroso, porque justamente mi desdicha presente consiste tan sólo en mi confusión. Esta confusión radica en lo siguiente: Mi felicidad, mis capacidades y toda posibilidad de ser útil en algún sentido siempre se han referido a la literatura. Y en ese campo he experimentado ciertamente estados (no muchos) que en mi opinión se aproximan bastante a los estados de clarividencia que usted describe, señor Doctor; en esos estados vivo completamente en cada idea, pero al mismo tiempo la colmo, y no sólo me parece haber llegado al límite de mí mismo, sino también al límite de la humanidad en general. Sólo me falta en dichos estados, aunque no del todo, la calma del entusiasmo, probablemente característica de los videntes. Deduzco esto del hecho de no haber escrito mis mejores obras en esos estados. Ahora no puedo dedicarme totalmente a esta labor literaria, como debería, y esto por diversos motivos. Aparte de mis relaciones familiares, yo no podría vivir de la literatura, si se considera la lenta maduración que mis obras exigen, y su carácter peculiar; mi salud y mi carácter también constituyen un impedimento para dedicarme a lo que en el mejor de los casos sería una vida incierta. Por lo tanto, estoy empleado en una agencia de seguros sociales. Ahora bien, esas dos profesiones no pueden nunca conciliarse, ni conformarse con un trato equitativo. La menor felicidad en una de ellas equivale a una gran desgracia en la otra. Si una noche escribo algo bueno, al día siguiente

ardo en la oficina y no puedo hacer nada. Este ir y venir me resulta cada día más nocivo. En la oficina cumplo exteriormente con mis obligaciones, pero no con mis obligaciones íntimas, y cada obligación íntima no cumplida se convierte en una desdicha perdurable. Y ahora, ¿agregaré la teosofía a esas dos aspiraciones irreconciliables? ¿No será una molestia para ambas, y al mismo tiempo no se verá perturbada por ellas? ¿Podré yo, una persona ya tan desdichada, llegar a alguna parte con las tres? Para formularle esa pregunta he venido a verlo, señor Doctor, porque sospecho que si usted me considerara capaz, yo podría intentarlo."

Escuchó con extremada atención, completamente absorto en mis palabras, aparentemente sin observarme en lo más mínimo. De vez en cuando asentía con la cabeza, lo que parece considerar propicio a una intensa concentración. Al principio un silencioso resfrío lo incomodaba, le goteaba la nariz, constantemente hacía uso del pañuelo, metiéndolo hasta el fondo de la nariz, un dedo en cada agujero.

27 de mayo. Hoy es tu cumpleaños, pero ni siquiera te envío el libro habitual, porque sólo sería una simulación; en el fondo ni siquiera estoy en situación de regalarte un libro. Sólo porque hoy me es tan necesario estar cerca de ti un momento, aunque sólo sea a través de esta tarjeta, te escribo; y empecé con la lamentación únicamente para que me reconozcas de inmediato.

15 de agosto. Todo este tiempo trascurrido sin escribir una sola palabra, ha sido para mí muy importante porque durante su trascurso aprendí en las escuelas de natación de Praga, Königsaal y Czernoschitz a no avergonzarme de mi cuerpo. Con qué retraso, a los veintiocho años, trato de completar mi educación; en un hipódromo dirían que salí atrasado. Y el inconveniente de una desgracia como ésa no radica tal vez en que uno no gana; esto sólo es el núcleo todavía visible, claro, sano de la desgracia, que progresivamente se disuelve y se vuelve ilimitada, atrayéndonos hacia el centro del círculo, cuando uno debería correr en su periferia. Por otra parte, también observé en mí muchas otras cosas en este período que en pequeña escala también fué feliz, y trataré de anotarlas durante los días subsiguientes.

20 de agosto. Desdichadamente, creo que no tengo tiempo para llevar a cabo ni una mínima cosa que valga la pena, ya que realmente no tengo tiempo para escribir un relato, para extenderme

en todas direcciones por el mundo, como debiera. Pero nuevamente pienso que mi viaje tendrá más éxito, que podré comprender mejor si me aliviano escribiendo un poco, y por eso repito el intento.

Su aspecto me permitía adivinar los esfuerzos que había hecho por mí, y que ahora, tal vez simplemente porque estaba cansado, le daban esa seguridad. ¿No bastaría un pequeño esfuerzo más, para que el fraude tuviera éxito? Tal vez ya tenía éxito en ese momento. ¿Me defendí, entonces? En verdad, me quedé con el cuello tieso frente a la casa, pero con el mismo cuello tieso no me decidía a subir. ¿Esperaba que los invitados vinieran cantando a buscarme? [15]

Leí algo sobre Dickens. ¿Es tan difícil, y puede acaso comprenderlo alguien de afuera, que uno viva dentro de sí un relato desde el principio, desde el lejano origen hasta la locomotora que se aproxima, toda de acero, carbón y vapor, pero que tampoco en ese momento la abandone, sino que anhele ser perseguido por ella, y tenga tiempo para eso, y que por lo tanto sea perseguido y corra ante ella por su propio impulso, dondequiera ella se lance, y dondequiera uno la atraiga?

No puedo comprenderlo y ni siquiera creerlo. Sólo vivo a ratos, en alguna palabrita, en cuya vocal alargada (más arriba, "lance"), por ejemplo, pierdo un instante esta inútil cabeza. La primera y la última letra son el comienzo y el final de una emoción que parece un pescado.

24 de agosto. Con algunos conocidos, sentado al aire libre en un café, mirando a una mujer de una mesa contigua, que acaba de llegar; respira trabajosamente bajo sus amplios pechos, y se sienta con la cara encendida, lustrosa y morena. Echa la cabeza hacia atrás, deja ver su abundante vello, gira los ojos hacia el cielo, casi como cuando mira a su marido, tal vez, que ahora lee al lado de ella una revista ilustrada.
Si uno pudiera convencerlo de que en un café, junto a su esposa, uno puede en último caso leer un diario, pero nunca una revista. De pronto, ella tiene conciencia de la plenitud de su cuerpo, y se retira un poco de la mesa.

26 de agosto. Mañana me voy a Italia. Esta noche, mi padre no podía dormirse, tan agitado estaba, totalmente enloquecido por las preocupaciones que el negocio le inspira y por la enfermedad,

que esas preocupaciones empeoran. Un pañuelo húmedo sobre el corazón, vómitos, sofocación, ir y venir entre suspiros. Mi madre, en medio de su angustia, encuentra algún nuevo consuelo Siempre fué tan enérgico, siempre venció todas las dificultades, y ahora... Digo que esas preocupaciones por el negocio sólo pueden durar unos tres meses más, y que después todo se arreglará. Se pasea suspirando y meneando la cabeza. Es evidente que tal como ve él las cosas, nosotros no podemos contribuir a resolver sus problemas, ni siquiera a aliviarlos, pero también nosotros las vemos así, aun en nuestras mejores intenciones subsiste algo de la triste convicción de que él siempre tendrá que sostener a la familia... A fuerza de bostezar y de meterse los dedos en la nariz, después de todo una actitud no tan repugnante como parecería, mi padre consigue crear la levísima sensación de que está mejor, una sensación que casi no llega a la conciencia, a pesar de que cuando está bien generalmente no hace eso. Ottla me lo confirmó. Mi pobre madre tendrá que ir mañana a hablar con el dueño de casa.

Era ya una costumbre de los cuatro amigos, Robert, Samuel, Max y Franz, irse juntos de viaje durante sus breves vacaciones de verano o de otoño. Durante el resto del año su amistad se reducía esencialmente a la circunstancia de que a los cuatro les gustaba reunirse una noche por semana, especialmente en casa de Samuel (como era el más rico tenía una habitación más amplia), para contarse sus diveras novedades y beber un poco de cerveza. A medianoche, cuando se separaban, no habían terminado nunca de contarse todo, ya que Robert era secretario de una Sociedad, Samuel empleado de una oficina de comercio, Max empleado de la municipalidad y Franz trabajaba en un banco; de manera que cada uno de ellos ignoraba casi todo lo que les había ocurrido en el trabajo a los otros tres durante la semana, lo que exigía una narración inmediata, que además resultaba incomprensible sin largas explicaciones. Esa diversidad de profesión los compelía a describir constantemente su trabajo a los demás, porque éstos no entendían bien a fondo las descripciones, ya que después de todo sólo eran personas débiles; por lo tanto y también por pura amistad exigían una y otra vez su repetición.

Las conversaciones sobre mujeres, en cambio, eran poco frecuentes, porque aunque Samuel personalmente las hubiera considerado muy agradables, se cuidaba de no pretender que la conversación se atuviera a sus exigencias; en ese sentido, la vieja criada que les traía la cerveza le servía a menudo de admonición. Tanto se reían

durante esas veladas, que Max decía cuando volvían a sus casas que esa eterna risa era de lamentar, porque por su culpa uno olvida todos los problemas serios, que sin embargo nadie deja de tener en abundancia. Cuando uno se ríe, piensa que el tiempo no alcanza para los asuntos serios. No obstante, esto no es cierto, ya que los asuntos serios son los que exigen mayor atención, y es evidente que cuando se está con los amigos es más fácil satisfacer esa mayor exigencia que a solas. ¡Habría que reírse en la oficina, porque allí no se puede hacer otras cosas. Esta opinión se refería especialmente a Robert, que trabajaba mucho en su Sociedad Artística, tratando de inyectarle una nueva vida, y que al mismo tiempo descubría en lo ya existente las cosas más hilarantes, con las que solía entretener a sus amigos.

Apenas empezaba, los amigos abandonaban sus lugares, se sentaban en torno de él, o sobre la mesa, y reían, especialmente Max y Franz, tan olvidados de todo, que Samuel se llevaba los vasos a una mesita lateral. Si se cansaban de charlar, Max se sentaba con repentino vigor ante el piano, y tocaba, mientras Robert y Samuel se sentaban a su lado sobre la banqueta, y Franz, en cambio, que no entendía nada de música, se quedaba solo junto a la mesa y se entretenía con la colección de tarjetas postales de Samuel, o leía el diario. A menudo, cuando las noches eran más cálidas, y abrían la ventana, los cuatro solían asomarse y con las manos en la espalda contemplar la calle, sin que su conversación se viera turbada por supuesto por el escaso tránsito de aquélla. De vez en cuando alguno volvía a la mesa para beber un trago de cerveza, o señalaba el cabello ensortijado de dos muchachas, sentadas abajo, frente a la taberna, o la luna, que los sorprendía un poco, hasta que finalmente Franz decía que hacía frío, y había que cerrar la ventana.

En verano se encontraban a menudo en un jardín público; se sentaban alrededor de una mesa, bien a un costado, donde era más oscuro, se ofrecían mutuos brindis, y con las cabezas juntas charlaban sin prestar casi atención a la lejana banda de música. Tomados del brazo, con paso uniforme, volvían luego a sus casas por el parque. Los dos de afuera revoleaban el bastón o azotaban los arbustos; Robert los incitaba a cantar, pero finalmente cantaba solo, como cuatro, mientras el otro del medio se sentía cómodo y seguro.

Así volvían una noche cuando Franz, atrayendo hacia sí a sus dos vecinos, dijo que era tan hermoso estar juntos que no podía comprender por qué se reunían una sola vez por semana, cuando

sería seguramente tan fácil encontrarse por lo menos dos veces por semana. Todos estuvieron de acuerdo, hasta el cuarto del costado, que como no oía casi la voz de Franz no había entendido bien sus palabras. Semejante placer valía bien la pequeña molestia que de vez en cuando podía significarles. Franz tuvo la impresión, como castigo por haber hablado en nombre de todos sin que se lo pidieran, de que su voz sonaba a hueco. Pero siguió hablando. Y si realmente alguna vez alguien no podía concurrir, peor para él, ya podría resarcirse la vez siguiente; pero ¿acaso tenían que dejar de verse por eso los otros, no bastaba que fueran tres, y aun dos, en el peor de los casos? Naturalmente, naturalmente, dijeron todos. Samuel se salió del costado y se colocó frente a los otros tres, porque así estaban más juntos. Pero luego le pareció que no era así, y prefirió volver a su lugar anterior.

Robert elevó una propuesta:

—Reunámonos todas las semanas para estudiar italiano. Estamos decididos a aprender el italiano, porque ya comprobamos el año pasado en esa pequeña región de Italia que visitamos que nuestro conocimiento del italiano a duras penas nos bastó para preguntar el camino cuando nos perdimos, ¿recuerdan?, entre los muros de los viñedos de Campania. Y aun así, sólo pudo servirnos gracias a los inmensos esfuerzos que hacían por comprendernos las personas a quienes dirigíamos la palabra. Por lo tanto, tendremos que estudiarlo, si queremos volver a Italia este año. No queda más remedio. ¿Y no es entonces más conveniente que lo estudiemos juntos?

—No —dijo Max—, juntos no aprenderemos nada. Estoy tan seguro de eso como tú, Samuel, estás seguro de lo contrario.

—¡Y cómo! —dijo Samuel—. Seguramente juntos aprenderemos mejor; es más, siempre me lamento de que no hayamos ido juntos a la escuela. ¿Se dan cuenta de que hace solamente dos años que nos conocemos?

Se inclinó hacia adelante, para mirar a los otros tres. Avanzaban ahora más lentamente, y ya no iban tomados del brazo.

—Pero todavía no hemos estudiado nada juntos —dijo Franz—. Y me parece muy bien. No quiero aprender nada. Pero si tenemos que estudiar el italiano, es mejor que cada uno lo estudie por su cuenta.

—No entiendo —dijo Samuel—. Primero quieres que nos reunamos todas las semanas, luego no quieres.

—Vamos —dijo Max—, lo que yo y Franz queremos es que los

estudios no interfieran con nuestras reuniones y que las reuniones no interfieran con nuestros estudios, nada más.

—Claro —dijo Franz.

—Además, no tenemos tanto tiempo —dijo Max—, estamos en junio y pensamos viajar en setiembre.

—Por eso mismo quiero que estudiemos juntos —dijo Robert, y miró con ojos asombrados a sus dos oponentes.

Cuando alguien lo contradecía, su cuello se volvía notablemente flexible.[16]

Uno cree que se lo describe correctamente; pero es una mera aproximación, corregida por el Diario.

Probablemente pertenece a la esencia misma de la amistad, y la sigue como una sombra; uno la recibe con alegría, otro con tristeza, el tercero ni siquiera la advierte...

26 de setiembre. El dibujante Kubin recomienda "Regulin" como laxante, un alga molida que se hincha en el intestino y lo hace vibrar, es decir, obra mecánicamente, a diferencia de la acción química y nociva de otros laxantes, que sólo hacen trizas los excrementos y los dejan por lo tanto colgando de las paredes intestinales.

Conoció a Hamsun en casa de Langen. Éste (Hamsun) se burla sin motivo. Mientras conversa, sin interrumpir la charla, se pone un pie sobre la rodilla, coge de sobre la mesa un par de grandes tijeras para papeles, y se recorta todo el borde de los pantalones deshilachados. Pobremente vestido, con algún detalle lujoso, por ejemplo la corbata.

Relatos sobre una pensión de artistas en Munich, donde vivían pintores y veterinarios (la escuela de Veterinaria quedaba cerca) y donde reinaba tal licencia, que la gente alquilaba las ventanas de la casa de enfrente, desde donde se podía ver con comodidad. Para satisfacer a estos espectadores, a menudo un pensionista saltaba al alféizar de la ventana, y en postura de mono tomaba la sopa en la sopera.

Un falsificador de antigüedades, que obtenía el aspecto de vejez mediante descargas de perdigones, y que dijo de una mesa: Ahora no tenemos más que tomar dos o tres veces el café sobre ella, y luego podemos despacharla al Museo de Innsbruck.

Kubin, personalmente: muy robusto; cara de expresión algo monótona, describe las cosas más diversas con el mismo juego

de músculos. Parece de edad, tamaño y vigor diferentes, según esté sentado, de pie, con o sin sobretodo.

27 de setiembre. Ayer, en la Wenzelsplatz, me crucé con dos muchachas, miré a una largo rato, y demasiado tarde advertí que la otra, envuelta en un tapado simple, blando. pardo, arrugado, amplio, un poco abierto adelante, tenía una nariz delicada y cuello también delicado; el cabello era hermoso, de una hermosura que ya he olvidado. Un anciano con pantalones caídos y abolsados, en el Belvedere. Silba; cuando lo miro, cesa; desvío la mirada, empieza nuevamente; por fin silba también cuando lo miro. El botón grande y hermoso, hermosamente colocado en el extremo de la manga de un vestido de jovencita. El vestido también cae bellamente, flotando sobre las botitas americanas. Qué pocas veces consigo crear algo hermoso, y ese botón inadvertido y su ignorante costurera lo consiguen. La narradora, camino al Belvedere, cuyos ojos vivaces, independientemente de las palabras del momento, abarcan con mirada tranquila todo el relato, hasta su culminación. Potente movimiento del cuello de una muchacha vigorosa que se vuelve a medias.

29 de setiembre. Diario de Goethe. Una persona que no lleva un diario, se encuentra en una posición falsa ante el diario de otro. Cuando lee, por ejemplo, en el diario de Goethe que éste, el 11 de enero de 1797, se pasó todo el día en casa "ocupado en diversos asuntos", piensa que él, personalmente, nunca ha hecho tan poca cosa durante todo un día.

Las observaciones de viaje de Goethe son diferentes de las de hoy en día, porque han sido registradas en una diligencia; con el cambio lento del paisaje se desarrollan más simplemente, y pueden ser seguidas mucho más fácilmente aun por aquel que no conoce la región. Aparece entonces una forma de pensar más tranquila, pastoral, por así decir. Como la región se ofrece intacta en su carácter prístino al viajero de la diligencia, y además los caminos dividen el campo mucho más naturalmente que los ferrocarriles, con los cuales se encuentran tal vez en la misma relación que los ríos con los canales, tampoco sufre ninguna violencia de parte del espectador, y éste puede observar todo sistemáticamente, sin esfuerzo excesivo. En consecuencia, hay pocas observaciones momentáneas, en general corresponden a los interiores, donde algunas personas brotan ante nuestros ojos repentina y desmesuradamente, por ejemplo unos oficiales austríacos en Heidelberg;

en cambio el trozo sobre los habitantes de Wiesenheim está más cerca del paisaje, "llevan chaquetas azules y chalecos blancos adornados con flores bordadas" (cito de memoria). Habla mucho de la cascada del Rin en Schaffhausen; en el medio, con letra grande: "Me suscita ideas."

Cabaret Lucerna. Lucio König muestra fotografías con peinados antiguos. Cara raída. A veces consigue algo con su nariz respingada, con el brazo en alto y un movimiento de todos los dedos. Cara de estropajo. Farras mímicas de Longen [17] (el pintor Pittermann). Una actuación evidentemente desprovista de alegría; y sin embargo no puede ser considerada tan poco alegre, ya que en ese caso no podría seguir noche tras noche; especialmente porque en el momento de su invención ya era tan desdichada que no ha surgido ningún esquema satisfactorio que evite la ya demasiado frecuente entrada del hombre entero. Bonito salto de un payaso sobre una silla hacia el vacío de los bastidores laterales. El conjunto recuerda una representación privada en una reunión, donde uno aplaude excesivamente una producción insignificante, por obligación social, con la intención de obtener algo terso y redondeado de ese mínimo de producción mediante el máximo aplauso al compensar la miseria de la producción con el exceso del aplauso. El cantor Vaschata. Tan malo, que uno se pierde al contemplarlo. Pero como es un hombre vigoroso, mantiene bastante la atención del público, con su fuerza animal, de la que indudablemente tengo conciencia.

Grünbaum sólo logra algo mediante la mera y aparente inutilidad de su existencia.

Odys, bailarina. Caderas duras. Verdadera falta de carnes. Rodillas coloradas que sólo concuerdan con la danza "Humor Primaveral".

30 de setiembre. La muchacha de la habitación contigua, anteayer (H. H.). Yo estaba recostado en el sofá, y oía casi dormido su voz. Me la imaginaba excesivamente vestida, no sólo con sus ropas, sino también con toda la habitación; sólo sus hombros bien formados, desnudos, redondos, fuertes y oscuros que yo había visto el día anterior en el baño, se sobreponían a sus ropas. Durante un instante me pareció despedir vapor y llenar con su vapor toda la habitación contigua. Luego se irguió en su corpiño gris ceniza, que en la parte de abajo estaba tan separado del cuerpo que uno podía sentarse y en cierto modo cabalgar sobre él.

Más sobre Kubin: La costumbre de repetir con aire de aprobación, en toda circunstancia, las últimas palabras de los demás, aunque se deduzca de las propias palabras dichas a continuación que no se es tá de ningún modo de acuerdo. Irritante. Cuando uno escucha sus numerosas historias, llega a olvidar su importancia. De pronto uno la recuerda, y se asusta. Se dijo que una taberna adonde pensábamos ir era un lugar peligroso; él dijo que no iría; le pregunté si tenía miedo, y me contestó, habiéndome además tomado del brazo: "Naturalmente, soy joven y tengo mucha vida por delante."

Durante toda la velada habló repetidas veces y a mi entender con mucha seriedad de mi constipación y la suya. Hacia medianoche, sin embargo, en cierta ocasión en que dejé colgar la mano sobre el borde de la mesa, vió parte de mi brazo y exclamó: "Pero usted está realmente enfermo." Desde ese momento me trató con más indulgencia todavía, y más tarde se opuso también a los demás que querían convencerme para que fuera con ellos al burdel. Después de habernos despedido, me gritó una vez más, desde lejos: "¡Regulin!"

Tucholsky y Szafranski. El dialecto aspirado berlinés, donde la voz requiere pausas constituídas por "*nich*" (¿no es verdad?). El primero, una persona absolutamente de una sola pieza, de veintiún años. Desde el contenido y vigoroso movimiento de su bastón de paseo, que levanta juvenilmente sus hombros, hasta el deliberado deleite y desprecio que le provocan sus propias composiciones literarias. Quiere ser abogado defensor, sólo prevé unos pocos obstáculos y al mismo tiempo la posibilidad de vencerlos; su voz clara, que después del tono viril de la primera media hora de conversación se vuelve aparentemente femenina; duda sobre sus facultades de simulación, que sin embargo espera aumentar mediante el progresivo contacto mundano; finalmente el temor de volverse melancólico, como ha visto que ocurría a veces con algunos judíos berlineses de más edad y de su tipo; de todos modos, ese peligro no es por ahora inminente. Piensa casarse pronto.

Szafranski, alumno de la Bernhardt; mientras observa y dibuja hace muecas que se relacionan con lo dibujado. Me recuerda que yo también tengo una notable facilidad mimética, que nadie advierte. Cuántas veces debo de haber imitado a Max. Anoche, cuando volvía a casa, si yo me hubiera visto desde afuera me habría tomado por Tucholsky. Es de suponer que el ser del otro

estará en mí tan neto y tan invisible como la figura escondida en un rompecabezas, en el que no encontraríamos nunca nada, si no supiéramos que está allí. Cuando esas trasformaciones ocurren, me gustaría muchísimo creer que se me nubla un poco la vista.

1º de octubre. Ayer, sinagoga de Altneu. *Kolnidre.*[18] Murmullos apagados de cotizaciones de bolsa. A la entrada, caja con la inscripción: "Las piadosas donaciones aplacan las indignaciones." Interior de iglesias. Tres devotos, aparentemente judíos orientales. En calcetines. Inclinados sobre el libro de plegarias, con el chal de las oraciones sobre la cabeza, tratan de parecer lo más diminutos que pueden. Dos lloran, ¿simplemente conmovidos por el santo día? Uno de ellos, quizá, sólo tiene los ojos irritados, y se aplica ligeramente el pañuelo todavía doblado, para volver a inclinar de inmediato el rostro sobre el texto. Las palabras no son ni propia ni generalmente cantadas, sin embargo detrás de ellas se advierten arabescos, finos como cabellos, tejidos con las mismas palabras. El niñito, que con el clamor en los oídos se abre paso a empujones entre la multitud apiñada que a su vez lo empuja, sin la más mínima idea de lo que ocurre ni la posibilidad de orientarse. El empleado (así parece) que se sacude rápidamente al rezar, lo que sólo debe ser considerado como un intento de poner el mayor énfasis posible en las palabras, aun quizá sin entenderlas, lo que evita el esfuerzo de la voz, que de todos modos en medio de ese ruido no lograría nunca un énfasis claro y apreciable. La familia del dueño del burdel. En la sinagoga de Pinkas me sentí incomparablemente más conmovido por el judaísmo.

El día antes de anteayer. Una judía de cara pequeña; mejor dicho, una cara que termina en una barbilla diminuta, pero ampliada por un extenso peinado ondulado. Las tres puertitas que comunican el interior de la casa con el salón. Los huéspedes, como en una comisaría de teatro, apenas tocan las bebidas sobre la mesa. La de cara chata, con un vestido anguloso que sólo adquiere movimiento muy abajo, en el ruedo. Algunas están vestidas como las marionetas de teatro para niños que se venden por Navidad en los mercados, es decir, con volados y dorados aplicados y mal cosidos, de manera que con un tirón uno puede arrancarlos, y luego se deshacen entre los dedos. La dueña, con el pelo rubio claro, estirado sobre postizos indudablemente repugnantes, con su nariz puntiaguda que señala hacia abajo, y cuya dirección está de algún modo en relación geométrica con los pechos

caídos y el vientre rígidamente ceñido, se queja de dolores de cabeza provocados por el hecho de que hoy, sábado, haya tanto estrépito sin ningún motivo.

Sobre Kubin: La anécdota de Hamsun es dudosa. Semejantes anécdotas podrían sacarse a millares de sus obras, y contarse como realmente vividas.

Sobre Goethe: "Me suscita ideas" se refiere simplemente a las ideas que le suscita la cascada del Rin. Lo comprueba una carta a Schiller. La observación aislada y repentina: "Ritmo de castañuelas de los niños con zuecos de madera", ha causado tanta impresión, está tan universalmente aceptada, que es increíble que alguien, aun cuando no hubiera leído nunca esta observación, pudiera sentirla como una idea original.

2 de octubre. Noche de insomnio. Ya es la tercera sin interrupción. Me duermo perfectamente, pero después de una hora me despierto, como si hubiera metido la cabeza en un agujero equivocado. Estoy completamente despierto, tengo la sensación de no haber dormido en absoluto, o de haber dormido sólo bajo una delgada película; me veo abocado a la tarea de volver a dormirme y me siento rechazado por el sueño. Y desde ese momento, durante toda la noche hasta cerca de las cinco, sigo en ese estado, durmiendo en realidad, pero al mismo tiempo despierto por la presencia de vívidos sueños. Duermo a mi lado, por así decir, mientras yo mismo lucho con los sueños. Hacia las cinco, los últimos rastros de sueño desaparecen, me reduzco a soñar, lo que cansa más que estar despierto. En resumen, me paso la noche entera en el estado en que se encuentra una persona normal algunos instantes antes de dormirse realmente. Cuando me despierto, todos los sueños me rodean, pero me cuido de recordarlos. Hacia el amanecer suspiro sobre mi almohada, porque por esa noche toda esperanza ha desaparecido. Pienso en aquellas noches cuyo amanecer me arrancaba a un profundo sueño, y al despertarme me sentía como si hubiera dormido metido en una nuez.

Esta noche fué horrible la aparición de una criatura ciega, al parecer hija de mi tía de Leitmeritz, que sin embargo no tiene ninguna hija, sólo hijos, uno de los cuales se rompió una vez una pierna. En cambio había analogías entre esta criatura y la hija del Dr. M., que, según comprobé en estos últimos tiempos, está en camino de convertirse en una gruesa jovencita rígidamente

vestida. Esta criatura ciega, o de vista muy débil, tenía ambos ojos cubiertos con un par de anteojos: el izquierdo, debajo de una lente mantenido a cierta distancia, era de un color gris lechoso, protuberante; el otro era hundido y estaba cubierto por una lente muy cercana a él. Para colocar esta lente a la distancia óptica correcta, en vez de las patillas habituales sobre las orejas, se requería una palanca, cuyo extremo sólo podía fijarse sobre el hueso del pómulo, de modo que de la lente descendía una barrita hasta la mejilla, se hundía en un agujero de la carne y terminaba en el hueso, mientras otra patilla de alambre emergía de allí y pasaba sobre la oreja.

Creo que este insomnio sólo se debe al hecho de escribir. Porque por poco y mal que escriba, esos pequeños estremecimientos me vuelven más sensible; siento sobre todo hacia la noche y aun más por la mañana la inminente posibilidad de estados más importantes, más desgarradores, que me capacitarían para realizar cualquier cosa, y en medio del estrépito general de mi ser interno, que no tengo tiempo de dirigir, no encuentro reposo. En el fondo, ese estrépito no es más que una armonía reprimida y contenida, que puesta en libertad me llenaría por completo, aun más, me dilataría inmensamente y sin embargo seguiría llenándome. Pero por ahora ese estado sólo me hace daño, al suscitar débiles esperanzas, ya que mi ser no posee la fuerza suficiente para soportar la mescolanza presente, de día el mundo visible me ayuda, de noche me destruye sin remisión. En este sentido, siempre pienso en París; parece ser que durante el sitio, y más tarde hasta la época de la Commune, la población de los suburbios del norte y del oeste, hasta ese momento casi extranjera para los parisienses, se dedicó durante algunos meses a acercarse por las calles comunicantes, minuto tras minuto casi, hacia el centro de París, a sacudidas, como las agujas de un reloj.

Mi consuelo —y con él me acuesto ahora— es que hace muchísimo tiempo que no escribo nada; que por lo tanto el hecho de escribir no ha podido acomodarse aún a las circunstancias presentes; que sin embargo con un poco de virilidad lo conseguiré, por lo menos provisionalmente.

Hoy estaba tan débil que llegué a contarle a mi jefe la historia de la niñita. Acabo de recordar que los anteojos del sueño derivan de mi madre, que se sienta a mi lado de noche y mientras juega a las cartas me mira por debajo de los lentes, una actitud poco agradable. Además, lo que no recuerdo haber notado antes, sus anteojos tienen el lente derecho más cerca del ojo que el izquierdo.

3 de octubre. Una noche parecida, sólo que me costó más aún conciliar el sueño. Al dormirme, un dolor que se movía verticalmente en la cabeza, sobre el caballete de la nariz, como el de una arruga de la frente demasiado apretada. Para ser lo más pesado posible, lo que considero conveniente para conciliar el sueño, cruzo los brazos y me coloco las manos sobre los hombros, de modo que yazco como un soldado con su equipo. Nuevamente, el poder de mis sueños, que ya empiezan a irradiar en la vigilia previa al momento de dormirme, no me permitieron dormir. De noche y de mañana la conciencia de mis facultades poéticas ya me resulta imprevisible. Me siento vaciado hasta el fondo del ser, y puedo sacar de mi interior cualquier cosa que desee. Esta emisión de fuerzas, que en esos momentos no pueden obrar, me recuerda mi relación con B. También aquí se trata de efusiones que no llegan a liberarse, y que deben en cambio aniquilarse a sí mismas, repelidas; sólo que ahora —y ésa es la diferencia— estoy en presencia de fuerzas más misteriosas, en presencia de mis últimos recursos.

En la Josefsplatz pasó a mi lado un gran automóvil de paseo con una familia apiñada en su interior. Tras el automóvil llegó a mi rostro, con el olor de nafta, una bocanada de París.

Dictaba un largo informe para el Jefe de Policía de un distrito, en la oficina. Hacia el final, que debía ser pomposo, me quedé empantanado; sólo se me ocurría mirar a la dactilógrafa, la señorita K., que como de costumbre en esos casos se sintió notablemente animada; movía la silla, tosía, tamborileaba sobre la mesa, llamando de ese modo la atención de toda la oficina, y obligándolos a contemplar mi desdicha. La idea buscada tendría ahora el mérito adicional de tranquilizar a la dactilógrafa; por lo tanto, al ser más valiosa, era más difícil de concebir. Finalmente, encuentro la palabra "estigmatizar", y con ella la frase adecuada, pero no la digo, porque me provoca la misma repugnancia y vergüenza que un trozo de carne cruda, un trozo de carne mía (tanto esfuerzo me ha costado). Por fin la digo, dominado sin embargo por el inmenso temor de adivinar que todo está preparado en mí para la labor literaria, y que esta labor sería para mí un éxtasis celestial y un verdadero comienzo de vida, y que no obstante, por culpa de un miserable documento oficial, me veo obligado, en esta oficina, a robar un trozo de su propia carne a un cuerpo capaz de semejante felicidad.

4 de octubre. Me siento inquieto y bilioso. Ayer, poco antes de conciliar el sueño, sentía en el costado izquierdo de la cabeza, arriba, una llamita fría y vacilante. Una especie de tensión se ha instalado definitivamente sobre mi ojo izquierdo. Cuando reflexiono, me parece que no soportaría la oficina ni siquiera si me dijeran que dentro de un mes estaré en libertad. Y sin embargo, generalmente cumplo con mis obligaciones, me siento bastante tranquilo si puedo estar seguro de la aprobación de mi jefe, y mi situación no me parece tan terrible. Anoche, de paso, traté adrede de embrutecerme; salí a pasear, leí algunas páginas de Dickens; luego me sentía algo mejor, había perdido las fuerzas que la tristeza exige; todavía la consideraba justificada, aunque me parecía haberla alejado un poco de mí, lo que me permitía la esperanza de un sueño más tranquilo. En realidad, dormí algo más profundamente que de costumbre, pero no bastante, con numerosas interrupciones. Pensé, para consolarme, que realmente había dominado una vez más la gran agitación de mi espíritu, que sin embargo no quería entregarme inmediatamente, como siempre lo había hecho en ocasiones semejantes, sino que quería conservar una perfecta conciencia de los últimos espasmos de dicha agitación, lo que anteriormente no había hecho nunca. Tal vez así pudiera hallar en mí cierta constancia oculta.

Al anochecer, en la oscuridad de mi habitación, tendido en el sofá. ¿Por qué se tarda cierto tiempo en reconocer un color, y luego, cuando la percepción ha pasado el punto crítico, uno se convence cada vez más de la presencia de dicho color? Si la luz del vestíbulo y la de la cocina iluminan simultáneamente el vidrio de la puerta, entra una luz verdosa, o más bien, para no menoscabar la impresión precisa, una luz verdosa a lo largo de casi todo el vidrio. Si se apaga la luz del vestíbulo y sólo queda la de la cocina, entonces el vidrio más cercano a la cocina se vuelve azul oscuro, el otro celeste pálido, tan pálido, que todos los dibujos del vidrio opaco (amapolas estilizadas, ramas de trepadoras, diversos rectángulos y hojas) se disuelven. Las luces y las sombras proyectadas desde abajo por la luz eléctrica de la calle y del puente sobre las paredes y el cielo raso son desordenadas, en parte quebradas, superpuestas entre sí, y difíciles de discernir. La verdad es que cuando instalaron la luz eléctrica de la calle y amueblaron esta habitación, no intervino ninguna ama de casa que previera el aspecto de mi cuarto, visto a esta hora desde el sofá, con la luz apagada.

El resplandor que irradia sobre el techo el tranvía que pasa por la calle se desplaza pálido como un velo, con detenciones mecánicas, a lo largo de una pared y del cielo raso, quebrándose en el ángulo. El globo terráqueo se yergue en el fresco y pleno primer reflejo de la luz de la calle, sobre la cómoda iluminada de un verde puro; su esfericidad presenta un punto brillante, y da la impresión de que el reflejo fuera demasiado fuerte para él, aunque la luz se desliza sobre su pulida superficie y lo deja más bien pardusco, como una manzana de cuero. La luz del vestíbulo proyecta un vasto resplandor sobre la pared, encima de la cama, limitado por la línea ondulada de la cabecera de esta última, que parece oprimida así hacia abajo, engrosando sus oscuros postes y elevando sobre ella el cielo raso.

5 de octubre. Por primera vez, después de varios días, vuelve la inquietud, aun mientras escribo esto. Me enfurece mi hermana que entra en el cuarto y se sienta con un libro ante la mesa. Espero la más mínima ocasión para dejar estallar ese furor. Finalmente, mi hermana coge una tarjeta de visita en la bandeja y se la pasa entre los dientes para limpiárselos. Con furor decreciente, del cual sólo me queda un acre vapor en la cabeza, y una sensación creciente de alivio y confianza, empiezo a escribir.

Anoche, en el café Savoy.[19] Compañía judía. La señora K., "Especialista en personajes masculinos". Con un caftán, pantalones cortos negros, medias blancas, una camisa fina y blanca de lana que emerge de un chaleco negro, sujeta frente al cuello por un moño y terminada en un cuello ancho, suelto y volcado. Sobre la cabeza, reteniendo su cabellera de mujer, pero de todos modos indispensable, así como sobre la cabeza de su marido, una gorrita oscura, sin ala, y encima un amplio sombrero blando y negro, con el ala bien doblada hacia arriba. Realmente, no sé qué clase de personajes representan ella y su marido. Si quisiera explicárselo a alguien, sin confesarle mi ignorancia, descubriría que los considero una especie de sacristanes de la colectividad, empleados del templo, haraganes notorios con quienes la colectividad ha llegado a un acuerdo, parásitos privilegiados por algún motivo religioso, personas que justamente a consecuencia de su apartamiento se encuentran casi en el centro mismo de la vida de la colectividad, que saben muchas canciones aprendidas en el trascurso de sus inútiles vagabundeos de curiosos, y conocen a fondo las relaciones de todos los miembros de la colectividad entre sí, pero a causa de su falta

de contacto con la vida profesional no saben qué hacer con ese conocimiento, seres que son judíos de una cierta manera intensamente pura, sólo porque viven dentro de la religión, aunque sin esfuerzo, comprensión ni padecimiento. Parecen tomar el pelo a todo el mundo, se ríen al enterarse del asesinato de un noble judío, se venden a un renegado, bailan de deleite con las manos en las patillas cuando el asesino descubierto se envenena y clama a Dios, y sin embargo todo esto ocurre solamente porque son tan livianos y alados que se caen al suelo ante la menor presión, porque son sensibles, lloran con los ojos secos (se deshacen en llanto a fuerza de visajes), pero apenas desaparece la presión, demuestran no tener peso propio, e inmediatamente se levantan de un salto.

Por lo tanto, deben haber causado muchas dificultades en una obra seria, como lo es el *Meschumed*[20] de Lateiner, porque están todo el tiempo al frente del escenario, bien erguidos, y a menudo en puntas de pie, o con las dos piernas en el aire, y no resuelven la intriga de la obra, más bien la interrumpen. Pero de todos modos, la seriedad de la obra se expresa en palabras tan apretadas, tan estudiadas a pesar de ser posiblemente improvisadas, tan tensas en su unidad de sentimiento, que especialmente cuando la acción tiene lugar detrás del escenario, siempre conserva su sentido. De vez en cuando, los dos de caftán pasan a segundo plano, lo que corresponde a su naturaleza, y a pesar de sus brazos extendidos y sus dedos castañeteantes, uno ve solamente al asesino que, detrás de ellos, con el veneno en el estómago, la mano metida en el cuello realmente demasiado ancho, se tambalea hacia la puerta.

Las melodías son largas, el cuerpo se confía a ellas placenteramente. Como resultado de su largo desarrollo invariable, las melodías resultan mejor expresadas mediante el balanceo de las caderas, y un movimiento hacia abajo y hacia arriba de los brazos extendidos, al ritmo de una lenta respiración, acercando las palmas de las manos a las sienes, pero evitando con mucho cuidado el contacto. En cierto modo, recuerda el Schlapak.[21]

Muchas de las canciones, la expresión *"jüdische Kinderlach"* *, algunas actitudes de esta mujer, que desde el escenario, porque es judía, nos atrae a nosotros los espectadores, porque somos judíos, sin ninguna nostalgia ni curiosidad por los cristianos, me provocaron un temblor en las mejillas. El representante del gobierno, tal vez el único cristiano de la sala, con excepción de un mozo y de dos criadas colocadas a la izquierda del escenario, es un pobre hombre, que sufre de un tic en la cara, especialmente en la

* Hijo de Israel. *(N. del T.)*

mitad izquierda, aunque a veces se extiende por casi toda la mitad derecha; un tic que le provoca una contracción facial instantánea con la casi piadosa rapidez, quiero decir fugacidad del segundero de un reloj, pero también con su misma regularidad. Cuando llega al ojo izquierdo, casi lo tapa. Por esta contracción se han desarrollado en su cara, por otra parte totalmente arruinada, nuevos y diminutos músculos.

La melodía talmúdica de las preguntas precisas, juramentos o explicaciones: el aire pasa por un tubo y se lleva el tubo consigo, mientras gira hacia el interrogado, desde orígenes diminutos y lejanos, un gran tornillo, orgulloso en su conjunto, humilde en sus espirales.

6 de octubre. Los dos ancianos frente a la larga mesa del escenario. Uno está apoyado con ambos codos sobre la mesa, y vuelve solamente la cara hacia la derecha, hacia el escenario; una cara cuyo rubor falso y congestionado, además de la barba irregular, cuadrada, enredada, oculta tristemente su vejez; mientras el otro, de cara al escenario, mantiene alejada de la mesa, sobre la que apoya solamente el brazo izquierdo, la cara completamente reseca por la edad, mientras dobla en el aire el brazo derecho para gozar mejor de la melodía, que la punta de sus pies acompaña y ante la cual se rinde débilmente la corta pipa de su mano derecha. "Tateleben *, ven a cantar con nosotros", les grita alternativamente la mujer, inclinándose un poco y tendiéndoles los brazos para atraerlos.

Las melodías tienen por finalidad captar a toda persona capaz de saltar, y sin desfallecimiento aprehender todo su entusiasmo, aunque uno no quiera creer que se lo han inspirado. Los dos de caftán se dan notablemente prisa en cantar, como si el hecho de cantar les distendiera el cuerpo en armonía con sus más íntimas necesidades; la costumbre de marcar el compás con las manos mientras cantan demuestra evidentemente la excelente salud personal del actor. Los hijos del dueño, en un rincón, mantienen una relación infantil con la señora K. sobre el escenario, y cantan con ella, llena la boca de la melodía que asoma entre los labios.

La obra; Seidemann, un rico judío, apelando evidentemente a todos sus instintos criminales, se ha hecho bautizar, hace ya veinte años, y al mismo tiempo envenenó a su mujer, que no quería dejarse bautizar. Desde ese momento se ha esforzado por olvidar el yiddish, que resuena inadvertidamente en su habla, especial-

* Abuelito. *(N. del T.)*

mente al principio, para que los espectadores lo noten y porque los acontecimientos inminentes todavía le dejan tiempo para ello; además, expresa constantemente una gran repugnancia por todo lo que sea judío. Ha prometido su hija al oficial Dragomirow, pero ella, enamorada de su primo, el joven Edelmann, en una grandiosa escena, irguiéndose en una insólita y pétrea actitud, sólo quebrada en la cintura, explica a su padre que sigue firme en su fe judía y termina todo un acto con la despreciativa carcajada de la joven ante la pretensión de su padre. (Los cristianos de la obra son: un honrado criado polaco de Seidemann, que más tarde contribuye a su desenmascaramiento, honrado sobre todo por la necesidad de acumular contrastes en torno de Seidemann; el oficial, de quien la obra, aparte de exhibir sus deudas, poco se preocupa, ya que como cristiano distinguido no interesa a nadie, lo mismo que un presidente de tribunal que aparece más tarde; y finalmente un ujier del tribunal, cuya maldad no excede las exigencias de su cargo y la risa de los dos de caftán, aunque Max lo llama un pogromista.) Dragomirow, sin embargo, por algún motivo desconocido, sólo puede casarse si levanta sus pagarés, que el viejo Edelmann tiene en su poder, pero que no quiere entregar, aunque está por partir hacia Palestina, y Seidemann quiere comprárselos al contado. La hija se muestra altiva con el oficial, y se vanagloria de su judaísmo, aunque está bautizada; el oficial no sabe qué hacer, y mira al padre pidiéndole ayuda, con los brazos caídos, las manos apenas cogidas entre sí. La hija huye en busca de Edelmann; quiere casarse con su amado, en todo caso secretamente, por ahora, ya que según la ley civil un judío no puede casarse con una cristiana, y es evidente que sin el consentimiento de su padre ella no puede convertirse al judaísmo. El padre llega, comprueba que sin la ayuda de una estratagema todo está perdido, y da su aparente consentimiento para el casamiento. Todos lo perdonan, es más, empiezan a sentir afecto hacia él, como si hubieran cometido una injusticia; hasta el viejo Edelmann, él más que los demás, a pesar de saber que Seidemann ha envenenado a su hermana. (Estas lagunas tal vez se hayan producido a consecuencia de los cortes, o quizá también porque la obra se trasmite casi siempre oralmente de una compañía a otra.) Mediante esta reconciliación, Seidemann se apodera ante todo de los pagarés de Dragomirow, diciendo: "oye, no quiero que ese Dragomirow hable mal de los judíos", y Edelmann se los regala; luego Seidemann lo lleva hasta el pórtico del fondo, aparentemente para mostrarle algo, y le da

una puñalada mortal en la espalda, a través de la bata, con un cuchillo. (Entre la reconciliación y el asesinato Seidemann desaparece cierto tiempo del escenario, para meditar su plan y comprar el cuchillo.) De este modo intenta llevar al patíbulo al joven Edelmann, porque las sospechas recaerán sobre él, y la joven podrá casarse con Dragomirow. Huye; Edelmann queda tendido detrás de la puerta vidriera. La hija, con el velo nupcial, entra del brazo del joven Edelmann, que ostenta el chal de las plegarias. Por desgracia, comprueban que el padre no está presente. Seidemann entra y aparenta alegrarse al ver a la pareja nupcial.

Aparece entonces un hombre, tal vez el mismo Dragomirow, tal vez un mero actor, y en realidad un detective que no conocíamos; éste declara que debe registrarlo todo, ya que "en esta casa la vida de uno corre peligro". Seidemann: "Hijos, no os preocupéis, se trata naturalmente de un error, es evidente. Ya se aclarará todo." Encuentran el cadáver de Edelmann; el joven Edelmann es arrancado de los brazos de su amada y arrestado. Durante todo un acto, Seidemann instruye con gran paciencia y pequeñas observaciones incidentales diestramente enfáticas ("Sí, sí, muy bien. No, así no, está mal. Sí, así está mejor. Por supuesto, por supuesto") a los dos de caftán, para que atestigüen ante el tribunal la supuesta y antigua enemistad entre el viejo y el joven Edelmann. Ambos entienden con mucha dificultad, pululan los malentendidos, en un simulacro improvisado del juicio se adelantan y declaran que Seidemann los ha instruído para que declaren de ese modo; hasta que finalmente se impregnan tanto de la idea de esa enemistad, que ni Seidemann puede ya dominarlos —están dispuestos a demostrar cómo ocurrió el asesinato— y el hombre hiere a la mujer con ayuda de un pan francés. Esto naturalmente excede las necesidades del caso. Sin embargo, Seidemann está bastante conforme con los dos, y espera con su ayuda un veredicto satisfactorio. En este momento, para el espectador creyente, y sin que se mencione siquiera, ya que es evidente de por sí, el mismo Dios interviene en lugar del autor, que se hace a un lado, y castiga al malvado con la ceguera.

En el último acto aparece como presidente del tribunal el eterno actor Dragomirow (con lo que se expresa además el desprecio que merecen los cristianos, ya que un actor judío puede representar perfectamente tres papeles de cristiano, y si los representa mal, poco importa) y a su lado, como abogado defensor, con gran despliegue de cabellera y bigotes, inmediatamente reconocibles, la hija de Seidemann. Por supuesto, uno sabe desde el primer momento que es ella; pero recordando el caso de Dragomirow uno cree durante largo rato que está representando un segundo papel, hasta descubrir, al promediar el acto, que se ha disfrazado para salvar a su amado. Los dos de caftán deben declarar por separado, lo que les resulta sin embargo muy difícil porque lo han ensayado juntos. Además, no entienden el puro alemán del presidente, en cuya ayuda acude el defensor cuando la confusión es demasiado grande, así como la ayuda en varios otros sentidos. Luego aparece Seidemann, que ya anteriormente ha tratado de dirigir a los de caftán tironeándoles la túnica, y que gracias a su oratoria flúida y precisa, su actitud comprensiva y la corrección con que se dirige al presidente, a diferencia de los testigos anteriores, hace muy buena impresión, lo que contrasta terriblemente con lo que ya sabemos de él. No tiene casi nada que declarar; por desgracia sabe muy poco de todo ese asunto. Ahora aparece como último testigo el criado, que sin darse cuenta es el verdadero acusador de Seidemann. Lo ha visto comprar el cuchillo; sabe que en el momento crítico Seidemann estaba con Edelmann; sabe finalmente que Seidemann odiaba a los judíos, sobre todo a Edelmann, y que quería los pagarés. Los dos de caftán se levantan de un salto y con gran placer confirman todo. Seidemann se defiende como una persona honorable un poco desconcertada. Entonces aparece sobre el tapete la hija. ¿Dónde está? Naturalmente, en casa, y confirmará lo dicho. No, no lo confirmará, afirma el defensor, y puede probarlo; se vuelve hacia la pared, se quita la peluca y se vuelve hacia el aterrorizado Seidemann convertido en su hija. La inmaculada blancura de su labio superior, cuando se quita los bigotes, resulta amenazadora. Para eludir la justicia terrena, Seidemann ha bebido un veneno; confiesa sus crímenes, pero no tanto a los presentes, sino al Dios de los judíos, a quien ahora reconoce como su Dios. Mientras tanto, el pianista ataca una música, los dos de caftán sienten su influjo y empiezan a bailar. En el fondo está la pareja nupcial, por fin reunida, y cantan la melodía a la antigua usanza del Templo, especialmente el novio, muy serio.

Primera aparición de los dos de caftán. Entran en la habitación de Seidemann con alcancías destinadas al Templo; miran en torno, se sienten incómodos, se miran. Tantean las jambas de la puerta con las manos, de arriba abajo, no encuentran ninguna *mesusa.*[22] Tampoco en las otras puertas. No quieren creerlo; saltan junto a las diversas puertas y hacen ademanes como para cazar moscas, subiendo y bajando, palmeando las jambas hasta el dintel.

Lamentablemente, todo es inútil. Hasta ese momento no han dicho una palabra.

Semejanzas entre la señora K. y la señora W. del año pasado. La señora K. tiene una personalidad tal vez algo menos vigorosa, y más monótona; en cambio es más bonita y más respetable. La broma constante de la W. consistía en empujar a sus compañeros con su ancho trasero. Además, tenía a su lado a una mala cantora, y era totalmente nueva para nosotros.

"Especialista en personajes masculinos" es realmente una denominación equivocada. Al verla envuelta en su caftán, uno se olvida completamente de su cuerpo. Sólo lo recuerda cuando se encoge de hombros y retuerce el trasero, como si la picaran las pulgas. Aunque las mangas son cortas, tiene que alzarlas un poco a cada instante; el espectador espera con agrado este ademán que le promete un gran alivio para esa mujer que tanto tiene que cantar y explicar al estilo talmúdico.

El deseo de ver un teatro yiddisch más grande, ya que tal vez la representación se vea menoscabada por la escasez de intérpretes y de ensayos. También el deseo de conocer la literatura yiddisch, evidentemente caracterizada por una ininterrumpida tradición de lucha nacional, lo que determina el estilo de sus obras. Una tradición que además en ninguna otra literatura, ni siquiera la del pueblo más oprimido, es tan inseparable de la obra. Tal vez otros pueblos, en épocas de guerra, den la supremacía a las obras nacionales, bélicas, y en ellos ciertas obras que en realidad distan mucho de serlo adquieren, gracias al entusiasmo en ese sentido del auditorio, una apariencia nacional, como por ejemplo *La novia vendida*; pero aquí, sólo parece haber obras del primer tipo, en cualquier época que uno considere.

El aspecto del escenario vacío, que espera a los actores tan silenciosamente como nosotros. Como con sus tres paredes, la silla y la mesa, debe satisfacer todas las peripecias, no esperamos nada de él, más bien esperamos con todas nuestras energías al actor, y por eso no podemos resistirnos a la atracción del canto detrás de esas paredes vacías, que sirve de introducción a la acción.

9 de octubre. Si al una vez llegara a los cuarenta años, probablemente me casaría con una solterona de incisivos superiores protuberantes, parcialmente descubiertos por el labio de arriba. Los

incisivos superiores de la señorita K., que estuvo en París y en Londres, están torcidos el uno hacia el otro, como dos piernas ligeramente cruzadas a la altura de las rodillas. Pero es difícil que llegue a los cuarenta años; me lo dice por ejemplo la tensión que a menudo siento en la mitad izquierda del cráneo, que se me antoja una especie de lepra interna, y que, si hago abstracción del malestar y sólo decido observarlo, me produce la sensación de esos cortes trasversales del cráneo en los libros de texto, o de una disección indolora del cuerpo vivo, donde el cuchillo, un poco refrescante, cuidadoso, deteniéndose a menudo, volviéndose atrás, y de vez en cuando descansando, recortara constantemente membranas finas como papeles al lado mismo de las partes cerebrales en pleno funcionamiento.

El sueño de esta noche, que esta mañana no me pareció ni siquiera hermoso, exceptuando una pequeña escena cómica, que consistía en dos observaciones contradictorias, seguida por una tremenda satisfacción onírica, sin embargo olvidada.

Yo pasaba —no sabría decir si Max estaba allí desde el principio— a través de una larga hilera de casas a la altura del primero o del segundo piso, así como uno pasa de un vagón a otro por el corredor del tren. Iba muy rápido, tal vez porque la casa era tan endeble que por eso mismo había que darse prisa. No advertía en absoluto las puertas entre las casas; más bien era una inmensa hilera de habitaciones, y sin embargo no sólo se podían diferenciar los sucesivos departamentos, sino también las casas. Tal vez todos los cuartos que atravesé eran dormitorios. Se ha grabado en mi memoria una cama típica de esos dormitorios; estaba a mi izquierda, contra la pared oscura o sucia, tal vez inclinada contra la pared de una guardilla; encima hay una pilita de ropa de cama; la colcha, que en realidad sólo es una sábana de tela gruesa, pisoteada por el que durmió en la cama, cuelga en punta. Me daba vergüenza pasar por esos dormitorios porque todavía había mucha gente acostada; por lo tanto avanzaba a largos pasos, en puntas de pies, con lo que de algún modo esperaba demostrar que sólo pasaba por obligación, que trataba de incomodar lo menos posible y no hacía ningún ruido al andar, que en realidad el hecho de que yo pasara no tenía ningún valor. Por lo tanto, tampoco volvía nunca la cabeza, y sólo veía la calle, a la derecha, o lo que había junto a la pared del fondo, a la izquierda.

Esta hilera de casas estaba a menudo interrumpida por bur-

deles, y aunque al parecer mi propósito era justamente visitarlos, los atravesaba más rápido todavía, de modo que no recuerdo nada de ellos, excepto su presencia. Pero la última habitación de todos los departamentos era también un burdel, y allí me quedé. La pared opuesta a la puerta por donde había entrado, que constituía al mismo tiempo la última pared de la hilera de casas, o era de vidrio, o simplemente estaba rota, y si hubiera pasado por ella me habría caído. Es bastante más probable que estuviera rota, porque las prostitutas estaban echadas junto al borde del piso. Pude ver claramente a dos, en el suelo; la cabeza de una pendía ligeramente hacia afuera, sobre el borde, al aire libre. A la izquierda había una pared sólida, en cambio la pared de la derecha no estaba terminada, se veía el patio, abajo, aunque no hasta el fondo, y una escalera gris y ruinosa bajaba hasta él, dividida en varias secciones. A juzgar por la luz de la habitación, el cielo raso era igual al de los otros cuartos.

Yo me ocupaba sobre todo de la muchacha cuya cabeza pendía hacia afuera, Max de la que estaba acostada a su izquierda. Yo le tocaba las piernas; durante un rato le presioné a intervalos regulares la parte superior de los muslos. Esto me producía tanto placer, que me asombraba que no hubiera que pagar nada por un entretenimiento que era francamente el más hermoso del universo. Estaba convencido de que yo (y sólo yo) engañaba al mundo. Luego la muchacha, sin mover las piernas, irguió la parte superior del cuerpo y volvió hacia mí la espalda, que para horror mío estaba cubierta de grandes círculos de color lacre, con bordes más claros, y en el medio salpicaduras de manchas rojas. Entonces advertí que tenía todo el cuerpo lleno de esas manchas; que mis pulgares oprimían unas manchas similares de sus muslos, y que también tenía entre los dedos esas partículas rojas, como restos de un sello de lacre desmenuzado.

Me retiré entre una cantidad de hombres que parecían esperar junto a la pared, cerca de la escalera, por la cual subía y bajaba ahora cierta cantidad de gente. Esperaban como esos hombres de campo que se reúnen el domingo por la mañana en el mercado. Por lo tanto, también era domingo. Aquí tuvo lugar la escena cómica, cuando un hombre, que por algún motivo nos inspiraba temor a Max y a mí, se fué, luego subió la escalera, se me acercó, y mientras yo y Max esperábamos de él alguna amenaza aterradora, me dirigió una pregunta ridículamente tonta. Luego me quedé y contemplé preocupado a Max, que sentado en el suelo, hacia la izquierda, y sin sentirse atemorizado por el establecimiento, tomaba una espesa sopa de patatas, donde las patatas asomaban como grandes bolas, especialmente una. Max las sumergía con la cuchara, tal vez con dos cucharas, o se reducía a hacerlas girar.

10 de octubre. Escribí un artículo sofisticado para el *Tetschen-Bodenbacher Zeitung*, a favor y en contra de mi Compañía de Seguros.

Anoche, en el Graben. Se acercan hacia mí tres actrices que vuelven del ensayo. Es tan difícil darse inmediatamente por enterado de la belleza de tres mujeres, cuando al mismo tiempo uno quiere mirar a dos actores que se acercan detrás de ellas con el paso excesivamente aéreo, aun más, alado, de los actores. Éstos —el de la izquierda, con su rostro regordete y juvenil, y el sobretodo abierto que aletea en torno de su vigorosa silueta, basta para caracterizar a ambos— alcanzan a las damas, el de la izquierda sigue por la acera, el de la derecha baja a la calle. El de la izquierda coge su sombrero por la copa, lo aferra con los cinco dedos, lo alza hacia lo alto y exclama (y sólo ahora el de la derecha lo imita): "¡Adiós! ¡Buenas noches!" Pero aunque este encuentro y estos saludos han separado a los caballeros, las damas que han recibido el saludo, como dirigidas por la más próxima a la calle, que parece ser la más débil y alta, pero también la más joven y hermosa, siguen sin turbarse su camino, con un fácil saludo que casi no interrumpe su concertada conversación. En ese momento, todo esto me pareció una prueba incontrastable de que aquí las relaciones entre los artistas son ordenadas y correctas.

Anteayer, los judíos del Café Savoy. *Die Sejdernacht*, de Feinmann. En ciertos momentos (de pronto tuve repentina conciencia de esto) no intervenimos en la acción, solamente porque estamos muy emocionados, y no porque seamos meros espectadores.

12 de octubre. Ayer, en casa de Max, proseguí con mi diario de París.[23] En la semipenumbra de la Rittergasse, cálida y gruesa en su vestido de otoño, R., a quien sólo habíamos conocido con su blusa de verano y la liviana chaqueta azul, en cuyo interior una muchacha que no tenga un aspecto totalmente impecable está después de todo peor que desnuda. Entonces se advertía antes que nada su nariz prominente en medio de la cara exangüe, en cuyas mejillas uno podía hundir largamente las manos antes de

ver aparecer el menor rubor; el vello rubio y abundante de su mejilla y del labio superior, el polvo del tren que se había metido entre la nariz y la mejilla, y la enfermiza blancura de la carne en el escote de la blusa. Hoy, en cambio, corrimos tras ella respetuosamente; al despedirme frente a un pasaje que da a la Ferdinandstrasse, porque estaba sin afeitar y además bastante desaliñado, empecé a sentir algunos leves impulsos de interés hacia ella. Y luego, cuando reflexioné el porqué, no pude menos que reconocer: porque estaba tan abrigada.

13 de octubre. Antiartística transición de la piel tersa de la calva de mi jefe a las delicadas arrugas de su frente. Una evidente falla de la naturaleza, muy fácil de imitar; no convendría que los billetes de banco fueran así.

La descripción de R. no me parecía lograda, pero sin embargo debe haber sido mejor que lo que yo creía, o mi impresión de anteayer de R. habrá sido tan incompleta que la descripción le era adecuada y hasta posiblemente demasiado buena. Porque anoche, cuando volvía a casa, recordé de pronto mi descripción, que inconscientemente reemplazó la impresión original, y me pareció que ayer había visto a R. por primera vez, sin Max, además, y me disponía a hablarle de ella, exactamente en los términos en que la había descripto.

Anoche, en la Schützeninsel; no encontré a mis colegas y me fuí inmediatamente. Causé un poco de sensación con mi chaqueta americana y el sombrero blando y estrujado en la mano, porque afuera hacía frío; pero adentro el aire era caliente, respirado por los parroquianos, los fumadores y los instrumentos de viento de la orquesta militar. La orquesta no estaba situada en lo alto (no hubiera podido, porque el salón es bastante bajo) y ocupaba todo un extremo del recinto, de pared a pared. Los músicos parecían empaquetados en este extremo del salón como en un cajón. Esta impresión de apiñamiento disminuía un poco al entrar más en la sala, ya que los lugares junto a la orquesta estaban bastante vacíos y la gente sólo se había sentado a partir de la mitad del salón.

Garrulidad del Dr. K. Durante dos horas di vueltas con él detrás de la estación de Francisco José; de vez en cuando le rogaba que me permitiera irme, cogiéndome las manos para contener la impaciencia, y escuchando lo menos posible. Me pareció que una persona que se desempeña bien en su profesión, se

vuelve, sin embargo, irresponsable en cuanto empieza a narrar anécdotas de dicha profesión; adquiere conciencia de su destreza, cada anécdota tiene sus derivaciones, y en verdad muchas; él las recuerda todas, porque las ha vivido, pero dadas la prisa y la consideración que se me debe, suprime muchas, además destruyo algunas valiéndome de preguntas, pero con estas preguntas le recuerdo otras derivaciones, le demuestro con ellas que también domina profundamente mi propio pensamiento; personalmente, en la mayoría de las anécdotas desempeña un papel admirable, que él apenas menciona, y por lo tanto lo suprimido le parece más lleno de significado; pero ahora sin embargo está tan seguro de mi admiración, que también se permite lamentarse, ya que aun en su desdicha, en sus fastidios, en sus dudas, es admirable; sus contrincantes también son personas capaces y dignas de exposición; en un estudio de abogados, con cuatro empleados y dos jefes, hubo una controversia, en cuyo transcurso él solo se opuso a todo el estudio; durante varias semanas los seis juristas no podían hablar de otra cosa. El mejor orador de este estudio, un inteligente abogado, era su contrincante; a esto se agrega la Suprema Corte, cuyas decisiones son al parecer malas, contradictorias entre sí; en tono de despedida, digo algunas palabras en defensa de la Corte, entonces me ofrece pruebas de la imposibilidad de justificar a la Corte; sin cesar, vamos y venimos por la calle; yo me asombro inmediatamente de la inutilidad de la Corte, y entonces él me explica a qué se debe esto: la Corte tiene demasiado trabajo; por qué, y cómo. Bueno, debo irme; pero en cambio la Corte de Apelaciones es mejor y el Tribunal Administrativo es muchísimo mejor, y por qué, y cómo; finalmente no puedo demorarme un momento más, entonces trae a colación mis propios asuntos, con motivo de los cuales he venido justamente a verlo (instalación de la fábrica), y que ya hemos discutido largamente; lo alienta la esperanza inconsciente de retenerme con este subterfugio, y tentarme nuevamente a escuchar sus anécdotas. Digo algunas palabras, pero al mismo tiempo le tiendo la mano para despedirme, y me libero.

Por otra parte es muy buen narrador; en sus relatos se mezclan el minucioso detallismo de un código con la elocución vivaz que a menudo se encuentra en los judíos obesos y morenos como él, por ahora sanos, de estatura mediana, excitados a fuerza de fumar incesantemente. Las expresiones jurídicas dan consistencia a su conversación; clasifica los párrafos, cuyo elevado número parece ser relegado a la distancia. Todos sus relatos se desarrollan

desde el comienzo mismo; repite las frases y las réplicas de los protagonistas, entremezcladas de observaciones personales; expone en primer término consideraciones secundarias en las que nadie habría reparado, luego las declara secundarias y las hace a un lado ("Una persona; cómo se llama, es secundario"); el oyente se ve obligado a intervenir personalmente, es interrogado; mientras tanto la trama de la historia es espesa; muchas veces, anticipando una historia que no puede interesarle en nada, el oyente soporta un interrogatorio, naturalmente inútil, con el fin de establecer una especie de relación provisional con la historia; las observaciones incidentales del oyente no intervienen inmediatamente, lo que sería desagradable (Kubin), pero muy pronto, durante el transcurso del relato, reciben aplicación en el lugar adecuado, adulación concreta del oyente, ya que así se siente atraído hacia el relato, y que al mismo tiempo le otorga un derecho especial de ser su oyente.

14 de octubre. Anoche, en el Savoy, *Sulamith*, de A. Goldfaden. Realmente es una ópera, pero toda obra cantada recibe el nombre de opereta; aun esta pequeñez me parece señalar una tendencia artística obstinada, apresurada y apasionada por razones equivocadas, que se abre paso a través del arte europeo en una dirección en parte arbitraria.

El argumento: Un héroe salva a una muchacha que se perdió en el desierto ("oye mi ruego, Dios poderoso y grande") y que acosada por la sed se arrojó a una cisterna. Se juran fidelidad eterna ("mi amada, mi adorada, mi diamante hallado en el desierto") y toman por testigo al pozo y a una gata del desierto, de ojos rojizos. La muchacha, Sulamith (la señora Ts.), es conducida por Cingitang, el salvaje criado de Absolon (P.), hacia Belén, donde la espera su padre Manoach (Ts.), mientras Absolon (K.) emprende otro viaje a Jerusalén; una vez allí, sin embargo, se enamora de Awigail, una rica joven de Jerusalén (la señora K.), se olvida de Sulamith y se casa. En su casa, en Belén, Sulamith espera a su amado. "Muchos se van a Jeruscholajim, y retornan." "Él, el más noble, no puede serme infiel." Mediante desesperados arrebatos, se forja una fe decidida a todo, y decide fingir la locura para no tener que casarse y poder esperar. "Mi voluntad es de acero, mi corazón una fortaleza." Y en medio de la locura que finge durante años, se entrega con afectada licencia a los recuerdos de su amante, lamentable y ruidosamente, ya que su demencia sólo gira en torno del desierto, el manantial y el gato. Gracias a esta locura logra rechazar inmediatamente a sus tres pretendientes, con los cuales Manoach sólo había conseguido llegar a un acuerdo mediante la organización de una lotería: Joel Gedoni (U.), "soy el más fuerte de los héroes judíos", Avidanov, el terrateniente (R. P.) y el ventrudo sacerdote Nathan (Löwy), que se cree superior a todos, "dénmela, me muero por ella". Absolon tiene mala suerte; un gato salvaje del desierto mordió mortalmente a uno de sus hijos, el segundo se cayó a un pozo. Recuerda su culpa, confiesa todo a Awigail. "Domina tu llanto." "Cesa de destrozarme el corazón con tus palabras." "¡Ay!, todo lo que digo es verdad." Algunas ideas parecen empezar a formarse en torno de ambos, y luego desaparecen. ¿Volverá Absolon junto a Sulamith, y abandonará a Awigail? También Sulamith merece ser feliz. Finalmente, Awigail lo deja en libertad. En Belén, Manoach se lamenta por su hija: "¡Oh desgracia de mi vejez!" Absolon la cura con su voz. "El resto, padre, te lo diré más tarde." Awigail se desmaya en su viñedo de Jerusalén; la única justificación de Absolon es su heroísmo.

Al final de la obra seguimos esperando al actor Löwy, que yo admiraría hasta en el polvo. Como de costumbre, tiene que "anunciar". "Queridos espectadores, les agradezco en nombre de todos nosotros la visita, y los invito cordialmente a la representación de mañana, ya que presentaremos la obra mundialmente famosa... de... Hasta luego." Mutis, con un saludo del sombrero.

En cambio, vemos al principio el telón absolutamente cerrado; luego, indecisamente, ambas cortinas se separan un poquito. Esto dura bastante. Finalmente se abre por completo; en el medio, un nudo une ambas cortinas, detrás vemos a Löwy que se adelanta un paso hacia las candilejas, con la cara vuelta hacia nosotros, defendiéndose con las manos de alguien que lo tiene aferrado de atrás, hasta que de pronto todo el telón, con sus soportes superiores de alambre, cae sobre Löwy que trataba de apoyarse en alguna parte, y ante nuestros ojos P., que representó el papel de salvaje y que todavía saluda agachado como si el telón estuviera descorrido, coge a Löwy, de rodillas, por la cabeza y lo empuja por así decir fuera del escenario, hacia un costado. Todos corren al mismo tiempo hacia el costado del teatro. "¡Corran el telón!", gritan en el escenario casi totalmente descubierto, donde la señora Ts., con su pálido rostro de Sulamith, sigue suscitando la piedad general; algunos mocitos subidos sobre mesas y sillas arreglan en parte el telón, el dueño del establecimiento trata de calmar al representante del gobierno, que sólo desea irse, y se ve retenido

por estas tentativas; detrás del telón se oye a la señora Ts.: "Y nosotros pretendemos enseñar moral al público desde el escenario..." La asociación judía de empleados de oficina "Zukunft" que mañana a la noche se encargará de la dirección del espectáculo, y que había celebrado una reunión habitual de socios antes de esta representación, decide a consecuencia de lo ocurrido celebrar una reunión fuera de programa antes de media hora; un socio checo profetiza a los actores la ruina total como resultado de su escandalosa conducta. Luego, repentinamente, aparece Löwy, que uno creía desaparecido, empujado hacia la puerta con las manos y hasta con las rodillas por el mozo principal R. Este mozo, que tanto antes como después se planta ante los parroquianos, ante nosotros también, como un perro, con un hocico de perro que baja sobre una boca grande limitada a los costados por humildes arrugas, tiene su...

16 de octubre. Ayer, domingo agotador. Todo el personal presentó su renuncia a mi padre. Mediante palabras amables, cordialidad, y eficaces referencias a su enfermedad; mediante su corpulencia y su antiguo vigor, su experiencia y su astucia, consigue atraer nuevamente a casi todos los empleados, a lo largo de una serie de entrevistas individuales y conjuntas. Un contador importante, F., sugiere que le den tiempo hasta el lunes para pensarlo, porque ha dado su palabra al gerente, que se va y pretende llevarse consigo a todo el personal; lo necesita para la empresa que él mismo está organizando. El domingo, el contador escribe que después de todo no puede quedarse. R. insiste en el cumplimiento de lo prometido.

Voy a Zizkov a verlo. Su joven esposa, de mejillas redondas, cara larga y nariz pequeña y ancha, ese tipo de nariz que no arruina nunca las caras checas. Bata de entrecasa, demasiado larga, muy suelta, floreada y manchada. Sobre todo parece más larga y suelta porque la mujer se da demasiada prisa en darme la bienvenida, en terminar de colocar correctamente el álbum sobre la mesa, como último embellecimiento, y en desaparecer en busca de su marido. El marido entra con análoga rapidez de movimientos, tal vez imitados por una esposa que depende demasiado de él, con el busto inclinado y los brazos como péndulos, mientras la parte inferior del cuerpo se queda notablemente atrás. Impresión que causa un hombre a quien se ha conocido durante diez años, se lo ha visto a menudo, se lo ha observado poco, y con quien uno se encuentra de pronto en una relación más íntima.

Cuanto menos éxito tienen mis argumentos en checo (el hombre ya había firmado un contrato con R., pero el sábado por la tarde se sintió tan turbado ante mi padre que no se lo mencionó), tanto más se parece su cara a la cara de un gato. Hacia el final represento mi papel con bastante agrado, miro en torno de la habitación con los ojos entrecerrados y la mirada perdida en la distancia, como si buscara alguna alusión en lo inefable. Sin embargo, no me siento desdichado cuando advierto que mi actitud no tiene mayor efecto, y que en vez de oírme dirigir la palabra en diferente tono, tengo que empezar nuevamente a persuadirlo. La conversación se inicia con la constatación de que del otro lado de la calle vive otro T., y termina junto a la puerta con su asombro ante mi ropa tan liviana a pesar del frío. Símbolo de mis primeras esperanzas y de mi fracaso final. Le hago prometer, sin embargo, que vendrá a visitar a mi padre por la tarde. Mi argumentación, en ciertos momentos, demasiado abstracta y formal. Error: no haber llamado a su mujer durante el curso de la conversación.

Por la tarde, viaje a Radotin, para retener al contador. Como consecuencia, me pierdo mi cita con Löwy, en quien pienso incesantemente. En el tren: Punta de la nariz de una anciana de cutis terso, casi juvenil todavía. ¿Termina por lo tanto la juventud en la punta de la nariz, y empieza allí la muerte? Cómo tragan saliva los pasajeros, cómo se les desliza por la garganta; el ensanchamiento de sus bocas, señal de que consideran el viaje en tren, la combinación de los diversos otros pasajeros, la disposición en que se han sentado, la temperatura del vagón, hasta el número de *Pan* que tengo sobre las rodillas y que algunos miran de vez en cuando (ya que después de todo es algo que jamás hubieran esperado encontrar en el compartimiento), como circunstancias inobjetables, naturales, dignas de confianza, mientras reflexionan que todo pudo haber sido mucho peor.

Voy y vengo por el patio del señor H.; un perro apoya la pata sobre la punta de mi pie, que en ese momento balanceo. Niños, gallinas, de vez en cuando algún adulto. Una niñera, asomada intermitentemente al *Pawlatsche* [24], o escondida detrás de una puerta, abajo, me mira con deseo. Bajo sus miradas, no sé francamente qué soy, si indiferente o vergonzoso, joven o viejo, insolente o afectuoso, con las manos delante o detrás, helado o caliente, amante de los animales u hombre de negocios, amigo de H. o dependiente suyo, superior a los asistentes a la asamblea que a menudo salen del establecimiento y con ininterrumpido trayecto circular se di-

rigen al mingitorio y vuelven, o ridículo a consecuencia de mi ropa liviana, judío o cristiano, etc. El hecho de pasearme, limpiarme la nariz, leer de vez en cuando la revista *Pan*, eludir tímidamente con la mirada al *pawlatsche*, para descubrir de pronto que está vacía, mirar las aves, ser saludado por un hombre, ver a través de la ventana de la taberna las caras chatas de los hombres inclinadas y juntas, vueltas hacia un orador, todo contribuye. El señor H., que de vez en cuando sale de la asamblea y a quien solicito que use su influencia sobre el contador, ya que él lo hizo entrar en nuestra empresa. Barba negra pardusca alrededor de las mejillas y la barbilla, ojos negros; entre los ojos y la barba los matices oscuros de las mejillas. Es amigo de mi padre; lo conozco desde la infancia, y la idea de que en un tiempo fué tostador de café me lo muestra más oscuro y viril que lo que es en realidad.

17 de octubre. No termino nunca nada, porque no tengo nada de tiempo; y esto me deprime mucho. Si tuviera todo el día libre, y esta inquietud matutina pudiera crecer en mí hasta el mediodía y agotarse a sí misma durante la tarde, entonces podría dormir. Así como están las cosas, en cambio, mi inquietud sólo dispone de una hora del anochecer; en el mejor de los casos, se fortifica un poco, luego se ve suprimida, reprimida, y me mina inútil y nocivamente la noche. ¿Podré soportarlo mucho tiempo? ¿Y hay alguna razón para soportarlo, y tendré alguna vez tiempo?

Cuando pienso en esta anécdota: Napoleón cuenta en la mesa real de la corte de Erfurt: "Cuando yo era un mero teniente en el quinto regimiento..." (las altezas reales se miran, turbadas, Napoleón lo advierte y se corrige), "cuando yo todavía tenía el honor de ser un mero teniente..." se me hinchan las arterias del cuello con el orgullo que, ligeramente simpatizante con el protagonista, me emociona artificialmente.

Más sobre Radotin: helado y solo se paseaba por el césped, luego reconocí ante una ventana abierta a la niñera, que se había pasado del otro lado de la casa, siguiéndome...

20 de octubre. El 18, en casa de Max: escribí sobre París. Mal escrito; no consigo la perfecta libertad de la descripción verdadera, que nos eleva sobre lo vivido. Me sentía además atontado por la gran exaltación del día anterior, que había terminado con la conferencia de Löwy. Durante el día no me sentía todavía en

un estado que no fuera habitual, fuí con Max a esperar a su madre que llegaba de Gablonz, estuve un rato con ellos en el café y luego en casa de Max, que me tocó una danza gitana de *La linda muchacha de Perth*. Una danza donde durante páginas sólo las caderas oscilan al ritmo de un tictac monótono, y la cara mantiene una expresión lenta y cordial. Pero luego hacia el final, tardía y breve, la íntima barbarie suscitada aparece, estremece el cuerpo, lo domina, oprime la melodía, haciéndola subir y bajar a sacudidas (se oyen en ese momento tonos apagados y extraordinariamente amargos) y luego se apaga insensiblemente. Al principio, e inconfundiblemente durante el desarrollo, sentí una fuerte afinidad con lo gitano, tal vez porque un pueblo de danzas tan salvajes sólo se muestra tranquilo ante un amigo. Impresión de la gran veracidad de la primera danza. Luego hojeé las *Palabras de Napoleón*. Qué fácil es convertirse momentáneamente en una partícula de la inmensa idea que uno se forma de Napoleón. Luego, ya en ebullición, volví a casa, no podía resistir ninguna de mis ideas, desordenado, grávido, revuelto, hinchado, en medio de los muebles que giraban en torno de mí; abrumado por mis penas y mis preocupaciones, ocupando el mayor espacio posible, porque a pesar de mi expansión estaba muy nervioso; así entré en la sala de conferencias. Al ver por ejemplo cómo estaba sentado, y muy verdaderamente sentado, yo mismo como espectador habría reconocido inmediatamente mi estado.

Löwy leyó trozos humorísticos de Sholem Aleichem, luego un cuento de Peretz, una poesía de Bialik (la única en que el poeta, para popularizar su poema sobre el *pogrom* de Kischinew, que podía ser tan útil para el futuro porvenir de la causa judía, descendió del hebreo al yiddish y tradujo a este dialecto su poesía originalmente hebrea), *La Vendedora de Velas* de Rosenfeld. Dilatación constante de los ojos, natural en el actor; permanecen abiertos un instante, enmarcados por las cejas muy arqueadas. Absoluta veracidad de toda la lectura; el suave ademán de alzar el brazo derecho, desde el hombro; el ajustarse los lentes que parecen prestados, tan mal se acomodan a la nariz; la posición de la pierna bajo la mesa, tan extendida que la débil articulación entre el muslo y la pierna adquiere una movilidad insólita; la espalda encorvada, que parece débil y miserable, ya que una espalda lisa y uniforme no engaña al observador, como podría engañarlo el aspecto de una cara, con sus ojos, las cavidades y las protuberancias de las mejillas, o cualquier otra pequeñez; hasta la barba mal afeitada. Después de la conferencia, mientras volvía a casa,

sentí concentradas en mí todas mis facultades, y en ese sentido me quejé en casa a mis hermanas, hasta a mi madre.

El 19, con el Dr. K., sobre la fábrica. La leve enemistad teórica que surge entre los contratantes en el momento de la conclusión del contrato. Cómo mis ojos se demoraban en la cara de H., vuelta hacia el Doctor. Esta enemistad aparece con más facilidad aún entre dos personas que no están acostumbradas a prestar atención a su mutua relación, y que por lo tanto chocan ante cualquier pequeñez. La costumbre del Dr. K. de pasearse diagonalmente por el cuarto, con el busto tensamente inclinado hacia adelante, y oscilante, al estilo de la buena sociedad, mientras cuenta anécdotas, y de sacudir frecuentemente, en un extremo de la diagonal, las cenizas de su cigarrillo dentro de uno de los tres ceniceros diseminados por la habitación.

Esta mañana en la Compañía N. N. Cómo el jefe se inclina lateralmente en su sillón, para dar lugar y apoyo a sus ademanes de judío oriental. Cómo se relacionan y se ayudan mutuamente los movimientos de sus manos y su cara. A menudo los reúne, ya sea mirándose las manos o acercándoselas a la cara, para conveniencia del interlocutor. En la cadencia de sus frases se advierten ciertas melodías del Templo; especialmente cuando enumera diversos puntos traslada la melodía de dedo en dedo, como si fueran distintos registros. Luego me encuentro con mi padre y con un señor Pr., en el Graben; éste alza la mano para subirse un poco la manga (ya que no quiere subírsela él mismo), y en medio del Graben hace poderosos movimientos de tornillo, abriendo la mano y dejándola descender con los dedos extendidos.

Probablemente estoy enfermo, porque ayer me picaba todo el cuerpo. Por la tarde tenía la cara tan acalorada, y congestionada en manchones, que mientras me hacía cortar el pelo temí que el oficial, que me miraba todo el tiempo, así como a mi imagen en el espejo, advirtiera que yo padecía una grave enfermedad. También la conexión entre el estómago y la boca está parcialmente perturbada; una tapita del tamaño de una moneda me sube y me baja, o se queda abajo e irradia hacia arriba una especie de leve presión que se expande hacia la superficie del pecho.

Más sobre Radotin: La invité a bajar. La primera respuesta fué en tono serio, aunque hasta ese momento me había coqueteado y sonreído, junto con la niña a su cargo, como no se hubiera atre-

vido a hacerlo a partir del instante en que entablamos una relación concreta. Luego nos reímos mucho juntos, aunque yo abajo y ella arriba en la ventana abierta nos helábamos de frío. Apretaba los pechos contra los brazos cruzados, aparentemente con las rodillas dobladas, el resto del cuerpo contra el alféizar de la ventana. Tenía diecisiete años, y creyó que yo tenía quince o dieciséis, lo que insistió en seguir creyendo durante toda nuestra conversación.[25] Su naricita, un poco torcida, dibujaba una insólita sombra sobre la mejilla, lo que francamente no me ayudaría a reconocerla. No era de Radotin, sino de Chuchle (la primera estación yendo hacia Praga), e insistía en recordarme este detalle.

Luego, paseo con el contador, que aun sin mi viaje se habría quedado en nuestra empresa, en la oscuridad del camino que sale de Radotin; retorno a la estación. A un lado, estériles colinas donde una fábrica de cemento se provee de cal. Viejos molinos. Historia de un álamo arrancado de la tierra por una tromba de viento, sus raíces, que salen verticalmente de la tierra y luego se expanden. Fisonomía del contador: carne pastosa y rojiza sobre huesos fuertes; parece cansado, pero dentro de sus limitaciones es robusto. Ni siquiera en su voz denota sorpresa ante el hecho de que estemos paseando juntos por aquí. Sobre un vasto terreno, una luna clara, el humo de una chimenea, nebuloso por la luz que refleja; el terreno, en plena localidad, ha sido comprado por una fábrica para fines ulteriores; por ahora está desocupado, lo rodean edificios fabriles iluminados sólo parcialmente por la luz eléctrica. Señales de ferrocarril. Escaramuzas de ratas junto al largo sendero que cruza el terreno, trazado por la gente a pesar de la expresa prohibición de la fábrica.

Ejemplo del poder vigorizante de estas páginas, tan triviales en su conjunto:

El lunes 16 fuí con Löwy al Teatro Nacional para ver la *Trilogía de Dubrovnicka.*[26] La obra y los actores, sin esperanzas. Recuerdo del primer acto la hermosa sonajería de un reloj de chimenea; algunos franceses que cantan la Marsellesa, marchando frente a la ventana, el canto que se apaga es retomado por los que van llegando y vuelve a elevarse; una muchacha vestida de negro arrastra su sombra a través de la faja de luz que lanza el sol poniente sobre el piso. Del primer acto sólo me ha quedado el cuello delicado de una muchacha, que surge de dos hombros cubiertos por un vestido de color pardo rojizo con mangas abullonadas, y asciende tenso hacia la cabeza pequeña. Del tercer acto, el levitón

arrugado y el chaleco oscuro de fantasía cruzado por una cadena de reloj de oro, de un anciano y encorvado descendiente de los antiguos *gospodar*. Por lo tanto, no es mucho. Las entradas eran caras, he sido un mal benefactor al desperdiciar dinero en esto, cuando él lo necesitaba tanto; finalmente, empezó a aburrirse aun más que yo. En resumen, una vez más demostré que todas las cosas que emprendo por mi cuenta terminan en un fracaso. Pero aunque generalmente me uno en forma inseparable con esos fracasos y atraigo hacia mí todas las desdichas anteriores y todas las futuras, esta vez me sentí casi totalmente indiferente, soporté todo con soltura, como algo que ocurre una sola vez, y por primera vez en un teatro llegué a sentir que mi cabeza era la cabeza de un espectador, elevada sobre la oscuridad conjunta del asiento y del cuerpo en una luz particular, independiente de la triste ocasión de esta obra y su representación.

Segundo ejemplo: Anoche tendí simultáneamente ambas manos a mis dos cuñadas, en la Mariengasse, con tanta destreza como si hubieran sido dos manos derechas y yo una persona doble.

21 de octubre. Un ejemplo opuesto: Cuando mi jefe trata conmigo asuntos de oficina (hoy el archivo), no puedo sostener mucho tiempo su mirada, sin que aparezca en mis ojos, absolutamente contra mi voluntad, una leve amargura que desvía su mirada o la mía. Su mirada cede más breve pero más frecuentemente al impulso de mirar hacia otra parte, ya que ignora el motivo de ese impulso, pero su mirada vuelve inmediatamente a buscar la mía, y seguramente considera todo esto como una leve fatiga visual. Yo en cambio me defiendo con más vigor, acelero por lo tanto el zigzag de mi mirada, miro de preferencia su nariz y las sombras de las mejillas, a menudo sólo mantengo la cara en su dirección gracias a los dientes y la lengua en mi boca cerrada; cuando es necesario, bajo en realidad la mirada, aunque nunca más allá de su corbata; pero recobro en cambio toda la mirada cuando él desvía la suya, y yo lo sigo de cerca y sin consideración.

Los actores judíos: La señora Tschissik tiene protuberancias en la mejilla, cerca de la boca. Causadas en parte por el hundimiento de las mejillas, consecuencia de los padecimientos del hambre, de los partos, de los viajes y de la labor teatral, en parte por los insólitos músculos, generalmente en reposo, que debió desarrollar para los movimientos teatrales de su boca grande, en un principio probablemente dura. En el papel de Sulamith lleva la mayor

parte del tiempo el cabello suelto, que le cubre las mejillas, de modo que su cara a veces parece la cara de una muchacha de otra época. Su cuerpo es amplio, huesudo, moderadamente robusto, y anda muy encorsetada. Su andar fácilmente se vuelve solemne, porque tiene la costumbre de elevar los largos brazos, extenderlos y moverlos lentamente. Sobre todo cuando canta el himno nacional judío, balancea suavemente las anchas caderas y mueve hacia arriba y hacia abajo los brazos paralelos a las caderas y doblados, con las palmas de las manos cóncavas, como jugando con una pelota lentísima.

22 de octubre. Ayer, con la compañía judía. *Kol-Nidre,* de Scharkansky, una obra bastante mala, con una escena epistolar buena e ingeniosa; una plegaria de los dos amantes, de pie, uno junto al otro, con las manos unidas; el Gran Inquisidor, convertido, que se toma de la cortina del Arca, asciende los escalones y permanece allí con la cabeza inclinada, los labios sobre la cortina, el libro de las plegarias ante sus dientes que castañetean. Por primera vez, esta cuarta noche, mi evidente incapacidad de formarme una impresión clara. En parte tuvieron la culpa de esto nuestro grupo tan numeroso y la visita a la mesa de mi hermana. Sin embargo, no había necesidad de sentirse tan débil. Como consecuencia de mi amor hacia la señora Ts., que gracias a Max se sentó a mi lado, me porté espantosamente. Sin embargo, pienso mejorarme, ya me siento mejor.

La señora Tschissik (escribo con tanto placer su nombre) suele inclinar encantada la cabeza ante la mesa, aun cuando come ganso asado; uno creería poder introducirse con la mirada debajo de sus párpados, haciéndola antes resbalar cuidadosamente por su mejilla, y luego achicándose mucho y metiéndose adentro; para esto ni hace falta levantar antes los párpados, porque ya están levantados, y hasta dejan pasar un resplandor azul, que invita a la tentativa. De la veracidad de su arte surgen de vez en cuando ademanes del puño, retorcimientos del brazo, que atraen colas invisibles, dedos extendidos que oprimen el pecho, porque el grito sin artificio no basta. Su técnica no es muy variada: la mirada aterrada hacia el antagonista, la búsqueda de una vía de escape en el reducido escenario, la voz suave que aumenta heroicamente en breves y rectos ascensos de tono, gracias solamente a una mayor resonancia interna, sin recurrir al grito, la alegría que penetra su rostro abierto, expandiéndose por la alta frente hasta el cabello, la

seguridad con que se basta a sí misma cuando canta sola, sin recurrir a nuevos expedientes, la forma en que se yergue al resistir, que obliga al espectador a preocuparse solamente por el cuerpo entero de la actriz; y esto es casi todo. Pero en eso consiste la verdad del conjunto, y en consecuencia la convicción de que no se podría quitarle el más mínimo de sus efectos; que la actriz es independiente de la obra y de nosotros.

La compasión que sentimos por estos actores, que son tan buenos y no ganan nada, y que además no obtienen ni sombra de la gratitud y la fama que merecen, es simplemente la compasión que nos inspira el triste destino de tantos nobles esfuerzos, y sobre todo el de los nuestros. Por eso mismo es tan inmoderadamente considerable, porque parece referirse a unos desconocidos, cuando en realidad nos pertenece. Sin embargo, está a pesar de todo tan estrechamente ligada a los actores, en todo momento, que ni siquiera ahora puedo separarla de ellos. El hecho de reconocer todo esto sólo consigue que esa unión sea más indisoluble.

La extraordinaria tersura de las mejillas de la señora Tschissik en torno de su boca musculosa. Su hijita, en cierto modo informe.

Paseé con Löwy y mi hermana durante tres horas.

23 de octubre. Con su presencia, los actores me demuestran cada vez más, para horror mío, que la mayor parte de lo que escribí hasta ahora acerca de ellos es falso. Es falso, porque escribo sobre ellos con amor invariable (apenas escribo esto, ya es también falso) pero con capacidad variable, y esa capacidad variable no da la nota justa, la nota suficientemente fuerte para definir a los actores; y se pierde en cambio, sorda, en ese amor que no se satisface nunca con la capacidad, y que por lo tanto, al contenerla, cree proteger a los actores.

Pelea entre Tschissik y Löwy. Ts.: Edelstatt es el mejor escritor judío. Es sublime. Rosenfeld es naturalmente un gran escritor, también, pero no es el mejor. Löwy: Ts. es socialista, y como Edelstatt escribe poesías socialistas (es redactor de un diario socialista judío en Londres), Ts. lo considera el mejor poeta. Pero ¿quién es Edelstatt?; su partido lo conoce, pero nadie más; en cambio Rosenfeld es conocido en todo el mundo. Ts.: "No tiene nada que ver si lo conocen o no. Todo lo de Edelstatt es sublime."

L.: "Lo conozco bastante bien, por supuesto. *El Suicidio*, por ejemplo, es muy bueno." Ts.: "¿Para qué discutir? No estaremos nunca de acuerdo. Yo repetiré mi opinión hasta mañana, y tú harás lo mismo." L.: "Yo, hasta pasado mañana."

Goldfaden, casado, pródigo aunque en muy mala situación. Unas cien obras. Melodías litúrgicas robadas, popularizadas. Todo el mundo las canta. El sastre en su sastrería (con mímica), la criada, etc.

Con tan poco espacio para vestirse, las peleas son inevitables, como dice Ts. Uno vuelve acalorado del escenario, cada uno cree que es el mejor actor, uno le pisa por ejemplo el pie al otro, lo que no se puede evitar, y ya empieza una pelea, cuando no una batalla campal. Sí, en Varsovia había setenta y seis pequeños camarines, todos iluminados.

A las seis me encontré con los actores en su café, sentados alrededor de dos mesas, de acuerdo a los dos bandos hostiles. En la mesa del grupo de Ts. había un libro de Peretz. Löwy acababa de cerrarlo, y se levantó para irse conmigo.

Hasta los veinte años, Löwy fué un *bocher*, que estudiaba y gastaba el dinero de su acaudalado padre. Había una sociedad de jóvenes de su misma edad, que se reunían justamente los sábados en un establecimiento cerrado, y vestidos con sus caftanes fumaban y cometían otras infracciones contra las leyes del sábado.

"El gran Adler", el más famoso actor judío de Nueva York, millonario, para quien Gordin escribió *El Hombre Salvaje*, y a quien Löwy rogó en Carlsbad que no asistiera a la representación, ya que no se animaba a representar en su presencia en ese escenario tan mal provisto. "Verdaderas decoraciones, no estos escenarios miserables, donde uno no puede moverse. ¿Cómo quieren que hagamos *El Hombre Salvaje*? Para eso se necesita un sofá. En el Crystal Palace de Londres sí era magnífico. Ventanas que podían abrirse; entraba el sol; uno necesitaba un trono en la obra, bien, ahí estaba el trono, yo ascendía hacia él a través de la multitud y era realmente un rey. Es mucho más fácil trabajar allá. Aquí todo nos confunde."

24 de octubre. Mi madre trabaja todo el día, está contenta y triste, según las circunstancias, sin aprovecharse en lo más mínimo de su estado; su voz es clara, demasiado fuerte para la conversa-

ción común, pero resulta muy agradable oírla de pronto, cuando uno está triste y hace mucho que no la oye. Desde hace meses me quejo de estar siempre enfermo, sin padecer nunca de una enfermedad determinada que me obligue a guardar cama. Este deseo proviene sobre todo, seguramente, de la conciencia que tengo de cómo puede consolarme mi madre, por ejemplo cuando saliendo de la sala iluminada entra en la penumbra del cuarto del enfermo; o al anochecer, cuando el día empieza a convertirse monótonamente en noche, y ella vuelve del negocio y con sus preocupaciones y sus rápidas órdenes hace que a esa hora tardía vuelva a empezar el día, y anima al inválido para que la ayude en esa tarea. Desearía pasar por todo eso nuevamente, porque entonces me sentiría débil, y por lo tanto convencido de la conveniencia de todo lo que mi madre hiciera, y podría gozar de las alegrías infantiles con la perfeccionada capacidad de satisfacción de un adulto. Ayer se me ocurrió que tal vez yo no hubiera querido nunca a mi madre como se lo merecía, y como hubiera podido quererla, porque el idioma alemán me lo impedía. La madre judía no es nunca una "Madre", esa designación de madre le da un aire levemente cómico (no para ella, ya que estamos en Alemania) ; damos a una mujer judía el nombre alemán de madre, pero olvidamos sin embargo la contradicción que por eso mismo es más grave para el espíritu. "Madre" es para los judíos algo netamente alemán, inconscientemente encierra junto al esplendor cristiano la frialdad cristiana; la mujer judía llamada "Madre" no nos parece por lo tanto solamente cómica, sino también fuera de lugar. Mamá sería una designación mejor, si uno no imaginara detrás la palabra "Madre". Creo que sólo el recuerdo del *ghetto* mantiene la institución de la familia judía, porque también la palabra "Padre" está lejos de representar al padre judío.

Hoy estaba con el Consejero L., que inesperada, infantil, ridícula, insolicitada y falazmente me preguntó por mi salud, hasta el punto de hacerme perder la paciencia. Hacía tanto tiempo que no conversábamos tan íntimamente, o tal vez no lo habíamos hecho nunca, que sentí que mi cara, que él no había observado nunca tan atentamente, le revelaba partes falsas, mal comprendidas, pero de todos modos sorprendentes. Ni yo mismo me hubiera reconocido. A él, lo conozco muy bien.

26 de octubre. Jueves. Ayer Löwy nos leyó durante toda la tarde partes de *Dios, Hombre, Diablo,* de Gordin, y luego fragmentos de su propio diario de París. Anteayer asistí a la representación de *El Hombre Salvaje,* de Gordin. Gordin es mejor que Lateiner, Schakansky, Feinmann, etc., porque cuida más los detalles, posee más orden y más concatenación lógica dentro de ese orden, por lo tanto llama menos en él la atención ese judaísmo inmediato, artificiosamente improvisado de una vez para siempre, de las otras obras; el clamor de ese judaísmo resuena más apagado y por lo tanto menos detalladamente. Por supuesto, hace concesiones al público, y a veces uno cree necesario estirarse para ver la obra por encima de las cabezas del público judío de Nueva York (la figura del Hombre Salvaje, toda la historia de la señora Selde), pero es peor todavía que haya hecho palpables concesiones a cierto arte vagamente imaginado, por ejemplo en *El Hombre Salvaje* el argumento se tambalea durante un acto entero, por pura vacilación; el hombre salvaje pronuncia discursos humanamente incomprensibles, pero literariamente tan torpes que uno prefiere cerrar los ojos, así como la muchacha mayor de *Dios, Hombre, Diablo.* En cambio es muy ingenioso, en partes, el argumento de *El Hombre Salvaje.* Una joven viuda se casa con un viejo que tiene cuatro hijos, e inmediatamente trae a su amante, Wladimir Worobeitschik, a vivir con ellos. Arruinan entonces entre los dos a toda la familia; Schmul Leiblich (Pipes) se ve obligado a entregar toda su fortuna, y se enferma; el hijo mayor, Simon (Klug), estudiante, se va de la casa; Alexander se vuelve tahur y borracho consuetudinario, Lise (Tschissik) se convierte en prostituta y Lemech (Löwy), el idiota, por odio hacia la señora Selde, que reemplaza a su madre, y por amor, ya que es la primera mujer joven con quien tiene contacto directo, se ve reducido a una idiótica demencia. Al llegar a este punto el argumento se cierra con el asesinato de la Selde, consumado por Lemech. Todos los demás subsisten para el espectador como recuerdos calamitosos e incompletos. La creación de esta mujer y de su amante, creación que no pide a nadie su opinión, me ha infundido una difusa y diversa confianza en mí mismo.

Discreta impresión del programa. Uno no sólo se entera de los nombres, sino de algo más, pero no demasiado, sólo lo que el público, aun el público más frío y mejor intencionado, debe saber sobre una familia que espera su veredicto. Schmul Leiblich es un "rico comerciante", pero no dicen que es viejo y enfermizo, un viejo verde ridículo, un mal padre y un viudo irreverente que

se casa el mismo día en que se cumple un año de la muerte de su primera mujer. Y sin embargo todas esas designaciones serían más correctas que la del programa, puesto que al terminar la obra ya no es más rico, porque la Selde le ha robado todo, y tampoco es un comerciante, porque ha descuidado su comercio. Simon, en el programa, es un "estudiante", es decir, algo muy vago, lo que a nuestro entender son muchos hijos de nuestros más distantes conocidos. Alexander, ese joven sin carácter, es simplemente "Alexander"; de Lise, la joven hacendosa, sólo sabemos igualmente que es "Lise". Lemech es por desgracia "un idiota", porque esto es algo que no se puede callar. Wladimir Worobeitschik es simplemente "el amante de la Selde", y no el corruptor de una familia entera, ni un borracho, jugador, pródigo, haragán, parásito. Con la designación "amante de la Selde" se delata bastante, por supuesto, pero considerando su conducta es lo menos que se puede decir. Además, el lugar de la acción es Rusia, los personajes apenas reunidos aparecen dispersos sobre un tremendo territorio, o reunidos en un pequeño lugar no revelado de dicho territorio, en fin, la obra se ha vuelto imposible, el espectador habrá ido para no ver nada.

Sin embargo, la obra empieza, los poderes evidentemente considerables del autor comienzan a obrar, surgen a la luz cosas que no hubiéramos creído de los personajes del programa, y que sin embargo les caen en suerte con la máxima seguridad, si uno se decide a creer en todos esos latigazos, raptos, palizas, golpes en los hombros, desmayos, degüellos, rengueos, danzas con botas rusas, danzas con faldas femeninas al aire, rodadas en el sofá, porque todas éstas son cosas que no se pueden contradecir. Y sin embargo ni siquiera es necesario ese momento crítico de agitación del espectador, vivido en forma de recuerdo, para reconocer que la discreta impresión del programa es una falsa impresión, que ésta sólo puede adquirir forma después de la representación, pero ya es incorrecta, es imposible, sólo puede darse en una persona cansada que ha permanecido al margen de la obra, ya que para un juez honrado no puede existir ninguna relación, después de la representación, entre ésta y el programa.

Desde el guión en adelante, escrito con desesperación, porque hoy juegan a las cartas con insólito estrépito; tengo que sentarme junto a la mesa común; O. se ríe a todo pulmón, se levanta, se sienta, coge algo del otro lado de la mesa, me habla, y yo, para completar el desastre, escribo tan mal, y no puedo dejar de pensar en los recuerdos de París de Löwy, escritos con tan ininterrum-

pida emoción que surgen de un fuego que se alimenta a sí mismo, y en cambio yo, por lo menos ahora, seguramente sobre todo porque tengo tan poco tiempo, escribo completamente bajo la influencia de Max, lo que muchas veces, para colmo, me impide también gozar sus obras. Como me sirve de consuelo, apunto una observación autobiográfica de Shaw, aunque en realidad es lo más opuesto a un consuelo: Cuando muchacho era amanuense en una oficina de venta de propiedades en Dublín. Pronto abandonó este empleo, y se fué a Londres, donde se dedicó a la literatura. Durante los primeros nueve años, desde 1876 hasta 1885, ganó en total ciento cuarenta coronas. "Pero aunque era un joven robusto y mi familia estaba en mala posición, no por eso me lancé a la lucha por la vida; la lancé a mi madre, y dejé que me mantuviera ella. Yo no era ninguna ayuda para mi anciano padre, nada de eso, vivía colgado de los faldones de su levita." Después de todo, esto me consuela muy poco. Los años que él pasó con tanta libertad en Londres, ya pasaron para mí, la posible felicidad se pierde cada vez más en lo imposible, vivo una horrible vida falsa, y soy lo bastante cobarde y miserable para seguir el ejemplo de Shaw solamente hasta el extremo de leer el pasaje a mis padres. Cómo centellea ante mis ojos esta vida posible, con colores de acero, con tensas barras de acero y una aérea penumbra entre ellas.

27 de octubre. Los relatos de Löwy y el diario: cómo lo aterra Notr Dame, cómo lo impresiona el tigre del *Jardin des Plantes* como una imagen de la desesperación y la esperanza, que sacia comiendo su desesperación y su esperanza; cómo su devoto padre le pregunta si ahora puede salir a caminar los sábados, si ahora tiene tiempo de leer libros modernos, o si tiene que comer los días de ayuno, cuando en realidad Löwy trabaja los sábados, no tiene casi nada de tiempo y ayuna más que lo que cualquier religión prescribe. Cuando se pasea por las calles, masticando su pan negro, parece desde lejos que comiera chocolate. El trabajo en la fábrica de gorros; su amigo, el socialista, que considera burgueses a todos los que no trabajan exactamente como él, por ejemplo a Löwy, con sus manos finas; que se aburre los domingos; que desprecia la lectura como un lujo, por otra parte no sabe leer e irónicamente solicita a Löwy que le lea una carta que acaba de recibir.

El baño ritual judío, que aun existe en todas las colectividades judías de Rusia; lo imagino como un camarote con una palangana de forma estrictamente determinada, con directivas dictaminadas

y supervisadas por el rabino, cuya misión es solamente limpiar la suciedad terrena del alma, y cuyo estado material es por lo tanto indiferente; es un símbolo, y por lo tanto puede estar sucio y maloliente, y lo está, y sin embargo cumple su cometido. La mujer acude a él para purificarse del menstruo, el escriba de la Tora para purificarse de todo pensamiento pecaminoso, antes de escribir las últimas líneas de un capítulo de la Tora.

Costumbre de sumergir tres veces los dedos en el agua inmediatamente después de despertar, ya que los malos espíritus se han posado durante la noche en el segundo y tercer nudillo de los dedos. Explicación racionalista: Hay que evitar que los dedos toquen inmediatamente la cara, ya que durante el sueño pueden haber tocado inconscientemente todos los lugares imaginables del cuerpo, los sobacos, el trasero, el sexo.

El camarín detrás del escenario es tan pequeño, que cuando uno está por casualidad ante el espejo, detrás de la cortina de la puerta del decorado, y alguien quiere pasar al otro lado, tiene que levantar dicha cortina y aparecer un instante, quiera o no quiera, ante el público.

Superstición: Los malos espíritus se meten dentro de la persona que bebe en un vaso mal hecho.

¡Qué heridos me parecieron los actores después de la representación, cómo temía tocarlos con una palabra! ¡Cómo habría preferido irme después de un leve apretón de manos, como si me hubiera sentido enojado y disconforme, ya que era tan imposible expresar mi verdadera impresión! Todos me parecieron falsos, excepto Max, que se redujo a hacer alguna observación sin mayor sentido. Falsa era sin embargo esa persona que preguntó algo sobre un detalle que no venía al caso, falso el que contestó en broma la observación de un actor, falso el irónico, y falso el que empezó a explicar sus múltiples impresiones, toda la plebe que se había apiñado en el fondo de la sala, donde era su lugar, y que ya avanzada la noche se levantó y tuvo nuevamente conciencia de su propio valor. (Muy lejos de la verdad.)

28 de octubre. Por supuesto, yo experimentaba una sensación semejante, pero ni la representación ni la obra me habían parecido esa noche perfectas, ni mucho menos. Por ese mismo motivo me veía obligado a demostrar más respeto que de costumbre hacia

los actores. Cuando aparecen esas pequeñas deficiencias en la impresión general, aun si son numerosas, ¿quién carga con la culpa? La señora Tschissik se pisó una vez el ruedo del vestido, y se tambaleó un instante con su principesco traje de ramera, como una columna maciza; una vez se equivocó en el texto, y para calmar la lengua se volvió violentamente hacia el fondo, aunque esto no correspondía de ningún modo con las palabras; esto me turbó, pero no me impidió el aleteo de un estremecimiento sobre los pómulos, lo que siempre siento cuando oigo su voz. Pero como los ot os conocidos habían recibido una impresión mucho más impura que la mía, me parecían obligados a un respeto todavía mayor, también porque en mi opinión su respeto habría sido mucho más eficaz que el mío, de modo que yo tenía doble motivo para maldecir su comportamiento.

Axiomas sobre el Drama, de Max, en el Schaubühne. Tiene todo el carácter de una verdad de ensueño, lo que también concuerda con la expresión "Axioma". Cuanto más soñadoramente se dilata, más fríamente hay que aferrarla. Aparecen expresados los siguientes principios:

La esencia del drama reside en una falta, es la tesis.

El drama (en escena) es más exhaustivo que la novela, porque vemos todo, lo que en la novela debe ser leído.

Esto sólo es aparente, porque en la novela el autor puede mostrarnos sólo lo importante, en el drama vemos en cambio todo, el actor, los decorados, y por lo tanto no sólo lo importante, sino también lo secundario. Desde el punto de vista de la novela sería por lo tanto el mejor drama aquel que no despertara ningún entusiasmo, por ejemplo el drama filosófico, leído por los actores sentados en cualquier decorado que representara una habitación.

Y sin embargo el mejor drama es aquel que provoca el máximo entusiasmo en el tiempo y en el espacio, el que se libera de todas las exigencias de la vida, para reducirse solamente al discurso, a los pensamientos monologados, a los acontecimientos principales del argumento; todo lo demás es sugerido, y elevado sobre un escudo que sostienen los actores, los pintores, los directores, sólo obedece a sus máximas inspiraciones.

Error de esta serie de razonamientos: Cambia de punto de vista sin anunciarlo, contempla las cosas de pronto desde el estudio del escritor, de pronto desde el público. Suponiendo que el público no ve todo desde el punto de vista del autor, que la representación hasta puede so prenderlo (octubre 29, domingo), es sin embargo

el autor el que ha sentido dentro de sí la obra con todos sus detalles, y ha avanzado de detalle en detalle, y sólo al reunir todos los detalles en el discurso les ha dado gravidez y fuerza dramática. Por este motivo el drama en su más alto desarrollo alcanza una intolerable humanidad, y es la tarea del actor traerlo a la tierra, hacerlo tolerable, arrastrando en torno de su persona, deshecho, suelto, flameante, el rol prescripto. El drama por lo tanto flota en el aire, pero no como un techo arrancado por la tormenta, sino como un edificio entero cuyos cimientos hubieran sido arrancados de la tierra con una fuerza que todavía hoy es muy semejante a la locura.

A veces parece que la obra se apoya en las cornisas, que los actores han arrancado jirones de ella, y la representan con el extremo de esos jirones en la mano o enroscado en el cuerpo, y que de vez en cuando algún trozo difícil de desprender arrastra al actor hacia lo alto, ante el terror del público.

Hoy soñé con un asno que parecía un galgo, de movimientos muy cautelosos. Lo observé atentamente, consciente de lo insólito del fenómeno, pero sólo me queda el recuerdo de que sus piececitos de hombre no me gustaban nada, porque eran tan largos y uniformes. Le ofrecí un manojo de ramas de ciprés, verdeoscuras y frescas, que acababa de recibir de una vieja señora de Zürich (todo esto ocurría en Zürich) ; no lo aceptó, se redujo a olisquearlo un poco; pero luego, cuando dejé las ramas sobre una mesa, se las comió tan completamente que sólo dejó un carozo como de castaña, casi irreconocible. Más tarde se dijo que este asno no había andado jamás en cuatro patas, sino siempre erguido como un hombre, mostrando su pecho de brillo plateado y su barriguita. Pero en realidad esto no era cierto.

Además soñé con un inglés, a quien conocí en una asamblea en Zürich, semejante a las del Ejército de Salvación. Había bancos como en la escuela; debajo del pizarrón había también un estante abierto; mientras yo trataba de arreglar algo en él, me asombró la facilidad con que uno se hace de amigos en un viaje. Esto se refería evidentemente al inglés, que poco después se me acercó. Llevaba un traje claro y holgado, en muy buen estado, pero en cambio en la parte de atrás del brazo el género estaba sustituído, o por lo menos cubierto, por una tela gris, arrugada, un poco colgante, rota en tiras, como punteada de arañas, que recordaba los parches de cuero de los *breeches* de montar, y

también los parches protectores de las mangas de las costureras, vendedoras, amanuenses. Tenía la cara igualmente cubierta por un género gris, con muy ingeniosas aberturas para la boca, los ojos, posiblemente también para la nariz. Este género era en cambio nuevo, peludo, como de franela, muy flexible y suave, de excelente manufactura inglesa. Todo esto me gustó tanto, que sentí ansiedad por trabar relación con el hombre. Además, quiso invitarme a su casa, pero como al día siguiente yo partía de viaje, no me fué posible aceptar. Antes de retirarse de la asamblea, se puso algunas prendas más de vestir, al parecer muy prácticas, que después de abotonadas le dieron un aspecto que no llamaba de ningún modo la atención. Aunque no podía invitarme a su casa, me rogó que lo acompañara hasta la calle. Lo seguí, nos detuvimos frente al local de la asamblea, en la acera de enfrente, yo abajo, él arriba, y después de algunas palabras llegamos nuevamente a la conclusión de que su invitación no podía ser aceptada.

Luego soñé que Max, Otto [27] y yo teníamos la costumbre de hacer nuestros baúles cuando llegábamos a la estación del ferrocarril. Transportábamos por ejemplo nuestras camisas de un extremo a otro de la estación, hasta nuestros lejanos baúles. Aunque ésta parecía ser la costumbre general, no nos convenía, sobre todo porque habíamos empezado a hacer las maletas instantes antes de la llegada del tren. Por lo tanto, estábamos muy agitados, naturalmente, y no teníamos casi esperanzas de alcanzar el tren y mucho menos de encontrar asientos convenientes.

Aunque los parroquianos habituales y los empleados del café sienten simpatía hacia los actores, no pueden respetarlos mucho después de esas escenas deprimentes, y los desprecian por muertos de hambre, vagabundos, y judíos, como en la antigüedad. Es así que el mozo principal quiso echar de la sala a Löwy; el portero, ex empleado de burdel y actualmente alcahuete, apostrofó a gritos a la pobrecita Tschissik, cuando ésta, agitada por la compasión durante la representación del *Hombre Salvaje*, quiso alcanzar no sé qué a los actores, y anteayer, cuando acompañé a Löwy de vuelta al establecimiento, después de haberle oído leer el primer acto de *Elieser ben Schevia* de Gordin en el Café City, ese mismo individuo le gritó (es bizco, y entre la nariz puntiaguda y ganchuda y la boca tiene una cavidad rellena por un bigotito hirsuto): "Vamos, idiota. (Alusión al papel de Löwy en el *Hombre Salvaje.*) Hay alguien que te espera. Una visita que realmente no mereces. Te espera un oficial voluntario de la artillería, mirà." Y le señaló

la cortina de una de las ventanas del café, detrás de la cual estaría al parecer sentado este oficial. Löwy se pasa la mano por la frente: "De *Elieser ben Schevia* a esto".

Ver hoy una escalera me conmueve mucho. Ya temprano, y varias veces después, me alegré al ver desde mi ventana el trozo triangular de la baranda de piedra de la escalera que baja a la derecha del Puente Checo hasta el nivel del muelle. Muy empinada, como si sólo ofreciera una rápida insinuación.

Y ahora veo sobre el talud, del otro lado del río, una escalerita que baja hasta el agua. Siempre estuvo allí, pero sólo en otoño e invierno aparece, al retirarse la escuela de natación que la oculta; y allí se queda, agregada a la perspectiva, sobre el césped oscuro bajo los árboles pardos.

Löwy: Cuatro amigos de juventud llegaron a ser más tarde grandes estudiosos del Talmud. Pero cada uno tuvo un destino distinto. Uno enloqueció, el otro murió, el rabí Elieser se volvió librepensador a los cuarenta años y únicamente el mayor, Akiba, que sólo había empezado a estudiar a los cuarenta años, llegó a la perfecta sabiduría. El discípulo de Elieser fué el rabí Meir, un santo varón cuya devoción era tanta, que la enseñanza del librepensador no le fué nociva. Como él mismo decía, comía la nuez y tiraba la cáscara. Un sábado Elieser salió a pasear a caballo, el rabí Meir lo siguió a pie, con el Talmud en la mano, pero sólo dos mil pasos, porque está prohibido ir más allá el sábado. Y de este paseo surgió una frase y una respuesta simbólicas. "Vuelve a tu pueblo", dijo el rabí Meir. El rabí Elieser se negó, con un retruécano.

30 de octubre. Este deseo que casi siempre experimento cuando por una vez me siento bien del estómago, de acumular en mí aterradores azares de comida. Satisfago este deseo sobre todo frente a las salchicherías. Si veo una salchicha con un cartel que la sindica como salchicha vieja, dura y casera, la muerdo imaginariamente con todos los dientes, y trago rápida y regularmente, sin pensar, como una máquina. La desesperación que es inmediata consecuencia de este acto puramente imaginario, me suscita una prisa aún mayor. Me meto sin masticar los largos costillares en la boca, y luego los saco nuevamente por detrás, desgarrando el estómago y los intestinos. Me como las sucias salchicherías hasta dejarlas totalmente vacías. Me atiborro de arenques, encurtidos y todas esas comidas viejas, nocivas y picantes. De sus cajas de lata,

los bombones caen dentro de mí como granizo. De este modo gozo no sólo de mi buena salud, sino también de un sufrimiento indoloro y que puede desaparecer inmediatamente.

Es una vieja costumbre mía no permitir que las impresiones puras, sean tristes o alegres, se dispersen beneficiosamente por mi entero ser, en el momento en que alcanzan su máxima pureza; prefiero en cambio turbarlas y diseminarlas mediante impresiones nuevas, imprevistas y más débiles. No es con la mala intención de hacerme daño a mí mismo; simplemente, soy demasiado débil para soportar la pureza de esas impresiones, y en vez de reconocer esa debilidad, lo que sería la única actitud correcta, y reunir o convocar otras fuerzas para apoyarla, prefiero con íntima tranquilidad y aparente arbitrariedad evocar nuevas impresiones que se sumen a la primera.

Así por ejemplo el sábado por la noche, después de oír la lectura del excelente relato de la señorita T. [28], que realmente le pertenece más a Max que a ella; por lo menos en su mayor parte le pertenece con más derecho de propiedad que ninguno de los suyos; y después de oír la destacada obra *Concurrencia* de Baum, donde la fuerza dramática se advierte tan ininterrumpidamente en el planteo y en sus efectos como en la producción de un artífice viviente; después de oír ambas obras, me sentí tan deprimido, y mi interior, desde hace varios días ya bastante vacío, se llenó imprevistamente de tan abrumadora tristeza, que mientras volvíamos a casa declaré a Max que no tenía ninguna fe en las posibilidades de *Robert y Samuel*. Para esta declaración, en ese momento, no se necesitaba poco coraje, tanto de mi parte como de parte de Max. La conversación subsiguiente me confundió un poco, ya que *Robert y Samuel* estaba muy lejos de constituir mi preocupación principal, y por lo tanto no se me ocurrían las respuestas correctas a las objeciones de Max. Pero después, a solas, cuando ya habían desaparecido no sólo la distorsión de mi tristeza traducida en palabras, sino también el casi siempre eficaz consuelo de la presencia de Max, mi desesperanza adquirió tales proporciones, que empezó a diluir mis pensamientos (aquí, mientras hago una pausa para cenar, llega Löwy a la casa y me interrumpe y me alegra desde las siete hasta las diez). Sin embargo, en vez de quedarme en casa esperando lo que ocurriría después, leí desordenadamente dos números de *Aktion*, varias páginas de *El desdichado* [29], finalmente también mis Notas de París, y me acosté, en realidad más contento que antes, pero inexorable. Lo mismo sucedió hace algunos días,

cuando volví de un paseo imitando francamente a Löwy, con la fuerza de su entusiasmo que aparentemente me ayudaría a alcanzar mi propósito. También entonces leí y conversé mucho con todos en casa, confusamente, y luego me derrumbé.

31 de octubre. A pesar de haber leído hoy desordenadamente el catálogo de Fischer, el *Insel Almanach*, el *Rundschau*, me siento ahora bastante seguro, haya asimilado todo o sólo en parte, de no correr ningún peligro. Y esta noche tendría bastante confianza en mí mismo, si no tuviera que salir nuevamente con Löwy.

Ante una mediadora matrimonial, que hoy a mediodía vino a visitarnos a causa de una de mis hermanas, sentí una turbación que me obligaba a bajar la mirada, por diversos motivos contradictorios. La mujer llevaba un vestido al que la vejez, el uso y la suciedad otorgaban un claro brillo grisáceo. Cuando se ponía de pie, se llevaba la mano al pecho. Era bizca, lo que aparentemente disminuía la incomodidad de tener que hacerla a un lado cuando me veía obligado a mirar a mi padre, que me preguntaba algo sobre el joven ofrecido. En cambio, la circunstancia de tener frente a mí la comida disminuyó algo mi turbación, sobre todo porque estaba bastante ocupado con la preparación de las mezclas de mis tres platos. En la cara, que al principio yo sólo veía parcialmente, tenía arrugas tan profundas, que pensé en el asombro incomprensible con que mirarían los animales esas caras humanas. Extraordinariamente corpórea resultaba en medio de la cara la pequeña nariz angulosa, sobre todo en la punta, un poco respingada.

El domingo por la tarde, inmediatamente después de pasar junto a tres mujeres, pensé al entrar en la casa de Max: Todavía hay una o dos casas donde tengo algo que hacer, todavía pueden las mujeres que vienen detrás de mí ver que me detengo ante la puerta de una casa y entro, una tarde de domingo, para trabajar, conversar, con prisa, con algún motivo, apreciando sólo excepcionalmente la situación desde este punto de vista. Esto no tiene que durar mucho más.

Leo las novelas de Wilhelm Schäfer, sobre todo en voz alta, con el mismo atento placer con que me sacaría de la lengua un trozo de hilo. Ayer por la tarde, al principio, no podía soportar a Valli [30], pero después de prestarle *El Desdichado*, cuando lo hubo leído un poco y ya debía de encontrarse seguramente bajo la influencia de la novela, la quise más, a causa de esa influencia, y la acaricié.

Para no olvidarlo, en el caso de que mi padre volviera a llamarme alguna vez mal hijo, dejo constancia de que delante de varios parientes, sin mayor motivo, simplemente para afligirme, tal vez con la intención de salvarme, dijo que Max era un *meschuggenen Ritoch*[31]; constancia de que ayer, mientras se encontraba Löwy en mi cuarto, sacudiendo el cuerpo y torciendo la boca irónicamente, se refirió a esas personas extrañas que aparecían en la casa, ¿qué podía interesarnos en un desconocido, para qué sirven esas inútiles relaciones?, etc. Sin embargo, no debería haberlo escrito, porque mientras lo escribía casi he llegado a odiar francamente a mi padre, cuando hoy no me ha dado ningún motivo para ese odio, demasiado desproporcionado en comparación con lo que según lo que yo mismo escribí dijo mi padre, por lo menos contra Löwy, y este sentimiento de odio se acrecienta porque ya no puedo recordar qué era lo esencialmente malvado en el comportamiento de ayer de mi padre.

1º de noviembre. Hoy empecé a leer ávida y felizmente la *Historia del Judaísmo*, de Gratz. Justamente porque el deseo de leerla había llegado a ser mucho más importante que la lectura en sí, al principio me resultó más alejada de mí que lo que había imaginado, y de vez en cuando tenía que interrumpir la lectura para permitir mediante el reposo que mi judaísmo se reconcentrara. Hacia el final, sin embargo, ya me emocionó la imperfección de las primeras colonias en la tierra recién conquistada de Canaán, y la fiel tradición de la imperfección de los jefes populares (Josué, los Jueces, Elías).

Anoche, despedida de la señora Klug. Löwy y yo corrimos a lo largo del tren, y encontramos a la señora Klug detrás de una ventana cerrada del último vagón, asomada en la penumbra. Rápidamente nos tendió el brazo en su compartimiento, se levantó, abrió la ventanilla, donde se la vió un momento, amplia, con su abrigo abierto, hasta que se levantó frente a ella el oscuro señor Klug, que sólo sabe abrir ancha y amargamente la boca, y luego cerrarla de pronto, como para siempre. Durante esos quince minutos hablé poquísimo con el señor Klug, y apenas lo habré mirado dos veces, ya que mientras duró la vacilante e ininterrumpida conversación no pude desviar la mirada de los ojos de la señora Klug. Ésta se encontraba totalmente dominada por mi presencia, pero más en su imaginación que en la realidad. Cuando se volvía hacia Löwy con la recurrente introducción: "Oye, Löwy", hablaba para

mí; cuando se acercaba, apretaba contra su marido, que a menudo sólo le permitía mostrar por la ventanilla el hombro derecho, oprimiendo su vestido y su vasto abrigo, esforzándose por hacerme una señal vacía.

La primera impresión que tuve durante las representaciones fué que yo no le gustaba mucho; probablemente era correcta; pocas veces me invitaba a cantar con ella; cuando tan sin interés me preguntaba algo, yo por desgracia le contestaba mal. ("¿Usted lo entiende?", yo le contestaba "sí", ella en cambio esperaba que le contestara "no, yo tampoco lo entiendo".) No me ofreció por segunda vez sus tarjetas postales; yo prefería a la señora Tschissik, a quien quería mandar flores para despertar despecho en la señora Klug. A este desinterés, se agregaba sin embargo cierto interés en mi título de doctor, que no se dejaba menoscabar por mi aspecto infantil; más bien, para decir verdad, ese aspecto aumentaba la importancia del título. Ese respeto era tan grande, y sonaba tan evidente en su frecuente, aunque de ningún modo enfática, introducción "¿Sabe, señor Doctor...?" que casi inconscientemente me lamentaba de merecerlo tan poco, y me preguntaba si realmente tenía derecho de que alguien me llamara así. Pero si como hombre me respetaba tanto, como espectador mucho más. Cuando ella cantaba, se me iluminaba la cara, me reía, y la miraba todo el tiempo que ella estaba en escena; cantaba con ella las melodías, más tarde las palabras, después de algunas representaciones le di las gracias; naturalmente, no pude dejar de caerle en gracia. Pero si me hablaba de ese sentimiento, me sentía tan turbado que ella seguramente volvía en el fondo a su anterior antipatía, y allí se quedaba. En consecuencia, tanto más tenía que esforzarse por recompensarme como espectador, y lo hacía con gusto, ya que es una actriz vanidosa y una mujer de buen corazón.

Sobre todo mientras estaba callada junto a la ventanilla del tren, me miraba con la boca distorsionada por la turbación y la picardía, con ojos centelleantes, que se perdían entre las arrugas que ascendían de la boca. Debe haber creído que yo estaba enamorado de ella, lo que además era cierto, y con esas miradas me ofrecía la única satisfacción que como mujer experimentada, aunque joven, buena esposa y madre, podía ofrecer a un doctor de su imaginación. Esas miradas eran tan urgentes y soportadas por expresiones como: "El público era tan simpático aquí, especialmente algunas personas", que yo tenía que defenderme, y ésos eran los momentos en que miraba a su marido. Cuando los comparaba entre sí, sentía un injustificado asombro al pensar que se

alejaban juntos de nosotros, y que sin embargo sólo se interesaban en nosotros y no se miraban nunca. Löwy preguntó si tenían buenos asientos; "sí, mientras no se llene de gente", contestó la señora Klug y miró distraídamente hacia el interior del compartimiento, cuya cálida atmósfera su marido arruinará fumando. Hablamos de sus hijos, motivo de su partida; tienen cuatro hijos, tres son varones, el mayor tiene nueve años, ya hace dieciocho meses que no los ven. Como un señor entró con mucha prisa a un compartimiento cercano, creímos que el tren estaba por partir, nos despedimos apresuradamente, nos dimos la mano, me saqué el sombrero y lo retuve contra el pecho, nos apartamos un poco, como se hace cuando va a arrancar un tren, con lo que se quiere demostrar que ya todo ha terminado y que uno se ha resignado. Pero el tren no se fué todavía, volvimos a acercarnos, yo me alegré mucho, ella me preguntó por mis hermanas. Sorpresivamente, el tren empezó a moverse, muy despacio. La señora Klug preparó el pañuelo para agitarlo; yo podía escribirle, me gritó; preguntó si sabía su dirección, ya estaba demasiado lejos para contestarle con palabras, le señalé a Löwy, que podía darme la dirección; está bien, nos respondió con la cabeza, y dejó flotar el pañuelo; me puse el sombrero, al principio con torpeza, luego, a medida que ella se alejaba, con más libertad.

Más tarde recordé que en ese momento había tenido la impresión de que el tren no se iba realmente, que sólo recorrería el corto trayecto de la estación, para representarnos una comedia, cuando de pronto desapareció. Esa misma tarde, medio dormido, se me apareció la señora Klug, asombrosamente pequeña, casi sin piernas, y se retorció las manos con expresión desesperada, como si le hubiera ocurrido una gran desgracia.

Esta tarde, el dolor provocado por mi soledad se me hizo tan agudo y penetrante, que advertí que así disipo las fuerzas que consigo al escribir esto, y que evidentemente no destinaba a sos fines.

Apenas el señor Klug llega a una ciudad, sus joyas y las de su mujer desaparecen en la casa de empeños. Cuando están por irse, lentamente empiezan a rescatarlas.

Frase favorita de la mujer del filósofo Mendelssohn: *Wie mies ist mir vor tout l'univers!* *

* ¡Qué feo me parece todo el universo! *(N. del T.)*

Envidia ante el aparente éxito de Baum, a quien sin embargo aprecio. Al mismo tiempo, la sensación de tener en medio del cuerpo un ovillo donde se enrollan rápidamente innumerables hilos que provienen de la superficie del mismo.

Löwy. Mi padre, refiriéndose a él: "Quien se acuesta con perros se levanta con pulgas". No me pude contener y dije alguna inconveniencia. Entonces mi padre me replicó, extraordinariamente tranquilo (en verdad, después de un largo rato, durante el cual se ocupó de otras cosas): "Bien sabes que no tengo que agitarme, y que hay que tratarme con consideración. Y ahora me vienes con esas cosas. Ya tengo bastantes causas de agitación, absolutamente bastantes." Le contesto: "Hago lo posible por contenerme", y siento en mi padre, como siempre ocurre en esos momentos capitales, la presencia de una sabiduría de la que sólo puedo captar un mero aliento.

Muerte del abuelo de Löwy, un hombre de mano muy generosa, sabía varios idiomas, había viajado mucho, hasta el fondo mismo de Rusia, y una vez, un sábado, en casa de un rabí milagroso de Iekaterinoslaw se había negado a comer, porque el pelo largo y el pañuelo de colores del hijo del rabí le había hecho dudar de la santidad de la casa.

La cama estaba colocada en medio de la habitación, los amigos y los parientes habían prestado los candeleros, por lo tanto el cuarto estaba lleno de luz y de humo de las bujías. Cerca de cuarenta hombres permanecieron el día entero junto al lecho, para edificarse en la contemplación de la muerte de un hombre piadoso. Conservó el conocimiento hasta el final, y en el momento adecuado empezó a decir las plegarias prescriptas para esa circunstancia, con la mano sobre el pecho. Durante su agonía y después de la muerte, la abuela lloró incesantemente, en medio de las mujeres reunidas en la habitación contigua; pero en los últimos instantes se calló por completo, porque está ordenado hacer lo posible para aliviar la muerte de los agonizantes. "Con sus propias plegarias pasó al otro mundo." Fué muy envidiado por esta muerte después de una vida tan santa.

La fiesta de Pesaach. Una asociación de judíos ricos alquila una panadería, sus miembros se encargan de todo lo necesario para fabricar en lugar de los jefes de las familias, los llamados "*matzos* de los dieciocho minutos": traer el agua, purificarla, amasar, cortar la masa, agujerearla.

5 de noviembre. Ayer, dormí; después de *Bar-Kochba*, con Löwy, leímos desde las siete en adelante una carta de su padre. Por la noche, en casa de Baum.

Intento escribir, con un temblor constante en la frente. Estoy en mi habitación, en el mismo cuartel general del estrépito de toda la casa. Oigo cerrarse todas las puertas; sólo su ruido me evita oír los pasos de los que corren entre ellas; hasta oigo el ruido de la puerta del horno en la cocina. Mi padre irrumpe en mi cuarto y pasa arrastrando su bata por el suelo; en la habitación contigua rasquetean las cenizas de la estufa; Valli pregunta a gritos en medio del vestíbulo como si estuviera en el medio de una calle de París, si ya han cepillado el sombrero de mi padre; un chistido que pretende serme amistoso suscita el estruendo de una voz que protesta. Descorren el cerrojo de la puerta de entrada, que chirría como si tuviera un catarro a la garganta, luego sigue abriéndose con el breve canto de una voz femenina, y se cierra con una sorda sacudida masculina, que resuena con la más absoluta falta de consideración. Mi padre se ha ido; ahora empieza el ruido más delicado, más distribuído, más desesperante, dirigido por la voz de los dos canarios. Ya lo había pensado antes, pero al oír la voz de los canarios vuelve a ocurrírseme que podría abrir una hendija de la puerta, arrastrarme como una víbora al cuarto contiguo y desde el suelo rogar a mis hermanas y a su gobernanta que se callen.

La amargura que sentí ayer por la tarde cuando Max leyó en casa de Baum mi cuentito del automóvil. Me sentía aislado de todos; frente al cuento, por así decir, con la barbilla contra el pecho. Las frases desordenadas, con lagunas donde uno podría meter ambas manos; una altisonante, otra grave, al azar; una frase se frota contra la otra, como la lengua contra un diente falso o cariado; una aparece marchando con un impulso tan violento que todo el cuento se hunde en hosco asombro; una soñolienta imitación de Max (reproches acallados - animados) se insinúa zigzagueando; a veces parece el primer cuarto de hora de una lección de baile. Trato de explicármelo alegando que dispongo de demasiado poco tiempo y tranquilidad para emplear a fondo todas las posibilidades de mi talento. Por eso, constantemente, sólo aparé-

cen las promesas de algo logrado, sin ilación; por ejemplo, este conjunto de inconexas promesas que constituyen todo el cuento del automóvil. Si alguna vez pudiera escribir algo importante y completo, bien construído desde el principio hasta el final, entonces el relato ya no se podría separar de mí, finalmente podría oír su lectura con tranquilidad y con los ojos abiertos, como consanguínco de una obra sana; pero así, en cambio, cada partecita del relato corre por ahí perdida y me empuja en la dirección opuesta. Y podría considerarme satisfecho, además, si esta explicación fuera exacta.

Representación de *Bar-Kochba*, de Goldfaden. Falso concepto de la obra, tanto en el auditorio como en el escenario.

Yo había traido un ramo para la señora Tschissik, con una tarjeta que decía: "en agradecimiento"; esperé el momento adecuado para entregárselo. Ahora bien, la representación empezó tarde; me habían prometido la gran escena de la señora Tschissik para el tercer acto; impaciente y temiendo que las flores se marchitaran, las hice envolver por el mozo durante el tercer acto (eran las once); ahora estaban a un costado, sobre una mesa; el personal de cocina y algunos sucios clientes habituales las manoseaban y las olían; tuve que resignarme a observarlos preocupado y furioso; durante su gran escena en la prisión, la señora Tschissik me gustó mucho, pero al mismo tiempo le rogaba interiormente que acabara; finalmente terminó el acto, inadvertido en medio de mi distracción; el mozo principal entregó las flores, la señora Tschissik las cogió entre las cortinas del telón que se cerraba, hizo una reverencia en una hendija de las cortinas y no volvió más. Nadie advirtió mi amor, y yo había querido mostrárselo a todo el mundo para darle más valor ante la señora Tschissik; casi nadie advirtió el ramo. Ya eran más de las dos, todos estaban cansados; algunos espectadores se habían ido antes del final, yo hubiera deseado arrojarles un vaso.

Me acompañaba el inspector P., un empleado de nuestra Compañía, que es cristiano. Aunque generalmente me parece simpático, hoy me molestaba. Lo que me importaba eran las flores, no sus asuntos. Al mismo tiempo sabía que él comprendía mal la obra; pero no tenía tiempo ni deseos ni capacidad para obligarlo a aceptar una ayuda que él no creía necesitar. Finalmente me avergoncé de mí mismo ante él, por prestar tan poca atención. También me molestaba que conversara con Max, y al mismo tiempo me desagradaba pensar que anteriormente me había gustado, que después volvería a gustarme y que podía ofenderse por mi conducta de hoy.

Pero no sólo yo estaba incómodo. Max se sentía responsable por su artículo laudatorio en el diario. Para los judíos que habían venido con Bergmann se hacía demasiado tarde. Los miembros de la Asociación Bar-Kochba habían acudido atraídos por el nombre de la obra, y estaban decepcionados. Considerando lo que he podido saber de Bar-Kochba gracias a esta obra, yo no hubiera puesto nunca su nombre a una sociedad. En el fondo de la sala había dos vendedoras, con sus respectivos novios, vestidas con sus trajes de fiesta; hubo que hacerlas callar a gritos durante la escena de la muerte. Para colmo, la gente de la calle golpeaba los ventanales, enojados porque no veían bien el escenario.

También allí se sentía la ausencia de los Klug. Ridículos extras. "Patanes judíos", como dijo Löwy. Viajantes de comercio, que además no cobran nada. Se pasaron la mayor parte del tiempo ocultando o disfrutando la risa que todo esto les provocaba, aunque por otra parte parecían bien intencionados. Un sujeto mofletudo, de barba rubia, que uno no podía mirar sin deshacerse de risa, resultaba extraordinariamente cómico cuando se reía, a causa de su absurda barba falsa, que se movía, y que esa risa después de todo imprevista hacía correr por sus mejillas. Otro sólo se reía cuando quería, pero entonces con intensidad. Cuando Löwy muere, cantando, en brazos de estos dos ancianos, se desliza lentamente hacia el suelo a medida que su canto se apaga; pero los dos ancianos escondieron la cabeza detrás de sus espaldas, al mismo tiempo, para poder reírse por fin a su gusto, sin que el público los viera (así creían ellos). Ayer todavía, al recordarlos mientras almorzaba, no pude contener la risa.

La señora Tschissik, en la cárcel, tiene que quitarle el yelmo al gobernador romano que la visita y que está ebrio (el joven Pipes), y luego ponérselo ella misma. Cuando se lo quita, cae una toalla estrujada, que seguramente Pipes había metido porque el yelmo pesaba demasiado. Aunque sabía muy bien que le quitarían el yelmo en escena, lanza entonces a la señora Tschissik una mirada de reproche, olvidando su borrachera.

Hermoso: cómo se retorcía la señora Tschissik entre las manos de los soldados romanos (a los que había tenido que tironear para que se acercaran más, ya que evidentemente no se atrevían a tocarla), mientras los movimientos de los tres hombres, gracias a la actividad y la pericia de la actriz, casi, sólo casi, seguían el ritmo del canto; la canción donde anuncia la aparición del Mesías, y

sin que parezca disparatado, tal es su poder, representa el tañido de las arpas mediante los movimientos de alguien que toca el violín; en la prisión, cuando interrumpe su canto de lamentación ante el frecuente ruido de pasos que se aproximan, se dirige rápidamente a la noria y la hace girar al acompañamiento de una canción de trabajadores, y luego reanuda su canto, y otra vez vuelve a la noria; cómo canta sus sueños, cuando Papus la visita, y su boca abierta parece un ojo que parpadea, sobre todo cómo las comisuras de la boca recuerdan al abrirse las comisuras de los ojos. Con el velo blanco, así como con el negro, estaba hermosa.

Novedad entre sus ya conocidos movimientos: presión profunda de la mano en su corpiño no demasiado admirable, sacudidas bruscas de los hombros y de las caderas para expresar desprecio, especialmente cuando da la espalda al despreciado. Dirigió toda la representación como un ama de casa. Apuntaba a todo el mundo, pero ella no se equivocaba nunca; enseñó a los extras, les suplicó, finalmente los empujó cuando era necesario; su clara voz se mezclaba, cuando no se encontraba en escena, con el pobre coro del escenario; sostenía personalmente el decorado móvil (que en el último acto debía representar una ciudadela), ya que los extras lo habrían derribado una y cien veces.

Yo esperaba calmar un poco mi amor hacia ella mediante el ramo, lo que fué totalmente inútil. Sólo será posible mediante la literatura, o acostándome con ella. No escribo esto porque no lo sepa, sino porque tal vez conviene escribir a menudo lo que nos puede servir de advertencia.

7 de noviembre. Ayer, los actores se fueron definitivamente, con la señora Tschissik. Por la noche acompañé a Löwy hasta el café, no quería entrar, no quería ver a la señora Tschissik. Pero mientras iba y venía por la calle, vi que ella abría la puerta y salía con Löwy; me acerqué para saludarlos y nos encontramos en medio de la calzada. La señora me agradeció el ramo con los pomposos y sin embargo naturales vocablos de su discurso habitual; acababa de saber que era yo quien se lo había mandado. Por lo tanto, ese mentiroso de Löwy no le había dicho nada. Sentí temor por ella, ya que sólo llevaba una liviana blusa oscura, de mangas cortas, y le rogué —casi la toqué, para obligarla— que volviéramos al establecimiento, para que no cogiera frío. No, dice ella, no suele resfriarse, además tiene un chal; lo subió un poco, para mostrarlo, y se cubrió mejor el pecho. Yo no podía decirle

que en realidad no estaba preocupado, que en cambio me alegraba de encontrar una emoción que me permitía gozar de mi amor, y por lo tanto volví a decirle que estaba preocupado.

Mientras tanto, salieron también su marido, su hijita y el señor Pipes; resultó que todavía no estaba decidido si se irían a Brünn, como Löwy me había asegurado; es más, Pipes quería ir a Nuremberg. Era lo mejor; allí es fácil conseguir una sala, la colectividad judía es numerosa, y además el viaje de Leipzig y Berlín resulta muy cómodo. Por otra parte, se habían pasado el día discutiendo; Löwy, que se quedó dormido hasta las cuatro, los había dejado tranquilamente plantados, y habían perdido el tren de las siete y media para Brünn. Mientras estas discusiones proseguían, volvimos al establecimiento y nos sentamos en torno de una mesa; yo frente a la señora Tschissik. Hubiera deseado tanto distinguirme, lo que no habría sido muy difícil; bastaba saber algunas combinaciones de ferrocarril, distinguir una estación de otra, ayudar la decisión entre Nuremberg y Brünn; sobre todo hacer callar a Pipes, que se portaba como su *Bar-Kochba*, y a cuyos gritos Löwy oponía un rápido e ininterrumpido flujo de conversación en tono normal, muy razonable aunque inintencionalmente, lo que para mí resultaba, por lo menos en ese momento, bastante incomprensible. Es así como en vez de distinguirme, permanecí encogido en mi asiento, mirando alternativamente a Löwy y a Pipes; sólo de vez en cuando, al pasar, encontraba los ojos de la señora Tschissik, pero cuando ella me contestaba con la mirada (por ejemplo, no podía dejar de sonreírme al ver la agitación de Pipes), yo desviaba los ojos. Esto no era porque sí. Entre nosotros no podía haber sonrisas provocadas por la agitación de Pipes. Frente a ella, me sentía demasiado serio para eso, y bastante fatigado por esta seriedad. Si quería reírme de algo, podía mirar por encima de su hombro a la gorda que había hecho el papel de mujer del gobernador en *Bar-Kochba*. Pero en realidad tampoco podía mirarla demasiado seriamente. Porque eso habría significado que estaba enamorado de ella. Hasta el joven Pipes, que estaba detrás de mí, con toda su inocencia, se habría dado cuenta, indefectiblemente. Y les habría parecido realmente incomprensible. Yo, un hombre joven, a quien todos creen de dieciocho años, rodeado por los parroquianos del café Savoy y por los mozos, ante la mesa llena de actores, declara a una mujer de treinta años, a quien casi nadie ni siquiera considera bonita, que tiene dos hijos de diez y de ocho años, sentada junto a su marido, modelo de respetabilidad y economía.. declara a esta mujer su amor, que lo tiene com-

pletamente dominado, y —aquí viene lo realmente notable, que por supuesto nadie habría advertido— renuncia inmediatamente a la mujer, como renunciaría aunque fuera joven y soltera. ¿Debo agradecer o maldecir esta circunstancia de poder sentir todavía amor, a pesar de tanta desdicha? Un amor ultraterreno, pero de todos modos hacia un objeto terrenal.

Hermosa estaba ayer la señora Tschissik. La verdadera belleza normal de las manos pequeñas, los dedos delgados, los antebrazos torneados que son tan perfectos en sí que ni siquiera el aspecto todavía desacostumbrado de esta desnudez nos hace pensar en el resto del cuerpo. El cabello dividido en dos ondas, claramente iluminado por la luz de gas. El cutis no tan perfecto junto a la comisura derecha de la boca. Su boca se abre como en una queja infantil, formando arriba y abajo dos arcos delicadamente diseñados. Uno creería que esa hermosa formación de las palabras, que irradia en ellas la luz de las vocales y con la punta de la lengua preserva el puro contorno de las mismas, sólo puede tener éxito una vez; su persistencia nos asombra. Frente angosta y blanca. Los polvos, tales como los he visto empleados hasta ahora, me inspiran odio; pero si esos matices blancos, esos velos de color lechoso y un poco nebuloso que flota en la proximidad de la piel proviene de los polvos, entonces todas las mujeres deberían usarlos. Le gusta llevarse dos dedos a la comisura derecha de la boca, tal vez hasta se mete la punta de los dedos en la boca; es más, hasta es posible que se haya metido en la boca un mondadientes; no le miré bastante atentamente los dedos, y sin embargo casi parecía que se había metido un mondadientes en un diente cariado y se lo había dejado un cuarto de hora adentro.

8 de noviembre. Toda la tarde con el abogado, acerca de la fábrica.

La joven que sólo porque iba del brazo de su amado miraba tranquilamente en torno.

La empleada de la oficina de N. me recordó a la actriz que hacía el papel de Manette Salomon en el Odéon de París, hace un año y medio. Por lo menos cuando estaba sentada. Un busto blando, más ancho que alto, ceñido por un género de lana. Una cara ancha hasta la boca, pero que más abajo se angosta rápidamente. Rizos naturales y descuidados, en un peinado chato. Celo y tranquilidad en su cuerpo vigoroso. El parecido era mayor,

como ahora advierto, porque trabajaba incesantemente (en su máquina de escribir las teclas volaban —sistema Oliver— como en otros tiempos las agujas de tejer); además iba y venía, pero en media hora apenas dijo dos palabras, como si tuviera a Manette Salomon en el cuerpo.

Mientras esperaba en el estudio del abogado, miré con atención a una de las dactilógrafas y pensé lo difícil que era formarse una idea de su cara, aun en el momento de mirarla. La relación entre un peinado prominente que sin variar de espesor rodeaba toda la cabeza, y la nariz recta que la mayor parte del tiempo parecía demasiado larga, me confundía sobremanera. Ante un curioso movimiento de la muchacha que en ese momento leía un documento, me turbó casi la comprobación de que después de toda mi contemplación me hallaba más lejos de la muchacha que si sólo hubiera rozado sus faldas con el dedo meñique.

Cuando el abogado, mientres leía el contrato, llegó a un pasaje que se refería a mi posible futura esposa y mis posibles hijos, vi frente a mí una mesa rodeada por dos sillas grandes y una más pequeña. Al pensar que jamás me encontraría en situación de sentarme con mi mujer y mi hijo en esas o en otras tres sillas cualesquiera, se apoderó de mí una nostalgia de esa felicidad, tan desesperada desde el primer instante, que impelido por la agitación pregunté al abogado la única pregunta que no había formulado durante toda la lectura del contrato, y que inmediatamente reveló mi absoluta incomprensión de una vasta parte del mismo que acababan de leerme.

Continuación de la despedida: Me sentía tan oprimido por la presencia de Pipes, que sólo le observaba las puntas irregulares y oscuramente manchadas de los dientes. Finalmente se me ocurrió media idea: "¿Por qué hacer un viaje tan largo en tren, hasta Nuremberg?", preguntó, "¿por qué no ofrecer una o dos representaciones en alguna pequeña estación intermedia?" "¿Conoce alguna?", preguntó la señora Tschissik, aunque no tan bruscamente como lo escribo, y de ese modo me obligó a mirarla. Toda la parte del cuerpo que se veía por encima de la mesa, toda la redondez de los hombros, de la espalda y del pecho era blanda, aunque en escena, con ropas europeas, parece huesuda y de conformación casi grosera. Ridículamente, nombré a Pilsen. Algunos clientes de una mesa contigua mencionaron muy razonablemente a Teplitz. El señor Tschissik hubiera aceptado cualquier

estación intermedia, sólo se siente seguro dentro de lo pequeño; la señora Tschissik también, aunque no se consultaron mucho mutuamente; luego la señora preguntó a todos los precios del pasaje. Varias veces dijeron que se conformaban con ganar para el *parnusse*.[32] Su hijita frota la mejilla contra el brazo de la madre; no lo encuentra seguro, pero los adultos tienen la pueril impresión de que nada puede ocurrirle a una criatura junto a sus padres, aun cuando éstos sean actores errantes, y que las verdaderas tristezas no se encuentran nunca tan cerca del suelo, sino más bien a la altura de la cara de los adultos. Yo insistía vigorosamente en Teplitz, porque así puedo darles una carta de recomendación para el doctor P., y quedar bien con la señora Tschissik. A pesar de la objeción de Pipes, que organiza personalmente la lotería que decidirá entre las tres ciudades en perspectiva, y dirige el sorteo con gran actividad, sale por tercera vez Teplitz. Me voy a una mesa contigua y escribo acaloradamente la carta de recomendación. Con la excusa de ir a buscar a mi casa la dirección exacta del doctor P., que sin embargo no era necesaria, y que en mi casa nadie sabía, me retiro. Mientras Löwy se preparaba para acompañarme, turbado, acaricié la mano de la señora y la mejilla de la niña.

9 de noviembre. Anteayer soñé.

Todo era teatro; yo estaba de pronto arriba, en la galería, de pronto en el escenario; la actriz era una muchacha que hace algunos meses me había gustado; yo veía su cuerpo flexible, en el momento en que se aferraba aterrorizada al respaldo de una silla; representaba un papel masculino; yo la señalaba desde la galería, pero a mi compañero no le gustaba. En cierto momento el decorado era tan grande, que no se veía nada más, ni escenario, ni platea, ni oscuridad, ni candilejas; en cambio, una gran multitud de espectadores se encontraba en el escenario, que representaba la plaza circular de Altstadt, vista probablemente desde la entrada de la Niklasstrasse. Aunque en ese caso habría sido en realidad imposible ver la plazoleta que está frente al reloj de la Municipalidad y la placita circular, mediante breves giros y lentas oscilaciones del piso del escenario era posible, por ejemplo, ver desde el palacio Kinsky la placita circular. Esto no tenía ningún motivo especial, excepto mostrar siempre que resultaba posible todo el decorado, ya que estaba allí, con tanta perfección, y que habría sido una pena inconsolable perder algo de dicho decorado, que como yo muy bien sabía era el más hermoso decorado de toda la

tierra y de todos los tiempos. La iluminación correspondía a un día nublado de otoño, con nubes oscuras, y la luz difusa del sol se reflejaba aisladamente en una que otra ventana pintada de la esquina sudoeste de la plaza. Como todo había sido hecho de tamaño natural, sin equivocarse en el más pequeño detalle, causaba una impresión inolvidable, ya que algunas de las ventanas de las casas se abrían y cerraban movidas por una brisa leve, sin hacer ruido, a causa de la extraordinaria altura de los edificios. La plaza era bastante empinada, el pavimento casi negro, la Teinkirche estaba en su lugar, pero frente a ella había un pequeño castillo imperial, en cuyo patio principal todos los monumentos que de costumbre están en la plaza aparecían reunidos en perfecto orden: la Columna de María, la vieja fuente frente a la Municipalidad, que yo no había visto nunca, la fuente frente a la Niklaskirche, y una cerca de tablas que han colocado actualmente en torno de la excavación para el monumento a Huss.

Representaban —a menudo uno olvida en la platea que se trata de una representación, cuanto más en el escenario y entre esos decorados— una fiesta imperial y una revolución. La revolución era tan grande, con inmensas multitudes que avanzaban y retrocedían, que probablemente no se había visto otra igual en Praga; aparentemente la habían situado en Praga por la decoración, pero en realidad correspondía a París. De la fiesta, al principio no se veía nada; de todos modos, la corte se había ido a una fiesta; mientras tanto había estallado la revolución, la multitud había invadido el castillo; yo mismo me escapé por encima de la fuente del patio del castillo; parecía imposible que la corte volviera al castillo. En ese momento llegaron los carruajes de los cortesanos por la Eisengasse, a tal velocidad, que hubo que frenarlos mucho antes de llegar a la entrada, pero igual siguieron deslizándose por el pavimento, con las ruedas frenadas. Era ese tipo de carruajes que uno ve en los festivales populares y en las procesiones, donde se exhiben cuadros vivientes; además eran chatos, rodeados de guirnaldas de flores, y del piso del carruaje colgaba, todo alrededor, un paño de colores que cubría las ruedas. Por eso mismo uno tenía más conciencia del terror que su velocidad revelaba. Los caballos, como inconscientemente, arrastraron los carruajes girando desde la Eisengasse hasta el castillo, y se encabritaron frente a la entrada. En ese momento pasó a mi lado un alud de gente, hacia la plaza, en su mayoría espectadores que yo ya había visto en la calle, y que tal vez acababan de llegar. Entre ellos venía una joven conocida, no sé exactamente cuál; a su lado iba un-

elegante joven de sobretodo pardo amarillento a cuadritos, con la mano derecha bien metida en el bolsillo. Se dirigieron hacia la Niklasstrasse. Desde ese momento en adelante no vi nada más.

Schiller, en alguna parte: Lo principal es (o algo parecido) "transformar la pasión en carácter".

11 de noviembre. Sábado. Ayer, toda la tarde en casa de Max. Decidimos el orden de los ensayos para *La belleza de los cuadros feos.* Sin mayor sentimiento. Justamente es en esos momentos cuando Max me quiere más, o por lo menos así me parece, porque es cuando tengo más conciencia de lo poco que lo merezco. No, realmente me quiere más. También quiere incluir en el libro mi *Brescia.** Todo lo mejor de mi ser se opone. Hoy debía ir con él a Brünn. Todo lo débil y lo malo de mi ser me retuvo. Porque realmente no puedo creer que mañana consiga escribir algo bueno.

Las muchachas ceñidamente envueltas en sus guardapolvos de trabajo, especialmente por detrás. Hoy a la tarde vi una, con Löwy y Wirtenberg; las tiras de su delantal cerrado por detrás no formaban como de costumbre un moño, y en cambio pasaban una sobre otra, de modo que la muchacha parecía envuelta como una criatura de pecho. Impresión sensual como la que inconscientemente siempre me han producido los niños de pecho, tan comprimidos en sus lechos y tan llenos de lazos y de cintas, como para satisfacer nuestra sensualidad.

Edison, en una entrevista en Norteamérica, habló de su viaje por Bohemia; en su opinión, el grado relativamente alto de desarrollo de Bohemia (en los suburbios hay calles anchas, jardincitos frente a las casas; viajando por el campo se ven fábricas en construcción) se debe a que la emigración de checos hacia América es tan grande, y que los que vuelven, uno por uno, traen consigo nuevas ambiciones.

Apenas advierto que no me ocupo de ciertos abusos cuya corrección realmente me correspondería (por ejemplo la vida aparentemente tranquila, aunque para mí desdichada de mi hermana casada), desaparece durante un instante toda sensación de los músculos de mis brazos.

* Los aeroplanos en Brescia. V. *Kafka* por Max Brod. Emecé Editores, S. A., 1951.

Trataré de agrupar paulatinamente todo lo que en mí es indudable, luego lo creíble, luego lo admisible, luego lo posible, etc. Indudable es en mí la avidez por los libros. En realidad, no es avidez de poseerlos o de leerlos, sino más bien de convencerme de su existencia en la librería. Si por casualidad hay varios ejemplares del mismo libro, cada uno me alegra por separado. Es como si esta avidez me naciera del estómago, como si fuera un apetito pervertido. Los libros que yo poseo me alegran menos, en cambio los libros de mis hermanas me encantan. El deseo de poseerlos es incomparablemente menor, casi no existe.

12 de noviembre. Domingo. Ayer, conferencia de Richepin. "La leyenda de Napoleón", en el Rudolphinum. Bastante vacío. Como para poner a prueba los modales del conferenciante, han colocado un inmenso piano entre la puertita de entrada y la mesa de conferencias. El conferenciante entra, con la mirada fija en el público; intenta llegar a su mesa por el camino más corto, llega al lado mismo del piano, se sobresalta, da un paso hacia atrás y lo rodea delicadamente, sin volver a mirar al público. Con el entusiasmo del final de la conferencia, y ante el considerable aplauso, y como naturalmente hace mucho que se ha olvidado del piano, ya que durante la lectura este instrumento no se ha hecho notar en nada, el conferenciante, con la mano en el pecho, haciendo lo posible por no volver las espaldas al público, da algunos elegantes pasos hacia el costado, choca levemente contra el piano, y se ve obligado a doblar un poco las espaldas, en puntas de pie, antes de encontrarse otra vez en campo libre. Así por lo menos lo hizo Richepin.

Un quincuagenario alto y vigoroso, con corsé. El peinado rígido y rizado (el de Daudet, por ejemplo), firmemente pegado al cráneo, sin que por eso pierda efecto. Como en todos los meridionales viejos, que poseen una nariz ancha y una cara adecuadamente ancha y arrugada, de cuyas fosas nasales puede surgir un soplo violento como el resoplido de un caballo, y en cuya presencia uno comprende perfectamente que éste es el estado final de su cara, que ya no será reemplazada y todavía le durará largos años, su rostro me recordó también el de una vieja italiana, con una barba que sin embargo es incontestablemente natural.

El gris claro recién pintado de la gradería para conciertos que se alzaba detrás de él era al principio un poco turbador. El pelo canoso del hombre se pegaba por así decir a este color y perdía todo contorno. Cuando el conferenciante inclinaba la cabeza, el

color se ponía en movimiento, y la cabeza se disolvía en él. Sólo a mediados de la conferencia, cuando la atención ya se había concentrado, esta molestia desapareció; sobre todo cuando el conferenciante se puso de pie para recitar, con su corpulenta silueta vestida de negro; con grandes ademanes de los brazos, dirigía los versos y desplazaba al color gris. Al principio resultó muy incómodo, ya que dirigía cumplidos en todas direcciones. Al hablar de un soldado napoleónico, que él llegó a conocer y que tenía cincuenta y seis heridas, observó que sólo un gran colorista como su amigo Mucha, allí presente, podría haber imitado la multiplicidad de colores del torso de este hombre.

Observé en mí un aumento en la capacidad de dejarme emocionar por las personas que ocupan una tribuna. Me olvidé de mis tristezas y mis preocupaciones. Estaba comprimido en la punta izquierda de mi asiento, aunque en realidad lo estaba en la conferencia, con las manos entre las rodillas. Percibí que Richepin me hacía sentir lo que debía de sentir el rey David cuando se llevaba a la cama alguna jovencita. Hasta llegué a tener una vaga visión de Napoleón, que en una fantasía sistemática entraba por la puertecita del escenario, aunque en realidad también podía haber salido de la madera de la tribuna o del órgano. Napoleón dominaba toda la sala, que en ese momento estaba absolutamente llena. Tan cerca en verdad estaba yo de él, que no tenía, y en la realidad no habría tenido, ninguna duda de su efecto sobre mí. Tal vez me habría fijado en cualquier ridiculez de su vestimenta, como me ocurría también con Richepin, pero esa observación no habría turbado mi entusiasmo. ¡Qué frío era, en cambio, cuando era niño! A menudo deseaba encontrarme cara a cara con el Emperador, para demostrarle qué poco efecto me hacía. Y eso no era coraje, sino simple frialdad.

Recitaba las poesías como discursos en el Parlamento. Golpeaba la mesa, como un impotente espectador de las batallas; con el brazo extendido y amenazador abría paso a los guardias a través de la sala; "*Empereur!*", gritaba con el brazo alzado y convertido en bandera, y al repetirlo parecía que el eco de un ejército que combatía allá abajo en la llanura le respondía. Durante la descripción de una batalla, un piececito golpeó en alguna parte el suelo, luego se vió que era su pie, que no había confiado bastante en sí mismo. Pero esto no lo perturbó. Después de *Los Granaderos*, que recitó en una traducción de Gérard de Nerval, y que él admira sobremanera, fué cuando lo aplaudieron menos.

Cuando él era niño, solían abrir la tumba de Napoleón una vez

por año, y el rostro embalsamado era exhibido ante los inválidos, que pasaban en procesión, una exhibición más aterradora que asombrosa, ya que la cara estaba hinchada y verdosa; por eso más tarde esta costumbre cesó. Pero Richepin consiguió ver la cara, en brazos de su tío abuelo, que había luchado en África y para quien el Comandante abrió una vez la tumba.

Antes de recitar una poesía (tiene una memoria infalible, como en realidad siempre ocurre en las personas de mucho carácter), la anuncia mucho antes muchas veces, la discute, los versos inminentes ya empiezan a suscitar un pequeño terremoto debajo de sus palabras; antes de la primera poesía llegó a decir que la recitaría con todo su fuego. Y así lo hizo.

En el último poema llegó a la culminación, introduciéndose imperceptiblemente en los versos (de Victor Hugo), poniéndose lentamente de pie, sin sentarse ni siquiera después de haber terminado, prolongando y manteniendo los grandes arrebatos de la recitación con el vigor final de su prosa. Concluyó jurando que aun dentro de mil años cada partícula de su cuerpo, suponiendo que tuvieran conciencia, estaría dispuesta a obedecer al llamado de Napoleón.

El francés, de corto aliento a causa de sus rápidas y sucesivas válvulas de escape, soportó aún las más torpes improvisaciones, no se desmenuzó ni siquiera cuando hablaba, lo que ocurría frecuentemente, de los poetas que embellecen la vida cotidiana, de su fantasía (los ojos cerrados) que es la de un poeta, de sus alucinaciones (los ojos perdidos de mala gana en la distancia) que son las de un poeta, etc. Al mismo tiempo se cubría a menudo los ojos, y los descubría lentamente, dedo tras dedo. Ha luchado en la guerra, su tío en el África, su abuelo con Napoleón, hasta cantó dos líneas de una canción bélica.

13 de noviembre. Y este hombre, acabo de saberlo hoy, tiene sesenta y dos años.

14 de noviembre. Martes. Ayer, en casa de Max, que volvió de su conferencia en Brünn.

Por la tarde, mientras me dormía. Como si la sólida tapa del cráneo, que rodea el cráneo insensible, se hubiera retraído profundamente dejando una parte del cerebro expuesta a la libre acción de la luz y de los músculos.

Despertar una mañana fría de otoño, de luz amarillenta. Precipitarse por la ventana apenas entreabierta y todavía frente a los vidrios, antes de caer, flotar, con los brazos extendidos, con el vientre arqueado, las piernas curvadas hacia atrás, como los mascarones de proa de los barcos antiguos.

Antes de quedarme dormido.

Parece tan terrible quedarse soltero [33], ser un viejo que tratando trabajosamente de conservar su dignidad suplica una invitación cada vez que quiere pasar una velada en compañía de otras personas; traerse la cena a casa en la mano, no poder esperar a nadie ociosamente, con tranquila confianza; no poder hacer regalos sino con dificultad o con alguna vejación, despedirse frente a la puerta de calle, no poder jamás subir corriendo una escalera al lado de su mujer, estar enfermo y no tener más consuelo que lo que se ve por la ventana, si uno puede levantarse; sólo tener en la habitación puertas laterales, que dan a casas de desconocidos, sentirse alejado de su familia, con la que sólo se mantienen relaciones a través del matrimonio, primero gracias al de sus padres, luego, cuando el efecto de éste se ha disipado, gracias al suyo propio; tener que admirar a los niños de los demás y no poder seguir repitiendo: yo no tengo, y como nadie crece en torno de uno, sentir una invariable sensación de vejez; modelar su aspecto y su proceder de acuerdo a uno o dos solterones que uno conoció cuando era niño. Todo esto es cierto, pero se comete muy fácilmente el error de desplegar demasiado ante los ojos los padecimientos futuros, de manera que la mirada se pierda más allá de ellos y no vuelva nunca más, cuando en realidad hoy y después uno será uno mismo, con un cuerpo y una cabeza reales, y también una frente, para poder golpeársela con la mano.

Ahora intentaré un esbozo de introducción para *Ricardo y Samuel.*

15 de noviembre. Anoche, ya con un presentimiento, corrí la frazada de mi cama, me acosté y volví a tener conciencia de todas mis facultades, como si las tuviera en la mano; me distendían el pecho, me inflamaban la cabeza; durante un momento, para consolarme porque no me levantaba para trabajar, me repetí: "Eso no puede ser sano, no puede ser sano", y con una decisión casi visible quise correr el sueño sobre mi cabeza. Pensaba todo el tiempo en una gorra con visera, que para protegerme mi mano

vigorosa corría sobre mi frente. Cuánto perdí anoche, cómo latía la sangre en mi cabeza, capaz de cualquier cosa, y sólo retenido por fuerzas que son indispensables para mi vida misma y que de ese modo se malgastan.

Es indudable que todo lo que se me ha ocurrido hasta ahora, aun en excelente estado de espíritu, ya sea palabra por palabra o simplemente al azar, pero en palabras ya explícitas, se vuelve en el papel, cuando trato de escribirlo, seco, equivocado, duro, molesto para todos los que me rodean, tímido, pero sobre todo incompleto, aunque no se me haya olvidado nada de la inspiración original. Naturalmente, esto se debe en parte a la circunstancia de que yo sólo concibo algo bueno lejos del papel, en momentos de exaltación, más temibles que deseables, aunque también los deseo ansiosamente; pero entonces la plenitud es tal, que tengo que darme por vencido; ciegamente, al azar, aferro lo que puedo de ese torrente, de modo que lo que consigo al escribir no se puede comparar con la plenitud de la exaltación, es incapaz de reproducir esa plenitud, y por lo tanto es malo, y perturba, porque seduce inútilmente.

16 de noviembre. Hoy a mediodía, antes de dormirme, aunque en realidad no pude dormirme, yacía sobre mí el torso de una mujer de cera. Su cara estaba inclinada sobre la mía, su antebrazo derecho me apretaba el pecho.

Tres noches sin dormir; ante el menor intento de hacer algo, me quedo inmediatamente exhausto.

De un viejo cuaderno de notas: "Esta noche, después de haber estudiado todo el día desde las seis de la mañana hasta ahora, advierto que desde hace un rato mi mano izquierda ha aferrado la derecha por los dedos, por compasión." [34]

18 de noviembre. Ayer en la fábrica. Volví en el tranvía; me senté en un rincón, con las piernas extendidas; veía las personas de afuera, las luces encendidas de las tiendas, los muros de los viaductos que atravesábamos; constantemente, espaldas y caras; una calle de campo que nacía en la calle comercial del suburbio, no había en ella ni un rastro de humanidad, excepto la gente que se iba a su casa; las luces deslumbrantes de la estación del ferrocarril, que ardían en la oscuridad; la baja chimenea notablemente

cónica de la fábrica de gas, el aviso de un concierto de un cantante de Treville, que nos siguió a tientas hasta una calle próxima al cementerio; desde allí volvió conmigo del frío de los campos hasta el habitable calor de la ciudad. Aceptamos a las ciudades desconocidas como hechos en sí, sus habitantes viven en ellas sin penetrar nuestra manera de vivir, así como nosotros no podemos penetrar en la suya, uno se ve obligado a comparar, no hay más remedio, pero sin olvidar que esas comparaciones no tienen ningún valor moral, ni siquiera psicológico; después de todo uno puede a menudo omitir la comparación, porque la excesiva diferencia de las condiciones de vida la vuelven innecesaria.

Sin embargo, también los suburbios de nuestra ciudad natal nos son incomprensibles, pero aquí las comparaciones tienen valor, media hora de caminata puede probárnoslo cuantas veces queramos; aquí las personas viven en parte dentro de nuestra ciudad, en parte en esa zona fronteriza miserable y oscura, atravesada por zanjas como una vasta excavación, aunque todos tienen un círculo de intereses comunes con nuestros intereses mayor que el que puede tenerlo cualquier otro grupo humano fuera de nuestra ciudad. Por eso, siempre entro en los suburbios con una confusa sensación de ansiedad, de abandono, de compasión, de curiosidad, de orgullo, de alegría de viajar, de virilidad, y vuelvo con placer, seriedad y tranquilidad, especialmente de Zizkov.

19 de noviembre. Domingo. Sueño:

En el teatro. Representación de *La tierra lejana*, de Schnitzler, arreglada por Utitz.[35] Estoy sentado adelante de todo; creo estar en la primera fila, hasta que por fin resulta que es la segunda. La fila está de espaldas al escenario, de modo que uno ve cómodamente la sala, pero para ver el escenario tiene que volverse. El autor está por allí, cerca de mí; no puedo dejar de expresar mi pobre opinión de la obra, que evidentemente ya conozco, pero agrego que el tercer acto seguramente será gracioso. Con ese "seguramente" quiero insistir en que yo, en lo que se refiere a las partes mejores, no conozco la obra, y debo confiar en lo que he oído decir; por lo tanto repito una vez más esta observación, pero no sólo para mí; de todos modos nadie me hace caso. En torno de mí hay muchísima aglomeración, todos parecen haber venido con sus ropas de invierno, y por lo tanto no caben en sus asientos. La gente delante y detrás de mí, que además yo no veo, me interrumpe, me señala los recién llegados, me dice cómo se llaman; sobre todo me llama la atención un matrimonio que se abre paso a lo largo de una fila de asientos, porque la mujer tiene una cara de color amarillo oscuro, masculina, de nariz larga, y además, siempre dentro de lo que puede distinguirse en medio de esa multitud donde la mujer sólo asoma la cabeza, está vestida de hombre. Cerca de mí, sentado con extraordinaria libertad, está el actor Löwy; pero muy poco parecido al verdadero Löwy; pronuncia discursos acalorados, donde se repite la palabra *principium*, yo espero a cada momento las palabras *tertium comparationis*, vanamente. En un palco del segundo piso, en realidad un rincón de la galería, a la derecha mirando desde el escenario, que en ese lugar se une con los palcos, está cierto tercer hijo de la familia Kisch[36], detrás de su madre, sentada, y habla hacia el teatro, envuelto en un hermoso levitón, con los faldones extendidos. Los discursos de Löwy guardan cierta relación con los suyos. Entre otras cosas, señala hacia lo alto del telón y dice: ahí está el alemán Kisch, con lo que se refiere a mi compañero de escuela Kisch, que estudió germanística.

Cuando se alza el telón, el teatro empieza a oscurecerse, y Kisch, para dar a entender que de todos modos se habría ido, se aleja con su madre, ascendiendo por la galería, y desapareciendo con los brazos, el levitón y las piernas totalmente desplegados.

El escenario queda un poco más bajo que la sala, hay que mirar hacia abajo, con la barbilla apoyada en el respaldo de los asientos. El decorado consiste principalmente en dos gruesas columnas bajas en medio del escenario. Representa un banquete, al que asisten muchachas y muchachos. Veo poco, aunque al empezar la obra se fué mucha gente de la primera fila, al parecer detrás del escenario; las muchachas que quedaron, con sus grandes sombreros chatos, en su mayoría azules, me obstruyen el escenario, ya que los sombreros van y vienen por toda la fila de asientos. Pero consigo ver con claridad a un muchacho de diez a quince años. Tiene el pelo cortado muy corto, seco y peinado con raya. Ni siquiera sabe colocarse correctamente la servilleta sobre los muslos; para hacerlo se ve obligado a mirar cuidadosamente para abajo, y en la obra representa el papel de un hombre de mundo. Después de esta observación, ya no tengo mucha confianza en este teatro. Los invitados en escena esperan la llegada de diversos ausentes, que van subiendo al escenario desde la primera fila de la platea. Además, han ensayado poco la obra. Es así como acaba de entrar una actriz que se llama Hackelberg; un actor le habla, repantigado en su sillón como un hombre de mundo, y la llama "Hackel", luego advierte la equivocación y se corrige. Ahora aparece una muchacha que yo conozco (creo que se llama Frankel), se trepa

directamente al respaldo de mi asiento, cuando sube tiene toda la parte de atrás desnuda, la piel no es muy suave, hasta tiene sobre la cadera derecha una mancha amoratada, arañada, del tamaño de un puño de falleba. Pero una vez que sube al escenario y vuelve su rostro puro hacia el público, trabaja muy bien. Ahora tiene que acercarse al galope y desde muy lejos un jinete cantor; un piano imita el ruido de los cascos, se oye el violento canto que se acerca, finalmente veo también al cantor, que para dar a su canción el aumento de volumen que corresponde a su rápida cabalgata, corre por la galería de arriba, hacia el escenario. Todavía no ha llegado al escenario, tampoco ha terminado la canción, pero ya ha llegado a la cúspide de la rapidez y del caudal de su voz, y además el piano ya no puede imitar correctamente el ruido de los cascos sobre las piedras. Por lo tanto, ambos cesan, y el cantor se acerca cantando en voz baja, pero ahora se vuelve tan pequeño, que apenas asoma la cabeza sobre la baranda de la galería, y por lo tanto no se lo ve con mucha claridad.

Con esto termina el primer acto, pero el telón no baja y la sala permanece a oscuras. En el escenario hay dos críticos sentados en el suelo, y escriben con la espalda apoyada en el decorado. Un dramaturgo o director de barba rubia en punta sube de un salto al escenario, mientras vuela tiende una mano para dar una orden, en la otra lleva un racimo de uvas, que anteriormente se encontraba en una fuente de la mesa del banquete, y las come.

Nuevamente vuelto hacia la sala, veo que está iluminada mediante simples lámparas de kerosene, colocadas como en las calles sobre simples candelabros, y que ahora, naturalmente, arden muy débilmente. De pronto, ya sea por el mal kerosene o por una imperfección de la mecha, arde una de estas linternas y lanza un ancho chorro de chispas sobre los espectadores de la platea, que la mirada no distingue y que forman una masa negra como de tierra. Entonces se levanta de esa masa un caballero, avanza por así decir sobre ella y se acerca a la linterna; aparentemente pretende arreglar el desperfecto, pero primero alza la vista hacia la linterna, permanece un momento así, debajo de ella, y como nada ocurre, vuelve tranquilamente a su lugar, donde desaparece. Me confundo con él, e inclino la cara en la negrura.

Yo y Max debemos de ser fundamentalmente distintos. Por más que sus obras me provoquen admiración cuando las veo como un todo inaccesible a mi usurpación y a la de cualquier otro, como ocurrió aun hoy con una serie de pequeñas críticas literarias, no

por eso deja cada frase que él escribe para *Ricardo y Samuel* de ir unida a una desganada concesión de mi parte, que siento dolorosamente hasta el fondo de mi alma. Por lo menos hoy.

Esta noche me sentí nuevamente lleno de posibilidades penosamente contenidas.

20 de noviembre. Soñé con un cuadro, al parecer de Ingres. *Las doncellas en el bosque de mil espejos*, o más correctamente: *Las vírgenes* etc. Aéreamente dibujadas y agrupadas como en los telones de los teatros, había a la derecha del cuadro un grupo más compacto, hacia la izquierda estaban sentadas sobre una rama gigantesca o una cinta volante, o volando por sus propias fuerzas en una cadena que ascendía lentamente hacia el cielo. Y ahora no sólo se reflejaban hacia el espectador, sino en la dirección opuesta, y se volvían indistintas y múltiples; lo que la mirada perdía en el detalle, lo ganaba en el conjunto. Delante de todo había sin embargo una muchacha desnuda que no sufría la acción de los reflejos; apoyaba el peso de su cuerpo en una pierna, con la cadera hacia adelante. Aquí podía admirarse la pericia de Ingres como dibujante, pero de todos modos descubrí con satisfacción que la joven conservaba una desnudez demasiado real aun para el sentido del tacto. De un lugar oculto tras ella surgía un resplandor de luz amarillenta y pálida.

Mi desagrado ante las antítesis es indudable. En verdad son inesperadas, pero no sorprenden, porque siempre estuvieron allí, a nuestro lado; si eran inconscientes, lo eran sólo en la frontera más exterior de la conciencia. Es cierto que engendran solidez, plenitud, ilación, pero lo mismo que una figurita de la "rueda de la vida"[37]; hemos perseguido nuestra pequeña idea a lo largo de un círculo. Por distintas que sean, carecen de matices, nos crecen en la mano como hinchadas de agua, con un propósito inicial de infinitud, terminan siempre por ser de tamaño igual y mediano. Se enrollan, no se puede desenrollarlas, no permiten seguir adelante, son agujeros en la madera, son ataques inmóviles, atraen, como yo mismo he demostrado, atraen hacia sí otras antítesis. Si por lo menos las atrajeran a todas, para siempre.

Para el drama: Weiss, profesor de inglés, tal como pasó una noche a nuestro lado por la Wenzelsplatz, con los hombros erguidos, las manos bien metidas en los bolsillos, el sobretodo amarillen-

to tensamente plegado y cerrado, y atravesó las vías con poderosos pasos frente mismo al tranvía eléctrico que todavía no había arrancado pero ya anunciaba la partida. Se alejó de nosotros.

E. ¡Anna!
A. *(alzando la vista)* Sí.
E. Ven aquí.
A. *(con grandes pasos tranquilos)* ¿Qué quieres?
E. Quisiera decirte que desde hace un tiempo no estoy conforme contigo.
A. ¿Cierto?
E. Así es.
A. Entonces debes despedirme, Emil.
E. ¿Tan intempestivamente? ¿Y ni siquiera me preguntas el motivo?
A. Lo conozco.
E. ¿Sí?
A. No te gusta la comida.
E. *(levantándose rápidamente, en voz alta)* ¿Sabes que Kurt se va esta noche de viaje, o no lo sabes?
A. *(íntimamente imperturbable)* Pero sí, por desgracia se va, no hacía falta que me llamaras para eso.

21 de noviembre. Mi antigua niñera, la de color amarillo negruzco, nariz cuadrada y un lunar en alguna parte de la mejilla, que en esa época me encantaba, vino hoy por segunda vez a casa para verme. La primera vez no estaba en casa, esta vez quería que me dejaran tranquilo y dormir, y les hice decir que no estaba. ¿Por qué me habrá educado tan mal?, sin embargo yo era dócil, acaba de decir en estos momentos en el vestíbulo a la cocinera y a la gobernanta, era de carácter tranquilo y bueno. ¿Por qué no supo utilizar esas ventajas y prepararme un porvenir mejor? Está casada o viuda, tiene hijos, habla con vivacidad, lo que no me deja dormir, cree que soy un caballero alto y fuerte, en la hermosa edad de los veintiocho años, a quien le gusta recordar su infancia y que en general sabe qué hacer consigo mismo. Aquí estoy en cambio, en el sofá, echado del mundo a puntapiés, anhelando el sueño que no quiere venir y que cuando venga será peor que un castigo; me duelen las articulaciones de cansancio, mi cuerpo seco se encamina temblando hacia la ruina, entre tumultos que no se atreve a poner en claro, con asombrosas sacudidas en la cabeza. Y ahí están las tres mujeres ante mi puerta, una me elogia, tal como

cra, dos, tal como soy. La cocinera dice que me iré inmediatamente —quiere decir sin rodeos— al cielo. Así será.

Löwy: Un rabí en el Talmud había adoptado como principio, lo que en este caso era muy del gusto de Dios, no aceptar nada de nadie, ni siquiera un vaso de agua. Ahora bien, ocurrió que el máximo rabí de su época quiso conocerlo, y por lo tanto lo invitó a comer. No era posible rechazar la invitación de semejante sabio. Entonces, tristemente, el primer rabí se puso en camino. Pero como su principio era tan fuerte, se alzó entre ambos rabinos una montaña.

Anna, *sentada junto a la mesa, lee el diario.*
Karl *se pasea por el cuarto; cuando se acerca a la ventana, se queda mirando hacia afuera; en cierto momento abre la ventana interior.*
Anna: Por favor, deja la ventana cerrada, uno se hiela.
Karl *(cerrando la ventana)*: Bueno, nuestros problemas son bastante distintos. Se ve que no nos preocupan las mismas cosas.
22 de noviembre.
Anna: Veo que has adquirido una nueva costumbre, Emil, una costumbre bastante horrible. Te aprovechas de cualquier pequeñez para descubrir algo malo en mí.
Karl *(frotándose los dedos)*: Porque no tienes ninguna consideración; sobre todo porque eres incomprensible.

Es indudable que mi estado físico es un obstáculo capital para mi progreso. Con semejante cuerpo no se puede hacer nada. Tendré que acostumbrarme a sus constantes negativas. Como consecuencia de estas últimas noches de absurdos sueños, con tan escasos intervalos de reposo, esta mañana me sentí muy incoherente, sólo me sentía la frente, veía alejarse cada vez más de mí cualquier estado por lo menos soportable y tan decididamente me había resignado a la muerte que hubiera preferido acurrucarme como una pelota en el piso de cemento del corredor, con las actas en la mano. Mi cuerpo es demasiado largo para su debilidad, no tiene la más mínima grasa que pueda engendrar un beatífico calor para preservar el fuego interior, ninguna grasa donde pueda el espíritu alimentarse más de lo que la diaria ración exige, sin dañar al conjunto. ¿Cómo pretender que el débil corazón que en estos últimos tiempos tan a menudo me ha preocupado, pueda impulsar la sangre hasta la punta de estas piernas? Mandarla hasta las rodillas

ya sería suficiente trabajo, más allá la sangre sólo sigue por su propio y débil impulso, se derrama con un débil esfuerzo senil por debajo de las frías pantorrillas. Pero ahora hace nuevamente falta aquí arriba, se la espera, mientras ella se disipa allá abajo. La longitud de mi cuerpo desorganiza todo. ¿Qué puede producir, cuando tal vez si fuera más compacto y corto no tendría tampoco fuerza suficiente para realizar lo que quiero realizar?

De una carta de Löwy a su padre: Cuando vaya a Varsovia, me pasearé entre ustedes con mis ropas europeas como "una araña ante los ojos, como un plañidero en un casamiento".

Löwy habla de un amigo casado que vive en Postin, un pueblito cercano a Varsovia, y que se siente aislado y sin perspectivas de progreso, y por lo tanto desdichado: "Postin ¿es una ciudad grande?" "Así de grande", y tiende la palma de la mano. Está cubierta por un guante rústico, amarillo pardusco, y parece una región desierta.

23 de noviembre. El 21, centenario de la muerte de Kleist, la familia Kleist colocó una corona en su tumba con la inscripción: "Al mejor de su linaje."

¡De qué estados me hace depender mi manera de vivir! Esta noche dormí algo mejor que la semana pasada, esta tarde bastante pasablemente, hasta tengo esa soñolencia que sucede a un sueño medianamente aceptable, y en consecuencia temo no escribir tan bien, siento que mis facultades se retraen hacia el interior, y estoy preparado para cualquier sorpresa, es decir, ya las veo.

24 de noviembre. Schhite (el que aprende el arte del matarife). Obra de Gordin. Cita partes del Talmud, por ejemplo:

Cuando un gran doctor de la ley comete un pecado al anochecer o por la noche, ya no hay que reprochárselo por la mañana, puesto que su sabiduría le habrá permitido arrepentirse durante la noche.

Si uno roba un buey, tiene que devolver dos; si degüella al buey robado, entonces tiene que devolver cuatro; si en cambio degüella un ternero robado, sólo debe devolver tres, porque se supone que tuvo que llevarse al ternero, lo que le habrá costado mucho trabajo. Esta suposición influye en el castigo, aun si uno se llevó el ternero con toda comodidad.

Honradez de los malos pensamientos. Anoche me sentí extraordinariamente desdichado. Estaba otra vez descompuesto del estómago, había escrito con dificultad, había escuchado con gran esfuerzo la lectura de Löwy en el café (que al principio era tranquila y merecía nuestro respeto, pero luego se animó y ya no nos dejó en paz), mi triste porvenir inmediato me parecía no valer la pena de dar un paso hacia él, iba desolado por la Ferdinandstrasse. Al llegar a la esquina de Bergstein, volvieron los pensamientos sobre el porvenir no inmediato. ¿Cómo soportarlo con este cuerpo encontrado en un cuarto de trastos viejos? También en el Talmud dice: Un hombre sin mujer no es un hombre. Ya no tenía defensa contra esos pensamientos, salvo decirme: "¿Venís ahora, malos pensamientos, ahora, porque estoy débil y descompuesto del estómago? Queréis que os piense ahora. Habéis esperado solamente lo que os convenía. ¿No os avergonzáis? Venid en otro momento, cuando yo esté más fuerte. No aprovechéis de este modo mi estado." Y en efecto, sin esperar otras pruebas, cedieron, se dispersaron lentamente y no volvieron a molestarme durante el resto de mi paseo, no demasiado feliz, naturalmente. Olvidaron que si decidían respetar todos mis malos momentos, no les quedarían muchas oportunidades.

El olor de nafta de un automóvil que volvía del teatro me hizo notar que visiblemente los espectadores que pasaban a mi lado, terminando de ordenar con un último toque sus abrigos y sus prismáticos colgantes, se dirigían hacia la hermosa vida doméstica de sus hogares (aunque estuvieran alumbrados por una sola vela, no hace falta más antes de acostarse), pero también cómo parecía que los habían echado del teatro y mandado a sus casas, como subordinados, ante quienes el telón bajó por última vez, y detrás de los cuales se abrieron las puertas por donde habían entrado antes del comienzo o durante el primer acto, orgullosos por alguna ridícula preocupación.

25 de noviembre. Toda la tarde en el café City, convenciendo a M. para que firme una declaración donde asegura que sólo es empleado nuestro, y por lo tanto no le corresponde el seguro, así mi padre no se verá obligado a pagar una suma considerable por el mismo. Me lo promete; hablo el checo con facilidad, sobre todo me disculpo elegantemente cuando me equivoco; promete traer la declaración a la oficina, el martes; siento que aunque no le gusto, por lo menos me respeta; pero el lunes no trae nada, además no se encuentra en Praga, se ha ido de viaje.

Velada aburrida en casa de Baum, sin Max. Lectura de *El Odioso*, una historia todavía demasiado desordenada, el primer capítulo es más bien el lugar apropiado para la fundación de una revista.

26 de noviembre. Con Max, *Ricardo y Samuel* por la mañana, y por la tarde hasta las cinco. Luego fuimos a ver a N., coleccionista de Linz, recomendado por Kubin; cincuenta años, enorme, con movimientos de torre; cuando está un rato callado, uno inclina la cabeza, ya que calle totalmente; en cambio cuando habla no habla del todo; su vida consiste en coleccionar y fornicar.

Coleccionar: Empezó coleccionando sellos, luego siguió coleccionando dibujos, luego coleccionó cualquier cosa, luego comprendió la inutilidad de esas colecciones que no podían completarse nunca, y se atuvo a los amuletos, más tarde a las medallas de peregrinaje y tratados sobre peregrinaje de Austria del sur y Baviera meridional. Son medallas y tratados que aparecen nuevamente con ocasión de cada peregrinaje, en su mayoría sin valor en cuanto a material, y también artísticamente, aunque a veces contienen ilustraciones agradables. Luego empezó a publicar activamente sobre el tema, y en realidad fué el primero en hacerlo, estableciendo además los puntos de vista para la sistematización. Naturalmente, los que habían coleccionado hasta ese momento dichos objetos, pero que no habían tenido la idea de publicar nada, se pusieron furiosos; pero no les quedó más remedio que conformarse. Ahora se lo considera un experto en estas medallas de peregrinaje, de todas partes llegan cartas solicitándole su opinión y su decisión en lo que se refiere a estos asuntos; sus conclusiones son irrefutables. Por otra parte, colecciona cualquier cosa; su orgullo es un cinturón de castidad que fué exhibido como todos sus otros amuletos en la Exposición de Higiene de Dresde. (Acababa de llegar de allí, donde había hecho embalar sus posesiones.) Además, una hermosa espada medieval de los Falkenstein. Su relación con el arte es clara, con esa mala claridad de los coleccionistas.

Del café nos lleva al Hotel Graf; su cuarto está demasiado recalentado; se sienta en la cama, nosotros en dos sillas, frente a él, de modo que formamos un tranquilo grupo. Su primera pregunta: "¿Ustedes son coleccionistas?" "No, simplemente unos pobres aficionados." "Eso no importa." Saca un portafolio y nos cubre literalmente de "Ex libris", suyos y ajenos, mezclados con anuncios de su próximo libro *Magia y Superstición en el Reino Mineral*. Ya ha escrito bastante, especialmente sobre *La Maternidad en el Arte*; considera que el cuerpo preñado es el más hermoso, para él ade-

más es el más agradable de... Además ha escrito sobre amuletos. También estuvo empleado en el Museo de la Corte de Viena; ha dirigido excavaciones en Braila, en la desembocadura del Danubio; inventó un procedimiento que lleva su nombre para restaurar cerámica antigua de las excavaciones; es miembro de trece Sociedades Científicas y Museos, ha legado en su testamento su colección al Museo Germánico de Nuremberg; a menudo se queda sentado en su escritorio escribiendo hasta la una o las dos de la madrugada, y a las ocho de la mañana prosigue con la tarea. Tenemos que escribir algo en el álbum de una amiga suya, que ha traído consigo para llenar durante el viaje. Los que crean por su cuenta van al principio. Max inscribe un complicado verso, que el señor N. pretende traducir mediante el proverbio "No hay mal que por bien no venga". Primero lo lee, con una voz de madera. Yo escribo: "Almita, salta y danza", etc.

Lo relee en voz alta, lo ayudo, finalmente dice: "¿Un ritmo persa? ¿Cómo era que se llamaba? ¿Gacela? ¿No es verdad?" Desdichadamente no podemos asentir, ni siquiera adivinar qué quiere decir. Finalmente cita un *ritornello* de Rückert. Sí, quería decir un *ritornello*. Pero sin embargo, no es eso. Bueno, pero tiene cierta agradable melodía.

Es amigo de Halbe. Le gustaría hablar de él. Nosotros preferiríamos hablar de Blei. Pero no hay mucho que decir de él, la colectividad literaria de Munich lo desprecia a causa de su bajeza literaria; está separado de su mujer, una dentista cuyo consultorio era muy concurrido, y que lo mantenía; su hija, de dieciséis años, rubia, de ojos azules, es la muchacha más loca de Munich. En *Hose* de Sternheim —N. estuvo con Halbe en el teatro— Blei hizo el papel de un viejo mundano. Cuando N. lo encontró al día siguiente, le dijo: "Señor Doctor, ayer representó usted el papel del doctor Blei." "¿Cómo, cómo?", contestó el otro, desconcertado, "si hacía el papel de tal y tal". Cuando nos vamos descorre las sábanas de la cama, para que ésta se impregne bien de la temperatura de la habitación, además da órdenes para que calienten más el ambiente.

Del Talmud: Si un doctor de la ley va a visitar a su novia, debe llevar consigo a un *Amhorez* [38], ya que él está tan metido en su sabiduría que no puede ver lo que hay que ver.

Mediante el soborno, los hilos del teléfono y del telégrafo en torno a Varsovia fueron conectados de manera que formaran un círculo completo, que convertía a la ciudad en una zona cerrada,

en el sentido del Talmud; en cierto modo, un cerco; de modo que así aun el más devoto puede moverse el sábado dentro de dicho círculo, llevar consigo pequeñeces (como pañuelos de bolsillo), etc.

Las reuniones de los *Jassidim*, donde conversan alegremente sobre problemas talmúdicos. Si la conversación languidece o si alguien no toma parte en ella, lo arreglan mediante cantos. Inventan melodías; si alguna tiene éxito, llaman a todos los miembros de la familia para que la ensayen y la estudien con ellos. Un rabí milagroso, que a menudo sufría de alucinaciones, hundió de pronto la cara entre los brazos extendidos sobre la mesa, en medio de una de estas reuniones, y así permaneció tres horas, rodeado por el absoluto silencio de los presentes. Cuando se despertó, lloró y cantó una marcha militar, alegre y totalmente nueva. Era la melodía con que los ángeles de la muerte acababan de acompañar al cielo a un rabí milagroso muerto durante ese lapso en una lejana ciudad rusa.

Según la *Kabbala*, los devotos reciben el viernes un alma nueva, totalmente celestial, más delicada, que les dura hasta la tarde del sábado.

El viernes a la noche, dos ángeles acompañan a los devotos desde el Templo hasta su casa; el dueño de casa los recibe de pie en el comedor; se quedan muy poco tiempo.

Siempre me interesó mucho la educación de las jóvenes, su crecimiento, cómo se habitúan a las leyes del mundo. En ese momento ya no huyen tan desesperadamente de una persona que apenas conocen superficialmente y que quisiera conversar un poco, también superficialmente, con ellas; se quedan un rato, y aunque no sea justamente en el lugar de la habitación que uno desearía, ya no es necesario retenerlas mediante miradas, amenazas, o el poder del amor; cuando se vuelven para irse, se vuelven lentamente y no tienen la intención de herirnos, y además vistas de atrás son más anchas que antes. Lo que se les dice no es totalmente inútil, oyen toda la pregunta sin obligarnos a una prisa ridícula, y contestan, es claro que en broma, pero bastante exactamente de acuerdo a lo preguntado. Hasta llegan a formular preguntas por su cuenta, con la mirada alzada, y ya no les resulta insoportable una breve conversación. La presencia de un espectador ya no les impide seguir la labor que acaban de emprender, y por lo tanto lo miran menos, pero uno puede mirarlas más. Sólo se retiran para ir a vestirse. Es el único momento en que uno puede sentirse inseguro. Fuera de esto, sin embargo, ya no es necesario correr por

las calles, acechar junto a las puertas y eternamente esperar una feliz oportunidad, aunque uno ya sabe muy bien que no posee la posibilidad de forzar dichas oportunidades.

A pesar de este cambio considerable que ocurre en ellas, no es totalmente imposible que se nos aparezcan inesperadamente con expresión melancólica, que nos den una mano horizontal y con ademanes lentos nos inviten a entrar en sus casas, como a un amigo de la oficina. Se pasean pesadamente por la habitación contigua; pero cuando conseguimos penetrar también allí, impulsados por el deseo y el despecho, se acurrucan en el hueco de la ventana y se ponen a leer el diario, sin dedicarnos una mirada.

30 de noviembre. Hace tres días que no escribo nada.

3 de diciembre. Acabo de leer parte de ***La vida de Karl Stauffer, Crónica de una Pasión,*** de Schäfer y me siento tan preso e inmovilizado por esta poderosa impresión, que se abre paso hacia ese fondo de mi ser que sólo muy raras veces escucho, aunque al mismo tiempo el hambre a que me obliga mi estómago enfermo y la agitación habitual de la libertad del domingo me arrastran de tal modo hacia la lejanía, que no me queda más remedio que escribir, así como no queda más remedio que agitar los brazos ante una excitación impuesta desde afuera.

La desdicha del hombre soltero es tan fácilmente adivinada por el mundo que lo rodea, ya sea real o aparente, que en todo momento maldecirá su decisión, sobre todo si se ha quedado soltero porque le gustan los secretos. Es verdad que se pasea con el sobretodo cerrado, las manos en los bolsillos, los codos hacia afuera, el sombrero bien metido en la cabeza, una falsa sonrisa ya inveterada que debería proteger su boca como los anteojos protegen los ojos, el pantalón demasiado angosto para unas piernas tan delgadas. Pero todos saben lo que le pasa, podrían detallarle sus sufrimientos. Lo envuelve un frío que proviene del interior, hacia donde mira justamente con la mitad más triste de su doble cara. Emigra por así decir constantemente, pero con previsible regularidad. Cuanto más se aleja de los vivos, tanto más pequeño es el espacio que los demás le asignan como necesario, y es para esos vivos para quienes —y esto es lo más doloroso— tiene que trabajar como un esclavo consciente, que no se atreve a expresar su conciencia. Mientras los demás, aunque se hayan pasado la vida entera en un lecho de enfermo, no se consideran vencidos hasta que los vence

la muerte, porque si bien su propia debilidad los habría abatido hace tiempo, se mantienen, gracias a sus parientes, vivos, sanos y fuertes, ya sean consanguíneos o por alianza, él, el soltero, se resigna aparentemente por su propia voluntad y en plena vida a un espacio cada vez más pequeño, y si se muere, le basta con el ataúd.

Hace poco, cuando leí a mis hermanas la *Autobiografía* de Mörike, empecé bastante bien, pero seguí cada vez mejor, y finalmente, con las puntas de los dedos juntas, hice a un lado con mi voz tranquila y uniforme los obstáculos interiores, proporcioné a mi voz un panorama cada vez más vasto, y en última instancia toda la habitación que me rodeaba se negó a admitir nada que no fuera únicamente mi voz. Hasta que hicieron sonar la campanilla mis padres que volvían del negocio.

Antes de dormirme, sentí sobre mi cuerpo el peso de los puños en mis livianos brazos.

8 de diciembre. Viernes; hace mucho que no escribo, pero esta vez se debía en parte a mi satisfacción de haber terminado el primer capítulo de *Ricardo y Samuel*; considero especialmente logrado el principio de la descripción del sueño en el compartimiento. Es más, creo que algo ocurre en mí que se parece bastante a esa transformación de la pasión en carácter, que menciona Schiller. A pesar de toda la resistencia de mi más íntimo espíritu, tengo que apuntar esto.

Paseo con Löwy hasta el castillo del Gobernador, que yo denominé la "Ciudadela de Sión". La puerta principal y el color del cielo armonizaban muy claramente.

Otro paseo hasta la isla de Hetz. Conversación sobre la señora Tschissik; cómo la recogió la compañía en Berlín, por compasión; al principio era una insignificante cantante de dúos, con un vestido y un sombrero anticuados. Lectura de una carta de Varsovia, donde un joven judío varsoviano se queja de la decadencia del teatro judío, y escribe que prefiere ir al Nowosti, el teatro polaco de operetas, en vez de ir al teatro judío, donde la pobreza de medios, las indecencias, las "enmohecidas" tonadillas, etc., son insoportables. Piénsese en la escena principal de una opereta judía, donde la *Prima Donna* marcha hacia el escenario con un séquito de criaturitas a través de la platea. Todos llevan rollos pequeños de la Tora, y cantan: *Toire is die beste echoire* (La Tora es la mejor mercadería).

Hermoso paseo solitario, después de los excelentes trozos de *Ricardo y Samuel*, por el Hradschin y el Belvedere. En la calle Neruda, un cartel: "Anna Krizova, Modista diplomada en Francia, alumna de la Duquesa viuda de Ahrenberg, ex Princesa Ahrenberg." En el primer patio del castillo me quedé contemplando un ensayo de alarma de la guardia del castillo.

La última parte de lo que escribí no agradó a Max, tal vez porque no la considera a tono con lo demás, pero posiblemente también porque la considera mala en sí. Esto es muy probable, porque me aconsejó que no escribiera trozos tan largos, y porque ese estilo le produce el efecto de algo más bien gelatinoso.

Para poder hablar con las muchachas jovencitas, necesito la presencia de personas mayores. La ligera incomodidad que emana de su presencia da más vida a mi conversación; inmediatamente me parecen reducirse las exigencias de la situación; si algo de lo que digo no ha sido suficientemente meditado, y no es adecuado para la muchacha, siempre puedo dirigirlo a la persona mayor, que también puede prestarme, en caso de necesidad, muchísima ayuda.

La señorita H. Me recuerda a la señora Bl.; sólo su nariz, tan larga, con su ligera doble curvatura y su relativa estrechez se parece a la ruinosa nariz de la señora Bl. Pero aparte de esto también hay en su cara un atezamiento que casi no puede provenir del exterior, que sólo un vigoroso carácter puede imprimir al cutis. Anchas caderas, preludio bastante adelantado de lo que serán cuando haya alcanzado su madurez: inmensas; cuerpo pesado que parece sin embargo fino con la chaqueta bien cortada, ya que hasta esa estrecha chaqueta le queda floja. Después de alguna dificultad de la conversación, alza libremente la cabeza, para expresar que ha encontrado una vía de escape. En realidad yo no estaba derrotado por esa conversación, ni tampoco me había dado por vencido íntimamente; pero sin embargo, si me hubiera contemplado desde afuera, no hubiera podido explicarme de otro modo mi comportamiento. Antes no podía expresarme con facilidad ante las mujeres que acababa de conocer, porque inconscientemente me lo impedía la presencia del deseo sexual; ahora, su consciente ausencia me lo impide igualmente.

Encuentro con el matrimonio Tschissik en el Graben. Ella estaba vestida con el vestido de mujerzuela del *Hombre Salvaje*. Si descompusiera detalladamente su aparición, tal como se me presentó en ese momento en el Graben, parecería inverosímil. (Sólo la vi un instante, porque al divisarla me asusté, no la saludé, tampoco ella me vió, y yo no me atreví a volverme.) Estaba mucho más chica que de costumbre, tenía la cadera izquierda salida hacia adelante, no momentánea, sino permanentemente, la pierna derecha doblada, los movimientos del cuello y de la cabeza, que en ese momento acercaba a su marido, eran muy rápidos; con el brazo derecho doblado hacia afuera trataba de tomar el brazo de su marido. Éste llevaba su sombrerito de verano con el ala bajada al frente. Cuando me volví, ya se habían ido. Supuse que habían entrado en el Café Central; esperé un poco del otro lado del Graben, y tuve la suerte, después de un rato largo, de verla acercarse a la ventana. Cuando se sentó junto a la mesa, sólo se vió el ala de su sombrero de cartón, forrado de terciopelo azul.

Luego soñé que me encontraba en un pasaje cubierto por una bóveda de vidrio, muy angosto y no excesivamente alto, semejante a esos intransitables corredores de los cuadros primitivos italianos, parecido también desde lejos a un pasaje que vimos en París, a un costado de la Rue des Petits Champs. Pero el de París era más ancho y estaba lleno de tiendas; éste en cambio corría entre muros desnudos, a primera vista apenas dejaba lugar para dos personas a la vez, pero en realidad cuando uno entraba, como yo con la señora Tschissik, descubría que había una asombrosa cantidad de lugar, aunque esto no nos asombró. Mientras yo salía con la señora Tschissik por una de las entradas, hacia un posible observador del conjunto, y la señora Tschissik se disculpaba al mismo tiempo de alguna trasgresión (parecía ser ebriedad) y me rogaba que no creyera en sus detractores, en el otro extremo del pasaje el señor Tschissik fustigaba con un látigo a un perro de San Bernardo, hirsuto y rubio, que se erguía frente a él sobre las patas traseras. No se sabía bien si Tschissik sólo jugaba con el perro y por eso no se ocupaba de su mujer, o si había sido seriamente atacado por el animal, o en fin si quería evitar que el perro se nos acercara.

Con L., por el muelle. Sufrí un leve principio de desvanecimiento, que dominó todo mi ser; me sobrepuse, y después de un ratito lo recordé como algo que hubiera olvidado hace mucho tiempo.

Aun pasando por alto todos los demás obstáculos (estado físico, padres, carácter), la siguiente alternativa me sirve de excelente excusa para no limitarme, a pesar de todo, solamente a la literatura: No puedo arriesgarme a nada mientras no haya llevado a buen término una obra importante y totalmente satisfactoria. Eso es por supuesto irrefutable.

Siento ahora, y he sentido desde esta tarde un violento deseo de volcar toda mi angustia en el papel; escribirla en lo hondo del papel, así como surge de lo hondo de mí mismo; o escribirla de manera que me sea posible trasladar todo lo escrito dentro de mí. No es un deseo artístico. Hoy, cuando Löwy me hablaba de su disconformidad y de su indiferencia ante todo lo que hace la compañía, expliqué su estado como un resultado de la nostalgia de su país, pero en cierto modo no le comuniqué esta explicación, aunque la expresé; más bien me la apropié y momentáneamente la *gocé* como una desdicha mía.

9 de diciembre. Stauffer-Bern: "La dulzura de la creación nos engaña en lo que respecta a su verdadero valor."

Cuando uno se somete a un volumen de cartas o de memorias, no importa quién sea su autor, en este caso Karl Stauffer-Bern, uno no se lo apropia por sus propios medios, porque para eso se requiere arte y el arte se recompensa a sí mismo, sino que más bien uno se deja arrastrar —si no se ofrece resistencia, e to ocurre inmediatamente— por la concentrada personalidad del otro, hasta convertirse en una especie de réplica suya; entonces ya no es tan extraordinario que al volver a ser uno mismo, en el momento de cerrar el libro, uno se sienta mejor y con la cabeza más despejada después de esa excursión y esa recreación, dentro de su propio ser, nuevamente descubierto, nuevamente agitado, contemplado durante un instante desde lejos. Sólo más tarde puede asombrarnos que esas experiencias de la vida de un extraño, a pesar de su vivacidad, estén exactamente descriptas en el libro, cuando sabemos muy bien por propia experiencia que nada está más alejado de una experiencia, por ejemplo el pesar por la muerte de un amigo, que la descripción de esa experiencia. Pero es claro que lo que es correcto para nosotros, no lo es para otro. Cuando no podemos satisfacer con nuestras cartas nuestros sentimientos —naturalmente, esta imposibilidad presenta una cantidad de matices, que en ambas direcciones se confunden entre sí—, cuando debemos recurrir constante-

mente a la ayuda, aun en nuestros mejores momentos, de expresiones como "indescriptible", "indecible", o a un "tan triste" o "tan hermoso", seguidos por una frase rápidamente ruinosa iniciada por un "que", entonces gozamos como una compensación de la facultad de comprender lo escrito por los demás con la tranquila exactitud que nos falta, por lo menos en grado suficiente, cuando juzgamos nuestras propias cartas. El desconocimiento en que nos encontramos con respecto a esos sentimientos que nos obligan ante una carta a romperla o a estrujarla y luego a desestrujarla, justamente ese desconocimiento se convierte en comprensión, ya que nos vemos obligados a limitarnos a la carta que tenemos por delante, a creer solamente lo que vemos en ella, y a encontrar que está perfectamente expresado y que la expresión es igualmente perfecta; lo que es de esperar, si queremos ver sin trabas el fondo de lo humano. Es así como las cartas de Karl Stauffer, por ejemplo, sólo constituyen un relato de la breve vida de un artista...

10 de diciembre. Domingo. Tengo que ir a visitar a mi hermana y a su hijito. Anteayer, cuando mi madre volvió a la una de la mañana de casa de mi hermana, con la noticia del nacimiento de la criatura, mi padre se lanzó por la casa en camisón, abrió todas las puertas, me despertó, así como a la criada y a mis hermanas, y anunció el nacimiento como si el niño no sólo hubiera nacido, sino también vivido una vida respetable y ya le hubieran enterrado.

13 de diciembre. Estaba tan cansado que no escribí, y me quedé acostado sobre el sofá en el cuarto alternativamente caliente y frío, con las piernas doloridas y sueños repugnantes. Un perro estaba acostado sobre mi cuerpo, con una pata cerca de mi cara; me desperté, pero temí durante un momento cerrar los ojos y volver a verlo.

Biberpelz. Obra deficiente, que fluye constantemente en el mismo tono. Escena forzada con el Superintendente de Policía. Delicada maestría de la Lehmann, del Teatro Lessing. Cómo se le hunde la falda del vestido entre los muslos, cuando se agacha. La mirada pensativa de la gente; alza ambas manos frente a la cara, una sobre otra, a la izquierda, como para debilitar el poder de la voz que niega o que protesta. Desconcertada y torpe actuación de los demás. Insolencia del cómico hacia la obra (desenvaina el sable, cambia los sombreros). Mi frío desagrado. Volví a casa, pero una

vez allí me quedé sentado pensando con asombro que tantas personas se tomen el trabajo de crear por una noche tanta agitación (gritan, roban, son robados, fastidian, calumnian, descuidan), y que en esta obra, si uno sólo la mira con ojos parpadeantes, aparezcan confundidos tantos gritos y tantas voces humanas. Hermosas muchachas. Una de cara chata, con zonas de piel tersa, mejillas redondeadas, cabello que empieza muy arriba de la frente, ojos perdidos y un poco protuberantes en esa tersura. Trozos excelentes de la obra, cuando la Wulffen demuestra ser una ladrona y al mismo tiempo honrada amiga de los inteligentes, los progresistas, los democráticos. Un Wehrhahn entre el público se habría sentido justificado. Triste paralelismo de los cuatro actos. En el primer acto hay un robo, en el segundo el juicio, lo mismo en el tercero y en el cuarto.

Der Schneider als Gemeinderat *, por los judíos. Sin los Tschissik, pero con dos espantosas personas nuevas, el matrimonio Liebgold. Mala obra de Richter. El principio molieresco, con el insolente alcalde cargado de relojes. La Liebgold no sabe leer, su marido tiene que ensayar con ella.

Es casi una costumbre que los actores cómicos se casen con los dramáticos y los dramáticos con los cómicos, y que en general sólo viajen con mujeres casadas o parientes. En cierto momento, a medianoche, el pianista se retiró subrepticiamente con sus músicas; probablemente es soltero.

Concierto dedicado a Brahms en la Singverein. La esencia de mi amusicalidad consiste en que no puedo gozar coordinadamente de la música; sólo de vez en cuando ejerce sobre mí algún efecto, y muy pocas veces es un efecto musical. La música que oigo eleva naturalmente un muro en torno de mí, y su única influencia duradera es que así confinado soy distinto de lo que soy en libertad.

No hay en el público un respeto hacia la literatura comparable al respeto que siente por la música. Las muchachas que cantaban. Sólo la melodía mantenía abierta la boca de algunas. Una de cuerpo torpe agitaba el cuello y la cabeza al cantar.

Tres clérigos en un palco. El del medio, con una gorrita roja, escucha con calma y dignidad, inconmovible y pesado, pero no rígido; el de la derecha está acurrucado, su cara es puntiaguda, rígida, arrugada; el de la derecha, obeso, sostiene la cara inclinada

* El sastre alcalde. *(N. del T.)*

sobre el puño entreabierto. Ejecutaron: *Obertura Trágica*. (Sólo oigo ritmos lentos, solemnes, de pronto aquí, de pronto allá. Es instructivo observar cómo la música pasa de un grupo de instrumentos a otro, y comprobarlo con el oído. El desorden del peinado del director.) *Meditación íntima*, de Goethe, *Nenia*, de Schiller, *Canto de las Parcas*, *Canto Triunfal*.

Las cantantes, que permanecían junto a la balaustrada baja, como en una primitiva arquitectura italiana.

Es indudable que, a pesar del tiempo considerable que he dedicado siempre a la literatura (la que a veces se me derrumbaba encima), desde hace tres días, aparte de los habituales anhelos de felicidad, no siento ninguna atracción genuina hacia ella. Del mismo modo, hace algunas semanas consideraba a Löwy un amigo indispensable, y sin embargo durante estos últimos tres días me he dispensado muy fácilmente de su presencia.

Cuando después de un intervalo considerable de silencio me pongo a escribir, atrapo las palabras como el aire. Si consigo alguna, de todos modos no tengo más que esa sola, y debo empezar todo de nuevo.

14 de diciembre. Mi padre me reprochó a mediodía que yo no me preocupara por la fábrica. Le expliqué que había aceptado una participación, porque pensaba ganar algo, pero que no podía trabajar con ellos mientras permaneciera en la oficina. Mi padre siguió discutiendo, yo me quedé junto a la ventana y callé. Esta noche, sin embargo, me descubrí reflexionando, como consecuencia de esa conversación de mediodía, que podía darme por bien contento con mi situación presente, y sólo debía precaverme de no tener todo el tiempo libre para la literatura. Apenas dediqué un poco de atención a este pensamiento, ya ni me pareció asombroso, y me resultó familiar. Dudé de mi capacidad para aprovechar el tiempo si lo dedicaba entero a la literatura. Naturalmente, esta convicción nació de un estado de ánimo momentáneo, pero fué más vigorosa que éste. También pensé en Max como en un extraño, aunque hoy estará viviendo una envidiable velada de conferencias y estrenos teatrales en Berlín; ahora advierto que sólo pensé en él al pasar cerca de la casa de la señorita Taussig, durante mi paseo vespertino.

Paseo con Löwy junto al río. La columna del arco que se eleva sobre el puente de Elisabeth, iluminada desde adentro por una lámpara eléctrica —una masa oscura entre dos haces de luz laterales—, parecía la chimenea de una fábrica, y la oscura cuña de sombra que surgía de ella expandiéndose hacia el cielo, era como un humo ascendente. Las zonas verdes de luz, netamente delimitadas, a los costados del puente.

Cómo durante la lectura de *Beethoven y la Pareja Enamorada* de W. Schäfer, diversos pensamientos (sobre la cena, Löwy que me esperaba), no relacionados con la novela que leía, me pasaron por la imaginación con gran claridad, sin interrumpir la lectura que hoy justamente fué muy pura.

16 de diciembre. Domingo, las doce del mediodía. Perdí ociosamente la mañana durmiendo y leyendo diarios. Temor de terminar una crítica para el *Prager Tagblatt*. Este temor previo al acto de escribir se materializa siempre de este modo: empiezo a inventar, lejos del papel, las frases iniciales de lo que voy a escribir, frases que inmediatamente demuestran ser inutilizables, secas, interrumpidas mucho antes de terminar, y parecen señalarme con el amontonamiento de sus ruinas un triste porvenir.

Las viejas trampas en la feria de Navidad. Dos cacatúas, en una barra trasversal, escogen horóscopos. Equivocaciones: A una joven le profetizan una novia. Un hombre ofrece flores artificiales con versitos: *To jest ruze udelaná z kuze.* [Ésta es una rosa hecha de hojalata.]

El joven Pipes cuando canta. Como único ademán, hace girar en torno de la articulación del codo el antebrazo derecho, abriendo un poco más la mano entreabierta, y cerrándola inmediatamente. El sudor le cubre la cara, sobre todo el labio superior, como fragmentos de vidrio roto. A toda prisa se ha metido un plastrón sin botones debajo del traje derecho y negro. Las cálidas sombras en el rojo suave de la boca de la señora Klug, cuando canta.

Calles judías de París, Rue Rosier, que corta a la Rue de Rivoli.

Cuando una formación desorganizada, que sólo posee la mínima coherencia necesaria para la mera e insegura existencia, se ve de pronto ante la necesidad de cumplir una tarea limitada en un

tiempo limitado (y que por lo tanto exige energías) ; de desarrollarse a sí misma, de expresarse, la respuesta sólo puede ser una respuesta amarga, donde se mezclan el orgullo por lo obtenido, orgullo que sólo se puede soportar apelando a todas las fuerzas inexpertas, una breve mirada de despedida hacia la sabiduría que huye sorprendida, y que puede desplazarse con tanta facilidad justamente porque era más adivinada que definitiva, y finalmente odio y admiración hacia el ambiente.

Antes de quedarme dormido, se me apareció ayer la imagen pictórica de un grupo de personas, aislado en el aire como una montaña, cuya técnica me pareció totalmente nueva, y una vez descubierta, de fácil ejecución. En torno de una mesa había una cantidad de personas; la tierra se extendía un poco más allá de este círculo; pero en ese momento, de toda esa gente yo solamente veía, con poderosa mirada, a un joven vestido a la antigua. Tenía el brazo izquierdo apoyado sobre la mesa, la mano suelta sobre la cara; miraba con alegría a alguien que se inclinaba hacia él solícita o inquisitivamente. Su cuerpo, especialmente la pierna derecha, estaba tendido con juvenil descuido; parecía más recostado que sentado. Los dos pares de líneas netas que limitaban sus piernas se cruzaban y se unían suavemente con las líneas que formaban el cuerpo. Con débil corporeidad aparecía entre esas líneas la masa de colores pálidos de la ropa. Asombrado ante ese hermoso dibujo, que suscitaba en mi mente una tensión que para mí era la misma y en verdad permanente tensión que podría, cuando así lo quisiera, guiar el lápiz en mi mano, me esforcé por emerger de ese estado crepuscular para meditar mejor en el dibujo. Entonces descubrí de inmediato que lo que yo había imaginado era simplemente un grupito de porcelana blanca grisácea.

En períodos de transición, como lo fué para mí la semana pasada y por lo menos lo sigue siendo este momento, se apodera a menudo de mí un triste pero calmo asombro ante mi falta de sentimiento. Me siento separado de todo por un espacio vacío, a cuyas fronteras ni siquiera pretendo acercarme.

Ahora, de noche, cuando mis pensamientos empiezan a ser un poco más libres, y tal vez fuera capaz de algo, debo ir al Teatro Nacional, a ver el estreno de *Hipodamia*, de Vrchlicky.

Es indudable que el domingo nunca puede serme más útil que un día cualquiera de la semana, ya que su distribución especial confunde todas mis costumbre y requiero todo el tiempo libre adicional para ajustarme aunque sea en parte a este día tan peculiar.

Apenas me viera libre de la oficina cedería al deseo de escribir una biografía. Necesitaría para empezar a escribir un cambio importante como ése, algo que me sirviera como una especie de meta preliminar, para poder dar una dirección a la masa de los acontecimientos. Pero no puedo imaginarme un cambio tan inspirador como ése, que por su parte es terriblemente improbable. Sin embargo, escribir una autobiografía sería un gran placer, porque fluiría tan fácilmente como cuando uno describe un sueño, y no obstante tendría sobre mí un efecto muy distinto, mayor, de influencia permanente; y además sería accesible a la comprensión y el sentimiento de cualquier persona.

18 de diciembre. Anteayer, *Hipodamia.* Malísima obra. Un paseo desordenado por la mitología griega, sin sentido ni motivo. Nota de Kvapil en el programa, que expresa entre líneas la opinión aparente durante toda la representación: la de que una buena dirección (que sin embargo en este caso sólo era una imitación de Reinhardt) puede convertir una mala tragedia en una excelente obra de teatro. Todo eso debe ser bastante melancólico para un checo que ha recorrido por lo menos un poco el mundo. El Gobernador, que durante el intervalo aspiraba bocanadas del aire del corredor a través de la puerta entreabierta de su palco. La aparición de Axiocha, conjurada después de su muerte bajo la forma de fantasma, que desaparece inmediatamente, porque como hacía poco que había fallecido, al contemplar el mundo vuelve a sentir con demasiada intensidad sus antiguas tristezas humanas.

Soy impuntual, porque no siento los padecimientos de la espera. Espero como una vaca. En efecto, siento que en ese momento mi existencia inmediata tiene algún propósito, aunque éste sea bastante dudoso; me vanaglorio tanto de mi debilidad, que soy capaz de soportar con gusto cualquier cosa por ese propósito, una vez que lo encuentro. Si estuviera enamorado, de qué no sería capaz. Las horas que esperé hace unos años bajo la pérgola de la Plaza de Altstadt, hasta ver pasar a M., aun para verla pasar con su novio. He llegado tarde a muchas citas, en parte por descuido, en parte

porque desconocía las angustias de la espera, pero también en parte para satisfacer el nuevo y complicado propósito de una renovada e insegura búsqueda de las personas con las que me había citado, y además la posibilidad de una larga e insegura espera. Considerando que cuando era niño la espera me producía una notable angustia nerviosa, se podría suponer que estaba destinado a algo mejor, pero que preveía mi futuro.

No tengo ni tiempo ni oportunidad de permitir a mis buenos momentos un desarrollo mental; en cambio los malos tienen más de lo que desean. En este instante padezco uno de estos estados, que según puedo calcular por el diario ya dura unos nueve, casi diez días. Ayer volví a acostarme una vez más con la cabeza ardiente; ya pretendía alegrarme de haber pasado el mal período, y empezaba a temer que dormiría mal. Pero todo fracasó, dormí bastante bien y me desperté pésimamente.

19 de diciembre. Ayer, *Davids Geige* *, de Lateiner. El hermano desheredado, excelente violinista, vuelve rico a su casa, como en mis sueños de los primeros años del Gymnasium; pero primero se disfraza de mendigo, con los pies envueltos en trapos como los que barren la nieve, y va a visitar a sus parientes que no se movieron del país; su hija pobre y honrada, el hermano rico, que no permite a su hijo casarse con su prima pobre, y que a pesar de su edad quiere casarse con una joven. Más tarde revela su identidad, abriendo su levitón debajo del cual aparecen en una banda diagonal las condecoraciones de todos los príncipes de Europa. Tocando el violín y cantando convierte en seres bondadosos a todos sus parientes y sus agregados, y pone orden en sus asuntos.

La señora Tschissik volvió a trabajar. Ayer su cuerpo era más hermoso que su cara; ésta parecía más angosta que de costumbre, de modo que la frente, que apenas los labios dicen la primera palabra se llena de arrugas, llamaba demasiado la atención. El cuerpo grande, hermosamente torneado, moderadamente fuerte, no concordaba ayer con su cara, y me recordaba confusamente esos seres híbridos, como las sirenas, las náyades, los centauros. Al verla frente a mí, con la cara torcida, la tez arruinada por el maquillaje, una mancha en la blusita azul marino de mangas cortas, sentí como si tuviera que hablar a una estatua en medio de un círculo de despiadados espectadores.

* El violín de David. *(N. del T.)*

La señora Klug estaba cerca de mí y me observaba. La señorita Weltsch me observaba desde la izquierda. Dije todas las estupideces que pude. Es así como no cesaba de preguntar a la señora Tschissik por qué había ido a Dresde, aunque sabía que se había peleado con los demás y por eso se había ido, y que ese tema le resultaba muy incómodo. Finalmente me resultó más incómodo a mí que a ella, pero no se me ocurría otra cosa. Cuando llegó la señora Tschissik, mientras yo conversaba con la señora Klug, volviéndome hacia la señora Tschissik dije: "Perdón" a la señora Klug, como si proyectara pasarme el resto de la vida con la señora Tschissik. Pero mientras hablaba con la señora Tschissik advertí que mi amor no la había captado en realidad, que sólo revoloteaba en torno de ella, de pronto cerca, de pronto lejos. Por supuesto, ya no pude hallar reposo. La señora Liebgold representó el papel de un joven con un traje que le ceñía tensamente el cuerpo preñado. Como no obedece a su padre (Löwy), éste la coloca sobre una silla y le da una paliza en el trasero, donde más tensos están los pantalones. Löwy me dijo luego que la tocaba con la misma repugnancia con que habría tocado un ratón. Sin embargo, de frente es bonita, sólo de perfil su nariz puntiaguda se alarga demasiado cruelmente.

Llegué a las diez; antes de entrar di un paseo, y gocé de la leve nerviosidad de tener un asiento en el teatro e irse a dar un paseo durante la representación, es decir, mientras los solistas trataban de atraerme cantando. También dejé pasar el número de la señora Klug, ya que escuchar sus cantos siempre vivaces no significa otra cosa que comprobar la solidez del mundo, lo que sin embargo me haría falta.

Hoy, durante el desayuno, hablé por casualidad con mi madre sobre casamientos e hijos; apenas unas palabras, pero por primera vez pude comprobar claramente qué falsa y pueril es la imagen que mi madre se forja de mí. Me cree un joven sano, que padece a veces la ilusión de estar enfermo. Esta ilusión desaparecerá por sí sola con el tiempo; el casamiento, por supuesto y los hijos ya se encargarán de eso mejor que nadie. Entonces, también el interés en la literatura se reducirá al interés tal vez natural en un hombre educado. Cierto interés en mi trabajo o en la fábrica o en lo que tenga en ese momento entre manos aparecerá entonces, natural e imperturbable. Por lo tanto, no hay el más mínimo motivo, ni la sombra de la sospecha de un motivo para una desesperación dura-

dera en lo que se refiere a mi porvenir; hay ocasión, sí, para una desesperación pasajera. aunque nada profunda, cuando creo que tengo el estómago enfermo o cuando no puedo dormir porque escribo demasiado. Hay miles de soluciones posibles. La más probable es que me enamore repentinamente de una muchacha y no quiera separarme más de ella, ni saber de otra cosa. Entonces comprobaré qué buenas intenciones tenían conmigo y qué pocos impedimentos encontraré. Pero si me quedo soltero, como el tío de Madrid, tampoco será una desgracia, porque con el buen tino que tengo ya sabré arreglarme.

23 de diciembre. Sábado. Cuando al contemplar mi manera de vivir uno observa que sigo una dirección extraña y falsa con respecto a la de todos mis parientes y conocidos, surge el temor, y mi padre le da forma, de que me convierta en un segundo tío Rudolf, es decir, el tonto de la nueva generación familiar, un tonto un poco trasformado para ajustarse a las necesidades de otra época; y de ahora en adelante podré comprobar cómo en mi madre, cuya oposición a semejante opinión disminuye constantemente con el correr de los años, se conglomera y adquiere vigor todo lo que habla en mi favor y contra el tío Rudolf, y se introduce como una cuña entre la idea que todos se forman de ambos.

Anteayer en la fábrica. Por la noche, en casa de Max, donde el pintor Novak exhibía justamente las litografías de Max. No pude expresar mi opinión en su presencia; ni sí ni no. Max manifestó algunas opiniones que ya se había formado, y desde ese momento mis pensamientos giraron en torno de esas opiniones, sin resultado. Finalmente empecé a acostumbrarme a algunas litografías aisladas, por lo menos vencí el asombro del ojo desacostumbrado, encontré una barbilla redonda, una cara comprimida, un torso de armadura, o que más bien parecía llevar una gigantesca camisa de plastrón debajo del traje de calle. El pintor replicó algo que no se podía entender en el primer momento, y tampoco en el segudo, y sólo debilitó un poco el significado de su observación al decírnosla justamente a nosotros, que si su íntima convicción es correcta, habíamos estado diciendo las más ridículas pavadas. Afirmó que la tarea sentida y hasta consciente del artista consistía en adaptar lo representado a sus propias formas artísticas.

Para conseguirlo, había preparado primero un esbozo en colores, que también estaba allí, un retrato en colores oscuros, de un parecido realmente demasiado neto y seco (sólo ahora puedo expresar esa excesiva sequedad), y que según Max era el mejor retrato,

ya que además del parecido de los ojos y la boca, los rasgos eran nobles y destacados sobriamente por los colores oscuros. Si a uno se lo preguntaban, no podía negarlo. Ahora bien, con este esbozo el pintor trabajaba en su casa en las litografías, tratando, litografía tras litografía, de alejarse cada vez más del aspecto natural, y al mismo tiempo de no violar su estilo artístico, sino más bien acercarse cada vez más a él, línea tras línea. Es así por ejemplo que el pabellón de la oreja ya perdió las volutas humanas del borde minucioso, y se convirtió en un arabesco semicircular y hundido, en torno de un pequeño orificio oscuro. La mandíbula huesuda de Max, que empieza junto a la oreja, perdió esta simple frontera, por indispensable que ésta parezca, y por poco que el alejamiento de la antigua verdad cree para el espectador una nueva. El cabello se resolvía en contornos seguros, comprensibles, y seguía siendo cabello humano, por más que el pintor lo negara.

Mientras nos explicaba estas trasformaciones, con el deseo de que las comprendiéramos, también dió a entender, al pasar pero con orgullo, que en esas láminas todo tenía su sentido, y que aun lo accidental, a través de su influencia posterior, se convertía en necesario. Es así que en una de las cabezas una angosta y pálida mancha de café se extendía a lo largo de casi todo el dibujo; pero era calculada, hacía juego con lo demás, y no se hubiera podido eliminarla sin dañar todas las proporciones del conjunto. En otra hoja, a la izquierda, en una esquina, había una gran mancha azul, casi imperceptible, apenas punteada; esta mancha había sido sin embargo colocada intencionalmente, a causa de la leve iluminación que irradiaba hacia el retrato, y que el artista había utilizado para llevar a término su obra. Ahora, su próximo objetivo era ante todo la boca, a la que ya algo le había ocurrido, pero no bastante; luego haría intervenir la nariz en la trasformación; cuando Max se quejó de que así la litografía se alejaría cada vez más del hermoso esbozo en colores, el pintor señaló que no era totalmente imposible que volviera a acercarse.

De todos modos, no se podía pasar por alto la seguridad con que el pintor confiaba en todo momento de la conversación en lo imprevisto de su inspiración, y que sólo esta confianza convertía muy verosímilmente su labor artística en una labor casi científica. Compré dos litografías, "Vendedora de manzanas" y "Paseo".

Una ventaja de escribir un diario consiste en que así uno se entera con tranquilizadora claridad de las trasformaciones que sufre constantemente; trasformaciones que uno en general admite, sos-

pecha y cree, pero que inconscientemente niega siempre, cuando se presenta la oportunidad de obtener mediante ese reconocimiento un poco de esperanza o de paz. En el diario uno encuentra las pruebas que le certifican que aun en estados que hoy nos parecen intolerables, uno vivió, se paseó por ahí y apuntó sus observaciones, que por lo tanto esta mano derecha se movió como se mueve hoy, cuando uno, justamente por esa posibilidad de reflexionar sobre el estado anterior, es tal vez más sensato que antes; pero por eso mismo, también tiene que reconocer la valentía de su esfuerzo en aquella ocasión, cuando obraba en absoluta ignorancia.

Gracias a las poesías de Werfel, tuve ayer, durante toda la mañana, la cabeza como llena de neblina. En cierto instante creí que el entusiasmo me llevaría directamente a la locura.

Dolorosa discusión con Weltsch, anteayer por la noche.[39] Durante una hora, mis miradas espantadas recorrieron su cara y su cuello. En cierto momento, en medio de una distorsión facial causada por la agitación, la debilidad y el desconcierto, pensé que no podría salir de esa habitación sin haber dañado para siempre nuestra relación. Afuera, bajo la llovizna tan propicia al paseo silencioso, respiré con alivio, y luego esperé durante otra hora, tranquilo, frente al Orient, a M. Esas esperas, con lentas miradas hacia el reloj e indiferentes idas y venidas, me resultan casi tan agradables como estar echado sobre el sofá con las piernas extendidas y las manos en los bolsillos. (Medio dormido, uno cree que las manos ya no están más en los bolsillos, parecen descansar con los puños cerrados sobre la parte superior de los muslos.)

24 de diciembre. Domingo. Ayer estuve alegre en casa de Baum. Había ido con Weltsch. Max está en Breslau. Me sentía libre, capaz de llevar a buen término cualquier movimiento; contestaba y escuchaba como corresponde; hice muchísimo ruido, y dije en cierto momento una estupidez que no tuvo demasiada importancia y se disipó inmediatamente. Lo mismo fué el retorno a casa con Weltsch, en la lluvia; a pesar de los charcos, del viento y del frío, volvimos tan rápidamente como en coche. Y los dos lamentamos tener que despedirnos.

Cuando niño, sentía cierta angustia, y si no era angustia era inquietud, cada vez que mi padre hablaba, lo que ocurría frecuentemente en un hombre de negocios como él, del fin de mes, al que llamaba simplemente "el último". Como yo no era curioso, y en el caso poco frecuente de preguntar algo no conseguía digerir rápidamente la contestación, a causa de mi lentitud mental; y como una débil curiosidad se satisface muchas veces, cuando emerge a la superficie, con una pregunta y una respuesta, sin requerir la comprensión de su sentido, es así que la expresión "fin de mes" siguió siendo para mí un inquietante misterio, al que se agregó, consecuencia de una mayor atención, la expresión "el último", aunque ésta no me parecía tan significativa. También era desagradable que en ningún caso se pudiera prescindir de ese "fin de mes", tan temido previamente; y si alguna vez trascurría sin mayores alternativas, hasta sin que se le prestara atención (porque sólo mucho más tarde comprendí que ocurria más o menos cada treinta días), y llegaba felizmente el primero, uno volvía hablar, por supuesto ya con menos interés, del próximo "fin de mes", lo que yo relegaba sin mayor examen al conjunto de las demás incomprensibilidades.

Cuando llegué ayer a mediodía a casa de W., oía la voz de su hermana que me saludaba, pero no la vi hasta que su frágil silueta se separó de la mecedora donde estaba sentada frente a mí.

Esta mañana, la circuncisión de mi sobrino. Un hombre bajo, de piernas arqueadas, Austerlitz, que ya tiene en su haber unas dos mil ochocientas circuncisiones, cumplió muy diestramente la tarea. La operación se ve dificultada por la circunstancia de que el niño, en vez de estar sobre la mesa, yace sobre el regazo del abuelo, y porque el operador, en vez de prestar suma atención, tiene que murmurar ciertas plegarias. Primero se inmoviliza al niño mediante ligaduras que sólo le dejan libre el miembro, luego la superficie a operar es exactamente limitada por un disco de metal perforado, luego, con un cuchillo que es casi un cuchillo común, una especie de cuchillo para pescados, se produce el corte. Se ve sangre y carne viva, el *moule*[40] se atarea un instante con sus dedos temblorosos, de uñas largas, y corre sobre la herida, como un dedo de guante, un poco de piel de algún lugar adyacente. Ya ha terminado todo, con felicidad; la criatura casi no ha llorado. Ahora corresponde una breve plegaria, mientras el *moule* bebe vino, y con los dedos todavía ensangrentados lleva un poquito de vino a los labios del niño. Los presentes rezan: "Ahora que ha sido admitido en la Alianza, que le sea igualmente dado el conocimiento de la Tora, un matrimonio feliz y una vida de buenas acciones."

Mientras oía hoy al asistente del *moule* decir las plegarias de acción de gracias, después de la comida, y los presentes, aparte de los dos abuelos, se aburrían o soñaban, sin comprender absolutamente nada de la plegaria, vi ante mí al judaísmo de Europa Occidental sumido en un inconfundible e imprevisible proceso de transición, proceso que no afecta en lo más mínimo a los más interesados en sus consecuencias, y que como personas realmente de transición aceptan todo lo que se les impone. Estas fórmulas religiosas, que ya han llegado a su término definitivo, presentan, aun tal como son practicadas actualmente, un carácter tan indiscutible y meramente histórico, que me bastó un lapso brevísimo esta misma mañana para interesar a los presentes en la anticuada y primitiva costumbre de la circuncisión y en sus plegarias semicantadas, al declararlas históricas.

Löwy, a quien hago esperar casi todas las noches por lo menos media hora, me dijo ayer: Desde hace algunos días miro constantemente su ventana mientra lo espero. Primero veo la luz encendida, cuando llego como de costumbre antes de hora, y supongo por lo tanto que usted estará trabajando. Luego la luz se apaga, pero queda encendida la del cuarto contiguo, por lo tanto usted estará cenando; luego vuelve a encenderse la luz de su cuarto, por lo tanto estará lavándose los dientes; luego se apaga, es decir, ya estará bajando la escalera; pero después de un rato vuelve a encenderse.

25 de diciembre. Lo que creo entender de la literatura judía contemporánea en Varsovia, según lo que me cuenta Löwy, y lo que conozco de la literatura checa actual, gracias en parte a mi propia observación, me indica que muchos de los beneficios de la actividad literaria, la renovación espiritual, la coherencia en un todo único de la conciencia nacional, a menudo inoperante en la vida pública y siempre dispuesta a desintegrarse, el orgullo y el apoyo que la nación recibe de su literatura, para sí misma y contra el resto hostil del mundo, el hecho de que la nación escriba una especie de diario, que es algo muy distinto de la historiografía, y como consecuencia de ese hecho verifique un desarrollo más rápido y sin embargo constante y diversamente vigilado, la detallada espiritualización de la simplificada vida pública, la asimilación de los elementos menos satisfechos, que pasan a ser útiles justamente cuando su inutilización podría ser dañosa, la constante integración del pueblo en ese todo, cumplida por la acti-

vidad de las revistas, la concentración de la atención de la nación en su propio círculo, y recepción de lo extranjero sólo por reflejo, la aparición del respeto hacia el literato en actividad, el transitorio despertar, de efecto sin embargo duradero, de ambiciones más elevadas en las generaciones jóvenes, el reconocimiento de la importancia política de los acontecimientos literarios, la dignificación y la posibilidad de la antítesis entre padres e hijos, la exhibición de los defectos nacionales de una manera en verdad bastante dolorosa, pero liberadora y merecedora de perdón, la aparición de una animada y por lo tanto respetable actividad editorial y de un interés por los libros; todos estos efectos pueden ser obtenidos aún por una literatura que en realidad no se desarrolla dentro de límites insólitamente vastos, pero que parezca hacerlo por carencia de talentos significativos. La vivacidad de una literatura de ese tipo hasta puede ser mayor que la de una literatura más rica en talentos, porque como aquí no aparece ningún escritor ante cuyos méritos por lo menos la mayoría de los escépticos deban guardar silencio, la competencia literaria en gran escala se ve realmente justificada. Una literatura no interrumpida por la aparición de méritos insólitos es capaz de ofrecer un aspecto más terso, y menos lagunas por donde podría introducirse lo indiferente. El derecho de la literatura a exigir una mayor atención pública goza por lo tanto de más sólido fundamento. La independencia del escritor aislado, siempre dentro de los límites de su nacionalidad, naturalmente, está menos amenazada. La ausencia de modelos nacionales irresistibles mantiene alejados de la literatura a los totalmente ineptos. Pero ni siquiera una débil aptitud bastaría para que un escritor se deje influir por las poco llamativas particularidades de los escritores del momento, o se decida a introducir las adquisiciones de una literatura extranjera, o a imitar esa misma literatura extranjera ya introducida, lo que puede comprobarse fácilmente en una literatura rica en grandes talentos, por ejemplo la alemana, donde el peor escritor se limita a imitar lo que encuentra en el país. La fuerza creadora y beneficiosa que ejerce en esa dirección una literatura cuyos exponentes aislados son pobres resulta extraordinariamente eficaz cuando empieza a registrar una historia literaria de sus escritores desaparecidos. La innegable influencia anterior y presente de estos escritores se convierte en algo tan evidente, que se llega a confundirla con sus propias obras. Uno habla de estas últimas y se refiere a los primeros, hasta llega uno a leer las últimas y sólo ver a los primeros. Pero como ese efecto no puede ser olvidado, y las obras no influyen independientemente

sobre el recuerdo, no existe ni olvido ni nuevo recuerdo. La historia literaria constituye un bloque inmodificable, digno de confianza, que poco puede afectar la moda pasajera.

La memoria de una nación pequeña no es menor que la memoria de una grande, por lo tanto puede digerir más a fondo el material trasmitido. Es verdad que requerirá menos expertos en historia literaria, pero la literatura tiene menos que ver con la historia de la literatura que con el pueblo, y gracias a él se conserva, con seguridad, aunque no con tanta pureza. Porque el conjunto de las exigencias de la conciencia nacional de un pueblo pequeño sobre sus miembros aislados incluye la de estar preparado para conocer esa parte de la literatura que le ha sido trasmitida, para mantenerla, y en todo caso para defenderla aunque no la conozca ni la mantenga.

Los antiguos escritos adquieren múltiples significados, que siguen su camino a pesar de la escasez de material con una energía sólo atemperada por el temor de agotarlas fácil y totalmente, así como por la reverencia que todos concuerdan en acordarle. Todo ocurre con la máxima reverencia, pero dentro de un desconcierto que no se resuelve nunca, que no permite el éxito de ninguna fatiga, y que la simple elevación de una mano diestra dispersa a millas de distancia. Pero después de todo el desconcierto no sólo implica un estrechamiento de la visión general, sino también de la visión íntima, de modo que todas estas observaciones quedan abolidas.

Porque las masas se equivocan, sus juicios literarios son también equivocados. (Hunden cualquier asunto para poder observarlo desde arriba, o lo elevan hacia las alturas, para poder afirmarse a su lado. Erróneo.) Y aunque uno reflexione a menudo y con calma sobre él, no consigue llegar a las fronteras donde ese asunto se relaciona con los que le son similares; esa frontera se alcanza más fácilmente en la política; es más, uno hasta se esfuerza por ver esa frontera antes de llegar a ella, y muchas veces termina por ver en todas partes esas fronteras concatenadas. La estrechez del espacio; además, las consideraciones de simplicidad y uniformidad; y finalmente también la reflexión de que a consecuencia de su íntima independencia la vinculación exterior de la literatura con la política no es dañosa, terminan por conseguir que la literatura se difunda por el país apoyada en las muletillas políticas.

Hay una complacencia general en tratar literariamente pequeños temas, que no pueden ser mayores que la capacidad de un

pequeño entusiasmo, y cuya intención y fundamento son la polémica. Insultos considerados literarios van y vienen; en el círculo de los caracteres más violentos, vuelan. Lo que en las grandes literaturas ocurre en el plano más bajo, y constituye un sótano de ningún modo indispensable del edificio, aquí ocurre en plena luz; lo que allá provoca el momentáneo interés de unas pocas personas, aquí absorbe la atención universal, como un asunto de vida o muerte.

ESQUEMA DE CARACTERISTICAS DE LAS PEQUEÑAS LITERATURAS

Buenos resultados tanto en uno como en otro caso.
Aquí, los resultados en los individuos aislados son aun mejores.

1. *Vivacidad:*
   a) Conflicto.
   b) Escuelas.
   c) Revistas.
2. *Menos compulsión:*
   a) Falta de principios.
   b) Temas pequeños.
   c) Fácil formación de símbolos.
   d) Supresión de los ineptos.
3. *Popularidad:*
   a) Vinculación con la política.
   b) Historia literaria.
   c) Fe en la literatura; se le permite establecer sus propias leyes.

Es difícil reajustarse, cuando uno ha gozado con todo el cuerpo esta vida alegre y útil.

Circuncisión en Rusia. En toda la casa, en cada puerta, cuelgan tabletas del tamaño de una mano, con símbolos cabalísticos impresos, para proteger de los malos espíritus a la madre durante el período comprendido entre el nacimiento y la circuncisión, ya que aquéllos son singularmente peligrosos en ese período tanto para la madre como para el niño, tal vez porque el cuerpo de la primera está tan abierto que ofrece una cómoda entrada a todo lo malo, y porque el niño, por su parte, no puede ofrecer ninguna

resistencia al mal mientras no haya entrado en la Alianza. Por eso acompaña a la madre una mujer, para que no se quede sola un instante. También para alejar a los espíritus malos, durante siete días a partir del nacimiento, exceptuando el viernes, de diez a quince niños, siempre distintos, guiados por el *belfer* (ayudante del maestro) son conducidos hasta el lecho de la madre, donde repiten el *Schema Israel*; luego se les reparte golosinas. Se cree que esos inocentes, criaturas de cinco a ocho años, son lo más eficaz para alejar a los malos espíritus, que se vuelven más activos al anochecer. Durante casi toda la semana se suceden los banquetes diarios, y el viernes tiene lugar una fiesta extraordinaria. El día anterior a la circuncisión los espíritus malos están más malos que nunca, por eso la noche es noche de vigilia, y hasta que amanece todos montan guardia junto a la madre. La circuncisión se lleva a cabo en presencia de los parientes y los amigos, a veces más de cien. Se permite al más distinguido de los asistentes llevar al niño hasta el lugar de la operación. El encargado de la circuncisión, que no cobra nada por su tarea, es generalmente un bebedor, ya que está tan ocupado que no puede participar en las diversas comidas festivas, y por lo tanto sólo toma unos tragos de aguardiente. En consecuencia, todos estos circuncidores tienen la nariz colorada y un aliento fétido. Por eso es poco agradable ver, terminada la circuncisión, que el hombre acerca la boca al miembro ensangrentado y lo chupa, como prescribe la ley. Luego cubren de aserrín el miembro, y más o menos tres días después está curado.

Una intensa vida familiar no parece ser ni característica ni muy común entre los judíos, especialmente los de Rusia; después de todo, también los cristianos hacen vida de familia, y el mayor inconveniente para la vida familiar de los judíos es que la mujer no puede participar en el estudio del Talmud, de manera que cuando el marido desea conversar con sus amigos sobre las eruditas cuestiones talmúdicas, lo que constituye la parte más importante de su vida, las mujeres se retiran a la habitación contigua, aun cuando no es necesario que se retiren; por eso es más característico de los judíos que se reúnan muy a menudo, aprovechando todas las ocasiones que se les presentan, ya sea para rezar, o para estudiar, o para discutir asuntos religiosos, o generalmente para participar en comidas cuyo motivo es casi siempre religioso, en las que se bebe muy poco alcohol. Por así decir, no pueden estar solos.

Con la potencia de sus obras, Goethe retrasa probablemente el desarrollo del idioma alemán. Aunque en el período que nos separa de él la prosa se ha alejado a menudo de él, en el fondo, como ocurre ahora, siempre retorna a él con mayor ansiedad, y hasta se apropia de giros anticuados, que se encuentran en Goethe, pero que de otro modo no tienen nada que ver con él, para poder regocijarse al contemplar la perfección de su ilimitada sumisión.

En hebreo me llamo Amschel, como el abuelo materno de mi madre, a quien ella, que tenía seis años cuando él murió, recuerda como a un hombre muy instruído y venerable, de larga barba blanca. Recuerda que le hicieron coger los dedos gordos de los pies del cadáver y pedir perdón por cualquier ofensa que pudiera haber cometido contra el abuelo. También recuerda los numerosos libros del abuelo, que cubrían las paredes. Se bañaba todos los días en el río, también en invierno, aunque tuviera que cortar un agujero en el hielo. La madre de mi madre murió prematuramente de fiebre tifoidea. Desde que murió su hija, la abuela fué víctima de la melancolía, no quiso comer, no hablaba con nadie, y un año después del fallecimiento se fué a pasear y no volvió nunca más; encontraron su cuerpo en el Elba. Más instruído aún que el abuelo era el bisabuelo de mi madre, respetado igualmente por cristianos y judíos; en ocasión de un incendio su religiosidad provocó el milagro de que su casa permaneciera intacta, respetada por el fuego que quemó todas las casas contiguas. Tuvo cuatro hijos, uno se convirtió al cristianismo y llegó a ser médico. Todos murieron jóvenes, excepto el abuelo de mi madre. Éste tuvo un hijo, mi madre lo llamaba el tío loco Nathan, y una hija, la madre de mi madre.

Correr hacia la ventana, y a través de los vidrios rotos y la madera astillada, exhausto por el esfuerzo, saltar sobre el alféizar.

26 de diciembre. Nuevamente dormí mal, ya es la tercera noche. Es así que me pasé los tres días de vacaciones, en cuyo transcurso pensaba escribir algo que pudiera sostenerme durante todo el año siguiente, en un estado realmente lamentable. La víspera de Navidad, paseo con Löwy hacia el lado de Stern. Ayer, *Blümale o la perla de Varsovia.* En premio a su amor constante y a su fidelidad, el autor concede a Blümale en el nombre de la obra el honroso título de Perla de Varsovia. Sólo el cuello delicado, descubierto, largo, de la señora Tschissik explica la forma de

su cara. El brillo de las lágrimas en los ojos de la señora Klug, mientras cantaba una melodía uniformemente ondulante, que hacía inclinar las cabezas de los oyentes, me pareció más significativo que la canción, que el teatro, que las preocupaciones de todo el público, y aun más que mi imaginación. Vislumbre del vestuario a través del cortinado del fondo, directamente donde estaba la señora Klug, con unas enaguas blancas y una camisa de mangas cortas. Mi inseguridad en lo que se refería a los sentimientos del público, y en consecuencia mi agotadora y silenciosa ansiedad por despertar de algún modo su entusiasmo. La amable facilidad con que hablé con la señorita T. y sus acompañantes. Concordaba con esta libertad de ánimo que sentí ayer y que ya había sentido el sábado, el hecho de que se me ocurriera emplear, aunque era totalmente innecesario, impulsado por cierta complacencia hacia el mundo y cierta temeraria discreción, algunas palabras y ademanes aparentemente tímidos. Estaba solo con mi madre, y también eso me resultó fácil y agradable; miraba a todos con firmeza.

Enumeración de cosas que hoy es fácil suponer antiguas: los mendigos lisiados, en los caminos que conducen a los paseos y lugares de excursión; la atmósfera no iluminada de la noche; las vigas diagonales de los puentes.

Enumeración de esos pasajes de *Poesía y Verdad* que, por una peculiaridad difícil de definir, producen una sensación extraordinariamente neta de vida, que no es esencialmente inseparable de lo descripto y que por ejemplo evocan la imagen de Goethe niño, curioso, ricamente vestido, querido y vivaz, que se introduce en casa de todos sus conocidos, sólo para ver y oír todo lo que se puede ver y oír. Pero si hojeo las páginas, ya no puedo encontrar esos pasajes, todos me parecen claros y poseen una vivacidad que ninguna casualidad puede aumentar. Debo esperar el momento en que, leyendo inocentemente, me detenga en los pasajes buscados.

Es desagradable oír a mi padre cuando habla de los sufrimientos que tuvo que soportar en su infancia, con incesantes indirectas a la suerte de los jóvenes de ahora, sobre todo a sus hijos. Nadie niega que durante muchos años, a consecuencia de la insuficiencia de sus ropas de invierno, haya tenido las piernas llenas de llagas que no se cerraban, ni que a menudo haya pasado hambre,

ni que cuando tenía apenas diez años se viera obligado a arrastrar un carrito por las aldeas, en invierno y desde la salida del sol; pero todas esas circunstancias innegables, y esto es lo que él no comprenderá jamás, comparadas con la más innegable circunstancia de que yo no he pasado por nada de eso, no permiten de ninguna manera deducir que yo haya sido más feliz que él; que él pueda enorgullecerse de esas llagas en las piernas, lo que él afirma y da por sentado desde el primer momento; que yo no pueda apreciar sus padecimientos pasados; y finalmente que, como no los he sufrido personalmente, tenga que sentirme ilimitadamente agradecido. Con qué placer lo escucharía si hablara continuamente de su juventud y de sus padres, pero escuchar eso mismo dicho en un tono de vanagloria y de reproche, es un tormento. A cada momento da una palmada con las manos: "¿Quién puede imaginarse hoy esas cosas? ¿Qué saben los muchachos de hoy? ¡Nadie ha pasado por esas! ¡Háganselo comprender ahora a un muchacho!" Hoy volvió a hablar en ese tono ante la tía Julie, que vino a visitarnos. También ella tiene la cara de gigante de todos los parientes del lado de mi padre, y los ojos levísima pero incómodamente mal colocados o mal coloreados. A los diez años se empleó como cocinera. En medio del frío más atroz, tenía que salir a buscar algo con un vestidito mojado; se le abría la piel de las piernas, el vestidito se congelaba y sólo se le secaba por la noche, en la cama.

27 de diciembre. El desdichado que no puede tener hijos, está espantosamente encerrado en su desdicha. En ninguna parte encuentra esperanzas de revivir, de salvarse por una conjunción más afortunada de estrellas. Tiene que seguir su camino, afligido por su desdicha, y cuando su ciclo se ha cerrado, entregarse calladamente, y sin esperanzas de empezar de nuevo para ver si esa desdicha que ha soportado, en un camino más largo, en otras circunstancias físicas y temporales, podría desaparecer o aun producir algo valioso.

El sentimiento de falsedad que experimento al escribir podría ser descripto mediante esta imagen: alguien espera frente a dos agujeros en el suelo la aparición de algo que sólo puede surgir del agujero de la derecha. Pero mientras este agujero permanece cubierto por una tapa confusamente discernible, del agujero de la izquierda surge aparición tras aparición; trata de atraer la mirada, y finalmene lo consigue sin mayor esfuerzo gracias a su diámetro

cada vez mayor, que por fin por más que el observador trate de impedirlo, llega a cubrir el agujero de la derecha. Pero si el observador no quiere abandonar su puesto —y en efecto, a toda costa quiere seguir en él—, no dispone sino de esas apariciones, que a causa de su fugacidad —ya que toda su fuerza se disipa en el mero acto de aparecer—, no le satisfacen; cuando por su misma debilidad cesan un momento, trata de dispersarlas hacia arriba y en todas direcciones, con el solo fin de suscitar otras, porque la presencia duradera de cualquiera de ellas es intolerable, y porque siempre queda la esperanza de que al agotar las falsas apariciones conseguirá finalmente que surja la verdadera. ¡Qué poco poderosa es esta comparación! Entre el sentimiento real y la descripción metafórica, aparece metida como una tabla una incoherente presuposición.

28 de diciembre. Los sufrimientos que me provoca la fábrica. ¿Por qué me habré dejado convencer cuando me hicieron prometer que trabajaría por la tarde en la fábrica? Nadie me obligó mediante la fuerza; sólo mi padre con sus reproches, Karl con su silencio, y mi conciencia culpable. No sé nada de la fábrica; esta mañana durante la inspección del consejo directivo de la comisión, me quedé por ahí, inútil y con la cola entre las piernas. Me niego la capacidad de llegar a conocer todos los detalles del funcionamiento de la fábrica. Y suponiendo que despu s de interminables preguntas y cargoseos llegara a conocerlos, ¿qué habría conseguido? No sabría qué hacer con todos esos conocimientos, sólo sirvo para las exhibiciones espectaculares, a las que el sentido común de mi jefe agrega la sal necesaria para darles el aspecto de un trabajo realmente bien hecho. En cambio, gracias a esos esfuerzos inútiles en holocausto a la fábrica, me privaría de la posibilidad de utilizar a mi gusto las pocas horas de la tarde, lo que necesariamente determinaría la aniquilación definitiva de mi existencia, que ya sin eso está cada vez más restringida.

Esta tarde, al salir, vi mientras daba los primeros pasos a varios miembros enteramente imaginarios de la comisión que tanta ansiedad me habían causado por la mañana, y que venían hacia mí o cruzaban mi camino.

29 de diciembre. Esos pasajes tan vivaces de Goethe. Pág. 265: "Por lo tanto conduje a mi amigo hasta los bosques."

Goethe, 307: "Ahora bien, durante todas esas horas sólo oí hablar de medicina o de Historia Natural, pero mi imaginación estaba ocupada en cosas totalmente diferentes."

El crecimiento de las fuerzas, mediante vastos, arrolladores recuerdos. Una marea independiente gira hacia nuestro barco y con su acción elevadora levanta la conciencia de nuestras fuerzas y se levanta a sí misma.

La dificultad de poner término a un breve ensayo no radica en el hecho de que sintamos que para terminar la obra hace falta un fuego que el contenido real hasta ahora no ha sido capaz de producir por su cuenta, sino más bien porque aun el más breve ensayo requiere en el autor cierta satisfacción consigo mismo, y cierto olvido de sí mismo, sin los cuales es muy difícil entrar en la atmósfera del día cotidiano, sin una gran decisión y un incentivo exterior, de manera que antes de haber completado el ensayo, lo que nos permitiría retirarnos silenciosamente, huímos, impulsados por la inquietud, y entonces debemos completar el final desde afuera, con manos que no sólo están obligadas a trabajar, sino también a sostenerse.

30 de diciembre. Mi impulso hacia la imitación no tiene nada de teatral; le falta sobre todo unidad. De todo el conjunto de características más gruesas y llamativas, no puedo imitar absolutamente ninguna, todos los intentos en ese sentido me han fracasado, van contra mi naturaleza misma. Pero en cambio siento cierto impulso definido hacia la imitación de los detalles de dichas características; los manipuleos de ciertas personas con el bastón, cómo colocan las manos, cómo mueven los dedos, me incitan a imitarlos, y puedo hacerlo sin dificultad. Pero justamente esa facilidad y esa sed de imitación me alejan del actor, porque esa facilidad trae como resultado que nadie advierta que estoy imitando. Sólo mi propio reconocimiento, satisfecho o más a menudo desganado, me demuestra que lo he logrado. Mucho más allá sin embargo de esta imitación exterior, cunde en mí la imitación interior, que a menudo es tan poderosa y total, que no me queda en mi interior ningún lugar desde donde pueda observarla y comprobarla, y sólo la descubro en el recuerdo. Pero en este caso la imitación es tan perfecta y me sustituye a mí mismo tan inme-

diatamente, que resultaría intolerable en escena, aun suponiendo que pudiera ser advertida. No se puede pedir al espectador que tolere lo que se sale de los límites de una representación normal. Si un actor que según el texto debe dar una paliza a otro, se la da realmente, impulsado por el entusiasmo, o por un exceso de emoción, y el otro aúlla de dolor, entonces el espectador se convierte en persona e interviene. Pero lo que pocas veces ocurre así, ocurre incontables veces en un orden de cosas menos importantes. La esencia del mal actor no consiste en que imite poco, sino más bien en que, a consecuencia de las fallas de su educación, experiencia y dotes naturales, imita modelos equivocados. Pero su error esencial es, de todos modos, que no respeta los límites de la obra, e imita demasiado. Su confusa idea de las exigencias del teatro lo impele a hacerlo, y aun cuando el espectador cree que este o aquel actor es malo porque se queda plantado como una piedra, juega con la punta de los dedos con el borde de su bolsillo, se coloca impertinentemente las manos en la cadera, se inclina para oír al apuntador, y a toda costa, aunque la situación cambie totalmente, mantiene una ansiosa solemnidad, ese actor caído de cualquier parte en el escenario sólo es malo porque imita demasiado, aunque la imitación no vaya más allá de la intención.

31 de diciembre. Justamente porque sus aptitudes son tan limitadas, teme no emplearlas en su totalidad. Aun cuando su aptitud sea tan pequeña que no pueda ser dividida, no querrá revelar que bajo ciertas circunstancias y por su propia voluntad, puede disponer de algo menos que todo su arte. (El actor libre, que sigue su camino sin consideración hacia el vigía de la platea, sólo interesado en las puras y sentidas exigencias de la representación...)

Por la mañana me sentía muy fresco para escribir, pero ahora me lo impide completamente la idea de que esta tarde debo leer ante Max. Esto demuestra además lo inepto que soy para la amistad, suponiendo que la amistad en ese sentido sea posible. Porque ya que una amistad sin interrupción de la vida cotidiana no es imaginable, la mayoría de sus manifestaciones se ven constantemente dispersadas al viento, aunque su núcleo persista incólume. De ese núcleo incólume vuelven por supuesto a formarse otras nuevas, pero como cada una de esas formaciones requiere tiempo y no todas tienen el éxito esperado, no se puede jamás,

aparte de la variación de los estados de ánimo personales, reanudar la relación donde se la interrumpió la última vez. Por lo tanto, en las amistades profundas aparece cierta inquietud antes de cada nuevo encuentro, que no tiene por qué ser tan grande que se la sienta como tal, pero que puede turbar la conversación y la conducta en tal grado que uno se asombra conscientemente, sobre todo si no conoce el motivo o no puede creerlo. En consecuencia, ¿cómo suponer que podré leer algo ante Max, o aun suponer mientras escribo esto que podré leérselo?

Por otra parte, me perturba el hecho de haber hojeado esta mañana este diario, para ver qué podía leerle a Max. Ahora bien, en esta revisión no descubrí que lo que escribí hasta ahora tenga algún valor, ni que deba directamente tirarlo al canasto. Mi veredicto oscila entre ambas opiniones, más cerca de la primera que de la otra, aunque no es tal que, juzgando por el valor de lo escrito, a pesar de mi debilidad, pueda considerar que he dado lo más que podía dar. Sin embargo, la mera masa de todo lo que he escrito me alejó casi irreparablemente del manantial de lo que aun puedo escribir, durante más de una hora, porque mi atención se había perdido aguas abajo, por así decir, en ese flujo uniforme.

Aunque a veces creo que durante toda mi época de estudiante y también antes podía pensar con extraordinaria agudeza, y que sólo a consecuencia del posterior debilitamiento de mi memoria he perdido la facultad de juzgar correctamente, reconozco también en otros momentos que mi mala memoria quiere simplemente adularme, y que en realidad yo cometía errores notables de razonamiento, por lo menos en cosas que en sí eran insignificantes, pero de consecuencias serias. Recuerdo que mientras estaba en el Gymnasium a menudo solía discutir con Bergmann, aunque no muy minuciosamente —es probable que ya en esa época me cansara con facilidad—, acerca de Dios y la posibilidad de su existencia, en un estilo talmúdico que yo había inventado o imitado de él. En esa época me gustaba empezar con un argumento que había descubierto en una revista cristiana —creo que era *El Mundo Cristiano*— donde se comparaba a un reloj con el mundo y al relojero con Dios, y donde la existencia del relojero probaba aparentemente la existencia de Dios. A mi entender, yo podía refutar esto con mucha facilidad frente a Bergmann [41], aunque esa refutación no tuviera en mí fundamentos muy sólidos, y me viera obligado a armarla previamente trozo por trozo, como un juego

de paciencia, antes de poder utilizarla. Una de estas refutaciones tuvo lugar una vez mientras rodeábamos la torre de la Municipalidad. Me acuerdo muy bien de eso, porque hace algunos años lo rememoramos juntos.

Mientras yo creía distinguirme de ese modo —sólo me impulsaba el deseo de distinguirme, y el placer de causar sensación, y la sensación en sí—, por culpa solamente de la escasa atención que dispensaba a la cuestión de la vestimenta, no me importaba ir vestido con los trajes cada vez peores que mis padres mandaban hacer para mí a algún cliente, generalmente a un sastre de Nusle. Yo advertía, por supuesto, lo que por otra parte era muy fácil, que estaba muy mal vestido, y también veía que los demás estaban bien vestidos; pero tardé muchos años en comprender que la causa de mi lamentable aspecto radicaba en mis trajes. Como ya en esa época, más en la intención que en la realidad, me encaminaba hacia la subestimación de mí mismo, estaba convencido de que los trajes sólo adquirían ese aspecto al ponérmelos yo, al principio duros como tablas, luego arrugados como una bolsa. No quería de ningún modo trajes nuevos, ya que si mi destino era de todos modos parecer una calamidad, prefería que fueran cómodos, y evitar al mundo, que ya se había acostumbrado a los viejos, la exhibición del horror de los nuevos. Esas siempre prolongadas negativas ante las argumentaciones de mi madre, que a menudo quería mandarme hacer trajes nuevos de ese tipo, ya que con los ojos de un adulto siempre era capaz de hallar diferencias entre los trajes nuevos y los viejos, lograron por fin convencerme (consecuencia inevitable, ya que mis padres estaban también de acuerdo) de que no me importaba nada mi apariencia personal.

1912

2 de enero. Por lo tanto, me entregué también físicamente a esos trajes espantosos; andaba con la espalda encorvada, los hombros caídos, los brazos y las manos en cualquier parte; temía encontrarme con los espejos, porque me mostraban una fealdad que a mí entender era inevitable, y además porque no podían ofrecerme una imagen absolutamente verdadera, ya que si en realidad ése era mi aspecto, debería de haber llamado mucho más la atención; dejaba que mi madre me diera leves golpecitos en la espalda durante los paseos dominicales, con profecías y admoniciones demasiado abstractas, que yo no podía de ningún modo relacionar con las preocupaciones que me embargaban en esa época. En general me faltaba sobre todo la capacidad de preocuparme aun en lo más mínimo por el porvenir. No podía alejar el pensamiento de las cosas presentes, y de su estado presente, no por exceso de profundidad o de especial interés, sino (cuando la causa no era simple debilidad mental) por tristeza y por temor, tristeza porque el presente era tan triste que no creía poder abandonarlo antes de verlo resuelto en felicidad, y temor porque el paso más insignificante me aterraba; me consideraba indigno, con mi aspecto lamentable e infantil, de juzgar seria y responsablemente el vasto y viril porvenir, que además me parecía casi siempre tan imposible que cada pasito hacia adelante me impresionaba como un engaño, y el próximo paso como algo inalcanzable.

Admitía los milagros más fácilmente que los progresos reales, pero era demasiado reflexivo para no mantener separados a los milagros en su esfera y a los progresos reales en la suya. Por lo tanto, podía dedicar largos ratos, antes de quedarme dormido, a la idea de que alguna vez entraría en el barrio judío en un coche de cuatro caballos, rico, para liberar con una palabra mágica a una hermosa doncella injustamente castigada, y llevármela en mi coche; pero sin emocionarme por esas imaginaciones frívolas, que probablemente alimentaba una sexualidad ya enfer-

miza, persistía en la convicción de que ese año no aprobaría los exámenes y que en ese caso no pasaría al curso siguiente, y que si después de todo lo conseguía mediante algún engaño, fracasaría en los exámenes definitivos al final de mi carrera, y que indudablemente, en el momento más inesperado, sorprendería de una vez por todas a mis padres, adormecidos por mi progreso aparentemente regular, así como al resto del mundo, con la revelación de alguna increíble ineptitud. Como yo sólo consideraba en cambio como única guía hacia el porvenir mi ineptitud —muy pocas veces mi endeble labor literaria—, no me servía absolutamente de nada pensar en el porvenir; sólo era una proliferación de mi padecimiento presente. Si quería, podía andar erguido, pero me fatigaba, y además no conseguía imaginarme en qué sentido podía serme nocivo en el porvenir el hecho de tener las espaldas encorvadas. Si realmente estaba destinado a tener un porvenir, entonces (así lo creía yo) ya se arreglaría todo por sí solo. Yo no había elegido ese principio impulsado por la confianza en un porvenir cuya existencia después de todo ponía en duda; su único motivo era facilitarme la existencia. Es decir, andar, vestirme, lavarme, leer, sobre todo encerrarme en casa, que era lo que me cansaba menos, y lo que requería menos coraje. Si me salía de esas actividades sólo se me ocurrían ridículos subterfugios.

En cierta ocasión pareció imposible que siguiera careciendo de un traje negro de etiqueta, sobre todo porque debía decidir si seguiría un curso de bailes de salón. Se mandó llamar al sastre de Nusle, y se le pidió consejo sobre el corte del traje. Como siempre en esos casos, yo vacilaba; temía que una afirmación terminante me condujera, no sólo a un inmediato disgusto, sino a algo de más consecuencias, y peor aún. Por lo tanto, al principio no quise saber nada del traje oscuro; pero cuando me avergonzaron ante ese hombre extraño con la revelación de que yo carecía de traje de etiqueta, acepté discutir la posibilidad de un frac; pero como consideraba al frac como una espantosa revolución, de la que uno puede hablar todo lo que desee, pero que no puede provocar a sabiendas, transigí en aceptar un smoking, que dado su parecido con la chaqueta habitual, me parecía por lo menos tolerable. Pero cuando me enteré de que el chaleco del smoking tenía que ser necesariamente abierto, y que, además debería usar con él una camisa almidonada, me sentí casi más decidido que lo que mis fuerzas me permitían, ya que había que evitar semejante calamidad. Yo no quería saber nada de ese smoking; quería uno forrado y ribeteado de seda, si eso parecía tan necesario, pero que pudiera cerrarse hasta arriba. El sastre no había visto nunca un smoking de ese tipo, pero observó que, fuera cual fuere el uso que pensaba dar a esa prenda, no me serviría para ir a bailar. Bueno, entonces no me serviría para bailar, tampoco quería bailar, eso todavía no había sido decidido definitivamente; en cambio quería que me hiciera la prenda tal como se la había descripto. El sastre se mostraba más obstinado justamente porque hasta ese momento siempre me había dejado medir y probar los trajes con prisa y con vergüenza, sin hacer observaciones ni expresar deseos. Por lo tanto, no me quedó más remedio, sobre todo porque mi madre insistía, que ir con él, por penoso que esto me resultara, al otro lado de la plaza de Altstadt, a la tienda de un ropavejero, en cuya vidriera había visto expuesto hacía ya mucho tiempo un smoking nada sofisticado, que me había parecido apropiado para mí. Pero por desgracia ya no estaba más en la vidriera, y por más que me esforzaba en mirar, no podía verlo en el interior de la tienda; no me atrevía a entrar en ella sólo para mirar el smoking, de modo que retornamos a casa sin ponernos de acuerdo. Yo tenía la sensación de que el futuro smoking ya estaba maldito por la inutilidad de nuestra ida a la tienda; por lo menos aproveché el pretexto del fastidio provocado por la discusión para enviar de vuelta al sastre con un encargo cualquiera e insignificante, y una mera promesa en lo que se refería al smoking; me quedé solo con mi cansancio y con los reproches de mi madre, alejado para siempre —todo me ocurría para siempre— de las muchachas, de la elegancia y de los bailes. La alegría que esto me provocó instantáneamente me hizo sentir más miserable aún; además temía haberme puesto en ridículo ante el sastre, haber llegado a ser el más ridículo de sus clientes.

3 de enero. Leí durante largo rato *Die Neue Rundschau.* * Empecé la novela *El hombre desnudo* [42]; la claridad del conjunto es un poco endeble; impecable en los detalles. *La Huida de Gabriel Schillings*, de Hauptmann. Educación de las personas. Instructivo en lo malo y en lo bueno.

Víspera de año nuevo. Había proyectado leer el diario a Max, por la tarde; la idea me alegraba, pero no pudo realizarse. No nos sentíamos a tono; yo adivinaba en él cierta prisa y cierta calculadora pequeñez de espíritu; casi no era mi amigo, pero de

* La Nueva Revista. *(N. del T.)*

todos modos seguía dominándome tanto que yo me veía con sus ojos, hojeando constantemente los cuadernos, y ese pasar las hojas hacia atrás y hacia adelante, que siempre me molestaba al pasar las mismas páginas, me pareció repugnante. Bajo esa tensión recíproca era imposible trabajar juntos, y la única página de *Ricardo y Samuel* que conseguimos completar, en medio de nuestra mutua resistencia, sólo es una prueba de la energía de Max, pero fuera de eso es mala. La víspera de año nuevo en casa de Cada. No tan deplorable, porque Weltsch, Kisch y otro más agregaron un poco de sangre nueva, de modo que al final, aunque siempre dentro de los límites de ese grupo, volví a acercarme espiritualmente a Max. Más tarde, en medio de la multitud que llenaba el Graben, le di la mano, aunque sin mirarlo, y me fuí orgullosamente de vuelta a casa, así creo recordarlo, con los tres cuadernos apretados bajo el brazo.

Las llamas que ascienden en forma de helechos en torno de un crisol, en la calle, frente a un edificio en construcción.

En el momento de escribir, es fácil observar en mí una gran concentración de fuerzas únicamente al servicio de la literatura. Cuando se hizo evidente en mi organismo que la literatura era la posibilidad más productiva de mi ser, todo se encaminó en esa dirección, y dejó vacías aquellas aptitudes que correspondían a las alegrías del sexo, de la comida, de la bebida, de la reflexión filosófica y sobre todo de la música. Me atrofié en todas esas direcciones. Esto era necesario, porque la suma total de mis fuerzas era tan escasa que aun todas reunidas no alcanzaban ni a medias a satisfacer las exigencias de mis propósitos literarios. Naturalmente, yo no descubrí estos propósitos independiente y conscientemente; se descubrieron a sí mismos, y actualmente sólo la oficina les impide realizarse; pero se lo impide totalmente. De todos modos, no debo quejarme si no puedo soportar a una novia, si entiendo de amor exactamentte casi tanto como de música, y me veo obligado a satisfacerme con los efectos más pasajeros y superficiales; si la víspera de año nuevo cené con espinacas y nabos, y un vaso de Ceres, y si el domingo no pude participar en la conferencia de Max sobre su labor filosófica, la compensación de todo esto es más clara que la luz del día. Mi desarrollo ya llega a su término; a mi entender ya no me queda más nada que sacrificar, y por lo tanto no tengo más que agregar mi trabajo en la oficina a la lista mencionada, para empezar mi ver-

dadera vida, donde los progresos de mi obra permitirán por fin a mi cara envejecer de una manera natural.

El giro que sufre una conversación, que al principio versó detalladamente sobre los problemas de la existencia íntima, cuando de pronto, sin interrumpirla, aunque naturalmente no como una consecuencia de la misma, se plantea el problema de cuándo y dónde volverán a encontrarse los interlocutores y de las circunstancias que con ese motivo deberán ser consideradas. Y si la conversación termina además con un apretón de manos, ambos se separan con una fe momentánea en la pura y sólida estructura de su vida, y cierto respeto hacia la misma.

En una autobiografía no se puede evitar la frecuente aparición de "a menudo" donde la verdad exigiría "una vez". Porque uno siempre tiene conciencia de que el recuerdo se alimenta de esa oscuridad que la expresión "una vez" destruye, y que la expresión "a menudo" tampoco respeta totalmente, pero que por lo menos así persiste en la visión del escritor, y lo trasporta a partes que tal vez no han existido nunca en su vida, pero que le sirven de sustituto para esas otras partes que su memoria ya no puede recorrer, ni siquiera mediante la adivinación.

4 de enero. Sólo por vanidad me gusta tanto leer en voz alta a mis hermanas (lo que por ejemplo hoy ha traído como consecuencia que ya sea demasiado tarde para empezar a escribir). No es porque esté convencido de que mediante la lectura lograré algo realmente significativo; me domina sobre todo la pasión de meterme tan adentro de las excelentes obras que les leo, no por mis méritos propios, sino a través de la atención de mis hermanas mientras escuchan, excitada por lo que leo y sorda para lo que no es importante; de ese modo, bajo la acción encubridora de la vanidad, también puedo participar como creador en esa influencia que sólo el libro ha ejercido. Por eso leo en realidad admirablemente ante mis hermanas; acentúo todos los énfasis con una exactitud a mi entender perfecta, porque así me veo abundantemente recompensado más tarde, no sólo por mí mismo, sino también por ellas.

Pero si en cambio leo ante Brod, o Baum, o algún otro, mi lectura les parecerá horriblemente mala, a causa de mis pretensiones al elogio, aun cuando no sepan nada de la excelencia habitual de mis lecturas; porque en este caso advierto que el oyente

tiene perfecta conciencia de la separación que existe entre lo que leo y yo; ya no puedo confundirme totalmente con lo que leo, sin sentirme ridículo ante mí mismo, sensación que no puede esperar ningún apoyo de parte del oyente; revoloteo con la voz en torno de lo que leo, intento introducirme de vez en cuando dentro del texto, ya que eso es lo que se espera de mí, pero no lo intento muy seriamente, porque no se espera que lo consiga; lo que se espera en realidad es que lea sin vanidad, tranquilo y alejado, y sólo me muestre apasionado cuando la pasión lo exige, lo que me resulta imposible; pero aunque ya creo haberme puesto a tono con la situación, y haberme resignado por lo tanto a leer mal ante cualquiera que no sea mis hermanas, aparece mi vanidad, que esta vez no tiene ninguna justificación; me siento ofendido si alguien encuentra algún defecto en la lectura, me ruborizo y quiero seguir leyendo cada vez más rápido, ya que generalmente una vez que empecé a leer siempre tiendo a leer eternamente, con el anhelo inconsciente de que en el transcurso de la larga lectura aparezca por lo menos en mí esa falsa y vanidosa sensación de la integración con lo leído, olvidando que en ningún momento dispondré de las fuerzas instantáneas necesarias para imponer mi sentimiento a la clara visión del oyente, y que en casa siempre son mis hermanas las que inician esta anhelada sustitución.

5 de enero. Desde hace dos días compruebo en mí, cuando así lo deseo, cierta frialdad e indiferencia. Anoche, mientras paseaba, cada ruidito de la calle, cada mirada que me dirigían, cada fotografía en una vitrina era más importante para mí que yo mismo.

La monotonía. Relato.

Cuando uno parece haberse decidido definitivamente a pasar la velada en su casa, cuando se ha puesto la chaqueta de entrecasa, se ha sentado después de la cena frente a la mesa iluminada, y ha comenzado algún trabajo o algún juego, después del cual podrá irse tranquilamente a la cama, como de costumbre; cuando afuera hace mal tiempo, y quedarse en casa parece lo más natural, cuando ya hace tanto tiempo que uno está sentado junto a la mesa, que el mero hecho de salir provocaría no sólo la ira paterna, sino también la sorpresa general; cuando además el vestíbulo está a oscuras y la puerta de calle con cerrojo; y

cuando a pesar de todo uno se levanta, presa de repentina inquietud, se quita la chaqueta, se aparece de pronto vestido con ropa de calle, explica que debe salir, y después de una breve despedida sale, cerrando con mayor o menor estrépito la puerta de calle, según el grado de ira que uno cree haber provocado, y cortando así por lo sano la discusión relativa a la partida; cuando uno se encuentra en la calle, y ve que sus miembros responden con singular agilidad a esa inesperada libertad que se les ha concedido; cuando gracias a esta decisión uno siente reunidas en sí todas las posibilidades de decisión; cuando uno comprende con más claridad que de costumbre que posee más poder que necesidad de provocar y soportar con facilidad los más rápidos cambios, que a solas uno adquiere mayor comprensión y calma y goza mejor de ambas; entonces, por esa noche, uno se ha alejado más completamente de su familia que si hubiera hecho el más largo de los viajes, y ha vivido una experiencia que, por su exceso de soledad, en Europa sólo puede llamarse rusa. Todo esto resulta más decisivo aún si a esas altas horas de la noche uno decide visitar a un amigo, para preguntarle cómo le va.[43]

Invité a Weltsch al beneficio de la señora Klug. Löwy, con su violento dolor de cabeza, que probablemente es síntoma de alguna enfermedad seria a la cabeza, me esperaba en la calle, apoyado en la pared, con la mano derecha apretada con desesperación contra la frente. Se lo señalé a Weltsch, que desde el sofá se asomó a la ventana. Pensé que era la primera vez en mi vida que observaba tan fácilmente desde la ventana una circunstancia que me concernía tan íntimamente. En todo sentido, este tipo de observación me lo ha enseñado Sherlock Holmes.

6 de enero. Ayer, *Virrey,* de Feimann. Mi capacidad de percepción de lo judío se ve anulada ante estas obras porque son tan monótonas y degeneran en una especie de lamentación que se enorgullece de sus estallidos violentos y aislados. Ante la primera obra pude pensar que había descubierto un judaísmo donde fundar el comienzo del mío, que se desarrollaba en mi dirección y por lo tanto podía esclarecerme y ayudarme a ir más adelante en mi torpe judaísmo; pero en cambio, cuanto más las oigo, más se alejan de mí. Las personas permanecen, naturalmente, y a ellas me aferro.

La señora Klug ofrecía un beneficio, y por lo tanto cantó algunas canciones nuevas y dijo algunos retruécanos también nuevos.

Pero sólo durante su primera canción me sometí totalmente a su influencia, unido por la más estrecha relación a cada partícula de su aspecto, a los brazos extendidos y el castañeteo de los dedos durante el canto, a los rizos apretados de sus sienes, a la delgada camisa, lisa e inocente bajo la chaqueta, al labio inferior que en cierto momento sacó hacia afuera como gozando del efecto de una broma ("vean, puedo hablar cualquier idioma, pero en *yiddish*"), a los piececitos gordos cubiertos por gruesas medias blancas y sólo en su parte inferior contenidos dentro de los zapatos. Pero cuando cantaba canciones nuevas, destruía la mayor parte del efecto que me causaba, efecto que consistía en el hecho de ver aparecer una persona que ha descubierto algunas bromas y canciones que exhiben con la máxima perfección su temperamento y todas sus posibilidades. Si esa exhibición es un éxito, todo lo demás lo es; y si nos agrada que esa persona nos produzca a menudo ese efecto, entonces, naturalmente —y en eso tal vez todos los espectadores concuerdan conmigo—, no nos dejamos confundir por la constante repetición de las canciones, siempre las mismas; más bien la aprobaremos como un incentivo a la concentración, tal como lo es por ejemplo el oscurecimiento de la sala, y separándolas de la mujer en sí, reconoceremos en ellas esa temeridad y esa conciencia de sí mismo que justamente buscamos. Porque por el hecho de hacer su aparición las canciones nuevas, que nada nuevo pueden mostrarnos de la señora Klug, ya que las antiguas han cumplido tan perfectamente con esa misión, y al exigir estas canciones sin ninguna justificación que las consideráramos exclusivamente como tales, desviaron de la señora Klug nuestra atención, y mostraron al mismo tiempo que tampoco ella se encontraba cómoda con esos cantos; por lo demás a veces fracasaba, a veces hacía visajes y ademanes exagerados, y uno temía que sentirse por fuerza malhumorado y sólo se consolaba pensando que el recuerdo de sus perfectas ejecuciones anteriores, a causa de su inconmovible veracidad, era demasiado inexpugnable para que el espectáculo presente pudiera deformarlo.

7 de enero. Por desgracia, la señora Tschissik siempre interpreta papeles que sólo muestran la esencia de su espíritu; siempre interpreta el papel de mujeres y muchachas que se vuelven desdichadas, despreciadas, deshonradas o agraviadas de golpe, pero que no tienen tiempo de revelar su carácter de una manera natural. Uno advierte lo que sería capaz de hacer, en el vigor natural y avasallador con que interpreta esos papeles, que parecen importantes

en la representación, pero que en el texto escrito sólo son meras sugerencias, a causa de la riqueza interpretativa que requieren. Uno de sus recursos principales consiste en un temblor que asciende de las caderas, temblorosas, un poco rígidas. Su hijita parece tener una cadera totalmente rígida. Cuando los actores se abrazan, se colocan mutuamente las pelucas en su lugar.

Hace un rato, cuando acompañé a Löwy a su cuarto, porque quería leerme la carta que había escrito al literato varsoviano Nomberg, nos encontramos en el rellano de la escalera con el matrimonio Tschissik. Llevaban a su habitación los trajes que usan en *Kol-Nidre*, envueltos como *matzos* en papel de seda. Nos quedamos conversando un momento. Yo apoyaba en la baranda las manos y el tono de la voz. La boca ancha de la señora, tan cerca frente a mí, asumía formas asombrosas, pero naturales. Por culpa mía, la conversación amenazaba terminar lamentablemente; en un esfuerzo por expresarle apresuradamente todo mi amor y mi devoción, sólo se me ocurrió hacer notar que los asuntos de la compañía marchaban desastrosamente, que ya habían agotado su repertorio, que por lo tanto no podían quedarse mucho tiempo más y que la falta de interés de la colectividad judía de Praga hacia ellos era incomprensible. La señora me pidió que fuera el lunes, a ver *Sejdernacht*, aunque ya conozco la obra. Así podré oírle cantar esa canción *(Escucha Israel)* que, según recuerda haberme oído expresar hace mucho, me gusta tanto.

Las *Jeschiwes* son escuelas superiores de estudios talmúdicos, sostenidas por numerosas colectividades de Polonia y Rusia. Los gastos no son excesivos, porque de costumbre esas escuelas ocupan viejos edificios inservibles, donde además de los cuartos de estudio y los dormitorios de los alumnos, se encuentran los aposentos del *Rosch-Jeschiwe*, que también desempeña otros cargos útiles a la colectividad, y los de su ayudante. Los estudiantes no pagan nada por sus estudios, y son invitados por turno a comer en casa de los miembros de la colectividad. Aunque esas escuelas están basadas en los principios más ortodoxos, son en realidad el lugar de origen de los progresos de la apostasía, porque allí se reúnen jóvenes de lugares alejados, justamente los más pobres, los más enérgicos, los que quieren independizarse de sus hogares; porque la vigilancia no es muy estricta y los jóvenes deben recurrir en todo a sus compañeros, y porque la parte esencial de la instrucción consiste en estudios de carácter general y en aclaraciones mutuas de los pasajes intrincados; porque la ortodoxia en los diferentes lugares de

origen de los estudiantes es uniforme, y por lo tanto no resulta un gran tema de conversación, mientras que las tendencias progresistas reprimidas adquieren las más diversas formas, variando en intensidad de acuerdo a las circunstancias propias de cada lugar, lo que siempre da bastante que hablar; porque la gente de costumbre sólo da por casualidad con algún exponente de la literatura progresista prohibida, y en cambio en la Jeschiwe esos libros son traídos de todas partes, y su efecto es aquí mucho mayor, porque cada poseedor de uno de dichos libros propaga no sólo el texto, sino también su propio entusiasmo; por todas estas razones, y las que de ellas se derivan directamente, en los últimos tiempos todos los poetas, políticos, periodistas y eruditos progresistas han salido de estas escuelas. Por lo tanto, ha disminuído mucho la reputación de las mismas entre los fieles; en cambio los jóvenes de inclinaciones progresistas acuden a ellas cada vez en mayor número.

Una Jeschiwe famosa es la de Ostro, una aldehuela a ocho horas de tren de Varsovia. Toda Ostro es en realidad un ribete a los costados de un brevísimo trozo de camino. Löwy afirma que no es más larga que su bastón. Una vez que un conde quiso detenerse en Ostro con su diligencia de cuatro caballos, los dos caballos delanteros y la parte de atrás del carruaje sobresalían de la aldea.

A la edad más o menos de catorce años, cuando la represión de la vida familiar le resultó intolerable, Löwy decidió irse a Ostro. Hacia el anochecer, al salir del *Klaus*, el padre le había dado una palmada en el hombro y le había dicho, como por casualidad, que convenía que fuera más tarde a verlo, porque tenía que decirle unas palabras. Como evidentemente lo único que podía esperar eran reproches, Löwy se fué directamente del *Klaus* a la estación, sin equipaje, con un caftán algo mejor que el habitual, porque era sábado, y con todo su dinero, que siempre llevaba consigo; partió con el tren de las diez hacia Ostro, adonde llegó a las siete de la mañana siguiente. Se dirigió inmediatamente a la Jeschiwe; allí no provocó mayor revuelo, porque cualquiera puede entrar en una Jeschiwe, y no hay que llenar requisitos especiales para ser aceptado. Lo único extraordinario era que quisiera entrar en esa época —en verano—, lo que resultaba un poco insólito; además, el excelente caftán que llevaba puesto. Pero pronto se habituaron a su presencia, porque esos muchachos tan jóvenes, unidos entre sí por su judaísmo con una intensidad que para nosotros es desconocida, se hacen de amigos muy fácilmente. Se distinguió en sus estudios, porque ya había aprendido mucho en su casa. Le gustaba conversar con esos muchachos desconocidos, sobre todo porque

todos, cuando supieron que tenía dinero, lo rodearon para venderle toda clase de cosas. Especialmente lo asombró uno que quería venderle "días". Llamaban "días" a las comidas gratuitas. Era mercadería vendible, porque los miembros de la colectividad, que querían demostrar su devoción invitando a comer a un estudiante cualquiera, consideraban de muy poca importancia quién fuera el que se sentaba a su mesa. Si un estudiante era suficientemente inteligente, podía en ciertos casos conseguir dos invitaciones a comer para el mismo día. No resultaba ningún problema tener que comer dos veces, porque las comidas no eran demasiado abundantes, y después de la primera uno podía disponer todavía con gran placer de la segunda, y también porque aunque algunos días las comidas eran dobles, a veces sucedía que otros días no comieran en ninguna parte. Pero por supuesto, todos se alegraban cuando encontraban la ocasión de vender ventajosamente esas comidas adicionales. Ahora bien, si uno llegaba en verano, como Löwy, cuando ya hacía tiempo que se había procedido a la distribución de las invitaciones, el único modo de conseguirlas era comprarlas, ya que las invitaciones adicionales del principio habían sido totalmente acaparadas por los especuladores.

La noche en la Jeschiwe era intolerable. Por supuesto, todas las ventanas estaban abiertas, porque hacía calor; pero el mal olor y el calor no se movían de la habitación; los estudiantes, que no disponían de camas propiamente dichas, se acostaban a dormir en cualquier parte, donde se encontraran sentados, sin desvestirse, con las ropas sudadas. Todo estaba lleno de pulgas. Por la mañana se mojaban ligeramente las manos y la cara con agua, y empezaban nuevamente a estudiar. Casi siempre estudiaban juntos, de costumbre dos en el mismo libro. A menudo se organizaban debates entre varios alumnos, que se sentaban formando rueda. De vez en cuando el Rosch-Jeschiwe les explicaba los pasajes más difíciles. Aunque más tarde Löwy —que permaneció sólo diez días en Ostro, pero comiendo y durmiendo en la posada— encontró dos amigos de ideas semejantes a las suyas (no se encontraban tan fácilmente, porque primero tenían que poner a prueba las opiniones y la confianza que el otro merecía), se volvió gustoso a su casa, porque estaba acostumbrado a una vida ordenada y no podía más de nostalgia.

En el cuarto grande se oía el ruido de los que jugaban a los naipes, y más tarde la conversación, que mi padre suele dirigir a toda voz (aunque incoherentemente) cuando está bien, como hoy.

Las palabras sólo eran pequeños énfasis en medio de un ruido informe. En el cuarto de las muchachas, cuya puerta estaba abierta de par en par, dormía el pequeño Felix. Del otro lado, en mi cuarto, dormía yo. Por consideración hacia mi edad, la puerta de esta habitación estaba cerrada. Además, mediante la puerta abierta daban a entender que todavía querían atraer a Felix al seno de la familia, mientras que yo ya estaba excluído.

Ayer, en casa de Baum. Tenía que ir a Ströbl, pero en cambio fuí al teatro. Baum leyó un artículo *Sobre la Canción Popular*; malo. Luego un capítulo de *Los juegos y las seriedades del Destino*; muy bueno. Yo me sentía indiferente, de mal humor; no conseguí hacerme una impresión clara del conjunto. Mientras volvíamos a casa, bajo la lluvia, Max me contó el proyecto actual del argumento de *Irma Polak*. Yo no podía explicarle mi estado de ánimo, ya que Max nunca le da la importancia que merece. Por lo tanto tuve que ser insincero, lo que finalmente me arruinó todo. Me sentía tan apesadumbrado, que prefería hablar a Max cuando éste tenía la cara en la sombra, aunque entonces la mía, iluminada, corría el riesgo de delatarme más fácilmente. Pero luego el misterioso final de la novela se apoderó de mí, a pesar de todos los obstáculos. Cuando volvía a casa, después de despedirme de él, arrepentimiento por mi falsedad y tristeza por su inevitabilidad. Proyecto: iniciar un cuaderno aparte sobre mis relaciones con Max. Lo que no está escrito, ondea ante los ojos, y los azares ópticos determinan el juicio total.

Mientras estaba acostado en el sofá, y en los dos cuartos contiguos hablaban en voz alta, las mujeres a la derecha, los hombres a la izquierda, tuve la impresión de que eran seres rústicos, salvajes, imposibles de aplacar, que no sabían lo que decían y que sólo hablaban para poner el aire en movimiento, que alzaban la cara al hablar, y seguían con la mirada las palabras que pronunciaban.

Así dejo pasar el tranquilo y lluvioso domingo; estoy sentado en el dormitorio y dispongo de silencio, pero en vez de decidirme a escribir, a volcarme en la literatura con todo lo que soy, como por ejemplo hubiera deseado anteayer, hoy me quedo las horas mirándome fijamente los dedos. Creo que durante toda esta semana estuve totalmente sometido a la influencia de Goethe, pero ya he agotado el poder de esa influencia, y por lo tanto ya no sirve para nada.

De un poema de Rosenfeld que describe una tormenta en el mar: "Se agitan las almas, se estremecen los cuerpos." Cuando recita, Löwy contrae la piel de la frente y arruga la nariz; uno creería que sólo las manos pueden contraerse así. En las partes más emocionantes, que él quiere hacernos notar, se acerca un poco más a nosotros, o si no aumenta de tamaño, para que su figura se nos aparezca con más nitidez. Se inclina un poquito hacia adelante, abre mucho los ojos, se coge la chaqueta con la mano izquierda, distraídamente, y nos tiende la derecha, abierta y grande. Además, aunque no nos sintamos todavía emocionados, debemos reconocer su emoción y explicarle la posibilidad de la desgracia que acaba de describirnos.

Tengo que posar desnudo ante el pintor Ascher, como modelo para un San Sebastián.

Si yo volviera esta noche junto a mis parientes, como no he escrito nada que pueda alegrarme, no les parecería más extraño, más despreciable, más inútil que lo que me parezco a mí. Naturalmente, todo esto desde el punto de vista de mis sentimientos (que no se dejan engañar ni por la más minuciosa observación), ya que en realidad todos ellos me respetan, y también me quieren.

24 de enero. Miércoles. No he escrito durante todo este tiempo por los siguientes motivos: Estaba enojado con mi jefe, y sólo puse fin a esa situación mediante una buena carta; fuí varias veces a la fábrica; leí la *Historia de la Literatura Judeoalemana*, de Pines, quinientas páginas, y la leí con avidez, con una minuciosidad, una prisa y un placer que hasta ahora no había conocido nunca ante un libro de ese tipo; ahora leo *Organismo del Judaísmo*, de Fromer; además, estuve muy ocupado con los actores judíos, les escribí cartas, conseguí que la Sociedad Sionista mandara preguntar a las Sociedades Sionistas de Bohemia si les interesaba una visita de la compañía, escribí la circular correspondiente y la hice imprimir; vi otra vez *Sulamith*, y *Herzele Mejiches*, de Richter, por primera vez; asistí a la velada de cantos populares de la Sociedad Bar Kochba; anteayer vi *El Conde von Gleichen*, de Schmidtbonn.

Velada de cantos populares: El doctor Nathan Birnbaum es el conferencista. Costumbre de los judíos orientales de introducir a cada pausa del discurso: "mis distinguidas señoras y señores" o sim-

plemente "distinguido público". Al comienzo de la conferencia de Birnbaum esto se repitió hasta la ridiculez. Pero por lo que sé de Löwy, creo que esas expresiones recurrentes, que también aparecen en la conversación habitual de los judíos orientales, como "¡Desdichado de mí!", o "¿No es cierto?", o "Habría mucho que decir sobre eso", no están destinadas a disimular un momentáneo desconcierto, sino a servir de nuevo manantial de inspiración y a dar fluidez al curso de la conversación, que nunca es bastante flúida para el carácter del judío oriental. Pero no en Birnbaum.

26 de enero. El dorso del señor Weltsch, y el silencio de toda la sala mientras escuchaba los malos poemas. Birnbaum: El pelo más bien largo, cortado bruscamente al nivel del cuello, que por culpa de esa repentina desnudez, o tal vez por sí mismo, parece muy erguido. Nariz grande, encorvada, no demasiado angosta y sin embargo de alas anchas, que a causa de su excelente proporción con la gran barba parece hermosa. El cantor Gollanin. Cara pacífica, dulzona, beatífica, condescendiente, un poco inclinada hacia un costado y hacia abajo, sonrisa constante algo agudizada por la nariz arrugada, lo que simplemente puede ser consecuencia de su técnica vocal.[44]

31 de enero. No escribí nada. Weltsch me trae libros sobre Goethe, que me provocan un entusiasmo disperso, totalmente inutilizable. Plan para un ensayo *La naturaleza aterradora de Goethe*, temor que me suscitan las dos horas de paseo vespertino, que he decidido dar todos los días.

4 de febrero. Hace tres días, Wedekind: *Espíritu de la Tierra*. Wedekind y su mujer, Tilly, trabajan en la obra. Voz clara y neta de la mujer. Cara angosta, en forma de media luna. La pierna un poco desviada hacia un costado, en la posición de reposo. Claridad de la pieza aun en el recuerdo, de modo que uno vuelve a su casa tranquilo y consciente de sí mismo. Impresión contradictoria de lo ya perfectamente establecido, que sigue siendo sin embargo extraño.

Al ir hacia el teatro me sentí bien. Saboreaba mi ser interior como miel. Lo bebía sin interrupción. En el teatro esto cesó inmediatamente. Por otra parte, era la noche anterior: *Orfeo en el Averno*, con Pallenberg. La interpretación era tan mala, el aplauso y las risas a mi alrededor en la platea tan abrumadores, que no se me ocurrió otro remedio que salir corriendo después del segundo acto y así silenciar todo.

Anteayer escribí una buena carta a Trautenau, sobre la posibilidad de una actuación de Löwy. Cada vez que volvía a leerla, la carta me tranquilizaba y me daba nuevo vigor, ¡había en ella tantas indicaciones tácitas de lo mejor de mí mismo!

La avidez con que leo todo lo relativo a Goethe (las conversaciones de Goethe, sus años de estudiante, entrevistas con Goethe, una visita de Goethe a Frankfurt), que me penetra entero, y que me impide absolutamente escribir.

S., comerciante, treinta y dos años de edad, sin religión, de formación filosófica, interesado en la buena literatura, siempre que ésta se relacione con lo que él escribe. Cabeza redonda, ojos negros, bigote pequeño y enérgico, carne sólida en las mejillas, cuerpo fornido. Desde hace años estudia desde las nueve de la noche hasta la una de la madrugada. Nacido en Stanislau, habla el hebreo y el dialecto. Casado con una mujer que sólo a causa de la total redondez de su cara produce una impresión de limitación.

Desde hace dos días, frialdad ante Löwy. Me lo pregunta. Lo niego.

Conversación tranquila y contenida con la señorita Taussig en el entreacto del *Espíritu de la Tierra*, en la galería. Para lograr una buena conversación hay que deslizar la mano, por así decir, profunda, ligera, soñolientamente por debajo del tema tratado, porque entonces uno consigue levantarlo asombrosamente. De otro modo, uno se lastima los dedos y sólo piensa en el dolor.

Relato: Los paseos vespertinos. Descubrimientos de la rapidez en el andar. Como introducción, un hermoso y oscuro aposento.

La señorita Taussig me habló de una escena de su nuevo relato, donde una muchacha de mala reputación entra en una academia de costura. La impresión que causa entre las otras muchachas. Yo digo que aquellas, que sienten en sí claramente la capacidad y el deseo de merecer una mala reputación, tienen que compadecerla, porque pueden imaginarse por su cuenta lo que significa precipitarse en semejante desgracia.

Hace una semana, conferencia del doctor Theilhaber, en la sala de fiestas de la Municipalidad Israelita, sobre la decadencia de los judíos alemanes. Es inevitable, primero porque los judíos se amontonan en las ciudades, y las colectividades campesinas judías desaparecen. La ambición de ganar dinero los destruye. Los matrimonios sólo se celebran con vistas a la dote de la novia. Costumbre de tener sólo dos hijos. Segundo, casamientos mezclados. Tercero, conversión.

Escena hilarante cuando el profesor Ehrenfels [45], que está cada día más buen mozo y cuya cabeza calva delinea contra la luz su contorno un poco hinchado en la parte superior, con las manos juntas y apretadas, con su voz resonante y modulada como un instrumento musical, sonriendo confiadamente al auditorio, se declara a favor de la mezcla de razas.

5 de febrero. Lunes. Fatigado, hasta dejé de leer *Poesía y Verdad.* Me siento exteriormente duro, interiormente frío. Hoy, cuando me acerqué al doctor F., aunque nos aproximamos lenta y reflexivamente, me pareció que éramos dos bolas que chocaban, dos bolas que se repelen mutuamente y sin dirección se pierden para siempre. Le pregunté si estaba cansado. No estaba cansado. ¿Por qué se lo preguntaba? Yo estoy cansado, le contesté, y me senté. [46]

Breve principio de desvanecimiento, ayer, en el Café City, con Löwy. Me incliné sobre el periódico, para ocultarlo.

Hermosa silueta de cuerpo entero de Goethe. Inmediata impresión de repugnancia al contemplar ese cuerpo perfecto de hombre, ya que es inimaginable sobrepasar ese grado de perfección; y sin embargo esta perfección sólo parece haberse organizado al azar y sin discriminación. La postura erguida, los brazos sueltos, el cuello delgado, el ángulo de las rodillas.

La impaciencia y la tristeza que me provoca mi cansancio se nutren sobre todo con la perpetua contemplación de la perspectiva del porvenir que ese cansancio me prepara. ¡Qué noches, paseos, desesperaciones en la cama y en el sofá (7 de febrero) me esperan todavía, peores aún que los que padecí hasta ahora!

Ayer en la fábrica. Las muchachas, con sus vestidos intolerablemente sucios y desaliñados, el cabello como si acabaran de despertarse, la expresión de las caras inmovilizada por el estrépito

incesante de las correas de trasmisión y las diferentes máquinas, en verdad automáticas, pero que se descomponen en los momentos más imprevisibles, no son seres humanos, uno no las saluda, uno no se disculpa cuando se las lleva por delante; si uno las llama para que hagan algún trabajito, lo hacen, pero inmediatamente vuelven a la máquina; con un movimiento de la cabeza uno les indica lo que deben hacer; están en enaguas, sometidas al más ínfimo poder, y ni siquiera les queda bastante tranquilidad de comprensión para reconocer y aplacar a este poder mediante una mirada o una reverencia. Pero cuando son las seis, y se lo gritan mutuamente, se desatan los pañuelos del cuello y del cabello, se sacuden el polvo con un cepillo que recorre todo el salón y que las impacientes reclaman constantemente, se ponen las faldas pasándoselas por la cabeza y se lavan las manos como pueden; por fin son mujeres; a pesar de la palidez y de los dientes arruinados pueden sonreír, agitar sus cuerpos endurecidos, uno ya no puede llevárselas por delante, mirarlas fijamente o pasarlas por alto; uno se aprieta contra los cajones sucios para dejarlas pasar, se quita el sombrero cuando dicen buenas noches, y no sabe qué hacer cuando alguna intenta ayudarlo a ponerse el sobretodo.

8 de febrero. Goethe: Mi deleite al crear era ilimitado.

Me he vuelto nervioso, más débil, y he perdido una gran parte de esa calma que tanto me enorgullecía hace algunos años. Hoy, cuando recibí la tarjeta de Baum, donde me avisaba que no podía dar la conferencia proyectada para la Velada de los Judíos Orientales, y por lo tanto comprendí que tendría que encargarme personalmente del asunto, se apoderaron de mí unos estremecimientos incontenibles, en todo el cuerpo el latido de las arterias corría como llamitas; si me sentaba, las rodillas me temblaban bajo la mesa, y me veía obligado a apretarme las manos para que no temblaran igualmente. Naturalmente, daré una buena conferencia, eso es indudable; además, la inquietud que esa noche llegará al colmo, se encargará de concentrarme en mí mismo hasta el punto de que ya no quede lugar para ninguna inquietud, y el discurso surgirá de mí inmediatamente, como el disparo de un arma de fuego. Pero también es posible que después sufra algún colapso, y de todos modos es seguro que tardaré mucho en volver a ser lo que era. ¡Tan poco vigor físico! Aun estas pocas palabras han sido escritas bajo la influencia de la debilidad.

Anoche, en casa de Baum, con Löwy. Mi vivacidad. Hace poco Löwy tradujo en casa de Baum un mal relato en hebreo, *El Ojo*.

13 de febrero. Empiezo a escribir la conferencia para el recital de Löwy. Tendrá lugar el domingo 18. No dispondré de mucho tiempo para prepararme, y estoy incubando una especie de recitativo como en las óperas. La causa es que desde hace unos días me oprime una inquietud continua; un poco indeciso ante el verdadero comienzo, se me ocurre escribir algunas palabras para mí; de ese modo, una vez puesto en movimiento, podré encarar las palabras para el público. En mí alternan el frío y el calor, con las sucesivas palabras de la frase; sueño con melódicas cadencias ascendentes y descendentes, leo frases de Goethe, como si recorriera sus modulaciones con todo el cuerpo.

25 de febrero. ¡De hoy en adelante, no abandonar el diario! ¡Escribir con regularidad! ¡No darse por vencido! Aunque la salvación no aparezca, seré así en todo momento digno de su aparición. Esta noche pasé la velada junto a la mesa familiar, con perfecta indiferencia, la mano derecha sobre el respaldo de la silla de mi hermana que jugaba a las cartas, la izquierda flojamente abandonada sobre mi regazo. De vez en cuando trataba de representarme mi desdicha; apenas lo conseguía.

Hace tanto que no escribo porque estuve ocupado en preparar un recital de Löwy en la sala de fiestas de la Municipalidad judía, el 18 de febrero de 1912, donde pronuncié también una breve conferencia presentatoria sobre el dialecto *yiddish*. Me pasé dos semanas desesperado, porque no conseguía darle forma. Pero la noche antes lo conseguí repentinamente.

Preparativos para el recital: Conferencias con la Sociedad Bar-Kochba, impresión de los programas, tarjetas de invitación, sala, numeración de los asientos, llave del piano (Sala Toynbee), elevación de la tarima, pianista, trajes, venta de entradas, avisos en los diarios, censura de la policía y de la Dirección de Culto.

Lugares donde estuve y personas con quienes hablé o a quienes escribí. En general: con Max; con Schmerler, que vino a casa; con Baum, que al principio había aceptado encargarse de la presentación, y luego rehusó, decisión que conseguí modificar durante el curso de una noche dedicada a eso, aunque al día siguiente volvió a rehusar mediante el envío de una tarjeta postal; con el doctor Hugo Hermann y con Leo Hermann en el Café Arco; a menudo con Robert Weltsch, en su casa; con motivo de la venta

de entradas, en casa del doctor Bl. (inútilmente), del doctor H., del doctor Fl., visita a la señorita T.; conferencia en la Afike Jehuda (el rabí Ehrentreu sobre *Jeremías y su época*, durante la reunión subsecuente breve conversación fracasada sobre Löwy); en casa del maestro W. (luego en el café, luego paseamos, desde las doce hasta la una se quedó frente a la puerta de mi casa, vivaz como un animal, impidiéndome entrar). A causa del salón, en casa del doctor Karl B., dos veces en casa de L. en la Heuwagsplatz, algunas veces en el Banco, para ver a Otto Pick; por el asunto de la llave del piano en la Sala Toynbee, con el señor R. y el maestro St., luego a casa de este último para ir a buscar la llave y para devolverla; por el asunto de la tarima con el mayordomo y el portero de la Municipalidad; por el asunto del pago, en la oficina de la Municipalidad (dos veces); por la venta de entradas, con la señora Fr. en la exposición "La Mesa puesta". Escribí a la señorita T., a un tal Otto Kl. (inútilmente), al *Tagblatt*, (inútilmente), a Löwy ("¡no podré dar la conferencia, sálveme!").

Motivos de agitación: Por culpa de la conferencia, una noche entera me revolví en la cama, insomne y acalorado; odio hacia el doctor B., terror ante Weltsch (no puede vender nada), Afike Jehuda, en los diarios no salen los anuncios como esperábamos, distracción en la oficina, la tarima no llega, poca venta de entradas, el color de las entradas me desespera, hay que interrumpir la conferencia porque el pianista se olvidó la música en su casa, en Kosir; frecuente indiferencia hacia Löwy, casi aversión.

Beneficios: Alegría y confianza en Löwy, orgulloso y ultraterreno aplomo durante mi conferencia (frialdad ante el público, sólo la falta de costumbre me impidió una mayor libertad de movimientos), voz fuerte, memoria ágil, asentimiento, pero sobre todo el vigor con que reprimí, a plena voz, decisivo, decidido, impecable, avasallador, con la mirada clara, y casi sin darle importancia, la insolencia de los tres criados de la Municipalidad, y en vez de darles las doce coronas que reclamaban, les di sólo seis, y esto además con aire de gran señor. Revelación de fuerzas a las que gustoso me confiaría, si perduraran. (Mis padres no asistieron.)

Además: Reunión académica de la Sociedad Herder en la Isla Sofía. Al empezar la conferencia, Bie se mete la mano en el bolsillo del pantalón. Esas caras de personas, satisfechas a pesar de toda decepción, que trabajan en lo que les gusta. Hofmannsthal lee con un timbre falso en la voz. Silueta concentrada, empezando por las orejas pegadas a la cabeza. Wiesenthal. Los hermosos mo-

mentos de la danza, por ejemplo cuando el cuerpo, al dejarse caer al suelo, revela su gravedad natural.

Impresión de la Sala Toynbee.

Reunión sionista. Blumenfeld. Secretario de la Organización Mundial del Sionismo.

En estos últimos tiempos ha aparecido en mis reflexiones íntimas una fuerza estabilizadora, cuya presencia sólo puedo advertir ahora, ya que durante las últimas semanas casi me deshacía de tristeza e inutilidad.

Sentimientos variables en medio de los jóvenes del Café Arco.

26 de febrero. Más aplomo. El pulso del corazón más satisfactorio. El susurro del gas sobre mi cabeza.

Abrí la puerta de calle, para ver si el tiempo invitaba a dar un paseo. No se podía negar el cielo azul, pero flotaban en él unas nubes grandes, grises, que dejaban traslucir el azul, bajas, de bordes curvos como aletas; se las veía junto a las cercanas colinas boscosas. Sin embargo, la calle estaba llena de gente que había salido a pasear. Las manos firmes de las madres guiaban cochecitos de niños. De vez en cuando, un carruaje se detenían en medio de la multitud, y esperaba que la gente dejara paso a los caracoleantes caballos. Mientras tanto, el cochero, tranquilo, con las riendas tensas en las manos, contemplaba el más mínimo detalle, escudriñaba todo varias veces, y en el momento apropiado ponía en movimiento el carruaje. Los niños corrían, aunque había tan poco lugar. Las muchachas, con vestidos livianos y sombreros tan enfáticamente coloreados como sellos de correo, iban del brazo de los jóvenes, y una melodía reprimida en la garganta se traslucía en el paso danzante de sus piernas. Las familias conseguían no separarse, y aunque a veces tenían que disolverse en una larga fila, siempre había brazos tendidos ágilmente hacia atrás, manos que hacían señales, llamados con apodos familiares, que reunían a los dispersos. Los hombres solitarios trataban de aislarse aún más, metiéndose las manos en los bolsillos. Esto era una mezquina necedad. Al principio me quedé de pie en la puerta, luego me apoyé en el marco, para contemplar todo más tranquilamente. Los vestidos me rozaban; en cierta ocasión cogí una cinta, que pendía detrás de

las faldas de una muchacha, y la dejé escapar de las manos a medida que la joven se alejaba; una vez di una leve palmada en el hombro de una joven, sólo para adularla, y un transeúnte que venía tras ella me pegó un golpe en los dedos. Pero yo lo atraje detrás de la hoja cerrada de la puerta de calle, se lo reproché con ademanes, con miradas de soslayo, acercándome un paso hacia él, alejándome un paso de él; se alegró bastante cuando lo dejé en libertad, con un empujón. A partir de ese momento, naturalmente, me habitué a llamar a menudo a la gente, bastaba para atraerlas una señal con el dedo curvado, o una rápida mirada que en ningún momento vacilaba.

En una especie de soñolencia escribí sin esfuerzo este fragmento incompleto, inútil.

Hoy escribo a Löwy. Traslado aquí las cartas que le escribo, porque espero poder utilizarlas:
Querido amigo:

27 de febrero. No tengo tiempo para escribir cartas por duplicado.

Anoche, a eso de las diez, me paseaba con triste paso por la Zeltnergasse. Cerca de la sombrerería Hess, un joven se detiene frente a mí, a unos tres pasos de distancia; me obliga por lo tanto a detenerme, se quita el sombrero y luego corre hacia mí. Atemorizado, doy un paso hacia atrás; primero pienso que es alguien que quiere preguntarme el camino de la estación, pero ¿por qué de esa manera?; luego, al ver que se me acerca confidencialmente y que alza la mirada hacia mi cara, porque soy más alto que él, pienso: Tal vez quiere dinero, o algo peor. Mi dispersa atención y sus dispersas palabras se confunden.

—Usted es experto en leyes, ¿no es verdad? ¿Abogado? Por favor, ¿no puede darme un consejo? Tengo un asunto entre manos que requiere un abogado.

Impulsado por la precaución, por una desconfianza general y por el temor de exponerme al ridículo, niego ser abogado, pero no tengo inconveniente en darle un consejo, ¿de qué se trata? Empieza su relato, me interesa; para aumentar la confianza, le propongo que sigamos andando, mientras él prosigue su relato; quiere acompañarme, no, prefiero acompañarlo a él, ya que no tengo rumbo determinado.

Es un excelente recitador; antes no era de ningún modo tan

bueno como ahora, pero actualmente ya puede imitar a Kainz sin que nadie advierta la diferencia. Dicen que él sólo lo imita, pero también pone mucho de su propia cosecha. Es verdad que es bajo, pero tiene todo, mímica, memoria, buena presencia, todo, todo. Cuando hacía el servicio militar, en Milowitz, solía recitar en el campamento; un compañero cantaba, realmente se divertían mucho. Fueron hermosos tiempos para él. Prefiere recitar poemas de Dehmel, por ejemplo esos poemas apasionados y frívolos sobre la novia que se imagina su noche de bodas; cuando los recita, produce una inmensa impresión, sobre todo entre las jóvenes. Bueno, eso es obvio. Tiene a Dehmel hermosamente encuadernado, en cuero rojo (lo describe agitando las manos hacia abajo). Pero en realidad la encuadernación no importa nada. Además le gusta mucho recitar *Rideamus*. No, no chocan en absoluto, porque él se encarga de la transición, habla de algo, lo que se le ocurra, se burla del público. Su programa también incluye *Prometeo*. En eso no le teme a nadie, ni siquiera a Moissi; Moissi bebe, él no. Finalmente, le gusta mucho leer a Swet Marten; es un nuevo escritor escandinavo. Muy bueno. Especies de epigramas, y breves aforismos. Los que se refieren a Napoleón son especialmente notables, pero también lo son todos los que se refieren a grandes hombres. No, todavía no pudo recitar nada de él; todavía no lo estudió, ni siquiera lo leyó todo, pero su tía le leyó algo de él hace poco, y le gustó mucho.

Es así como quería presentarse en público con ese programa, y por lo tanto se ofreció a la Asociación del Progreso Femenino, para dar un recital. En realidad, al principio quería presentar *Historia de una Finca*, de la Lagerlöf, y hasta prestó este relato a la directora del Progreso Femenino, la señora Durège-Wodnanski, para que lo leyera. La señora dijo que el cuento era realmente hermoso, pero demasiado largo para ser leído en público. Él comprendió que en efecto era demasiado largo, sobre todo porque en la velada proyectada su hermano debía tocar el piano. Este hermano, que tiene veintiún años, un muchacho muy simpático, es un virtuoso, estudió dos años en la Academia de Música de Berlín (hace cuatro años de eso). Pero volvió a casa totalmente arruinado. En realidad, arruinado no está, pero la dueña de su pensión se enamoró de él. Más tarde confesó que a menudo estaba demasiado cansado para tocar el violín, porque tenía que cabalgar todo el tiempo sobre ese vejestorio de la pensión.

Por lo tanto, como la *Historia de una Finca* no servía, concertaron el siguiente programa: Dehmel, Rideamus, *Prometeo* y Swet

Marten. Pero entonces, para demostrar por adelantado a la señora Durège qué clase de persona era él, le llevó el manuscrito de un ensayo, *La Alegría de Vivir*, que escribió durante el verano de este mismo año. Lo escribió durante las vacaciones; de día lo estenografiaba, de noche lo pasaba en limpio, lo pulía, lo corregía, pero en realidad no le daba mucho trabajo porque le había salido bastante bien. Me lo prestará, si quiero leerlo; es verdad que está escrito en un estilo bastante popular, adrede, pero contiene pensamientos muy buenos, y está bastante "logrado", como dicen algunos (risita pícara con la barbilla levantada). Puedo hojearlo a la luz del farol, si quiero. (Es una exhortación a los jóvenes, para que no estén tristes, ya que existen la naturaleza, la libertad, Goethe, Schiller, Shakespeare, las flores, los insectos, etc.) La Durège le dijo que en ese momento no tenía tiempo para leerlo, pero que podía dejárselo, se lo devolvería dos días después. Sintió ciertas sospechas, y no quiso dejárselo; trató de evadirse, le dijo por ejemplo: "Vea, señora Durège, ¿por qué habría de dejarlo? No son más que unas cuantas banalidades, está bien escrito, pero..." Todo fué inútil, tuvo que dejárselo. Eso ocurrió el viernes.

28 de febrero. El domingo por la mañana, mientras se lava, recuerda que todavía no leyó el *Tagblatt*. Lo abre al azar, justamente en la primera página de la sección literaria. El título del primer ensayo, *El niño como creador*, le llama la atención; lee las primeras líneas, y se echa a llorar de alegría. Es su ensayo, palabra por palabra es su ensayo. Por primera vez le han publicado algo, corre a contárselo a su madre. ¡Qué alegría! La anciana, que es diabética y separada del marido (de paso, éste es el que tiene razón), está tan orgullosa. Un hijo suyo ya es un virtuoso, ahora el otro es escritor. Pero pasada la primera agitación, el escritor reflexiona un poco sobre el asunto. ¿Cómo llegó al diario su ensayo? ¿Sin consentimiento suyo? ¿Sin nombre de autor? ¿Sin que le paguen honorarios? Realmente, es una traición, un fraude. Esa señora Durège es entonces un demonio. Y las mujeres no tienen alma, dice Mahoma (lo repite a menudo). Es fácil imaginarse cómo se consumó el plagio. Aparece un hermoso ensayo, ¿dónde encontrarían otro igual? De inmediato, la señora D. se dirige al *Tagblatt*, se encierra con un redactor, ambos locos de contento, y empiezan sin más demora a reformar el ensayo. Naturalmente, hay que reformarlo, porque en primer lugar el plagio no debe ser reconocible a simple vista, y en segundo lugar el artículo de treinta y dos páginas resulta demasiado largo para el diario.

Cuando le solicito que me muestre los pasajes análogos, porque me interesaría mucho verlos y porque sólo así podría aconsejarle lo que le conviene hacer, empieza a leer su ensayo, pasa a otro lugar del mismo, recorre las hojas, no encuentra nada, y finalmente dice que todo está copiado. Por ejemplo, el diario dice: "El alma de un niño es una página en blanco", y "página en blanco" también aparece en su ensayo. También la expresión "sobrenombre" aparece en ambos, ¿cómo se les habría ocurrido justamente esa expresión? Pero no le es posible comparar trozo por trozo. Por supuesto, se han copiado todo, pero de una manera disimulada, en otro orden, abreviado y con interpolaciones pequeñas extrañas al original.

Leo en voz alta algunas de las frases más llamativas del diario. ¿Está eso en el ensayo? No. ¿Esto? No. ¿Esto? Tampoco. Sí, pero ésos son los trozos interpolados. En el fondo todo, todo es copiado. Me temo que le sea difícil probarlo. Pero él se encargará de probarlo, con ayuda de algún abogado experto, para eso están los abogados (considera esta prueba como una tarea totalmente nueva, absolutamente aparte del asunto, y se enorgullece de estar seguro de su éxito).

Que es su ensayo, además, lo demuestra la circunstancia de que lo hayan impreso dos días después. De costumbre tardan por lo menos seis semanas antes de publicar una colaboración aceptada. Pero en este caso, naturalmente, tenían que darse prisa, para que él no pudiera intervenir. Por eso redujeron el plazo a dos días.

Además el artículo del diario se llama *El niño como creador.* Eso se refiere claramente a él, y además es un sarcasmo. Al decir niño se refieren a él, ya que antes lo consideraban como un niño, un tonto (eso sólo fué en realidad durante el servicio militar, donde estuvo un año y medio), y ahora con ese título quieren dar a entender que él, un niño, ha sido capaz de hacer algo tan bueno como ese ensayo, que por lo tanto ha demostrado ser un creador, pero que al mismo tiempo sigue siendo un niño y un tonto, ya que se ha dejado engañar así. El niño al que se refiere su ensayo es un primo del campo, que actualmente vive con su madre.

Pero el plagio resulta notablemente evidente si se considera una circunstancia que él sólo descubrió después de mucha deliberación: *El niño como creador* está en la primera página de la sección literaria. pero en la tercera hay un breve relato de una tal Feldstein. Evidentemente este nombre es un seudónimo. No hace falta leer todo el relato, basta recorrer las primeras líneas para reconocer inmediatamente que es una desvergonzada imitación de la Lager-

löf. Si uno lee todo el relato, se convence definitivamente. ¿Qué quiere decir esto? Eso quiere decir que esa Feldstein, o como se llame, es un instrumento de la Durège, que ha leído en su casa la *Historia de una Finca*, que él le había prestado; que esa lectura la impulsó a escribir este cuento, y que por lo tanto ambas mujeres lo explotan, una en la primera, la otra en la tercera página de la sección literaria. Naturalmente, cualquiera puede leer e imitar a la Lagerlöf por su propia iniciativa, pero en este caso su influencia personal es demasiado evidente (constantemente agita la página del diario).

El lunes a mediodía, en cuanto cierran el Banco, se encamina naturalmente a casa de la señora Durège. Ésta sólo le abre una hendija de la puerta; parece muy nerviosa:

—Pero señor Reichmann, ¿por qué viene a mediodía? Mi marido duerme. No puedo hacerlo entrar en este momento.

—Señora Durège, es absolutamente necesario que me permita entrar. Se trata de un asunto muy importante.

Ve que le hablo en serio, y me hace pasar. Su marido, no me cabe ya la menor duda, no se encuentra en la casa. En una habitación contigua veo mi manuscrito sobre la mesa, y digo lo que pienso.

—Señora Durège, ¿qué ha hecho con mi manuscrito? Lo ha entregado sin permiso mío al *Tagblatt* para que lo publique. ¿Cuánto cobró por la colaboración?

Se estremece, no sabe nada del asunto, ni se imagina cómo pudo aparecer en el diario.

—*J'accuse*, señora Durège —le digo, medio en broma, pero de una manera que le demuestra lo que realmente pienso; insisto en repetir todo el tiempo ese "*j'accuse*", para impresionarla bien, y todavía se lo repito varias veces en la puerta, al irme. Comprendo muy bien su angustia. Si hiciera público el asunto, o la demandara, su situación se volvería insostenible, tendría que irse del Progreso Femenino, etc.

De su casa me voy directamente a la dirección del *Tagblatt* y hago llamar al redactor Löw. Este aparece, naturalmente muy pálido, casi no puede andar. Sin embargo, no quiero revelarle mi intención inmediatamente, y sí ponerlo primero a prueba. Por lo tanto, le pregunto:

—Señor Löw, ¿usted es sionista?

(Porque yo sabía que era sionista).

—No —me dice él.

Por lo tanto, advierto perfectamente que me miente. Entonces

le pregunto por el ensayo. Nuevamente contestaciones vagas. No sabe nada, no tiene nada que ver con la sección literaria, si quiero mandará llamar al redactor de esa sección.

—Señor Wittmann, venga aquí —grita, y se alegra de poder irse.

Viene Wittmann, también muy pálido. Le pregunto:

—¿Usted es el redactor de la sección literaria?

—Sí —dice él.

Entonces me reduzco a decirle:

—*J'accuse* —y me voy.

Inmediatamente llamo desde el Banco al *Bohemia*. Quiero darles toda la historia para que la publiquen. Pero no puedo conseguir una buena comunicación. ¿Sabe por qué? La redacción del *Tagblatt* está bastante cerca de la central telefónica; por lo tanto, desde el *Tagblatt* pueden dirigir las conexiones a su gusto, interrumpirlas o establecerlas. Y en efecto, oigo constantemente en el teléfono voces susurrantes e imprecisas, evidentemente los redactores del *Tagblatt*. Es claro, les interesa muchísimo que esa conexión no se establezca. Luego oigo (por supuesto, muy confusamente) que uno de ellos persuade a la telefonista para que no establezca la comunicación; mientras tanto, los otros ya se comunicaron con el *Bohemia* y quieren impedir que oigan mi relato.

—Señorita —grito en el aparato—, si no me da inmediatamente esa comunicación, me quejaré a la administración.

Mis colegas del Banco me rodean y se ríen, al oírme hablar tan enérgicamente con la telefonista. Por fin obtengo la comunicación.

—Llamen al redactor Kisch. Tengo una noticia extraordinariamente importante para el diario. Si no la quieren, me dirigiré de inmediato a otro periódico. Tengo mucha prisa.

Pero como Kisch no está, corto sin revelarles nada.

Al anochecer voy al *Bohemia*, y hago llamar al redactor Kisch. Le cuento toda la historia, pero no quiere publicarla.

—El *Bohemia* —me dice— no puede hacer una cosa semejante, sería un escándalo y no podemos arriesgarnos porque dependemos de otras instituciones. Hable con un abogado, es lo que más le conviene.

—Al volver del *Bohemia* me encontré con usted, y por eso le pido que me aconseje.

—Le aconsejo que trate de llegar a un acuerdo amistoso.

—Yo también había pensado que eso sería lo mejor. Después de todo es una mujer. Las mujeres no tienen alma, dice Mahoma, con razón. Además, perdonar sería más humano, más goethiano.

—Por supuesto. Y así no tendría que renunciar al recital, que de otro modo no podría realizarse.

—Pero ¿qué tengo que hacer ahora?

—Vaya mañana a verla, y diga que por esta vez se reducirá a considerar el asunto como un caso de influencia inconsciente.

—Me parece muy bien. Es exactamente lo que haré.

—Pero no por eso tiene que olvidar la venganza. Simplemente, haga publicar el ensayo en otra parte, y mándeselo luego a la señora Durège con una hermosa dedicatoria.

—Ése será el mejor castigo. Lo haré publicar en el *Deutsche Abendblatt*. Lo aceptarán; en ese sentido no me preocupo. Me reduciré a no pedir ninguna remuneración.

Luego hablamos de su talento como actor. Opino que debería estudiar en alguna parte.

—Sí, tiene razón. Pero ¿dónde? ¿Usted no sabría, por casualidad, dónde puedo estudiar?

—Eso es difícil —le digo—. Ni me lo imagino.

—No importa. Le preguntaré a Kisch. Es periodista, y tiene muchas relaciones. Me aconsejará bien. Simplemente, lo llamaré por teléfono, así me evito y le evito la molestia de un encuentro, y me entero de todo.

—Y con la señora Durège ¿hará lo que le aconsejé?

—Sí, pero ya me olvidé qué me había aconsejado. ¿Qué era?

Le repito el consejo.

—Muy bien, así lo haré.

Entra en el Café Corso, yo me voy a casa, pensando qué refrescante es hablar con un perfecto estúpido. Casi no me reí, sólo me sentía totalmente despierto.

El melancólico *vormals* * que sólo se usa en los carteles comerciales.

2 de marzo. Quién podría confirmarme la verdad o la probabilidad de esta explicación: que sólo a causa de mi vocación literaria no me interesa ninguna otra cosa, y por lo tanto soy insensible.

3 de marzo. El 28 de febrero, Moissi. Espectáculo antinatural. Está sentado, al parecer tranquilo, trata siempre de colocar las manos entre las rodillas, una contra otra, la mirada en el libro que yace sobre la mesa; lanza su voz hacia nosotros con el jadeo de un corredor.

Buena acústica de la sala. No se pierde una palabra, ni se las

* Anteriormente. *(N. del T.)*

traga el aliento; en cambio, todo se vuelve paulatinamente más vasto, como si la voz (que desde hace rato se ocupa de otra cosa) siguiera causando un efecto directo; después del primer impulso recibido, sigue creciendo, y nos insume. Las posibilidades que esto nos sugiere para nuestra propia voz. Así como la sala ayuda a la voz de Moissi, así su voz ayuda a la nuestra. Desvergonzadas artimañas y sorpresas, que nos obligan a bajar la mirada al suelo y que uno no utilizaría nunca: Cantar los versos aislados al principio, por ejemplo "Duerme Miriam, hija mía" [47], vagabundeo de la voz en la melodía; rápida emisión de la *Canción de Mayo*, como si sólo la punta de la lengua se metiera entre las palabras; separación de las palabras "*November-Wind*" *, para hundir el "*Wind*" y luego dejarlo ascender silbando. Si uno mira hacia el techo de la sala, se siente elevado por los versos.

Las poesías de Goethe son inalcanzables para el recitador, pero no por eso se puede realmente considerar defectuosa esta forma de recitar, ya que todas tienden hacia su meta. Gran efecto, más tarde, cuando se puso de pie para recitar la *Canción de la Lluvia*, de Shakespeare, y se liberó del texto, estrujando y estirando su pañuelo y lanzando chispas por los ojos. Mejillas redondas, y sin embargo la cara es angulosa. Cabello blanco, que peina constantemente con suaves movimientos de la mano. Las entusiastas críticas que sobre él hemos leído, sólo le son útiles en mi opinión hasta la primera audición, luego se enreda en ellas y no logra producir una impresión pura.

Esta manera de recitar sentado, con el libro enfrente, nos recuerda un poco a los ventrílocuos. El artista, al parecer sin participar en nada, está sentado como nosotros; apenas vemos de vez en cuando en su cara agachada los movimientos de la boca, y en vez de decir él los versos, éstos se dicen por encima de su cabeza. Aunque podían oírse tantas melodías, aunque la voz parecía timoneada como un barquito liviano en el agua, no se oía en realidad la melodía de los versos. Muchas palabras se disolvían en la voz; las habían cogido tan delicadamente que saltabán hacia los aires y ya no tenía más nada que ver con la voz humana, hasta que la voz emitía necesariamente alguna consonante penetrante, que traía la palabra al nivel de la tierra y la completaba.

Luego, paseo con Ottla, la señorita Taussig, el matrimonio Baum, y Pick; el puente de Elisabeth, los muelles, el Kleinseite, el Café Radetzky, el Puente de Piedra, la Karlsgasse. Todavía gozaba

* Viento de noviembre. *(N. del T.)*

de la perspectiva de mi buen humor, de modo que realmente no podían quejarse de mi comportamiento.

5 de marzo. ¡Estos médicos exasperantes! Decididos como comerciantes, y tan ignorantes de lo que signifique curar, que si esa seguridad de negociantes los abandonara, parecerían escolares junto al lecho del enfermo. Si yo tuviera por lo menos la fuerza suficiente para fundar una asociación de medicina naturalista. A fuerza de escarbar en el oído de mi hermana, el doctor K. convierte una inflamación del tímpano en una inflamación del oído interno; la criada se desmaya mientras enciende el fuego de la estufa; el médico, con esa rapidez de diagnóstico que corresponde cuando se trata de una criada, declara que está descompuesta del estómago y por lo tanto congestionada; al día siguiente la muchacha vuelve a sentirse enferma, tiene mucha fiebre; el médico la vuelve hacia la derecha y hacia la izquierda, comprueba una angina, y se va rápidamente, para que el próximo instante no lo contradiga. Hasta se atreve a hablar de la "reacción vulgarmente violenta de la muchacha", lo que es cierto si quiere decir que está habituado a personas cuyo estado físico se halla a la altura de su habilidad curativa, y es producido por ella; y que se siente insultado, más de lo que se imagina, por la vigorosa naturaleza de esta muchacha campesina.

Ayer, en casa de Baum. Lectura de *El Demonio*. Impresión general hostil. Estado de ánimo, bueno y preciso mientras iba hacia la casa de Baum, inmediato abatimiento al llegar, desconcierto ante la criatura.

Domingo: En el Continental; los jugadores de cartas. *Periodistas*, con Kramer a la cabeza, un acto y medio. Es evidente en Boltz un exceso de hilaridad forzada, de la que sin embargo surgen a veces instantes reales, delicados. Me encontré con la señorita Taussig frente al teatro, durante el intervalo del segundo acto. Corrí al guardarropa, volví con el sobretodo al vuelo y la acompañé a su casa.

8 de marzo. Anteayer, reproches a causa de la fábrica. Luego una hora en el sofá, meditando sobre Tirarse-por-la-ventana.

Ayer, conferencia de Harden sobre "El teatro". Al parecer totalmente improvisada; yo estaba de bastante buen humor, y por lo tanto no me pareció tan vacua como otras. Buen comienzo: "A esta hora, en que nos hemos reunido para discutir sobre el teatro, se alza el telón en todos los teatros de Europa y del resto del mundo, y aparece ante el público el escenario." Con una lámpara eléctrica de pie movible a la altura del pecho, se ilumina la pechera de la camisa como en la vidriera de una camisería; durante la conferencia modifica la iluminación mediante desplazamientos de la lamparita. Baila sobre la punta de los pies, para parecer más alto, así como para estirar su talento improvisatorio. Los pantalones ajustados, aun en la ingle. Un frac corto, como cosido con alfileres sobre una muñeca. Cara seria, casi fatigada; a veces parece la cara de una anciana, a veces la de Napoleón. Color decreciente de la frente, como si tuviera peluca. Probablemente usa corsé.

Releí algunos papeles viejos. Se necesita apelar a todas las fuerzas para persistir en eso. La desdicha que significa tener que interrumpir un trabajo que sólo puede salir bien si se lo termina de un solo envión; y hasta ahora eso es lo que me sucedió siempre; al releer uno vuelve a experimentar esa desdicha, concentrada, aunque no con tanta intensidad como antes.

Hoy, mientras me bañaba, creí sentir en mí viejas fuerzas, como si el largo intervalo no las hubiera tocado.

10 de marzo. Domingo. Sedujo a una muchacha en una pequeña aldea de las montañas Iser, donde pasó todo un verano para reponer sus pulmones delicados. Incomprensiblemente, como a veces proceden los enfermos pulmonares, después de una breve tentativa de convencer a la muchacha, hija de la dueña de su pensión, a quien agradaba pasear de noche con él, después del trabajo, la derribó sobre el césped junto a la orilla del río, y la poseyó, mientras ella yacía desmayada de miedo. Más tarde tuvo que traer agua del río en el cuenco de la mano, y volcarla sobre la cara de la muchacha, para que volviera en sí.

—¡Julchen, Julchen! —le dijo incontables veces, inclinado sobre ella.

Estaba dispuesto a asumir toda la responsabilidad de su ofensa, y sólo se esforzaba por llegar a comprender la gravedad de su posición. Sin ese esfuerzo, no hubiera podido comprenderla. Esa muchacha simple, acostada a su lado, que ya comenzaba a respirar con regularidad y que sólo mantenía los ojos cerrados por temor y por vergüenza, no representaba para él ningún problema; con la punta del pie, él, que era tan alto y fuerte, podía hacer a un lado a la joven. Era débil y fea; lo que le había ocurrido ya no tendría a la mañana siguiente ningún significado para ella. ¿No era eso acaso lo que habría pensado cualquiera que los hubiera comparado? El río seguía tranquilamente su curso, entre las praderas y los campos, hacia las colinas distantes. Todavía daba el sol sobre la pendiente de la orilla opuesta. Las últimas nubes se alejaban por el puro cielo vespertino.

Nada, nada. De ese modo me creo fantasmas. Sólo participé, aunque muy débilmente, en la frase "Más tarde tuvo...", sobre todo en el "volcarla". Durante un instante creí ver algo logrado en la descripción del paisaje.

Tan abandonado de mí mismo, de todos. Ruido en el cuarto contiguo.

11 de marzo. Ayer era insoportable. ¿Por qué no comparten todos la mesa a la hora de cenar? Sería sin embargo tan hermoso.

El recitador Reichmann fué internado en el manicomio al día siguiente de nuestra conversación.

Hoy quemé muchos viejos papeles repugnantes.[48]

12 de marzo. En un rincón del tranvía que pasaba, con la mejilla contra el vidrio de la ventanilla, el brazo izquierdo tendido a lo largo del respaldo del asiento, iba sentado un joven, envuelto en un sobretodo abierto que se hinchaba en torno de él, mirando con ojos observadores el largo banco vacío. Hoy se había comprometido, y no pensaba en otra cosa. Estar comprometido lo ponía de excelente humor, y con este humor miraba a veces rápidamente hacia el techo del tranvía. Cuando vino el guarda a venderle el boleto, encontró fácilmente, después de algunos tintineos, la moneda adecuada, la colocó de un solo impulso en la mano del guarda, y cogió el boleto con dos dedos abiertos en forma de tijera. No había ningún vínculo verdadero entre él y el tranvía, y no habría sido asombroso que, sin utilizar la plataforma ni el estribo, se lo hubiera visto aparecer en la calle y seguir su camino a pie, con la misma mirada.

Sólo el sobretodo hinchado subsiste, todo lo demás es fingido.

16 de marzo. Sábado. Nuevamente reanimado. Nuevamente me aferro a mí mismo, como una pelota que cae, y que uno aferra al caer. Mañana, hoy, empezaré una obra importante, que sin mayor esfuerzo se adaptará a mis condiciones. No pienso abandonarla, mientras pueda. Prefiero vivir insomne que vivir así.

Cabaret Lucerna. Algunos jóvenes cantan una canción cada uno. Si uno está predispuesto y escucha, mediante una ejecución de este tipo, le resulta más fácil captar las inferencias que el texto ofrece a su vida, que mediante un concierto de cantantes de más experiencia. Porque el cantante no puede de ningún modo aumentar el poder de los versos; éstos conservan su independencia y nos tiranizan con el cantante, que ni siquiera usa zapatos de charol, cuya mano a veces no quiere separarse de la rodilla (y si lo hace, sigue demostrando su desagrado), y que se arroja lo más pronto que puede sobre un banco, para ocultar en lo posible la cantidad de torpes y pequeños movimientos que ha requerido.

Escenas de amor en primavera, al estilo de las tarjetas postales. "Fidelidad", una representación que conmueve y avergüenza al público. Fatinitza. Cantante vienesa. Sonrisa dulce, significativa. Me recuerda a Hansi. Una cara con detalles poco significativos, en su mayoría demasiado netos, suavizada y sostenida por la sonrisa. Poco efectiva superioridad sobre el público, cuando está subida a la tarima y se ríe hacia el auditorio indiferente. Estúpida danza de la Degen con fuegos fatuos volantes, ramitas, mariposas, papelitos encendidos, calavera. Cuatro *"Rocking Girls"*. Una muy bonita. Ningún programa dice cómo se llama. Era la de la punta, a la derecha de la sala. Con qué animación tendía los brazos, qué extraordinariamente palpables y silenciosos eran los movimientos de sus largas piernas delgadas y de los delicados y armoniosos huesitos; cómo marcaba mal el ritmo, y cómo sin embargo nada la asustaba ni la distraía de su labor; qué suave sonrisa, que contrastaba con las sonrisas torcidas de las demás; cómo su cara y su cabello eran casi lujuriosos comparados con la magrura del cuerpo; cómo gritaba "despacio" a los músicos, tanto para ella como para sus hermanas. Su maestro de danzas, un joven delgado y llamativamente vestido, permanecía detrás de los músicos, y marcaba el ritmo con una mano, sin que le hicieran caso ni los músicos ni las bailarinas, y sin quitar por su parte los ojos del público. Warnebold, fogosa nerviosidad de una persona vigorosa. De sus movimientos surge a veces una broma, cuyo vigor nos eleva. Cómo se acerca de prisa al piano, con largos pasos, inmediatamente después de anunciado el número.

Leí *De la Vida de un Pintor de Batallas.* [49] Leí a Flaubert en voz alta, con satisfacción.

Necesidad de hablar de las bailarinas con signos de admiración. Porque así uno imita su movimiento; porque así se conserva el ritmo, y el pensamiento no perturba el goce; porque así la acción figura siempre al final de la frase y prolonga mejor su efecto.

17 de marzo. En estos días leí *Morgenrot* *, de Stoessl.[50]

El concierto de Max, el domingo. Mi atención casi inconsciente. De ahora en adelante no me aburrirá más la música. Ya no pretendo más penetrar en ese círculo impenetrable que la música crea inmediatamente en torno de mí, como lo pretendía antes, inútilmente; y también me cuido de saltar por encima de él, lo que soy muy capaz de hacer; permanezco en cambio tranquilo, con mis pensamientos, que en esta estrechez se desarrollan y expiran, sin permitir que se introduzca en esa lenta aglomeración ninguna perturbadora observación de sí mismo. El hermoso *Círculo Mágico* (de Max), que en ciertos momentos parece abrir el pecho de la cantora.

Goethe, *Consuelo en el dolor*. Todo dan en abundancia los dioses inmortales a sus favoritos, las alegrías inmortales, los inmortales sufrimientos. Mi torpeza ante mi madre, ante la señorita Taussig, y ante todos en el Continental y luego en la calle.

Mam'zelle Nitouche [51], el lunes. El excelente efecto de una palabra francesa en medio de una melancólica interpretación alemana. Las niñas de un colegio de monjas, con sus vestidos claros, corren en el jardín detrás de una verja, con los brazos abiertos. Cuartel del regimiento de dragones, de noche. Algunos oficiales celebran una fiesta de despedida en una sala del cuartel, al fondo, en la que se entra subiendo algunos escalones. Llega Mam'zelle Nitouche, y el amor y la temeridad la inducen a tomar parte en la fiesta. ¡Las cosas que pueden ocurrirle a una joven! Por la mañana en el convento, por la tarde sustituta de una cantante de operetas que no aparece, y por la noche en el cuartel de los dragones.

* Del color de la aurora. *(N. del T.)*

Hoy me pasé la tarde en el sofá, dolorosamente cansado.

18 de marzo. Era prudente, si se quiere, porque estaba preparado para afrontar la muerte en cualquier momento; pero no porque hubiera atendido a todo lo que me habían encomendado hacer, sino porque no había hecho nada de eso y además ni siquiera podía esperar hacerlo, aun parcialmente, alguna vez.

22 de marzo. (En estos últimos días he colocado las fechas equivocadas.) Lectura de Baum en el Salón de Lectura. G. F., diecinueve años, se casa la semana próxima. Cara impecable, cenceña, delgada. Aletas de la nariz muy abiertas. Desde hace muchísimo tiempo usa solamente sombreros y vestidos a la cazadora. También el mismo reflejo verde oscuro en su cara. Los cabellos que bajan por sus mejillas parecen unirse con otros nuevos que crecen a lo largo de las mismas, y por otra parte un leve vello cubre toda su cara, inclinada en la oscuridad. Las puntas de los codos apoyadas ligeramente sobre los brazos de la butaca. Más tarde, en la Wenzelsplatz, una impulsiva y completa reverencia, terminada con menos ímpetu, y seguida por un giro y erección del delgado cuerpito, torpe y pobremente vestido. La miré mucho menos de lo que deseaba.

24 de marzo. Ayer, domingo, *La Novia de las Estrellas*, de Christian von Ehrenfels. Perdido en la contemplación; imposible dejar de advertir la insuficiencia del contacto establecido con los tres matrimonios conocidos. El oficial enfermo de la obra. El cuerpo enfermo dentro del ajustado uniforme, que obliga a la salud y a la decisión.

Por la mañana, media hora en casa de Max, en un estado de ánimo luminoso.

En el cuarto contiguo, mi madre conversa con el matrimonio L. Hablan de cucarachas y de callos (el señor L. tiene seis callos en cada dedo). Es fácil advertir que ningún progreso verdadero puede surgir de una conversación como ésta. Son informaciones que pronto serán olvidadas por ambos interlocutores, y que ahora mismo se suceden distraídamente sin ninguna sensación de responsabilidad. Pero justamente por el hecho de que estos diálogos no sean imaginables sin un ambiente de distracción, nos muestran espa-

cios vacíos, que (si uno insiste) sólo pueden llenarse mediante la meditación, o aun mejor mediante el ensueño.

25 de marzo. La escoba que barre la alfombra en el cuarto contiguo susurra como la cola de un vestido que se desplazara intermitentemente.

26 de marzo. Simplemente, no sobrestimar lo que he escrito; de otro modo se me volvería inalcanzable lo que aún espero escribir.

27 de marzo. El lunes, en la calle, atrapé a un niño que, junto con otros, arrojó una gran pelota a una criada que pasaba indefensa ante ellos; justamente cuando la pelota le daba en el trasero, cogí al niño por el cuello, se lo apreté con furor, lo lancé a un costado y dije un juramento. Me fuí y ni siquiera miré a la muchacha. Cuando uno está tan lleno de furor, se olvida totalmente de su existencia terrenal, y se atreve a creer que si se presentara la ocasión apropiada podría igualmente sentirse lleno de sentimientos aun más hermosos.

28 de marzo. De la conferencia de la señora Fanta, "Impresiones de Berlín": En cierta ocasión Grillparzer no quiso ir a una reunión porque sabía que se encontraría allí con Hebbel, de quien era amigo. "Volverá a preguntarme una vez más qué pienso de Dios, y como no sabré qué contestarle, se mostrará grosero." Mi torpe comportamiento.

29 de marzo. La alegría en el cuarto de baño. Comprensión progresiva. Las tardes que me pasé con mi cabello.

1º de abril. Por primera vez en la semana, fracaso casi completo al escribir. ¿Por qué? También padecí durante la semana anterior estados de ánimo cambiantes, pero no permití que influyeran sobre lo que escribo; pero me da miedo hablar de eso.

3 de abril. Así se va un día; por la mañana, la oficina; por la tarde, la fábrica; ahora, por la noche, la casa llena de gritos, a izquierda y derecha; más tarde, traer a mi hermana que fué a ver *Hamlet*; y en ningún momento conseguí empezar nada.

8 de abril. Sábado de Gloria. Completo conocimiento de uno mismo. Poder aferrar el conjunto de sus capacidades, como una

pelotita. Aceptar la máxima decadencia como algo ya conocido, y así mantenerse elástico.

Deseo de un sueño más profundo, que disuelva más. La necesidad metafísica sólo es la necesidad de la muerte.

Qué afectadamente hablé hoy ante Haas [52], cuando éste elogió el informe de viaje de Max y mío, para hacerme merecedor, por lo menos personalmente, del elogio que el informe no merece, o para prolongar fraudulentamente el fraudulento o mentiroso efecto del diario de viaje, o para seguir la corriente de la amable mentira de Haas, que yo quería facilitarle.

6 de mayo. Las once de la noche. Por primera vez desde hace cierto tiempo, completo fracaso al escribir. La sensación de un procesado.

Soñé hace poco:

Viajaba con mi padre por Berlín, en el tranvía. La característica de gran ciudad consistía en innumerables barreras de tránsito, a intervalos regulares, erectas, rayadas y bicolores, de punta roma. Fuera de eso, casi todo estaba vacío; pero había una multitud considerable de dichas barreras. Llegamos frente a un portón, descendimos del tranvía sin advertirlo, entramos por el portón. Detrás de éste se alzaba una pared muy empinada, que mi padre escaló casi bailando; se le volaban las piernas, tan fácil le resultaba el ascenso. Evidentemente, implicaba cierta falta de consideración el hecho de que no me ayudara en lo más mínimo, ya que llegué a la cima con infinito esfuerzo, a cuatro patas, retrocediendo muchas veces, como si la pared se hubiera vuelto más empinada para mí. También era desagradable que estuviera cubierta de excrementos humanos, que se me pegaban en copos colgantes por todo el cuerpo, especialmente en el pecho.

Yo los miraba con la cara inclinada, y les pasaba la mano por encima. Cuando por fin llegué arriba, mi padre, que ya salía del interior de un edificio, se me echó al cuello, me besó y me abrazó. Llevaba un levitón anticuado, corto, acolchonado interiormente como un sofá, que yo recordaba muy bien. "¡Este doctor von Leyden! Es un hombre extraordinario", exclamaba repetidamente. Pero no había ido a visitarlo en su condición de médico, sino como a una persona digna de conocer. Sentí cierto temor de que me obligara a entrar también a mí, pero esto no ocurrió.

Detrás de mí, a la izquierda, vi a un hombre que me daba la espalda, sentado en una habitación prácticamente construída de vidrio. Resultó que este hombre era el secretario del Profesor; que mi padre en realidad sólo había hablado con él, y no con el Profesor en persona, pero que de algún modo había llegado a comprender perfectamente, a través del secretario, los méritos del Profesor, de modo que en todo sentido tenía tanto derecho de juzgar al Profesor como si le hubiera hablado personalmente.

Teatro Lessing: *Las Ratas.*

Carta a Pick, porque no le escribí hasta ahora. Tarjeta a Max, por el placer que me causó *Arnold Beer*.[53]

9 de mayo. Anoche, en el café, con Pick. A pesar de toda mi inquietud, me aferro a mi novela, como un monumento que mira hacia lo lejos y se mantiene firme sobre su pedestal.[54]

Hoy, velada lamentable con la familia. Mi cuñado necesita dinero para la fábrica; mi padre está furioso por culpa de mi hermana, por culpa del negocio y por culpa de su corazón; mi desdichada segunda hermana; mi madre desdichada, por culpa de todos; y yo con mis papeluchos.

22 de mayo. Ayer, espléndida velada con Max. Cuando me quiero, lo quiero aun más a él. Lucerna. *La Señora Muerte*, de Rachilde. *Sueño de una mañana de primavera.*[55] La alegre gordita en el palco. La alocada de nariz ordinaria, con la cara cubierta de ceniza, los hombros que se le salían del vestido, aunque éste no era descotado, las nalgas que se torcían a izquierda y derecha; la blusa azul, simple, con lunares blancos; el guante de esgrimista, constantemente visible, ya que casi todo el tiempo tenía la mano derecha, o simplemente la punta de los dedos, apoyada sobre el muslo derecho de su alegre madre, sentada a su lado. Las trenzas enroscadas sobre las orejas, una cinta celeste no demasiado limpia en la nuca, el cabello que se proyecta en un jopo delgado, pero compacto, en torno de la frente y muy hacia adelante. Su abrigo cálido, arrugado, liviano, que cae en pliegues descuidados mientras conversa junto a la caja.

23 de mayo. Ayer, de puro aburrimiento, un hombre se cayó de la silla, detrás de nosotros. Comparación de Rachilde: los que se alegran en el sol y esperan que los demás se alegren también, son

como ebrios que vuelven de noche de un casamiento y obligan a todos los que encuentran a brindar por la novia desconocida.

Carta a Weltsch, proponiéndole que nos tuteemos. Ayer, excelente carta al tío Alfred, sobre la fábrica. Anteayer, carta de Löwy.

Esta noche, de puro aburrimiento, me lavé tres veces seguidas las manos en el cuarto de baño.

La niñita con dos trencitas, cabeza descubierta, vestidito suelto (rojo con pintitas blancas), piernas y pies desnudos, que cruzó indecisa la calle frente al Teatro Nacional, con una canastita en una mano y una cajita en la otra.

La exhibición inicial de espaldas en *La Señora Muerte*, basada en este principio: A igualdad de condiciones, el dorso de un aficionado es tan hermoso como el dorso de un buen actor. ¡Los escrúpulos de ciertas personas!

Hace algunos días, notable conferencia de David Triestch sobre "Colonización en Palestina".

25 de mayo. Ritmo débil, poca sangre.

27 de mayo. Ayer, Pentecostés; tiempo muy frío, excursión desagradable con Max y Weltsch. Por la noche, en el café, Werfel me da *Visita del Elíseo.*

Una parte de la Niklasstrasse y todo el puente se vuelven conmovidos para contemplar el espectáculo de un perro que ladra ruidosamente detrás de una ambulancia. De pronto el perro se detiene, se vuelve, y demuestra ser un perro común y cualquiera, cuyo deseo de perseguir el coche no respondía a ningún motivo especial.

1º de junio. Hoy no escribí nada.

2 de junio. Hoy no escribí casi nada.

Ayer, conferencia del doctor Soukup en la Casa de Representación, sobre América. (Los checos en Nebraska; en Norteamérica todos los cargos son adjudicados por elección; todo el mundo debe pertenecer a uno de los tres partidos —republicano, demócrata,

socialista—; mitin electoral de Roosevelt, con su vaso amenazó a un granjero que le había hecho una objeción; oradores callejeros que llevan consigo como tribuna una especie de cajita.) Luego, festival de primavera; me encontré con Paul Kisch, que habló de su disertación sobre "Hebbel y los checos".

6 de junio. Jueves, Corpus Christi. Dos caballos que corren; uno agacha la cabeza, para sí, sin intervenir en la carrera, y agita toda la crin; luego la levanta, y sólo entonces, al parecer más satisfecho, reanuda la carrera, que en realidad no había interrumpido.

Leo ahora en la *Correspondencia* de Flaubert: "Mi novela es la roca donde me aferro, y no sé nada de lo que ocurre en el mundo." Parecido a lo que anoté sobre mí el 9 de mayo.

Sin peso, sin huesos, sin cuerpo, anduve dos horas por las calles, y medité lo que había conseguido esta tarde al escribir.

7 de junio. Malo. Hoy no escribí nada. Mañana no tengo tiempo.

Lunes, 6 de julio.[56] Empecé algo. Estoy un poco soñoliento. Además, perdido entre toda esta gente desconocida.

9 de julio. ¡Hace tanto que no escribo! Mañana empezaré. Si no, me hundiré nuevamente en una renovada e incontenible insatisfacción; en realidad, ya me hundo. Empieza la nerviosidad. Pero si algo puedo hacer, también podré hacerlo sin recurrir a precauciones supersticiosas.

La invención del diablo. Cuando estamos poseídos por el demonio, no puede ser uno solo, porque en ese caso viviríamos (por lo menos en la tierra) tranquilamente, como con Dios, en unidad, sin contradicción, sin reflexión, siempre seguros del ser que está detrás de nosotros. Su rostro no nos espantaría, porque como seres demoníacos, sensibles ante su aspecto, seríamos suficientemente astutos para sacrificar con gusto una mano con tal de mantener oculto con ella ese rostro. Si sólo nos poseyera un solo demonio, que pudiera contemplar tranquila e imperturbablemente todo nuestro ser, con libertad de disponer de nosotros en cualquier momento, entonces ese demonio tendría también la fuerza suficiente para mantenernos por encima del espíritu de Dios en nosotros, durante

todo el trascurso de una vida humana, y aun para lanzarnos hacia todas partes; de modo que tampoco llegaríamos a ver ni un reflejo de ese espíritu, y por lo tanto no nos sentiríamos intranquilos en ese sentido. Sólo una cantidad de demonios puede ser la causa de nuestras desdichas terrenales. ¿Por qué no se exterminan entre sí hasta que sólo quede uno, o por qué no se subordinan a un demonio mayor? Las dos alternativas se ajustarían al espíritu del principio diabólico, de defraudarnos lo más perfectamente posible. ¿De qué sirve entonces, mientras no existe esa unidad, el fatigoso interés de ese conjunto de demonios en nosotros? Es simplemente evidente que la caída de un cabello de un hombre interesa más al demonio que a Dios, ya que el diablo pierde realmente el cabello, y Dios no. Pero mientras todos esos demonios persisten dentro de nosotros, no nos es posible alcanzar jamás un verdadero bienestar.

7 de agosto. Prolongado tormento. Finalmente escribí a Max que no consigo sacar nada en limpio de los fragmentos que todavía subsisten, que no quiero esforzarme, y que por lo tanto no publicaré el libro.[57]

8 de agosto. Terminé el *Embaucador*, por ahora satisfactoriamente. Con los últimos restos de un estado de ánimo normal. Las doce; ¿cómo haré para dormir?

9 de agosto. Noche agitada. Ayer, la criada que decía al niñito en la escalera: "Cógete de mis faldas."

Mi inspirada y flúida lectura en voz alta del *Pobre Violinista.* A través de este relato, percepción de la virilidad de Grillparzer. Cómo puede arriesgarse a todo y no se arriesga, porque ya sólo subsiste en él lo que es verdadero, y que aun ante las momentáneas impresiones contradictorias sabrá justificar su condición de verdadero cuando llegue el momento apropiado. El tranquilo dominio de sí mismo. El lento avance, que no descuida nada. Cómo está preparado para reaccionar inmediatamente, cuando conviene, y no antes, ya que divisa desde lejos lo que se acerca.

10 de agosto. No escribí nada. Estuve en la fábrica; respiré durante dos horas el gas del cuarto de máquinas. La energía del capataz y del fogonero ante el motor, que por algún motivo inexplicable no quiere andar. Desastrosa fábrica.

11 de agosto. Nada, nada. ¡Cuánto tiempo me roba la publicación del librito, y cuánta dañosa y ridícula vanidad me provoca la lectura de esas viejas páginas con la intención de publicarlas! Sólo esto me impide escribir. Y sin embargo, en realidad no he logrado nada todavía; esta perturbación es la mejor prueba de ello. De todos modos, después de la publicación del libro tendré que mantenerme mucho más alejado que antes de las revistas y las críticas, si no quiero reducirme a mojar sólo la punta de los dedos en la verdad. ¡Qué difícil de mover me he vuelto, además! Antes, apenas decía una palabra que se opusiera a la dirección momentánea del discurso, volaba inmediatamente al otro lado; ahora me conformo con contemplarme y sigo siendo como soy.

14 de agosto. Carta a Rowohlt.

Muy estimado señor Rowohlt:

Aquí le envío las breves prosas que usted deseaba ver; creo que alcanzan para formar un librito. Mientras las recopilaba con ese fin, tuve que elegir muchas veces entre el deseo de satisfacer mi sentido de la responsabilidad y el de publicar yo también uno de sus hermosos libros. Ciertamente, no en todos los casos la decisión fué clara. Pero ahora me sentiría por supuesto muy feliz si estos fragmentos le interesaran lo suficiente como para publicarlos. Después de todo, aun con la máxima experiencia y la máxima comprensión, no es fácil discernir a primera vista sus defectos. En la gran mayoría de los casos, la personalidad del escritor consiste justamente en saber ocultar sus defectos de una manera totalmente distinta.

Suyo...

15 de agosto. Un día inútil. Lo perdí durmiendo, o recostado. Festividad de Santa María en la Plaza de Altstadt. El hombre cuya voz parecía surgir de un agujero en la tierra. Pensé mucho —qué turbación antes de escribir los nombres— en F. B.[58] Ayer, *La Posada Polaca.*[59] O. acaba de recitar poemas de Goethe. Los elige con verdadero gusto. *Consuelo de las Lágrimas, A Lotte, a Werther, A la Luna.*

Releí mis viejos diarios, en vez de alejarme de esas cosas. Vivo lo más insensatamente que puedo. Y la culpa de todo la tiene la publicación de esas treinta y una páginas. Por supuesto, más culpa tiene mi debilidad, al permitir que una cosa así influya sobre mí. En vez de sacudirme de todo eso, me siento, y medito cómo podría

expresarlo de la manera más ofensiva posible. Pero mi aterradora calma obstruye mi inventiva. Siento curiosidad por saber cómo haré para salir de este estado. No me dejo manejar, ni tampoco sé cuál es el verdadero camino de salida; ¿qué irá a pasar? ¿Habré por fin encallado como una vasta mole en mi angosto camino? Si así fuera, por lo menos podría volver la cabeza. Y eso es lo que hago, sin embargo.

16 de agosto. Nada, ni en la oficina, ni en casa. Escribí algunas páginas del diario de Weimar.

Esta noche, los gemidos de mi pobre madre porque no como nada.

20 de agosto. Los dos niñitos, ambos con blusas azules, la del más pequeño más oscura, que frente a mi ventana cruzan el terreno destinado a la Universidad, parcialmente cubierto de hierba, llevando cada uno un haz de heno seco que les llena los brazos. Laboriosamente tratan de subir una pendiente. Deleite visual de la escena.

Esta mañana, el carro vacío, arrastrado por un caballo grande y flaco. Al hacer el último esfuerzo para ascender una cuesta, ambos se alargaron de manera insólita. Visto angularmente por el espectador. El caballo, con las patas delanteras un poco alzadas, el cuello tenso hacia arriba y hacia un costado. Sobre él, el látigo del carrero.

Si Rowohlt me mandara todo de vuelta, y yo pudiera guardarlo nuevamente bajo llave y borrar lo ocurrido, y volver a ser simplemente tan desdichado como antes.

La señorita F. B. Cuando llegué a casa de Brod, el 13, estaba comiendo con ellos en la mesa; sin embargo la tomé por una criada. Tampoco sentí la menor curiosidad por saber quién era; la consideré en cambio como algo indiscutible y la traté familiarmente. Cara huesuda y vacía, que exhibe abiertamente su vacuidad. Cuello desnudo. Una blusa puesta de cualquier modo. Parecía bastante pobremente vestida, aunque luego demostró lo contrario. (El hecho de observarla tan de cerca la aleja un poco de mí. De todos modos, en qué estado me encuentro actualmente, alejado de todo lo que es bueno, y ni siquiera me doy cuenta todavía. Si la charla literaria en casa de Max no me dispersa demasiado, trataré de escribir la historia de Blenkelt. No conviene que sea larga, pero no tiene que fallarme.) Nariz casi quebrada. Rubia; cabello algo lacio, poco atractivo; barbilla vigorosa. Mientras me sentaba, la miré por primera vez de cerca, apenas me senté ya me había formado un juicio irrevocable. Como se...

21 de agosto. Leí *Primavera,* incesantemente, y —tal es mi estado— me hizo volver en mí.

La imagen de la disconformidad que nos ofrece una calle, donde todos alzan los pies para alejarse del lugar en que se encuentran.

30 de agosto. Todo este tiempo no hice nada. Visita de mi tío de España. El sábado pasado Werfel recitó en el Arco sus *Canciones de la Vida* y la *Ofrenda.* ¡Un monstruo! Pero lo miré en los ojos y sostuve su mirada toda la noche.

Costará mucho agitarme, y sin embargo estoy inquieto. Esta tarde, mientras estaba acostado en la cama, alguien hizo girar rápidamente una llave en la cerradura; durante un instante tuve cerraduras por todo el cuerpo, como en un baile de disfraz; aquí y allá, con breves intervalos, abrían o cerraban una de las cerraduras.

Encuesta de la revista *Miroir* sobre el amor en la actualidad, y sobre las trasformaciones del amor desde la época de nuestros abuelos. Una actriz contestó: Nunca se amó mejor que en nuestros días.

¡Qué deshecho y exaltado me sentí después de oír a Werfel! Cómo me comporté después, casi alocada e impecablemente, en la reunión en casa de L.

Sin mayor excusa (envío del libro a Rowohlt, abscesos, visita de mi tío), durmiendo y haraganeando, perdí todo este mes que a causa de la ausencia de mi jefe pude haber aprovechado extraordinariamente. Esta misma tarde, con soñolientos pretextos, desperdicié tres horas en la cama.

4 de setiembre. Mi tío de España. El corte de su abrigo. El efecto de su proximidad. Los detalles de su personalidad. Cómo atraviesa flotando el vestíbulo cuando va al baño. En esos momentos no contesta lo que le preguntan. Día tras día se vuelve más suave,

si uno no considera el cambio paulatino, sino los momentos más importantes.

5 de setiembre. Le pregunto: ¿Cómo puede conciliarse el hecho de que estés siempre insatisfecho, como dijiste hace poco, con el hecho de que te encuentres cómodo en cualquier situación, como lo demuestras a cada momento (y como lo prueba la grosería siempre característica de esta cualidad, pensé yo)? Me contestó, tal como lo recuerdo: "Me siento insatisfecho en las cosas aisladas, pero esto no vale para el conjunto. A menudo ceno en una pequeña pensión francesa, muy cara y elegante. Por ejemplo, una habitación para un matrimonio cuesta cincuenta francos por día, con pensión. Es así como de pronto me encuentro entre un secretario de la Embajada francesa, supongamos, y un general de artillería español. Frente a mí se sienta un alto oficial del Ministerio de Marina, y algún conde. Los conozco muy bien a todos; me siento en mi lugar, saludando hacia todos lados, pero como estoy de mal humor no digo una sola palabra hasta que vuelvo a saludarlos para despedirme. Salgo, me veo por fin solo en la calle, y realmente no comprendo de qué me sirvió la velada. Me voy a mi casa y me arrepiento de no haberme casado. Naturalmente, esto no dura mucho, ya sea porque lo pienso a fondo, ya sea porque empiezo a pensar en otra cosa. Pero en ciertas circunstancias, la situación se repite."

8 de setiembre. Domingo por la mañana. Ayer, carta al doctor Schiller.

Tarde. Cómo mi madre, con una cantidad de mujeres más, juega a los gritos con unos niñitos cerca de mi habitación, y me obliga a huir de la casa. "¡No llores! ¡No llores!" etc. "Eso es de él. ¡Eso es de él! ¡Dos hombrecitos!" etc. "¿No quiere...? ¡Pero! ¿...Cómo te fué en Viena, Dolphi? ¿Era lindo?... ¡Por favor, miren un poco esas manos!"

11 de setiembre. Anteayer por la noche con Utitz.

Un sueño: Me encontraba sobre una escollera de piedras cuadradas que se internaba profundamente en el mar. Alguien estaba a mi lado, tal vez varias personas, pero la conciencia que yo tenía de mí mismo era tan fuerte que de esos seres sólo sabía que de vez en cuando les dirigía la palabra. Sólo recuerdo las rodillas de alguien que estaba sentado a mi lado. Al principio no sabía realmente dónde me encontraba; de pronto me levanté, por casualidad, y vi a mi izquierda y también detrás de mí, a la derecha, el vasto mar, claramente delineado, con muchos barcos de guerra anclados en hilera. A la derecha se veía Nueva York; estábamos en el puerto de Nueva York. El cielo era gris, pero uniformemente claro. Yo me movía libremente en mi asiento, expuesto a todos los vientos, para no dejar de ver nada. Hacia Nueva York mi mirada bajaba un poco, hacia el mar subía. En ese momento también advertí que el agua ascendía en torno de nosotros, en grandes oleadas cubiertas por un prodigioso tráfico de diversas banderas. Sólo recuerdo que en vez de nuestras balsas había enormes haces redondos de largos troncos, atados entre sí, cuyos extremos asomaban constantemente entre las olas al navegar, y se hundían en ellas según su mayor o menor altura; también giraban de punta sobre las aguas. Me senté, acerqué los pies a mi cuerpo, me estremecí de placer, prácticamente me hundí de deleite en el suelo, y dije: "Por cierto, esto es más interesante aún que el movimiento de un bulevar parisiense."

12 de setiembre. Esta noche vino a visitarnos el doctor L. Otro que emigra a Palestina. Está dando los últimos exámenes de abogacía, un año antes de terminar el curso práctico, y se va con un capital de mil doscientas coronas (dentro de catorce días) a Palestina. Tratará de conseguir un empleo en la Administración de Palestina. Todos estos hombres que emigran a Palestina (el doctor B., el doctor K.) mantienen la mirada baja, se sienten deslumbrados ante sus interlocutores, pasean las puntas de los dedos extendidos por la mesa; les tiembla la voz, se ríen débilmente y sostienen su sonrisa con un poco de ironía. El doctor K. dijo que sus alumnos son calvinistas; siempre tienen a los Macabeos en la boca, y quieren imitarlos.

Descubro que sólo pude escribir tan bien y con tanto interés al doctor Schiller porque la señorita B. pasó por Breslau, aunque ya hace más de catorce días, y todavía subsisten rastros en el aire de la idea que tuve en ese momento de mandarle flores por intermedio del doctor Schiller.

15 de setiembre. Compromiso de mi hermana Valli.

Desde el fondo
del cansancio
ascendemos
renovados;

oscuros señores
esperamos
que los niños
desfallezcan.

El amor entre hermano y hermana; repetición del amor entre el padre y la madre.

El presentimiento del único biógrafo.

El hueco que la obra genial ha producido a nuestro alrededor es un buen lugar para encender nuestra pequeña luz. De allí la inspiración que irradian los genios, la inspiración universal que no sólo nos impulsa a la imitación.

18 de setiembre. Los cuentos de H., ayer en la oficina. El picapedrero del camino que le pidió una rana, la cogió por los pies y se la tragó en tres bocados; uno para la cabeza, otro para el trasero y finalmente otro para las patas. El mejor método para matar gatos, que siempre se aferran tenazmente a la vida: apretarles el cuello en una puerta abierta y tirarles la cola. Su repugnancia ante los insectos. Una noche, cuando cumplía el servicio militar, algo le picó la nariz; en sueños le pegó una palmada, y aplastó algo. Era una chinche, y el mal olor le quedó encima durante varios días.

Cuatro personas comieron un guiso de gato muy bien preparado, pero sólo tres sabían lo que comían. Después de comer los tres empezaron a maullar; el cuarto no quiso creerlo, hasta que le mostraron la piel ensangrentada; entonces lo creyó, y no le alcanzaron las piernas para salir corriendo y vomitar todo; después estuvo muy enfermo durante dos semanas.

El picapedrero sólo se alimentaba de pan y de frutas o seres vivientes que encontraba por casualidad; sólo bebía aguardiente. Dormía en el galpón de un horno de ladrillos. Una vez H. lo encontró en el campo al anochecer. "Quieto", dijo el hombre, "o si no..." R., por divertirse, le obedeció. "Déme un cigarrillo", agregó el hombre. H. se lo dió. "¡Déme otro!" "Ah, ¿quieres otro?" le preguntó H.; cogió por precaución su bastón nudoso en la mano izquierda, y con la derecha le dió un golpe en la cara, haciéndole caer el cigarrillo. El hombre se escapó inmediatamente, cobarde y débil, como lo son siempre estos bebedores de aguardiente,

Ayer, en casa de B., con el doctor L. Canción de Reb Dovidl; Reb Dovidl, el de Wassilko, se va hoy a Talne. En una ciudad cualquiera entre Wassilko y Talne lo cantan indiferentemente, en Wassilko llorando, en Talne con alegría.

19 de setiembre. El contador P. cuenta el viaje que hizo con un compañero de la escuela, cuando tenía trece años, con setenta *kreuzern* * en el bolsillo. Llegaron al anochecer a una posada; en ese momento tenía lugar una prodigiosa reunión de borrachos en honor del alcalde, recién llegado del servicio militar. Había más de cincuenta botellas vacías de cerveza en el suelo. El humo de las pipas llenaba todo el salón. El mal olor de la borra de la cerveza. Los dos niñitos contra la pared. El alcalde ebrio, que en homenaje a su servicio militar pretende mantener la disciplina en todas partes, los descubre y los amenaza con mandarlos de vuelta a su casa, presos como desertores, acusación que no retira a pesar de todas las explicaciones que le dan. Los niños tiemblan, le muestran los documentos de identidad del colegio, declinan *mensa* ante un maestro medio borracho que no los ayuda en nada. Sin llegar a una clara decisión sobre su destino ulterior, los obligan a beber con ellos, lo que les parece muy bien, porque los escasos medios de que disponen jamás les hubieran permitido el lujo de beber tanta cerveza. Beben hasta hartarse, y después de la partida de los últimos parroquianos, ya muy entrada la noche, se acuestan en ese mismo salón, sin ventilar, sobre un poco de paja dispersa en el suelo, y duermen como grandes señores. Pero más o menos a las cuatro de la mañana aparece una gigantesca criada con una escoba; declara no tener tiempo para perderlo en explicaciones, intenta echarlos a la calle, velada por la neblina, pero ellos se escapan por su propia decisión. Cuando el salón estuvo un poco arreglado, les sirvieron sobre la mesa dos grandes tazones de café, llenos hasta el tope. Al revolver el café con la cuchara, aparecía constantemente en la superficie una cosa grande, oscura, redonda, que volvía a sumergirse. Pensaron que más tarde averiguarían qué era, y bebieron con avidez, hasta que el aspecto del tazón medio vacío y la persistencia de esa cosa oscura empezaron a preocuparlos; requirieron entonces el consejo de la criada. Resultó entonces que la cosa negra era sangre vieja de ganso, coagulada, que había quedado del banquete de la noche anterior en esos tazones, donde inadvertidamente, en el estupor matutino, habían echado el café caliente. Inmediatamente los niños salieron corriendo y vomitaron todo, hasta la última gota. Más

* Céntimos. *(N. del T.)*

tarde tuvieron que presentarse ante el párroco; éste, después de un breve examen de religión, dictaminó que eran buenos chicos, ordenó que la cocinera les sirviera un poco de sopa, y luego los despidió con una bendición. Como eran alumnos de un colegio de religiosos, en casi todas las parroquias por donde pasaron recibieron la misma bendición y la misma sopa.

20 de setiembre. Ayer, cartas a Löwy y a la señorita Taussig; hoy a la señorita B. y a Max.[60]

23 de setiembre. Escribí este relato, *La Condena*, de un solo tirón, durante la noche del 22 al 23, desde las diez de la noche hasta las seis de la mañana. Casi no podía mover las piernas debajo del escritorio, tanto se me habían acalambrado. La terrible tensión y la alegría, a medida que el relato se desarrollaba ante mí, como quien avanza sobre la faz del agua. Varias veces, durante la noche, cargué todo mi peso sobre mis espaldas. Cómo todo puede decirse; cómo para todo, aun las ocurrencias más extrañas, hay preparada una gran hoguera, donde perecen y renacen. Cómo el cielo empezó a volverse azul en la ventana. Pasó un carro. Dos hombres cruzaron el puente. A eso de las dos miré por última vez el reloj. Cuando la criada atravesó por primera vez el vestíbulo, yo escribía la última frase. La lámpara que se apaga y la claridad del día. Leve dolor en el corazón. El cansancio, que desapareció cuando mediaba la noche. Mi estremecida aparición en el cuarto de mis hermanas. Lectura. Antes, me desperecé frente a la criada y le dije: "Estuve escribiendo hasta ahora". El aspecto de la cama intacta, como si acabaran de traerla. La comprobada convicción de que mi novela me retiene en los vergonzosos bajos fondos de la literatura. *Sólo así* puede escribirse, sólo con esta coherencia, con esta apertura total del cuerpo y del alma. La mañana en cama. Los ojos siempre claros. Diversos sentimientos suscitados durante la noche por lo que escribía; por ejemplo la alegría de poder ofrecer algo hermoso a Max para su *Arkadia*; recuerdos de Freud, naturalmente; en cierto lugar, de *Arnold Beer*, en otro de Wassermann, en otro de la giganta de Werfel; por supuesto, también de mi relato *El Mundo Urbano.*

Gustav Blenkelt era un hombre simple, de costumbres ordenadas. No le gustaban los lujos inútiles, y tenía una opinión definida de las personas que ambicionan esos lujos. Aunque era

soltero, se sentía perfectamente capacitado para emitir una opinión decisiva sobre los asuntos maritales de sus conocidos, y aquel que se hubiera atrevido a poner en tela de juicio ese derecho, habría sido muy mal acogido. Solía decir en cualquier parte su opinión, y no se preocupaba por retener de ningún modo al interlocutor que no estuviera de acuerdo con esta opinión. Como en todas partes, había gente que lo admiraba, gente que lo respetaba, gente que lo soportaba, y finalmente gente que no quería saber nada de él. En efecto, cuando uno observa atentamente, advierte que en torno de cada persona, aun la más nula, existe un círculo más o menos estrecho de conocidos, y, ¿cómo podía no ocurrir lo mismo con Gustav Blenkelt, un ser en el fondo eminentemente sociable?

Durante su trigésimo quinto año de vida, el último de su existencia, solía verse muy a menudo con un joven matrimonio de apellido Strong. Es indudable que para el señor Strong, que con el dinero de su mujer había instalado una mueblería, la relación con Blenkelt resultaba muy ventajosa, ya que la mayoría de los conocidos de éste eran personas jóvenes y casaderas, que tarde o temprano se verían obligadas a comprar un juego nuevo de muebles, y que por lo general ya estaban acostumbradas a no desdeñar los consejos de Blenkelt en ese sentido. "No les aflojo las riendas", solía decir éste.

25 de setiembre. Me obligué voluntariamente a no escribir. Me revolví en la cama. La congestión de la sangre en mi cabeza, y el inútil fluir de las cosas. ¡Qué perjudicial! Ayer leí en casa de Baum, ante la familia Baum, mis hermanas, Marta, la señora del doctor Bloch y dos hijos suyos (uno voluntario por un año en el ejército). Hacia el final mi mano se movía sin dirección, y hasta pasaba frente a mi cara. Tenía lágrimas en los ojos. Se confirmó lo indudable del relato. Esta noche me obligué a no escribir. Cinematógrafo, en el Teatro Nacional. Palco. La señorita O.; en cierta ocasión la persiguió un cura. Llegó a su casa empapada de sudor frío. Danzig. Vida de Körner. Los caballos. El caballo blanco. El humo de la pólvora. La cacería salvaje de Lützow.[61]

1913

11 de febrero. Con motivo de la corrección de las pruebas de *La Condena,* anotaré todas las vinculaciones que he llegado a discernir en dicho relato, tales como las veo ahora. Esto es necesario, porque el relato surgió de mí como un verdadero parto, cubierto de suciedad y barro; y sólo mi mano es capaz de alcanzar el cuerpo, y se complace en ello:

El amigo es el vínculo entre el padre y el hijo; es la máxima vinculación común. Sentado junto a su ventana, Georg escudriña a solas, voluptuosamente, este vínculo común, cree poseer dentro de sí a su padre, y está conforme con todo, excepto una ligera melancolía reflexiva. El desarrollo del relato nos muestra cómo el padre se basa en ese vínculo común, el amigo, para alzarse como antagonista frente a Georg, fortalecido por otros pequeños vínculos comunes, es decir, el afecto y la devoción hacia la madre, la fidelidad a su recuerdo, y la clientela del negocio que en otros tiempos había sido obtenida por el padre. Georg no tiene nada; la novia, que en el relato sólo vive en relación al amigo, es decir, al vínculo común con el padre, y que, como todavía no se consumó el matrimonio, no puede entrar en el círculo familiar que encierra al padre y al hijo, es fácilmente descartada por el padre. Lo que tienen en común reposa solamente sobre el padre; Georg sólo puede sentirlo como algo extraño, que se ha independizado, algo que él no ha protegido nunca suficientemente, expuesto a las vagas revoluciones rusas; y sólo porque ya no posee nada, excepto la visión de su padre, la condena que lo aleja definitivamente del mismo puede parecerle tan terrible.

Georg tiene el mismo número de letras que Franz. En Bendemann, el "mann" es un énfasis agregado a "Bende", con miras a todas las posibilidades aún imprevistas del relato. Pero también Bende tiene tantas letras como Kafka, y la vocal *e* se repite en el mismo lugar que la vocal *a* de Kafka.

Frieda tiene también tantas letras como F., y la misma inicial.

Brandenfeld tiene la misma inicial que B., y en la palabra "feld" * también hay cierta relación de significados. Tal vez el recuerdo de Berlín haya tenido alguna influencia, y el Mark Brandenburg haya contribuído con alguna sugestión.

12 de febrero. Al describir al amigo en el extranjero pensé mucho en Steuer. Ahora bien, cuando lo encontré por casualidad unos tres meses después de escribir el relato, me comunicó que hacía tres meses que se había comprometido.

Después de mi lectura del cuento en casa de Weltsch, ayer, el padre de Weltsch salió; cuando volvió, después de un rato, elogió sobre todo las descripciones gráficas del relato. Con la mano extendida dijo: "Veo a ese padre ante mis ojos", mirando al mismo tiempo directamente hacia la silla vacía, donde se había sentado durante la lectura.

Mi hermana dijo: "Es nuestra casa". Me asombró que se equivocara de ese modo en la disposición de la casa, y le contesté: "En ese caso, realmente, papá tendría que vivir en el cuarto de baño".

28 de febrero. Una lluviosa mañana otoñal, Ernst Liman llegó a Constantinopla, por asuntos de negocios; como de costumbre —era la décima vez que repetía este viaje—, se dirigió, sin preocuparse mayormente por otra cosa, hacia el hotel donde solía alojarse. Las calles estaban bastante desiertas; hacía más bien frío, la llovizna entraba en el coche, y fastidiado por el mal tiempo que lo había seguido durante todo el viaje, alzó la ventanilla del vehículo y se acurrucó en un rincón, para dormir durante los quince minutos que aproximadamente duraría el viaje hasta el hotel. Pero como el trayecto atravesaba el centro mismo del barrio comercial, no pudo gozar de ninguna tranquilidad, y los gritos de los vendedores callejeros, el ruido de los carros cargados, así como otros ruidos, aparentemente sin sentido (por ejemplo los aplausos de una multitud), turbaron su sueño de costumbre imperturbable.

Al final del viaje lo esperaba una desagradable sorpresa. Durante el último gran incendio de Estambul, del que Liman se había enterado en el transcurso de su viaje gracias a los periódicos, el Hotel Kingston, donde él solía parar, se había quemado casi completamente; pero el cochero, que por supuesto conocía esta circunstancia, con la más completa indiferencia hacia su pasajero

* Campo. *(N. del T.)*

había obedecido sus órdenes y sin decir palabra lo había conducido al emplazamiento del hotel incendiado. Ahora descendía tranquilamente del pescante, y hasta habría bajado el equipaje de Liman, si éste no lo hubiera aferrado por el hombro, sacudiéndolo; el individuo soltó el baúl, pero tan lenta y soñolientamente como si lo hubiera hecho por su propia decisión, y no porque Liman lo había obligado.

Parte de la planta baja del hotel subsistía aún, y mediante unos tablones que cerraban las habitaciones por arriba y por los costados, habían conseguido que en cierto modo siguiera siendo habitable. Un letrero en turco y en francés anunciaba que dentro de poco volverían a construir el hotel, más hermoso y más moderno aun que antes. Sin embargo, la única indicación de la veracidad del cartel consistía en un grupo de tres obreros que amontonaban los cascotes a un costado del edificio, con palas y rastrillos, y los cargaban en una carretilla pequeña.

Aparentemente, una gran parte del personal del hotel, sin empleo a consecuencia del incendio, vivía en estas ruinas. Cuando el coche de Liman se detuvo frente al hotel, un caballero de levita negra y corbata de color rojo vivo se acercó inmediatamente, corriendo, y relató al comerciante que lo escuchaba de mala gana la historia del incendio, mientras se enroscaba en un dedo la punta de su larga y escuálida barba, actividad que sólo interrumpió para mostrar a Liman dónde se había iniciado el fuego, cómo se había extendido, y cómo por fin se había derrumbado todo el edificio. Liman, que durante este relato apenas había alzado los ojos del suelo, sin soltar la manija de la puerta del coche, estaba a punto de indicar al cochero el nombre de otro hotel, para que lo condujera a él, cuando el hombre de levita le suplicó con los brazos en alto que no se fuera a otro hotel, que siguiera siendo fiel a éste, donde después de todo siempre se había encontrado tan cómodo. Aunque esto era evidentemente una insensatez, ya que nadie podía recordar allí a Liman, así como éste apenas reconocía uno solo de los empleados y empleadas que veía en la puerta y en las ventanas, el comerciante, a quien desagradaba cambiar de costumbres, preguntó de qué modo podía seguir siendo fiel, en esas circunstancias, al hotel incendiado. Entonces supo —y se vió obligado a sonreír involuntariamente ante semejante idea— que la administración había preparado hermosos cuartos en algunas residencias privadas para los antiguos clientes del hotel, pero sólo para ellos; Liman no tenía más que decir una palabra y lo conducirían inmediatamente; era allí cerca, no

perdería nada de tiempo, y el precio, como querían complacerlo y después de todo se trataba de un expediente de urgencia, era notablemente bajo, aunque la comida, de cocina vienesa, era, si es posible, mejor aún y el servicio más atento todavía que en el primitivo Hotel Kingston, que en algunos sentidos no era demasiado perfecto.

—Gracias —dijo Liman, y subió al coche—. Sólo me quedaré en Constantinopla cinco días, y no puedo instalarme por tan pocos días en una residencia privada; no, me voy a un hotel. Pero el año próximo, cuando yo vuelva y su hotel haya sido nuevamente reconstruído, le aseguro que no iré a otro. ¡Con su permiso!

Y Liman trató de cerrar la puerta del coche, a cuya falleba se había aferrado ahora el representante del hotel.

—¡Señor! —dijo éste, suplicante, alzando la mirada hacia Liman.

—¡Suelte! —gritó Liman, y dió un tirón a la puerta—. Al Hotel Royal —ordenó al cochero.

Pero ya sea porque el cochero no entendió, o porque esperaba que cerrara la puerta, el hombre se quedó inmóvil en el pescante, como una estatua. Tampoco el representante del hotel soltó la puerta; es más, hizo una señal apresurada a un colega, para que se moviera y viniera a ayudarlo. Sobre todo tenía las esperanzas puestas en cierta joven, y todo el tiempo llamaba:

—¡Fini! ¡Pero Fini! ¿Dónde está Fini?

La gente de las ventanas y de la puerta había entrado en la casa, se gritaban mutuamente, se las veía pasar corriendo frente a las ventanas; todos buscaban a Fini.

Liman hubiera podido alejar a ese hombre, que le impedía seguir su camino, y a quien evidentemente sólo el hambre podía inducir a semejante comportamiento, con un solo empujón —esto también lo comprendía el hombre, y por lo tanto ni siquiera se atrevía a alzar la mirada hacia Liman—, pero numerosas experiencias desagradables le habían enseñado durante sus viajes que es muy importante, cuando uno se encuentra en el extranjero, y aun teniendo el más absoluto derecho, no hacer nada que pueda llamar la atención; por lo tanto, volvió a descender tranquilamente del coche, y sin prestar por el momento mayor atención al hombre que se aferraba convulsivamente a la puerta, se dirigió al cochero, le repitió la orden, insistió expresamente en la necesidad de alejarse rápidamente de ese lugar; luego se volvió hacia el hombre, que seguía junto a la portezuela del coche, y le cogió la mano con lo que aparentemente era un apretón normal, pero

oprimiéndole de tal manera los nudillos, que el hombre casi saltó, y soltó la manija, con un grito:

—¡Fini! —que era al mismo tiempo una orden y un alarido de dolor.

—¡Ya viene! ¡Ya viene! —gritaban ahora en todas las ventanas; una muchacha sonriente, arreglándose todavía el cabello, recién terminado de peinar, con las manos, salió corriendo de la casa, con la cabeza algo inclinada, hacia el coche.

—¡Rápido! ¡Entre en el coche! ¡Llueve a cántaros! —gritó ésta, cogiendo a Liman por los hombros y acercando mucho la cara a la cara de éste—. Yo soy Fini —agregó luego suavemente, y bajó las manos por los hombros de Liman, acariciándoselos.

"Realmente, no tienen tan malas intenciones conmigo", pensó Liman, mientras contemplaba sonriendo a la joven, "lástima que ya no soy un jovencito y no puedo meterme en aventuras tan dudosas."

—Debe haber un error, señorita —dijo, volviéndose hacia el coche—, ni yo la hice llamar, ni tengo la intención de irme con usted.

Desde el interior del coche agregó:

—No se moleste más.

Pero Fini ya había colocado un pie sobre el estribo, y con los brazos cruzados sobre el pecho decía:

—Pero ¿por qué no quiere que le recomiende una casa?

Fatigado por todas las molestias que había tenido que soportar hasta ese momento, Liman se asomó e inclinándose hacia ella le dijo:

—¡Hágame el favor de no detenerme más con preguntas inútiles! Me voy a un hotel y nada más. Saque ese pie del estribo; si no, corre peligro de caerse. ¡Adelante, cochero!

—¡Alto! —gritó sin embargo la muchacha, y trató decididamente de introducirse en el coche.

Liman, meneando la cabeza, se puso de pie y con su figura corpulenta obstruyó la portezuela. La muchacha trató de apartarlo, utilizando la cabeza y las rodillas; el coche empezó a oscilar sobre sus pobres elásticos; Liman no sabía cómo mantener el equilibrio.

—¿Por qué no quiere llevarme con usted? ¿Por qué no quiere llevarme con usted? —repetía constantemente la joven.

Indudablemente, Liman habría podido rechazar sin demasiado esfuerzo a la muchacha, aunque ésta era también bastante fuerte; pero el hombre de levita, que hasta ese momento, como considerándose relevado por Fini, se había quedado quieto, al ver

que Fini vacilaba, se acercó de un solo salto, la sostuvo desde atrás, y trató de izarla hasta el interior del coche, oponiendo todas sus fuerzas a los esfuerzos siempre moderados de Liman. Aprovechando un leve retroceso de éste, la joven terminó de introducirse totalmente en el coche, cerró la portezuela, que al mismo tiempo era empujada desde afuera por el otro, y exclamó como para sí misma:

—¡Bueno, por fin! —y se arregló primero la blusa, rápidamente, y luego, con más cuidado, el cabello. .

—Esto es increíble —dijo Liman, desplomándose en el asiento, a la muchacha que se había sentado frente a él.

2 de mayo. Se ha vuelto muy necesario reiniciar el diario. Mi inseguridad, F., la deterioración en la oficina, la imposibilidad física de escribir y la íntima necesidad de hacerlo.

Valli se va de casa, detrás de mi cuñado, que mañana se va a Tschotkov, para unas maniobras. Es notable cómo el hecho de seguirlo implica el reconocimiento del matrimonio como una institución a la que uno se ha acostumbrado hasta el fondo del alma.

El relato de la hija del jardinero, que anteayer interrumpió mi trabajo. Yo, que pretendo curar mi neurastenia trabajando, me veo obligado a enterarme de que el hermano de la señorita, que se llamaba Jan y era prácticamente el único jardinero, presumible sucesor del viejo Dvorsky (es más, ya era propietario del jardín de las flores), se envenenó hace dos meses, impulsado por la melancolía, a la edad de veintiocho años. En verano se sentía relativamente mejor, a pesar de su misantropía, ya que por lo menos tenía que tratar con los clientes; pero en cambio en invierno vivía totalmente aislado de la gente. Su novia era empleada —*urednice*—, una joven igualmente melancólica. A menudo iban juntos al cementerio.

El gigantesco Menasse en el espectáculo *yiddish.* Había algo mágico en sus movimientos, tan en armonía con la música, que me emocionó. Ya lo olvidé.

Mi risa de imbécil cuando dije a mi madre que para Pentecostés me voy a Berlín.[62] "¿Por qué te ríes?", me preguntó (entre otras observaciones, entre ellas "Hay que fijarse antes de atarse", que yo sin embargo rechacé en su totalidad, con respuestas como "No es nada", etc.). "De vergüenza", le contesté, y me alegré de haber dicho por lo menos alguna vez la verdad en lo que se refiere a estas cosas.

Ayer me encontré con B.[63] Su calma, su conformidad, su claridad y su aplomo, aunque en los últimos años se ha convertido en una vieja, y su exceso de carnes, que ya en esa época era una molestia para ella; está a punto de pasar el límite de la gordura estéril; su andar se ha vuelto una especie de rodar o de arrastrarse, con sacudones, o mejor dicho arrastrones del vientre hacia adelante, y en la barbilla —a primera vista sólo en la barbilla—, su antiguo vello es ahora una rizada barba.

3 de mayo. La espantosa inseguridad de mi existencia íntima.

Cómo me desabrocho el chaleco, para mostrar al señor B. mi eczema. Cómo le hago una señal para que me siga al cuarto contiguo.

Una estaca hirió desde atrás al marido (no se sabe de dónde vino); lo derribó y lo atravesó. Echado en el suelo, se queja con la cabeza alzada y los brazos abiertos. Más tarde logra incorporarse un momento, tambaleando. No puede hablar de nada, excepto de lo que le ha ocurrido, y señala la dirección aproximada de donde según él vino la estaca. Estos relatos siempre iguales ya cansan a la mujer, especialmente porque el marido siempre señala una dirección distinta.

4 de mayo. Sin cesar, la idea de un ancho cuchillo de carnicero, que rápidamente y con una regularidad mecánica me corta en tajadas muy delgadas, desde el flanco hacia adentro, que la misma rapidez de la operación hace volar casi enrolladas.

Una mañana temprano, cuando las calles estaban todavía totalmente vacías, un hombre descalzo, simplemente vestido con un camisón y unos pantalones, abrió la puerta de una gran casa de departamentos en la calle principal. Se aferró a las dos hojas de la puerta y aspiró profundamente. "Desgracia, maldita desgracia", dijo, y aparentemente tranquilo miró la calle, y luego algunas casas.

Desesperación también en esto. En ninguna parte soy bienvenido.

24 de mayo. Paseo con Pick. Excelente estado de ánimo, porque considero tan bueno *El Fogonero.* Esta noche lo leí ante mis padres; no hay mejor crítico mío que yo mismo cuando leo ante mi padre, que me escucha con la máxima repugnancia. Muchos pasajes superficiales, seguidos por profundidades aparentemente inaccesibles.

5 de junio. La íntima ventaja que representa para las obras literarias mediocres la circunstancia de que su autor todavía viva y esté detrás de ellas. El verdadero significado del hecho de envejecer.

Löwy, relato del cruce de la frontera.

21 de junio. La angustia que sufro en todas direcciones. La revisión del médico, cómo se lanza de inmediato hacia mí; prácticamente me vacío ante él, mientras me dirige sus frases hueras, despreciado e irrefutado.

El mundo prodigioso que tengo en la cabeza. Pero ¿cómo liberarme y liberarlo sin destrozarme? Y preferiría mil veces destrozarme, antes que retenerlo o enterrarlo dentro de mí. Que para eso estoy aquí, me parece evidente.

Una fría mañana de primavera, cerca de las cinco, un hombre alto, con un abrigo que le llegaba hasta los pies, golpeó con el puño la puerta de una pequeña choza que se alzaba en una región de áridas colinas. Después de cada golpe escuchaba; pero en la choza no se oía ningún ruido.

1º de julio. El deseo de una insensata soledad. Estar a solas conmigo. Tal vez lo logre en Riva.

Anteayer, con Weiss [64], autor de *La Galera.* Médico judío; esa clase de judío que más se parece al tipo de judío europeo occidental, hacia el cual uno se siente inmediatamente atraído. La inmensa ventaja de los cristianos, que en su vida cotidiana experimentan constantemente esta sensación de proximidad, y la gozan; por ejemplo, los checos cristianos entre los demás checos cristianos.

La pareja en luna de miel que salió del "Hotel de Saxe". Por la tarde. Introducción de la carta en el buzón. Ropas arrugadas, andar indolente, tarde tibia, nublada. A primera vista, caras poco personales.

La fotografía de la conmemoración del tercer centenario de los Romanoff, en Jaroslaw sobre el Volga. El zar, las princesas malhumoradas, de pie al sol; sólo una, delicada, madura, indolente, apoyada en la sombrilla, mira hacia adelante. El heredero del trono en brazos del inmenso cosaco sin sombrero. En otra fotografía, hombres que ha mucho que pasaron saludan desde lejos.

El millonario en la película "Esclavos del oro". Recordarlo. Su calma, sus movimientos lentos, conscientes de su propósito; su andar, más rápido cuando es necesario; cómo encoge los hombros. Rico, mimado, adormecido por el éxito; pero cómo se precipita, igual que un criado, y escudriña la habitación de la taberna del bosque, donde lo han encerrado.

2 de julio. Sollocé ante el sumario del proceso de una tal Marie Abraham, de veintitrés años, que impelida por la miseria y el hambre estranguló a su hija Barbara, de unos nueve meses de edad, con una corbata de hombre, que le servía de liga y que se desató de la pierna. Una historia absolutamente esquemática.

El ardor con que relaté a mi hermana una película cómica, en el baño. ¿Por qué no puedo nunca hacerlo delante de un extraño?

No me casaría nunca con una joven que haya vivido un año en la misma ciudad que yo.

3 de julio. La mayor amplitud y elevación que adquiere la existencia mediante el matrimonio. Texto para un sermón. Pero casi lo adivino.

Cuando digo algo, inmediata y definitivamente pierde toda su importancia; cuando lo escribo, también la pierde, pero en cambio adquiere una importancia nueva.

Una hilera de cuentitas doradas en torno de un cuello tostado por el sol.

19 de julio. De una casa salieron cuatro hombres armados. Cada uno sostenía una alabarda. De vez en cuando, alguno volvía la cabeza, para ver si venía la persona que esperaban. Era muy temprano, la calle estaba totalmente vacía.

—Entonces, ¿qué queréis? ¡Venid!
—No queremos nada. Déjanos.

Todo ese esfuerzo interior, para esto. Por eso mismo nos resuena tanto en el oído la música del café. El lanzamiento de la piedra, que Elsa B. mencionó, se vuelve visible.

Una mujer está sentada ante una rueca. Un hombre, con una espada envainada (la lleva suelta en la mano) abre la puerta de un empujón.

HOMBRE: ¿Estuvo aquí?
MUJER: ¿Quién? ¿Qué quiere?
HOMBRE: El cuatrero. Está escondido aquí. No mienta. (Blande la espada.)
MUJER (*alzando la rueca para protegerse*): Nadie estuvo aquí. ¡Váyase!

20 de julio. Abajo, en el río, se veían algunas barcas fondeadas; los pescadores habían tendido sus líneas, era un día nublado. Algunos muchachos, con las piernas cruzadas, se apoyaban sobre la baranda del malecón.

Empezaba a amanecer cuando se pusieron de pie y alzaron las copas de champaña para brindar por la partida de la novia. Sus padres y algunos invitados la acompañaron hasta el coche.

21 de julio. No desesperes, ni siquiera ante tu imposibilidad de desesperar. Cuando ya todo parece terminado, aparecen sin embargo nuevas fuerzas, y eso significa justamente que estás vivo. Si no aparecieran, entonces sí todo habría terminado, para siempre.

No puedo dormir. Sólo soñar, pero no dormir. Hoy, en sueños, inventé un nuevo medio de trasporte para parques empinados. Se coge una rama, que no necesita ser muy fuerte, se la coloca de modo que forme un ángulo con el suelo, se coge un extremo con la mano, se sienta uno sobre ella, lo más livianamente posible, como se sientan a caballo las mujeres, por supuesto; se lanza

la rama por la pendiente; como uno está sentado sobre ella, se ve arrastrado a toda velocidad, balanceándose cómodamente sobre la madera elástica. Existe además la posibilidad de utilizar la rama para el ascenso. La ventaja principal, aparte de la simplicidad del dispositivo, consiste en que la rama, delgada y flexible, puede bajarse o subirse como lo exijan las circunstancias, y pasa a través de todo, aun a través de cosas que un hombre solo difícilmente podría cruzar.

Sentirme arrebatado a través de la ventana de la planta baja de una casa, por una soga atada alrededor del cuello; y sin consideración, como arrastrado por alguien que no se interesa en el proceso, ser tirado hacia arriba, ensangrentado y desgarrado, a través de todos los cielos rasos, los muebles, las paredes y las buhardillas, hasta que aparece sobre el techo el lazo vacío, ya que mis últimos restos cayeron al atravesar las tejas.

Método especial del pensamiento. Impregnado de sensaciones. Todo se siente como pensamiento, hasta lo más impreciso (Dostoiewsky).

Este mecanismo de lo íntimo. En alguna parte misteriosa se mueve una palanquita, en el primer momento casi inadvertida, y ya se pone en movimiento todo el aparato. Sometido a una voluntad incomprensible, así como el reloj parece sometido al tiempo, cruje aquí y allá, y todas las cadenas empiezan a moverse, chirriando y rozándose entre sí, siempre dentro de su recorrido prescripto.

Enumeración de todos los argumentos a favor y en contra de mi matrimonio:

1. Incapacidad de soportar solo la vida, lo que no es incapacidad de vivir, sino lo opuesto; tal vez sea improbable que soporte la vida con otra persona, pero soy incapaz de soportar a solas el asalto de mi propia vida, las exigencias de mi propia persona, las garras del tiempo y de la vejez, la vaga opresión del deseo de escribir, el insomnio, la proximidad de la locura. Quizá junto naturalmente todo esto. La relación con F. dará a mi existencia una capacidad mayor de resistencia.

2. Todo me da que pensar, inmediatamente. Cualquier chiste del suplemento cómico, el recuerdo de Flaubert y de Grillparzer, los camisones preparados para la noche sobre la cama de mis

padres, el casamiento de Max. Ayer mi hermana dijo: "Todos los casados (que conocemos) son felices, no puedo comprenderlo"; también esta observación me dió que pensar, volví a inquietarme.

3. Necesito estar mucho tiempo solo. Todo lo que he producido es simplemente un producto de la soledad.

4. Odio todo lo que no se relaciona con la literatura; me aburre seguir una conversación (aun cuando se relacione con la literatura), me aburre hacer visitas, las penas y las alegrías de mis parientes me aburren hasta el fondo del alma. Las conversaciones me roban la importancia, la seriedad, la verdad de todo lo que pienso.

5. El temor del vínculo, de pasarme al otro lado. Porque ya no estaré nunca más solo.

6. Delante de mis hermanas, especialmente en otras épocas, soy a menudo muy distinto de lo que soy delante de los demás. Temerario, expuesto a todo, poderoso, sorprendente, conmovido, como sólo lo soy cuando escribo. ¡Si por lo menos pudiera aparecer así delante de todo el mundo, por obra y efecto de mi mujer! Pero entonces, ¿no sería a expensas de lo que escribo? ¡Eso no, eso sí que no!

7. Solo, quizá pudiera algún día renunciar realmente a mi empleo. Casado, ya me sería absolutamente imposible.

En nuestro curso de quinto año del Gymnasium Amalia, había un muchacho llamado Friedrich Guss, a quien todos odiábamos. Cuando llegábamos temprano a la clase y lo veíamos sentado en su lugar, cerca de la estufa, casi no podíamos comprender cómo había conseguido hacer el esfuerzo de volver al colegio. Pero no me explico bien. No sólo lo odiábamos a él; odiábamos a todos. Éramos un grupo terrible. Una vez que el inspector presenció una lección (era la hora de geografía, y el profesor, con la mirada en el pizarrón o en la ventana, como todos nuestros profesores, describía la península de Morea...)

Era el primer día de clase; ya empezaba a oscurecer. Los profesores del Obergymnasium estaban todavía reunidos en la sala de profesores; estudiaban las listas de alumnos, preparaban nuevas libretas de calificaciones, hablaban de sus vacaciones.

¡Desdichado de mí!

¡Hay que fustigar bien a ese caballo! Hundirle lentamente las espuelas, luego sacárselas de un tirón, pero inmediatamente volver a metérselas en la carne con todo vigor.

¡Qué desdicha!

¿Estábamos locos? Corríamos de noche por el parque y blandíamos ramas.

Entré con mi bote en una pequeña ensenada natural.

En mis épocas de estudiante solía ir de vez en cuando a visitar a un tal Josef Mack, amigo de mi difunto padre. Después, terminados mis estudios en el Gymnasium... ...

En sus épocas de estudiante, Hugo Seifert solía ir de vez en cuando a visitar a un tal Josef Kiermann, un viejo solterón que había sido amigo del difunto padre de Hugo. Estas visitas cesaron repentinamente, cuando Hugo recibió la oferta de un empleo en el extranjero, oferta que debía aceptar de inmediato, y se alejó por unos años de su ciudad natal. Pero cuando volvió, aunque tenía la intención de visitar al anciano, no se le presentó nunca la oportunidad; tal vez esa visita no concordaba con sus nuevos puntos de vista, y aunque a menudo pasó por la calle donde vivía Kiermann, es más, aunque varias veces lo vió asomado a la ventana y probablemente fué también visto por él, siguió postergando la visita.

Nada, nada, nada. Debilidad, aniquilación de sí mismo, las puntas de una llama infernal que atraviesan el piso.

23 de julio. Con Felix, en Rostock. La explosiva sexualidad de las mujeres. Su impureza natural. El juego para mí insensato con la pequeña Lenchen. La imagen de una mujer gorda, acurrucada en una silla de mimbre, con un pie extrañamente recogido hacia atrás, que cosía algo y conversaba con una vieja, probablemente una solterona, cuyos dientes desmesurados asomaban a un costado de la boca. La pletórica sensatez de la mujer preñada. Su trasero prácticamente facetado por planos bien definidos. La vida en la pequeña terraza. Con qué frialdad acogí a la niña en mi regazo, de ningún modo preocupado por esta frialdad. El ascenso por el "valle silencioso".

Visto a través de la puerta abierta de su botica, qué pueril parece un calderero absorto en su trabajo, blandiendo constantemente el martillo.

Roskoff, *Historia del Diablo*: Entre los caribes de hoy, se considera a "El que obra de noche" como creador del mundo.

13 de agosto. Tal vez todo haya terminado, y mi carta de ayer sea la última. Indudablemente, sería lo mejor. Lo que yo sufriré, lo que sufrirá ella, no puede compararse con el sufrimiento conjunto que sobrevendría de otro modo. Yo me recuperaré poco a poco, ella se casará, es la única solución entre los vivos. No podíamos tallarnos en la roca un sendero para los dos, basta haber llorado y habernos torturado durante un año. Ya lo comprenderá cuando lea mis últimas cartas. Si no, me casaré con ella; soy demasiado débil para contradecir su opinión sobre nuestra felicidad conjunta, para no tratar de realizar, dentro de mis fuerzas, algo que ella considera posible.

Anoche, en el Belvedere, bajo las estrellas.

14 de ágosto. Ocurrió lo imprevisto. Llegaron tres cartas. No pude resistir la última. La quiero lo más que puedo querer a alguien, pero ese amor yace enterrado hasta la sofocación bajo el temor y los remordimientos.

Conclusiones que me ofrece *La Condena.* Indirectamente, debo agradecerle á ella el relato. Pero Georg es destruído a causa de su novia.

El coito como castigo por la felicidad de la cohabitación. Vivir lo más ascéticamente que se pueda, más ascéticamente que un soltero; para mí es la única manera de llegar a soportar el matrimonio. Pero ¿y ella?

Y a pesar de todo, aunque F. y yo tuviéramos los mismos derechos, las mismas perspectivas y posibilidades, no me casaría. Pero este callejón sin salida donde lentamente he encerrado su destino, me crea una obligación ineludible, aunque sus consecuencias no sean en absoluto imprevisibles. Alguna secreta ley de las relaciones humanas obra sobre nosotros.

La carta a sus padres me creó inmensas dificultades, sobre todo porque un primer borrador, compuesto bajo circunstancias notablemente desfavorables, no quiso durante mucho tiempo admitir ninguna modificación. Pero hoy, sin embargo, tuve un poco más de éxito; por lo menos ya no queda nada que no sea cierto, y no obstante sigue siendo legible y comprensible aun para sus padres.

15 de agosto. Tormentos en la cama, hacia el amanecer. Me pareció que la única solución era tirarme por la ventana. Mi madre vino a verme en la cama, y me preguntó si había enviado la carta y si era mi primera versión. Le dije que era la primera versión, pero más explícita todavía. Me dijo que no me comprendía. Le contesté que era evidente que no me comprendía, y menos todavía en lo que se refería a este asunto. Más tarde me preguntó si pensaba escribir al tío Alfred; dijo que merecía que le escribiera. Yo le pregunté por qué lo merecía. Había telegrafiado, había escrito, le interesaba tanto mi felicidad. "Meras formalidades", dije yo, "para mí es un desconocido, me entiende absolutamente al revés, no sabe ni lo que quiero ni lo que necesito; no quiero saber nada de él." "Así que ninguno te entiende", dijo mi madre, "probablemente yo también soy una desconocida para ti, y también tu padre. Así que lo único que queremos es verte desdichado." "Por supuesto que me son desconocidos, sólo tenemos una relación de sangre, pero esa relación no asoma nunca a la superficie. Por supuesto que no quieren verme desdichado."

Esta, y algunas otras observaciones de mí mismo me inducen a creer que en mi íntima decisión y en mi convicción existen posibilidades cada vez mayores de poder encarar a pesar de todo el matrimonio; y aun más, de encaminarlo en una dirección favorable a mi desarrollo. Por supuesto, es una esperanza a la que me aferro justamente cuando ya estoy sobre el alféizar de la ventana.

Me encerraré dentro de mí mismo, sin la más mínima consideración hacia nadie. Enemistarme con todos, no hablar con nadie.

El hombre de ojos oscuros y acerados, que llevaba la pila de sobretodos viejos sobre el hombro.

LEOPOLD S. *(alto, fornido, de movimientos duros y espasmódicos, ropas demasiado grandes, arrugadas, a cuadros blanquinegros; entra apresuradamente en la gran habitación por la puerta de la derecha, golpea las manos y llama)*: ¡Felice! ¡Felice!

(Sin detenerse un instante para esperar la respuesta a su llamado, se dirige rápidamente hacia la puerta central, y la abre exclamando "¡Felice!" *nuevamente.)*

FELICE S. *(entra por la puerta izquierda, se queda en el vano de la misma; es una mujer de unos cuarenta años, con un delantal de cocina)*: Aquí estoy, Leo. ¡Qué nervioso te has vuelto en los últimos tiempos! ¿Qué quieres?

LEOPOLD *(se vuelve bruscamente, luego se queda inmóvil y se muerde los labios)*: ¡Por fin! Ven aquí. *(Se dirige hacia el sofá.)*

FELICE *(sin moverse)*: ¡Pronto! ¿Qué quieres? Tengo que hacer en la cocina.

LEOPOLD *(desde el sofá)*: Deja la cocina tranquila. Ven aquí. Tengo que decirte algo importante. Vale la pena. Ven de una vez.

FELICE *(se le acerca lentamente, alzando las tiras del delantal hacia lo alto)*: Bueno, ¿qué es eso tan importante? Si llegas a tomarme el pelo, me enojo, pero seriamente. *(Se detiene frente a él.)*

LEOPOLD: Pero siéntate de una vez.

FELICE: ¿Y si no quiero?

LEOPOLD: Entonces no puedo decírtelo. Tienes que estar cerca de mí.

FELICE: Muy bien. me sentaré.

21 de agosto. Hoy conseguí el *Libro del Juez,* de Kierkegaard. Como me imaginaba, su caso, a pesar de ciertas diferencias esenciales, es muy semejante al mío, por lo menos se encuentra del mismo lado del universo. Me confirma, como un amigo. Proyecto la siguiente carta al padre; si tengo fuerzas suficientes se la enviaré mañana.

"Usted vacila en contestar mi pedido, lo que es muy comprensible, todo padre haría lo mismo ante cualquier pretendiente; esa vacilación no es por lo tanto, de ningún modo, el motivo de esta carta, y más bien aumenta mis esperanzas de que la juzgue con calma. Pero le escribo impulsado por el temor de que sus vacilaciones o sus consideraciones sean motivadas por razones más generales que ese pasaje de mi primera carta, que es lo único que debería motivarlas, y lo único que podría desenmascararme. Me refiero al pasaje donde le hablo de lo insoportable que me resulta mi empleo.

"Tal vez usted quiera pasar por alto esta palabra, pero no debe hacerlo, más bien debe investigarla minuciosamente; en ese caso le contestaría, exacta y brevemente, como sigue. Mi empleo me resulta insoportable porque se opone a mi único anhelo y mi única

vocación, la literatura. Como yo no soy otra cosa que literatura, y no puedo ni quiero ser otra cosa, mi empleo no logrará nunca apoderarse de mí, aunque bien puede llegar a destrozarme totalmente. No falta mucho para eso. Estados nerviosos de la peor especie rigen constantemente mi existencia, y este año de preocupaciones y mortificaciones motivadas por el porvenir mío y de su hija, ha puesto perfectamente en evidencia mi falta de resistencia. Usted podría preguntarme por qué no renuncio a ese empleo y —ya que no dispongo de medios— trato de vivir de la literatura. Sólo puedo ofrecerle esta lamentable respuesta: que carezco de fuerzas suficientes para hacerlo, y que, por lo que puedo presumir de mi situación, más bien pereceré en mi empleo; sobre todo pereceré pronto.

"Y ahora compáreme con su hija, esa muchacha sana, alegre, natural, fuerte. Por más que se lo haya repetido en unas quinientas cartas, y por más que ella a pesar de todo me haya tranquilizado con un "No" cuyos fundamentos no son muy convincentes, sigue siendo cierto que conmigo sólo puede ser desdichada, tal como veo las cosas. Yo soy, no sólo a causa de las circunstancias exteriores sino sobre todo por mi propia esencia, una persona circunspecta, callada, poco sociable, insatisfecha, sin que pueda considerar esas condiciones una desgracia, ya que sólo son un reflejo de mis propósitos. Usted podría por lo menos sacar algunas conclusiones de la clase de vida que llevo en mi casa. En efecto, vivo en el seno de mi familia, entre las personas mejores y más amables, como un desconocido entre desconocidos. Durante los últimos diez días no habré hablado un promedio de más de veinte palabras por día, con mi padre apenas cambio de vez en cuando un saludo. Con mis hermanas casadas y con mis cuñados no hablo en absoluto, sin tener por supuesto nada contra ellos. El motivo de este proceder es simplemente que no tengo nada que decirles, ni lo más mínimo. Todo lo que no sea literatura me aburre y me inspira odio, porque me perturba o me hace perder tiempo, aunque sólo sea por sugestión. Me falta todo sentido de la vida familiar, excepto como observador, en el mejor de los casos. No siento ningún interés en los parientes, y las visitas casi me parecen un castigo directo.

"El matrimonio no podría cambiarme, así como tampoco puede cambiarme mi empleo."

30 de agosto. ¿Dónde hallaré la salvación? ¡Cuántas mentiras, que ya ni siquiera recordaba, resurgirán a la superficie! Si su destino es impregnar nuestro vínculo real, como impregnaron nuestra despedida, entonces es indudable que procedí como debía. En mí mismo, sin relaciones con los demás, no existen mentiras visibles. Dentro de los límites del círculo, todo es puro.[65]

14 de octubre. La callejuela empezaba de un lado con la pared de un cementerio y del otro con una casa baja de balcón. En la casa vivían el oficial retirado Friedrich Munch y su hermana Elisabeth.

Una tropa de caballos rompió el vallado.

Dos amigos salieron a caballo por la mañana.

—¡Demonios, salvadme de estas tinieblas! —exclamó un anciano comerciante, que se había acostado al anochecer, fatigado, en el sofá, y que ahora, mediada la noche, sólo apelando a sus últimas fuerzas había conseguido levantarse. Se oyó un golpe sordo en la puerta.

—¡Entre, entre de una vez todo lo que está afuera! —exclamó.

15 de octubre. Tal vez he vuelto a ser dueño de mí mismo, tal vez he vuelto a tomar por el atajo secreto, y nuevamente, desesperado de la soledad, vuelvo a ser yo. Pero ¡los dolores de cabeza, el insomnio! Bueno, vale la pena luchar; es más, no me queda otro remedio.

La estadía en Riva tuvo para mí gran importancia. Por primera vez comprendí a una muchacha cristiana, y viví casi completamente dentro de su influencia. Soy incapaz de escribir lo que sería importante recordar. Sólo para preservarse a sí misma, mi debilidad prefiere que mi torpe mente permanezca vacía y clara, siempre que la confusión se deje aplastar contra los bordes. Pero casi prefiero este estado, en vez de la sorda e imprecisa presión cuya liberación, por otra parte dudosa, exigiría antes que me rompieran la cabeza con un martillo.

Tentativa fracasada de escribir a E. Weiss. Y ayer, en la cama, la carta me bullía en la mente.

Sentarse en el rincón de un tranvía, envolverse bien en el sobretodo.

El profesor G., en el viaje de vuelta de Riva. Su nariz germano-bohemia, que recuerda la muerte; sus mejillas hinchadas, rojas, con granos, en una cara delgada y sin sangre; la barba rubia en torno. Poseído por un apetito y una sed voraces. Cómo se tragó la sopa caliente, cómo mordía y al mismo tiempo lamía la punta del salame, sin pelarla; la seriedad con que sorbía la cerveza recalentada, el sudor que le surgía alrededor de la nariz. Una repugnancia que ni la más ávida contemplación ni el más ansioso olfato podrían gozar en su plenitud.

La casa ya estaba cerrada. En dos ventanas del segundo piso había luz, así como en una del cuarto. Un coche se detuvo frente a la casa. Un joven se asomó a la ventana iluminada del cuarto piso, la abrió y miró hacia la calle. A la luz de la luna.

Bastante entrada la noche, el estudiante había perdido todo deseo de seguir trabajando. Además, no era tan necesario, durante las últimas semanas había adelantado realmente mucho, ahora podía descansar un poco y estudiar menos de noche. Cerró los libros y los cuadernos, puso en orden la mesita, y decidió desvestirse y acostarse. Por casualidad miró hacia la ventana, y al ver el lúcido claro de luna se le ocurrió que todavía podía dar un breve paseo bajo la hermosa noche otoñal, y aun reanimarse un poco en alguna parte con una buena taza de café negro. Apagó la lámpara, cogió el sombrero y abrió la puerta de la cocina. En general, no le importaba en absoluto tener que salir por la cocina, además esa incomodidad reducía considerablemente el alquiler de su cuarto; pero en ciertas ocasiones, cuando había demasiado ruido en la cocina, o cuando quería salir ya muy entrada la noche, como por ejemplo hoy, le resultaba desagradable.

Desesperado. Hoy, en el semisueño de la tarde: Este dolor terminará por hacerme estallar la cabeza. Y justamente en las sienes. Al imaginarme esto, lo que realmente vi fué una herida de bala, sólo que en torno del agujero los bordes estaban abiertos hacia afuera, con cantos afilados, como cuando se rompe violentamente una lata.

¡No olvidarse de Krapotkin! [66]

20 de octubre. La inimaginable tristeza de esta mañana. Al anochecer leí *El Caso Jacobsohn*, de Jacobsohn. Esa fuerza de vivir, de decidirse, de plantar el pie alegremente en el lugar que corresponde. Se sienta en sí mismo como un remero campeón se sienta en su bote y se sentaría en cualquier bote. Quise escribirle.

En cambio, salí a pasear, y borré todos los sentimientos producidos por la lectura mediante una conversación con Haas, con quien me encontré por casualidad; las mujeres me excitaron; ahora leo en casa *La Transformación*, y lo encuentro malísimo. Tal vez esté realmente perdido; la tristeza de esta mañana volverá, no podré resistirla mucho tiempo, me quita toda esperanza. Ya ni tengo deseos de seguir con el diario, tal vez porque es demasiado lo que falta en él; tal vez porque siempre, y desde todo punto de vista ineludiblemente, me veo obligado a describir acciones incompletas; tal vez porque el mismo hecho de escribir aumenta mi tristeza.

Me gustaría escribir cuentos de hadas (¿por qué odiaré tanto esta palabra?), que agradaran a W., y que ella pudiera esconder alguna vez bajo la mesa del comedor, para leerlos en los intervalos del almuerzo y ruborizarse tímidamente al advertir que el médico del sanatorio está desde hace un rato detrás de ella, observándola. A menudo, en realidad siempre, su entusiasmo cuando escucha un relato (advierto que temo la tensión casi física del esfuerzo de recordar, ese dolor, debajo del cual el fondo de un espacio vacío de pensamientos se abre lentamente o por lo menos al principio se ahueca un poco). Todo se resiste a ser escrito. Si yo supiera que es una consecuencia de su prohibición de mencionarla (hasta ahora la respeté fielmente, casi sin esfuerzo), me tranquilizaría; pero el único motivo es la impotencia. Además, qué quiere decir que esta tarde haya pensado largamente que por culpa de mi relación con W. perdí la oportunidad de gozar con la rusa; tal vez, lo que no es absolutamente imposible, me habría dejado entrar de noche en su habitación, que quedaba justo enfrente de la mía. En cambio, mi relación nocturna con W. sólo consistía en esto: yo golpeaba el techo de mi cuarto, que quedaba debajo del suyo, en un lenguaje cifrado sobre el cual no nos pusimos nunca definitivamente de acuerdo; recibía su respuesta, me asomaba a la ventana, la saludaba; una vez me bendijo, una vez atrapé una cinta que ella dejó caer; me pasaba las horas sentado en el alféizar de la ventana, escuchando todos sus pasos en el piso de arriba, confundía cada golpe casual con una señal de asentimiento, la oía toser, la oía cantar antes de dormirse.

21 de octubre. Día perdido. Visita a la fábrica de Ringhoffer; el seminario de Enrenfels; estuve en casa de Weltsch; cena, paseo; ahora en casa, a las diez. Pienso continuamente en la cucaracha negra, pero no escribo.[67]

En el pequeño puerto de un pueblo de pescadores, una barca se preparaba para partir. Un joven de pantalones cortos vigilaba la operación. Dos viejos marineros trasportaban bolsas y cajones hasta una planchada donde un hombre alto, con las piernas bien abiertas, recibía todos los bultos y los transfería a unas manos tendidas hacia él desde el oscuro interior de la barca. Sobre las grandes piedras rectangulares que limitaban un ángulo del malecón estaban sentados cinco hombres, semirrecostados, lanzando hacia todos lados el humo de sus pipas. De vez en cuando el hombre de pantalones cortos se acercaba a ellos, les hablaba un momento y les palmeaba las rodillas. A ratos extraían una jarra de vino, escondida detrás de una piedra para que no le diera el sol, y un vaso de vino rojo y opaco pasaba de mano en mano.

22 de octubre. Demasiado tarde. La dulzura de la melancolía y del amor. Que me sonriera cuando pasé en el bote. Eso fué lo más hermoso de todo. El deseo constante de morir, y de seguir resistiendo; sólo eso es el amor.

La observación de ayer. La situación más apropiada para mí: Escuchar una conversación entre dos personas que discuten asuntos que les interesan profundamente y que en cambio sólo me interesan muy remotamente, con un interés por otra parte ajeno en todo sentido a mí mismo.

26 de octubre. La familia cenaba en torno de la mesa. A través de las cortinas de la ventana, la noche tropical.

"¿Quién soy, entonces?", me pregunté. Me levanté del sofá, donde estaba recostado, y me senté. Se abrió la puerta, que daba directamente de la escalera a mi cuarto, y entró un joven cabizbajo de mirada penetrante. Esquivó el sofá, a pesar de la estrechez de la habitación, y se quedó en el rincón junto a la ventana, en la oscuridad. Quise saber qué especie de aparición era ésta; me acerqué y lo cogí por el brazo. Era un ser viviente. Alzó sonriendo la mirada hacia mí —era un poco más bajo que yo—; la tranquilidad con que asintió y me dijo "Compruébelo usted mismo", hubie-

ran debido convencerme. Sin embargo, lo aferré por delante por el chaleco y por detrás por la chaqueta, y lo sacudí. Me llamó la atención la hermosa cadena de oro macizo de su reloj; la cogí y tiré, rompiendo el ojal que la sostenía. El joven no dijo nada, sólo bajó la mirada para examinar la desgarradura; trató inútilmente de abrochar el botón del chaleco en el ojal roto. "¿Qué haces?", me dijo por fin, y me señaló el chaleco. "¡Haz el favor de callarte!", lo amenacé.

Empecé a correr en torno de la habitación; del paso pasé al trote, del trote al galope; cada vez que pasaba frente al hombre le mostraba el puño. Ni siquiera me miraba; trataba en cambio de arreglarse el chaleco. Yo me sentía muy libre, hasta mi respiración adquiría una amplitud extraordinaria; sólo la ropa parecía impedirme expandir prodigiosamente el pecho.

Hacía ya varios meses que Wilhelm Menz, joven tenedor de libros, tenía la intención de dirigir la palabra a una joven que solía encontrar regularmente todas las mañanas, cuando iba a la oficina; a veces en un lugar, a veces en otro, pero siempre en la misma calle, una calle muy larga. Ya se había habituado a pensar que su intención no pasaría de ser una mera intención (era muy poco decidido con las mujeres, y además la mañana era un momento poco propicio para dirigir la palabra a una joven presurosa); pero una noche —más o menos por Navidad— se encontró por casualidad detrás de la joven en cuestión. "Señorita", le dijo. La muchacha se volvió, lo reconoció, lo miró un instante sin detenerse, y como Menz no dijo más nada, siguió su camino. Era una calle muy iluminada, llena de gente, y Menz pudo acercarse bastante a la desconocida sin llamar mayormente la atención. En ese momento decisivo, no se le ocurría qué decir, pero estaba firmemente resuelto a llevar adelante algo que había empezado con tanta seriedad; es así que se atrevió a dar un leve tirón a la parte inferior de la chaqueta de la muchacha. Ésta no dijo una palabra, como si nada hubiera ocurrido.

6 de noviembre. ¿De dónde surge este aplomo repentino? Si por lo menos durara. Si pudiera entrar y salir así por todas las puertas, como una persona pasablemente erguida. Pero no sé si lo quiero.

No queríamos que nuestros padres lo supieran, pero todas las noches, a eso de las nueve, nos reuníamos los tres (dos primos y yo) junto a la verja del cementerio, en un lugar un poco más elevado que nos permitía ver perfectamente todo.

La verja de hierro del cementerio deja a la izquierda un ancho espacio vacío, cubierto de pasto.

17 de noviembre. Sueño: En un camino empinado, más o menos en medio de la cuesta, y ocupando en verdad casi todo el ancho del mismo, aunque más bien a la izquierda mirando desde abajo, aparecía un montón de basura o de barro solidificado, que hacia la derecha se había ido derrumbando y era cada vez más bajo, mientras que a la izquierda era tan alto como una cerca. Yo iba hacia la derecha; de ese lado el camino estaba casi despejado; veía subir hacia mí a un hombre en un triciclo, que al parecer se encaminaba directamente hacia el obstáculo. El hombre parecía no tener ojos, por lo menos sus ojos eran como dos agujeros borrados. El triciclo era endeble; avanzaba de una manera más bien insegura y floja, pero sin embargo sin hacer ruido, con un silencio y una falta de peso casi exagerados. En el último instante cogí al hombre, lo aferré como se aferra el manubrio de un vehículo, y lo desvié hacia la brecha por donde yo había pasado. Entonces empezó a caerse hacia mí; yo era ahora de tamaño gigantesco, y sin embargo lo sostenía con torpeza; además el vehículo empezó a retroceder, como falto de dirección, aunque lentamente, arrastrándome consigo. Pasamos junto a un carro donde había algunas personas bastante apiñadas, de pie, todas vestidas de negro; entre ellos vi a un *boy scout*, con un sombrero gris claro de ala levantada. Yo esperaba que este niño, a quien había reconocido desde lejos, me ayudara, pero se volvió y se metió entre la gente. Luego, detrás de este carro abierto —el triciclo seguía rodando y yo, muy agachado, a caballo sobre él, lo seguía— apareció alguien que me socorrió, alguien que ya no puedo recordar. Sólo sé que era una persona digna de confianza, que ahora está oculta como detrás de una cortina de género negro, y cuyo ocultamiento debo respetar.

18 de noviembre. Volveré a escribir; mientras tanto, ¡cuántas dudas tuve sobre lo que escribo! En el fondo soy un ser incapaz e ignorante, que si no se hubiera visto obligado, sin el menor mérito de su parte, y sin advertir casi la obligación, a ir a la escuela, sólo podría agazaparse en una casilla de perro, y saltar hacia arriba cuando le ofrecieran de comer, y volver de un salto a su casilla inmediatamente después de tragarse la comida.

Dos perros corrían en direcciones opuestas y encontradas, en un patio violentamente iluminado por el sol.

Me atormenta el principio de una carta a la señorita Bl.

19 de noviembre. La lectura del diario me conmueve. ¿Será porque en la actualidad ya no dispongo de la más mínima seguridad? *Todo me parece una construcción.* Cada observación ajena, cada mirada casual invierte todo en mí hacia otro lado, aun lo ya olvidado, aun lo absolutamente insignificante. Me siento más inseguro que jamás, sólo siento en mí el poder de la vida. Y estoy insensatamente vacío. En realidad, me siento como una oveja perdida en la noche, entre las montañas, o más bien como una oveja que corre detrás de esa oveja. Estar tan perdido, y no tener fuerzas ni siquiera para quejarse.

Me paseo adrede por las calles donde hay prostitutas. Pasar a su lado me excita; esa posibilidad lejana pero siempre concreta de acostarme con una de ellas. ¿Será una vulgaridad? Pero no conozco nada mejor, y en el fondo el hecho me parece inocente y no me provoca casi ningún remordimiento. Sólo deseo a las gordas y viejas, de vestidos anticuados pero en cierto sentido lujosos gracias a ciertos adornos. Es probable que una de estas mujeres ya me conozca. Me encontré con ella esta tarde; todavía no se había vestido para la noche; todavía tenía el pelo lacio y pegado a la cabeza; iba sin sombrero, con una blusa de trabajo como las cocineras, y llevaba un bulto (tal vez a la lavandera). Ningún hombre habría encontrado en ella nada atractivo, sólo yo. Nos miramos rápidamente. Esta noche había refrescado mucho; la vi con un abrigo ajustado, pardo amarillento, del otro lado de esa callejuela estrecha que nace en la Zeltnergasse, donde suele apostarse. Me volví dos veces para mirarla; vió que la miraba, pero entonces me fuí; en realidad me escapé.

Esta inseguridad es seguramente provocada por el recuerdo de F.

20 de noviembre. Estuve en el cine. Lloré. "Lolotte." El buen párroco. La pequeña bicicleta. La reconciliación de los padres. Me divertí inmensamente. Previamente, un film triste, "El accidente en la dársena", luego uno alegre, "Por fin solo". Me siento absolutamente vacío e insensato; el tranvía que pasa tiene más sentido de la vida que yo.

21 de noviembre. Sueño: El ministerio francés; cuatro hombres sentados en torno de una mesa. Hay conferencia de ministros. Me acuerdo del hombre sentado a la derecha, tiene los lados de la cara como aplastados porque está de perfil, la piel amarillenta, la nariz muy recta y muy prominente (a causa justamente del aplastamiento lateral), y bigotes aceitosos, negros, que le circunscriben la boca.

Lamentable observación seguramente, también ella proviene de una construcción artificial, cuyo extremo inferior cuelga en alguna parte en el vacío: Cuando cogí el tintero que estaba sobre la mesa, para traerlo a la sala, sentí en mí una especie de solidez, como por ejemplo cuando aparece la arista de un gran edificio en la neblina e inmediatamente desaparece. Me sentí menos perdido; algo esperaba en mí, algo independiente de la gente, aun de F. ¿Qué pasaría si huyera corriendo, por ejemplo como cuando uno corre por los campos?

Estas predicciones, esta busca de ejemplos que me guíen, este temor definido es algo ridículo. Son imaginaciones, que aun dentro de la imaginación, único lugar donde imperan, sólo consiguen acercarse a la periferia viva para sumergirse inmediatamente con una sacudida. ¿Quién tendrá una mano mágica, para introducirla en la maquinaria sin que mil cuchillos se la corten y se la despedacen?

Estoy al acecho de las imaginaciones. Entro en una habitación, y las encuentro en un rincón, las veo introducirse blancamente unas dentro de otras.

24 de noviembre. Anteayer, por la noche, en casa de Max. Cada vez me resulta más desconocido; a menudo me producía esa impresión, ahora también se la produzco a él. Anoche, simplemente, me fuí a la cama.

Sueño, hacia el amanecer: Estoy sentado en el jardín de un sanatorio, junto a una mesa larga, en la cabecera, de modo que en el sueño también me veo las espaldas. El día está nublado, debo de haber salido de excursión, y no hace mucho que llegué en un automóvil que subió por la rampa circular. Están a punto de traer la omida; veo a una de las camareras, una muchacha delicada y joven, de andar muy liviano o tal vez vacilante, con un vestido del color de las hojas otoñales, que se acerca a través de la sala con columnas que sirve de vestíbulo al sanatorio, y que desciende al

jardín. Todavía no sé qué quiere, pero me señalo para preguntarle si me necesita. En efecto, me trae una carta. Pienso que no puede ser la carta que espero; es una carta muy delgada y la letra temblorosa y angosta me es desconocida. Pero la abro, y surge una gran cantidad de hojas muy finas, totalmente cubiertas por esa misma letra desconocida. Recorro las hojas y advierto que debe ser una carta muy importante y al parecer de la hermana menor de F. Empiezo a leerla con ansiedad, cuando mi vecino de la derecha, no sé si es varón o mujer, probablemente una criatura, mira la carta por encima de mi brazo. Grito: "¡No!" Toda la gente que rodea la mesa, nerviosa, se pone a temblar. Probablemente he provocado un desastre. Trato de disculparme con algunas rápidas palabras, para poder seguir con la lectura. Me inclino nuevamente sobre la carta, y en ese momento me despierto, sin mayor resistencia, como si mi propio grito me hubiera despertado. Plenamente consciente, hago un poderoso esfuerzo y vuelvo a dormirme; en efecto, la situación se repite, todavía tengo tiempo de leer rápidamente dos o tres líneas nebulosas de la carta, de las que no recuerdo nada, y a medida que me duermo más profundamente el sueño se disipa.

El anciano comerciante, hombre de gigantesca estatura, subió la escalera de su casa; se le doblaban las rodillas, y su mano sólo se apoyaba sobre la baranda de la escalera, en vez de aferrarse a ella. Como de costumbre, ante la puerta de su habitación, una puerta enrejada de vidrio, iba a sacar el llavero del bolsillo del pantalón, cuando advirtió en un rincón oscuro a un joven que en ese momento le hizo una reverencia.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere? —preguntó el comerciante, jadeando todavía de cansancio.

—¿Usted es el comerciante Messner? —preguntó el joven.

—Sí —dijo el comerciante.

—Entonces, tengo que comunicarle algo. Quién soy, no tiene realmente mayor importancia, porque el asunto no me concierne personalmente; sólo soy portador de un mensaje. No obstante, me presentaré: me llamo Kette, y soy estudiante.

—¿Ah, sí? —dijo Messner, y reflexionó un instante—. Y bien, ¿y el mensaje? —agregó luego.

—Será mejor que hablemos de eso en su cuarto —dijo el estudiante—; no es un asunto que pueda discutirse en una escalera.

—No me imaginaba que nadie tuviera que comunicarme ningún mensaje —dijo Messner, mirando de costado hacia el piso.

—Puede ser —dijo el estudiante.

—Además —dijo Messner—, ya son más de las once de la noche; nadie nos oirá aquí.

—No —contestó el estudiante—, me resulta imposible decírselo aquí.

—Y yo —dijo Messner— no recibo visitas de noche.

Y metió la llave con tanta fuerza en la cerradura, que las demás llaves del llavero siguieron tintineando un rato.

—Pero estoy esperándolo desde las ocho; tres horas —dijo el estudiante.

—Eso sólo demuestra que el mensaje es importante para usted. Pero yo no quiero ningún mensaje. Cada mensaje que consigo no recibir, es para mí una ganancia. No soy curioso, por lo tanto váyase, váyase.

Cogió al estudiante por el liviano sobretodo y lo alejó un trecho. Luego abrió un poco la puerta de su habitación; una bocanada de calor excesivo irrumpió en el frío rellano de la escalera.

—Además, ¿se trata de un mensaje de negocios? —preguntó sin embargo, ya en el vano de la puerta.

—Tampoco puedo decírselo aquí —replicó el estudiante.

—Entonces, le deseo muy buenas noches —dijo Messner, entrando en su cuarto; cerró la puerta con llave, encendió la luz eléctrica del velador, se sirvió una copita en un armarito de pared donde se veían varias botellas de licor, la bebió, haciendo chasquear la lengua, y empezó a desvestirse. Recostado sobre las altas almohadas, se disponía a comenzar a leer el diario, cuando le pareció que alguien golpeaba suavemente la puerta. Dejó el diario sobre la colcha, cruzó los brazos, y escuchó. En efecto, los golpes se repitieron, en verdad muy despacio, y aparentemente en la parte de abajo de la puerta.

—Realmente, qué mico impertinente —dijo riendo Messner.

Cuando los golpes cesaron, volvió a coger el diario. Pero entonces los golpes aumentaron y se convirtieron en un verdadero martilleo. Así como los niños golpean jugando en diferentes lugares de una puerta, así golpeaban afuera; tan pronto sobre la madera, sordamente, tan pronto nítidamente sobre el vidrio. "Tendré que levantarme", pensó Messner, meneando la cabeza. "No puedo telefonear al encargado de la casa, porque el aparato está en el vestíbulo, y tendría que despertar a la portera. No me queda otro remedio que arrojar escaleras abajo a ese joven." Se puso una gorra de fieltro en la cabeza, se destapó, se sentó en el borde de la cama, cargando el peso del cuerpo en las manos, apoyó lentamente los

pies en el suelo, y se colocó unas zapatillas de entrecasa, altas y acolchadas. "Bueno", pensó, y mordiéndose el labio superior contempló la puerta, "ahora volvió a quedarse quieto." "Pero tengo que imponer orden de una vez por todas", reflexionó luego; descolgó de un estante un bastón de puño de hueso, lo empuñó por el medio y se dirigió hacia la puerta.

—¿Todavía hay alguien allí afuera? —preguntó ante la puerta cerrada.

—Sí —contestaron—. Ábrame, por favor.

—Ya abro —dijo Messner.

Abrió, y dió un paso hacia afuera, blandiendo el bastón.

—No me pegue —dijo el estudiante, admonitoriamente, retrocediendo también un paso.

—Entonces, ¡váyase! —exclamó Messner, señalando la escalera con el índice.

—No puedo —dijo el estudiante, precipitándose tan sorpresivamente sobre Messner...

27 de noviembre. Debo interrumpirme, sin haberme desprendido realmente de todo. No porque sienta ningún temor de perderme; sin embargo, me siento constantemente indefenso y ajeno a todo. Pero ¡qué firmeza maravillosa e innegable suscita en mí el hecho de escribir la más mínima cosa! ¡Con qué mirada abarcaba ayer todo, durante el paseo!

La hija de la encargada, que abrió el portón. Envuelta en una vieja pañoleta de mujer, con su cara pálida, carnosa y estupefacta. De noche, la encargada la lleva así hasta el portón.

El perro de lanas de la encargada, que se queda abajo, sentado en un escalón; cuando empiezo a bajar del cuarto piso, escucha; me mira cuando paso a su lado, y me sigue con la mirada cuando me alejo. Agradable sensación de familiaridad, ya que no se asusta de mí, y me incluye en la imagen familiar de la casa y de sus ruidos.

Fotografía: Bautismo de los grumetes al pasar el Ecuador. Los marineros indolentes en torno. Trepados a toda altura y en todas direcciones; el barco les ofrece toda clase de asientos. Los altos marineros colgados de las escaleritas; con sus hombros poderosos y redondos se apoyan contra el costado del barco, un pie adelante y otro atrás, contemplando el simulacro.

4 de diciembre. Visto desde afuera, para una persona joven aunque madura, es terrible morir, o peor todavía matarse. Irse en medio de esa confusión total, una confusión que sólo adquiriría sentido a través del desarrollo futuro; sin esperanzas, o con la única esperanza de que para el cálculo total esta aparición en la vida pueda considerarse como no ocurrida. Tal sería mi situación actualmente. Para mí morir sólo significaría entregar una nada a la nada; pero esto es inconcebible, porque cómo podría uno, aun siendo una nada, entregarse conscientemente a la nada, y no sólo a una nada vacía, sino a una nada atronadora, cuya nulidad sólo consiste en su incomprensibilidad.

Un grupo de hombres, amos y criados. Caras trabajadas, que brillan con colores vivientes. El amo se sienta, y el criado le trae la comida en una bandeja. Entre ambos no hay mayor diferencia, por lo menos no hay una diferencia apreciablemente mayor que la que existe entre un hombre que a consecuencia de la conjunción de innúmeras circunstancias es inglés y vive en Londres, y otro que es lapón y en ese mismo momento navega solo en un barco por el mar tormentoso. Por supuesto, el criado puede —y esto también bajo determinadas circunstancias— convertirse en amo, pero esta cuestión, resuélvase como se resuelva, no cambia las cosas, porque aquí se trata solamente de la apreciación instantánea de una relación también instantánea.

La unidad de la humanidad, puesta de vez en cuando en duda (aun cuando sólo sea emocionalmente) hasta por las personas más accesibles y adaptables, se revela sin embargo a los ojos de quienquiera, o parece revelarse, en la completa similitud, constantemente discernible, entre el desarrollo de la humanidad y el desarrollo del hombre aislado. Aun en los más secretos sentimientos del individuo.

El temor de la necedad. Discernir la necedad en todo sentimiento que tiende directamente hacia algo y que nos hace olvidar de todo lo demás. Pero entonces, ¿qué es la no-necedad? La no-necedad es quedarse como un mendigo ante el umbral, a un costado de la entrada, pudrirse y desplomarse allí mismo. Pero P. y O. son sin embargo unos necios repugnantes. Debe haber necedades mayores que sus dueños. Tal vez lo repugnante sea ese hincharse de los pequeños necios hasta su gran necedad. Y sin embargo, ¿no habrán visto así los fariseos a Cristo?

Maravillosa idea, totalmente contradictoria la de que alguien, muerto por ejemplo a la una de la madrugada, de inmediato, digamos al amanecer, ingresa en una vida superior. ¡Qué incompatibilidad existe entre lo visiblemente humano y todo lo demás! ¡Cómo de un misterio siempre surge otro mayor! En el primer momento, el calculador humano se queda sin aliento. Realmente, uno debería cuidarse hasta de salir de su casa.

5 de diciembre. ¡Cómo me enfurezco con mi madre! Apenas empiezo a hablarle, ya estoy irritado, sería capaz de gritar.

O. sufre, realmente, y yo no creo que sufra, ni que pueda sufrir, a pesar de saberlo perfectamente; no lo creo para no tener que estar a su lado, lo que me resultaría imposible, ya que también ella me irrita.

De F. sólo veo, por lo menos casi siempre, pequeños detalles exteriores, cuyo número es muy limitado. Gracias a ellos, su imagen se vuelve inmediatamente clara, pura, original, destacada y aérea.

8 de diciembre. Artificiosidades de la novela de Weiss. La fuerza de suprimirlas, la obligación de hacerlo. Casi niego las experiencias. Quiero el reposo, los pasos medidos o la carrera, pero no esos saltos calculados de langosta.

9 de diciembre. La Galera de Weiss. Decaimiento del interés al empezar la última parte del relato. El mundo ha sido conquistado, y lo hemos visto con los ojos abiertos. Por lo tanto, podemos volvernos tranquilamente y seguir viviendo.

Odio hacia la observación activa de sí mismo. Las explicaciones del espíritu, como: Ayer yo estaba así, y por este motivo, hoy estoy así, y por tal otro motivo. No es verdad, no es por aquel motivo ni por este otro motivo, y por lo tanto, ni así ni así. Soportarse tranquilamente a sí mismo, sin darse demasiada prisa, vivir por lo tanto como se debe, no perseguirse la cola como un perro.

Me quedé dormido entre la maleza. Un ruido me despertó. Encontré entre mis manos el libro que había estado leyendo antes de dormirme. Lo arrojé a un lado y me levanté de un salto. Era poco después del mediodía; ante la colina donde yo me hallaba

se extendía una vasta planicie baja, con aldeas y estanques y altos matorrales homogéneos, que parecían juncales, entre las aldeas. Me llevé las manos a las caderas, recorrí todo con la vista, y al mismo tiempo escuché el ruido.

10 de diciembre. Los descubrimientos se impusieron a los hombres.

La cara sonriente, infantil, astuta y reveladora del Inspector Jefe, que yo no le había visto nunca, y que sólo advertí hoy mientras le leía un informe del Director y por casualidad alcé un momento la vista. Encogiéndose de hombros, se metió la mano derecha en el bolsillo del pantalón, como si fuera otra persona.

Es siempre imposible observar y juzgar todas las circunstancias que obran sobre nuestro humor en un momento dado, y que siguen obrando sobre él, y finalmente obran sobre el juicio mismo; por lo tanto es falso decir: Ayer estaba decidido, hoy me siento desesperado. Estas distinciones sólo prueban que uno desea influir sobre sí mismo y crearse momentáneamente una vida artificial, lo más alejada que se pueda de sí mismo, oculta tras los prejuicios y las fantasías, así como a veces, en un rincón de la taberna, pasablemente escondido detrás de un vasito de aguardiente, y totalmente a solas consigo mismo, uno se entretiene con sueños e ideas absolutamente falsos e improbables.

Hacia medianoche, un joven de sobretodo ajustado, a cuadros, de color gris claro, levemente cubierto de nieve, bajó por la escalera del pequeño music-hall. Pagó la entrada en la caja, donde una señorita soñolienta se despertó sobresaltada y lo miró fijamente con ojos grandes y negros; luego se detuvo un momento para recorrer con la vista la sala, a la que se bajaba mediante tres escalones.

Casi todas las noches voy a la estación del ferrocarril; hoy, como llovía, durante media hora me paseé por el vestíbulo. El muchacho que comía incesantemente las golosinas de los aparatos automáticos. Metía la mano en el bolsillo, sacaba una cantidad de monedas, las metía descuidadamente en la hendidura; leía las etiquetas mientras comía; dejaba caer pedacitos al suelo, todo sucio, y los recogía para metérselos directamente en la boca. El hombre que mascaba con tranquilidad, mientras conversaba confidencialmente en la ventana con una mujer, una parienta.

11 de diciembre. Leí en el Toynbee Hall el principio de *Michael Kohlhaas.* Fracaso total. Mal elegido, mal leído; al final flotaba insensatamente en el texto. Auditorio ejemplar. Niños muy pequeños en la primera fila. Uno trata de dominar su inocente aburrimiento arrojando cuidadosamente la gorra al suelo y luego recogiéndola con igual cuidado, una y otra vez. Como es demasiado pequeño para efectuar la operación desde el asiento, tiene que deslizarse un poco hacia abajo. Leí bárbara y pésima y descuidada e incomprensiblemente. Y por la tarde temblaba de deseos de leer, apenas podía mantener la boca cerrada.

Realmente, no hace falta ningún impulso, basta con que se retiren mis últimas fuerzas, para hundirme en una desesperación que me destroza. Hoy, al prever que seguramente estaría tranquilo durante la lectura, me pregunté qué clase de tranquilidad sería ésta, en qué se fundaría, y sólo pude contestarme que sería una tranquilidad meramente arbitraria, una gracia incomprensible, nada más.

12 de diciembre. Y por la mañana me levanté bastante fresco.

Ayer, cuando volvía a casa, el niñito enfundado en ropas grises, que corría junto a un grupo de niños, palmeándose el muslo; con la otra mano aferró a un compañero y exclamó, un poco distraídamente (lo que no debo olvidar): *Dnes to bylo docela kezky.** 68

La frescura con que hoy, después de haber alterado hasta cierto punto la rutina diaria, salí a la calle, a eso de las seis. Observación ridícula, ¿cuándo me quitaré esta costumbre?

Hace poco me miré atentamente en el espejo —aunque a la luz artificial y con la lámpara detrás, de modo que en realidad sólo el vello del borde de las orejas aparecía iluminado— y mi cara, aun después de un examen bastante riguroso, me pareció mejor de lo que suponía. Un rostro claro, cuidadosamente formado, de contorno casi hermoso. La negrura del pelo, las cejas y las órbitas de los ojos expresaban una especie de vida en medio de la pasiva masa restante. La mirada no es nada desolada (ni rastros de eso), pero tampoco es pueril, más bien increíblemente enérgica; aunque tal vez sólo lo fuera porque me observaba a mí mismo y quería asustarme.

* Hoy estuvo muy lindo. *(N. del T.)*

12 de diciembre. Ayer tardé mucho en dormirme. F. Finalmente decidí (y así conseguí dormirme, hasta cierto punto) rogar a Weiss [69] que le lleve una carta a la oficina, y en la carta decirle únicamente que necesito saber algo de ella, y que por eso envié a Weiss, para que él me escriba luego. Mientras tanto, Weiss se queda sentado cerca de su escritorio, espera que ella lea la carta, saluda, ya que no tiene otras instrucciones y tampoco es probable que obtenga respuesta, y se va.

Debate público en la Sociedad de Empleados Oficiales. Yo lo presidí. Las ridículas fuentes del aplomo. Mi frase inicial: "Debo iniciar el debate público de hoy manifestando el pesar que me provoca su realización." En efecto, no me habían avisado a tiempo, y por lo tanto no estaba preparado.

14 de diciembre. Conferencia de Beermann.[70] No dijo nada, pero lo dijo con una confianza en sí mismo que a ratos resultaba contagiosa. Cara de muchacha, con bocio. Antes de cada frase, casi, contracción de los músculos faciales que producen el estornudo. Una rima de la Feria de Navidad, publicada hoy en su sección cotidiana:

> Señor, compre un regalo a sus niñitos,
> para que rían en vez de dar gritos.

Citó a Shaw: "Soy un civil sedentario, pusilánime."

Escribí una carta a F. en la oficina.

El susto que pasé esta mañana cuando al ir a la oficina me encontré con esa muchacha del Seminario parecida a F.; en el primer momento no supe quién era, y sólo advertí que se parecía mucho a F., aunque no era F., pero que además de eso tenía cierta vaga relación con F.; es decir, que cuando la vi en el Seminario pensé mucho en F.

Leo en Dostoiewsky ese pasaje que me recuerda tanto mi *Desdicha.*

15 de diciembre. Carta al doctor Weiss y al tío Alfred. No recibo ningún telegrama.

Leí *Nosotros los jóvenes de 1870-71*. Nuevamente leí con sollozos reprimidos las escenas de victoria y de entusiasmo. Ser un padre y hablar tranquilamente con su hijo. Para eso, sin embargo, es necesario no tener un martillito de juguete en lugar del corazón.

"¿Ya escribiste a tu tío?", me preguntó mi madre, como yo esperaba malignamente desde tiempo atrás. Me había estado observando durante mucho tiempo con angustia; por varias razones no se atrevía en primer lugar a preguntármelo y en segundo lugar a preguntármelo delante de mi padre, y por fin me lo preguntó a pesar de todo, preocupada, cuando vió que estaba dispuesto a irme. Cuando pasé detrás de su silla, alzó la mirada de las cartas, volvió hacia mí la cara con un movimiento tierno que ya había olvidado hace tanto tiempo, y que en cierto modo resucitó para la ocasión, y me lo preguntó, mirándome apenas furtivamente, sonriendo con timidez, y ya humillada por esa pregunta que no había sido todavía contestada.

16 de diciembre. "El grito atronador del deleite de los serafines."

Estaba sentado en la mecedora, en casa de Weltsch; hablábamos del desorden de nuestras vidas; él siempre con cierta fe ("Hay que querer lo imposible"), yo sin ella, mirándome los dedos con la sensación de ser un representante de mi íntimo vacío, que invade todo y ni siquiera es excesivamente considerable.

17 de diciembre. Carta a W. con este encargo: "Ser desbordante, y al mismo tiempo una marmita en el hogar apagado."

Conferencia de Bergmann, "Moisés y la Actualidad". Clara impresión. De todos modos, no tengo nada que ver con eso. Los caminos realmente terribles entre la libertad y la esclavitud se cruzan sin indicaciones que permitan seguir adelante, y al mismo tiempo los caminos recorridos se borran inmediatamente. Hay innumerables caminos, o uno solo, no se puede saber, ya que no existe una visión de conjunto. Allí estoy yo. No puedo abandonar. No tengo por qué quejarme. No sufro excesivamente, porque no sufro coherentemente; no hay acumulación, por lo menos así lo creo en el momento, y la magnitud de mi sufrimiento está muy lejos de colmar el sufrimiento que tal vez me ha sido deparado.

La silueta de un hombre que enfrenta la neblina total, con los brazos un poco alzados en diferentes posiciones, para penetrar en ella.

Las hermosas y vigorosas separaciones que establece el judaísmo. Hay lugar para todos. Uno se ve mejor, se juzga mejor.

Me voy a dormir, estoy cansado. Tal vez allá ya lo hayan decidido. Muchos sueños sobre eso.

Falsa carta de Bl.

19 de diciembre. Carta de F. Hermosa mañana, calor en mis venas.

20 de diciembre. Sin carta.

El efecto que ejerce una cara pacífica, una voz tranquila, especialmente si se trata de un desconocido, a quien uno no ha estudiado todavía a fondo. La voz de Dios en la boca de un hombre.

Una noche de invierno, un anciano iba por la calle, en la neblina. Hacía un frío de hielo. Las calles estaban vacías. Nadie pasaba a su lado; de vez en cuando, a lo lejos, distinguía apenas a través de la neblina a algún policía alto o a una mujer envuelta en pieles o en chales. No le importaba; sólo quería ir a visitar a un amigo a quien no había visto durante mucho tiempo, y que acababa de mandarlo llamar por intermedio de una criada.

Ya era más de medianoche cuando alguien golpeó suavemente la puerta del comerciante Messner. De costumbre, éste sólo se dormía hacia el amanecer; solía quedarse tendido boca abajo en la cama hasta ese momento, con la cara apretada contra la almohada, los brazos abiertos y las manos unidas sobre la cabeza. Inmediatamente oyó los golpes.

—¿Quién es? —preguntó.

Un murmullo incomprensible, más leve todavía que los golpes, le contestó.

—Está abierto —dijo Messner, y encendió la lamparita eléctrica. Entró una mujer baja y delicada, envuelta en un amplio chal gris.

1914

2 de enero. Mucho tiempo bien empleado con el doctor Weiss.

4 de enero. Habíamos cavado un hueco en la arena, que nos parecía muy cómodo. De noche nos metíamos todos juntos dentro del hueco; nuestro padre nos cubría con algunos troncos, y encima arrojaba paja, lo que nos protegía dentro de lo posible de las tormentas y los animales. "¡Padre!", gritábamos a veces atemorizados, cuando había mucha oscuridad bajo los troncos y el padre no aparecía. Pero luego veíamos sus pies a través de una hendija; se deslizaba a nuestro lado, nos daba una palmadita a cada uno, porque el contacto de su mano nos calmaba, y entonces todos nos quedábamos dormidos por así decir al mismo tiempo. Además de mis padres, éramos cinco muchachos y tres muchachas; el hueco era demasiado estrecho para todos, pero de noche habríamos tenido miedo de no estar apretados y tan amontonados.

5 de enero. Por la tarde. El padre de Goethe murió reblandecido. En la época de su última enfermedad, Goethe escribía su *Ifigenia.*

"Llévese a esa mujer a su casa, está borracha", dijo cierto oficial de la corte a Goethe, refiriéndose a Christiane.

August, borracho consuetudinario como su madre, que se pasaba el tiempo con groseras mujerzuelas.

Ottilie, a quien no quería, pero con quien su padre lo obligó a casarse por razones sociales.

Wolf, el diplomático y escritor.

Walter, el músico; no puede aprobar sus exámenes. Se recluye durante varios meses en el Gartenhaus; cuando la zarina quiere verlo, contesta: "Díganle a la zarina que no soy una bestia salvaje."

"Mi salud es más de plomo que de hierro."

Mezquinos y fracasados intentos literarios de Wolf.

Reunión de ancianos en la mansarda. Ottilie, octogenaria, Wolf, quincuagenario, y los viejos conocidos.

Sólo en estas situaciones críticas se advierte cómo todo hombre está irremisiblemente perdido en sí mismo, y su único consuelo es la contemplación de los demás y de las leyes que los rigen, así como rigen todo. Wolf, aparentemente, es dócil; puede ser llevado de aquí allá, entusiasmado, animado, inducido a trabajar sistemáticamente; en el fondo sigue siendo el mismo, irreductible, inmóvil.

¿Por qué no emigran los Tschuktschi de su terrible país?; considerando su vida actual, y sus actuales ambiciones, en cualquier parte vivirían mejor. Pero no pueden; todo lo que puede suceder, sucede; pero sólo puede suceder lo que sucede.

En la pequeña ciudad F., un comerciante en vinos de la metrópoli cercana había abierto una taberna. Con ese fin había alquilado un pequeño sótano abovedado bajo una casa de la plaza principal; había pintado las paredes al estilo oriental y colocado unos viejos muebles ruinosos forrados de felpa.

6 de enero. Dilthey: *La Realidad Vivida y la Ficción.* Amor a la humanidad, el máximo respeto ante todas sus formas; retirarse tranquilamente al punto de observación más conveniente. Obras de juventud de Lutero, "las poderosas sombras que atraídas de un mundo invisible por el crimen y la sangre, penetran en el mundo visible". Pascal.

Carta para A., a la suegra. L. besó al maestro.[71]

8 de enero. Fantl leyó *Cabeza de oro.*[72] "Arroja al enemigo como un barril."

Inseguridad, aridez, calma, así terminará todo.

¿Qué tengo en común con los judíos? Apenas tengo nada en común conmigo mismo; debería ocultarme silenciosamente en un rincón, contento de poder respirar.

Descripción de sentimientos inexplicables. A.: Desde que eso ocurrió, me duele ver una mujer; no es de ningún modo una excitación sexual, ni tampoco una verdadera tristeza, sólo sé que me duele. También sentía lo mismo antes de estar seguro de Liesl.

12 de enero. Ayer: los amores de Ottilie, los jóvenes ingleses. El compromiso de Tolstoy, clara imagen de un joven delicado, violento, contenido, lleno de presentimientos. Hermosamente vestido, traje oscuro y azul marino.

La muchacha del café. La falda ajustada, la blusa de seda, blanca, amplia, bordeada de piel; el cuello desnudo; el sombrero gris del mismo género, ceñido a la cabeza. Su cara llena, sonriente, eternamente pulsante; ojos amistosos, aunque un poco afectados. El rubor de mi cara cada vez que pienso en F.

De vuelta a casa, noche clara, perfecta conciencia de lo que en mí sólo es apatía, tan distinta de esa amplia claridad que se expande totalmente sin obstáculo.

Nikolai, *Epístolas Literarias.*

Indudablemente, todavía existen posibilidades para mí; pero ¿bajo qué piedras estarán ocultas?

Arrastrado hacia adelante sobre el caballo...

Falta de sentido de la juventud. Temor de la juventud, temor de la falta de sentido, del insensato ascenso de una vida inhumana.

Tellheim: "Posee esa flexibilidad espontánea de la vida espiritual, que al variar las circunstancias exteriores de la vida, constantemente nos sorprende con facetas totalmente nuevas, y que sólo poseen las creaciones de los verdaderos poetas." [73]

19 de enero. Angustia en la oficina, alternada con fe en mí mismo. De todos modos, mayor aplomo. Gran antipatía hacia *La Trasformación.* Final ilegible. Imperfecto hasta la misma médula. Habría resultado mucho mejor, si el viaje de negocios no me hubiera interrumpido.

23 de enero. El Supervisor General B. cuenta de un amigo suyo, coronel retirado, que duerme junto a una ventana abierta de par en par: "Durante la noche es muy agradable, pero en cambio es desagradable por la mañana, cuando tengo que sacar a paladas la nieve de la otomana, que está al lado de la ventana, y luego afeitarme."

Memorias de la condesa Thürheim:
Su madre: "Su carácter suave se complacía especialmente en la lectura de Racine. A menudo la oí rezar, pidiendo a Dios que concediera el eterno descanso a Racine."

Es indudable que en ocasión de los grandes banquetes que el embajador de Rusia, conde Rasumovsky, ofreció en su honor, él (Suwórow) se comió como un glotón todo lo que le ponían sobre la mesa, sin esperar a nadie. Cuando estaba satisfecho, se levantaba y dejaba solos a los invitados.
Según el grabado, un anciano delicado, decidido, pedante.

"No era tu destino"; triste consuelo de mi madre. Lo peor es que por ahora es casi el único consuelo que necesito. Eso es lo que me hirió, y sólo por eso sigo herido; porque por lo demás, la vida regular, poco variada, semiactiva de los últimos días (en la oficina me ocupé del Informe Anual de Actividades; las lamentaciones de A. por su novia; el sionismo de Ottla; el placer con que las muchachas asistieron a la conferencia de Salten y Schildkraut, la lectura de las memorias de la Thürheim, las cartas a Weiss y Löwy, la corrección de las pruebas de *La Trasformación)* me han compuesto bastante, en realidad, y me han inspirado cierto aplomo y cierta esperanza.

24 de enero. La época de Napoleón: Cómo se sucedían las festividades; todos se daban prisa en "apurar hasta el colmo los placeres del breve intervalo de paz". "Por otra parte, las mujeres ejercían sobre ellos su influencia como al vuelo; realmente, no podían perder un momento. El amor se expresaba en esos días con un entusiasmo más intenso, y con mayor abandono..." "Hoy día, ya no hay excusa para una hora perdida."

Incapaz de escribir dos líneas a la señorita Bl.; ya me había escrito dos veces, sin respuesta, hoy llegó la tercera carta. No comprendo nada correctamente, y al mismo tiempo me siento muy firme, aunque vacío. Hace poco, cuando salía del ascensor a la hora acostumbrada, se me ocurrió que mi vida, con sus días cada vez más minuciosamente repetidos, se parece a esos deberes que se da como castigo a los escolares, donde tienen que repetir, según la ofensa, diez, cien o más veces la misma oración, oración que por culpa de la repetición pierde todo sentido; sólo que en mi caso el

castigo no tiene más limitación que ésta: "tantas veces como puedas".

A. no consigue tranquilizarse. A pesar de la confianza que me tiene, y aunque necesita mis consejos, me entero solamente de detalles mínimos, uno por uno, al azar de la conversación, lo que me obliga constantemente a reprimir dentro de lo posible mi asombro repentino, no sin dejar de sentir que mi indiferencia ante noticias tan terribles debe de parecerle una demostración de frialdad, o tal vez un gran consuelo. Y ésa es mi intención. Me entero de la historia del beso a través de las siguientes etapas, a veces separadas por semanas de intervalo entre sí: Un maestro la besó; ella estaba en el cuarto de él; la besó varias veces; ella solía ir regularmente a su cuarto, porque estaba haciendo un bordado para la madre de A., y el maestro tiene una lámpara excelente; se dejó besar sin resistencia; anteriormente él ya le había declarado su amor; a pesar de todo, ella sale a veces a pasear con él; quería hacerle un regalo para Navidad; una vez escribió: "me ocurrió algo desagradable", pero luego no insistió en el asunto.
A. la interrogó así: ¿Cómo ocurrió? Quiero saber todo perfectamente. ¿Se limitó a besarte? ¿Cuántas veces? ¿Dónde? ¿No se echó sobre ti? ¿Te tocó? ¿Quiso desvestirte?
Respuestas: Yo estaba sentada en el sofá, con mi labor, él del otro lado de la mesa. Entonces se me acercó, se sentó a mi lado y me besó, me retiré a un costado y me derribó con la cabeza sobre el brazo del sofá. Fuera del beso, no pasó nada.
En cierto momento del interrogatorio, ella dijo: "Pero ¿qué te crees? *Soy* virgen."

Ahora descubro que escribí mi carta al doctor Weiss de modo que éste pudiera mostrarla íntegramente a F. Tal vez se la haya mostrado hoy, y por eso postergó su respuesta.

26 de enero. No puedo leer a la Thürheim, que sin embargo me deleitó durante todos estos últimos días. Carta a la señorita Bl., recién despachada. ¡Cómo me domina, y me oprime la frente! Mis padres juegan a las cartas en esta misma mesa.

Un matrimonio y sus dos hijos, ya grandes, un varón y una mujer, estaban sentados a la mesa un domingo a mediodía. La madre acababa de levantarse, y en ese momento metía la cuchara en la panzuda sopera, para servir la sopa, cuando de pronto toda

la mesa se levantó, el mantel flameó, las manos que estaban sobre él cayeron, y la sopa, con todos sus trocitos de tocino, se volcó sobre el regazo del padre.

Cómo casi insulté a mi madre hace un momento, porque prestó *La Maligna Inocencia* a Elli [74], que ayer había decidido ofrecerle yo mismo. "¡Déjame mis libros! Es lo único que tengo." Frases parecidas, con verdadera rabia.

La muerte del padre de la Thürheim: "Los médicos que acudieron en seguida le encontraron el pulso muy débil, y dijeron qu eel enfermo sólo tenía unas horas de vida. ¡Dios mío, era mi padre el que así desahuciaban! Apenas unas horas más, y estaría muerto."

28 de enero. Conferencia sobre los milagros de Lourdes. Médico librepensador, enérgico, muestra sus fuertes dientes, se complace en acentuar las palabras. "Ya es hora de que la sensatez y la probidad alemanas hagan frente a la charlatanería extranjera." Gritos de los vendedores del *Messager de Lourdes: "Superbe guérison de ce soir! Guérison affirmée!"* * Debate: "Yo sólo soy un mero empleado del Correo, nada más." *"Hôtel de l'univers."* Infinita tristeza al salir, pensando en F. Paulatinamente tranquilizado por la reflexión.

Carta a Bl., mandándole *La Galera* de Weiss.

Hace bastante tiempo una adivina dijo a la hermana de A. que su hermano mayor estaba comprometido y que su novia lo traicionaba. En esa época, rechazó furioso semejante insinuación. Yo: "¿Por qué en esa época? Es tan falso hoy como en esa época. No te he traicionado, después de todo." Él: "¿No es cierto que no?"

2 de febrero. Una amiga escribe a su novio una carta digna de una prostituta. "Si nos vamos a tomar todo tan en serio como antiguamente, cuando se vivía bajo la influencia de las prédicas del confesionario." "¿Por qué te contuviste tanto en Praga?; es mejor largarse de a poco y no de golpe." En mi opinión, la carta debe ser interpretada a favor de la novia, y se me ocurren excelentes argumentos.

* Soberbia cura de esta noche. Cura confirmada. *(N. del T.)*

Ayer A. estuvo en Schluckenau. Se pasó el día entero sentado con ella en su cuarto, con el paquete de cartas (su único equipaje) en la mano, sin cesar de interrogarla. No se entera de nada nuevo; una hora antes de partir le pregunta: "¿La luz estaba apagada cuando te besó?", y se entera de la novedad, para él desconsoladora, de que durante el beso (el segundo) W. apagó la luz. W. dibujaba a un lado de la mesa, L. estaba sentada del otro lado (en el cuarto de W., más o menos a las once de la noche) leyendo *Asmus Semper* en voz alta. Entonces W. se levantó, se acercó a la cómoda para buscar algo (L. cree que era un compás, A. cree que era un preservativo), luego apagó repentinamente la luz; la cubrió de besos, ella se dejó caer en el sofá, él le aferró los brazos y los hombros, mientras le decía: "¡Bésame!"

L., en otro momento: "W. es muy poco diestro." En otra ocasión: "Yo no lo besé", y en otra: "Me pareció que estaba en tus brazos."

A.: "Tengo que descubrir la verdad" (piensa hacerla revisar por un médico), "¿qué pasaría si la noche de bodas me entero de que me ha mentido? Tal vez sólo esté tan tranquila porque él usó un preservativo."

Lourdes: Ataque contra la fe en los milagros; también ataque contra la Iglesia. Con el mismo derecho, podría atacar las iglesias, las procesiones, la confesión, todas las prácticas antihigiénicas de la religión, ya que no se puede comprobar que las plegarias sean eficaces. Carlsbad es una estafa mayor que Lourdes, y Lourdes tiene la ventaja de que la gente va impulsada por su más íntima convicción. ¿Y qué decir de las locas ideas que imperan en lo que se refiere a operaciones, seroterapia, vacunación, medicinas?

Sin embargo: Los inmensos hospitales para los peregrinos graves; las inmundas piscinas; las angarillas que aguardan los trenes especiales; la comisión médica; las grandes cruces iluminadas en las montañas; el Papa recibe tres millones por año. El cura pasa con la hostia consagrada, una mujer grita desde su angarilla: "¡Estoy curada!" Su tuberculosis ósea sigue inmutable.

La puerta se abrió apenas. Apareció un revólver en la hendija, y un brazo extendido.

Thürheim II 35, 28, 37: (Nada es más dulce que el amor, nada más divertido que la coquetería); 45, 48; (Judíos).

10 de febrero. Son las once, después de un paseo. Más fresco que de costumbre. ¿Por qué?

1. Max dijo que yo estaba tranquilo.
2. Felix se casa (me enojé con él).
3. Me quedo solo, a menos que después de todo F. decida aceptarme.
4. Invitación de la señora X.; reflexión sobre cómo me presentaré ante ella.

Por casualidad, recorrí el camino habitual al revés, es decir, Kettensteg, Hradschin, Karlsbrücke. De costumbre, durante todo ese trayecto me siento como si fuera a caerme; hoy, al recorrerlo a la inversa, me sentí un poco animado.

11 de febrero. Leí rápidamente el *Goethe* de Dilthey; impresión tumultuosa, me arrastra, ¿por qué no podrá uno encenderse y consumirse en llamas? ¿U obedecer, aunque no se oiga ninguna orden? Sentarse en una silla en medio de la habitación vacía y contemplar el piso. Gritar "¡Adelante!" en un desfiladero de la montaña, y oír los gritos de los hombres que responden desde todos los senderos, y verlos acercarse entre las peñas.

13 de febrero. Ayer, en casa de la señora X. Tranquilo y enérgico, con una energía impecable, avasalladora, penetrante, que se abre paso a través de todo con la mirada, las manos y los pies. Su simplicidad, su mirada franca. Siempre recuerdo los espantosos, prodigiosos, ceremoniosos sombreros estilo renacimiento, con plumas de avestruz, que usaba en otras épocas; hasta que la conocí personalmente me resultó repugnante. Cuando se acerca al final de una historia, aprieta su manguito contra el cuerpo, y sin embargo el manguito se estremece. Sus hijos A. y B.

Me recuerda mucho a W.; la mirada, la pasión con que se sumerge en el relato y olvida todo lo demás, su interés total, su cuerpo pequeño y vivaz, hasta su voz dura y sorda; su conversación sobre hermosos vestidos y sombreros, aunque ella no tenga encima una sola cosa que pueda llamarse hermosa.

Vista del río desde la ventana. En muchos momentos de la conversación, aunque ella no la deja desfallecer, mi fracaso total, mi mirada vacía, mi falta de comprensión de lo que me dice, mi interpolación de las más imbéciles observaciones; obligado a ver cómo las escucha, acaricio estúpidamente a su hijito.

Sueños: En Berlín, por las calles: voy hacia la casa de ella; aunque todavía no llegué, la tranquila y feliz seguridad de que si existe la más leve posibilidad de llegar, llegaré. Veo las calles, los tranvías; en una casa blanca un letrero, algo así como "Los esplendores del Norte" (ayer lo vi en el diario), en el sueño lleva el agregado "Berlín W.". Pregunto a un policía afable, de nariz roja, anciano, que en este momento viste una especie de uniforme de mucamo. Me proporciona informaciones excesivamente minuciosas, hasta me señala la verja de una placita lejana, en la que me debo apoyar cuando pase a su lado, por razones de seguridad. Luego, complejos informes sobre el tranvía, el subterráneo, etc. Ya no puedo seguirlo, y pregunto atemorizado, sabiendo perfectamente que calculo mal la distancia: "¿Quedará a una media hora de viaje?" Pero él, que es un anciano, me contesta: "Yo puedo llegar en seis minutos". ¡Qué alegría! Un hombre, una sombra, un compañero, me acompaña constantemente; no sé quién es. En realidad ni tengo tiempo de volverme, ni siquiera volverme de costado.

Vivo en Berlín, en una pensión, donde al parecer sólo viven jóvenes judíos polacos; las habitaciones son sumamente pequeñas. Derramo una botella de agua. Uno escribe incesantemente en una maquinita de escribir, casi ni vuelve la cabeza cuando le piden algo. Imposible encontrar un mapa de Berlín. A cada momento veo en manos de alguien un libro que parece un plano. Siempre resulta ser otra cosa muy diferente, una lista de las escuelas de Berlín, una estadística de impuestos, o algo parecido. No quiero creerlo, pero me lo prueban sonriendo, irrefutablemente.

14 de febrero. Si yo me suicidara, es indudable que absolutamente nadie tendría la culpa, aun cuando el motivo aparentemente más inmediato fuera por ejemplo el proceder de F. Ya una vez, semidormido, me imaginé la escena que tendría lugar cuando previendo el final, con la carta de despedida en el bolsillo, yo llegara a su casa, fuera repudiado como pretendiente, dejara la carta sobre la mesa, me dirigiera al balcón, mientras todos acudían para impedírmelo, me deshiciera de ellos y saltando la balaustrada del balcón soltara una mano y después la otra. En la carta, sin embargo, declararía que si bien es cierto que me mato por culpa de F., aunque ésta me hubiera aceptado las cosas no habrían cambiado esencialmente para mí. Mi lugar es allá abajo, no encuentro otra solución, F. es simplemente la persona que pone en evidencia mi destino; no soy capaz de vivir sin ella, y por eso debo arrojarme por la ventana, pero también sería incapaz —y F. lo sospecha—

de vivir con ella. ¿Por qué no aprovechar esta misma noche para terminar de una vez?; ya veo ante mí a los gárrulos asistentes a la reunión de hoy, que me hablan de la vida y del cumplimiento de sus exigencias; pero no emerjo de la imaginación, vivo completamente atado a la vida, no puedo hacerlo, me siento totalmente frío, me desespero porque la camisa me aprieta el cuello, estoy condenado, jadeante en la neblina.

15 de febrero. Qué largos me parecen en el recuerdo este sábado y este domingo. Ayer por la tarde me hice cortar el pelo; luego escribí la carta a Bl.; estuve un momento con Max, en su nueva casa; luego en la reunión, con L. W.; luego con Baum (en el tranvía me encontré con Kr.); luego, al volver, las quejas de Max por mi silencio; luego los proyectos de suicidio; luego mi hermana, que vuelve de la reunión, incapaz de informar sobre nada de lo ocurrido. Hasta las diez, en cama, insomne, dolor y dolor. Ninguna carta, ni aquí, ni en la oficina; eché al correo una carta para Bl., en la estación de Francisco José; por la tarde vi a G.; paseo junto al Moldava, lectura en su casa; su insólita madre, que comía pan con manteca y jugaba solitarios; luego anduve solo unas dos horas, decidido a irme a Berlín el viernes; me encontré con Khol[75]; estuve en casa, con mis cuñados y mis hermanas, luego en casa de Weltsch; discusión de su compromiso (J. K. apaga las velas); luego, en casa, traté de obtener mediante el silencio la compasión y la ayuda de mi madre; ahora mi hermana relata la reunión de su club, son las doce menos cuarto.

En casa de Weltsch, para consolar a su madre preocupada, dije: "Yo también pierdo a Felix, con este casamiento. Un amigo casado ya no es amigo." Felix no dijo nada; no podía decir nada, por supuesto, pero tampoco quería.

Este cuaderno empieza con F., que el dos de mayo de 1913 me hizo sentir inseguro; también puedo terminarlo con la misma frase, siempre que en vez de "inseguro" emplee una palabra peor.[76]

16 de febrero. Día perdido. Mi única alegría fué la esperanza, fundada en la noche anterior, de poder dormir algo mejor.

Volvía una noche a mi casa, como de costumbre, después del trabajo; como si me hubieran esperado, desde las tres ventanas del edificio Genzmer me hicieron vivas señas, invitándome a subir.

22 de febrero. A pesar de mi cabeza soñolienta, casi dolorida en la parte de arriba y de la izquierda por la falta de reposo, tal vez sea todavía capaz de edificar tranquilamente algo muy grande, que me permita olvidar todo y llegar a ser solamente consciente de lo mejor de mí mismo.

23 de febrero. Me voy. Carta de Musil.[77] Me alegra y me entristece, porque no tengo nada para darle.

Un joven montado sobre un hermoso caballo sale por el portón de entrada de una residencia.

Cuando la abuela murió, sólo estaba presente la enfermera. Ésta contó que un instante antes de morir la abuela alzó un poco la cabeza, como buscando a alguien; luego volvió a apoyarla tranquilamente y murió.

Estoy indudablemente circunscripto en un círculo tenaz que sin embargo no se me ha metido totalmente en la carne, todavía; a veces lo siento más flojo, y creo que podría romperlo. Hay dos medios: el casamiento, o Berlín; el segundo es más seguro, el primero más inmediatamente atrayente.

Me sumergí, e inmediatamente me sentí mejor. Un cardumen pequeño pasó a mi lado, como una cadena ascendente, y se perdió entre las hierbas. Algunas campanas, que iban y venían arrastradas por el movimiento de las aguas... Falso.

9 de marzo. Rense dió algunos pasos por la penumbra del corredor, abrió la puertita empapelada del comedor y dijo a la ruidosa concurrencia, casi sin mirarlos:

—Por favor, hagan menos ruido. Tengo visitas. Les pido un poco de consideración.

De regreso a su habitación advirtió por el camino que el ruido seguía con igual intensidad; se detuvo un instante, pensó volver, pero luego cambió de idea y entró en su cuarto. Junto a la ventana había un muchacho de unos dieciocho años, que miraba hacia el patio.

—Ahora hay menos ruido —dijo éste cuando Rense entró, alzando hacia él su larga nariz y sus ojos hundidos en las órbitas.

—Hay tanto ruido como antes —dijo Rense, y tomó un trago de cerveza, directamente de la botella que estaba sobre la mesa—.

Aquí no se puede estar nunca tranquilo. Tendrás que acostumbrarte, muchacho.

Estoy cansado, tengo que tratar de descansar, de dormir; si no, estoy perdido, en todo sentido. ¡Qué cansancio, seguir tirando! Ni la erección del mayor monumento exige tanto esfuerzo.

Síntesis de toda argumentación: Estoy perdido para *en* F.

El estudiante Rense se encontraba estudiando en su pequeña habitación de los fondos, cuando entró la criada y le anunció que un joven quería hablar con él.

—¿Cómo se llama? —preguntó Rense.

La criada no sabía.

Aquí no podré jamás olvidar a F., por lo tanto no me casaré. ¿Será esto suficientemente indudable?

Sí, en este sentido no puedo equivocarme; ya tengo casi treinta y un años, y hará dos que conozco a F.; por lo tanto puedo ver la situación con cierta amplitud. Además, la vida que llevo aquí no me permitiría olvidar, aun cuando F. no tuviera tanta importancia para mí. La uniformidad, la regularidad, la comodidad y la falta de independencia de mi vida me inmovilizan irresistiblemente, dondequiera me encuentre. Además, siento una inclinación poco común hacia la vida cómoda, dependiente de los demás, lo que naturalmente empeora todo lo que me es pernicioso. Finalmente, envejezco, cada día me resultan más difíciles los cambios. Pero todo esto sólo tiende hacia una gran desdicha futura, duradera y sin remedio; me arrastraré por los años y por el escalafón, cada vez más triste y solitario, suponiendo que pueda resistirlo mucho tiempo.

Sin embargo, ¿no era la vida que anhelabas?

La vida de funcionario sólo me convendría si estuviera casado. En todo sentido, significaría un punto de apoyo contra la sociedad, contra mi mujer, contra la literatura, sin exigirme demasiados sacrificios y sin degenerar por otra parte en enervamiento ni en falta de independencia, porque como hombre casado no podría temer nada de eso. Pero como soltero no podría nunca llevar semejante vida.

No obstante, podrías haberte casado, ¿no?

En esa época no hubiera podido casarme; todo en mí se oponía, por más que siempre amé a F. Me abstuve sobre todo por consideración hacia mi labor literaria, porque creía que el matrimonio podía serle dañoso. Tal vez tuviera razón; pero de todos modos mi vida actual de soltero ha terminado por anular esa razón. Hace un año que no escribo nada; tampoco creo que consiga escribir nada de aquí en adelante; sólo he tenido y sigo teniendo en la mente un único pensamiento, y ese pensamiento me devora. En esa época no podía preverlo. Además, gracias a mi falta de independencia, que mi tren de vida por lo menos favorece, me acerco a todas las cosas con vacilación, y no soy capaz de hacer nada al primer intento. También ocurrió eso con el asunto de mi matrimonio.

¿Por qué abandonas toda esperanza de llegar a poseer a F.?

Ya intenté todo tipo de humillación de mí mismo. Una vez le dije en el Tiergarten: "Acepta, aunque no creas que lo que sientes hacia mí baste para justificar un matrimonio; mi amor es suficientemente grande para llenar ese vacío, y sobre todo suficientemente fuerte para cargar con todas las responsabilidades." F. parecía considerar con intranquilidad mis peculiaridades, que ya la habían atemorizado durante el curso de nuestra larga correspondencia. Le dije: "Te quiero bastante como para suprimir todo lo que pueda incomodarte. Seré otro hombre." Aun en las épocas en que nuestra relación era más afectuosa, como corresponde reconocer ahora que es el momento de poner todo en claro, yo ya tenía a menudo presentimientos y temores fundados en nimiedades; pensaba que F. no me quería bastante, por lo menos no con toda la pasión de que es capaz. También ella empieza a comprenderlo, aunque no por mi intermedio. Después de mis dos últimas visitas, casi me temo que F. haya llegado a sentir verdadera aversión hacia mí, aunque aparentemente somos muy amigos; nos tuteamos, nos paseamos del brazo. Mi último recuerdo de ella es la mueca absolutamente hostil que hizo en el vestíbulo de su casa cuando no me conformé con besar su guante, y se lo saqué para besarle la mano. Además, a pesar de su promesa de contestar puntualmente mis próximas car as, no me contestó las dos últimas; sólo me manda telegramas, prometiendo escribirme, pero sin cumplir esta promesa; es más, ni siquiera contestó la carta de mi madre. Es indudable que todo esto ya no tiene remedio.

Realmente, no deberías decir eso. ¿Acaso tu proceder de antes no pudo también parecerle sin remedio a ella?

Era otra cosa. Siempre le confesé abiertamente mi amor, aun en el trascurso de lo que parecía ser nuestra última despedida, el verano pasado; nunca me quedé tan cruelmente callado; mi proceder obedecía a motivos, que si no merecían su aprobación admi-

tian por lo menos discusión. El único motivo de F. es la absoluta insuficiencia de su amor. Sin embargo, es evidente que yo podría esperar. Pero no puedo esperar con esta doble desesperanza: ver cómo F. se aleja cada vez más de mí, y al mismo tiempo sentirme cada vez más incapaz de cualquier tipo de salvación. Sería el riesgo más grande que podría correr, aunque (o porque) convendría perfectamente a las abrumadoras fuerzas perversas de mi ser. "Uno no puede saber nunca qué ocurrirá" no es un argumento contra la intolerabilidad de una situación presente.

Entonces, ¿qué harás?

Me iré de Praga. Contrarrestar esto, el daño personal más grande que he sufrido en mi vida, con el antídoto más poderoso a mi alcance.

¿Abandonar el empleo?

De acuerdo a lo anterior, el empleo es sólo una parte de lo intolerable. La seguridad, la protección para toda la vida, el salario abundante, el escaso esfuerzo exigido, son todas circunstancias que no me sirven de nada mientras siga soltero, que más bien se trasforman en tormentos.

Entonces, ¿qué harás?

Podría contestar todas estas preguntas de una sola vez, diciendo: "No arriesgo nada, cada día y cada mínimo logro es un regalo, todo lo que haga será para bien." Pero también puedo contestar, y más exactamente. "Como abogado austríaco (lo que en realidad no soy, por supuesto) no tengo mayores perspectivas, por lo menos perspectivas que me interesen; lo más que podría conseguir en esa dirección, ya lo tengo en mi empleo, y no sirve de nada. Por otra parte, en el caso absolutamente imposible de que quisiera sacar algún provecho de mi preparación como abogado, sólo podría considerar dos ciudades: Praga, de donde debo irme, y Viena, a la que odio, y donde sería inevitablemente desdichado, porque ya iría con la más absoluta convicción de esa inevitabilidad. En consecuencia, tengo que irme de Austria, y como en verdad no tengo ningún talento para los idiomas y sólo me desempeñaría mediocremente en un trabajo corporal o comercial, debería irme por lo menos al principio a Alemania, y una vez en Alemania a Berlín, donde es mayor la posibilidad de ganarse la vida."

Allí también podría aprovechar de la manera mejor y más inmediata posible mis condiciones literarias, en el periodismo, y encontrar un medio de vida parcialmente adecuado a mi manera de ser. Si además de eso me encontraré en condiciones de una labor más inspirada, no puedo preverlo en lo más mínimo. Pero en

cambio creo saber sin lugar a dudas que de la independencia y la libertad que lograría en Berlín (por más desdichado que fuera en todo lo demás) recibiría la única sensación de felicidad que todavía puedo experimentar.

Pero estás demasiado acostumbrado a las comodidades.

No, sólo necesito un cuarto, y comida vegetariana; casi nada más.

¿No irás allá por F.?

No, elijo Berlín por las razones expuestas, es claro que me gusta porque allí vive F., y por la cantidad de asociaciones que tiene con ella; no puedo evitarlo. También es probable que una vez en Berlín me vea con F. Si esos encuentros me ayudan a salir de mi estado actual, tanto mejor; será una ventaja más de Berlín.

¿Estás bien de salud?

No, el corazón, el insomnio, la digestión.

(Cuartito de pensión. Amanece. Desorden. EL ESTUDIANTE *está acostado; duerme, de cara a la pared. Golpean. No se mueve. Golpean más fuerte. El Estudiante se yergue, asustado, y mira hacia la puerta.)*

ESTUDIANTE: Entre.

CRIADA *(una muchacha endeble)*: Buenos días.

ESTUDIANTE: ¿Qué quiere? Todavía es de noche.

CRIADA: Discúlpeme. Un señor quiere verlo.

ESTUDIANTE: ¿Verme? *(vacila)* ¡Qué disparate! ¿Quién es?

CRIADA: Espera en la cocina.

ESTUDIANTE: ¿Qué aspecto tiene?

CRIADA *(riendo)*: Bueno, es un muchacho muy joven; no es muy buen mozo, tampoco; me parece judío.

ESTUDIANTE: ¿Y *eso* quiere verme a estas horas de la madrugada? Y oiga, no necesito su opinión sobre mis visitas. Hágalo entrar. Pero pronto.

(EL ESTUDIANTE *llena una pipa pequeña que está sobre la silla, al lado de su cama, y empieza a fumar.)*

(KLEIPE *aparece en la puerta, y mira al Estudiante, que está fumando tranquilamente, echando humo con la mirada en el cielo raso. Kleipe es bajo, erguido, de nariz grande, larga, un poco aguileña, tez morena, ojos hundidos en las órbitas, brazos largos.)*

ESTUDIANTE: ¿Y qué espera? Acérquese a la cama, y dígame qué quiere. ¿Quién es usted? ¿Qué quiere? ¡Pronto! ¡Pronto!

(KLEIPE *se acerca muy lentamente a la cama, y mientras tanto intenta explicarse con algunos ademanes. Para hablar tiene que estirar el cuello y alzar y bajar las cejas.)*

Kleipe: Le diré, yo también soy de Wulfenhausen.

Estudiante: ¿Ah, sí? Qué interesante; muy interesante. ¿Y entonces por qué no se quedó allá?

Kleipe: ¡Imagínese! Es nuestra ciudad natal, es hermosa, pero no por eso deja de ser un miserable agujero.

15 de marzo. Los estudiantes querían llevar los cordones del féretro de Dostoiewsky. Murió en un barrio de obreros, en el cuarto piso de una casa de departamentos.

Un día de invierno, a eso de las cinco de la mañana, la criada a medio vestir anunció al estudiante una visita.

—¿Qué dice? ¿Qué dice? —preguntó el estudiante, semidormido; inmediatamente entró un joven, con una vela encedida que le había prestado la criada; alzó la vela, para ver mejor al estudiante, y con la otra mano dejó caer el sombrero, casi hasta el suelo, tan largo era su brazo.

Solamente esperar; eterno desamparo.

17 de marzo. Estuve sentado con mis padres en la sala, hojeando durante dos horas unas revistas, alzando de vez en cuando la mirada, nada más; en realidad, esperando que fueran las diez para ir a acostarme.

27 de marzo. En general, lo pasé más o menos como de costumbre.

Hass se dió prisa para alcanzar el barco, atravesó corriendo la planchada, subió al puente, se sentó en un rincón, se cubrió la cara con las manos, y desde ese momento no se interesó en nada de lo que ocurría. Sonó la campana del barco; la gente corría; lejos, tal vez en el otro extremo del barco, alguien cantaba a pleno pulmón.

Ya estaban a punto de quitar la planchada, cuando se acercó un cochecito negro; el cochero gritó desde lejos; tuvo que emplear todas sus fuerzas para frenar su nervioso caballo; del coche saltó un joven; besó a un anciano señor de barba blanca, que se inclinaba hacia él bajo la capota del coche, y con una valijita de mano subió corriendo al barco, que inmediatamente se alejó de la costa.

Serían más o menos las tres de la madrugada; como era verano, ya empezaba a aclarar. En la caballeriza del señor de Grusenhof se levantaron sus cinco caballos, Famos, Grasaffe, Tournemento, Rosina y Brabant. La noche había sido pesada, y habían dejado la puerta del establo entreabierta; los dos caballerizos dormían sobre la paja, boca arriba; las moscas revoloteaban sobre sus bocas abiertas, nada se lo impedía. Grasaffe se colocó de manera que ambos hombres quedaran bajo sus patas, dispuesto a aplastarlos con los cascos apenas observara en ellos el menor indicio de conciencia. Mientras tanto, los otros cuatro salieron del establo, uno tras otro, con dos ágiles saltos; Grasaffe los siguió.

A través de los vidrios de la puerta, Anna vió que el cuarto del pensionista estaba a oscuras; entró y encendió la luz eléctrica, para prepararle la cama. El estudiante estaba sin embargo recostado en el sofá, y le sonrió. Anna se disculpó; quiso retirarse. Pero el estudiante le rogó que no se fuera, que no se preocupara por su presencia. La mujer se quedó, y se dedicó a su tarea, observando a veces de reojo al estudiante.

5 de abril. Si fuera posible irse a Berlín, independizarse, vivir al día, aun pasar hambre, pero dejando fluir libremente todas las fuerzas, en vez de economizarlas aquí, o más bien desperdiciarlas en nada. ¡Si F. quisiera ayudarme!

8 de abril. Ayer, incapaz de escribir ni siquiera una sola palabra. Hoy, lo mismo. ¿Quién me salvará? Y ese tumulto en mi interior, en lo profundo, casi invisible. Soy como un enrejado viviente, un enrejado que sigue en pie y que quisiera desmoronarse.

Hoy, en el café, con Werfel. Su aspecto desde lejos, sentado junto a la mesita. Encorvado, casi recostado en la silla de madera; su cara, hermosa de perfil, inclinada sobre el pecho, casi jadeante de plenitud (sin ser gorda); totalmente aislado de lo que lo rodeaba, impertinente e impecable. Los anteojos caídos, por contraste, facilitan la discriminación de los delicados contornos de la cara.

6 de mayo. Mis padres parecen haber encontrado una hermosa casa para mí y F.; me hicieron perder inútilmente toda una hermosa tarde. Me pregunto si también pensarán bajarme a la tumba, después de una vida feliz gracias a sus cuidados.

Un noble, llamado el señor de Griesenau, tenía un cochero, Josef, que ningún otro amo habría soportado. Éste vivía en una habitación de la planta baja, cerca del pabellón del portero, ya que a causa de su gordura y de su asma no podía subir las escaleras. Sólo trabajaba como cochero, y únicamente en ocasiones muy especiales; por ejemplo para honrar a algún huésped importante; fuera de eso, se pasaba acostado el día entero, las semanas enteras, cerca de la ventana, contemplando con sus ojitos muy hundidos en la grasa de la cara, y que parpadeaban con asombrosa rapidez, los árboles que más allá de la ventana....

El cochero Josef estaba acostado en su cama; sólo se erguía un poco para coger de encima de la mesa una tajada de pan y manteca con arenque, y luego volvía a echarse, mirando fijamente en torno mientras masticaba. Aspiraba laboriosamente el aire a través de los anchos y redondos orificios de su nariz; a veces, para aspirar una cantidad suficiente de aire, tenía que dejar de masticar y abrir la boca, mientras su inmenso vientre temblaba ininterrumpidamente bajo las numerosas arrugas de su delgado traje azul marino.

La ventana estaba abierta, se veía una acacia y una plaza vacía. Era una ventana de la planta baja, a poca altura del suelo; Josef veía todo desde la cama, y todos podían verlo desde afuera. Esto resultaba desagradable, pero estaba obligado a vivir abajo; desde hacía ya seis meses había engordado tanto que no podía subir más las escaleras. Llorando, había besado y acariciado la mano de su amo, el señor de Griesenau, cuando éste le ofreció esa habitación cercana al pabellón del portero; pero ahora no se le ocultaban los inconvenientes de su ubicación: la molestia de sentirse constantemente observado, la vecindad del desagradable portero, los ruidos de la entrada y de la plaza, la lejanía del resto de la servidumbre y como consecuencia el aislamiento y la falta de cuidados; conocía a fondo todas estas desventajas, y ya se había decidido a solicitar a su amo que le permitiera volver a su antigua habitación. ¿Para qué servían si no todos esos muchachitos inútiles que el amo había tomado a su servicio en los últimos tiempos, especialmente desde que se había comprometido? Tratándose de un servidor tan meritorio y único, bien podían cargarlo cada vez que tuviera que bajar o subir las escaleras.

Se celebraba un compromiso. El banquete ya había terminado, los invitados se habían retirado de la mesa; todas las ventanas estaban abiertas, porque era una cálida noche de junio. La novia

se veía rodeada por un círculo de amigas y conocidos; los demás asistentes formaban pequeños grupos; aquí y allá se oían carcajadas. El novio, a solas, apoyado en el marco de la puerta que daba al balcón, miraba hacia abajo.

Después de un rato, la madre de la novia lo vió; se acercó y le dijo:

—¿Por qué estás tan solo? ¿No quieres estar con Olga? ¿Habéis reñido?

—No —contestó el novio—, no hemos reñido.

—Entonces —dijo la señora—, vamos; ve a acompañar a tu novia. Estás empezando a llamar la atención.

El espanto de lo meramente esquemático.

La dueña de la pensión, una viuda endeble, con un vestido negro, liso y derecho hasta el suelo, se encontraba en la habitación central de su casa vacía. El silencio era todavía absoluto, la campanilla no sonaba. También la calle estaba silenciosa; había elegido adrede una calle tan tranquila, porque quería buenos pensionistas, y los que exigen silencio son los mejores.

27 de mayo. Mi madre y mi hermana están en Berlín. Esta noche me quedaré a solas con mi padre. Creo que tiene miedo de aparecer. ¿Jugaré a las cartas con él? (La letra **K** * me parece odiosa, casi me repugna, y sin embargo la escribo; debe ser muy característica para mí.) Cómo reaccionaba mi padre cuando yo tocaba a F.

El caballo blanco apareció por primera vez una tarde de otoño, en una calle ancha, aunque no muy activa, de la ciudad A. Salió por la puerta cochera de una casa; su patio estaba ocupado por las extensas dependencias de una compañía de trasportes, y a menudo ocurría que algún caballo aislado, guiado por un carrero, o un par de caballos de tiro, saliera por el corredor de la puerta cochera; por lo tanto, el caballo blanco no llamó demasiado la atención. Sin embargo no pertenecía a las caballerizas de la compañía. Un obrero, que ajustaba las sogas de un bulto de mercaderías, lo advirtió; alzó la vista y luego miró hacia el patio, para ver si no lo seguía el carrero. No apareció nadie; en cambio el caballo, apenas pisó la acera, caracoleó violentamente, y arrancó algunas chispas del suelo; durante un instante pareció que iba a

* En alemán *cartas* se escribe *Karten.* (*N. del T.*)

caerse, pero luego recuperó el equilibrio y se alejó trotando, ni rápida ni lentamente, por la calle, vacía del todo a esa hora crepuscular. El obrero maldijo lo que suponía un descuido de algún carrero, lanzó algunos gritos hacia el interior del patio, aparecieron algunas personas, pero al advertir inmediatamente que se trataba de un caballo desconocido, se quedaron simplemente en la puerta, uno al lado del otro, un poco asombrados. Sólo después de un momento algunos reaccionaron, y corrieron un trecho detrás del caballo; pero como ya no pudieron divisarlo, se volvieron inmediatamente.

Mientras tanto, el caballo había llegado a las últimas calles de los suburbios, sin que nadie lo detuviera. Se acostumbraba a la vida de la calle mejor que otros caballos abandonados a sus propios medios. Su paso lento no podía asustar a nadie; no se salía nunca de la calzada, siempre conservaba la mano del tránsito; si al llegar a una esquina había que detenerse para dejar pasar a un vehículo, se detenía; no habría podido portarse mejor si el más prudente cochero lo hubiera guiado por el cabestro. De todos modos, llamaba bastante la atención; de vez en cuando alguien se detenía y lo miraba sonriendo; un cochero que pasaba en un carro de trasporte de cerveza lo fustigó en broma con el látigo; el caballo, por supuesto, se asustó, caracoleó sobre las patas traseras, pero no por eso apresuró el paso.

Pero un policía observó justamente este incidente; se acercó al caballo, que a último momento había intentado alejarse en la dirección opuesta, lo cogió por las riendas (aunque no parecía un caballo de carga, estaba enjaezado como si lo fuera), y le dijo, con bastante amabilidad, sin embargo:

—¡Alto! ¿Adónde vas, eh?

Así lo retuvo un rato, en medio de la calle, pensando que pronto aparecería el dueño del animal, en busca del fugitivo.

Tiene sentido, pero es débil; tiene poca sangre, y ésta fluye lentamente, demasiado lejos del corazón. Sin embargo, todavía conservo en la imaginación algunas escenas bonitas, pero no pienso seguir. Ayer el caballo blanco se me apareció por primera vez mientras me dormía; tengo la impresión de que surgió de mi cabeza, vuelta hacia la pared; pasó por encima de mí, y saltó de la cama, perdiéndose luego. Por desgracia, esto último no ha sido desvirtuado por el comienzo que antecede.

Si no me equivoco demasiado, creo acercarme. Es como si la batalla espiritual se desarrollara en algún lugar de la espesura de un bosque. Me interno en el bosque, no encuentro nada, y de pura debilidad vuelvo a salir inmediatamente; a menudo, cuando ya salgo del bosque, creo oír el entrechocar de armas de la batalla. Tal vez las miradas de los luchadores me buscan por la oscuridad del bosque; pero sé tan poco de ellos, y lo que sé es tan ilusorio.

Un violento chaparrón. Oponte a la lluvia, deja que sus rayos férreos te atraviesen, deslízate en el agua, que quiere arrastrarte; pero no, quédate, espera erguido el repentino, el infinito torrente del sol.

La dueña de la pensión hacía revolear sus faldas y atravesaba presurosamente los cuartos. Era una mujer alta y glacial. Su quijada protuberante asustaba a los pensionistas. Bajaban corriendo la escalera, y cuando ella los miraba desde la ventana, se cubrían la cara sin dejar de correr. Una vez llegó un pensionista, un joven bajo, fornido, bien plantado, que no sacaba las manos de los bolsillos del sobretodo. Tal vez fuera una costumbre, pero también era posible que quisiera ocultar el temblor de sus manos.

—Joven —dijo la mujer, y echó hacia adelante la mandíbula—, ¿usted desearía alquilar un cuarto?

—Sí —dijo el joven, y alzó la cabeza con una sacudida.

—Aquí estará a gusto —dijo la mujer, y le ofreció una silla. En ese momento advirtió que el joven tenía una mancha en los pantalones; empezó a rascarle la mancha con las uñas.

—Usted es un roñoso —dijo.

—Es una mancha vieja.

—Entonces usted es un viejo roñoso.

—Quite las manos —dijo él de pronto, y en efecto, la alejó de un empujón—. ¡Qué manos espantosas tiene usted! —agregó, mientras le cogía la mano y la examinaba—. Arriba es totalmente negra, abajo blanquecina, pero bastante negra sin embargo, y —metiéndole la mano por la amplia manga— hasta tiene un poco de vello en el brazo.

—Me hace cosquillas —dijo ella.

—Porque usted me gusta. No comprendo cómo pueden decir que es una mujer horrible. Porque lo dicen. Pero ahora veo que no es cierto.

Se puso de pie, y se paseó por la habitación. La mujer siguió arrodillada, mirándose la mano.

Por algún motivo, esto enfureció al joven; se acercó de un salto y volvió a cogerle la mano.

—Una verdadera mujer —dijo, y le palmeó la flaca y larga mejilla—. Realmente, vivir aquí sería muy conveniente para mí. Pero quiero pagar poco. Y usted no admitirá otros inquilinos. Y me será fiel. Porque soy mucho más joven que usted, y por lo tanto puedo exigirle fidelidad. Y tiene que cocinar bien. Estoy acostumbrado a comer bien, y no pienso cambiar de costumbre.

Sigan bailando, cerdos; ¿a mí qué me importa?

Sin embargo, es más real que todo lo que escribí durante este último año. Tal vez empiecen a ablandárseme las articulaciones. Tal vez pueda volver a escribir.

Desde hace una semana, todas las noches, mi vecino de la pensión viene a luchar conmigo. Yo no lo conocía, ni siquiera hablé jamás una palabra con él. Simplemente, nos lanzamos algunas interjecciones, lo que no puede llamarse hablar. Con "Bueno" empezamos a luchar; a veces alguno grita "Miserable", bajo las garras del otro; "Ahí va" acompaña un golpe de sorpresa; "Basta" significa el final de la lucha, aunque sin embargo siempre seguimos luchando un ratito más. Generalmente, cuando llega a la puerta se vuelve de un salto y me derriba de un empujón. Luego me grita "Buenas noches" desde su cuarto, a través de la pared. Si quisiera poner fin a esta amistad, definitivamente, tendría que mudarme a otro cuarto, ya que cerrar la puerta no me sirve de nada. Una vez cerré la puerta con llave, porque quería leer, pero mi vecino la derribó con un hacha, y como es muy difícil hacerle soltar lo que tiene entre manos, hasta corrí peligro.

Sé acomodarme a las circunstancias. Como siempre viene a la misma hora, escojo algún trabajo baladí, algo que se pueda interrumpir en cuanto mi vecino aparece. Por ejemplo ordeno algún cajón, o copio algo, o leo algún libro sin interés. No me queda más remedio, porque apenas abre la puerta debo dejar todo, cerrar inmediatamente el cajón, soltar la pluma, arrojar el libro, porque él sólo quiere luchar, nada más. Si me siento más fuerte, al principio lo fastidio un poco, tratando de eludirlo. Me arrastro bajo la mesa, le lanzo las sillas a los pies, le guiño el ojo desde lejos, aunque naturalmente, estas bromas con un desconocido, en todo momento tan unilaterales, son de muy mal gusto. Pero de costumbre nos precipitamos inmediatamente y empezamos

a luchar. Al parecer es estudiante; estudia el día entero, y quiere hacer un poco de ejercicio violento antes de irse a dormir. Ahora bien, yo soy un excelente contrincante; quizá, descontando azares imprevisibles, sea el más fuerte y más diestro de los dos. Pero él en cambio es más resistente.

28 de mayo. Pasado mañana viajo a Berlín. A pesar del insomnio, de los dolores de cabeza y de las preocupaciones, tal vez con mejor ánimo que nunca.

Una vez vino con una muchacha. Mientras yo la saludaba, sin prestarle la menor atención a él, saltó sobre mí y me lanzó hacia los aires.

—¡Protesto! —grité, y alcé una mano.

—¡Cállate! —me susurró en el oído.

Comprendí que quería vencer a cualquier precio, aun empleando tomas prohibidas, para lucirse ante la muchacha.

Me dijo: "¡Cállate!"; grité entonces, volviendo la cabeza hacia la joven.

—¡Oh, miserable! —gimió en voz baja, oprimiéndome con todas sus fuerzas.

No obstante consiguió arrastrarme hasta el sofá; me derribó sobre él, se arrodilló sobre mis espaldas, trató de recobrar el aliento, y dijo:

—Bueno, allí lo tienes.

—Que haga la prueba otra vez —quise decir; pero a la primera palabra me hundió la cara con tanta fuerza en el acolchado del sofá, que tuve que callarme.

—Bueno —dijo la muchacha, que se había sentado junto a mi mesa y leía una carta que no me habían dejado terminar—, ¿nos vamos, ahora? Acaba de empezar una carta.

—Aunque nos vayamos, ya no la terminará. Acércate un momento. Tócalo aquí, por ejemplo, en el muslo; verás cómo tiembla, como un animal enfermo.

—Te digo que lo dejes y que nos vayamos.

Muy de mala gana, el hombre se separó de mi cuerpo. En ese momento pude darle un buen castigo, porque estaba descansado, y él en cambio había tenido que exigir hasta el límite todos los músculos para mantenerme sujeto. Era él quien temblaba, y había creído que era yo. Todavía seguía temblando. Pero lo dejé tranquilo, porque estaba la muchacha.

—Probablemente, usted ya se habrá formado su propia opinión

sobre esta lucha —dije a la joven, mientras pasaba a su lado con una reverencia, y me sentaba para proseguir la carta—. Pero, ¿quién tiembla, sin embargo? —pregunté, antes de empezar a escribir, y sostuve la lapicera en el aire, demostrando que no era yo. Empecé a escribir, y cuando llegaban a la puerta les dirigí un breve adiós, dando sin embargo un golpecito en el suelo con el pie, para dar a entender, por lo menos para mis adentros, la despedida que probablemente se merecían ambos.

29 de mayo. Mañana, a Berlín. Esta seguridad que siento, ¿será nerviosa o real? ¿Cómo es posible? ¿Será cierto que cuando uno ha aprendido definitivamente a escribir, ya no puede equivocarse, ya nada se hunde, aunque al mismo tiempo sólo muy de vez en cuando aparece algo que consigue destacarse suficientemente? ¿Será la proximidad de mi casamiento con F.? Extraño estado, que sin embargo, recordando bien, no me resulta tan desconocido.

Estuve un largo rato con Pick ante la puerta de calle. Sólo pensaba cómo liberarme, ya que arriba me esperaba mi cena de frutillas. Todo lo que escriba ahora sobre él, será una grosería, porque no se lo dejo ver, o me conformo con que no lo vea. Pero en realidad, mientras ande con él, comparto en algo la culpa de su manera de ser, y por eso lo que diga de él vale también para mí, aun omitiendo la afectada sutileza que encubre semejante observación.

Hago planes. Miro rígidamente hacia adelante, para no alejar los ojos de los orificios imaginarios del imaginario caleidoscopio que contemplo. Mezclo confusamente las buenas intenciones y las egoístas; el color de las buenas se diluye, y se traslada a las meramente egoístas. Invito al cielo y a la tierra a participar en mis planes, pero no me olvido de esas personitas que uno encuentra en cualquier callejuela, y que por ahora pueden ser las más útiles para mis planes. Es claro que sólo es el principio, siempre el mero principio. Todavía estoy de pie en medio de mis padecimientos, pero ya se acerca detrás de mí el prodigioso carro de mis planes; la primera pequeña plataforma se alza ya bajo mis pies; varias muchachas desnudas, como en los carros del carnaval de países mejores, me hacen subir de espaldas los sucesivos escalones; floto, porque las muchachas flotan, y alzo la mano para ordenar silencio. A mi lado hay macizos de rosas, arden llamaradas de incienso; sobre mí descienden coronas de laurel, y ante mí caen flores; dos heraldos, como tallados en piedra, hacen sonar las trompetas; acuden multitudes de personitas, ordenadamente dirigidas por líderes; las plazas vacías, limpias, netamente delimitadas, se oscurecen, se llenan de gente y de movimiento; alcanzo ya los límites del esfuerzo humano, y desde mi altura, por mi propio impulso y con una destreza que se apodera repentinamente de mí, ejecuto la prueba de un hombre-serpiente que admiré hace muchos años, doblándome lentamente hacia atrás —en ese momento el cielo trataba de abrirse para dar paso a una aparición que me era dirigida, pero no sigue— hasta pasar la cabeza y el tronco entre las piernas, y luego me yergo poco a poco hasta la posición natural. ¿Será esto lo máximo que ha sido concedido al ser humano? Así parece, porque ya veo irrumpir por todas las puertas de la inmensa región que se extiende allá abajo ante mí, los diablitos cornudos; lo invaden todo; bajo sus pies todo se rompe por el medio; sus colitas barren con todo, ya me frotan la cara cincuenta colas de diablos, el piso se ablanda, me hundo primero con un pie, luego con el otro, los gritos de las muchachas me siguen al abismo donde me hundo verticalmente en un pozo que tiene exactamente el diámetro de mi cuerpo, pero cuya profundidad es infinita. Esta infinitud no induce a ningún esfuerzo extraordinario, todo lo que yo podría hacer sería mezquino, me hundo insensiblemente, y es mejor así.

Carta de Dostoiewsky a su hermano, sobre la vida en la cárcel.

6 de junio. De vuelta de Berlín. Me ataron como a un delincuente. Si me hubieran sentado en un rincón, con cadenas verdaderas, y me hubieran plantado unos policías delante, y sólo así me hubieran permitido seguir mirando, no habría sido peor. Y eso fué mi compromiso, y todos se esforzaban por revivirme, y como no lo conseguían, se conformaban conmigo tal como soy. F., de todos modos, menos que los demás, lo que era perfectamente justificado, ya que era ella la que más sufría. Lo que para los demás era un mero fenómeno, para ella era una amenaza.

No soportábamos quedarnos un minuto en casa. Sabíamos que nos buscarían. Pero aunque ya fuera de noche, nos escapábamos. Nuestra ciudad estaba rodeada de colinas. Nos trepábamos a las colinas. Hacíamos temblar todos los árboles, cuando al bajarlas corriendo nos colgábamos de un árbol tras otro.

Las posturas en los negocios, de noche, poco antes de cerrar: con las manos en los bolsillos del pantalón, un poco encorvados, contemplan la plaza desde el fondo del salón, a través de las grandes puertas abiertas. Movimientos fatigados de los empleados dispersos detrás de los mostradores. Débilmente, atan paquetes; distraídamente sacuden la tierra de algunas cajas, amontonan papeles de embalar usados.

Un conocido viene y me habla. Me siento tan pesado, que prácticamente me apoyo sobre él. Me espeta la siguiente declaración: "Muchos dicen tal cosa, pero yo digo justamente lo opuesto." Enuncia los motivos de su opinión. Yo vacilo. Mis manos yacen en los bolsillos de mis pantalones, como si se hubieran caído en su interior; sin fuerzas como si sólo bastara vaciar un poco los bolsillos para que rápidamente volvieran a caérseme afuera.

Ya había cerrado la tienda; los empleados, unos desconocidos, se alejaban con el sombrero en la mano. Era una noche de junio; ya eran las ocho, pero todavía se veía claro. Yo no sentía ningún deseo de dar un paseo, nunca siento deseos de dar paseos, pero tampoco quería irme a mi casa. Cuando mi último aprendiz desapareció detrás de la esquina, me senté en el suelo, frente al negocio cerrado.

Un conocido y su joven esposa pasaron por allí, y me vieron sentado en el suelo.

—Mira quién está allí sentado —dijo él.

Se detuvieron, y el hombre me sacudió un poco, aunque desde el primer momento yo lo había mirado con toda calma.

—Dios mío, ¿por qué se queda sentado allí? —preguntó la joven.

—Quisiera dejar el negocio —dije—. No me va demasiado mal, es más, puedo hacer frente a mis obligaciones financieras, sin excesiva holgura, pero con exactitud. Pero no puedo soportar las preocupaciones, no consigo dominar a los empleados, no sé hablar con los clientes. Desde mañana no abriré más la tienda. Ya lo he reflexionado bien.

Vi que el hombre trataba de tranquilizar a su mujer, cogiéndole una mano entre las suyas.

—Muy bien —dijo él—, ¿así que piensa dejar el negocio? No es el primero que lo hace. Nosotros tampoco —y dirigió la mirada hacia su mujer—, en cuanto nuestros medios nos lo permitan, y ojalá sea pronto, titubearemos en dejar nuestro negocio, como

usted. Nuestro negocio nos brinda tan pocos placeres como a usted el suyo, créanos. Pero, ¿por qué se sienta en el suelo?

—¿Adónde quiere que vaya? —le dije.

Naturalmente, yo sabía por qué me lo preguntaban. Sentían compasión, asombro, y también cierto desconcierto; pero yo no estaba de ningún modo en situación de ayudarlos.

Me encontraba en mi cuarto, pasada la medianoche, escribiendo una carta muy importante, que tal vez me permitiría conseguir un buen empleo en el extranjero. Trataba de hacer recordar a este conocido —a quien la carta estaba dirigida y con quien había vuelto a ponerme en contacto por casualidad, a través de un amigo común— épocas ya bastante olvidadas, y de hacerle comprender al mismo tiempo que todas las circunstancias me obligaban a emigrar, y que, careciendo en realidad de otras amistades influyentes, había puesto en él mis mayores esperanzas.

Bruder, empleado en la Magistratura, llegó a su casa a eso de las nueve de la noche, de vuelta de la oficina. Ya había oscurecido totalmente. Su mujer lo esperaba en la puerta de calle, con su hijita.

—¿Cómo van las cosas? —preguntó la mujer.

—Muy mal —dijo Bruder—; entremos y te contaré todo.

Apenas habían entrado, Bruder cerró con llave la puerta de calle.

—¿Dónde está la criada? —preguntó.

—En la cocina —dijo la mujer.

—Excelente; ¡vamos!

Encendieron la lámpara en la amplia sala, una habitación de techo bajo; todos se sentaron, y Bruder dijo:

—La verdad es ésta. Los nuestros están en completa retirada. Según noticias de indudable veracidad, llegadas hoy a la Municipalidad, tengo entendido que la lucha en Rumdorf ha sido un desastre total para nosotros. Además la mayor parte de las tropas ya se ha retirado de la ciudad. Se mantiene el secreto para evitar el pánico. Eso no me parece conveniente; sería mejor decir abiertamente la verdad. Pero mi deber me obliga a callarme. De todos modos, nadie puede impedirme que te lo diga a ti. Y además todo el mundo adivina lo que ocurre, de eso no cabe duda. Todos cierran las puertas con llave, y esconden lo que pueden esconder.[78]

Algunos empleados, apoyados en el alféizar de piedra de una ventana de la Municipalidad, miraban hacia la plaza, donde el último batallón de la retaguardia esperaba la orden de retirada. Los soldados eran jóvenes, altos, de mejillas rubicundas, y sostenían con firmeza las riendas de sus inquietos caballos. Delante de ellos, dos oficiales iban y venían lentamente sobre sus cabalgaduras. Sin duda esperaban un mensaje. A menudo daban una orden a algún jinete, que desaparecía a toda velocidad por una callejuela muy empinada a un costado de la plaza. Hasta ese momento, ninguno había vuelto.

El señor Bruder se agregó al grupo de la ventana; era un hombre todavía joven, pero de barba espesa. Como desempeñaba un alto cargo, y era muy respetado por sus méritos, todos le hicieron una cortés reverencia y le dejaron lugar en el alféizar.

—Así que éste es el fin —dijo mirando hacia la plaza—. Ya es demasiado evidente.

—¿Le parece, señor Concejal? —preguntó un arrogante joven, que a pesar de la llegada de Bruder no se había movido de su lugar, y que ahora permanecía tan cerca de él que no podían mirarse la cara—. ¿Le parece que hemos perdido la batalla?

—Ciertamente. No queda la menor duda. Entre nosotros, les diré que la culpa la tienen los de arriba. Ahora tenemos que pagar por los pecados antiguos. Por supuesto, ya no es el momento de hablar de eso; ahora cada uno tiene que pensar en sí mismo. Estamos a un paso del desastre definitivo. Los otros pueden llegar esta misma noche. Tal vez ni siquiera esperen la noche, y lleguen dentro de media hora.

TENTACIÓN EN LA ALDEA 79

11 de junio. Una vez, hacia el anochecer de un día de verano, llegué a una aldea donde no había estado nunca. Me llamaron la atención la anchura y la facilidad de las sendas. En todas partes se veían árboles altos y viejos ante las granjas. Había llovido, el aire estaba fresco; todo me gustaba muchísimo. Traté de demostrarlo en mis saludos a la gente que veía ante los portones; me contestaron amistosamente, aunque con un poco de reserva. Pensé que sería agradable pasar la noche allí, suponiendo que hubiera una posada.

Pasaba justamente junto a los muros altos y cubiertos de verdura de una granja, cuando se abrió una puertita en la pared; tres caras se asomaron, luego desaparecieron, y la puerta volvió a cerrarse.

—¡Qué extraño! —dije hacia un costado, como dirigiéndome a algún acompañante.

Y en efecto, para terminar de desconcertarme, a mi lado había un hombre alto, sin sombrero ni abrigo, con un chaleco negro tejido; fumaba en pipa. Me recobré rápidamente, y le dije, como si ya hubiera tenido noticia de su presencia:

—¡Esa puerta! ¿Usted también vió cómo se abrió esa puertita?

—Sí —dijo el hombre—, pero ¿por qué le parece extraño? Eran los hijos del arrendatario. Oyeron sus pasos, y quisieron ver quién pasaba a estas horas de la noche.

—Una explicación muy simple, realmente —dije sonriendo—; a menudo los forasteros consideran extrañas las cosas más naturales. Muchas gracias.

Y seguí mi camino. Pero el hombre me siguió. Esto en realidad no me asombró, quizá tuviera que ir hacia el mismo lado; pero no había ningún motivo para que fuéramos uno detrás de otro, en vez de ir juntos.

Me volví y le dije:

—¿Por aquí se va a la posada?

El hombre se detuvo, y dijo:

—No tenemos posada; o más bien tenemos una, pero es inhabitable. Pertenece a la colectividad, y hace muchos años, como nadie quería encargarse de ella, fué cedida a un viejo inválido, que hasta ese momento había vivido a expensas de la aldea. Este hombre se ocupa ahora de la posada, con su mujer, pero lo hace tan desastrosamente que casi ni se puede pisar la puerta, tan fuerte es el hedor que brota de allí adentro. En el despacho de bebidas uno se resbala sobre la suciedad. Miserable posada, vergüenza de la aldea, vergüenza de la colectividad.

Sentí deseos de contradecir al individuo; su aspecto me incitaba, esa cara en el fondo delgada, de mejillas amarillentas, correosas, apenas rellenas, y esas arrugas negras, que se extendían por toda la cara a cada movimiento de las mandíbulas.

—¿Ah sí? —dije, sin expresar mayor asombro por estas circunstancias—. No importa —proseguí—, me alojaré allí, ya que decidí pasar la noche en esta aldea.

—Entonces —dijo apresuradamente el hombre— le conviene ir para allá, si quiere llegar a la posada —y me señaló la dirección

opuesta a la que yo llevaba—. Siga hasta la primera esquina y doble hacia la derecha. En seguida verá el cartel de la posada. Allí es.

Le agradecí la información, y volví a pasar al lado de él; el hombre me observaba atentamente. Tal vez me había informado mal, pero yo no podía evitarlo, y no pensaba dejarme desconcertar por la circunstancia de tener que pasar nuevamente a su lado, ni porque hubiera cesado tan repentina e inesperadamente de prevenirme contra la posada. Algún otro me indicaría el camino; y si estaba tan sucia, pues por una vez dormiría en la suciedad, para satisfacer por lo menos mi obstinación. Además, casi no podía elegir; ya era de noche, los caminos estaban embarrados por la lluvia, y la próxima aldea quedaba muy lejos.

Ya había dejado atrás al hombre, y no pensaba ocuparme más de él, cuando oí una voz de mujer, que le hablaba. Me volví. De la oscuridad, bajo un grupo de plátanos, surgió una mujer alta y erguida. Sus faldas relucían con un color pardo amarillento; en la cabeza y en los hombros llevaba una pañoleta negra de tejido rústico.

—Ven de una vez a casa —dijo al hombre—, ¿por qué no vienes?

—Ya voy —dijo él—, pero espera un poco. Quiero ver qué hará este hombre. Es un forastero; anda dando vueltas por aquí, sin ningún motivo. Fíjate un poco.

Hablaba de mí como delante de un sordo, o de alguien que no comprende el idioma. Por supuesto, no me importaba nada lo que decía, pero naturalmente me parecía desagradable que empezara a diseminar por la aldea alguna clase de rumores falsos sobre mí. Por lo tanto me volví, y dije a la mujer:

—Busco la posada, nada más. Su marido no tiene derecho de hablar así de mí; no quiero que usted se forme una falsa idea de mi persona.

Sin embargo, la mujer casi no me miró; en cambio, se acercó a su marido —yo había adivinado inmediatamente que era su marido, había entre ambos una relación tan directa y tan evidente— y le puso una mano sobre el hombro:

—Si quiere algo, hable con mi marido, no conmigo.

—Le aseguro que no quiero nada —dije, irritado por este trato—, yo no me preocupo por ustedes, no se preocupen ustedes por mí. Es lo único que les pido.

La mujer meneó la cabeza; a pesar de la oscuridad, vi el movimiento, pero no la expresión de sus ojos. Al parecer quería contestarme algo, pero el marido le dijo:

—¡Cállate! —y la mujer se calló.

Nuestro encuentro me pareció haber llegado definitivamente a su término; me volví, e iba a seguir mi camino, cuando alguien gritó:

—¡Señor!

Probablemente, el grito se dirigía a mí. En el primer momento no pude adivinar de dónde venía la voz, pero luego vi a un joven sentado en el tope del muro de la granja, sobre mi cabeza; balanceando las piernas y entrechocando ociosamente las rodillas, me dijo:

—Acabo de oír que usted piensa pernoctar en la aldea. Fuera de esta granja, en ninguna parte encontrará alojamiento adecuado.

—¿En esta granja? —pregunté; sin querer, lo que luego me enfureció, miré inquisitivamente al matrimonio; seguían observándome, apoyados uno contra otro.

—Así es —dijo el joven.

Tanto su actitud general como su respuesta revelaban cierta arrogancia.

—¿Aquí alquilan camas? —volví a preguntar, para estar bien seguro y para que el hombre se concretara a su papel de posadero.

—Sí —contestó, y su mirada ya empezaba a eludirme—, aquí se dan camas por una noche; no a todos, sino únicamente a las personas a quienes se las han ofrecido.

—Acepto —dije—; pero naturalmente, pagaré por la cama, como en la posada.

—Por favor —dijo el hombre, cuya mirada ya se había perdido en la lejanía, por encima de mi cabeza—, no queremos aprovecharnos de usted.

Él estaba sentado allá arriba, como un señor; yo seguía abajo, de pie, como un criadito; hubiera deseado tirarle una piedra para animarlo un poco. En cambio, le dije:

—Entonces, ábrame la puerta, por favor.

—No está corrido el cerrojo.

—No está corrido el cerrojo —repetí gruñendo, casi sin darme cuenta; abrí la puerta y entré. Por casualidad, al entrar miré hacia arriba; el hombre ya no estaba, al parecer había saltado del muro, a pesar de la altura; tal vez discutía afuera con el matrimonio. Que siguieran discutiendo; qué podía importarme a mí; todo mi dinero alcanzaba apenas la suma de tres florines, y mis demás posesiones sólo consistían en una camisa limpia en la mochi-

la y un revólver en el bolsillo del pantalón. Además, esa gente no tenía aspecto de querer robar a nadie. Pero entonces, ¿qué otra cosa podían pretender de mí?

Era uno de esos jardines habitualmente abandonados que suelen verse en las grandes granjas; los sólidos muros de piedra parecían prometer otra cosa. Entre las altas hierbas, regularmente espaciados, había una cantidad de cerezos, cuyas flores ya habían caído. A lo lejos se divisaba la casa, un edificio extenso y chato. Ya había oscurecido mucho; yo era un huésped tardío; si el hombre de la pared me había mentido, me arriesgaba a una recepción bastante desagradable. Mientras cruzaba el jardín no vi a nadie, pero unos pasos antes de llegar, a través de la puerta abierta, divisé en la habitación del frente a dos ancianos altos, un hombre y una mujer; estaban sentados uno al lado del otro, con la cara vuelta hacia la puerta, y comían una especie de papilla en un platón. En la penumbra no se distinguía gran cosa, sólo algunos resplandores aislados, como de oro, en el abrigo del hombre; tal vez eran los botones, o quizá la cadena del reloj.

Saludé, y todavía sin cruzar el umbral, dije:

—Buscaba alojamiento en la aldea, cuando un joven que estaba sentado sobre el muro de este jardín me dijo que mediante el pago de cierta suma tal vez me permitieran pernoctar aquí en la granja.

Los dos ancianos habían plantado sus cucharas en la papilla; recostados sobre el respaldo del banco, me miraban en silencio. Su actitud no era muy acogedora. Por lo tanto, agregué:

—Espero que la información sea correcta; no quisiera haberlos molestado inútilmente.

Hablaba a pleno pulmón, pensando que tal vez eran un poco duros de oído.

—Acérquese —ordenó el viejo después de un momento.

Sólo porque era tan viejo le obedecí; si no, habría naturalmente insistido en que me contestara con claridad una pregunta tan clara. De todos modos, entré y le dije:

—Si mi presencia les causa la más mínima molestia, díganmelo francamente, por favor, de ningún modo quisiera insistir. Puedo irme a la posada, me da absolutamente lo mismo.

—Habla demasiado —dijo en voz baja la mujer.

Su intención sólo podía ser insultarme; es decir, contestaban mis cortesías con insultos; pero como se trataba de una anciana, no podía defenderme de ningún modo. Y tal vez el hecho de no poder defenderme hiciera que esta observación de la mujer, tan incontestable, me causara más efecto de lo debido. En cierto modo, yo sentía que alguna especie de reproche me merecía, no porque hubiera hablado demasiado, ya que en realidad sólo había dicho lo estrictamente necesario, sino por otros motivos, estrechamente vinculados a mi existencia. No dije nada más, insistí en no contestar; vi allí cerca un banco, en un rincón oscuro, y me senté en él.

Los viejos empezaron nuevamente a comer; de un cuarto contiguo entró una muchacha y colocó sobre la mesa una vela encendida. Ahora se veía menos que antes, todo se confundía en la oscuridad; sólo la llamita oscilaba sobre las cabezas un poco inclinadas de los viejos. Algunos niños entraron corriendo desde el jardín; uno se cayó de cabeza y lloró, los otros dejaron de correr y se dispersaron por el cuarto; el viejo dijo:

—¡A dormir, criaturas!

Inmediatamente se juntaron; el que había llorado ahora sólo sollozaba; un niño que estaba a mi lado, me tiró del abrigo, como para sugerirme que me fuera con ellos; en realidad yo también quería irme a dormir; por lo tanto me levanté y me fuí, callado como un grandote entre las criaturas que ruidosamente exclamaban "Buenas noches" al unísono. El niñito amigo me daba la mano, lo que me permitió moverme fácilmente en la oscuridad. Llegamos bastante pronto a una escalerita de mano, trepamos y entramos en la guardilla. A través de un pequeño tragaluz se veía directamente una luna incipiente; era un placer colocarse bajo el tragaluz —yo casi podía asomar la cabeza por él— y respirar el aire dulce y sin embargo fresco de la noche. En el suelo, junto a una pared, había un poco de paja amontonada; la paja alcanzaba para todos. Las criaturas —dos varones y tres niñas— se desvistieron entre risas; yo me arrojé vestido sobre la paja, después de todo estaba entre desconocidos y no se justificaba que me permitieran quedarme. Apoyado sobre un codo, contemplé un rato a los niños, que jugaban semidesnudos en un rincón. Pero luego me sentí tan cansado que recliné la cabeza sobre la mochila, extendí los brazos, durante un instante recorrí las vigas del techo con la mirada, y me quedé dormido. Todavía me pareció oír gritar a uno de los niños: "¡Cuidado, allí viene!", mientras el ruido de los rápidos pasos de las criaturas que corrían a acostarse penetraba mi ya soñolienta conciencia.

Seguramente dormí muy poco tiempo, porque cuando me desperté la luz de la luna que entraba por el tragaluz caía casi sobre el mismo lugar del piso. No sabía por qué me había despertado; hasta ese momento dormía profundamente y sin sueños.

Pero de pronto advertí a mi lado, más o menos a la altura de mi oído, un perrito peludo, muy pequeño, uno de esos repugnantes perritos falderos de cabeza relativamente voluminosa, rodeada de pelo rizado, donde los ojos y el hocico parecen incrustados como adornos de una sustancia córnea e inerte. ¿Qué hacía semejante perro de gran ciudad en la aldea? ¿Por qué se paseaba así de noche por la casa? ¿Por qué se quedaba junto a mi oreja? Hice con la boca un ruido de gato enojado, para que se fuera; tal vez era el perrito de los chicos, y sin querer se me había acercado. Mi chistido lo atemorizó; pero no escapó, se redujo a darse vuelta, y allí se quedó, con sus patitas arqueadas y su cuerpito contrahecho, sobre todo en comparación con su voluminosa cabeza. Como se había quedado quieto, intenté volver a dormirme, pero no pude; constantemente veía flotar ese perro en el aire, con sus ojos protuberantes, justamente delante de los míos. Era intolerable, no podía seguir soportando la proximidad de ese animal; me levanté y lo cogí en brazos para llevármelo. Pero el animal, hasta ese momento tan inerte, empezó a defenderse, y trató de herirme con las uñas. Por lo tanto, tuve que cuidarme también de sus patitas, lo que en realidad me resultaba sumamente fácil, ya que podía sujetarle las cuatro patas con una sola mano.

—Bueno, cachorrito —dije a la cabecita furiosa, de temblorosos rizos, y me alejé con él en la oscuridad, en busca de la puerta.

Sólo en ese momento me llamó la atención el silencio del perrito; no ladraba ni chillaba, pero en cambio yo sentía muy bien que la sangre le latía frenéticamente por todo el cuerpo. Después de unos pasos —el perro reclamaba hasta tal punto mi atención, que procedí con cierto descuido— me llevé por delante a una de las criaturas dormidas; esto me enfureció sobremanera. La guardilla estaba ahora muy oscura; por el tragaluz entraba apenas una débil claridad. La criatura suspiró; me quedé un momento inmóvil, ni siquiera retiré la punta del pie, para no despertarla más con un cambio de posición. Ya era demasiado tarde; de pronto vi que todos los niños se levantaban en torno de mí, con sus camisones blancos, como si se hubieran puesto de acuerdo, como obedeciendo una orden; yo no tenía la culpa, sólo había despertado a una criatura y ese despertarla ni siquiera había sido un despertarla, sino un pequeño roce que el sueño de un niño podía soportar perfectamente. Bueno, ahora estaban todos despabilados.

—¿Qué queréis, niños? —pregunté—; seguid durmiendo.

—Usted se lleva algo —dijo un varón, y los cinco me rodearon para registrarme.

—Sí —dije; no tenía por qué ocultar nada, si los niños preferían llevarse ellos mismos al perro, tanto mejor—. Me llevo afuera este perro. No me dejaba dormir. ¿Sabéis de quién es?

—De la señora Cruster —por lo menos eso es lo que entendí de sus gritos soñolientos, vagos, incomprensibles, que no se dirigían ni a mí ni a ninguno de los presentes.

—¿Quién es la señora Cruster? —pregunté, pero ya no pude conseguir que esas agitadas criaturas me contestaran.

Uno me quitó el perro, que ahora se había quedado absolutamente inmóvil, y de inmediato se alejó con él; todos lo siguieron.

No quería quedarme solo, ya se me había pasado todo el sueño; vacilé un instante, es verdad; me pareció que me mezclaba demasiado en los asuntos de esa casa, donde nadie me había demostrado demasiado confianza, pero no obstante terminé por correr detrás de los niños. Sentía delante de mí, cercano, el ruido de sus pasos; pero en esa oscuridad completa, y como además no conocía el camino, tropecé varias veces, y hasta me golpeé dolorosamente la cabeza contra la pared. Llegamos a la habitación donde había visto a los ancianos; estaba vacía, y a través de la puerta todavía abierta se veía el jardín iluminado por la luna.

"Sal —me dije—, la noche es cálida y clara, puedes seguir viaje, o pernoctar a la intemperie. Es tan insensato, después de todo, seguir corriendo detrás de estas criaturas." Pero seguí corriendo; el sombrero, el bastón y la mochila se habían quedado arriba, en la guardilla. Pero ¡cómo corrían esas criaturas! Vi claramente que atravesaban la habitación iluminada por la luna en dos saltos, con los camisones al viento. Pensé que después de todo agradecía como correspondía la falta de hospitalidad que me habían demostrado en la casa, despertando a las criaturas, provocando una corrida general por todas las habitaciones, en vez de dormir, y multiplicando el estrépito (los pasos de los niños descalzos casi no se oían al lado del ruido de mis pesadas botas); y ni siquiera me imaginaba en qué terminaría esto.

De pronto, todo se iluminó. En un cuarto que surgía ante nosotros, con varias ventanas abiertas, aparecía sentada ante una mesa una delicada mujer, escribiendo a la luz de una lámpara de mesa grande y hermosa.

—¡Niños! —exclamó asombrada; todavía no me había visto, porque estaba en la sombra, frente a la puerta. Los niños depo-

sitaron el perro sobre la mesa; se veía que querían mucho a la mujer, todo el tiempo trataban de encontrar su mirada; una niña le cogió la mano y se la acarició, la mujer no protestó, y casi ni lo advirtió. El perro permanecía frente a ella, sobre la hoja de papel donde un momento antes había estado escribiendo, y le tendía su lengüita temblorosa, que se recortaba perfectamente frente a la pantalla de la lámpara. Los niños suplicaron que les permitiera quedarse, y trataron con mil zalamerías de obtener su consentimiento. La mujer vacilaba; se levantó, tendió los brazos, y señaló la única cama y el piso duro. Esto no parecía importarles a las criaturas, que se tendieron en el suelo para probarlo, allí donde se encontraban; durante un instante, todo quedó en calma. La mujer los contempló sonriendo, con las manos sobre el pecho. De vez en cuando, alguna criatura alzaba la cabeza, pero al ver que los otros seguían acostados, volvía a echarse.

Una noche volví de la oficina algo más tarde que de costumbre (un conocido me había detenido abajo, frente a la puerta de calle); pensando todavía en la conversación, que en su mayor parte había versado sobre la posición social de nuestros conocidos, abrí la puerta de mi habitación, colgué el sobretodo en la percha y ya me dirigía hacia el lavabo cuando oí una respiración espasmódica y extraña. Alcé la vista, y en lo alto de la estufa empotrada en un rincón del cuarto, en la penumbra, observé que algo se movía. Unos ojos lucientes y amarillentos me miraban; bajo una cara irreconocible pendían sobre la repisa de la chimenea, hacia ambos lados, dos grandes y redondos senos de mujer; todo ese ser parecía consistir simplemente en un amontonamiento de carne blanda y blanca; una cola larga, gruesa y amarillenta colgaba junto a la estufa, y su extremo rascaba continuamente las grietas de los ladrillos.

Lo primero que hice fué dirigirme hacia la puerta que daba a los aposentos de la dueña de la pensión, a grandes pasos y muy cabizbajo; "¡Tontería! ¡Tontería!", repetía mientras tanto en voz baja, como una plegaria. Sólo más tarde advertí que había entrado sin llamar... [Se interrumpe.]

Era cerca de medianoche. Cinco hombres me sujetaban; detrás de ellos, otro hombre alzaba la mano para aferrarme.

—¡Suelten! —grité, y giré circularmente, haciéndolos retroceder a todos.

Sentí la acción de alguna ley desconocida; al hacer mi último

esfuerzo sabía que tendría éxito; vi que todos los hombres huían con las manos todavía alzadas; comprendí que un momento después volverían a precipitarse sobre mí todos juntos. Me volví hacia la puerta de la casa —estaba casi delante de ella—, abrí el cerrojo, que prácticamente se abrió solo, con insólita rapidez, y escapé escaleras arriba, en la oscuridad.

Arriba, en el último piso, estaba mi anciana madre, con una bujía en la mano, ante la puerta abierta de nuestra casa.

—¡Cuidado, cuidado! —le grité desde el penúltimo piso— ¡me siguen!

—¿Quién? ¿Quién? —preguntó mi madre—. ¿Quién puede seguirte, hijito mío?

—Seis hombres —dije sin aliento.

—¿Los conoces? —preguntó mi madre.

—No, son desconocidos —dije.

—¿Qué aspecto tienen?

—Apenas los vi. Uno tiene una barba negra, otro un gran anillo en un dedo, otro tiene un cinto rojo, otro tiene los pantalones desgarrados en la rodilla, otro tiene un solo ojo abierto, y el último muestra los dientes.

—No pienses más en ellos —dijo mi madre—; vete a tu cuarto, acuéstate y duerme; ya te preparé la cama.

Mi madre, esa anciana, que lo viviente ya no puede atacar, con una arruga astuta alrededor de esa boca que repite inconscientemente las locuras de los ochenta años.

—¿Dormir ahora? —exclamé... [Se interrumpe.]

12 de junio. Kubin. Cara amarillenta, cabellos escasos, achatados sobre el cráneo; de vez en cuando un brillo más fuerte en la mirada.

Wolfskehl, medio ciego, retina desprendida; tiene que cuidarse de los golpes o las caídas, porque podría desprendérsele el cristalino, y todo habría terminado. Para leer tiene que colocar el libro frente a los ojos, y tratar de pescar las letras con la comisura del ojo. Estuvo en la India con Melchior Lechter, se enfermó de disentería, come de todo, cualquier fruta que encuentra tirada en la suciedad de la calle.

P. cortó con una sierra el cinturón de castidad de plata de un cadáver; hizo a un lado a los obreros que lo habían desenterrado, en algún lugar de Rumania, los tranquilizó diciéndoles que el cinturón era un adorno valioso que le gustaría llevarse de recuerdo, lo hizo cortar con una sierrita y lo arrancó del esque-

lecto. Si encuentra en alguna iglesia aldeana una biblia valiosa o un cuadro o un pergamino que le gustan, arranca lo que le interesa de los libros, de las paredes o del altar, deja como óbolo una moneda de dos *heller* y se queda tan contento. Le gustan las mujeres gordas. Hace fotografiar a todas las mujeres que posee. Manojo de fotografías que muestra a todas las visitas. Se sienta en un extremo del sofá; la visita, bastante alejada de él, en el otro. P. casi no mira, y sin embargo siempre sabe cuál es la fotografía de arriba y proporciona la información correspondiente: Ésa era una viuda vieja, ésas eran dos criadas húngaras, etc. Refiriéndose a Kubin: "Sí, maestro Kubin, usted está progresando mucho; si sigue así, dentro de unos diez o veinte años llegará a ser tan importante como Bayros".[80]

Carta de Dostoiewsky a una pintora.

La vida social se desarrolla siempre dentro de un mismo círculo. Sólo los que padecen una aflicción determinada se entienden entre sí. Gracias a la naturaleza de su aflicción establecen un círculo, y se soportan mutuamente. Se deslizan a lo largo de los bordes interiores de su círculo, se ceden el paso o en medio del tumulto chocan suavemente entre sí. Cada uno alienta a los demás, con la esperanza de que ese aliento se refleje sobre él, o si no (y en ese caso lo hacen apasionadamente) gozando directamente del reflejo. Sólo disponen de la experiencia de su aflicción; sin embargo, uno oye que estos camaradas se intercambian experiencias prodigiosamente diversas entre sí. "De esta manera eres tú", uno le dice al otro, "en vez de quejarte, agradece a Dios el ser así, porque si no lo fueras, entonces te acaecería esta o aquella desgracia, esta o aquella vergüenza." ¿Cómo lo sabe? Tal como lo revela su veredicto, pertenece al mismo círculo de su interlocutor, su ansia de consuelo es semejante. Pero dentro del mismo círculo se sabe siempre lo mismo. No existe ni la sombra de un pensamiento que el consolador haya pensado antes que el consolado. Sus conversaciones sólo consisten, por lo tanto, en conjunciones de la imaginación, en un derramarse de los deseos de uno sobre el otro. A veces uno mira hacia el suelo, y el otro mira un pájaro; todo su intercambio consiste en esas diferencias. A veces sus fes se unen, y entonces contemplan con las cabezas juntas las infinitas distancias del espacio. Sólo demuestran cierto reconocimiento de su situación cuando bajan las cabezas al mismo tiempo y el mismo martillo cae sobre ellas.

14 de junio. Mi paso tranquilo, mientras me late la cabeza y una rama que susurra débilmente sobre mí me provoca la máxima incomodidad. Poseo en mí la calma, la seguridad de los demás, pero de algún modo invertida.

19 de junio. La agitación de los últimos días. La calma que me infunde el doctor W. Las molestias que se toma por mí. Cómo esta mañana, cuando a eso de las cuatro me desperté de un profundo sueño, volvieron a emigrar hacia mí. *Pístekovo divadlo.*[81] Löwenstein. Ahora, la grosera y excitante novela de Soyka. Angustia. Convicción de la necesidad de F.

Cómo nosotros, Ottla y yo, explotamos de furor ante las relaciones humanas.

La tumba de los padres, donde también el hijo (Pollak, que estudió en la escuela comercial) está enterrado.[82]

25 de junio. Desde el alba hasta el anochecer me paseé por mi habitación. La ventana estaba abierta, el día era tibio. El ruido de la angosta calle subía sin interrupción. A fuerza de mirarla en mis idas y venidas, conozco ya cada pequeñez, cada detalle del cuarto. Estudié con la mirada todas las paredes. Recorrí hasta sus últimas ramificaciones el diseño de la alfombra y sus señales de vejez. Muchas veces medí la mesa del medio con los dedos. A menudo mostré los dientes al retrato del difunto marido de la dueña de la pensión. Hacia el anochecer me acerqué a la ventana y me senté sobre el alféizar. Entonces, por primera vez, miré casualmente y sin moverme de mi lugar el interior del cuarto y el cielo raso. Finalmente, si no me equivocaba, empezaba a moverse esa habitación que de tantas maneras yo había estremecido. Empezó en los bordes del cielo raso, cubierto por una delgada capa blanca de yeso. Algunos pedacitos de estuco se desprendieron y cayeron al suelo, como al azar, con un golpecito bien definido. Tendí la mano, y también en mi mano cayeron algunos trozos; los arrojé a la calle por encima de mi cabeza, sin volverme, tal era mi tensión. Las rajaduras del techo todavía no demostraban mayor relación entre sí, aunque de algún modo uno podía imaginarla. Pero dejé a un lado esos juegos, cuando vi que empezaba a mezclarse con el blanco del cielo raso un violeta azulado; nacía del centro mismo del techo, todavía blanco, es más, de un blanco radioso, donde se encontraba aplicada casi directamente la pobre

lámpara eléctrica. Todo el tiempo, a sacudidas, el color se esparcía —¿o era una luz?— hacia los bordes ahora oscurecidos. Uno no se preocupaba ya por el mortero que caía y saltaba como bajo la presión de una herramienta aplicada con toda precisión.

Luego empezaron a mezclarse al violeta de los costados matices amarillos, de un amarillo dorado. Pero en realidad el cielo raso no se coloreaba, los colores sólo lo volvían en cierto modo trasparente; sobre él parecían flotar cosas que querían irrumpir; ya casi se veía el contorno de la presión, un brazo extendido, una espada plateada que oscilaba. Era para mí, no cabía duda; se preparaba una aparición que me liberaría. Salté sobre al mesa para ayudar esa preparación, arranqué la lamparita con su portalámparas de bronce y los arrojé al suelo; luego salté tras ellos y corrí la mesa del medio de la habitación hasta la pared. Eso que quería aparecer podía bajar tranquilamente sobre la alfombra, y anunciarme lo que tenía que anunciarme. Apenas había terminado, cuando en efecto el cielo raso se rompió. Todavía muy alto, porque yo había calculado mal, descendía lentamente en la penumbra un ángel de vestiduras violetas y azuladas, envuelto en cordones de oro, sosteniéndose sobre unas alas grandes, blancas, lucientes como seda, con la espada tendida horizontalmente. "Un ángel, entonces", pensé, "habrá estado volando hacia mí durante todo el día, y yo, con mi poca fe, no lo sabía. Ahora me hablará". Bajé la mirada. Pero cuando volví a alzarla, el ángel seguía ciertamente allí, pendía bastante lejos del techo, que había vuelto a cerrarse, pero no era un ángel viviente, sino simplemente un mascarón de proa de madera pintada, como los que cuelgan del techo en las tabernas de los marineros. Nada más. La cruz de la espada servía para colocar una bujía y recoger la cera derretida. Como yo había arrancado la lámpara eléctrica, y no quería quedarme en la oscuridad, busqué una vela, me trepé a una silla, coloqué la vela en la cruz de la espada, la encendí, y me quedé sentado hasta muy entrada la noche, a la débil luz del ángel.

30 de junio. Hellerau. A Leipzig con Pick. Me porté espantosamente mal. No podía preguntar nada, ni contestar, ni moverme, apenas mirar en los ojos. Mann, que trabaja para la Liga Naval, la pareja gorda amante de las salchichas, Thomas, en cuya casa nos alojamos, Prescher, que nos condujo allí, la señora Thomas, Hegner, Fantl y la señora Adler, la señora y la pequeña Anneliese, la señora del doctor K., la señorita P., la hermana de la señora Fantl, K., Mendelssohn (hijo del hermano, alpino, garrapata, baño

de agujas de pino); hostería en el bosque, "Natura"; Wolff, Haas, lectura de *Narciso* en voz alta, en el jardín de Adler, vistas desde la casa de Dalcroze, la noche en la hostería del bosque, Bugra; terror tras terror.

Fracasos: No encontrar la hostería "Natura", idas y venidas por la Struverstrasse; tranvía equivocado al ir a Hellerau, no había habitaciones en la hostería; me olvidé que tenía que esperar allí un llamado telefónico de E., por lo tanto, retorno; ya no pude encontrar más a Fantl; Dalcroze en Ginebra; a la mañana siguiente llegué demasiado tarde a la hostería (F. había llamado inútilmente); decisión de no ir a Berlín, sino a Leipzig; viaje insensato; por error, un tren local; Wolff se iba justamente a Berlín; Lasker-Schüler se apodera de Werfel; insensata visita a la Exposición; finalmente, para colmo, exigí a Pick sin ningún motivo el pago de una vieja deuda.

1º de julio. Demasiado cansado.

5 de julio. ¡Causar y tener que soportar semejantes sufrimientos!

23 de julio. El tribunal en el hotel. El viaje en el coche de alquiler. La cara de F. Se pasa las manos por el pelo, bosteza. De pronto se reanima, y dice una cantidad de cosas hostiles, bien meditadas, largamente guardadas en el corazón. El retorno con la señorita Bl.[83] El cuarto del hotel, el calor reflejado por la pared de la casa de enfrente. También emanan calor los altos muros laterales que rodean la ventana muy baja del cuarto. Además, el sol del mediodía. El activo mucamo, casi un judío oriental. Ruido en el patio, como en una fábrica de calderas. Malos olores. Las chinches. Hay que aplastarlas, difícil decisión. Asombro de la mucama: No hay chinches en ninguna parte, una sola vez un huésped encontró una en el corredor.

En casa de los padres. Lágrimas aisladas de la madre. Repito mi lección. El padre la comprende perfectamente desde todo punto de vista. Para verme, vino especialmente desde Malmö, viajó de noche, está en mangas de camisa. Me dan la razón, no pueden reprocharme nada o casi nada. Demoníaco en mi perfecta inocencia. Aparente culpabilidad de la señorita Bl.

Por la noche, solo, en un asiento de "Unter den Linden". Dolor de estómago. Melancólico boletero. Se planta frente a la gente, sacude el talonario de boletos, y uno sólo puede deshacerse de él mediante el pago de la tarifa correspondiente. Cumple muy eficaz-

mente con su obligación, a pesar de todas las dificultades aparentes; en un trabajo prolongado como éste, uno no puede andar volando de un lugar a otro, además tiene que tratar de recordar a la gente. Cuando veo estas personas siempre reflexiono lo mismo: ¿Cómo llegó a ese empleo, cuánto le pagarán, dónde estará mañana, qué porvenir le espera en la vejez, dónde vive, en qué rincón se despereza antes de acostarse, podría yo hacer su trabajo, cómo me caería? Todo esto, agregado al dolor de estómago. Noche terrible, sufrí constantemente. Y sin embargo, casi no la recuerdo.

En el Restaurante Belvedere, junto al puente de Stralau, con E. Todavía espera que lleguemos a una solución, o por lo menos lo demuestra. Bebimos vino. Lágrimas en sus ojos. Los barcos parten hacía Grünau, hacia Schwertau. Mucha gente. Música. E. me consolaba, aunque yo no estaba triste; es decir, sólo estoy triste por mí, y por lo tanto no puedo consolarme. Me regaló *El Cuarto Gótico*. Habló mucho (no sé lo que dijo). Especialmente sobre cómo consigue adelantar en el negocio a pesar de una vieja venenosa de cabellos blancos que trabaja con ella. Preferiría irse de Berlín, instalar un negocio por su cuenta. Le gusta la tranquilidad. Cuando estaba en Sebnitz, a veces dormía todo el domingo. También sabe divertirse.

En la otra orilla, el edificio de la Marina. Su hermano alquiló una casa allí.

¿Por qué los padres y la tía me saludaron con la mano cuando me fuí? ¿Por qué F. se quedó sentada en el hotel, sin moverse, aunque ya todo estaba aclarado? ¿Por qué me telegrafió: "Te espero, pero el martes tengo que irme por asuntos de negocios"? ¿Esperarían algo de mí? Nada habría sido más natural. De nada (interrumpido por el doctor Weiss, que se asoma a la ventana) . . .

27 de julio. Al día siguiente, ya no volví a visitar a sus padres. Sólo mandé un mensajero con una carta de despedida. Carta deshonesta y coqueta. "No piensen demasiado mal de mí." Discurso al pie del patíbulo.

Estuve dos veces en la escuela de natación de Stralauer Ufer. Muchos judíos. Caras azuladas, cuerpos fornidos, corridas alocadas. Por la noche, en el jardín del "Askánischer Holf". Comí arroz a la Trautmannsdorf, y un durazno. Un hombre que bebía vino me contemplaba; yo trataba de cortar con el cuchillo el duraznito todavía verde. No lo conseguía. Avergonzado por las miradas del anciano, abandoné definitivamente el durazno y hojeé infinitas veces *Die fliegenden Blätter*. Esperé, deseando que se fuera. Por fin,

con un esfuerzo supremo y a pesar de su presencia, muerdo el durazno, carísimo y totalmente seco. En la pérgola contigua, un señor alto, que sólo se interesa en el asado que selecciona minuciosamente, y en el vino del cubo con hielo. Finalmente enciende un gran cigarro; lo observo por encima de mis *Fliegenden Blätter*.

Partida de la estación Lehrter. El sueco en mangas de camisa. La robusta joven con numerosas ajorcas de plata en la muñeca. Cambio de trenes en Buchen, de noche. Lübeck. Espantoso Hotel Schützenhaus. Paredes llenas de cosas, ropa sucia bajo las sábanas, edificio en mal estado, un muchachito es el único criado. Aterrorizado por el cuarto, me voy al jardín y me siento al lado de una botella de agua mineral. Frente a mí, bebiendo cerveza, un jorobado y un joven delgado y anémico, que fuma. A pesar de todo dormí, pero me despertó temprano el sol que entraba por la amplia ventana y me iluminaba directamente la cara. La ventana daba a las vías del ferrocarril; estrépito incesante de los trenes. Alivio y felicidad cuando me mudé al Hotel Kaiserhof, junto al Trave.

Viaje a Travemünde. Baño familiar. Vista de la playa. Tarde en la arena. Mis pies descalzos escandalizaban a la gente. Cerca de mí, un norteamericano (al parecer). En vez de almorzar, pasé frente a todas las pensiones y restaurantes. En la avenida del Kurhaus me senté y escuché la música del comedor.

En Lübeck, paseo por las murallas. Melancólico individuo solitario en un banco. Movimiento en la Sportplatz. Plaza tranquila, personas sentadas en escalones y piedras, frente a cada puerta. Mañana vista desde la ventana. Descarga de troncos de un barco de vela. El doctor W.[84] en la estación. Parecido ya infalible con Löwy. Incapacidad de llegar a una decisión en lo que se refiere a Gleschendorf. Almuerzo en la Granja Hansa. "La virgen ruborosa." Compras para la cena. Conversación telefónica con Gleschendorf. Viaje a Marienlyst. Trasbordo al ferry-boat. Misteriosa desaparición de un joven de impermeable y sombrero, y misteriosa reaparición del mismo en el vagón, durante el trayecto de Vaggerloese a Marienlyst.

28 de julio. Desesperante primera impresión que me producen la desolación del lugar, la casa miserable, la comida pésima sin frutas ni verduras, las rencillas entre W. y H. Decisión de irme al día siguiente. Anuncio. Sin embargo, me quedo. Lectura en voz alta de *La Sorpresa*, mi incapacidad de escuchar, de compartir el placer de los demás, de juzgar. Los discursos improvisados de W.

Para mí, inexplicables. El hombre que escribe en el jardín, cara gorda, ojos negros, cabello largo, engrasado, peinado directamente hacia atrás. Mirada inmóvil, a veces mira de reojo a derecha e izquierda. Las criaturas, sin interesarse, sentadas como moscas en torno de su mesa. Mi incapacidad de pensar, de observar, de poner en claro, de recordar, de hablar, de compartir una experiencia, es cada vez mayor, me vuelvo de piedra, tengo que averiguarlo. Mi incapacidad aumenta hasta en la oficina. Si no consigo salvarme mediante algún trabajo, estoy perdido. ¿Lo sabré tan claramente como lo veo? Eludo la gente no porque quiera vivir tranquilo, sino porque quiero perecer tranquilo. Pienso en el trayecto que recorrimos E. y yo, desde el tranvía hasta la estación de Lehrter. Ninguno hablaba, yo sólo podía pensar que cada paso que daba era un paso ganado. Y E. es amable conmigo; incomprensiblemente, hasta cree en mí, aunque me ha visto ante el tribunal; de vez en cuando siento en mí el efecto de esa fe, por otra parte sin creer demasiado en ese sentimiento. La primera vez, después de muchos meses, que sentí en mí algo de vida frente a los demás, fué frente a la suiza que venía en mi compartimiento, cuando volvía de Berlín. Me recordaba a G. W. Hasta llegó a gritar, en cierta ocasión: "¡Chicos!" Sufría de dolores de cabeza, y le echaba la culpa a la sangre. Cuerpo horrible, descuidado, pequeño; vestido pésimo y barato, de una tienda parisiense. Pecas en la cara. Pero pies pequeños, y un cuerpo perfectamente dominado a causa de su pequeñez y a pesar de su torpeza, mejillas sólidas y redondas, ojos vivaces, siempre brillantes.

El matrimonio judío que vivía al lado. Jóvenes, ambos tímidos y modestos, la gran nariz ganchuda de ella y su cuerpo esbelto; él era un poco bizco, pálido, bajo y fornido, de noche tosía un poco. A menudo iban uno detrás de otro. Vislumbre de la cama deshecha de su cuarto.

El matrimonio dinamarqués. Él, frecuentemente muy correcto, de smoking; ella, tostada, de cara endeble y facciones toscas. Casi siempre callados, se sentaban uno al lado del otro, con las caras muy juntas, como en los camafeos.

El hermoso e insolente muchacho. Constantemente fuma cigarrillos. Mira a H., insolente, desafiante, admirativa, burlona y despreciativamente, todo en una sola mirada. Generalmente ni le hace caso. Le pide en silencio un cigarrillo. Poco después le ofrece uno desde lejos. Tiene los pantalones rotos. Si uno quiere darle una paliza, tiene que dársela este verano, porque si no el verano próximo ya golpeará él mismo. Acaricia los brazos de todas las criadas, pero no humildemente, ni con timidez, sino como un teniente que en consideración a su cara todavía infantil puede permitirse lo que no podrá permitirse cuando sea mayor. Cómo amenaza cortar con el cuchillo la cabeza de una muñeca mientras come.

Lanceros. Cuatro parejas. A la luz de las lámparas y con el acompañamiento de un fonógrafo, en el gran salón. Después de cada figura, un bailarín corre hasta el fonógrafo y cambia el disco. Un baile que se desarrolla con corrección, facilidad y seriedad, sobre todo por parte de los caballeros. El alegre y rubicundo hombre de mundo, cuya camisa almidonada y abombada dilata aun más su ancho y dilatado tórax; el negligente, pálido, de aire superior, que cambia bromas con todos; barriga incipiente; traje claro y desproporcionado; muchos idiomas; lee *Die Zukunft*. El gigantesco padre de la familia que es ceceosa y tiene bocio, fácil de reconocer por su respiración pesada y sus barrigas infantiles; él y su mujer (con quien bailó muy galantemente) se sientan con grandes demostraciones a la mesa de los chicos, ya que después de todo su familia era lo que más le interesaba. Él correcto, puntilloso, digno de confianza, cuya cara parecía casi odiosa a fuerza de solemnidad, discreción y virilidad. Toca el piano. El gigantesco alemán, con cicatrices en la cara cuadrada, cuyos labios hinchados se juntaban tan tranquilamente cuando hablaba. Su mujer, de cara dura, amable y nórdica, hermoso andar enfático, enfática libertad de sus caderas cadenciosas. La mujer de Lübeck, de ojos resplandecientes. Tres criaturas, entre ellas Georg, que inconsciente como una mariposa se posaba entre personas totalmente desconocidas. Luego, con garrulidad infantil, preguntaba algún disparate. Por ejemplo, estábamos sentados corrigiendo *La Lucha*.[85] De pronto aparece y pregunta bien fuerte, natural y confiadamente, adónde se han ido las otras criaturas. El caballero anciano y estirado, demostración de lo que es un noble nórdico en la ancianidad. Ruinoso e irreconocible, aunque también había unos cuantos hermosos nórdicos jóvenes por los alrededores.

29 de julio. Los dos amigos, uno rubio, parecido a Richard Strauss, sonriente, reservado, diestro; el otro moreno, correctamente vestido, suave y firme, demasiado flexible, ceceoso; ambos epicúreos, beben constantemente vino, café, cerveza, coñac, fuman sin cesar; uno escancia al otro; su cuarto, frente al mío, lleno de libros franceses; cuando hace buen tiempo escriben muchísimo en el sofocante escritorio.

Josef K., hijo de un rico comerciante, después de una violenta discusión que había tenido con su padre —el padre le había reprochado su vida desordenada, exigiéndole que cambiara inmediatamente de costumbres— se dirigió una noche sin intención definida, tan sólo impelido por su absoluta indecisión y su cansancio, a la Corporación de Comercio, un edificio aislado en la proximidad del puerto. El portero le hizo una profunda reverencia. Josef le dirigió una rápida mirada, sin saludarlo. "Estos silenciosos subordinados hacen todo lo que uno supone que harán", pensó. "Si me imagino que me mira con insolencia, así ocurre." Y se volvió una vez más, siempre sin saludarlo, hacia el portero; éste salió a la calle y miró el cielo nublado.

Me sentí absolutamente perplejo. Un momento antes sabía perfectamente qué debía hacer. Con el brazo extendido, el jefe me había empujado hasta la puerta de la tienda. Detrás de los dos mostradores estaban mis colegas, aparentemente mis amigos, con las caras grises inclinadas en la oscuridad, para ocultar sus expresiones.

—¡Fuera! —gritó el jefe—. ¡Ladrón! ¡Fuera! Le digo: ¡Fuera!

—No es verdad —grité por centésima vez—, yo no robé. Es un error, o una calumnia. No me toque. Lo demandaré. Todavía hay justicia. No me voy. Hace cinco años que le obedezco como un hijo, y ahora me trata como a un ladrón. Yo no robé; por el amor de Dios, escúcheme, no robé.

—Ni una palabra más —dijo el jefe—. ¡Usted se va!

Ya estábamos junto a la puerta vidriera; un aprendiz que se nos había adelantado, la abrió presurosamente; el ruido que entraba desde la calle, aunque era una calle sin importancia, me hizo más aceptable la situación; me planté en la puerta, con los codos en las caderas, y sólo dije, lo más calmosamente posible, a pesar de la falta de aliento:

—Quiero mi sombrero.

—Pues lo tendrá —dijo el jefe.

Retrocedió unos pasos, cogió el sombrero de manos del empleado Grasmann, que había saltado por encima del mostrador, y trató de arrojármelo, pero sin puntería; lo arrojó sin embargo una vez más, con más fuerza; el sombrero pasó volando a mi lado y fué a parar a la calle.

—Ahora puede guardarse el sombrero —dije, y salí a la calle.

Y entonces no supe qué hacer. Había robado, había sacado de la caja un billete de cinco florines, para poder ir esa noche

al teatro con Sophie. Ella no quería ir al teatro; faltaban tres días para fin de mes, lo que me habría permitido disponer de mi propio dinero; además había cometido el robo estúpidamente, a la luz del día, al lado de la ventanilla de vidrio de la oficina del jefe, que en ese momento me observaba.

—¡Ladrón! —había exclamado éste saliendo de un salto de la oficina.

—Yo no robé —fueron mis primeras palabras, pero tenía el billete de cinco florines en la mano, y la caja estaba abierta.

Durante el viaje tomé notas en otro cuaderno. Empecé algunos trabajos fracasados. Pero no me doy por vencido, a pesar del insomnio, los dolores de cabeza, y mi incapacidad general. Son mis últimas fuerzas vitales, decididas a un esfuerzo conjunto. Anteriormente observé que no eludo a la gente para vivir tranquilo, sino para poder morir tranquilo. Pero ahora me defenderé. Con un mes, aprovechando la ausencia de mi jefe, tengo tiempo.

30 de julio. Cansado de trabajar en los negocios de los demás, abrí por mi cuenta una pequeña papelería. Como mis medios eran reducidos, y tenía que pagar al contado casi toda la mercadería...

Yo buscaba consejos, no era terco. No era por terquedad que alguna vez, cuando sin saber alguien me aconsejaba algo, yo me reía insolentemente, con la cara contraída y las mejillas relucientes de fiebre. Era la tensión, la ansiedad de ser instruído, una enfermiza carencia de terquedad.

El director de la Compañía de Seguros "Progreso" siempre estaba sumamente disconforme con sus empleados. Ahora bien, todos los directores están disconformes con sus empleados; la diferencia entre empleados y directores es demasiado grande para que pueda modificarse con meras órdenes de parte de los directores y meras obediencias de parte de los empleados. Sólo el odio mutuo logra el equilibrio, y concede perfección a toda empresa.

Bauz, el director de la Compañía de Seguros "Progreso", contempló dubitativamente al hombre que estaba de pie ante su escritorio, y que solicitaba ser admitido como ordenanza de la compañía. De vez en cuando, también dirigía una mirada a los papeles del hombre sobre el escritorio.

—Alto, es bastante alto —dijo—; eso se ve, pero ¿qué sabe

hacer? Aquí no basta con que los ordenanzas sólo sepan lamer estampillas; en realidad, ni hace falta que lo sepan, porque todo eso se hace automáticamente. Aquí los ordenanzas son medio empleados, tienen que desempeñar labores de responsabilidad, ¿se siente usted capacitado para tanto? La forma de su cabeza es muy peculiar. ¡Qué metida hacia adentro tiene la frente! Rarísimo. ¿Cuáles fueron sus últimos empleos? ¿Cómo? ¿Hace un año que no trabaja? ¿Por qué? ¿Tuvo una inflamación pulmonar? ¿Ah sí? Bueno, no es una gran recomendación, ¿no es verdad? Nosotros, naturalmente, sólo podemos emplear gente sana. Antes de ser aceptado, tiene que someterse a la revisión médica. ¿Ya está sano? ¿Ah sí? Por supuesto, es muy posible. Si por lo menos hablara un poco más alto. Sus murmullos me ponen nervioso. Veo que está casado, que tiene cuatro hijos. ¡Y hace un año que no trabaja! ¡Verdaderamente...! ¿Su mujer es lavandera? ¡Ah, comprendo! Bueno, muy bien. Ya que vino hasta aquí, hágase revisar por el médico; el ordenanza lo conducirá. Pero no crea por eso que lo aceptamos, aun cuando el médico lo apruebe. Nada de eso. De todos modos, recibirá nuestra decisión por escrito. Para decirle la verdad, le advierto desde ya que usted no me gusta mucho. Necesitamos otro tipo de ordenanzas. Pero por las dudas, hágase revisar. Y ahora, váyase. Aquí no valen las súplicas. No tengo la autoridad suficiente para repartir favores. ¿Está dispuesto a aceptar cualquier clase de trabajo? Muy bien. Todos lo están. No es un mérito especial. Sólo demuestra la pobre opinión que usted tiene de sí mismo. Y ahora le digo por última vez: Váyase, y no me haga perder más tiempo. Realmente, ya basta.

Bauz tuvo que dar un golpe sobre el escritorio para que el hombre se decidiera a seguir al ordenanza y salir de la oficina.

31 de julio.[86] No tengo tiempo. Movilización general. Ya han llamado a K. y a P. Ahora recibo la recompensa de la soledad. Pero después de todo no es una recompensa; la soledad sólo trae castigos. De cualquier manera, toda esta desdicha me conmueve poco y me siento más decidido que nunca. Ahora tendré que pasarme las tardes en la fábrica; no viviré en casa, porque E. se muda a casa con los dos chicos. Pero a pesar de todo escribiré, pase lo que pase; es mi lucha en defensa propia.

1º de agosto. Acompañé a K. hasta la estación. La oficina llena de parientes. Me gustaría ir a visitar a Valli.

2 de agosto. Alemania declaró la guerra a Rusia. Por la tarde, en la Escuela de Natación.

3 de agosto. Solo, en el departamento de mi hermana. Queda más bajo que mi cuarto, además da a una callejuela; por lo tanto se oyen los gritos de los vecinos, que conversan frente a sus puertas. También silban. Fuera de eso, soledad absoluta. Ninguna anhelada esposa me abre la puerta. Dentro de un mes tendría que haberme casado. Una frase dolorosa: "El que la busca la encuentra." Uno se siente dolorosamente oprimido contra la pared; baja con temor la mirada, para ver la mano que lo oprime, y con una nueva angustia que hace olvidar la anterior, reconoce que es su propia mano, que lo aferra con una fuerza que sería incapaz de demostrar si se tratara de una buena obra. Uno alza la cabeza, vuelve a sentir el dolor primero, vuelve a bajarla, y ese subir y bajar ya no cesa.

4 de agosto. Cuando alquilé el departamento para mí, probablemente firmé con el dueño de casa algún contrato que me comprometía por dos años, o quizás seis. Ahora exige el cumplimiento de ese contrato. La estupidez, o más bien la absoluta y definitiva inutilidad que mi conducta revela. Dejarse deslizar en el río. Probablemente, ese deslizarse me parece tan deseable porque es como "ser empujado".

6 de agosto. La artillería que cruzaba el Graben. Flores, vivas y gritos: *Nazdar!* [87] La cara atenta, morena, rígidamente silenciosa, asombrada, de ojos negros.

Estoy más deshecho que mejorado. Una vasija vacía, todavía entera y ya entre los cascajos, o ya rota y todavía entre las cosas enteras. Lleno de mentiras, de odio y de envidia. Lleno de incompetencia, estupidez e incomprensión. Lleno de pereza, debilidad e inutilidad. Treinta y un años. Vi a los dos agricultores del cuadro de Ottla. Jóvenes, frescos, personas que saben algo y son bastante fuertes para aprovechar eso que saben entre otras personas que impulsadas por las circunstancias les ofrecen un poco de resistencia. Uno guía los hermosos caballos, el otro está acostado en la hierba y asoma la punta de la lengua entre los dientes, en una cara por lo demás inmóvil y absolutamente digna de confianza.

Sólo descubro en mí mezquindad, indecisión, envidia y odio hacia los que luchan en el frente, a quienes deseo con pasión toda clase de males.

Contemplado desde el punto de vista de la literatura, mi destino parece bastante simple. El deseo de representar mi fantástica vida interior ha desplazado todo lo demás, y además la ha agotado terriblemente, y sigue agotándola. Ninguna otra cosa podrá jamás conformarme. Pero mi capacidad de llevar a cabo esa representación no es de ningún modo previsible; tal vez ya se ha consumido para siempre, tal vez retorne, aunque las circunstancias exteriores de mi vida no favorecen ese retorno. Por eso titubeo, vuelo incesantemente hasta la cima de la montaña, pero no consigo sostenerme ni un momento. También otros titubean, pero en regiones más bajas, con mayores fuerzas; cuando corren el riesgo de caerse, los aferra el pariente que con esa intención los acompaña Yo en cambio vacilo allá arriba; por desgracia no es la muerte, sino el tormento eterno de morir.

Desfile patriótico. Discurso del Alcalde. Luego desaparece, luego reaparece y grita en alemán: "¡Viva nuestro amado monarca, viva!" Mientras tanto, contemplo todo con malignidad. Estos desfiles son una de las consecuencias más repugnantes de la guerra. Promovidos por comerciantes judíos, que un día son alemanes, y el otro checos; es verdad que lo reconocen, pero nunca se atrevieron a gritarlo tan fuerte como ahora. Naturalmente, arrastran consigo a muchos. Estaba bien organizado. Se repetirá todas las noches; mañana, domingo, dos veces.

7 de agosto. Aun cuando uno no posea ni la más mínima capacidad visible de individualizar a la gente, trata a cada persona de acuerdo a su carácter. "L. de Binz", para llamarme la atención, me apunta con el bastón, y me asusta.

Los pasos firmes en la Escuela de Natación.

Ayer y hoy escribí cuatro páginas, trivialidades difíciles de sobrepasar.

El prodigioso Strindberg. Ese furor, esas páginas conquistadas a puñetazos.

Canto coral en la taberna de enfrente. Acabo de asomarme a la ventana. Dormir parece imposible. A través de la puerta abierta de la taberna prorrumpe el canto. Una voz de muchacha dirige la melodía. Son inocentes canciones de amor. Anhelo la llegada de

un policía. En este momento aparece uno. Se queda un momento ante la puerta, y escucha. Luego grita: "¡Tabernero!" La voz de muchacha: "*Vojtísku.*" [88] De un rincón surge un hombre en mangas de camisa. "¡Cierren la puerta! ¿Para qué tanto ruido?" "¡Oh, disculpe, disculpe!", dice el dueño, y con ademanes delicados y obsecuentes, como si se tratara de una dama, cierra primero la puerta detrás de sí, luego la abre, para deslizarse hacia afuera, y vuelve a cerrarla. El policía (cuya conducta, sobre todo cuya ira parece incomprensible, ya que el canto no puede incomodarlo, sino más bien endulzar su tediosa guardia) se aleja; los cantores ya perdieron todo deseo de seguir cantando.

11 de agosto. Imagino que me he quedado en París; me paseo por París del brazo de mi tío, estrechamente apretado contra él.

12 de agosto. No dormí nada. Por la tarde me pasé tres horas sin conciliar el sueño, embotado, en el sofá; por la noche lo mismo. Pero esto no tiene que ser un obstáculo.

15 de agosto. Hace algunos días que escribo; ojalá dure.[89] No estoy tan protegido por el trabajo, tan metido en él, como hace dos años; sin embargo he llegado a creer que mi vida rutinaria, vacía e insensata de soltero tiene alguna justificación. Nuevamente puedo mantener un diálogo conmigo, y no contemplo un vacío tan completo. Sólo así puede darse para mí la posibilidad de un mejoramiento.

RECUERDOS DEL FERROCARRIL DE KALDA

Durante cierta época de mi vida —ya hace cuatro años de eso— trabajé en un pequeño ferrocarril del interior de Rusia. Nunca me sentí tan abandonado como allí. Por diversos motivos, que no vienen al caso, yo buscaba en esa época un lugar como ése; cuanta más soledad sonara en mis oídos, más me gustaba, y por lo tanto no pretendo quejarme ahora. Pero los primeros tiempos añoraba un poco la actividad. En un principio, es posible que hubieran construído ese pequeño ferrocarril por motivos comerciales, pero luego el capital no alcanzó, la construcción se paralizó, y en vez de llegar hasta Kalda, el único pueblo cercano de alguna importancia, que de nuestro pueblo quedaba a unos cinco días de distancia en

coche, las vías terminaban en un puesto pequeño en el medio mismo de un desierto, de donde se requería un día entero de viaje para llegar a Kalda. Ahora bien, aunque el ferrocarril se hubiera extendido realmente hasta Kalda, habría seguido siendo durante muchísimo tiempo una empresa poco provechosa, ya que el proyecto entero era un error; la región necesitaba caminos, pero no ferrocarriles; y de todos modos, en el estado en que se encontraba actualmente la línea, no servía de nada, ya que los dos vagones que iban y venían diariamente trasportaban cargas que fácilmente habría podido transportar un carrito, y los pasajeros sólo eran algunos peones, en verano. Sin embargo, no querían abandonar totalmente la línea; pensaban que al mantenerla en funcionamiento, conseguirían atraer de algún modo el capital necesario para la continuación de las obras. Para mí, también esta esperanza, más era desesperación y pereza que esperanza. Mantenían en funcionamiento el ferrocarril mientras hubiera material y carbón disponible; a los escasos obreros les pagaban irregularmente el sueldo, y no en su totalidad, como si hubiera sido una caridad; en general, sólo se esperaba que la empresa se viniera de una vez abajo.

Es así como yo era empleado de este ferrocarril, y vivía en una casilla de madera, que había quedado allí cuando la construcción de la línea, y que al mismo tiempo servía de estación. Poseía una sola habitación, donde habían colocado una tarima que oficiaba de cama, y un escritorio por si había que escribir algo. Sobre éste estaba colocado el aparato telegráfico. Cuando yo llegué, en primavera, uno de los trenes pasaba por la estación muy temprano (luego modificaron el horario); a menudo ocurría que algún pasajero llegaba a la estación mientras yo dormía. Naturalmente, no se quedaba a la intemperie (las noches eran muy frías, aun en pleno verano); golpeaba, yo le abría, y a veces nos pasábamos horas enteras charlando. Yo me acostaba en mi tarima, la visita se sentaba en cuclillas en el suelo, o preparaba té, siguiendo mis instrucciones; luego bebíamos juntos, amistosamente. Todos esos aldeanos demostraban ser muy sociables. Además, advertí que yo no era capaz de soportar una soledad total, aun sabiendo que después de un tiempo esa soledad que yo mismo me imponía había empezado a borrar mis desdichas pasadas. En general, comprobé que para la desdicha resulta agotador dominar incesantemente a un hombre solitario. La soledad es más poderosa que todo, y nos acerca nuevamente a la gente. Por supuesto, uno trata entonces de descubrir caminos diferentes, al parecer menos penosos, pero en realidad meramente desconocidos todavía.

Llegué a sentirme más atraído por la gente que lo que había previsto. Naturalmente, mi contacto con ella no era muy regular. Las cinco aldeas con cuyos habitantes establecí cierto contacto, estaban separadas entre sí, así como de la estación, por varias horas de viaje. No me atrevía a alejarme demasiado de la estación, porque hubiera podido perder mi empleo, y bajo ningún concepto quería perderlo, por lo menos al principio. Por tal motivo me era imposible ir a las aldeas, y debía reducirme a los pasajeros, o a aquellas personas que no temieran hacer un viaje tan largo para venir a visitarme. Ya durante el primer mes aparecieron algunas, pero por más amistosas que parecieran, era fácil adivinar que sólo venían atraídos por la posibilidad de efectuar conmigo alguna transacción, y por otra parte no hacían nada para ocultar su propósito. Traían consigo diversos artículos, y al principio, mientras me quedó dinero, yo solía comprarles todo casi sin mirar lo que compraba, tan bienvenidas me resultaban estas personas, especialmente algunas. Más tarde, sin embargo, reduje un poco mis compras, entre otros motivos porque me pareció advertir que mi manera de comprar les inspiraba cierto desprecio. Además, también el ferrocarril me traía alimentos; pero eran malísimos y mucho más caros aún que los que me traían los aldeanos.

Al principio se me había ocurrido cultivar una huertita, comprar una vaca, y de ese modo independizarme de todos. Hasta había traído herramientas de jardín y semillas; tierra no faltaba, una vasta extensión inculta que se extendía alrededor de mi cabaña, absolutamente llana, sin la menor elevación hasta donde la vista alcanzara. Pero yo era demasiado débil para conquistar esa tierra. Una tierra obstinada, que hasta en primavera permanecía sólidamente congelada, y no se dejaba penetrar ni por el filo de mi hacha nueva. Todo lo que uno sembraba en ella, se perdía. Esta labor me provocaba ataques de desesperación. Me quedaba días enteros echado en mi tarima, y ni siquiera salía cuando llegaban los trenes. Sólo asomaba la cabeza por la ventanilla, que quedaba justamente sobre la tarima, y anunciaba que estaba enfermo. Entonces entraba a verme el personal del tren (que estaba formado por tres hombres), para calentarse un poco, aunque no encontraban demasiado calor, ya que yo trataba en lo posible de no encender la vieja estufa de hierro, que tan fácilmente explotaba. Prefería acostarme, envuelto en un viejo sobretodo abrigado, cubierto con una pila de pieles que poco a poco había ido comprando a los aldeanos.

—A menudo estás enfermo —me decían—. Eres una persona muy enfermiza. No saldrás vivo de aquí.

Claro que no lo decían para entristecerme, sino porque tenían la tendencia de decir, siempre que fuera posible, la franca verdad. De costumbre, en esos momentos abrían mucho los ojos, de una manera peculiar.

Una vez por mes, pero nunca el mismo día, venía un inspector, para revisar mi libro de asientos, llevarse el dinero recibido y —aunque no siempre— pagarme el sueldo. La víspera, los que lo habían dejado en la estación anterior solían anunciarme su llegada. Consideraban ese aviso como el favor más grande que podían hacerme, aunque naturalmente yo siempre tenía mis papeles al día. Por otra parte esto no me costaba ni el más mínimo esfuerzo. No obstante, el inspector entraba siempre en la estación decidido a descubrir alguna prueba de mi mala administración. Abría la puerta empujándola con la rodilla, y al mismo tiempo me miraba fijamente. Apenas abría el libro, encontraba un error. Yo tardaba muchísimo en demostrarle, repitiendo nuevamente todo el cálculo, que no era yo, sino él quien se había equivocado. Siempre estaba disconforme con la suma percibida; cerraba bruscamente el libro, y volvía a dirigirme una mirada penetrante.

—Tendremos que cerrar el ferrocarril —decía siempre.

—No quedará otro remedio —contestaba yo habitualmente.

En cuanto terminaba la revisación, nuestra relación se transformaba. Yo siempre tenia preparado un poco de coñac, y si podía, algún fiambre o golosina. Brindábamos; él cantaba con voz pasable, pero siempre las mismas dos canciones; una era triste y empezaba: "¿Adónde vas por el bosque, criaturita?", la otra era alegre y comenzaba así: "Soy vuestro, alegres compañeros". Según el humor que yo conseguía suscitarle, era mayor o menor la parte de mi salario que lograba sacarle. Pero solamente al principio de estos encuentros yo lo observaba con alguna intención determinada; porque luego nos sentíamos muy unidos, maldecíamos descaradamente a la Compañía, él me susurraba misteriosamente en el oído promesas relativas a la gran carrera que proyectaba para mí, y finalmente caíamos abrazados sobre la tarima, abrazos que a veces duraban más de diez horas. A la mañana siguiente, volvía a ser mi superior, y se iba. Yo me quedaba junto al tren y le hacía la venia, y él, generalmente al subir, se volvía por última vez hacia mí y me decía:

—Así que dentro de un mes volveremos a vernos, amiguito. Ya sabes cuál es tu obligación.

Todavía veo su cara hinchada, dificultosamente vuelta hacia mí, una cara donde todo era protuberante, las mejillas, la nariz, los labios.

Ése era el gran acontecimiento del mes, el día de licencia; si por descuido quedaba un poco de aguardiente, me lo bebía inmediatamente después de la partida del inspector, a veces todavía resonaba la campana de la partida y ya el licor me bajaba por la garganta. Después de una noche semejante, la sed era terrible; me parecía sentir dentro de mí otro hombre que asomaba la cabeza y el cuello por mi boca, pidiendo a gritos un trago. El inspector se salvaba porque siempre llevaba consigo, en el tren, una abundante provisión de bebidas, en cambio yo debía conformarme con los restos.

Pero luego no bebía nada durante todo el mes; tampoco fumaba; cumplía con mis obligaciones y no me interesaba nada más. Como ya dije, no había mucho trabajo, pero lo cumplía concienzudamente. Por ejemplo, tenía la obligación de limpiar e inspeccionar diariamente las vías, hasta un kilómetro a cada lado de la estación. Pero yo no me atenía estrictamente a esos límites, y a menudo me iba mucho más lejos, tan lejos, que apenas divisaba la estación. Cuando el tiempo era bueno, eso sólo ocurría a unos cinco kilómetros de distancia, tan llano era el terreno. Cuando me encontraba tan lejos que la casilla era apenas un resplandor en la lejanía, mis ojos experimentaban a menudo la ilusión de ver muchos puntitos negros que se movían hacia mi casa. Eran verdaderas multitudes, verdaderos regimientos. Pero a veces iba realmente alguien, y entonces yo volvía corriendo, con el hacha al hombro, durante todo ese largo trayecto.

Hacia el anochecer ponía fin a mis obligaciones, y me encerraba definitivamente en mi cabaña. De costumbre, a esa hora no venían visitas, porque era un poco peligroso volver de noche a las aldeas. En la vecindad rondaban toda clase de vagabundos; no eran nativos del lugar, a veces cambiaban, pero de todos modos siempre volvían. Yo los conocía a casi todos, la solitaria estación los atraía; en realidad no eran peligrosos, pero había que tratarlos con firmeza.

Eran los únicos que me molestaban durante esas largas horas crepusculares. Si no, me quedaba echado sobre mi tarima, sin pensar en el pasado, sin pensar en el ferrocarril; el tren siguiente sólo llegaría entre las diez y las once de la noche; en fin, no pensaba en nada. De vez en cuando leía algún diario viejo, que me habían arrojado desde el tren; los diarios traían todas las habladurías de Kalda, que me habrían interesado, pero que no

podía seguir porque me faltaban los números intermedios. Además, en cada edición salía en forma de folletín un trozo de una novela titulada *La Venganza del Comandante.* Muchas veces soñé con ese comandante, que siempre llevaba una daga en el cinto, y que en una ocasión especial llegó a llevarla entre los dientes. Por otra parte, no podía leer mucho, porque pronto oscurecía y el kerosene o las velas eran absurdamente caros. Una vez por mes el ferrocarril me entregaba medio litro de kerosene, que se me acababa mucho antes del mes, aunque sólo lo utilizaba de noche para iluminar durante media hora la señal, cuando se acercaba el tren. Pero esta luz, por otra parte, no hacía ninguna falta, y más tarde dejé de encenderla, por lo menos en las noches de luna. Preveía perfectamente que pasado el verano el kerosene me haría muchísima falta. Por lo tanto, cavé un pozo en un rincón de la casilla, metí en él un viejo barrilito de cerveza, embreado, y mes por mes guardaba allí el kerosene que ahorraba. Lo había cubierto de paja, y nadie notaba nada. Cuanto más olía la casilla a kerosene, más contento yo estaba; el olor llegó a ser muy fuerte, porque la madera del barril estaba vieja y rajada, y se impregnó pronto de kerosene. Más tarde enterré el barril fuera de la casilla, por precaución, porque una vez el inspector se vanaglorió de poseer una caja de cerillas, y cuando se la pedí, empezó a tirarlas al aire, encendidas, una tras otra. Ambos, y sobre todo el kerosene, corrimos un verdadero peligro; salvé la situación arrojándome sobre él y estrangulándolo hasta que soltó todas las cerillas.

En mis horas libres pensaba a menudo cómo podía prepararme para el invierno. Si ya me helaba en la época más cálida del año —y según decían, hacía años que no había apretado tanto el calor—, me las vería muy mal durante el invierno. El hecho de ahorrar kerosene sólo era un capricho; lo sensato hubiera sido acumular muchísimas cosas más que necesitaría en invierno; no cabía ninguna duda de que la sociedad no se interesaría personalmente por mi situación, pero yo era tan insensato, o mejor dicho, no era insensato, pero me interesaba tan poco en mí mismo, que no hubiera sido capaz de hacer ningún esfuerzo en ese sentido. Hasta ese momento, la época estival me resultaba tolerable, con eso me conformaba y no quería ocuparme del porvenir.

Uno de los motivos que me había atraído a esta estación era la perspectiva de la caza. Me habían dicho que era una región que ofrecía enormes posibilidades de caza, y ya había adelantado cierta seña por un arma que pensaba comprarme cuando hubiera ahorrado un poco de dinero. Pero luego resultó que no había ni rastros de

animales de caza, sólo aparecían lobos y osos, aunque durante los primeros meses no vi ni uno; fuera de eso, había unas ratas notablemente voluminosas; solía verlas cruzar corriendo las estepas, en grandes cantidades, como impulsadas por el viento. Pero la caza, cuya perspectiva tanto me había alegrado, no aparecía. La gente no me había informado mal, existía una región de abundante caza; pero quedaba a unos tres días de viaje de allí; yo no había pensado que en ese territorio, donde había campos deshabitados de centenares de kilómetros de largo, las indicaciones de lugar debían ser necesariamente imprecisas. De todos modos, era evidente que por el momento no necesitaba el arma, y podía emplear el dinero en otra cosa; pero en invierno la necesitaría, sin embargo, y por eso seguía ahorrando para comprarla. En cuanto a las ratas, que a veces atacaban mis provisiones, me bastaba con mi largo cuchillo.

Una vez, al principio, cuando todavía sentía una gran avidez por captar todo, atravesé una de esas ratas y la sostuve contra la pared, a la altura de mis ojos. Uno sólo se fija con precisión en ciertos animalitos cuando los tiene a la altura de los ojos; en cambio, cuando uno se inclina hacia el suelo para verlos, obtiene de ellos una impresión falsa e incompleta. Lo más notable de estas ratas eran sus uñas, grandes, un poco ahuecadas y sin embargo muy afiladas en la punta; muy indicadas para cavar. Con una última contracción, el animalito suspendido en la pared abrió las garras de una manera muy poco natural, parecían manitas tendidas hacia mí.

En general, estos animales me molestaban poco; sólo me despertaban de noche, a veces, cuando atravesaban corriendo el duro piso de la cabaña. Entonces me sentaba en la cama y encendía una velita, y veía las uñas de alguna rata que se afanaba febrilmente por ensanchar desde afuera un agujero en la madera. Era un trabajo absolutamente inútil, porque para excavar un agujero suficientemente grande habría tenido que trabajar días enteros, y apenas aclaraba un poco, la rata se escondía; sin embargo, trabajaba como un obrero que sabe lo que quiere. Por otra parte su trabajo era muy eficaz; es verdad que las partículas que volaban bajo sus uñas eran imperceptibles, pero no podía decirse que moviera una sola vez las patas sin obtener algún resultado. A menudo me quedaba mucho tiempo observándolas, de noche, hasta que la uniformidad y la tranquilidad de semejante espectáculo me adormecía. En esos casos, ya no tenía fuerzas para apagar la velita, y ésta seguía alumbrando la labor solitaria de la rata.

Una noche que no hacía tanto frío, oí una de estas ratas, y salí cautelosamente, sin encender la luz, para observarla. Tenía la

cabeza, con su puntiagudo hocico, profundamente hundida entre las patas delanteras, para angostarse lo más que podía y meter las garras bien hasta el fondo. Como si alguien hubiera aferrado en el interior de la casilla las patas de la rata y tratara de atraerla hacia el interior, tal era la tensión de su cuerpo. Y sin embargo todo terminó con un puntapié, con el cual maté al animal. Perfectamente despierto, no podía tolerar que nadie atacara mi casilla, mi única posesión.

Para protegerla de estos roedores, tapé todos los agujeros con estopa y paja; cada mañana revisaba el piso. También proyecté cubrir de tablones el piso de la cabaña, que era de tierra apisonada; esto sería además muy conveniente para el invierno. Hacía mucho que un campesino de la aldea vecina, llamado Jekoz, había prometido traerme unas tablas bien estacionadas, y apropiadas para ese fin; con tal motivo, yo me había mostrado siempre muy hospitalario con él; el hombre no dejaba pasar mucho tiempo sin hacerme una visita; cada dos semanas venía a la estación, y a veces hacía envíos por el ferrocarril, pero no me traía nunca los tablones. Se excusaba de mil maneras, casi siempre alegando su vejez, que le impedía trasportar semejante carga; por otra parte su hijo, que hubiera podido traerlos, se encontraba en esos momentos trabajando en el campo. Según él, y parecía decir la verdad, tenía mucho más de setenta años; pero era alto y bastante fuerte todavía. Además, sus excusas variaban; en otras ocasiones se refería a la dificultad de conseguir tablones tan largos como los que yo necesitaba. Yo no insistía; no era un asunto de urgencia; por otra parte, era el mismo Jekoz quien me había aconsejado un piso de madera; tal vez un piso semejante no fuera conveniente; en fin, nada me impedía dejar pasar tranquilamente las mentiras del viejo. Mi saludo de constumbre era: "¡Los tablones, Jekoz!" Inmediatamente empezaban las disculpas; en una especie de balbuceo, me llamaba inspector, o capitán, o también telegrafista; no sólo me prometía traerme los tablones la próxima vez, sino también, con la ayuda de su hijo y de algunos vecinos, deshacer mi casilla y construirme una sólida casa en su lugar. Yo lo escuchaba hasta que empezaba a cansarme; luego lo echaba. Pero todavía en la puerta intentaba disculparse una vez más, alzando los brazos, al parecer tan débiles, y que en realidad habrían podido estrangular a cualquiera. Yo sabía por qué no traía los tablones; seguramente pensaba que cuando el invierno fuera más inminente yo necesitaría las maderas con más urgencia, y le pagaría más por ellas; además, mientras no me las entregara, yo lo trataría mejor. Por supuesto, no era tonto; sabía

que yo adivinaba sus recónditos motivos, pero el hecho de que yo no aprovechara ese conocimiento le parecía una ventaja más, y trataba de conservarla.

Pero todos los preparativos proyectados para defender la casilla de los animales y defenderme a mí mismo del invierno tuvieron que interrumpirse cuando me enfermé seriamente; esto ocurrió cuando ya terminaba mi primer trimestre de servicios. Hacía años que no me enfermaba, que no sufría ni la más ligera indisposición, pero esta vez me enfermé realmente. Empezó con una fuerte tos. Tierra adentro, a unas dos horas de la estación, había un arroyito, donde yo solía ir a buscar mi provisión de agua con un barril en una carretilla. También me bañaba en él, a veces; la tos fué consecuencia de uno de estos baños. Los accesos eran tan fuertes, que tenía que doblarme en dos; me parecía imposible resistir, a menos que me doblara para concentrar mejor mis fuerzas. Pensé que el personal del ferrocarril se aterraría ante mi enfermedad; pero ya la conocían: la llamaban la Tos de Lobo. Desde ese momento empecé a discernir los aullidos a través de los espasmos. Me sentaba en el banquito frente a la estación; recibía al tren con un aullido, y con un aullido lo despedía. De noche me arrodillaba sobre mi tarima, en vez de acostarme, y hundía la cara en las pieles, para tratar por lo menos de no oír mis aullidos. Tenso, esperaba que la rotura de alguna arteria importante pusiera fin a todo. Pero no ocurrió nada de eso, y después de unos días se me pasó la tos. Hay un té que la cura; uno de los maquinistas de la locomotora prometió traérmelo, pero me explicó que hay que tomarlo exactamente ocho días después de la iniciación de los accesos; si no, no sirve de nada. En efecto, al octavo día me lo trajo; recuerdo que además del personal del tren también entraron en mi casilla dos pasajeros, dos jóvenes campesinos, ya que se considera de muy buen augurio oír la primera tos del enfermo inmediatamente después de beber este té. Bebí, tosí el primer trago en la cara de los presentes, e inmediatamente me sentí bastante mejor, aunque debo reconocer que en los dos últimos días mi estado había mejorado en forma apreciable. Pero me quedó un poco de fiebre, y ya no pude hacerla desaparecer.

Esta fiebre me cansaba mucho; perdí toda capacidad de resistencia; a veces, inesperadamente, el sudor me cubría la frente, todo mi cuerpo temblaba, y me veía obligado, estuviera donde estuviere, a acostarme y quedarme quieto hasta recobrar el sentido. Comprendí claramente que no mejoraba, que en realidad empeoraba, y que

me era absolutamente necesario ir a Kalda y quedarme allí unos días, hasta que mi estado me permitiera volver.

21 de agosto. Empecé con tantas esperanzas, y los tres relatos me repelieron, hoy sobre todo. Tal vez me convenga realmente terminar *El Proceso* antes de seguir con el cuento ruso. Con esta ridícula esperanza, que evidentemente sólo se basa en alguna fantasía inconsciente, vuelvo a empezar *El Proceso*. No fué totalmente inútil.

29 de agosto. El final de un capítulo, fracasado; me parece difícil, o más bien definitivamente imposible, seguir con igual felicidad otro capítulo que había empezado muy bien, aunque es indudable que en ese momento, esa misma noche, lo habría logrado. Pero no puedo abandonarme; estoy totalmente solo.

30 de agosto. Frío y vacío. Siento demasiado intensamente los límites de mis posibilidades, que son sin duda bastante estrechos, cuando no estoy completamente inspirado. Y creo que aun cuando estoy inspirado sólo me dejo ir dentro de esos estrechos límites, aunque no los siento, justamente porque me dejo ir. Sin embargo, aun dentro de esos límites hay lugar suficiente para vivir, y por eso mismo es probable que los agote hasta la mezquindad.

Las dos menos cuarto de la madrugada. Del otro lado de la calle llora una criatura. De pronto habla un hombre, en la misma habitación, tan cerca como si estuviera ante mi ventana. "Prefiero tirarme por la ventana, antes de seguir oyendo esto." Irritado, gruñe algo más; la mujer, chistando pero sin decir palabra, trata de adormecer nuevamente a la criatura.

1º de setiembre. Presa de la más absoluta impotencia, escribí apenas dos páginas. Hoy me siento notablemente deprimido, aunque dormí bien. Pero sé que no debo dejarme ir, si quiero sobreponerme a los padecimientos iniciales de la creación, ya inhibida por mi superflua vida cotidiana, para ascender a esa libertad mayor que tal vez me aguarda. Advierto que mi antigua apatía no me ha abandonado totalmente, y creo que la frialdad de mi corazón no me abandonará jamás. El hecho de no retroceder ante ninguna humillación, tanto puede significar desesperación, como justificar cierta esperanza.

13 de setiembre. Nuevamente, apenas dos páginas. Al principio creí que la tristeza provocada por las derrotas austríacas y la angustia suscitada por el porvenir (una angustia que en el fondo me parece ridícula y al mismo tiempo infame) me impedirían escribir. Pero no, sólo era esa apatía que constantemente reaparece, y que constantemente debo vencer. Para la tristeza en sí, ya tengo bastante tiempo cuando no escribo. Las reflexiones que me suscita la guerra poseen la insoportable cualidad de devorarme en todas direcciones, así como en otra época me devoraban las preocupaciones sucitadas por F. Soy incapaz de soportar las preocupaciones; tal vez fuí hecho para eso, para que me maten las preocupaciones. Cuando me haya debilitado suficientemente —y no ha de faltar mucho—, tal vez baste la más mínima preocupación para deshacerme. Sin embargo, esta perspectiva también me ofrece la posibilidad de demorar hasta el último momento el desastre. Es verdad que aun con todo el vigor de un carácter comparativamente poco debilitado todavía, no pude hacer gran cosa en otras épocas contra las preocupaciones suscitadas por F., pero también es verdad que en aquellos días sólo en los primeros tiempos dispuse de la gran ayuda de la creación literaria, que ahora no permitiré que me quiten jamás.

7 de octubre. Me tomé una semana de licencia, para adelantar la novela. Hasta este momento —es la noche del miércoles, y la licencia termina el lunes— ha sido un fracaso. Escribí poco, y mal. En realidad, ya estaba en decadencia la semana anterior; pero no podía prever que empeoraría tanto. ¿Bastarán estos tres días para probar que no merezco vivir sin la oficina?

15 de octubre. Catorce días de excelente labor; por momentos, perfecta comprensión de mi situación. Hoy, jueves (el lunes termina la licencia, me tomé una semana más de vacaciones), carta de la señorita Bl. No sé qué pensar; sé que está decretado que me quedaré solo (suponiendo ante todo que me quede, lo que no está tan perfectamente decretado), pero por otra parte ni sé si quiero a F. (pienso en la aversión que sentí al verla bailar, con la mirada baja y severa, o cuando poco antes de partir se pasó la mano por la nariz y el cabello, en el Askanischer Hof, y los incontables momentos de absoluta incomprensión mutua), pero a pesar de todo la infinita tentación resurge; me pasé la noche pensando en la carta; no trabajo, aunque me siento capaz de hacerlo (a pesar de los insoportables dolores de cabeza que me aquejan desde hace ya

una semana). Trascribo de memoria la carta que escribí a la señorita Bl.:

"¡Qué extraordinaria coincidencia, señorita Grete, ha sido que su carta llegara justamente hoy. No pienso decir con qué coincidió, eso sólo me concierne a mí y a los pensamientos que me asaltaron esta noche, más o menos a las tres, mientras estaba acostado. (Suicidio; carta a Max con numerosas instrucciones.)

"Su carta me sorprendió mucho. No me sorprende que me escriba. ¿Por qué no habría de escribirme? Es verdad que dice que yo la odio, pero no es cierto. Aunque todos la odiaran, yo no la odiaría, y no sólo porque no tengo ningún derecho para odiarla. Verdad es que usted ofició de juez ante mí en el Askanischer Hof; eso fué horrible para usted, para mí, para todos; pero sólo en apariencia, porque en realidad yo estaba sentado en su lugar, y aun hoy sigo sentado en él.

"En cuanto a F., se equivoca usted totalmente. No le digo eso para obligarla a revelarme otros detalles. No puedo imaginarme ningún detalle —y mi imaginación ya ha recorrido tantas veces este círculo, que puedo confiar en ella—, digo que no puedo imaginarme ningún detalle que pueda demostrarme que usted no se equivoca. Lo que usted sugiere es completamente imposible; me duele suponer que F., por algún motivo incomprensible, se engañe en algo a sí misma. Pero también eso es imposible.

"Siempre he creído que su interés de usted era verdadero y libre de toda consideración personal. Por otra parte, no debe haber sido fácil para usted escribir esta última carta. Por eso mismo, se la agradezco de corazón."

¿Qué consigo con esto? La carta parece inflexible, pero sólo porque me avergonzaba, porque la consideraba irresponsable, porque temía mostrarme transigente, y de ningún modo porque no lo quisiera. En realidad, no quería otra cosa. Para todos nosotros, lo mejor sería que no me contestara; pero me contestará, y yo esperaré la contestación.

........mo día de la licencia.[90] Desde hace tres noches, casi nada ....leí....y me pareció pésimo. Heterogéneos ....fracasado. Ahora me esperan la oficina y ....la fábrica que se viene abajo. Sin embargo, estoy ....sin presencia de ánimo. Mi más sólido apoyo es ....mente el recuerdo de F., aunque en la carta de ayer eludí todo intento de reanudar las relaciones. Ya hace dos meses que vivo tranquilamente sin el menor contacto real con F. (excep-

tuando el cambio de cartas con E.); sueño con ella como con una muerta, que nunca más volverá a la vida: y sin embargo, ahora que se me ofrece una posibilidad de acercamiento, vuelve a convertirse en el centro de todo. Es probable que también perturbe mi labor literaria. Y no obstante, en estos últimos tiempos, cuando pensaba en ella, cuántas veces me pareció la persona más alejada de mí que yo había conocido jamás, aunque es verdad que en esos mismos momentos pensaba que ese infinito alejamiento correspondía al hecho de que F. había estado más cerca de mí que ninguna otra persona en el mundo; o que por lo menos así me la habían presentado los demás.

Hojeé un poco el diario. Me sugirió una especie de vislumbre de la organización de una vida como la mía.

21 de octubre. Desde hace cuatro días no escribo nada, solamente una hora y solamente unas líneas por día, pero duermo mejor, y por lo tanto casi no me duele la cabeza. Ninguna respuesta de Bl.; mañana es la última oportunidad.

25 de octubre. Suspensión casi total de mi labor literaria. Lo que consigo escribir parece carecer de independencia, ser apenas el reflejo de otras páginas mejores y anteriores. Llegó la respuesta de Bl.; no sé qué contestarle, me siento completamente indeciso. Ideas tan vulgares, que ni siquiera me atrevo a trascribirlas. La tristeza de ayer. Mientras Ottla me acompañaba hasta la puerta, me habló de una
tarjeta postal ....
y quería que le contestara algo ....
decir nada. De pura tristeza, completamente incapaz ....
sólo pude encogerme de hombros para expresar ....
el relato de Pick, a pesar de algunos méritos ....
poesía de Fuchs hoy en el periódico.

1º de noviembre. Ayer, después de mucho tiempo, conseguí adelantar bastante; pero hoy casi nada, nuevamente; las dos semanas que siguieron a mi licencia pueden considerarse casi completamente perdidas.

Hoy, domingo, hermoso día, en parte. Leí el folleto de autodefensa de Dostoiewsky en el Parque Chotek. La guardia del castillo y del Cuartel General. La fuente del palacio Thun. Bastante conforme conmigo mismo durante todo el día. Y ahora, completo

abandono de mi trabajo. Y sin embargo ni siquiera es abandono; vislumbro la tarea y vislumbro el camino, sólo tendría que apartar algunos tenues obstáculos, y no puedo. Jugueteo con el recuerdo de F.

3 de noviembre. Esta tarde, carta a E.; hojeé un relato de Pick, *El Invitado Ciego*, y anoté algunas correcciones; leí un poco de Strindberg, luego no pude dormir; a las ocho y media fuí a casa, a las diez volví, temiendo un dolor de cabeza que ya empezaba, y como la noche anterior había dormido muy poco, no trabajé nada, en parte también porque tenía miedo de arruinar un trozo pasable que había escrito ayer. Desde agosto, es el cuarto día que no escribo absolutamente nada. La culpa la tienen las cartas; trataré de no escribir más cartas, o en todo caso cartas muy breves. ¡Qué desconcertado me siento, y cómo me dispersa! Anoche, la excesiva felicidad que me causaron unas líneas de Jammes, con quien por otra parte no tengo nada en común, pero cuyo francés ejerce sobre mí una impresión tan fuerte; se trataba de una visita a un poeta amigo suyo.

4 de noviembre. Ha vuelto P.[91] A los gritos, excitado más allá de todo límite. Historia del topo que apareció debajo de él en la trinchera, y que él consideró como una admonición divina para que se alejara de allí. Apenas se había ido, el soldado que se arrastraba detrás de él recibió un tiro, justamente cuando pasaba por encima del topo. Su capitán. Vieron claramente cómo lo cogían prisionero. Pero al día siguiente lo encontraron desnudo, en el bosque, atravesado por las bayonetas. Probablemente llevaba dinero consigo, habrán querido registrarlo y robárselo, y seguramente él, "ya se sabe cómo son los oficiales", no se habrá dejado tocar. P. casi lloró de rabia y furor cuando al volver de la estación se encontró con su jefe (a quien anteriormente veneraba inmensa y ridículamente) que se dirigía al teatro, elegantemente vestido, perfumado, con los prismáticos a un costado. Un mes después hizo él lo mismo, con una entrada que su mismo jefe le regaló. Iba a ver una comedia, *El infiel Eckehart.* Durmió una vez en el castillo de la princesa Sapieha; otra vez, en un batallón de la reserva, frente mismo a las baterías austríacas en acción; otra vez en una choza de aldeanos; en dos camas, a la izquierda y a la derecha dormían dos mujeres junto a la pared, detrás de la estufa una muchacha, y ocho soldados en el suelo. Castigo para soldados. Dejarlos atados a un árbol, hasta verlos amoratados.

12 de noviembre. Los padres que esperan el agradecimiento de sus hijos (hasta hay algunos que lo exigen) son como los usureros que arriesgan con gusto el capital, siempre que puedan cobrar los intereses.

24 de noviembre. Ayer, en la Tuchmachergasse; distribución de ropas y lencería usada a los refugiados de Galitzia. Max, la señora Brod [92], el señor Chaim Nagel. La comprensión, la paciencia, la amabilidad, la industriosidad, la garrulidad, el ingenio, la responsabilidad del señor Nagel. Ciertas personas se desempeñan tan perfectamente dentro de su esfera, que uno las creería capaces de realizar cualquier cosa que se les ocurra; pero también forma parte de su perfección el hecho de no salirse de su esfera.

La señora Kannegiesser, de Tarnow; astuta, vivaz, orgullosa y modesta; sólo quería dos frazadas, pero buenas, y a pesar de la protección de Max sólo consiguió unas viejas y sucias, ya que las frazadas buenas y nuevas estaban en otra habitación, donde en general guardaban las mejores piezas para la gente mejor. En parte no querían darle frazadas buenas, porque sólo las necesita por dos días, hasta que llegue su ropa de Viena; y no quieren devoluciones por temor al cólera.

La señora Lustig, con un montón de criaturas de todo tamaño, y una hermanita atrevida, aplomada y vivaz. Tarda tanto en buscar un vestido para una niñita, que la señora Brod le grita: "Bueno, llévese éste de una vez, o no se lleva ninguno." Pero entonces la señora Lustig le contesta con gritos aun más fuertes y con un violento y amplio ademán final: "Después de todo, la buena intención vale más que todos estos harapos."

25 de noviembre. Absoluta desesperación, imposibilidad de sobreponerme; sólo cuando me conformo con mis sufrimientos consigo contenerme.

30 de noviembre. No puedo seguir escribiendo. He llegado al límite definitivo, donde me quedaré esperando tal vez durante años, para después volver a empezar tal vez un nuevo relato, que también quedará inconcluso. Este destino me persigue. Nuevamente me siento frío e insensible; sólo me queda este amor senil por el perfecto reposo. Y como algún animal absolutamente alejado del hombre, agito otra vez el cuello, y por ahora quisiera tratar nuevamente de obtener a F. Hasta lo intentaría realmente, si la repugnancia que yo mismo me inspiro no me lo impidiera.

2 de diciembre. Por la tarde, en casa de Werfel, con Max y Pick. Leí *En la Colonia Penitenciaria*, no totalmente insatisfecho, exceptuando las evidentísimas e indisimulables fallas. Werfel leyó unas poesías, y dos actos de *Esther, Emperatriz de Persia.* Los actos entusiasman. Pero yo me dejo confundir fácilmente. Las censuras y comparaciones de Max, que no estaba muy conforme con el fragmento, me perturban, y en el recuerdo ya no lo veo tan íntegramente como durante la lectura, cuando me impresionó tanto. Me acordé de los actores judíos. Las hermosas hermanas de W. La mayor se apoya en la silla; a menudo mira de reojo el espejo, y aunque ya suficientemente devorada por mis ojos, señala levemente con un dedo un broche prendido en medio de la blusa. Es una blusa escotada, azul marino, con el escote cubierto de tul. Repetida narración de algo ocurrido en el teatro: varios oficiales, que durante la representación de *Cábala y Amor*, insisten en repetirse en voz alta: "Speckbacher está luciéndose", refiréndose a un oficial apoyado en el tabique de un palco.

Conclusión del día, ya antes de la visita a Werfel: Seguir trabajando a pesar de todo; lástima que hoy es imposible, porque estoy cansado y me duele la cabeza, ya empezaba a dolerme esta mañana en la oficina. Seguir trabajando a pesar de todo; tiene que ser factible, a pesar del insomnio y de la oficina.

Sueño, esta noche. Con el Káiser Guillermo. En el castillo. La hermosa vista. Un cuarto semejante al del Tabakskollegium. Encuentro con Matilde Serav. Por desgracia, me olvidé todo.

5 de diciembre. Carta de E. sobre la situación de su familia. Mi relación con su familia sólo adquiere para mí visos de consistencia, cuando me considero la ruina de la misma. Es la única explicación natural que se me ocurre, capaz de resolver inmediatamente lo asombroso de dicha relación. Además, es la única vinculación real que por el momento mantengo con la familia, porque en lo demás siento una separación emocional absoluta, aunque quizá no tan avasalladora como la que siento ante el resto del mundo. (En este sentido, daría una imagen adecuada de mi existencia una estaca inútil, cubierta de nieve y de escarcha, apenas metida oblicuamente en la tierra, en un campo profundamente removido, al margen de una gran llanura, en una noche oscura de invierno.) Sólo la ruina es eficaz. He conseguido hacer desdichada a F., debilitar la resistencia de todos los que

tanto la necesitan en estos momentos, contribuir a la muerte del padre, enemistar a F. con E., y finalmente hacer desdichada también a E., una desdicha que muestra todas las trazas de ser progresiva. A eso me dedico, y estoy destinado a completarlo. La última carta que le mandé, escrita a fuerza de torturas, le pareció muy tranquila; "respira tanta calma", como dice ella. Es claro, después de todo, que no es imposible que se exprese de ese modo por delicadeza, por tolerancia, por afecto hacia mí. Porque en general padezco castigos suficientes; hasta mi posición ante la familia es bastante castigo; en ese sentido ya he sufrido tanto que nunca más podré recuperarme (mi sueño, mi memoria, mi capacidad mental, mi capacidad de resistencia aun ante las más mínimas preocupaciones ya se han debilitado sin remedio; extrañamente, son las mismas anomalías que provoca un encarcelamiento prolongado), pero por ahora sufro menos que antes a causa de mi relación con mi familia, por lo menos no tanto como F. o E. De todos modos, resulta un poco doloroso que ahora me vaya de viaje con E. para Navidad, y que F. se quede probablemente en Berlín.

8 de diciembre. Ayer, por primera vez después de mucho tiempo, innegablemente predispuesto a escribir algo bueno. Y sin embargo sólo escribí la primera página del capítulo de la Madre [93], porque hacía dos noches que no dormía, porque ya por la mañana había comenzado a dolerme la cabeza, y porque esperaba con gran ansiedad el día siguiente. Nuevamente comprobé que todo lo que escribo con interrupciones, y no durante el trascurso de la mayor parte de la noche (o aun de su totalidad), es inferior; y mis condiciones de vida me condenan a esta inferioridad.

9 de diciembre. Con E. K. de Chicago. Es casi conmovedor. Descripción de su vida tranquila. Trabaja desde las ocho hasta las cinco y media. Supervisión de los envíos en la sección textiles. Quince dólares por semana. Dos semanas de vacaciones, una paga; después de cinco años le pagan las dos semanas. En un tiempo, cuando no había mucho que hacer en la sección textiles, ayudó en la sección bicicletas. Venden trescientas bicicletas por día. Una tienda de artículos generales con diez mil empleados. Atraen a los clientes enviándoles catálogos. A los americanos les gusta cambiar de empleo; en verano no sienten mayor deseo de trabajar; pero a él no le gusta cambiar, no ve la ventaja de esos cambios, uno sólo pierde tiempo y dinero. Hasta ahora tra-

bajó en dos casas, cinco años en cada una, y cuando vuelva —vino con licencia ilimitada— retornará al mismo empleo; siempre pueden necesitarlo, pero también pueden arreglárselas sin él. De noche, generalmente se queda en casa; juega a las cartas con sus conocidos; a veces, como diversión, va un rato al cinematógrafo; en verano sale a pasear, los domingos pasea en barco por el lago. Se cuida mucho de casarse, aunque ya tiene treinta y cuatro años; a menudo las americanas sólo se casan para divorciarse, lo que les resulta muy fácil, pero es muy caro para el marido.

13 de diciembre. En vez de trabajar —sólo escribí una página (Exégesis de la Leyenda)— releí los capítulos terminados; en partes me parecieron buenos. Conciencia constante de que toda sensación de conformidad y de felicidad, como la que por ejemplo me inspira la Leyenda, tendré que pagarla; y aun más: para negarme toda posibilidad de mejoría, tendré que pagarla en el futuro.

Hace un rato, en lo de Felix. Cuando volvía a casa declaré a Max que, si los dolores no son excesivos, me sentiré muy tranquilo en mi lecho de muerte. Me olvidé de agregar, y luego lo omití adrede, que lo mejor que he escrito hasta ahora se basa en esa capacidad de poder morir contento. Todos esos trozos buenos y realmente convincentes tratan siempre de alguien que se muere, y a quien le cuesta mucho morirse, alguien que lo considera una injusticia y por lo menos una crueldad; y eso es lo que conmueve al lector, por lo menos así lo creo. Para mí, en cambio, que creo ser capaz de aceptar tranquilamente la muerte, semejantes escenas son secretamente un juego; es más, me regocija morir la muerte del que se muere, por lo tanto utilizo astutamente la atención del lector concentrada en la muerte, la comprendo mucho más claramente que él, ya que supongo que él se quejará en su lecho de muerte, y por eso mismo mi queja es lo más perfecta posible; además no se interrumpe repentinamente, como las quejas reales, sólo se apaga hermosa y puramente. Es lo mismo que cuando sin cesar me quejo ante mi madre de sufrimientos que de ningún modo son tan considerables como podría deducirse de las quejas. Es claro que ante mi madre no necesito hacer un despliegue de recursos tan grande como ante el lector.

14 de diciembre. Mi trabajo adelanta arrastrándose miserablemente, tal vez en la parte más importante, donde tan necesaria sería una buena noche sin interrupciones.

En casa de Baum por la tarde. Daba una lección de piano a una niñita pálida de anteojos. El niño, sentado en la penumbra de la cocina, jugando negligentemente con algún objeto irreconocible. Intensa impresión de una vida agradable. Especialmente en oposición a la actividad de la criada alta que lava la vajilla en una tina.

Las derrotas en Serbia, la insensatez de los dirigentes.

19 de diciembre. Ayer escribí casi sin darme cuenta *El Maestro de la Aldea*[94], pero temí seguir escribiendo después de las dos menos cuarto; el temor era fundado, no dormí casi nada, sólo tres breves sueños; luego, en la oficina, me sentí como era de esperar. Ayer, reproches de mi padre a causa de la fábrica: "Tú me indujiste". Luego volví a mi casa y escribí tranquilamente unas tres horas, consciente de que mi culpa es indudable, aunque no tan grande como dice mi padre. Hoy, sábado, no fuí a cenar, en parte por temor a mi padre, en parte para dedicar totalmente la noche al trabajo, pero sólo escribí una página, y no muy buena.

En el primer momento, el principio de todo cuento es ridículo. Parece imposible que ese organismo nuevo, todavía incompleto y delicado por donde se lo mire, pueda mantenerse vivo en la organización del mundo ya existente, que como toda organización completa tiende a encerrarse en sí misma. Sin embargo, uno olvida que el cuento, si su existencia es justificada, ya lleva en sí una perfecta organización, aun cuando no haya completado todavía su desarrollo; por eso es injustificada la desesperación que pueda provocar en ese sentido el comienzo de un cuento; del mismo modo deberían desesperarse los padres ante una criatura de pecho, porque nunca tuvieron la intención de traer al mundo ese ser miserable y sobre todo ridículo. Por supuesto, uno nunca sabe si la desesperación que siente es justificada o injustificada. Pero esta reflexión nos sirve en cierto modo de aliciente; bastante daño ya me ha hecho el ignorarla.

20 de diciembre. La objeción de Max contra Dostoiewsky, que hace intervenir demasiados enfermos mentales. Completamente errónea. No son enfermos mentales. La descripción de su enfermedad no es más que una manera de caracterizarlos, realmente una manera muy delicada y fructífera. Por ejemplo, basta repetir de una persona, con creciente pertinencia, que es un retardado y un idiota, para que se sienta, por así decirlo, impulsado, si alberga en sí el núcleo dostoiewskiano, a dar de sí lo más que pueda dar. En este sentido, su caracterización tiene más o menos el significado de los insultos entre amigos. Si uno le dice al otro "eres un imbécil", no quiere decir justamente que el otro sea un verdadero imbécil, y que su amistad lo menoscaba, sino expresar generalmente una mezcla infinita de intenciones, cuando no es una mera broma, y aun cuando lo es. Así, por ejemplo, el padre de los Karamazow no es de ningún modo un tonto, sino un hombre muy astuto, casi comparable a Iván, aunque realmente malvado; en todo caso es mucho más astuto que su primo, por ejemplo, a quien el novelista no ataca, o su sobrino, el terrateniente, que se siente tan superior a él.

23 de diciembre. Leí algunas páginas sobre las "Neblinas de Londres", de Herzen. No sabía en lo más mínimo de qué se trataba, y sin embargo, surgía en su totalidad el protagonista inconsciente, decidido, cruel consigo mismo, que se domina perfectamente y luego vuelve a abandonarse.

26 de diciembre. En Kuttenberg, con Max y su mujer. Como contaba yo con esos cuatro días libres, cuántas horas me pasé pensando la mejor manera de emplearlos, y ahora sin embargo casi me decepcionan. Esta noche no escribí nada, y tal vez ya no pueda continuar *El Maestro de la Aldea,* que ya me ha llevado una semana entera de trabajo, y que seguramente hubiera podido terminar en esas tres noches libres, perfecto y sin fallas evidentes; pero aunque todavía está en los comienzos, ya padece de dos fallas incurables, y además parece raquítico. De ahora en adelante, ¡nuevo horario! ¡Utilizar mejor el tiempo! ¿Acaso me quejo porque espero encontrar aquí la salvación? La salvación no surgirá de este cuaderno; surgirá cuando esté acostado y me voltearé de espaldas, dejándome hermosa y liviana y blanquiazuladamente tendido; otra salvación no hay.

Hotel en Kuttenberg Morawetz; portero borracho, patiecito cubierto, con claraboya. El soldado, que se dibuja en la penumbra apoyado en la baranda del primer piso que da al patio. El cuarto que me ofrecen; la ventana da a un corredor oscuro, sin ventanas. Un sofá rojo, luz de velas. La Jakobskirche, los soldados piadosos, la voz de las muchachas en el coro.

27 de diciembre. Un comerciante era muy perseguido por la mala suerte. Lo soportó durante largo tiempo, pero por fin pensó que no podía soportarlo más, y fué a ver a un abogado. Quería pedirle consejo y saber qué le convenía hacer para alejar la mala suerte, o por lo menos para aprender a soportarla. Este abogado siempre tenía el código abierto sobre el escritorio, y lo estudiaba. Solía recibir a todos los que venían a solicitarle consejo, con estas palabras: "Justamente estaba estudiando su caso", y al mismo tiempo señalaba con el dedo un párrafo de la página que tenía delante. El comerciante, que también había oído hablar de esa costumbre, la reprobaba; es verdad que así el abogado expresaba la posibilidad de ayudar al postulante, y le hacía abandonar ese temor oprimente de ser juguete de una calamidad que obraba en las tinieblas, que nadie podía compartir y de la que nadie podía apiadarse; pero la afirmación del abogado era, sin embargo, demasiado increíble; para decir verdad por eso mismo el comerciante se había abstenido hasta ahora de pedir consejo a este doctor en leyes. Es así como entró con cierta vacilación, y titubeó un momento en el vano de la puerta.

31 de diciembre. Desde agosto trabajo sin interrupción; en general no puedo decir que el resultado sea demasiado malo o demasiado escaso, pero tanto en uno como en otro sentido me he esforzado hasta el límite de mi capacidad, como correspondía, sobre todo porque teniendo en cuenta una serie de síntomas (insomnio, dolores de cabeza, debilidad cardíaca) dicha capacidad no podrá durar mucho tiempo. Escrito, pero no terminado: *El Proceso, Recuerdos del Ferrocarril de Kalda, El Maestro de la Aldea, El Asistente del Procurador General,* y breves esbozos. Terminados, sólo *En la Colonia Penitenciaria* y un capítulo de *El Desaparecido,* ambos durante la quincena de licencia. ¡No sé por qué hago este sumario, no corresponde para nada a mi estilo!

1915

4 de enero. Intenso deseo de empezar una nueva novela; no cedí. Es totalmente inútil. Si no puedo apresurar el relato en una noche, se deshace y se dispersa, como ocurre ahora con *El Asistente del Procurador General.* Y mañana voy a la fábrica; tal vez después de la movilización de P. tenga que ir todas las tardes. Eso sería el fin de todo. El recuerdo de la fábrica constituye mi perpetuo Día de Expiación.[95]

6 de enero. Por el momento, abandoné *El Maestro de la Aldea* y *El Asistente del Procurador General.* Pero me siento casi incapaz de continuar *El Proceso.* Pienso en la muchacha de Lemberg.[96] Las promesas de alguna especie de felicidad se parecen a las esperanzas de vida eterna. Vistas desde cierta distancia, parecen firmes, y uno no se atreve a acercarse más.

17 de enero. Ayer, por primera vez, dicté cartas en la fábrica. Despreciable trabajo (una hora), pero no sin alguna satisfacción. Anteriormente, tarde terrible. Dolores de cabeza constantes, que me obligaban incesantemente a apretar la mano contra la cabeza para calmármela (en ese estado estuve en el Café Arco); en casa, en el sofá, dolores cardíacos.

Leí a E. la carta de Ottla. Realmente, conseguí dominarla, y en verdad sin consideración, por pura negligencia y también incapacidad. En eso tiene razón F. Por suerte, Ottla es tan fuerte que apenas está sola en otra ciudad se cura de mí. Qué parte considerable de su talento para tratar con la gente queda desaprovechada por culpa mía. Escribe que en Berlín se sentía desdichada. ¡Mentira!

Advierto que no he sabido aprovechar el tiempo, desde agosto hasta ahora. Mis sucesivos intentos de prolongar el trabajo hasta muy entrada la noche, durmiendo mucho por la tarde, eran absur-

dos, porque ya durante la primera quincena comprendí que los nervios no me permitían acostarme después de la una de la madrugada, ya que pasada esa hora no consigo dormir, el día siguiente me resulta insoportable, y me arruino la salud. Además, me quedaba demasiado tiempo acostado por la tarde, aunque de noche pocas veces trabajo hasta después de la una, y en ningún caso comienzo antes de las once. Todo esto era un error. Tendría que empezar a las ocho o las nueve, la noche es indudablemente el mejor momento (¡licencia!), pero está fuera de mi alcance.

El sábado veré a F. Si me quiere, no lo merezco. Hoy creo comprender qué estrechos son mis límites, en todo sentido; y como consecuencia, también los límites de lo que escribo. Si uno siente con demasiada intensidad sus límites, no le queda más remedio que estallar. Es probable que me haya dado cuenta de esto al recibir la carta de Ottla. En estos últimos tiempos estaba demasiado satisfecho conmigo mismo, y disponía de muchos argumentos para defenderme e imponerme ante F. Lástima que no tuve tiempo de escribirlos; hoy ya no podría.

Las Banderas Negras de Strindberg. Sobre las influencias lejanas: Seguramente has sentido que alguien desaprobaba tu conducta, sin expresar esa desaprobación. En la soledad habrás sentido un tranquilo bienestar, sin comprender claramente por qué; alguien, muy lejos, habrá pensado bien de ti, habrá hablado bien de ti.

18 de enero. En la fábrica, inútilmente como de costumbre, trabajé hasta las seis y media; dicté, atendí, escribí. Después, la misma absurda satisfacción. Dolores de cabeza, dormí mal. Imposibilidad de una labor prolongada y concentrada. También estuve un rato afuera. Sin embargo, empecé un nuevo relato; temía arruinar el anterior. Ahora tengo delante cuatro o cinco relatos, erguidos sobre las patas traseras como los caballos de Schumann, el director del circo, al empezar la función.

19 de enero. No podré escribir mientras tenga que ir a la fábrica. Creo que lo que siento ahora es una extraordinaria incapacidad de escribir, semejante a la que sentía cuando trabajaba en la "Generali".[97] El contacto inmediato con la vida diaria, aunque interiormente me siento tan alejado de ella como el que más, me impide la visión; como si estuviera en el fondo

de una quebrada, y además con la cabeza gacha. Hoy, por ejemplo, aparece en el diario una declaración de los altos círculos suecos, según la cual, a pesar de las amenazas de la Triple Alianza, se proponen mantener incondicionalmente la neutralidad. Al final dice: Los miembros de la Triple Alianza se romperán las narices contra la pared de granito de Estocolmo. Hoy lo entiendo casi tan perfectamente como lo entendería cualquiera. Hace tres días, en cambio, habría sentido hasta el fondo del alma que el que hablaba era un fantasma de Estocolmo, que las "Amenazas de la Triple Alianza", la "Neutralidad", los "Altos círculos suecos", sólo son imágenes de aire concentrado en una forma determinada, que uno sólo puede percibir con la vista, pero nunca tocar con los dedos.

Había organizado con dos amigos una excursión dominical; pero bastante inesperadamente me quedé dormido, y seguía durmiendo a la hora de la cita. Mis amigos, que conocían mi puntualidad habitual, se asombraron, vinieron hasta mi casa, se quedaron un rato afuera, luego subieron la escalera y me golpearon la puerta. Me asusté bastante; salté de la cama, y sólo pensé en vestirme lo más pronto que podía. Cuando aparecí en la puerta, completamente vestido, mis amigos, evidentemente alarmados, dieron un paso atrás.

—¿Qué tienes detrás de la cabeza? —exclamaron.

Ya al despertarme había notado que algo me impedía mover hacia atrás la cabeza, y ahora quise tocar con la mano ese obstáculo. Mis amigos, que ya se habían repuesto un poco, acababan de gritarme:

—¡Ten cuidado, puedes hacerte daño! —cuando mi mano se cerró detrás de mi cabeza sobre el puño de una espada.

Mis amigos se acercaron, me examinaron, me hicieron entrar en el cuarto, me llevaron ante el espejo y me desnudaron hasta la cintura. Tenía metida en la espalda, hasta la empuñadura, una vieja y enorme espada medieval, con el puño en forma de cruz; se veía que la hoja había pasado con increíble precisión entre la piel y la carne, de modo que no me había causado herida alguna. Tampoco en el lugar de entrada, en el cuello, se veía ninguna herida; mis amigos me aseguraron que había una hendidura suficiente para contener la hoja, pero absolutamente seca y sin rastros de sangre. Y cuando se subieron a unas sillas y lentamente, milímetro por milímetro, me sacaron la espada, tam-

poco salió nada de sangre, y la abertura del cuello se cerró hasta dejar solamente una hendidura casi imperceptible.

—Aquí tienes tu espada —dijeron riendo mis amigos, y me la tendieron.

Yo la sopesé con ambas manos; era un arma valiosa, tal vez había pertenecido a los Cruzados. Quién tolera que los antiguos caballeros se paseen por los sueños, blandiendo irresponsablemente sus espadas y atravesando a los inocentes durmientes, sin provocarles heridas graves solamente porque es muy probable que sus armas resbalen sobre los cuerpos vivientes, y también porque uno tiene amigos fieles detrás de la puerta, que llaman dispuestos a salvarlo.

20 de enero. Se acabó la posibilidad de escribir. ¿Cuándo volveré a encontrarla? ¡En qué estado desastroso veré a F.! Mi torpeza mental, la incapacidad de prepararme para ese encuentro, que resurgen apenas dejo de escribir, cuando la semana pasada casi no podía contener las importantes ideas que me suscitaba. Ojalá me sea dado gozar de la única ventaja imaginable que esto me puede proporcionar: dormir mejor.

Las Banderas Negras. ¡Qué mal leo, también! Y con qué malevolencia y debilidad me observo a mí mismo. Aparentemente, no puedo introducirme en el mundo; sólo puedo quedarme tranquilamente acostado, recibir, extender en mí lo recibido, y luego emerger.

24 de enero. Con F. en Bodenbach. Me parece imposible que alguna vez nos unamos; pero en el momento decisivo no me atrevo a decírselo, ni a decírmelo a mí mismo. Es así que volví a darle esperanzas, insensatamente, ya que cada día me vuelvo más viejo y más decrépito. Mis antiguos dolores de cabeza renacen cuando trato de comprender que ella sufre y que al mismo tiempo está alegre y tranquila. No deberíamos atormentarnos mutuamente, como otras veces, con una cantidad de cartas; lo mejor será considerar este encuentro como un suceso aislado; ¿o acaso creo que puedo liberarme, vivir de la literatura, irme al extranjero o a cualquier otra parte y vivir allí secretamente con F.? También en otros sentidos hemos visto que no hemos cambiado absolutamente nada. Cada uno se dice calladamente que el otro es implacable e inconmovible. Yo no cedo un ápice en mi exigencia de una vida fantástica, calculada solamente desde el punto de vista

de mi trabajo; ella, indiferente a toda muda súplica, quiere lo normal: una casa cómoda, que me interese en la fábrica, buena comida, acostarse a las once de la noche, calefacción; me pone en hora (al minuto) el reloj, que desde hace tres meses adelanta una hora y media. Y tiene razón, y seguirá teniendo razón; tiene razón cuando me corrige el error de alemán que cometo al pedirle el diario al mozo, y ya no sé lo que digo cuando me habla de la "nota personal" (no se puede decir sino chirriando) del arreglo de nuestro futuro hogar. Dice que mis dos hermanas mayores son "superficiales"; ni siquiera pregunta por la menor, casi ni pregunta por mis trabajos, es evidente que no le interesan. Éste es un lado del asunto.

Me siento más torpe y más tedioso que nunca, y en realidad no debería perder tiempo pensando en algo que no sea lo siguiente: ¿cómo es posible que alguien tenga el más mínimo deseo de tenderme el dedo meñique? En rápida sucesión he lanzado mi helado aliento sobre tres clases diferentes de personas. Los de Hellerau, la familia R. en Bodenbach, y F.

F. dijo: "Qué bien nos hemos portado aquí". Yo me callé, como si el oído me hubiera fallado mientras duró esta exclamación. Estuvimos dos horas a solas en un cuarto. En torno de mí, sólo aburrimiento y desconsuelo. Todavía no hemos pasado juntos un solo momento bueno, que me permitiera respirar libremente. Excepto en las cartas, nunca he conocido con F. la dulzura de esa relación con la mujer amada, como en Zuckmantel y en Riva; sólo una admiración ilimitada, humildad, compasión, desesperación y desprecio de mí mismo. También le leí algo; las frases se sucedían en repugnante confusión, ninguna relación con la oyente, que yacía con los ojos cerrados sobre el sofá y escuchaba todo en silencio. Un tibio requerimiento del manuscrito para copiarlo. En el cuento del guardián de la puerta, mayor atención y excelente observación. Por primera vez me di cuenta del significado del cuento; también ella lo comprendió correctamente, pero luego irrumpimos en él con una serie de observaciones groseras; yo fuí el que empezó.

La dificultad (para otras personas realmente increíble) que experimento al hablar con la gente, se funda en que mi pensamiento, o mejor dicho el contenido de mi conciencia, es totalmente nebuloso; en lo que me concierne, eso no me perturba y a veces me complace, pero en cambio la conversación con la gente exige precisión, solidez y coherencia constante, cualidades que no poseo. Nadie quiere quedarse conmigo en las nubes, y

aun cuando lo quisiera, yo no podría extraer de mi frente esa neblina; entre dos personas se deshace y deja de existir. F. se ve obligada a dar un gran rodeo para ir a Bodenbach; se toma el trabajo de obtener un pasaporte, después de una noche en vela tiene que soportarme, es más, oír la lectura de un cuento, y todo sin razón. ¿Le habrá parecido una calamidad, como me pareció a mí? Seguramente no, aun suponiéndole el mismo grado de sensibilidad.

Lo que le dije era cierto, y como cierto lo admitió: Cada uno de nosotros quiere al otro, tal como es. Pero tal cómo es, no cree que le sea posible vivir con él.

Este grupo: El doctor W. trata de convencerme de que F. es odiosa, F. trata de convencerme de que W. es odioso. Los creo a ambos y los quiero a ambos, o por lo menos lo intento.

29 de enero. Nuevamente traté de escribir, casi en vano. Los dos últimos días me acosté temprano, a eso de las diez; hacía mucho que no lo hacía. Sensación de libertad durante el día, satisfacción parcial, mayor rendimiento en la oficina, posibilidad de hablar con la gente. En este momento, fuertes dolores en la rodilla.

30 de enero. Mi antigua incapacidad. Apenas diez días sin escribir, y ya estoy del otro lado. Nuevamente me esperan inmensos esfuerzos. Es necesario, por así decir, sumergirse y hundirse más rápido que lo que se hunde ante uno.

7 de febrero. Paralización absoluta. Interminables mortificaciones.

En cierto momento del conocimiento de sí mismo, y en presencia de otras circunstancias favorables a la observación, es inevitable que uno se considere execrable. Toda escala de valores morales —por más diversas que sean las opiniones en ese sentido— parecerá demasiado elevada. Uno tiene que descubrir que sólo es una cueva de miserables hipocresías. Ni el más mínimo acto aparece libre de esta hipocresía. Estas hipocresías son tan inmundas, que en el momento de la observación de sí mismo uno no quiere reflexionar, y sólo se contenta con contemplarlas desde lejos. En estas hipocresías no hay solamente egoísmo, el egoísmo a su lado parece un ideal de bondad y belleza. La inmundicia que uno encuentra existe de por sí, uno se ve obligado a reconocer que vino al

mundo rebosando inmundicias, y que por su culpa volverá a irse de él sin ser reconocido (o tal vez demasiado reconocido). Esa inmundicia es el último fondo discernible, el fondo absoluto no contiene lava, sino inmundicia. Lo más bajo y lo más alto contienen esta inmundicia, y aun las dudas que la observación de sí mismo suscita, pronto se debilitan y llegan a complacerse consigo mismas, como un cerdo que se revuelve en el estiércol.

9 de febrero. Ayer y hoy escribí un poco. Historia de perros. Acabo de leer el principio. Es horrible y me hace doler la cabeza. A pesar de toda su verdad, es malo, pedante, mecánico, un pez que apenas respira en un banco de arena. Escribo *Bouvard y Pécuchet* antes de tiempo. Cuando los dos elementos —más claramente definidos en *El Fogonero* y en *La Colonia Penitenciaria* que en ninguna otra parte— no se combinan, estoy arruinado. Pero, ¿hay alguna probabilidad de esa combinación?

Finalmente alquilé un cuarto. En la misma casa, sobre la Bilekgasse.

10 de febrero. Primera noche. Mi vecino conversa horas y horas con la encargada. Ambos hablan en voz baja; la encargada es casi inaudible, lo que es peor. Mi actividad literaria, en marcha desde hace dos días, de pronto interrumpida, quién sabe hasta cuándo. Perfecta desesperación. ¿Ocurrirá lo mismo en todas las casas? ¿Me aguardará semejante angustia, una angustia ridícula e ineludiblemente mortal, en todas las casas de pensión, en todas las ciudades? Los dos cuartos de mi jefe de curso, en el monasterio. Sin embargo, es absurdo ceder inmediatamente a la desesperación; es mejor buscar algún medio, por más...; no, no es lo opuesto a mi carácter, todavía hay algo en mí de la tenacidad judía, pero ésta pacta en general con el bando contrario.

14 de febrero. La infinita atracción de Rusia. Mejor que la troica de Gogol, la representaría la imagen de un ancho río, cuya margen opuesta es invisible, un río de aguas amarillentas, cubierto de olas, no demasiado altas. Llanuras desiertas barridas por el viento, a ambos lados, pastos raquíticos. Pero nada la representa, todo más bien la borra.

Sansimonismo.

15 de febrero. Todo interrumpido. Horario malo, irregular. Esta casa me arruina todo. Hoy tuve que escuchar nuevamente la lección de francés de la hija de la encargada.

16 de febrero. Estoy desorientado. Como si todo lo que poseía me hubiera abandonado; y como si aun cuando volviera, apenas pudiese satisfacerme.

22 de febrero. Incapacidad en todo sentido, absoluta.

25 de febrero. Después de varios días de dolor de cabeza constante, finalmente me siento un poco más libre y confiado. Si yo fuera otro, que me contempla desde afuera y contempla el curso de mi vida, diría seguramente que todo esto debe terminar en nada, consumirme en una duda incesante; que sólo puedo inventarme mortificaciones. Pero en mi carácter de parte interesada, sigo esperando.

1º de marzo. Con gran esfuerzo, después de semanas de preparación y de angustia, me mudé; sin un motivo muy justificado, ya que el lugar era bastante tranquilo; simplemente, no trabajé como debía, y por lo tanto no pude apreciar ni la tranquilidad ni la intranquilidad de la casa. Más bien me fuí por mi propia intranquilidad. Me atormento, quiero cambiar continuamente de situación, creo presentir que mi salvación radica en el cambio, y además creo que mediante esos pequeños cambios, que otros realizan medio dormidos y que en mí exigen la convocación de todas mis facultades, consigo prepararme para el gran cambio que probablemente necesito. Es evidente que me he mudado a un cuarto en muchos sentidos peor. De todos modos, hoy es el primer día (o el segundo) que si no me doliera tanto la cabeza, habría podido trabajar bien. Escribí una página, apresuradamente.

11 de marzo. Cómo pasa el tiempo; ya van diez días y no consigo nada. Todos mis intentos fracasan. De vez en cuando, una página aceptable, pero no puedo mantenerme a esa altura; al día siguiente me siento impotente.

Judíos orientales y occidentales; reunión.[98] El desprecio de los judíos orientales por los de aquí. La justificación de ese desprecio. Cómo los judíos orientales conocen el motivo de ese desprecio, y los occidentales no. Por ejemplo las ideas lamentables, más

allá de todo ridículo, de mi madre cuando trata de comprenderlos. Hasta Max, la inutilidad, la debilidad de su discurso, mientras se abrocha y se desabrocha la chaqueta. Y sin embargo, tiene la mejor voluntad. En cambio cierto W., metido en una chaquetita miserable, un cuello que no podría ser más sucio, y que oficia de cuello de etiqueta, chillando sí y no, sí y no. Una sonrisa diabólicamente desagradable en la boca, una cara juvenil llena de arrugas, ademanes torpes y desmesurados de los brazos. El mejor es uno bajito, sin embargo, un argumento en forma de hombre, de voz aguda, incapaz de la menor modulación; con una mano en el bolsillo del pantalón, amenaza con la otra a los oyentes; formula preguntas incesantemente, y en seguida demuestra lo que quiere demostrar. Voz de canario. Llena el discurso de filigranas, de canalículos laberínticos. Sacude la cabeza. Yo, como de madera, una percha colocada en medio del salón. Y sin embargo, esperanzas.

13 de marzo. Una noche: A las seis me acosté en el sofá. Dormí hasta cerca de las ocho. Incapaz ya de levantarme, esperé las campanadas del reloj, y en mi soñolencia no las oí. A las nueve me levanté. Ya no fuí a casa a comer, ni tampoco a casa de Max, donde se celebraba una reunión. Motivos: falta de apetito, temor de volver tarde, sobre todo la idea de que ayer no escribí nada, que cada vez me alejo más de la literatura y corro el peligro de perder todo lo que conseguí con tanto trabajo durante los últimos seis meses. La prueba de esto es que escribí una miserable página y media de un nuevo cuento, ya definitivamente descartado, y luego, desesperado, en parte seguramente por el estado de mi inapetente estómago, leí a Herzen, para ver si de algún modo conseguía darme un impulso. Felicidad de su primer año de casado, el horror que me produce imaginarme obligado a semejante felicidad, la vida elegante de su círculo. Belinski, Bakunin, todo el día sobre la cama con el abrigo de pieles.

A veces siento una desdicha que casi me destroza, y al mismo tiempo la convicción de la necesidad de esa desdicha, y de una meta que se alcanza a través de todas las formas que la desdicha adopta (en este momento influye en mí el recuerdo de Herzen, pero ya otras veces me ha ocurrido).

14 de marzo. Una mañana: hasta las once y media, en cama. Una confusión de pensamientos que se forma lentamente y se consolida de una manera increíble. Por la tarde leí (Gogol, ensayo sobre la Lírica); por la noche paseo, en parte con los pensamientos de la mañana, sostenibles, pero poco dignos de confianza. Estuve sentado en el Parque Chotek. El lugar más hermoso de Praga. Los pájaros cantaban, el castillo con su galería, los viejos árboles, donde cuelgan las hojas del año pasado, la penumbra. Más tarde llegó Ottla, con D.

17 de marzo. Perseguido por el ruido. Un cuarto más hermoso, mucho más cordial que el de la Bilekgasse. Dependo tanto de la vista, que aquí es hermosa: la Teinkirche. Gran estrépito de carruajes en la calle; sin embargo, ya estoy acostumbrándome. Pero me resulta imposible acostumbrarme al ruido de la tarde. De vez en cuando, el estrépito de algo que se cae en la cocina o en el corredor. Ayer, arriba, en la guardilla, constante rodar de una bola, como si alguien jugara a los bolos; motivo incomprensible; luego, abajo, el piano. Anoche, relativo silencio, trabajé con ciertas esperanzas (*El Asistente del Procurador*); hoy empecé complacido, de pronto, al lado o abajo, las voces de una reunión, tan fuertes y fluctuantes como si yo flotara en medio de ella. Luché un rato con el ruido; luego, con los nervios prácticamente deshechos, me acosté en el sofá; hacia las diez silencio, pero ya no pude trabajar.

23 de marzo. Imposibilidad de escribir una sola línea. El bienestar que me embargaba ayer, sentado en el Parque Chotek, y hoy en la Karlsplatz, con *Ante el Mar Abierto,* de Strindberg. El bienestar de hoy en mi cuarto. Vacío como una concha en la playa, que espera que un pie la aplaste.

25 de marzo. Ayer, conferencia de Max, "Religión y Nación". Citas del Talmud; judíos orientales. La muchacha de Lemberg. El judío occidental que se ha asimilado a los Chassidim; el tapón de algodón en su oído. Steidler, un socialista, pelo largo, lustroso, cuidadosamente recortado. El deleite con que las judías orientales se pasan a uno u otro bando. El grupo de judíos orientales junto a la estufa. G., con caftán, la naturalidad de la vida judía. Mi desconcierto.

9 de abril. Tormentos de mi departamento. Ilimitados. Conseguí trabajar bien unas cuantas noches. ¡Si hubiera podido seguir toda la noche! Hoy, el ruido me impide dormir, trabajar, todo.

14 de abril. La clase sobre Homero, para las jóvenes de Galitzia. La de la blusa verde, de cara austera y neta; cuando quiere hablar, tiende el brazo en ángulo recto; rápidos movimientos al ponerse el abrigo; cuando quiere contestar y no la llaman, se avergüenza y vuelve la cara a un costado. La robusta joven vestida de verde, junto a la máquina de coser.

27 de abril. En Nagy Mihály con mi hermana.[99] Soy incapaz de vivir con la gente, de hablar con ella. Inmersión total en mí mismo, sólo pienso en mí. Apático, alelado, atemorizado. No tengo nada que comunicar, nunca, a nadie. Viaje a Viena. El vienés que todo lo sabe, que todo lo juzga, experto en viajes, alto, de barba rubia, con las piernas cruzadas, lee *Az Est*; cordial, y sin embargo, como Elli y yo advertimos (en este sentido estamos ambos igualmente al acecho), también reservado. Yo digo: "¡Qué experto es usted para viajar!" (conoce todas las combinaciones ferroviarias que me interesan, aunque como más tarde pudimos comprobar los datos no son absolutamente correctos; conoce todas las líneas de tranvías de Viena, me explica cómo debo telefonear en Budapest; conoce los reglamentos de los equipajes, sabe que resulta más barato llevar el equipaje en un taxímetro); no me contesta nada, y se queda sentado, cabizbajo. La muchacha de Zizkow, sentimental, gárrula, pero en general incapaz de hacerse oír; cuerpo anémico, mísero, mal desarrollado y ya incapaz de seguir desarrollándose. La vieja de Dresde, parecida a Bismarck, más tarde revela que es vienesa. La vienesa gorda, esposa de un redactor de *Die Zeit,* sabe mucho de periodismo, habla con claridad, con gran desagrado mío expresa en general mis mismas opiniones. Casi todo el tiempo me quedo callado, no sé que decir; entre esta gente, la guerra no me suscita la más mínima opinión digna de ser expresada.

Viena - Budapest. Los dos polacos, el teniente y la señora, se bajan pronto, se hablan susurrando junto a la ventanilla, ella es pálida, no muy joven, casi demacrada, a menudo se lleva la mano a las caderas estrechamente ceñidas por la falda, fuma mucho. Los dos judíos húngaros, el que está al lado de la ventanilla se parece a Bergmann; deja que el otro, dormido, apoye la cabeza en su hombro. Toda la mañana, desde las cinco en adelante,

hablan de negocios, cálculos y cartas que pasan de mano en mano; de una valijita sacan muestras de los artículos más diversos. Frente a mí, un teniente húngaro duerme; cara vacía y desagradable, boca abierta, nariz cómica; antes de dormir proporciona informaciones sobre Budapest, vivaz, con los ojos brillantes, voz animada, donde se concentra toda su personalidad. En otro lugar del compartimiento, los judíos de Bistritz, que vuelven a su casa. Un hombre acompaña a varias mujeres. Se enteran de que acaban de prohibir la entrada de civiles en Körös Mesö. Tendrán que viajar veinte horas o más en coche. Cuentan de un hombre que se quedó en Radautz hasta que entraron los rusos, y no le quedó más remedio que subirse al último cañón austríaco en retirada. Budapest. Las más contradictorias informaciones sobre la combinación para Nagy Mihály; no quise creer en las más desfavorables, que resultaron ser las correctas. El húsar en la estación, con la chaqueta de piel bordada; baila y mueve los pies como un caballo de circo. Se despide de una señora que se va. Conversa con ella en voz baja y sin interrupción; cuando le faltan las palabras, con movimientos de danza y manipuleos de la guarnición de la espada. Una o dos veces, temiendo que el tren arranque, suben al vagón, él con la mano casi bajo la axila de ella. Es de estatura mediana, dientes fuertes, grandes y sanos, el corte y lo entallado de la chaqueta le dan un aire vagamente femenino. Sonríe mucho, en todas direcciones, una sonrisa realmente inconsciente, estúpida, mera comprobación de la simple, completa y eterna armonía de su ser, que su honor de oficial casi le exige.

La pareja de ancianos que se despiden llorando. Innumerables besos, insensatamente repetidos, así como cuando uno está desesperado se lleva inconscientemente y sin cesar el cigarrillo a los labios. Se tratan familiarmente, sin preocuparse por los que los rodean. Así ocurre en todos los dormitorios. No es posible distinguir los rasgos de ella, una mujer alta y modesta; si uno intenta estudiarla con más detalle, es como si se disolviera, y sólo quedara un débil recuerdo de cierta pequeña fealdad igualmente modesta, tal vez la nariz enrojecida, o alguna marca de viruela. Él tiene bigotes grises, nariz grande y verdaderas marcas de viruela. Capa de ciclista y bastón. Se domina bastante bien, aunque está muy emocionado. Con triste jocosidad, coge a la anciana por la barbilla. Qué encanto hay en el ademán de coger a una anciana por la barbilla. Finalmente se miran de cerca, llorando. No pretendían expresarlo, pero podría interpretárselo así: Hasta esta

mísera y pequeña felicidad destruye la guerra, la unión de estos dos ancianos.

El gigantesco oficial alemán, adornado con diversos adminículos pequeños, atraviesa marchando, primero la estación, luego el tren. Está tieso de importancia y rigidez militar; es casi asombroso que pueda moverse; la solidez del talle, la anchura de las espaldas, la esbeltez del conjunto obliga a abrir los ojos para apreciarlo de una sola mirada.

En el compartimiento, dos judías húngaras, madre e hija. Ambas parecidas; sin embargo, la madre está decentemente vestida, la hija es un remanente miserable pero vanidoso. La madre es alta; cara bien proporcionada, barba lanuda en el mentón. La hija, más baja, cara en punta, cutis pésimo, vestido azul, una pechera blanca sobre su pecho lastimoso.

Enfermera de la Cruz Roja. Muy segura y decidida. Viaja como si fuese una familia entera, que se basta a sí misma. Como si fuera el padre, fuma cigarrillos y se pasea por el pasillo; como un niño se trepa al asiento, para sacar algo de su morral; como la madre corta cuidadosamente la carne, el pan, la naranja; como una muchacha coqueta (lo que en realidad es) exhibe sobre el asiento opuesto sus hermosos piececitos, las botas amarillas y las medias también amarillas sobre las sólidas piernas. No le parecería mal que le hablaran; inicia ella misma la conversación, preguntando algo sobre las montañas que se divisan a lo lejos, me da su guía para que se las busque en el mapa. Desanimado, me quedo en mi rincón, mientras crece en mí el deseo de no contestar sus preguntas, como ella quisiera, con otras preguntas, aunque me gusta bastante. Cara robusta y atezada, de edad indefinida, cutis grosero, labio inferior hacia afuera, ropa de viaje, con el traje de enfermera debajo, sombrero blando en punta, plantado de cualquier modo sobre el cabello rígidamente trenzado. Como no le pregunto nada, empieza a hablar fragmentariamente de sí misma. Mi hermana (a quien, como supe más tarde, no le gusta nada) la ayuda un poco. Se dirige a Satoralja Ujhel, donde le indicarán su destino definitivo; prefiere estar donde más trabajo haya, porque el tiempo pasa más rápido (mi hermana deduce de esto que es desdichada, lo que me parece incorrecto). Uno ve de todo, por ejemplo había un enfermo que roncaba de una manera insoportable; lo despertaron, para rogarle que tuviera consideración con los demás pacientes; prometió tenerla, pero apenas puso la cabeza en la almohada reanudó sus terribles ronquidos. Era muy cómico. Los otros enfermos le tiraban las pantu-

flas, el hombre ocupaba el ángulo de la sala y por lo tanto ofrecía un blanco perfecto. Hay que ser duro con los enfermos, si no no se consigue nada; sí, sí, no, no, y no dejarse engañar. En este momento intercalo una observación estúpida, pero muy característica en mí, servil, astuta, incoherente, impersonal, antipática, falsa, rebuscada, suscitada por alguna íntima tendencia enfermiza, y además influída por la obra de Strindberg de la noche anterior: deben sentirse muy bien las mujeres cuando tienen la oportunidad de tratar de ese modo a los hombres. No escucha esta observación, o la pasa por alto. Naturalmente, mi hermana la entiende en su verdadero sentido, y se apropia de ella, echándose a reír. Otros relatos sobre un enfermo de tétano, que no quería morirse.

El jefe de estación húngaro, que más tarde subió con su hijito. La enfermera tiende una naranja al niño. El niño la acepta. Luego le ofrece un trozo de mazapán; le toca los labios con él, pero el niño vacila. Yo digo: No puede creerlo. La enfermera lo repite, palabra por palabra. Muy agradable.

Ante las ventanillas, Theiss y Bodrog, con sus inmensas inundaciones primaverales. Paisajes lacustres. Patos salvajes. Montañas, con viñas de Tokay. De pronto, cerca de Budapest, entre los campos arados, un campo semicircular fortificado. Alambradas de púa, trincheras cuidadosamente resguardadas mediante bolsas de arena, con bancos; parecían modelos. La expresión, para mí enigmática: "adaptado al terreno". Para conocer el terreno se requiere el instinto de un cuadrúpedo.

Inmundo hotel en Ujhel. Todo lo que hay en la habitación está raído. Sobre la mesa de luz, todavía subsisten las cenizas de cigarrillo del último huésped. Las camas recién tendidas, sólo aparentemente limpias. Intento obtener un permiso para viajar en el tren militar, primero en el Comando Regimental, luego en el Comando de Etapas. Ambos instalados en cómodas habitaciones, especialmente el último. Contraste entre la milicia y la burocracia. Correcta estimación del trabajo de oficina: una mesa con una pluma y un tintero. La puerta del balcón y la ventana abiertas. Cómodo sofá. En un compartimiento cerrado mediante cortinas, sobre el balcón que da al patio, ruido de vajilla. Sirven el almuerzo. Alguien —el teniente coronel, como supe más tarde— alza la cortina, para ver quién espera. Con las palabras: "Después de todo hay que ganarse el sueldo", interrumpe su almuerzo y me atiende. No consigo nada, aunque tengo que volver una vez más al hotel, en busca de mi otra cédula de identidad. Lo

único que me escriben en la cédula de identidad es un permiso militar para viajar al día siguiente en el tren correo, permiso totalmente superfluo.

La zona de la estación presenta más bien un aspecto aldeano; hay una plaza muy descuidada (monumento a Kossuth, cafés con música gitana, confitería, una zapatería elegante, vendedores de diarios que anuncian el *Az Est*, un soldado manco, que se pasea orgullosamente con movimientos exagerados, un aviso de colores chillones, que proclama una victoria alemana; cada vez que pasé a su lado, durante el curso de las últimas veinticuatro horas, estaba rodeado de gente que lo escrutaba minuciosamente; me encontré con P.) ; suburbios más limpios. Por la noche, en el café; sólo se ven civiles, habitantes de Ujhel, gente simple y sin embargo extraña, a veces sospechosa, no sospechosa porque estemos en guerra, sino porque son incomprensibles. Un capellán militar, solo, lee los diarios. Por la mañana, el joven y hermoso soldado alemán en la taberna. Se hace traer mucha comida, fuma un grueso cigarro, luego escribe. Ojos penetrantes y serios, pero juveniles; cara despejada, regular, bien afeitada. Luego se coloca la mochila. Más tarde volví a verlo, cuando hacía la venia a alguien, pero no recuerdo dónde.

3 de mayo. Absoluta indiferencia y apatía. Un manantial agotado, el agua a una profundidad inalcanzable, y además dudosa. Nada, nada. No entiendo la vida en *Separados* de Strindberg; lo que *él* llama hermoso, me repele, si lo relaciono conmigo. Una carta a F., errónea, inenviable. ¿Qué me ata al pasado o al porvenir? El presente es fantasmal, no me siento a la mesa, sólo revoloteo en torno. Nada, nada. Vacío, tedio, no, no es tedio, sólo vacío, debilidad, falta de sentido. Ayer, en Dobrichowitz.[100]

4 de mayo. Mejor estado de ánimo, después de leer a Strindberg *(Separados)*. No lo leo para leerlo, sino para reclinarme sobre su pecho. Me sostiene sobre su brazo izquierdo, como a un niño. Allí sentado, parezco una estatua en un monumento. Diez veces corro el riesgo de resbalarme, pero después del undécimo intento consigo mantenerme en equilibrio, me siento seguro, y veo perfectamente todo.

Medito en la relación de los demás conmigo. Por más poca cosa que yo sea, no hay nadie aquí que me comprenda totalmente. Tener a alguien que pueda comprenderme, tal vez una mujer,

eso significaría tener un apoyo en todo sentido, tener a Dios. Ottla comprende mucho, hasta demasiado; Max, Felix, bastante; otros, como E., entienden aspectos aislados, pero los entienden con espantosa intensidad; F. tal vez no entiende absolutamente nada, lo que dada la innegable intimidad de nuestra relación, implica una posición muy especial. Muchas veces me pareció que me comprendía sin saberlo, por ejemplo esa vez que me esperaba en la estación del subterráneo, y yo deseaba indeciblemente su presencia, e impulsado por mi deseo de encontrarla cuanto antes, creyendo que estaría arriba, pasé a su lado sin verla y ella me cogió silenciosamente la mano.

5 de mayo. Nada, un dolor de cabeza leve y sordo. Por la tarde, en el Parque Chotek, leí a Strindberg, que me alimenta.

La muchacha de ojos negros, piernas largas, piel amarillenta, pueril, alegre, atrevida y vivaz. Ve a una amiguita que lleva el sombrero en la mano. "¿Tienes dos cabezas?" La amiga entiende inmediatamente la broma, en sí bastante pobre, pero vivaz a través de la voz y de toda la diminuta personita que simboliza. Riendo, se lo cuenta a otra amiga, a quien encuentra unos pasos más allá: "¡Me preguntó si tenía dos cabezas!"

Esta mañana me encontré con la señorita R.[101] Realmente, un abismo de fealdad; un hombre no podría nunca cambiar tanto. Cuerpo sin gracia, flojo como si todavía estuviera durmiendo; la vieja chaqueta que ya le conozco; lo que lleva bajo la chaqueta, es tan irreconocible como sospechoso; tal vez sólo sea la camisa; al parecer, también le resulta desagradable que la encuentren en ese estado, pero hace justamente lo que no debería hacer: en vez de ocultar el motivo de su vergüenza, se mete con aire culpable la mano en el escote de la chaqueta, y trata de acomodársela. Abundante vello en el labio superior, pero sólo en un lugar; exquisita impresión de fealdad. A pesar de todo, me gusta bastante, aun dentro de su indudable fealdad; además, la belleza de su sonrisa no ha cambiado, pero la belleza de sus ojos ha sufrido las consecuencias del deterioro general. Por lo demás, un mundo nos separa; es evidente que no la entiendo, ella en cambio se satisface con la primera impresión superficial que le suscito. Con toda inocencia, me pidió una tarjeta de racionamiento de pan.

Por la noche leí un capítulo de *Los Nuevos Cristianos.*[102]

El anciano padre y su hija madura. Él es razonable; barba en punta, un poco encorvado; un bastoncito detrás de la espalda. Ella, nariz ancha, mandíbula prominente, cara redonda pero con hinchazones, gira torpemente sobre sus anchas caderas. "Dicen que me veo muy mal. Pero yo me veo muy bien."

14 de mayo. Perdí toda regularidad en mi labor literaria. Salí mucho. Paseo con la señorita St. a Troja, con la señorita R., su hermana, Felix, su mujer y Ottla a Dobrichowitz, Castalice. Como en un aparato de tortura. Hoy, misa en la Teingasse, luego en la Tuchmachergasse, luego reparto de comida a los pobres. Leí viejos capítulos de *El Fogonero.* Un vigor que hoy me parece inalcanzable (que ya *es* inalcanzable). Temores de quedar inutilizado por la debilidad cardíaca.

27 de mayo. Excesiva desdicha en la última anotación. Me vengo abajo. Venirse abajo tan insensata e innecesariamente.

13 de setiembre. Víspera del cumpleaños de mi padre; cuaderno nuevo. No es tan necesario como antes; no tengo que intranquilizarme, ya estoy bastante intranquilo; pero con qué fin, cuándo se cumplirá, cómo puede un corazón, un corazón no muy sano, soportar tanta intranquilidad y tanto deseo que sin cesar me tironea.

¡Qué distracción, qué memoria tan débil, qué estupidez!

14 de setiembre. Con Max y con Langer[103], el sábado, en casa del rabí milagroso. Zizkov, la calle Harantova. Numerosas criaturas en la acera y en las escaleras. Una posada. Arriba, completamente oscuro; subimos algunos escalones, tanteando con las manos extendidas. Una habitación con una pálida luz crepuscular, paredes blanco-grisáceas; algunas mujercitas y muchachas, pañuelos blancos en la cabeza, caras pálidas, pequeños movimientos. Impresión de anemia. El cuarto contiguo. Todo negro, lleno de hombres y jóvenes. Plegarias en voz alta. Nos acurrucamos en un rincón. Apenas habíamos mirado un poco en torno, se termina la plegaria, el cuarto se vacía. Una habitación en la esquina, ventanas en las dos paredes, una en cada una. Nos empujan hacia una mesa, a la derecha del rabí. Tratamos de mante-

nernos apartados. "Pero ustedes también son judíos." La naturaleza del rabí es esencialmente paternal. "Todos los rabinos parecen salvajes", dijo Langer. Este rabí, con un caftán de seda; debajo se ven los pantalones. Pelos en el dorso de la nariz. Una gorra de piel, que echa todo el tiempo hacia atrás o hacia adelante. Sucio y puro, característica de las personas que piensan intensamente. Se rasca la barba, se limpia las narices sin pañuelo, con los dedos, tirando los mocos al suelo; pero cuando deja un momento la mano en reposo sobre la mesa, se ve la blancura de la piel, una blancura que uno sólo cree haber visto en representaciones de la infancia. Por otra parte, en esa época también nuestros padres eran puros.

16 de setiembre. Aspecto de los judíos polacos que van al Kol-Nidre. El niñito, con los lienzos oratorios bajo ambos brazos, corre junto a su padre. Es un suicidio no ir al Templo.

Abrí la Biblia. Los jueces injustos. Descubro allí mi misma opinión, o por lo menos la opinión que hasta ahora creo haber descubierto en mí. Pero en lo demás, no tiene mayor sentido; en estas cosas nunca me sentiré visiblemente orientado, las hojas de la Biblia no aletean ante mí.

El lugar más rendidor para una puñalada parece ser entre el cuello y la barbilla. Uno levanta la barbilla e introduce el cuchillo entre los músculos tensos. Pero es probable que este lugar sólo sea en la imaginación el más conveniente. Uno espera ver surgir un magnífico chorro de sangre y un entrelazamiento de tendones y huesitos como los de las patas de los pavos asados.

Leí *Förster Fleck en Rusia.* Retorno de Napoleón del campo de batalla de Borodino. El claustro. Voló por los aires.

28 de setiembre. Ociosidad total. Memorias del General Marcellin de Marbot, y *Los Padecimientos de los Alemanes en 1812*, de Holzhausen.

Insensatez en las quejas. Como respuesta, punzadas en la cabeza.

Un niñito reposaba en la bañera. Era la primera vez que se bañaba, como siempre había deseado, sin ayuda de la madre ni de la criada. Obedeciendo las órdenes de la madre, que de vez en cuando le gritaba algo desde el cuarto contiguo, se había pasado varias veces, rápidamente, la esponja por el cuerpo; luego se había

recostado, y gozaba de la inmovilidad en el agua caliente. La llama del gas zumbaba monótonamente, y en la estufa crepitaba el fuego muriente. Hacía rato que no se oía nada en el cuarto contiguo, tal vez la madre se había ido.

¿Por qué es insensato preguntar? Quejarse significa formular preguntas y esperar una respuesta. Pero las preguntas que no se contestan instantáneamente a sí mismas, no admiten jamás contestación. Hay poca distancia entre el que pregunta y el que contesta. No hay que vencer distancias. Por eso es insensato preguntar y esperar.

29 de setiembre. Diversas resoluciones nebulosas. En eso soy diestro. Por casualidad, vi un cuadro en la Ferdinandstrasse que tenía cierta relación con esto. Un mal bosquejo de un fresco. Debajo, un proverbio checo, algo como: "Deslumbrado, dejas la copa por la muchacha, pero pronto volverás escarmentado."

Dormí mal, miserablemente; por la mañana me martirizó el dolor de cabeza, pero durante el día mejoré.

Muchos sueños. Aparición de una combinación del director Marschner y el criado Pimisker. Mejillas rojas y firmes, barba negra aceitosa, el mismo cabello abundante y rebelde.

Antes yo pensaba: Nada podrá destruirte esa cabeza dura, clara, realmente vacía, nunca cerrarás inconsciente o angustiado los ojos, ni arrugarás la frente, ni temblarán tus manos, nunca podrás hacer otra cosa más que simularlo.

¿Cómo pudo decir Fortinbras que Hamlet se había conducido principescamente?

Esta tarde no pude contener el deseo de leer lo que había escrito ayer, de leer "la porquería del día anterior", aunque no me hizo ningún daño.

30 de setiembre. Establecí que Felix no había molestado a Max. Luego, a casa de Felix.

Rossmann y K., el inocente y el culpable, ambos finalmente ajusticiados, sin distinción, el inocente con menos severidad, más puesto de lado que abatido.[104]

1º de octubre. Tercer volumen de las memorias del general Marcellin de Marbot. Polotsk - Beresina - Leipzig - Waterloo.[105]

6 de octubre. Distintas formas de nerviosidad. Creo que los ruidos ya no pueden molestarme. Sin embargo, no trabajo nada. Por supuesto, cuanto más profundamente se cava uno su tumba, tanto mayor es el silencio, cuanto menos temeroso se vuelve uno, tanto mayor es el silencio.

Relatos de Langer:

Hay que obedecer más a un Zaddik que a Dios. Baalschem dijo una vez a su alumno preferido que debía hacerse bautizar. Se hizo bautizar, llegó a gozar de gran estima, fué obispo. Entonces Baalschem lo llamó y le dió permiso para reingresar en el judaísmo. Nuevamente obedeció, y cumplió grandes penitencias por su pecado. Baalschem le explicó así su orden: a causa de sus cualidades excepcionales, el alumno era muy perseguido por los malos espíritus, y el bautismo no tenía otro propósito que alejar a esos malos espíritus. Baalschem arrojó personalmente al discípulo en medio del mal, el alumno dió semejante paso cumpliendo una orden, no por maldad, y los malos espíritus decidieron que ya no podían hacer más nada con él.

Cada cien años aparece un Zaddik supremo, un Zaddik Hador. No es necesario que sea conocido, no tiene por qué ser un rabí milagroso, y sin embargo es supremo. Baalschem no era el Zaddik Hador de su tiempo, más bien lo era un comerciante desconocido de Drohobycz. Éste supo que Baalschem, como solían hacer los otros Zaddik, inscribía amuletos, y sospechó que fuera un sicario de Sabbatai Zwi, y que escribiera el nombre de éste en los amuletos. Por lo tanto, sin conocerlo personalmente, le quitó desde lejos el poder de conceder amuletos. Baalschem advirtió inmediatamente la impotencia de sus amuletos —aunque lo único que había escrito jamás en ellos era su propio nombre—, y después de cierto tiempo descubrió también que el hombre de Drohobycz era el causante. Una vez que el de Drohobycz fué a la ciudad de Baalschem —era un lunes—, Baalschem lo hizo dormir un día entero, sin que se diera cuenta; en consecuencia, el de Drohobycz siguió

viviendo un día atrasado. La noche del viernes —él creía que era jueves— quiso viajar de vuelta a su casa, para pasar en ella el día santo. En ese momento vió la gente que iba al Templo, y descubrió su error. Decidió quedarse donde estaba, y se hizo conducir ante la presencia de Baalschem. Éste había ordenado a su mujer, por la tarde, que preparara una cena para treinta personas. Cuando llegó el de Drohobycz, inmediatamente después de las plegarias se sentó a la mesa y se comió en un momento toda la comida que había para las treinta personas. Pero no estaba satisfecho, y quiso seguir comiendo. Baalschem dijo: "Yo esperaba un ángel del primer círculo, pero no estaba preparado para uno del segundo." Hizo entonces traer todo lo que había en la casa para comer, pero tampoco alcanzó.

Baalschem no era Zaddik Hador, pero era más importante todavía. Lo demuestra el mismo Zaddik Hador. En efecto, éste llegó una noche a una aldea donde vivía la futura esposa de Baalschem, todavía soltera. Se hospedó en casa de los padres de la muchacha. Antes de irse a dormir a la guardilla, pidió una lumbre, pero no había ninguna en la casa. Por lo tanto, subió sin luz; pero más tarde, cuando la muchacha miró desde el patio, vió que la guardilla estaba iluminada como un salón de fiesta. Entonces comprendió que era un huésped extraordinario, y le pidió que la aceptara como esposa. Se atrevía a pedírselo, porque el hecho de haber reconocido a su huésped ya le revelaba que estaba destinada a grandes cosas. Pero el Zaddik Hador le dijo: "Estás destinada a algo más elevado todavía que yo." Esto prueba que Baalschem era más importante que un Zaddik Hador.

7 de octubre. Ayer, largo rato con la señorita R. en el vestíbulo del hotel. Dormí mal, dolores de cabeza.

Rengueando, aterroricé en Gerti[106]; espanto del patituerto.

Ayer, en la Niklasstrasse, un caballo caído, con la rodilla ensangrentada. Desvié la mirada, y sin poder dominarme hice unas muecas en pleno día.

Problema insoluble: ¿Estoy roto? ¿Estoy en decadencia? Casi todo parece afirmarlo (frialdad, apatía, estado nervioso, distracción, incompetencia en la oficina, dolores de cabeza, insomnio), la esperanza es casi lo único que lo niega.

3 de noviembre. Salí bastante en los últimos días; menos dolores de cabeza. Paseo con la señorita R. Fuí con ella a ver *Él y su hermana*, interpretado por Girardi. (¿Tiene usted talento? Permítame intervenir, y contestar por usted: ¡Oh sí, oh sí!) En el salón de lectura municipal. Vi la bandera, en casa de sus padres.

Las dos maravillosas hermanas, Esther y Tilka, como el contraste de una luz encendida y una luz apagada. Sobre todo Tilka es hermosa; tez morena, cetrina, pestañas curvas, largas; profundamente asiática. Ambas llevan chales sobre los hombros. De estatura mediana, más bien baja, y sin embargo parecen erguidas y altas como diosas, una sobre el brazo redondeado del sofá, Tilka en un rincón, en algún asiento indiscernible, tal vez una caja. Semidormido, prolongada aparición de Esther, que mordía un nudo de una cuerda con la pasión que me parece sentir por todo lo espiritual, y se balanceaba enérgicamente en el vacío como el badajo de una campana (recuerdo de un aviso cinematográfico).

Las dos L. La maestrita demoníaca, que también vi en sueños; cómo subía y bajaba volando en una danza furiosa, una especie de danza cosaca pero flotante, sobre un piso de ladrillos pardo oscuro, ligeramente inclinado, rugoso, bajo la luz crepuscular.

4 de noviembre. Recuerdo un rincón de Brescia; sobre un pavimento semejante, pero a la luz del día, repartía *soldi* a los niños. Recuerdo una iglesia de Verona, donde entré de mala gana, totalmente solo, movido solamente por el leve impulso que parece obligar al turista, y el poderoso impulso que mueve a alguien devorado por la futilidad; vi un enano de tamaño desmesurado, encorvado bajo una pila de agua bendita, di algunas vueltas, me senté, y volví a salir con el mismo desgano, como si al lado me esperara una iglesia exactamente igual a ésta.

Hace un rato, en la Estación Central, partida de los judíos. Los dos hombres que llevaban una bolsa. El padre, que cargaba a sus numerosos hijos, hasta el más pequeño, con todas sus cosas, para subir más pronto a la plataforma. La mujer sentada en un baúl, joven, ya deformada, sana, fuerte, con una criatura de pecho, rodeada por sus conocidos que conversaban animadamente.

5 de noviembre. Estado de agitación durante la tarde. Empezó con la consideración de la cantidad de bonos de guerra que me convenía comprar, y si me convenía comprarlos. Dos veces fuí a la oficina para dar la orden pertinente, y dos veces volví a casa sin

entrar. Calculé febrilmente los intereses. Luego pedí a mi madre que comprara mil coronas, luego aumenté la cantidad a dos mil coronas. Salió a relucir que yo no sabía absolutamente nada de una inversión de más o menos tres mil coronas a mi nombre; casi no me conmovió saberlo. Sólo me preocupaba la inversión en bonos de guerra, y esta preocupación no cesó ni aun después de un paseo de media hora por las calles más agitadas. Me sentía directamente mezclado en la guerra; sopesaba en general las perspectivas financieras, por lo menos dentro de lo que mis conocimientos me permitían, aumentaba y disminuía los intereses que algún día me corresponderían. Pero poco a poco la agitación se transformó, empecé a pensar más y más en escribir, me sentía en condiciones de hacerlo, sólo deseaba una oportunidad favorable; consideré qué noches podría dedicar a la literatura en los días subsiguientes, crucé corriendo el puente de piedra, con un dolor en el corazón; sentí la desdicha que tan a menudo he sentido, un fuego que me consumía y que no podía abrirse paso hacia afuera, inventé para expresarme y para calmarme la frase "Amiguito, desbórdate", la canté incesantemente al compás de una melodía especial, mientras apretaba y aflojaba sin interrupción el pañuelo en mi bolsillo, como una gaita.

6 de noviembre. Aspecto de los movimientos formiculares del público frente a las trincheras y dentro de ellas.[107]

En casa de la madre de Oskar Pollak.[108] Excelente impresión que me causó su hermana. De paso, ¿hay alguien ante quien no me incline? Por ejemplo en el caso de Grünberg [109], que en mi opinión es una persona muy notable y casi universalmente despreciada por motivos que no comprendo: Si de algún modo me dieran a elegir entre su muerte y la mía (en cuanto a él es muy probable, porque parece que padece de una tuberculosis muy avanzada), y que sólo dependiera de mi decisión cuál de los dos debe morir, la pregunta me parecería ridícula, siempre desde el punto de vista exterior y teórico, ya que es evidente que debería subsistir Grünberg, más valioso que yo. También Grünberg estaría de acuerdo conmigo. Pero en el último momento de desesperación, como tantas otras veces, yo inventaría pruebas a mi favor, argumentos que en otras circunstancias me habrían hecho vomitar por su grosería, su pobreza y su falsedad. Sin embargo, debo estar pasando ahora por esos últimos momentos, aunque nadie me obliga a elegir; son esos momentos en que trato de hacer a un lado todas las influencias perturbadoras y exteriores para estudiarme mejor.

19 de noviembre. Días que trascurren inútilmente, fuerzas que se disipan esperando; y a pesar de toda esa ociosidad, los palpitantes, penetrantes dolores de cabeza.

Carta de Werfel. Respuesta.

En casa de la señora M.-T., mi incapacidad de defensa ante cualquier cosa. Maliciosas observaciones en casa de Max. A la mañana siguiente, repugnancia al recordarlas.[110]

Con la señorita F. R. y Esther.

En la sinagoga de Altneu, durante los oficios de Mischna. Volví a casa con el doctor Jeiteles.[111] Gran interés en algunos temas de controversia.

Doloroso fastidio provocado por el frío, provocado por todo. Ahora, a las nueve y media de la noche, alguien, en el cuarto contiguo, clava un clavo en la pared medianera.

21 de noviembre. Completa inutilidad. Domingo. Esta noche, insólito insomnio. Me quedé en cama hasta las once y cuarto, al sol. Paseo. Almuerzo. Leí el periódico, hojeé viejos catálogos. Paseo por la Hybernergasse, el Parque Municipal, la Wenzelsplatz, la Ferdinandstrasse, luego hacia Podol. Laboriosamente prolongado hasta las dos horas. De vez en cuando, sentía fuertes dolores de cabeza, en cierto momento parecía fuego. Cené. Ahora en casa. ¿Quién podría contemplar desde lo alto todo esto, desde el principio hasta el fin, con los ojos abiertos?

25 de diciembre. Abrí el diario con el propósito definido de facilitarme el sueño. Pero ahora veo justamente la anotación que por casualidad es la última, y advierto que podría imaginar mil anotaciones de idéntico contenido perfectamente adecuadas al transcurso de los últimos tres o cuatro años. Me desgasto insensatamente, sería feliz si pudiera escribir, pero no escribo. Ya no consigo librarme del dolor de cabeza. Realmente, me he asolado a mí mismo.

Ayer hablé francamente con mi jefe; gracias a la decisión de hablarle, y al voto de no echarme atrás, conseguí después de todo dos inquietas horas de sueño la noche anterior. Presenté a mi jefe cuatro posibilidades: 1. Dejar que las cosas sigan como durante esta última semana de incomparable martirio, y terminar con una fiebre cerebral, la locura, o de cualquier otro modo; 2. Tomarme una licencia, lo que no quiero, por una especie de sentimiento del deber; de todos modos no me serviría de nada; 3. Renunciar, lo que por ahora es imposible a causa de mis padres y de la fábrica. 4. Sólo me resta el servicio militar. Respuesta: Una semana de licencia y un tratamiento hematógeno que el jefe me propone intentar con él. Es probable que también él esté gravemente enfermo. Si yo me fuera, la sección quedaría desierta.

Alivio de haber hablado francamente. Por primera vez provoqué casi una conmoción oficial de la atmósfera del Instituto con la palabra "Renuncia".

Sin embargo, hoy casi no dormí.

Siempre esta suprema angustia: ¡Si me hubiera ido en 1912, en plena posesión de todas mis fuerzas, con la cabeza despejada, no roído por esta tensión de contener mis fuerzas vitales!

Con Langer: Sólo podrá leer el libro de Max dentro de trece días. Podría haberlo leído el día de Navidad, ya que de acuerdo a una vieja tradición uno no puede leer la Tora el día de Navidad, pero este año Navidad cayó en sábado. Dentro de trece días es la Navidad rusa, y entonces lo leerá. Según una tradición medieval, uno no puede ocuparse de buena literatura o de otros conocimientos mundanos hasta los setenta años, según opiniones más moderadas hasta los cuarenta. La medicina era la única ciencia cuyo interés era permitido. Hoy, ni siquiera ella, ya que ahora está demasiado ligada con las demás ciencias. No está permitido pensar en la Tora en la letrina; y por lo tanto, pueden leerse allí libros mundanos. Un señor muy religioso de Praga, un tal K., conocía muchas ciencias mundanas, las había estudiado en la letrina.

1916

19 de abril. Quiso abrir la puerta que daba al pasillo, pero ésta se resistió. Miró hacia arriba y hacia abajo, pero no pudo descubrir el obstáculo. Por otra parte, la puerta no estaba cerrada con llave; la llave estaba colocada en la cerradura; si alguien hubiera tratado de cerrar desde afuera, la llave se habría caído. Y además, ¿quién hubiera querido cerrarla? Empujó con la rodilla; el vidrio opaco vibró, pero la puerta no se movió. ¡Qué raro!
Volvió al interior del cuarto; salió al balcón y miró hacia abajo, hacia la calle. Pero sin interesarse ni un instante en la vida habitual de la tarde, que allí abajo seguía su curso, volvió hacia la puerta e intentó nuevamente abrirla. Pero ahora ni siquiera fué un intento, la puerta se abrió inmediatamente, sin que la empujaran, ya que la misma corriente de aire que entraba por el balcón la abrió; sin esfuerzo, como una criatura a quien se le hace tocar jugando la falleba de la puerta, que en realidad ya le ha abierto una persona mayor, salió al pasillo.

Tendré tres semanas para mí solo. ¿Puedo acaso decir que me tratan mal?

Hace poco soñé: Vivíamos frente al Graben, cerca del Café Continental. Por la Herrengasse apareció un regimiento, que se dirigía a la estación Central. Mi padre: "Esto es algo que no hay que dejar de ver"; se trepa (con la bata parda de Felix; toda su figura era una mezcla de ambos) a la ventana, y se tiende con los brazos abiertos sobre el alféizar de la misma, muy ancho y muy empinado. Yo lo sostengo por los dos orificios por donde pasa el cordón de la bata. Malignamente, se asoma más aún, yo hago un esfuerzo supremo para sostenerlo. Pienso que sería conveniente atarme los pies con una soga en algo firme, para que mi padre no me arrastre. Pero para llevarlo a la práctica, tendría que soltar a mi padre por lo menos un momento, y esto es imposible. El sueño —es-

pecialmente mi sueño— no soporta semejante tensión, y me despierto.

20 de abril. La encargada se acercó por el corredor, con una carta. El hombre escrutó la cara de la anciana, mientras abría la carta. Luego leyó: "Estimado señor. Desde hace algunos días usted vive frente a mi casa. Me ha llamado mucho la atención su gran parecido con un antiguo y excelente amigo mío. Concédame el honor de visitarme esta tarde. Saludos, Louise Halka."

—Muy bien —dijo, tanto a la encargada, que seguía frente a él, como a la carta.

Era una excelente oportunidad para entablar una relación que quizá le fuera útil, en esta ciudad donde era un perfecto forastero.

—¿Conoce usted a la señora Halka? —le preguntó la encargada, mientras él cogía su sombrero.

—No —contestó él, inquisitivamente.

—La muchacha que trajo la carta es su criada —dijo la mujer, como disculpándose.

—Puede ser —dijo él, molesto por su interés, y trató de salir rápidamente de la casa.

—Es una viuda —logró soplarle sin embargo la encargada desde el umbral.

Un sueño: Dos grupos de hombres luchaban entre sí. Mi grupo había capturado a un enemigo, un hombre desnudo y gigantesco. Lo aferrábamos entre cinco, uno por la cabeza, y uno por cada brazo y cada pierna. Por desgracia, no teníamos cuchillo y no podíamos herirlo; nos preguntamos rápidamente si no habría ningún cuchillo; nadie tenía. Como por algún motivo desconocido no podíamos perder tiempo, y allí cerca había un horno, cuya tapa de hierro fundido, insólitamente grande, estaba al rojo, arrastramos al hombre hasta él, le acercamos un pie a la tapa del horno, hasta que empezó a echar humo, luego lo retiramos, hasta que cesó de humear, para volver a acercarlo inmediatamente. Así seguimos, monótonamente, hasta que me desperté, no sólo cubierto de sudor helado, sino también castañeteando los dientes.

Hans y Amalia, los dos hijos del carnicero, jugaban con bolitas junto a la pared del depósito, un edificio de piedra, viejo, vasto y semejante a una fortaleza, que se extendía a lo largo de un extenso trecho de la orilla del río, con sus dos hileras de ventanas sólidamente enrejadas. Hans apuntaba con cuidado, estudiando la bolita, la dirección y el agujero antes de lanzar el tiro; Amalia estaba

sentada junto al agujero, y golpeaba impacientemente el suelo con su puñito. De pronto, ambos abandonaron el juego, se levantaron lentamente y miraron hacia la ventana contigua del depósito. Se oía un ruido, como si alguien tratara de limpiar uno de los pequeños vidrios oscuros y opacos que constituían la ventana; pero la tentativa no tuvo éxito, y de pronto el vidrio se rompió; apareció una cara delgada, que sonreía aparentemente sin motivo, imprecisa detrás del pequeño rombo; parecía ser un hombre, que les dijo:

—Venid, niños, venid. ¿Habéis visto alguna vez un depósito?

Los niños menearon la cabeza; Amalia miró ruborizada al hombre, Hans se volvió para ver si había gente en las cercanías, pero sólo vió a un hombre que, sin interesarse en nada, empujaba encorvado una carretilla muy cargada a lo largo de la baranda del malecón.

—Entonces, les aseguro que se asombrarán —dijo el hombre, muy ansiosamente, como si su ansiedad le permitiera vencer la poco propicia circunstancia de encontrarse separado de los niños por la pared, la reja y la ventana—. Venid de una vez. Ya se hace tarde.

—¿Cómo haremos para entrar? —dijo Amalia.

—Os mostraré la puerta —dijo el hombre—. No tenéis más que seguirme, hacia la derecha; iré golpeando en cada ventana.

Amalia asintió con la cabeza, y corrió hacia la ventana contigua. En efecto, el hombre golpeó en el vidrio; lo mismo hizo en todas las ventanas siguientes. Pero aunque Amalia obedecía al desconocido, y corría detrás de él sin pensar, como se corre detrás de un aro de madera, Hans sólo los seguía lentamente. No se sentía muy tranquilo; evidentemente, debía de ser muy interesante visitar el depósito, lo que no se le había ocurrido nunca, pero la invitación de un desconocido cualquiera no constituía una prueba de que fuera realmente permitido entrar. Esto era más bien improbable; porque si hubiera sido permitido, seguramente su padre ya lo habría llevado, puesto que no sólo vivía bastante cerca de allí, sino que además conocía a toda la gente del barrio, hasta una distancia considerable, y todos lo saludaban y lo trataban con respeto. Y entonces Hans pensó que también el desconocido podría haberlo hecho; corrió hacia Amalia para confirmarlo, y la alcanzó cuando ésta de un lado y el hombre del otro se detenían junto a una puertita de hierro galvanizado, al nivel del suelo. Parecía la puerta de un gran horno. Nuevamente, el hombre rompió un vidrio de la última ventana, y dijo:

—Aquí está la puerta. Esperad un momento, abriré las puertas interiores.

—¿Conoce usted a mi padre? —preguntó inmediatamente Hans; pero la cara ya había desaparecido, y la pregunta de Hans quedó sin respuesta.

Oyeron el ruido de las puertas interiores que se abrían. Al principio apenas se oía el chirrido de la llave, pero luego el rumor fué creciendo, puerta tras puerta, a medida que se acercaba al exterior. El espeso muro parecía estar lleno de puertas numerosas y muy próximas entre sí. Finalmente, se abrió la última, hacia adentro; los niños se acostaron en el suelo, para mirar hacia el interior, y la cara del hombre apareció en la penumbra.

—Las puertas ya están abiertas; por lo tanto, ¡entrad! Pero ¡rápido, rápido!

Con el brazo empujó las hojas de las numerosas puertas contra la pared.

Amalia, mientras esperaba, había recapacitado un poco; se escondió detrás de Hans, sin decidirse a entrar, pero empujándolo hacia adelante, porque tenía muchos deseos de visitar el depósito. Hans estaba frente a la abertura, sentía el hálito frío que emanaba del interior, y no quería entrar; no quería entrar con ese desconocido, no quería atravesar todas esas puertas, que podían cerrarse detrás de él, no quería entrar en ese edificio viejo, inmenso y helado. Echado frente a la abertura, preguntó:

—¿Conoce usted a nuestro padre?

—No —contestó el hombre—; pero venid de una vez, no puedo dejar las puertas abiertas tanto tiempo.

—No conoce a nuestro padre —dijo Hans a Amalia, y se puso de pie; se sentía aliviado, ahora era indudable que no entraría.

—Pero sí, lo conozco —dijo el hombre, y asomó un poco más la cabeza por la abertura—, por supuesto, lo conozco; es el carnicero, el carnicero alto, junto al puente; yo mismo le compro carne a veces, ¿o creéis acaso que os permitiría entrar en el depósito si no conociera a vuestra familia?

—Entonces, ¿por qué dijiste antes que no lo conocías? —preguntó Hans.

Con las manos en los bolsillos, ya se había alejado bastante del depósito.

—Porque no siento ningún deseo de mantener conversaciones prolongadas en esta posición. Entrad primero, luego hablaremos todo lo que queráis. Además, pequeño, no tienes por qué entrar; nada de eso; preferiría que te quedaras afuera, con tu mala educación. En cambio tu hermana, que es más razonable, entrará y será bienvenida.

Y tendió la mano hacia Amalia.

—Hans —dijo Amalia, mientras tendía a su vez la mano hacia el desconocido, aunque sin cogerla todavía—, ¿por qué no quieres entrar?

Hans, que después de esta última observación del individuo no sabía cómo explicar su repugnancia, dijo en voz baja a Amalia:

—¡Silba tanto!

Y en efecto, el desconocido silbaba no sólo al hablar, sino también cuando callaba.

—¿Por qué silbas? —preguntó Amalia, que quería interceder entre Hans y el desconocido.

—A ti, Amalia, te contesto —dijo el hombre—. Me cuesta respirar, porque siempre he vivido en este depósito tan húmedo; también a vosotros os convendría no quedaros demasiado aquí adentro; pero por un ratito es extraordinariamente interesante.

—Yo voy —dijo Amalia, y sonrió, completamente seducida—; pero —prosiguió más lentamente— Hans tiene que acompañarme.

—Naturalmente —dijo el hombre; asomó rápidamente el busto, cogió por las manos a Hans (que se había quedado perfectamente atónito), derribándolo de inmediato, y arrastrándolo con todas sus fuerzas hacia el agujero.

—Por aquí se entra, mi querido Hans —dijo el hombre al niño, que se debatía y gritaba, arrastrándolo cada vez más adentro, sin advertir que una de las mangas de la chaqueta de Hans se hacía jirones contra los cantos aguzados de las puertas.

—¡Mali! —gritó de pronto Hans, cuyos pies ya desaparecían en el agujero, tan rápido se lo llevaban a pesar de su resistencia— ¡Mali, llama a papá, llama a papá, ya no puedo volver, me tira tan fuerte!

Pero Mali, totalmente desconcertada por el rudo ataque del desconocido, y sintiéndose además un poco culpable, ya que en cierto modo había provocado ese acto criminal, y también después de todo bastante intrigada, tal como se había sentido desde el primer momento, no escapó corriendo, y en cambio se aferró a los pies de Hans... [Se interrumpe.]

Naturalmente, pronto se supo que el rabí trabajaba en una figura de arcilla. Su casa (las puertas de cuyas habitaciones estaban siempre abiertas de noche y de día) no contenía nada cuya presencia no fuera inmediatamente advertida por todos. En todo momento

había discípulos o vecinos o desconocidos que subían y bajaban por las escaleras, miraban dentro de las habitaciones y entraban donde se les ocurría, cuando no se encontraban con el rabí en persona. Y una vez hallaron en una batea un gran trozo de arcilla rojiza.

Tan mal se habían acostumbrado por la libertad que el rabí permitía a todo el mundo en su casa, que no titubearon en tocar la arcilla. Era dura, apenas manchaba un poco el dedo cuando uno la oprimía fuertemente; su gusto —también tuvieron que pasarle la lengua los curiosos— era amargo. Para qué el rabí guardaba eso en la batea, nadie lo comprendía.

Amargo, amargo, ésa es la palabra más importante. ¿Cómo pretendo construir un cuento que entusiasme, soldando fragmentos rotos?

Un humo tenue y blancogrisáceo fluía liviana e incesantemente por la chimenea.

Con las mangas recogidas, como una lavandera, el rabí se encontraba frente a la batea, amasando la arcilla, que ya empezaba a adquirir la forma grosera de un ser humano. Aun cuando trabajaba en un detalle pequeño (por ejemplo el nudillo de un dedo) el rabí conservaba ante los ojos la imagen entera. Y aunque la figura ya comenzaba a parecer una figura humana, el rabí se portaba como un loco; constantemente echaba hacia adelante la mandíbula inferior; sin cesar se pasaba un labio sobre el otro; y cuando se mojaba las manos en un cubo de agua que tenía al lado, las metía tan violentamente, que el agua salpicaba el cielo raso del desnudo sótano.

11 de mayo. Así que por fin entregué la carta al director. Anteayer. En ella solicitaba una licencia prolongada —suponiendo que la guerra termine este otoño—, después del armisticio (por supuesto sin sueldo), o —suponiendo que la guerra continúe— suspensión de mi exención militar. Esto era una perfecta mentira. Habría sido media mentira solamente si hubiera solicitado inmediatamente una licencia prolongada, y renunciado si no me la concedían. Verdad habría sido renunciar. No me atreví a encarar ninguna de las dos posibilidades; por lo tanto, mentira completa.

Discusión inútil de hoy. El director cree que quiero obligarlos por extorsión a darme las tres semanas de licencia habituales, que

en mi condición de exceptuado del servicio militar no me corresponden, y por lo tanto me las ofrece inmediatamente; afirma que ya estaba decidido a concedérmelas antes de recibir la carta. Del ejército no dice absolutamente nada, como si la carta no lo mencionara. Cuando lo menciono, no me oye. Creo que la idea de una licencia prolongada sin goce de sueldo le parece francamente cómica, por lo menos la menciona cautelosamente en ese tono. Me insta a que acepte en seguida las tres semanas de licencia. De vez en cuando aprovecha la situación para hacerme insinuaciones de psiquiatra lego, como todo el mundo. Después de todo, no tengo las responsabilidades que tiene él, su cargo realmente enfermaría a cualquiera. Y además, todo lo que tuvo que trabajar antes, cuando preparaba sus exámenes de abogado y al mismo tiempo prestaba servicios en el Instituto. Durante nueve meses trabajó once horas por día. Y luego, una diferencia fundamental. ¿Acaso sentí alguna vez el temor de perder mi empleo? Pero él sí lo sentía. Tenía enemigos en el Instituto, que habrían hecho lo indecible para cortarle de ese modo sus medios de subsistencia, y dejarlo en la calle.

Es muy notable que no dice ni una palabra de mi labor literaria.

Demuestro debilidad, aunque comprendo que para mí es un asunto de vida o muerte. Pero insisto en que quiero enrolarme en el ejército y que tres semanas no me bastan. Entonces decide no continuar la discusión por ahora. ¡Si por lo menos no fuera tan amable y no demostrara tanto interés!

Insistiré en esto: Quiero enrolarme en el ejército, cediendo a un deseo contenido durante estos dos años; por diferentes consideraciones, que no me conciernen personalmente, preferiría que me concedieran una licencia prolongada. Pero esto es probablemente imposible, tanto desde el punto de vista militar como desde el punto de vista del Instituto. Al decir licencia prolongada me refiero —el empleado se avergüenza, pero no el enfermo— a medio año o a un año entero. No quiero que me paguen el sueldo, porque no se trata de una enfermedad orgánica, que pueda ser establecida sin lugar a dudas.

Todo esto es una continuación de la mentira, pero si soy consecuente, el resultado se aproximará a la verdad.

2 de junio. ¡Cuántas complicaciones con muchachas, a pesar de todos mis dolores de cabeza, el insomnio, las canas, la desesperación! Las contaré: desde el verano ya van por lo menos seis. No puedo resistir, no ceder al deseo de admirar a todas las que son dignas

de admiración, y amarlas hasta agotar esa admiración; sería para mí como arrancarme la lengua de la boca. Con respecto a las seis, mi culpa es casi puramente interior; pero una me hizo llegar sus reproches a través de otra persona.

De *Las trasformaciones de la idea de Dios*, por N. Söderblom, arzobispo de Upsala; bastante científico, sin intereses personales o religiosos:

Divinidad primordial de los Mesai: cómo hizo bajar del cielo, mediante una correa de cuero, los primeros animales para la primera tribu.

La divinidad primordial de algunas tribus australianas: llegó del oeste, era un poderoso curandero; creó a los hombres, los animales, los árboles, los ríos, las montañas; instituyó las ceremonias sagradas y determinó en qué clanes podían elegir esposa los miembros de cada clan. Cuando terminó, se fué. Los curanderos pueden subir hasta él trepándose a un árbol o a una cuerda, y hacerse trasmitir su poder.

Entre otras tribus: durante sus peregrinajes de creación ejecutaron por primera vez, aquí y allá, las danzas y los ritos sagrados.

Entre otros: en los primeros tiempos, los hombres crearon mediante sus ceremonias los animales totémicos. Así surgió de los ritos sagrados el objeto mismo de los ritos.

Los Bimbiga, que viven cerca de la costa, hablan de dos hombres cuyos peregrinajes crearon en los primeros tiempos los manantiales, las selvas y las ceremonias.

19 de junio. Olvidar todo. Abrir las ventanas. Vaciar el cuarto. El viento lo atraviesa. Sólo se ve el vacío, uno se busca en todos los rincones y no se encuentra.

Con Ottla. Fuí a buscarla a casa de la profesora de inglés. Por la orilla del río, el puente de piedra, parte de la Kleinseite, el puente Nuevo, hasta casa. Entusiasmo provocado por las estatuas de santos del Karlsbrücke. La extraordinaria luz crepuscular del verano, junto al vacío nocturno del puente.

Mi alegría por la liberación de Max. Lo creía posible pero ahora veo en cambio la realidad. Para mí, sin embargo, nada, como siempre.

Y oyeron la voz de Dios nuestro Señor, que se paseaba por el huerto, a la hora del fresco.

Calma de Adán y Eva.

Y Dios nuestro Señor hizo vestiduras de pieles para Adán y su mujer, y los vistió.

Furia de Dios contra la familia humana.
Los dos árboles,
la injustificada prohibición,
el castigo de todos (serpiente, mujer, y hombre),
la gracia concedida a Caín, irritado sin embargo por el discurso.
No siempre mi espíritu castigará a los hombres.

En esa ápoca se comenzó a imprecar el nombre de Dios.

Y como su vida había agradado a Dios, Dios se lo llevó y no se lo vió nunca más.

3 de julio. Primer día en Marienbad con F. Puertas contiguas, llaves de ambos lados.

Tres casas contiguas formaban entre sí un patiecito. En este patio habían instalado dos precarios tallercitos, y en un rincón se alzaba una alta pila de cajas. Una noche extraordinariamente tormentosa —el viento echaba por encima de la casa más baja las oleadas de lluvia dentro del patio—, un estudiante que se encontraba estudiando en su buhardilla oyó subir desde el patio un distinto gemido. Se levantó y escuchó, pero todo seguía en silencio, un silencio ininterrumpido. "Será una ilusión", pensó el estudiante y empezó nuevamente a leer. "Ninguna ilusión", parecían decir después de un momento las letras del libro. "Ilusión", repitió él, y siguiendo las líneas con el índice, las ayudó a calmarse.

4 de julio. Me desperté encerrado en un recinto cercado de forma cuadrangular, que no permitía dar sino un paso en largo y otro en ancho. Suelen encerrar de noche a las ovejas en cercados semejantes, pero no tan angostos. El sol me daba directamente; para protegerme la cabeza, la apreté contra mi pecho y me senté en el suelo con la espalda encorvada.

¿Qué eres? Soy miserable. Tengo dos tablitas atornilladas contra las sienes.

5 de julio. La desdicha de la convivencia. Impuesta por el desconocimiento, la compasión, la sensualidad, la cobardía, la vanidad y sólo en lo más hondo, tal vez, un tenue arroyito digno del nombre del amor, inalcanzable para el que lo busca, resplandeciente de pronto en el instante de un instante.

Pobre F.

6 de julio. Noche desdichada. Imposibilidad de vivir con F. Intolerabilidad de la convivencia con nadie, sea quien sea. No hay que quejarse de esto; hay que quejarse de la imposibilidad de no estar solo. Y sin embargo, qué insensato es quejarse, conformarse, y finalmente comprender. Levántate del suelo. Atente al libro. Pero entonces, otra vez: el insomnio, los dolores de cabeza, saltar del a ventana más alta, pero hacia la tierra ablandada por la lluvia, para que el golpe no sea mortal. Girar eternamente con los ojos cerrados, expuesto a cualquier mirada franca.

Sólo el Antiguo Testamento comprende; no decir nada todavía sobre eso.

Soñé con el doctor H.; estaba sentado frente a su escritorio, repantigado e inclinado hacia adelante al mismo tiempo, no sé cómo; ojos claros como el agua; lenta y minuciosamente, como es su costumbre, desarrolla una cadena de razonamientos, aun en el sueño no oigo casi nada de lo que dice, sólo sigo la lógica de su discurso. Luego me encontré también junto a su esposa; llevaba numerosos paquetes, jugaba asombrosamente con mis dedos; había un desgarrón en el grueso fieltro de su manga, que los brazos sólo llenaban en parte, ya que el resto estaba lleno de frutillas.

A Karl no le importaba absolutamente nada que se rieran de él. Qué tipos eran ésos, y qué sabían. Caras tersas y americanas, con dos o tres arrugas solamente, pero arrugas sin embargo profundas y bien marcadas sobre esa frente o a un costado de la nariz o de la boca. Americanos de nacimiento, casi bastaba martillarles las frentes pétreas para saber a qué clase de personas pertenecían. Qué sabían ellos... [Se interrumpe.]

Un hombre yacía gravemente enfermo en la cama. El médico estaba sentado junto a la mesita, que había sido corrida hasta la cama, y observaba al enfermo; éste, a su vez, también lo contemplaba.

—No hay remedio —dijo el enfermo, no como una pregunta, sino como contestando.

El médico entreabrió un grueso texto de medicina, al borde de la mesa, lo miró rápidamente desde lejos, y dijo, cerrándolo otra vez:

—El remedio está en Bregenz.

Mientras el enfermo hacía un esfuerzo para poner los ojos bizcos, el médico agregó:

—Bregenz, en Vorarlberg.

—Queda muy lejos —dijo el enfermo.

Recíbeme en tus brazos, allí está la profundidad; recíbeme en la profundidad; si no quieres ahora, entonces más tarde.

Recíbeme, recíbeme, tejido de necedad y dolor.

Los negros emergieron del matorral. Comenzaron a bailar en torno de la estaca de madera rodeada por una cadena de plata. El sacerdote esperaba sentado a un costado; sostenía en el aire un palito sobre un gong. El cielo estaba nublado, pero sin lluvia y calmo.

Excepto en Zuckmantel, nunca tuve gran intimidad con ninguna mujer. Sí, también con la suiza de Riva. La primera era una mujer, y yo era inocente; la segunda una niña, y yo una perfecta confusión.

13 de julio. Entonces, ábrete. Que surja el ser humano. Respira el aire y el silencio.

Era una confitería al aire libre en una estación de aguas termales. La tarde había empezado lluviosa, y no había aparecido un solo cliente. Sólo al anochecer se aclaró el cielo, la lluvia cesó lentamente, y las mucamas empezaron a secar las mesas. El dueño permanecía bajo el arco de la entrada, esperando a los clientes. En efecto, por el sendero del bosque apareció uno. Traía una manta de anchas franjas sobre el hombro, llevaba la cabeza apretada

contra el pecho, y a cada paso extendía el brazo para apoyar bien adelante el bastón.

14 de julio. Isaac reniega de su mujer ante Abimelech, así como había hecho anteriormente Abraham con la suya.[112]

Confusión de los pozos de Gerar. Repetición de un verso.

Los pecados de Jacob. Predestinación de Esaú.

Lúgubremente suena un reloj.
Escúchalo cuando entres en la casa.

15 de julio. Buscó ayuda en los bosques, atravesó casi de un salto la primera colina, se precipitó hacia los manantiales de los arroyos que descendían hacia él, golpeó el aire con las manos, respiraba pesadamente por la nariz y la boca.

Llora y sueña, triste raza,
no encuentras el camino, lo has perdido.
¡Ay! es tu saludo vespertino, ¡Ay!, por la mañana.

Yo sólo quiero soltarme
de las manos del abismo que se tienden
para aferrarme, impotente.
Pesadamente caigo en esas manos ávidas.

Resonantes se propagaron en la lejanía de las montañas
lentas palabras. Las escuchamos.

¡Ah, larvas del infierno, muecas veladas,
se llevaron consigo mi cuerpo, estrechamente apretado!

Larga procesión, larga procesión arrastra a los que no están pre-
[parados.

Extraño procedimiento judicial. El condenado a muerte es ultimado en su cuarto por el verdugo, a solas. Está sentado junto a una mesa y termina la carta donde dice: "Oh bienamados, oh ángeles, dónde flotáis, sin saber, fuera del alcance de mi mano terrena..."

20 de julio. De una chimenea de la vecindad salió un pajarito, se posó sobre el borde de la chimenea, miró en torno, alzó el vuelo y se fué. Desde una ventana del primer piso, una muchacha miró hacia el cielo, vió el vuelo ascendente del pájaro, y gritó:

—¡Allá va, rápido, allá va!

Dos criaturas se apretaron inmediatamente a su lado, para ver también ellas el pájaro.

Ten piedad de mí, soy culpable hasta en el último repliegue de mi ser. Sin embargo, tenía algunas condiciones no totalmente despreciables, pequeños talentos; pero yo, ser inexperto, las disipé, y ahora estoy casi en las últimas, justamente en el momento en que al parecer todo podría volverse favorable para mí. No me arrojes entre los perdidos. Sé que el que habla es un egoísmo ridículo, visto de lejos y aun hasta visto de cerca, pero después de todo vivo, y tengo el egoísmo de los vivientes, y si la vida no es ridícula, tampoco lo son entonces sus manifestaciones necesarias. ¡Pobre dialéctica!

Si estoy condenado, entonces no estoy solamente condenado a la muerte, sino también condenado a defenderme hasta la muerte.

El domingo por la mañana, poco antes de mi partida, parecías querer ayudarme. Sentí esperanzas. Hasta hoy, esperanzas vanas.

Y si me quejo, me quejo sin convicción, aun sin verdadero sufrimiento, como el ancla de un barco perdido, que flota muy por encima del fondo que podría servirle de sostén.

Concédeme solamente el reposo durante la noche; lamento pueril.

21 de julio. Llamaron. Era hermoso. Nos levantamos, las personas más dispares, y nos reunimos frente a la casa. La calle estaba silenciosa, como siempre lo está por la mañana temprano. El repartidor de una carnicería depositó la canasta en el suelo, y nos contempló. Todos bajaron corriendo, tumultuosamente, las escaleras; los moradores de los seis pisos, mezclados sin discriminación; yo mismo ayudé al comerciante del primer piso a ponerse el sobretodo que hasta ese momento arrastraba por el suelo. Este comerciante nos dirigía, lo que era justo, ya que de todos nosotros era el que más mundo había visto. Primero nos hizo formar filas; luego ordenó a los más revoltosos que se quedaran quietos; le quitó el sombrero al empleado de banco, que lo agitaba constantemente, y lo arrojó al otro lado de la calle; cada niño daba la mano a un adulto.

22 de julio. Insólito procedimiento judicial. El condenado es ultimado en su celda por el verdugo, sin que se admita la presencia de otras personas. Está sentado junto a la mesa, y termina su carta o su último almuerzo. Golpean, es el verdugo.

—¿Estás preparado? —pregunta éste.

El texto y el orden de sus preguntas y sus órdenes están previamente prescriptos; no puede apartarse de ellos. El condenado, que en el primer momento se levantó de un salto, vuelve a sentarse, se queda con la mirada fija en el vacío o se cubre la cara con las manos. Como el verdugo no recibe respuesta, abre sobre la tarima su valijita de instrumentos, elige los puñales y hasta da un último retoque a sus diversos filos. Ya ha oscurecido mucho; coloca sobre la cama una pequeña linterna portátil y enciende la luz. El condenado vuelve furtivamente la cabeza hacia el verdugo, pero cuando ve lo que está haciendo se estremece, desvía nuevamente la mirada y no quiere verlo.

—Ya estoy dispuesto —dice el verdugo después de un ratito.

—¿Dispuesto? —grita inquisitivamente el condenado, que se levanta de un salto y se decide a mirar de frente al verdugo—. No pensarás matarme, no pensarás extenderme sobre la tarima y clavarme el puñal, después de todo eres un ser humano, admito que puedas ejecutar a alguien en el patíbulo, ante tus asistentes y los magistrados, pero no aquí, en la celda, como una persona que mata a otra persona.

Y como el verdugo calla, inclinado sobre su valijita, el condenado prosigue con más calma:

—Es imposible.

Y como el verdugo insiste en no decir nada, el condenado continúa:

—Justamente porque es imposible, se ha instituído este insólito procedimiento. Había que conservar las formas, pero la pena de muerte ya no se cumple. Me llevarás a otra cárcel, probablemente tendré que quedarme allí bastante tiempo todavía, pero no me ajusticiarán.

El verdugo retira una nueva daga de su cubierta de algodón, y dice:

—Probablemente te refieres a esas leyendas donde un criado recibe la orden de abandonar a una criatura, pero no la cumple, y prefiere en cambio dejar al niño como aprendiz de un zapatero. Ésa es una leyenda, pero ahora no se trata de ninguna leyenda.

21 de agosto. Para la colección. "Todas las frases hermosas sobre la posibilidad de trascender la naturaleza, demuestran ser superfluas ante las fuerzas primitivas de la vida" (Ensayos contra la Monogamia).

27 de agosto. Balance general después de dos días y dos noches espantosos: Agradece a tus vicios oficiales, la debilidad, la parsimonia, la indecisión, el cálculo, la cautela, etc., no haber mandado a F. la tarjeta. Es posible que no te hubieras retractado; admito que es posible. ¿Cuál habría sido la consecuencia? ¿Una acción, un progreso? No. Ya varias veces has obrado decisivamente, pero sin ningún resultado. No trates de explicarlo; es evidente que puedes explicar todo el pasado, ya que no te atreverías siquiera a considerar un futuro sin haberlo aclarado previamente. Lo que es simplemente imposible. Esa sensación de responsabilidad, que como tal sería muy digna de respeto, sólo es en última instancia espíritu administrativo, puerilidad, una voluntad que ya comenzó a destruir tu padre. Trabaja en cambio en lo mejor, eso está directamente al alcance de tu mano. Y eso también significa que no debes escatimarte (especialmente a costa de la vida de una persona que todavía estimas, la de F.), porque escatimarse es imposible, esa aparente prescindencia ya te ha llevado al borde casi del desastre. No es sólo la prescindencia en lo que se refiere a F., el matrimonio, los hijos, la responsabilidad, etc.; se trata también de la prescindencia en lo que se refiere al empleo, donde te pasas las horas sentado, en lo que se refiere al cuarto miserable de donde no te mueves. Todo. Por lo tanto, termina de una vez con todo eso. Uno no puede esconderse, no puede calcular lo que ocurrirá. No sabes nada de ti, en el sentido de saber qué te conviene. Esta noche, por ejemplo, dos consideraciones absolutamente iguales en valor y en importancia combatieron en ti, a costa de tu cerebro y de tu corazón, mientras te preocupabas por ambos bandos; eso te demuestra la imposibilidad de todo cálculo. ¿Qué te resta, entonces? No degradarte más, convirtiéndote en semejante campo de batalla, donde la lucha se desarrolla por así decir sin ninguna consideración hacia ti, mientras tú sólo sientes los golpes de los terribles contrincantes. Por lo tanto, trata de elevarte. Mejora, huye del interés administrativo, empieza alguna vez a ver quién eres, en vez de calcular qué serás. La primera obligación es ineludible. Enrolarse como soldado. Haz a un lado el insensato error de compararte por ejemplo con Flaubert, con Kierkegaard, con Grillparzer. Ésa es una perfecta puerilidad. Como eslabones en la cadena de tus

cálculos, los ejemplos son indudablemente últiles, pero sobre todo son inútiles, así como lo es la cadena entera de cálculos; pero las comparaciones aisladas son desde ya inútiles. Flaubert y Kierkegaard sabían perfectamente lo que les pasaba, su voluntad era firme, en ellos no era cuestión de cálculos, sino de obras. Pero en ti, en cambio, se trata de una eterna sucesión de cálculos, una monstruosa sinusoide de cuatro años de duración. La comparación con Grillparzer tal vez sea válida, pero Grillparzer no parece ser un ejemplo digno de imitación; sólo es un ejemplo desdichado, a quien las futuras generaciones deberán agradecer que haya sufrido por ellas.

8 de octubre. Förster: Convertir en materia de estudios las relaciones sociales que se desarrollan durante la vida escolar.

La educación como conspiración de los adultos. Interrumpimos las libres expansiones de los niños para encerrarlos en nuestras estrechas moradas con espejismos en los que también nosotros creemos, aunque no en el sentido que damos a entender. (¿A quién no le gustaría ser un noble? Hay que cerrar la puerta.)

Lo ridículo de las explicaciones y antagonismos de Max y Moritz.

El mérito de dar rienda suelta a nuestros vicios, mérito que nada puede sustituir, consiste en que estos vicios emergen con todo su vigor y su magnitud, y se vuelven visibles, aun cuando el entusiasmo del interés mutuo sólo nos permita vislumbrar de ellos un mínimo reflejo. Uno no aprende a ser un marinero haciendo ejercicios en un charco de agua, aunque es probable que un exceso de entrenamiento en el charco nos incapacite para ser marineros.

16 de octubre. Entre las cuatro condiciones que los adeptos de Huss impusieron a las católicos como base de todo acuerdo posible, estaba la exigencia de que todos los pecados mortales, entre los que contaban "la gula, la ebriedad, la incontinencia, la mentira, el perjurio, la usura, cobro de remuneración por las misas y confesiones", fueran castigadas con la muerte. Una facción hasta quería que se concediera a todo individuo el derecho de castigar a cualquiera con la pena de muerte apenas lo veía mancharse con uno de los pecados nombrados.

¿Es posible que sólo la razón y el deseo me revelen los fríos contornos del futuro, y que sólo impulsado por sus tirones y sus empujones me acerque progresivamente a la realidad de ese mismo futuro?

Nos es permitido fustigarnos a nosotros mismos con el látigo de la voluntad.

18 de octubre. De una carta:

No es fácil que yo acepte tranquilamente lo que dices sobre tu madre, tus padres, las flores, el año nuevo y la cena familiar. Dices que tampoco para ti "sería un excesivo placer sentarme contigo y con toda tu familia a la mesa de tu casa". Naturalmente, al decir esto sólo expresas tu opinión, y con todo derecho lo haces sin considerar si me gusta o no. Ahora bien, no me gusta nada. Pero es indudable que me habría gustado mucho menos todavía si hubieras escrito lo opuesto. Por favor, dime lo más claro que puedas en qué consiste tu aversión y cuáles te parecen sus motivos. En lo que a mí respecta, ya hemos hablado muchas veces sobre el asunto, pero es difícil vislumbrar siquiera vagamente lo que hay de cierto en todo esto.

En pocas palabras —y por lo tanto con una dureza que no corresponde totalmente a la verdad— puedo describir así mi posición: Yo, que casi nunca he sido independiente, siento un deseo infinito de ser independiente, de bastarme a mí mismo, un deseo de libertad en todo sentido. Prefiero cubrirme los ojos y seguir hasta el final mi camino, que verme rodeado por la noria familiar que me impide la visión. Por lo tanto, cada palabra que digo a mis padres o que me dicen ellos se vuelve fácilmente un obstáculo ante mis pasos. Todo vínculo que yo mismo no me creo o no me conquisto, aun cuando en cierto modo me sea nocivo, me resulta inútil, me impide el movimiento, lo odio, o no me falta mucho para odiarlo. El camino es largo, las fuerzas son escasas, hay bastantes motivos para este odio. Ahora bien, desciendo de mis padres, estoy unido a ellos y a mis hermanas por un vínculo de sangre; en la vida diaria no lo siento, y tampoco en mis actividades íntimas, a causa de la inevitable familiaridad, pero en el fondo lo respeto más de lo que creo. Alguna vez también lo persigo con mi odio; el aspecto de la cama matrimonial en casa de mis padres, la ropa de cama usada, los camisones cuidadosamente preparados para la noche, pueden irritarme hasta el vómito, pueden vaciarme todo lo que tengo dentro; es como si yo no hubiera nacido definitivamente, como si viniera al mundo incesantemente, de esa torpe vida a esa torpe habitación, como si debiera buscar constantemente mi confirmación, como si estuviera unido indisolublemente a esas repugnancias, en parte si no totalmente; por lo menos me traba los pies, que sólo quisieran huir,

y que en cambio siguen pegados a la primitiva pulpa amorfa. Esto, algunas veces.

Pero en cambio otras veces comprendo que, a pesar de todo, mis padres constituyen un elemento indispensable de mi propio ser, un manantial constante donde renovar mis fuerzas; que me pertenecen no sólo como obstáculos, sino también como esencia. En esos casos quiero considerarlos como se considera lo mejor de lo mejor; si con toda maldad, grosería, egoísmo y falta de afecto he temblado hasta ahora ante ellos, y aún hoy sigo temblando, ya que esas cosas no pueden evitarse; y si mi padre por un lado y mi madre por el otro han destruído además (casi inevitablemente) mi voluntad, entonces también quiero que sean dignos de lo que han hecho. Me han defraudado y sin embargo no puedo, sin enloquecer, rebelarme contra la ley de la naturaleza; por lo tanto, más odio, y solamente odio. (A veces Ottla me parece ser como yo quisiera desde lejos que una madre fuera: pura, veraz, honrada, consecuente. La humildad y el orgullo, la comprensión y el concepto de los límites, la devoción y la independencia, la visión y el coraje en inequívoco equilibrio. Menciono a Ottla porque también en ella está mi madre, aunque absolutamente indiscernible.) Por lo tanto, quiero que sean dignos de lo que han hecho.

Tú me perteneces, me he apoderado de ti, no puedo creer que en ninguna leyenda alguien haya luchado por ninguna mujer más y más desesperadamente que yo por ti dentro de mí, desde el principio, y constantemente, y tal vez eternamente. Por lo tanto, me perteneces; por eso mismo mi relación con tus parientes es semejante a mi relación con los míos, aunque por supuesto incomparablemente menos intensa, tanto en lo bueno como en lo malo. Constituyen un vínculo que me traba (que me trabaría aunque no tuviera que hablar jamás una palabra con ellos), y no son, en el sentido a que me he referido anteriormente, dignos. Hablo contigo tan francamente como conmigo, no quiero que lo tomes a mal ni tampoco que busques en esto ningún orgullo, por lo menos no lo encontrarás donde tú lo buscarías.

Cuando tú estás aquí, sentada a la mesa de mis padres, aumenta por supuesto en forma considerable la superficie de contacto de lo que en mis padres me parece hostil hacia mí. A ellos les parece en esas circunstancias que mi vínculo con la familia entera se ha vuelto mucho más fuerte (pero no es así, ni puede serlo); me creen agregado a esa cadena, uno de cuyos eslabones es el cuarto matrimonial contiguo (pero tampoco me he agregado); creen haber encontrado en ti un aliado contra mi resistencia (pero no lo

han encontrado), y lo feo y lo despreciable que hay en ellos aumenta, justamente porque en esas circunstancias yo esperaría de ellos algo mejor.

Y si esto es así, ¿por qué no me alegra entonces tu observación? Porque por así decir me encuentro frente a mi familia blandiendo constantemente cuchillos en torno de mí, para herir y defender al mismo tiempo a dicha familia; déjame entonces que te represente yo solo en ese sentido, sin que tú quieras representarme igualmente ante tu familia. ¿Acaso este sacrificio es demasiado grande para ti, bienamada? Es inmenso, y sólo te resultará accesible si piensas que yo, por mi propia naturaleza, te lo arrancaré a la fuerza si no quieres hacerlo. Pero si lo haces, entonces habrás hecho mucho por mí. Me abstendré voluntariamente de escribirte durante unos dos días, para que puedas meditarlo y contestarme sin que yo te perturbe. Como respuesta basta —tan grande es mi confianza en ti— una sola palabra.

30 de octubre. Dos señores conversaban sobre un caballo en el campo de equitación, mientras un caballerizo masajeaba los cuartos traseros del animal.

—Hace una semana —dijo el más viejo, un señor de cabellos blancos, mordiéndose ligeramente el labio inferior y bizqueando un poco con un ojo—, hace una semana que no veo a Atro; sé que la memoria, sobre todo cuando se trata de caballos, es siempre un poco insegura, a pesar de la práctica más considerable. Sin embargo, me parece notar en Atro la ausencia de varias cosas que indudablemente poseía, si no recuerdo mal. Hablo de la impresión general; los detalles pueden seguir siendo los mismos, aunque también le noto cierta flojedad muscular en ciertos lugares del cuerpo. Fíjese aquí, y aquí.

Meneó escrutadoramente su cabeza inclinada, mientras tanteaba el aire con las manos.[113]

1917

6 de abril. En el pequeño puerto, donde exceptuando los barcos de pescadores no solían amarrar más que los dos vapores de pasajeros que se ocupaban del tránsito de ultramar, aparecía hoy una barca desconocida. Una estructura vieja y pesada, relativamente baja y muy panzuda, inmunda, como si la hubieran inundado de agua sucia, que todavía parecía gotear por los flancos amarillentos; tenía unos mástiles incomprensiblemente altos (el tercio superior del palo mayor estaba roto), y velas amarillentas, arrugadas, gruesas, tendidas en todas direcciones entre los palos, remendadas, incapaces de resistir el menor soplo del viento. Me quedé un largo rato contemplándola, atónito; esperaba que alguien apareciera sobre la cubierta, pero nadie apareció. Junto a mí, en el muro del muelle, estaba sentado un obrero.

—¿De quién es este barco? —pregunté—. Es la primera vez que lo veo.

—Viene cada dos o tres años —dijo el hombre—, y pertenece al cazador Gracchus.

29 de julio. Bufón de corte. Ensayo sobre los bufones de corte.

Las grandes épocas de los bufones de corte ya desaparecieron y no volverán nunca más. Todo parece tender en otra dirección, no se puede negarlo. Sin embargo, yo he conseguido gozar plenamente de los encantos de la institución, aunque ahora haya desaparecido para siempre de la sociedad humana.

Yo estaba siempre sentado en el fondo del taller, en plena oscuridad; a menudo había que adivinar lo que uno tenía en la mano, y sin embargo cada puntada equivocada nos valía un golpe del maestro.

Nuestro rey no era muy ceremonioso; el que no había visto nunca un retrato suyo, no se daba cuenta que era el rey. Su ropa mal cortada (por supuesto no provenía de nuestro taller), de

género pobre; su levita siempre abotonada, floja y arrugada; el sombrero abollado, los zapatos ordinarios y pesados; los movimientos amplios y negligentes de los brazos; su cara vigorosa, de nariz masculina, grande y recta, bigotes cortos, ojos oscuros, tal vez demasiado penetrantes, cuello fornido y regular. Una vez, al pasar, se detuvo ante la puerta de nuestro taller y preguntó, con la mano derecha apoyada en el marco de la puerta:

—¿Está Franz?

Conocía a todos por su nombre. Desde mi oscuro rincón, me abrí paso entre los compañeros.

—¡Ven conmigo! —me dijo después de una breve mirada.

—Se muda al castillo —agregó, dirigiéndose al maestro.

30 de julio. La señorita K. Coqueterías que no concuerdan con su persona. Se mueve, se despereza, señala, hace mohines con los labios, como si se los modelara invisiblemente con los dedos. Sus movimientos repentinos, probablemente nerviosos, pero dirigidos, y siempre sorpresivos; por ejemplo cuando se acomoda la falda sobre las rodillas, cuando cambia de asiento. Su conversación, con pocas palabras y pocas ideas, que no requiere la ayuda de los demás, esencialmente mantenida mediante giros de la cabeza, ademanes, pausas diversas, vivacidad de la mirada; apretando los diminutos puños, si es necesario.

Se alejó del círculo de los demás. La neblina soplaba en torno de él. Un claro circular en el bosque. El ave fénix en los matorrales. Una mano que dibujaba constantemente el signo de la cruz sobre una cara invisible. Una lluvia fría, perpetua, un canto que variaba, como si surgiera de un pecho jadeante.

Una persona inútil. ¿Un amigo? Si trato de imaginarme qué posee, aun después del juicio más favorable, sólo queda su voz, un poco más baja que la mía. Si exclamo: "¡Salvado!", es decir, si yo fuera Robinson y exclamara: "¡Salvado!", él entonces lo repetiría con su voz más baja. Si yo fuera Korach y exclamara: "¡Perdido!", también estaría él allí para repetirlo con voz más baja. Poco a poco cansa estar siempre acompañado por ese bajo continuo. Él tampoco lo hace alegremente, de ningún modo; sólo lo repite porque cree que es su obligación, y que no puede hacer otra cosa. A veces, durante alguna licencia, cuando por fin tengo tiempo de ocuparme de estos asuntos personales, consulto con él

(por ejemplo en el jardín) cómo podría hacer para liberarme de su presencia.

31 de julio. Estar sentado en un tren, olvidarlo, vivir como en casa; de pronto recordar, sentir la fuerza del tren que nos arrastra, convertirse en un viajero, sacar una gorra de la valija, tratar a los compañeros de viaje con más libertad, más imperio, más insistencia; sentirnos llevados hacia nuestro destino sin esfuerzo de nuestra parte, gozarlo como un niño; ser el favorito de las mujeres, soportar la perpetua atracción de la ventanilla, tener siempre por lo menos una mano tendida y apoyada en el alféizar de la ventanilla. Situación más netamente definida: Olvidar que uno ha olvidado, convertirse de golpe en un niño que viaja solo en un tren expreso, en torno del cual se materializa el vagón estremecido de velocidad, fascinante hasta en sus menores detalles, como surgido de la mano de un prestidigitador.

1º de agosto. En la piscina de natación, historias de la antigua Praga narradas por el doctor O. Los violentos discursos de Friedrich Adler contra los ricos, en sus épocas de estudiante, y que tanto hacían reír a todos.[114] Más tarde se casó con una mujer rica, y se calló la boca. Cuando era un niñito y vino de Amschelberg a Praga para entrar en el Gymnasium, el doctor O. vivía en casa de un estudioso judío cuya mujer era vendedora en una tienda de ropa usada. Les traían la comida de una fonda. Todos los días, a las cinco y media, lo despertaban para que rezara. Él costeó la educación de todos sus hermanos menores, lo que le significó muchísimo trabajo, pero en cambio le infundió aplomo y le proporcionó grandes satisfacciones. Un tal doctor A., que luego fué empleado del Ministerio de Hacienda, jubilado hace tiempo (un gran egoísta), le aconsejó en esa época que se fuera a otra parte, que se escondiera, que simplemente huyera de los suyos, porque si no serían su ruina.

2 de agosto. Generalmente el que uno busca vive al lado. Explicar esto no es fácil, hay que aceptarlo simplemente como un hecho evidente. Sus motivos son tan profundos, que uno no podría evitarlo aunque lo intentara. Esto ocurre porque uno no sabe nada de este vecino que busca. En efecto, ni sabe que lo busca, ni que vive al lado, pero sin embargo es indudable que vive al lado. Es claro que uno puede llegar a saberlo como un hecho que forma parte de nuestra experiencia general, pero esta certeza no importa

en lo más mínimo, aunque intencionalmente uno la tenga siempre presente. Contaré un caso semejante...

Pascal ordena todo perfectamente antes de que Dios haga su aparición en la escena; pero tiene que haber un escepticismo más profundo y más angustioso que este de... [una palabra ilegible] personas que se cortan en tiras con cuchillos en verdad maravillosos, pero al mismo tiempo con la calma de un carnicero. ¿De dónde nace esta calma, esta seguridad en el manejo del cuchillo? ¿Es Dios acaso un carro triunfal de teatro, que no puede hacer subir al escenario atrayéndolo desde lejos con sogas, aun dando por sentado todo el esfuerzo y la desesperación de los obreros?

3 de agosto. Una vez más grité al mundo con todos mis pulmones. Entonces me pusieron la mordaza, me ataron las manos y los pies y me colocaron un pañuelo ante los ojos. Me hicieron girar muchas veces hacia ambos lados; me pusieron de pie y me derribaron nuevamente, también muchas veces; me tironearon las piernas, hasta hacerme saltar de dolor; luego me dejaron un rato tranquilo; después de un momento me pincharon profundamente con algo muy aguzado, sorpresivamente, aquí y allá, donde se les ocurría.

Hace años que estoy sentado en esta gran esquina, pero mañana llega el nuevo emperador, y abandonaré mi lugar. Tanto por principio como por repugnancia no me mezclo en lo que ocurre en torno de mí. Hace mucho que he dejado de pedir limosna; los transeúntes que desde hace años pasan por aquí, por costumbre, por lealtad, por amistad, siempre me dan algo; pero también los nuevos siguen su ejemplo. A mi lado tengo una canastita, y todos echan dentro lo que les parece conveniente. Pero por eso mismo, porque no me importa nada de nadie y conservo mi tranquilo lugar y mi tranquila mirada en medio del ruido y la insensatez de la calle, comprendo mejor que nadie todo lo que se refiere a mi posición, a mis justificados derechos, a mí mismo. En ese sentido no puede haber ninguna discusión, y sólo mi opinión tiene valor. Por eso esta mañana, cuando un policía, que naturalmente me conoce muy bien, y en quien sin embargo con la misma naturalidad no me había fijado nunca, se detuvo a mi lado y me dijo:

—Mañana llega el nuevo emperador; espero no verte por aquí.

Le contesté con esta pregunta:

—¿Cuántos años tienes?

4 de agosto. La palabra "literatura" dicha como reproche constituye una abreviatura de lenguaje tan violenta que —tal vez desde el primer momento ésa fué la intención— poco a poco ha llegado a implicar también una abreviatura del pensamiento, que impide una perspectiva correcta y desvía el reproche, haciéndolo caer muy lejos del blanco.

Las sonoras trompetas de la nada.

A. Quiero pedirte un consejo.
B. ¿Por qué justamente a mí?
A. Porque te tengo confianza.
B. ¿Por qué?
A. Ya te he visto muchas veces, en reuniones de amigos. Y en nuestras reuniones siempre se termina por pedir consejo. En ese sentido estamos de acuerdo. En toda reunión, ya sea para representar una obra de teatro, o para tomar el té, o para evocar los espíritus, o para ayudar a los pobres, siempre se termina por pedir consejo. ¡Tanta gente desaconsejada! Y aun más de lo que parecería, porque los mismos que dan consejos en estas reuniones sólo los dan con la voz, pero en el fondo del corazón quisieran ser ellos los aconsejados. Siempre encuentran su doble entre los que piden consejo, y dirigen sus palabras especialmente hacia él. Pero éste es el que se va más insatisfecho, más repugnado, y arrastra consigo al aconsejador, hacia otras reuniones donde se repite el mismo juego.
B. ¿Así ocurre?
A. Naturalmente, tú también lo ves. Pero no es un gran mérito tuyo; todo el mundo lo ve, y por eso mismo su súplica es tanto más insistente.

5 de agosto. Por la tarde, en Radesowitz con Oskar. Triste, débil, esforzándome a veces por no olvidar al menos el tema de lo que decíamos.

6 de agosto.
A. No estoy conforme contigo.
B. No te pregunto por qué. Lo sé.
A. ¿Y?
B. No puedo hacer nada. No puedo modificar nada. Encogerme de hombros y torcer la boca; más no puedo hacer.
A. Te llevaré ante mi Señor. ¿Quieres?

B. Me da vergüenza. ¿Cómo me recibirá? ¡Dirigirme directamente al Señor! Es una frivolidad.

A. Déjame a mí la responsabilidad. Te llevo. Ven.

(Se van por un corredor. A. golpea en una puerta. Se oye una voz que dice: "Entre." B. quiere huír, pero A. lo retiene, y entran.)

[A continuación, fragmentos de *La Colonia Penitenciaria.*]

El explorador se sentía demasiado cansado para dar órdenes, o para hacer cualquier otra cosa. Sólo sacó un pañuelo del bolsillo, hizo un ademán como para sumergirlo en el balde distante, se lo apretó contra la frente y se acostó junto al hoyo. Así lo encontraron dos señores que venían a buscarlo por orden del Comandante. Cuando le hablaron, se levantó de un salto, como reanimado. Con la mano sobre el corazón, dijo:

—Sería un perro si lo permitiera.

Pero entonces tomó sus propias palabras en su sentido más literal, y se echó a correr circularmente en cuatro patas. Sólo de vez en cuando se incorporaba, se liberaba (por así decirlo), se abrazaba al cuello de uno de los señores y exclamaba llorando:

—¡Por qué tendrá que ocurrirme todo esto! —Y luego volvía corriendo a su lugar.

Como si todo esto hubiera sugerido al explorador que lo que ahora ocurriría sólo le concernía a él y al muerto, despidió con un ademán al soldado y al condenado; éstos titubearon; entonces les arrojó una piedra, y como seguían deliberando, corrió hacia ellos y les pegó con los puños.

—¿Cómo? —dijo de pronto el explorador.

¿Se habían olvidado de algo? ¿Alguna palabra decisiva? ¿Algún ajuste? ¿Alguna ayuda? ¿Quién puede penetrar esta confusión? ¡Maldita, maligna atmósfera tropical!, ¿qué me has hecho? No sé qué ocurre. Mi razón se quedó en mi patria, en el norte.

—¡Preparen el camino para la serpiente! —gritó—. ¡Preparen el camino para la gran Madama!

—Estamos preparados —fué el grito de respuesta—, estamos preparados.

Y nosotros, los preparadores del camino, famosísimos picapedreros, salimos marchando del bosque.

—¡Vamos! —gritó nuestro comandante, siempre alegre—, ¡vamos, pasto de serpientes!

Entonces alzamos nuestras mazas y en una extensión de varias millas comenzó el más activo martilleo. No se permitía el menor descanso, sólo cambiar de mano el martillo. Habían anunciado la llegada de nuestra serpiente para esa misma noche, y antes de su arribo debíamos convertir todo en polvo; nuestra serpiente no soportaría ni la más pequeña piedrita. ¿Dónde hay otra serpiente tan sensible? Es claro que es una serpiente única, nuestra aplicación la ha mimado en una forma increíble, y por eso mismo la ha vuelto increíblemente incomparable. No lo entendemos, deploramos que siga llamándose siempre una serpiente. Por lo menos debería hacerse llamar Madama; aunque naturalmente, también como Madama es incomparable. Pero eso no es asunto nuestro, nuestro deber es pulverizar todo.

¡Mantén alta esa lámpara, tú, el del frente! ¡Y vosotros, seguidme silenciosamente! Todos en fila. ¡Y silencio! Eso no fué nada. No temáis. Yo me responsabilizo de todo. Yo guiaré.

9 de agosto. El explorador hizo un vago ademán, renunció a sus esfuerzos, alejó del cadáver a los dos hombres, de un empujón, y les señaló la colonia, adonde debían dirigirse inmediatamente. Con gorgoteantes risitas, poco a poco demostraron comprender la orden; el condenado aplicó su cara, diversamente sucia, contra la mano del explorador; el soldado le palmeó el hombro con la derecha (en la izquierda blandía el fusil); ahora los tres se sentían unidos.

El explorador tuvo que apartar con un esfuerzo la sensación que se apoderaba de él, de que en este caso se había llegado a la solución perfecta. Estaba cansado, y abandonó el proyecto de enterrar inmediatamente el cadáver. El calor, que seguía aumentando —el explorador no quería alzar la mirada hacia el sol, simplemente para no marearse—, el repentino y definitivo silencio del oficial, el aspecto de esos dos, que lo miraban fijamente como a un forastero, y con quienes había perdido toda conexión al morir el oficial, y finalmente, la tersa y mecánica refutación que acababa de recibir la opinión del oficial, todo esto... El explorador ya no podía seguir de pie un momento más, y se dejó caer en la silla de mimbre. Si su barco, deslizándose sobre esas arenas sin caminos, hubiera venido por lo menos a buscarlo. Habría subido inmediatamente a bordo, pero aun desde la escalerita habría reprochado una vez más al oficial la horrible ejecución del condenado. "Lo

contaré cuando llegue a mi país", habría dicho en voz alta, para que lo oyeran también el capitán y los marineros, asomados con curiosidad a la barandilla de la borda. "¿Ejecutado?", habría preguntado entonces el oficial, justificadamente. "Pero si allí está", habría dicho señalando al preso que llevaba la valija del explorador. Y en efecto, ése era el condenado; el explorador lo comprobaba mirándolo atentamente y escrutando minuciosamente los rasgos de su cara. "Lo felicito", se habría visto obligado a decir el explorador, y lo habría dicho encantado. "¿Una prueba de prestidigitación?", habría agregado. "No", contestaba el oficial, "un error de su parte, yo fuí el ajusticiado, como usted ordenó". El capitán y los marineros oían con creciente atención. Y todos veían cómo el oficial se pasaba la mano por la frente, y revelaba una punta acerada que asomaba oblicuamente de su frente deshecha.

Era la época de las últimas grandes batallas que el gobierno norteamericano tuvo que librar con los indios. El fuerte más avanzado en territorio indio —y también el más poderoso— se encontraba bajo las órdenes del general Samson, que ya se había distinguido muchas veces en ese puesto, y que gozaba de la indeclinable confianza del pueblo y de los soldados. El grito "¡general Samson!", frente a un indio aislado, era casi tan eficaz como un rifle.

Una mañana, una partida de reconocimiento capturó a un joven en el bosque, y obedeciendo la orden del general, que se interesaba personalmente aun en los asuntos más triviales, lo condujeron al fuerte. Como el general se hallaba en ese momento conferenciando con algunos granjeros de la zona fronteriza, condujeron primeramente al desconocido ante el ayudante, el teniente-coronel Otway.

—¡General Samson! —grité, y di trastabillando un paso hacia atrás.

Era él, el que salía de los altos matorrales.

—¡Silencio! —me dijo, y señaló hacia atrás.

Una escolta de unos diez hombres apareció a los tropezones detrás de él.

—¡No, déjame! ¡No, déjame! —gritaba yo sin cesar por las calles, y sin cesar volvía ella a aferrarme, sin cesar las manos de la sirena como garras me golpeaban el pecho, de costado o por encima de mis hombros.

15 de setiembre.[115] Ahora tienes la posibilidad, por cierto siempre limitada, de empezar de nuevo. No la desperdicies. Si penetras dentro de ti mismo, no podrás evitar la inmundicia que harás desbordar. Pero no te revuelques en ella. Si la enfermedad pulmonar es sólo un símbolo, como tú dices, un símbolo de la herida cuya inflamación se llama F., y cuya profundidad se llama justificación; si así es, entonces también todos los consejos terapéuticos (aire, luz, sol, reposo) también son símbolos. No descuides este símbolo.

¡Oh hermoso instante, versión magistral, jardín abandonado! Doblas al salir de la casa, y por el sendero del jardín se precipita hacia ti la diosa de la suerte.

Majestuosa aparición, príncipe del reino.

La plaza de la aldea, abandonada a la noche. La sabiduría de los pequeños. Primacía de los animales. Las mujeres. Vacas que atraviesan la plaza con la máxima naturalidad. Mi sofá que da al campo.

18 de setiembre. Romper todo.

19 de setiembre. En vez del telegrama: "Muy bienvenido estación Michelob salud espléndida Franz Ottla", que Marenka llevó dos veces a Flöhau, al parecer sin poder enviarlo porque poco antes de su llegada habían cerrado la oficina de correos, escribí una carta de despedida y de un solo golpe reprimí los tormentos que empezaban a resurgir vigorosamente. De todos modos, la carta de despedida resultó ambigua, como mis sentimientos.

Lo doloroso de la herida es su vejez, más que su profundidad y su proliferación. Que siempre vuelvan a producirme la misma hendedura, que vuelvan a someter al tratamiento esa herida infinitas veces operada, eso es lo que duele.

¡Qué ser frágil, caprichoso, nulo! Un telegrama lo derriba, una carta vuelve a levantarlo, lo reanima, el silencio que sigue a la carta lo atonta.

El juego del gato con los chivos. Los chivos parecen: judíos polacos; el tío S.; E. W.; I.

Diversa, pero semejante y notable intratabilidad del sirviente H. (que hoy se fué sin cenar ni saludar, la cuestión es saber si volverá mañana), de la señorita, de Marenka. En el fondo uno se siente cohibido (como ante los animales en un establo) cuando les da alguna orden, y asombrosamente la cumplen. El problema resulta aun más difícil, justamente porque a menudo, y sólo por un instante, parecen tratables y perfectamente comprensibles.

Me resulta siempre incomprensible que casi para cualquiera que sepa escribir sea posible objetivar el dolor en medio del dolor; que yo, por ejemplo, en plena desdicha, pueda sentarme con la cabeza tal vez ardiente todavía de desdicha, y comunicar a alguien por escrito: Soy desdichado. Sí, puedo hacer aun más que eso, y con los diversos adornos que me permite un talento que al parecer no tiene nada que ver con la desdicha, fantasear sobre el tema, simplemente, o antitéticamente, o con la orquesta entera de las asociaciones. Y en verdad no es una mentira, ni me calma el dolor, es simple y generosamente un desborde de vigor, en un momento en que sin embargo el dolor parece haber agotado hasta el fondo de mi ser, rascándolo implacablemente, todas mis fuerzas. Pero entonces, ¿qué desborde es éste?

Ayer, carta a Max. Mentirosa, vanidosa, teatral. Una semana en Zürau.

En épocas de paz no adelantas nada, en épocas de guerra te desangras.

Soñé con Werfel: Contaba que en el sur de Austria, donde vive ahora, se llevó por delante a un transeúnte, sin querer, y que éste lo insultó terriblemente. Ya me olvidé de las palabras exactas; sólo sé que aparecía "Bárbaro" (de la guerra mundial), y que terminaba con: *"Sie proletarisch Turch"* [turco proletario]. Una interesante combinación: *Turch,* palabra dialectal que equivale a turco; "Turco", insulto al parecer subsistente de la tradición de las antiguas guerras con los turcos, y los sitios de Viena; y como agregado el nuevo insulto "proletario". Caracteriza muy bien la simplicidad y el atraso del insultante, ya que actualmente ni proletario ni turco son en realidad insultos.

21 de setiembre. F. estuvo aquí; viajó treinta horas para verme; debí impedírselo. Tal como veo las cosas, su desdicha ha llegado al máximo, esencialmente por mi culpa. Yo, por mi parte, no sé qué hacer, me siento totalmente insensible, y al mismo tiempo desamparado; pienso en la pérdida de ciertas comodidades, y como única concesión me reduzco a representar un poco de comedia. En los detalles aislados, ella no tiene razón; no tiene razón al defender sus derechos, aparentes o tal vez reales; pero en conjunto, en cambio, es una inocente condenada a graves torturas; yo he cometido la injusticia, y ella soporta la tortura correspondiente, cuyo instrumento de tortura yo mismo le proporciono, además. Con su partida (el coche donde van ella y Ottla rodea el estanque, yo corto camino y me acerco una vez más a ella) y con un dolor de cabeza (residuo material de la comedia) termina el día.

Soñé con mi padre: Un auditorio pequeño (caracterizado por la presencia de la señora Fanta), ante el cual mi padre expone públicamente, por primera vez, una idea de reforma social. Pretende que este auditorio selecto, a su entender extraordinariamente selecto, se encargue de la propaganda de sus ideas. Pero expresa este deseo con mucha modestia, solicitando tan sólo a los presentes que después de oír sus puntos de vista tengan la bondad de comunicarle la dirección de otras personas que puedan interesarse en ellos, para invitarlas a una gran reunión pública que pronto tendrá lugar. Mi padre no ha tenido nunca ninguna relación con esta gente, y por lo tanto los toma excesivamente en serio; se ha puesto además un traje de etiqueta negro, y expresa sus ideas con precisión, y con todas las características de los aficionados. La gente, aunque no estaba preparada para una conferencia, reconoce que sólo expone, con todo el orgullo de la originalidad, una vieja idea, gastada, abandonada hace mucho tiempo. Se lo hacen sentir a mi padre. Éste, sin embargo, ya había anticipado semejante objeción, pero con magnífica convicción de la futilidad de la misma, que hasta parece haberlo tentado muchas veces, sigue exponiendo su teoría, aun más enfáticamente, con una débil y amarga sonrisa. Cuando termina, el murmullo general de desaprobación demuestra que no los ha convencido ni de la originalidad ni de la utilidad de sus ideas. Muy pocos se interesaron en ellas. A pesar de todo, aquí y allá aparece alguno que por bondad y tal vez porque me conoce le da algunas direcciones. Mi padre, absolutamente imperturbable a pesar del mal humor general, despeja los papeles de la conferencia, y saca unos montoncitos de tiras blancas, ya prepara-

das, para apuntar en ellas las escasas direcciones. Yo sólo oigo el nombre de un Consejero Privado Strizanowski, o algo parecido. Más tarde veo a mi padre sentado en el suelo, apoyado en el sofá, como suele sentarse cuando juega con Felix.[116] Alarmado, le pregunto qué hace. Reflexiona sobre su proyecto.

22 de setiembre. Nada.

25 de setiembre. Hacia el bosque. Has destruído todo sin haberlo poseído realmente. ¿Cómo harás para volver a recomponerlo? ¿Qué fuerzas pueden quedarle al fluctuante espíritu para esta inmensa tarea?

La raza nueva, de Tagger, miserable, petulante, movido, diestro, en partes bien escrito, con leves estremecimientos de *dilettantismo.* ¿Qué derecho tiene de hacer tanto ruido? En el fondo, es tan miserable como yo y como todos.

No es absolutamente criminal que un tuberculoso tenga hijos. El padre de Flaubert era tuberculoso. Elección: O los pulmones de la criatura padecerán de un soplo (excelente expresión para designar la música que quiere oír el médico cuando aplica el oído contra el pecho), o la criatura será Flaubert. Temblor del padre, mientras en el vacío se discute la decisión.

Aun puedo sentir una momentánea satisfacción ante obras como *El Médico Rural*, suponiendo que todavía me sea posible escribir algo parecido (muy improbable). Pero felicidad, solamente si consigo elevar el mundo hasta lo puro, lo verdadero, lo inmutable.

Durante estos cinco años, los látigos con que nos azotábamos mutuamente han llegado a tener bastantes nudos.

28 de setiembre. Esquema de mi conversación con F.
Yo: A este extremo, entonces, he llevado las cosas.
F.: A este extremo las he llevado *yo.*
Yo: A este extremo te he llevado yo.
F.: Es verdad.

No obstante, me confiaría a la muerte. Resto de una creencia. Retorno al padre. Gran Día de Expiación.[117]

De una carta a F., tal vez la última (1º de octubre). Cuando investigo atentamente cuál es mi meta suprema, descubro que en realidad no me esfuerzo por ser una buena persona y satisfacer las exigencias de un tribunal supremo, sino que, opuestamente, trato de obtener una visión completa de toda la comunidad humana y animal, de aprehender sus predilecciones básicas, sus deseos, sus ideales morales, de reducirlos a reglas simples y en lo posible desarrollarme rápidamente en su dirección, para llegar así a ser bien visto absolutamente por todos, y en verdad (aquí yace la incoherencia) tan bien visto que finalmente, sin perder ese afecto universal, me sea permitido entregarme ante los ojos de todos, abiertamente, a las iniquidades que moran en mí, el único pecador que no será quemado. En resumen, lo único que me importa es el tribunal humano, y además pretendo engañarlo, aunque sin verdadero engaño.

8 de octubre. En el ínterin: carta de queja de F.; G. B. amenaza con una carta. Estado desastroso (lumbago). Dar de comer a los chivos; campo socavado por los ratones; desenterrar patatas ("Cómo nos sopla el viento en el culo"); juntar la fruta del escaramujo; el campesino F. (siete hijas, una baja, de mirada dulce, con un conejo blanco sobre el hombro), en el cuarto, retrato del "Emperador Francisco José en el Túmulo de los Capuchinos"; el campesino K. (fornido, orgulloso relato de la historia universal de su granja, pero amable y bueno). Impresión general de los campesinos: nobles que se han refugiado en la agricultura, donde han organizado tan sabia y humildemente su labor, que ésta llena sin lagunas todo el panorama y los protege de toda inseguridad y de todo mareo hasta su bienaventurada muerte. Verdaderos habitantes de la tierra.

Los muchachos que al anochecer corrían por las vastas praderas, en las alturas, detrás de los rebaños dispersos y huyentes, y se veían obligados a circundar constantemente a un novillo maniatado que se negaba a seguirlos.

El *Copperfield* de Dickens (*El Fogonero* es una mera imitación de Dickens, y más todavía la novela proyectada). Historia del baúl, el muchacho que alegra y encanta, sus serviles tareas, la amada en la casa de campo, las casas sucias, y etc., pero sobre todo el método. Mi intención era, como ahora veo, escribir una novela al estilo de Dickens, pero enriquecida por las luces más fuertes que la época me proporciona, y las más opacas que emanarían de mí mismo. La opulencia de Dickens y su flujo poderoso y negli-

gente; pero por eso mismo, sus pasajes de tremenda debilidad, donde sólo mezcla lo ya conseguido, fatigosamente. La impresión de barbarie del insensato conjunto, una barbarie que yo sin embargo, gracias a mis debilidades, y a la prudencia de mi condición de epígono, creo haber evitado. Crueldad, detrás del estilo desbordantemente sentimental. Esos bloques burdos de la caracterización, que cuelgan artificialmente de cada personaje y sin los cuales Dickens no sería capaz de seguir arrastrando un solo momento su relato. (Parentesco de Walser con Dickens, en su vago empleo de metáforas abstractas.)

9 de octubre. En casa del campesino Lüfther. La gran entrada. Teatralidad de toda la escena. Él, nervioso, con sus ji-ji y ja-ja y sus golpes en la mesa y su encogerse de hombros y alzar los brazos y coger la jarra de cerveza como un soldado de Wallenstein. A su lado, su mujer, una anciana, con quien se casó hace unos diez años, cuando era su peón. Es un cazador apasionado, no se ocupa mucho de la granja. Dos caballos inmensos en el establo, figuras homéricas, iluminadas por un débil rayo de sol que entraba por la ventana.

14 de octubre. Un muchacho de dieciocho años viene a despedirse de nosotros, mañana entra en el ejército: "Como mañana entro en el ejército, vengo a despedirme de ustedes."

15 de octubre. En el camino a Oberklee, al anochecer; tuve que venirme aquí porque en la cocina estaba el peón con dos soldados húngaros.

La vista desde la ventana de Ottla en el crepúsculo; del otro lado una casa, y más allá ya es campo abierto.

K. y su mujer, en sus campos, en la pendiente frente a mi ventana.

21 de octubre. Hermoso día de sol, cálido, sin viento.

La mayoría de los perros ladran sin motivo, hasta cuando alguien pasa a lo lejos; pero algunos, que tal vez no sean los mejores guardianes, pero que por lo menos son seres racionales, se acercan tranquilamente al desconocido, lo huelen, y sólo ladran si el olor es sospechoso.

6 de noviembre. Absoluta impotencia.

10 de noviembre. Hasta ahora no escribí lo decisivo; sigo fluyendo en dos direcciones. La labor que me espera es prodigiosa.

Soñé con la batalla del Tagliamento: Una llanura; el río en realidad no aparecía; muchos espectadores entusiasmados que se apiñaban, dispuestos a adelantarse o a retroceder, según la situación. Ante nosotros, una meseta, cuyo borde se distinguía con gran claridad, alternativamente despejado y cubierto de altos matorrales. Sobre la meseta, y también del otro lado, combatían los austríacos. Hay gran tensión; ¿cuál será el resultado? A intervalos, al parecer como una diversión, se veían matorrales aislados en la oscura pendiente, detrás de los cuales uno o dos italianos disparaban tiros hacia nosotros. Pero esto no tiene mayor importancia, aunque de todos modos corremos un poco. Luego, nuevamente la meseta: los austríacos corren a lo largo del borde vacío, se detienen bruscamente detrás de los matorrales, vuelven a correr. Al parecer, las cosas van mal, y de todos modos sería incomprensible que fueran bien; no es probable que alguien que después de todo es un ser humano, llegue alguna vez a dominar a otros seres humanos decididos a defenderse. Gran desesperación, parece inminente una retirada general. Entonces aparece un mayor prusiano, que además ha estado desde el principio observando con nosotros la batalla, pero cuando entra tranquilamente en el campo, de pronto vacío, es una nueva aparición. Se mete dos dedos de cada mano en la boca, y silba como cuando uno llama a un perro, pero cariñosamente. Ésta es una señal para su batallón, que esperaba en las proximidades y ahora se adelanta marchando. Es la Guardia Prusiana, jóvenes silenciosos; no muchos, tal vez sólo sea una compañía; todos parecen ser oficiales, por lo menos tienen sables largos, los uniformes son oscuros. Mientras se acercan lentamente a nosotros, en filas apretadas, con pasos cortos, mirándonos de vez en cuando, la naturalidad de esa marcha a la muerte es al mismo tiempo conmovedora, solemne, y un presagio de la victoria. Aliviado por la intercesión de estos hombres, me despierto.

1919

27 de junio. Un nuevo diario, en realidad sólo porque releí los anteriores. Algunos motivos e intenciones, que ahora, a las doce menos cuarto, ya no puedo enunciar.

30 de junio. Estuve en el Parque Rieger. Paseé repetidamente con J.[118] junto a los jazmines. Mentiroso y sincero, mentiroso en mis suspiros, sincero en mi cercanía, en mi confianza, en mi sensación de seguridad. Corazón intranquilo.

6 de julio. Constantemente el mismo pensamiento, el deseo, el temor. Sin embargo, más tranquilo que de costumbre, como si en alguna parte tuviera lugar un gran desarrollo, cuyo distante estremecimiento percibo. Dije demasiado.

5 de diciembre. Nuevamente me abrí paso a través de esa grieta terriblemente larga y angosta, que en realidad sólo puede ser atravesada en sueños. Pero despierto, y voluntariamente, resulta por supuesto imposible.

8 de diciembre. El lunes (feriado) en el parque, en el restaurante, en la Galería. La tristeza y la alegría, la culpabilidad y la inocencia, como dos manos indisolublemente unidas; habría que abrirse paso a través de la carne, la sangre y los huesos, para separarlas.

9 de diciembre. Mucho "Eleseus".[119] Pero hacia donde me vuelva, la ola negra se lanza sobre mí.

11 de diciembre. Jueves. Frío. Callado, con J. en el parque Rieger. Seducción en el Graben. Todo esto es muy difícil. No estoy bastante preparado. En cierto sentido espiritual, es lo mismo que dijo hace veintiséis años el maestro Beck, sin comprender por supuesto la broma profética: "Déjenlo un poco más en quinto grado,

es demasiado débil, esas precipitaciones tienen más tarde sus consecuencias". En efecto, así fué mi desarrollo, como el de un brote abandonado que creció demasiado; hay cierta delicadeza artificial en el movimiento con que trato de eludir las ráfagas de viento; lo más que puede decirse en su favor, es que en ese movimiento hay algo conmovedor, nada más. Como en Eleseus y sus viajes primaverales de negocios a las grandes ciudades. De paso, no hay que menospreciarlo en absoluto: Eleseus también pudo llegar a ser el protagonista del libro, es probable que en la juventud de Hamsun lo hubiera sido.

1920

6 de enero. Todo lo que hace le parece extraordinariamente nuevo. Si no tuviera esa frescura de vida, por su propio valor sólo sería, inevitablemente (y él lo sabe), una aparición más surgida del viejo pantano del infierno. Pero esta frescura lo engaña, le permite olvidar esa circunstancia, o desdeñarla, o por lo menos contemplarla sin sufrimiento. Sin embargo, el día de hoy es indudablemente el día en que el progreso se dispone a seguir progresando.

9 de enero. Superstición y principio fundamental y posibilidad de vida:

A través del cielo de los vicios se llega al infierno de la virtud. ¿Tan fácilmente? ¿Tan inmundamente? ¿Tan improbablemente? La superstición es simple.

Le han cortado un segmento de la parte posterior de la cabeza. El sol y el mundo entero se asoman dentro de ella. Eso lo pone nervioso, lo distrae de su trabajo, y además le irrita que justamente él se vea privado del espectáculo.

No es ninguna refutación del presentimiento de una liberación definitiva, el hecho de que al día siguiente la prisión siga siendo la misma, o más bien sea más estricta; ni siquiera la aclaración expresa de que no cesará nunca. Más bien, todo esto podría ser el preparativo necesario de la liberación definitiva.[120]

1921

15 de octubre. Hace más o menos una semana entregué a M.[121] todos los cuadernos de mi diario. ¿Un poco más libre? No. ¿Y soy todavía capaz de proseguir una especie de diario? En todo caso, será diferente, más bien se esconderá, no existirá de ningún modo; por ejemplo, sólo con un gran esfuerzo sería capaz de anotar algo sobre Hardt, que sin embargo me dió relativamente bastante que hacer. Es como si ya hubiera escrito hace mucho tiempo todo lo que puedo escribir sobre él, o (lo que viene a ser lo mismo) como si ya me hubiera muerto. Podría tal vez escribir sobre M., pero no voluntariamente, y además lo que podría escribir sobre él se dirigiría demasiado directamente contra mí; ya no necesito recordarme tan minuciosamente como antes esas cosas; en ese sentido no soy tan olvidadizo como en otras épocas; me he convertido en una memoria viviente, y también por eso mismo padezco de insomnio.

16 de octubre. Domingo. La desdicha de un comienzo perpetuo; la imposibilidad de hacerme ilusiones en ese sentido, ya que todo es un mero comienzo, y ni siquiera un comienzo; la necedad de los demás que no lo saben, y por ejemplo juegan al fútbol, para conseguir en el mejor de los casos "adelantarse a los otros"; nuestra propia estupidez, enterrada en sí misma como en un ataúd, la estupidez de los demás, que creen ver en ese ataúd un ataúd verdadero, es decir, un ataúd que alguien podría transportar, abrir, destruir, cambiar.

Entre las jóvenes, arriba, en el Parque. Ninguna envidia. Suficiente fantasía para compartir su felicidad, suficiente juicio para saber que soy demasiado débil para esa felicidad, suficiente estupidez para creer que comprendo hasta el fondo su situación y la mía. No, insuficiente estupidez; allí hay una diminuta grieta, el viento se mete a través de ella y arruina toda la resonancia.

Cuando siento el vasto deseo de ser un atleta, es probablemente lo mismo que si sintiera el deseo de ir al cielo para poder seguir siendo en él tan desdichado como lo soy aquí.

Por miserables que sean mis dotes, "a igualdad de circunstancias" (sobre todo considerando mi falta de voluntad), y aun suponiendo que sean las más miserables del mundo, no me queda más remedio que tratar de hacer con ellas lo mejor que se pueda hacer (aunque sea lo que a mí me parece lo mejor); y es un mero sofisma argüir que con esas dotes sólo se puede hacer una cosa y que por lo tanto ésa es la mejor, y que esa cosa es desesperarse.

17 de octubre. Tal vez haya un propósito oculto detrás de la circunstancia de no haber aprendido nada útil y —lo que se relaciona bastante con esto— de haberme arruinado también físicamente. No quería ser distraído, distraído por la alegría de vivir de un hombre sano y útil. ¡Como si la enfermedad y la desesperación no distrajeran por lo menos tanto como la alegría de vivir!

Podría redondear de diversos modos estos pensamientos, y de esa manera deducir de ellos una conclusión satisfactoria para mí; pero no me atrevo, y no creo —por lo menos hoy, y también casi todos los días— que exista una solución satisfactoria para mí.

No envidio a una pareja determinada de casados, sólo envidio a todas las parejas de casados; aun cuando envidio a una pareja determinada, en realidad envidio toda la felicidad matrimonial, en su infinita variedad; es probable que la felicidad que puede gozar una pareja determinada, en el mejor de los casos, sólo consiguiera desesperarme.

No creo que existan personas cuya situación íntima sea semejante a la mía, y sin embargo puedo imaginarme personas en esa situación; pero que el cuervo secreto revolotee constantemente en torno de sus cabezas como revolotea en torno de la mía, eso ni siquiera puedo imaginármelo.

La destrucción sistemática de mi persona, al correr de los años, me parece asombrosa; ha sido como el lento ensancharse de una grieta en un dique, una actividad perfectamente intencional. El espíritu que la ha llevado a término debe estar celebrando sus triunfos; ¿por qué no me deja compartirlos? Pero tal vez no haya

llevado totalmente a cabo sus propósitos, y por eso no puede pensar en otra cosa.

18 de octubre. Eterna infancia. Nuevamente, el llamado de la vida.

Es muy fácil concebir que el esplendor de la vida está constantemente al acecho de todos, en toda su plenitud, pero velado, en la profundidad, invisible, muy lejos. Pero allí está, nada hostil, nada desganado, nada sordo. Si se lo evoca con la palabra adecuada, con el nombre adecuado, acude. Ésa es la esencia de la magia, que no crea, sino evoca.

19 de octubre. La esencia del Peregrinaje por el Desierto. Una persona que cumple este peregrinaje como líder de su organismo, con una vislumbre (más es inimaginable) de conciencia de lo que ocurre. Durante toda la vida sigue la pista de Canaán; que llegue a ver la tierra prometida antes de su muerte, es increíble. Esta última visión sólo puede tener la misión de ilustrar qué momento incompleto es la vida humana, incompleto porque esa manera de vivir podría durar eternamente, y sin embargo no podría constituir otra cosa que un momento. Moisés no llega a Canaán, no porque su vida fuera demasiado corta, sino porque era una vida humana. Este final del quinto libro del Pentateuco tiene cierto parecido con la escena final de *La Educación Sentimental.*

Aquel que no consigue ponerse de acuerdo con la vida mientras vive, necesita una de sus manos para apartar un poco la desesperación causada por su destino —lo consigue muy imperfectamente—, pero con la otra puede anotar lo que ve bajo las ruinas, ya que ve otras cosas, y más cosas, que los demás; está muerto mientras vive, y es el único sobreviviente. Esto, suponiendo que no necesite las dos manos, y más manos que las que tiene, para luchar con la desesperación.

20 de octubre. Por la tarde, Langer, luego Max, que nos leyó *Franzi.*

Un breve sueño, soñado mientras dormía breve y agitadamente, que se apoderó de mí con infinita y convulsa felicidad. Un sueño con numerosas ramificaciones, con mil asociaciones que al mismo tiempo se iluminaban repentinamente; pero apenas me ha quedado

el recuerdo de la idea fundamental: Mi hermano ha cometido un crimen, un asesinato, creo; yo y otras personas estamos complicados en el crimen; el castigo, la solución y la salvación se acercan desde lejos, se agigantan prodigiosamente, muchos indicios anuncian su acercamiento incontenible; mi hermana, creo, proclama constantemente estos signos, que yo saludo también constantemente con gritos de demente; la demencia crece con la proximidad. A causa de su concreción, me parecía que no podría olvidarme nunca de mis exclamaciones, frases breves y aisladas, y sin embargo ya no recuerdo claramente ninguna. Sólo podían ser exclamaciones, ya que me costaba mucho trabajo hablar; tenía que hinchar los carrillos y al mismo tiempo torcer la boca, como si me dolieran las muelas, antes de emitir una sola palabra. La felicidad consistía en que por fin llegó el castigo, y yo le di la bienvenida con tanto alivio, tanta convicción y tanta felicidad, que la escena debió conmover a los dioses; también sentí, casi hasta las lágrimas, esa emoción de los dioses.

21 de octubre. No había podido entrar en la casa, porque oía una voz que le decía: "Espera, yo te conduciré." Es así que permanecía echado en el polvo, frente a la casa, aunque probablemente ya todo fuera inútil (como habría dicho Sara).

Todo es una fantasía, la familia, la oficina, los amigos, las calles, todo es fantasía, más cercana o más lejana, la mujer; la verdad más accesible es simplemente que te rompes la cabeza contra la pared de una celda sin puertas ni ventanas.

22 de octubre. Un experto, un conocedor, uno que conoce su ramo, un conocimiento que de todos modos no puede ser impartido, pero que por suerte tampoco nadie parece necesitar.

23 de octubre. Por la tarde, film sobre Palestina.

25 de octubre. Ayer, Ehrenstein.

Mis padres jugaban a las cartas; yo estaba sentado en otra parte, solo, totalmente alejado; mi padre me invitó a jugar, o por lo menos a mirar el juego; me excusé de cualquier modo. ¿Qué significa ese rechazo, tantas veces repetido desde la infancia? La invitación me habría permitido intervenir en la vida social, hasta cierto punto en la vida pública; lo que se me exigía para esa participación, habría sabido cumplirlo, si no bien, por lo menos pasablemente; es probable que ni siquiera me hubiera aburrido jugar a las cartas; y sin embargo, no aceptaba. Cuando pienso en esto, no tengo derecho de quejarme de no haber entrado nunca en la corriente de la vida, de no haberme escapado de Praga, de no haber sido nunca obligado a interesarme en los deportes o en los oficios manuales, y demás quejas semejantes; probablemente habría rechazado siempre la invitación, así como rechacé la invitación al juego. Sólo permití la intervención de lo insensato, el estudio del derecho, la oficina; más tarde las insensatas adiciones, como un poco de jardinería, de carpintería, etc.; estas adiciones deben ser consideradas como los manejos de un hombre que echa de su puerta al mendigo necesitado y luego, a solas, juega al benefactor, pasándose limosnas de la mano derecha a la izquierda.

Pero yo siempre rehusé, tal vez por debilidad general, y en especial por falta de voluntad; sólo empecé a comprenderlo (en parte) cuando era muy tarde. De costumbre, al principio solía considerar ese rechazo como una buena señal (alucinado por las grandes e imprecisas esperanzas que me forjaba sobre mí mismo); hoy sólo me queda un resto de esa benévola interpretación.

29 de octubre. Unas noches después decidí intervenir realmente, apuntando los tantos de mi madre. Pero no surgió sin embargo ningún acercamiento, y cualquier indicio de acercamiento que podía surgir era borrado por el cansancio, el tedio, el pesar que me causaba perder el tiempo. Así habría sido siempre. Muy, muy pocas veces he conseguido trasgredir esa frontera entre la soledad y la sociedad; hasta he llegado a establecerme más firmemente en esa frontera que en la soledad misma. En comparación, ¡qué tierra más hermosa y llena de vida era la isla de Robinson!

30 de octubre. Por la tarde, al teatro, Pallenberg.

Mis posibilidades íntimas de, no diré escribir o interpretar *El Avaro,* sino ser el Avaro mismo. Sólo requeriría un ademán más rápido y decidido; ya toda la orquesta contempla fascinada ese lugar sobre el pupitre del director, donde se alzará la batuta.

El sentimiento de la absoluta desolación.

¿Qué te une a esos cuerpos perfectamente delimitados, parlantes, de ojos centelleantes, más que a cualquier otro objeto, por ejemplo a la lapicera que tienes en la mano? ¿Tal vez porque

perteneces a su misma especie? Pero no perteneces a su misma especie, por eso mismo te has planteado la pregunta.

La precisa delimitación del cuerpo humano es horrible.

¡Qué asombroso, qué inexplicable el hecho de no haber perecido, y lo que silenciosamente me guía! Me impulsa a este absurdo: "abandonado a mis propios medios, hace mucho que estaría perdido". Mis propios medios.

1º de noviembre. El *Canto del Macho Cabrío*, de Werfel.

Libre manejo del mundo, siempre que se respeten sus leyes. La imposición de las leyes. Felicidad de esa fidelidad a la ley.

Pero no es posible imponer la ley al mundo sólo de manera que lo demás siga como antes, y que en cambio el nuevo legislador sea libre. Eso no sería ley, sino arbitrariedad, rebeldía, condena de sí mismo.

2 de noviembre. Vaga esperanza, vaga confianza.

Una tarde de domingo interminable, triste, que consume años enteros; una tarde hecha de años. Alternativamente desesperado por las calles vacías y tranquilizado en el sofá. A veces, asombro ante las nubes incoloras, insensatas, que pasan casi incesantemente por el cielo. "¡Te reservan para un gran lunes!" "Bien dicho, pero el domingo no termina nunca."

3 de noviembre. El llamado.

7 de noviembre. Ineludible obligación de observarme a mí mismo: Si algún otro me observa, entonces, naturalmente, también yo debo observarme; si en cambio nadie me observa, tanto más atentamente debo observarme.

Envidio la facilidad con que se deshacen de mí todos los que se enojan conmigo, o los que llegan a considerarme indiferente o fastidioso (suponiendo, probablemente, que no se trate de un asunto de vida o muerte, como pareció tratarse una vez durante mi relación con F.; no fué fácil deshacerse de mí, aunque por supuesto yo era joven y lleno de vigor; también mis deseos eran vigorosos).

1º de diciembre. Después de cuatro visitas, M. se va; parte mañana por la mañana. Cuatro días más tranquilos, en medio de días de tortura. Hay un largo camino entre el hecho de que su partida no me entristezca (por lo menos no me entristezca realmente) y el hecho de que su partida me entristezca sin embargo infinitamente. Francamente: la tristeza no es lo peor.

2 de diciembre. Escribí unas cartas en el cuarto de mis padres. Las formas de la decadencia son inimaginables. Hace poco, la idea de que cuando yo era un niño mi padre me derrotó, y hasta ahora, por ambición, no he podido abandonar después de tantos años el campo de batalla, aunque siempre volveré a ser derrotado. Siempre M., o más bien no es M., sino un principio, una luz en las tinieblas.

6 de diciembre. De una carta: "Con eso me caliento durante este lúgubre invierno." La metáfora es una de las muchas cosas que me hacen desesperar de la posibilidad de escribir. La falta de independencia de la literatura, su sujeción a la criada que enciende el fuego de la chimenea, al gato que se calienta ante la estufa, hasta al pobre y anciano ser humano que se calienta a su lado. Todas éstas son actividades independientes, que se rigen por sus propias leyes; sólo la literatura está indefensa, no vive por sí misma, es una broma y una desesperación.

Dos criaturas, solas en su casa, entraron en un gran baúl; la tapa se cerró, no pudieron abrir, y se murieron sofocadas.

20 de diciembre. Sufrí mucho mentalmente.

Me desperté sobresaltado de un profundo sueño. En medio de la habitación, sentado junto a una mesita, vi a la luz de la bujía a un desconocido. En la penumbra parecía ancho de hombros y macizo, el grueso abrigo abierto lo hacía parecer más ancho aún.

Mejor meditarlo:

Raabe, agonizante, mientras su mujer le acariciaba la frente: "¡Qué agradable!"

El abuelo, que sonríe con su boca desdentada a su nieto.

Es sin duda una especie de felicidad poder escribir tranquilamente: "La muerte por sofocación es inimaginablemente atroz." Por supuesto, es inimaginable, por eso mismo no escribí nada.

23 de diciembre. Nuevamente me quedé leyendo *Nás Skautík.*[122] *Ivan Ilich.*[123]

1922

16 de enero. Durante la semana pasada sufrí una especie de derrumbe total, tan absoluto como solamente lo fué el de aquella noche, hace dos años; fuera de ellos no pasé nunca por una experiencia semejante. Todo parecía haber terminado, y todavía hoy no creo que haya mejorado mucho. Se lo puede interpretar de dos maneras, y es probable que las dos interpretaciones sean válidas.

Primera: Agotamiento, imposibilidad de dormir, imposibilidad de estar despierto, imposibilidad de vivir, o más exactamente de soportar el curso de la vida. Los relojes no andan de acuerdo; el interior corre de una manera diabólica, o demoníaca, o en todo caso inhumana, el exterior prosigue trastabillando su marcha habitual. Qué otra cosa puede suceder, sino que esos dos mundos diferentes se separen; y se separan, o por lo menos chocan entre sí de un modo horrible. La locura de la marcha interna puede tener varios motivos; el más visible es la introspección, que no deja en reposo ninguna idea, las persigue hasta la superficie, sólo para convertirse a su vez en idea y ser perseguida por una nueva introspección.

Segundo: Esta persecución me desvía de la humanidad. La soledad, que en gran parte hasta ahora me fué impuesta, y en parte también buscada por mí —pero ¿acaso esto no era también una imposición?— está perdiendo ya toda ambigüedad y llega a su máximo. ¿Hacia dónde tiende? Lo más probable es que tienda a la locura; en ese sentido no puedo decir otra cosa, la persecución se desarrolla dentro de mí y me destroza. O tal vez pueda —¿puedo?—, aun cuando sólo sea en una mínima parte, hacer pie, y dejarme arrastrar por la persecución. ¿Adónde llegaría en ese caso? "Persecución" es solamente una metáfora; en realidad, también podría decir "asalto de la última frontera terrena", y en verdad un asalto desde abajo, un asalto de la humanidad, y como también ésta sólo es una metáfora, puedo sustituirla por la metáfora de un asalto desde arriba, también dirigido hacia mí.

Toda esta literatura es un ataque contra las fronteras, y si el sionismo no hubiera intervenido, podría haberse convertido fácilmente en una nueva doctrina secreta, una Cábala. Hay indicios. De todos modos, en ese caso haría falta un genio casi inimaginable, para volver a echar nuevamente raíces en las viejas centurias, o crear nuevamente las viejas centurias, y sin embargo no agotarse, sino sólo entonces empezar a prodigarse.

17 de enero. Casi lo mismo.

18 de enero. Aquello, algo más tranquilo, y ahora viene G. Salvación o desastre total, lo que quieran.

Un momento de reflexión: Confórmate, aprende (aprende, cuarentón) a demorarte en el momento (sin embargo, alguna vez lo pudiste). Sí, en el momento, en el terrible momento. No es terrible, sólo el temor del futuro lo vuelve terrible. Y también la consideración del pasado. ¿Qué has hecho con el don del sexo? Lo has desperdiciado, eso es lo que dirán finalmente, nada más. Pero habría sido fácil aprovecharlo. Francamente, una pequeñez, y una pequeñez que ni siquiera es perceptible, provocó la decisión. ¿Por qué te asombras? Así ocurrió con las más grandes batallas de la historia universal. Las pequeñeces deciden las pequeñeces.

M. tiene razón: el temor es la desdicha, pero no por eso el coraje es la felicidad, sino la falta de temor; no el coraje, que a veces ambiciona lo que no pueden las fuerzas (en mi curso tal vez sólo había dos judíos que tenían coraje, y los dos se pegaron un tiro mientras estaban todavía en el colegio, o poco después de recibirse), es decir, no el coraje, sino la falta de temor, tranquila, siempre alerta, capaz de soportar todo. No te obligues a nada, pero no seas desdichado porque no te obligas, o porque tienes que obligarte cuando quieres hacer algo. Y si no te obligas, no estés todo el tiempo deseando la posibilidad de hacerlo. En realidad, no es siempre tan claro, o tal vez lo es, por ejemplo: el sexo me persigue, me atormenta día y noche; para satisfacerlo tendría que vencer el temor y la vergüenza y tal vez también la tristeza, pero por otra parte es indudable que sería capaz de aprovechar sin miedo ni tristeza ni vergüenza una oportunidad que se presentara rápida y cercana y voluntariamente; pero entonces debo deducir de lo anterior esta ley: no tratar de vencer el temor, etc. (ni tampoco jugar con la idea de vencerlos), sino más bien aprovechar las oportunidades (pero no quejarme si no se presentan). Es verdad que existe un

término medio entre la "acción" y la "oportunidad", es decir, la conducción, la atracción de la "oportunidad", actitud que por desgracia adopté siempre, no sólo en esto, sino en todo. De la "ley" no se deduce mayormente nada contra esta práctica, aunque esa "atracción" de las oportunidades, especialmente cuando hace uso de medios inadecuados, se parece bastante al "juego con la idea de vencer al temor, etc.", y no tiene ni rastros de esa tranquila y siempre alerta falta de temor. A pesar de su concomitancia "verbal" con la "ley", es algo detestable y debe ser evitado incondicionalmente. En verdad, para evitarlo necesitaría obligarme, y es así que no llego nunca al final del asunto.

19 de enero. ¿Qué significan hoy las conclusiones de ayer? Significan lo mismo que ayer, son verdaderas, sólo que la sangre se pierde manando gota a gota por las grietas entre las grandes piedras de la ley.

La infinita, profunda, cálida, redentora felicidad de estar sentado junto a la cuna de nuestro hijo, frente a la madre.

Hay en eso algo de esta sensación: que ya nada depende de ti, a menos que lo desees. En cambio, la sensación de los que no tienen hijos: constantemente, todo depende de ti, quieras o no quieras, en todo momento hasta el fin, en todo torturante momento, constantemente depende de ti, y sin resultado. Sísifo era soltero.

No hay mal; una vez que has cruzado el umbral, todo es bueno. Otro mundo, y no debes hablar.

Las dos preguntas [124]:

Por algunas pequeñeces, que me avergonzaría mencionar, tuve la impresión de que tus últimas visitas, en verdad generosas y nobles, como siempre, revelaban sin embargo cierto cansancio, cierta obligación, como las visitas a los enfermos. ¿Es correcta esa impresión?

¿Has encontrado en mi diario algo decisivo contra mí?

20 de enero. Un poco más tranquilo. ¡Qué necesario era! En cuanto me siento un poco tranquilo, ya me siento casi demasiado tranquilo. Como si sólo tuviera la verdadera sensación de mí mismo cuando soy intolerablemente feliz. También esto es probablemente cierto.

Ser cogido por el cuello de la chaqueta, arrastrado por las calles, arrojado a través de la puerta. Esquemáticamente es así, pero en la realidad hay cierta resistencia, sólo en mínima parte —esa mínima parte que mantiene la vida y el tormento— menos violenta que la fuerza primera. Yo, víctima de ambas.

Este "demasiado tranquilo". Como si me fuera negada —de alguna manera física, física como resultado de los años de tormentos (¡Confianza! ¡Confianza!)— la posibilidad de una vida tranquila de creación, y por lo tanto de una vida de creación, ya que el estado del tormento es para mí exactamente lo mismo que el tormento, encerrado en sí mismo, inaccesible para todo, completamente infranqueable.

El torso: visto de costado, desde el borde superior de las medias hacia arriba, la rodilla, el muslo y la cadera de una mujer morena.

¿La nostalgia del campo? No es indudable. El campo suscita la nostalgia, la infinita nostalgia.

M. tiene razón en lo que se refiere a mí: "Todo es glorioso, sólo que no es para mí, y con justicia." Con justicia, digo, y demuestro que por lo menos creo en eso. ¿O ni siquiera en eso? Porque no pienso realmente en la "justicia"; la vida, tanto es su poder de convicción, no tiene lugar para la justicia o la injusticia. Así como en la hora desesperada de la muerte no puedes meditar en la justicia o en la injusticia, así tampoco puedes hacerlo en la desesperación de la vida. Basta con que las flechas encajen exactamente en las heridas que han abierto.

En cambio, no hay en mí ningún indicio de una condena general de mi generación.

21 de enero. Todavía no hay demasiada tranquilidad. De pronto, en el teatro, al ver la cárcel de Florestan, se abre el abismo. Todo, cantores, música, público, vecinos, todo está más lejos que el abismo.

Al parecer, nadie tuvo tarea más difícil. Podrían decir: no es una tarea, ni siquiera es imposible, ni siquiera es la imposibilidad misma; no es nada, ni siquiera existe más de lo que existe el hijo que anhela una mujer estéril. Sin embargo, es el aire que respiro, mientras siga respirando.

Me dormí después de medianoche, me desperté a las cinco, un éxito extraordinario, una dicha extraordinaria, y además seguí con sueño. La dicha sin embargo fué mi desdicha, porque entonces reapareció el pensamiento que no me abandona: no mereces tanta dicha; todos los dioses de la venganza se abalanzaron sobre mí, vi cómo sus jefes enfurecidos abrían salvajemente las manos y me amenazaban, o hacían sonar terriblemente los címbalos. La agitación de esas dos horas, hasta las siete, no sólo destruyó la ganancia de la noche, sino que además me mantuvo todo el día trémulo e inquieto.

Sin antepasados, sin matrimonio, sin descendientes, con un anhelo salvaje de antepasados, de matrimonio, de descendientes. Todos me tienden la mano, los antepasados, el matrimonio y los descendientes, pero demasiado lejos de mí.

Para todo hay un sustituto artificial y miserable, para los antepasados, para el matrimonio y para los descendientes. Convulsamente, uno recurre a él, y si ya no lo han destruído las convulsiones, lo destruye la inutilidad del sustituto.

22 de enero. Decisión nocturna.

La observación sobre los "solterones que conoció cuando era niño" era clarividente, aunque por supuesto un caso de clarividencia bajo circunstancias muy favorables.[125] El parecido con el tío Rudolf [126] es sin embargo cada vez más desconcertante: los dos callados (yo menos), los dos dependientes de sus padres (yo más), enemistados con el padre, amados por la madre (él además condenado a la terrible convivencia con su padre, aunque también el padre estaba condenado a vivir con él), ambos tímidos, excesivamente modestos (él más), ambos considerados como personas buenas y nobles, aunque en mí no hay mucho de eso y a mi entender tampoco había demasiado en él (la timidez, la modestia, el temor, hacen parecer bueno y noble, porque ofrecen menos resistencia a los impulsos expansivos de los demás), ambos hipocondríacos al principio, luego realmente enfermos, ambos bastante bien mantenidos por el mundo, por tratarse de dos haraganes (él, como era menos haragán que yo, mucho peor mantenido, suponiendo que se pueda comparar las épocas), ambos empleados del gobierno (él mejor), ambos entregados a la vida más uniforme y monótona, jóvenes sin desarrollo hasta el final, aunque más justa que jóvenes es la expresión bien conservados; ambos al borde de la locura, él, alejado de los judíos, con prodigioso coraje, con prodigiosa vitalidad (donde se puede medir la magnitud del peligro de

locura), se refugió en la Iglesia, lo que consiguió refrenarlo un poco hasta el final, siempre dentro del campo de las suposiciones; probablemente él no había conseguido refrenarse a sí mismo durante muchos años. Una diferencia a favor de él, o contra él, es que él tenía mucho menos disposición artística que yo, y por lo tanto hubiera podido elegir un camino mejor cuando era joven; no estaba tan dividido, ni siquiera por la ambición. Si tuvo que luchar con las mujeres (dentro de sí mismo), no lo sé; un cuento suyo que leí parecía darlo a entender; también se contaba algo por el estilo cuando yo era niño. Sé demasiado poco de él, no me atrevo a preguntar. Además, escribo sobre él con irreverencia, como si todavía viviera. No es cierto, por otra parte, que no fuera bueno, jamás descubrí en él el menor indicio de ruindad, envidia, odio o avaricia; probablemente era demasiado poco importante como para poder ayudar a los demás. Era infinitamente más inocente que yo, no cabe la comparación. En los detalles era una caricatura mía, pero en esencia soy yo una caricatura suya.

23 de enero. Nuevamente la inquietud. ¿Qué la produce? Ciertos pensamientos, pronto olvidados, pero que dejan detrás de sí una inolvidable inquietud. Más bien que los pensamientos, podría citar los lugares donde aparecieron; uno, por ejemplo, en el caminito herboso que pasa frente a la sinagoga de Altneu. Inquieto también a causa de cierta sensación de satisfacción, que de vez en cuando, bastante tímida y lejana sin embargo, se me acercaba. Inquieto también porque las resoluciones nocturnas sólo quedan en resoluciones. Inquietud porque hasta este momento mi vida se redujo a marcar el paso en el mismo lugar, y su desarrollo fué en su mayor parte el desarrollo de un diente cariado que va deshaciéndose poco a poco. No ha habido, de parte mía, la más mínima demostración de una línea de conducta que dirigiera mi vida. Como si me hubieran dado, como a todo el mundo, el centro del círculo, para que recorriera como todo el mundo el radio correspondiente, y luego trazara la hermosa circunferencia. En vez de hacer lo me reduje a empezar constantemente nuevos radios, para interrumpirlos luego, también constantemente. (Ejemplos: el piano, el violín, los idiomas, la germanística, el antisionismo, el sionismo, el hebreo, la jardinería, la carpintería, la literatura, las tentativas de matrimonio, la vivienda propia.) El centro del círculo imaginario está repleto de radios sin terminar, ya no hay más lugar para un nuevo intento; esa falta de lugar se llama vejez, debilidad nerviosa, y la imposibilidad de un nuevo intento significa el final. Pero si alguna vez

prolongué el radio un poquito más que de costumbre, por ejemplo en mis estudios de derecho o en mis compromisos matrimoniales, bastaba ese poquito para empeorar todo, en vez de mejorarlo.

Le conté a M. lo de la noche, insatisfactoriamente. Acepta los síntomas, no te quejes de los síntomas, húndete en el sufrimiento.

Agitación cardíaca.

24 de enero. La felicidad de los casados, viejos y jóvenes, de la oficina. Fuera de mi alcance; y si estuviera a mi alcance, me resultaría intolerable, y sin embargo es el único anhelo que me siento inclinado a satisfacer.

Titubeo prenatal. Si existe la trasmigración de las almas, entonces no he llegado todavía ni al primer escalón. Mi vida es un titubeo prenatal.

Estabilidad. No quiero desarrollarme en ningún sentido determinado, quiero cambiar de lugar; esto en realidad es aquel "deseo de irse a otro planeta"; me bastaría poder existir cerca de mí, me bastaría poder considerar el lugar donde me encuentro como otro lugar.

El desarrollo fué simple. Cuando todavía estaba satisfecho, quería estar insatisfecho, y me impelía hacia la insatisfacción con todos los medios de la época y de la tradición que me eran accesibles; luego quería volver. Es así que siempre estaba insatisfecho, aun con mi satisfacción. Es notable cómo la realidad puede surgir de la comedia, si se la sistematiza suficientemente. Mi decadencia espiritual empezó con juegos infantiles, aunque puerilmente conscientes. Por ejemplo, contraía artificialmente los músculos faciales, cruzaba el Graben con los brazos cruzados detrás de la cabeza. (Algo semejante ocurrió con el desarrollo de mi estilo literario, sólo que más tarde, por desgracia, ese desarrollo se interrumpió.) Si es posible forzar así a la desdicha a que caiga sobre uno mismo, entonces es posible forzar cualquier cosa a que caiga sobre uno mismo. Por más que mi desarrollo parezca negarlo, y por más que pensarlo contradiga totalmente mi carácter, no puedo de ningún modo admitir que los primeros comienzos de mi desdicha fueran íntimamente necesarios; tal vez los caracterizara cierta necesidad, pero no una necesidad íntima; se acercaban revoloteando como moscas,

y hubiera podido alejarlos tan fácilmente como se aleja a las moscas.

La desdicha en la otra orilla habría sido tan grande como en ésta, probablemente más grande (a causa de mi debilidad); después de todo conservo cierto recuerdo, la palanca todavía está temblando, a pesar del tiempo trascurrido desde que traté de invertirla por última vez; ¿por qué entonces aumento la desdicha de estar en esta orilla, con el anhelo de estar en la otra?

Triste, con motivo. De él dependo. Siempre en peligro. Sin escapatoria. ¡Qué fácil fué la primera vez, qué difícil ésta! Con qué desolación me contempla el tirano: "¿Quieres llevarme hacia allí?" A pesar de todo, ningún reposo, sin embargo; por la tarde entierro las esperanzas de la mañana. Es imposible llegar a un acuerdo amistoso con una vida semejante, indudablemente no ha existido nunca una persona que pudiera hacerlo. Cuando otras personas llegaban a este límite —y ya el hecho de haber llegado a este límite merece compasión—, se hacían a un lado, pero yo no puedo. Por otra parte, hasta parecería no que hubiera llegado, sino que me hubieran empujado como a un niñito y luego me hubieran aferrado allí con cadenas; sólo la conciencia de la desdicha se iluminó en mí progresivamente, porque la desdicha en sí ya estaba preparada; para verla sólo hacía falta no una mirada profética, sino simplemente una mirada penetrante.

Por la mañana pensé: "Tal vez puedas seguir viviendo de este modo, después de todo; ten cuidado solamente de protegerte de las mujeres." Protegerted e las mujeres; pero ya están al acecho en el "de este modo".

Decir que me abandonaste sería muy injusto; pero que me abandonaron, y a veces me abandonaron terriblemente, es cierto.

También en el sentido de la "resolución" tengo derecho de sentirme infinitamente desesperado ante mi situación.

27 de enero. Spindermühle. Necesidad de independizarme de esta mezcla de mala suerte y torpeza, representada por los dos trineos, el baúl roto, la mesa coja, la luz pésima, la imposibilidad de conseguir un poco de silencio en el hotel durante la tarde, etc. Eso no se obtiene mediante la negligencia, porque uno no puede pasar por alto estas cosas; sólo se logra mediante un llamado a un nuevo contingente de fuerzas. De todos modos, aquí hay toda clase

de sorpresas; hasta la persona más desesperada debe reconocerlo, la experiencia demuestra que algo puede salir de la nada, que de la ruinosa pocilga pueden salir arrastrándose el cochero y los caballos.[127]

Mis fuerzas que se desmoronaban durante el viaje en trineo. Uno no puede hacerse una vida, como un equilibrista que se yergue al revés sobre ambas manos.

Notable, misterioso, tal vez peligroso, tal vez redentor consuelo de escribir; ese escapar de un salto de las filas de los asesinos, esa observación de lo que ocurre. Observación de lo que ocurre, cuando se logra un tipo de observación superior; un tipo superior, no más agudo; y cuanto más alto es este tipo de observación, tanto más inalcanzable resultará para dichas "filas", y por lo tanto más independiente, y por lo tanto más sujeto a sus propias leyes de movimiento, y por lo tanto más incalculable, más alegre, más ascendente será su camino.

Aunque escribí claramente mi nombre en el registro del hotel, y aunque ya me escribieron dos veces correctamente, sigo sin embargo inscripto abajo con el nombre Josef K. ¿Tendré que recordarles la verdad, o tendré que dejar que ellos me la recuerden a mí? [128]

28 de enero. Un poco mareado, cansado de lanzarme cuesta abajo; todavía hay armas, tan pocas veces empleadas; me acerco tan pesadamente a ellas porque desconozco las alegrías de su empleo; no pude aprenderlo cuando era niño. No sólo no lo aprendí "por culpa de mi padre", sino también porque quería turbar la "tranquilidad", el equilibrio, y por eso no podía permitir que una nueva persona naciera en otra parte, cuando yo me esforzaba aquí por enterrarla. Es claro que también así llego a la "culpa", porque ¿por qué quería yo huir del mundo? Porque "él" no me dejaba vivir en el mundo, en su mundo. De todos modos, no debo emitir un juicio tan preciso; ya soy ciudadano de este otro mundo, que se parece al mundo normal como el desierto a la tierra cultivada (durante cuarenta años erré alejándome de Canaán); miro hacia el pasado, como un extranjero; además, en este otro mundo —y esto me sigue como una herencia paterna— soy el más diminuto y el más temeroso, y sólo consigo vivir en él gracias a su organización especial, mediante la cual hasta el más insignificante puede gozar

en él de exaltaciones instantáneas, aunque también está expuesto a que lo aplaste durante mil años el peso de los mares. Pero a pesar de todo, ¿no debería sentirme agradecido? ¿Acaso era tan evidente que encontraría el camino hasta aquí? ¿Acaso el "ostracismo" del otro lado, unido al rechazo en éste, no habrían podido aplastarme en la frontera? ¿No era acaso tan tremendo el decreto, gracias al poder de mi padre, que nada podía resistírsele? En realidad, es como el Peregrinaje por el Desierto al revés, con sus sucesivas aproximaciones al desierto y sus esperanzas infantiles (sobre todo en lo que se refiere a las mujeres): "tal vez me quede después de todo en Canaán", cuando ya hace mucho tiempo que estoy en el desierto, y sólo son espejismos de la desesperación, especialmente en esos momentos en que también allí soy el más miserable de todos, y Canaán se me aparece como la única Tierra Prometida, ya que no existe para los hombres una tercera región.

29 de enero. Algunos ataques al anochecer, por el camino, en la nieve. Constantemente, la confusión de las ideas, algo así: Mi situación en este mundo parece espantosa: solo, en Spindelmühle, además en un camino desolado, donde uno se resbala sin cesar en la oscuridad, en la nieve, y por otra parte un camino insensato, sin una meta terrestre; (¿hacia el puente? ¿Por qué hacia él? Además ni siquiera llegué al puente); abandonado en este lugar (no puedo contar con el médico como una ayuda humana y personal, no hice nada para merecerlo, en el fondo mi única relación con él son sus honorarios), incapaz de hacerme amigo de nadie, incapaz de soportar una amistad, en el fondo lleno de infinito asombro ante una reunión animada de personas (sin embargo acá, en el hotel, no es muy animada, sería exagerar decir que yo tengo la culpa, algo así como "el hombre de la sombra demasiado grande", aunque en realidad mi sombra en este mundo es demasiado grande; y con repetido asombro veo la capacidad de resistencia de algunas personas que "a pesar de todo", quisieran vivir en esta sombra, justamente bajo ella; pero éste es un asunto que merece más detención) o aun ante unos padres con sus hijos; además, no sólo abandonado aquí, sino también en Praga y sobre todo en Praga, mi "patria", y en verdad no sólo abandonado por los seres humanos, lo que no sería lo peor, porque podría correr detrás de ellos mientras viviera, sino por mí mismo en relación con los demás seres humanos, por mis fuerzas en relación con los demás seres humanos; siento simpatía hacia los que aman, pero no puedo amar, estoy demasiado lejos, estoy desterrado; y

como después de todo soy un hombre y mis raíces exigen alimento, también tengo "allá abajo" (o allá arriba) mis representantes, lamentables e insuficientes comediantes, que sólo consiguen satisfacerme (en el fondo, no me satisfacen nada, y por eso me siento tan abandonado) porque mi alimento esencial proviene de otras raíces, en otros climas, y aunque también estas raíces son lamentables, son sin embargo más aptas para la vida.

Esto me conduce a la confusión de ideas. Si las cosas sólo fueran como parecen ser en ese camino en la nieve, entonces serían terribles, entonces estaría perdido, y no en un sentido de amenaza, sino en un sentido de ajusticiamiento inmediato. Pero en realidad estoy en otra parte; la fuerza de atracción del mundo humano es tan prodigiosa que en un momento puede hacernos olvidar todo lo demás. Pero también la fuerza de atracción de mi mundo es grande, aquellos que me quieren, me quieren porque estoy "abandonado", y en verdad no en el sentido probable del vacío Weissiano, sino porque sienten que en otros planos, en momentos de felicidad, poseo la libertad de movimientos que en este plano me falta por completo.

Si por ejemplo llegara aquí de pronto M., sería espantoso. Es verdad que exteriormente mi situación parecería por el momento y en comparación más brillante. Me respetarían como a un ser humano entre otros seres humanos, oiría palabras que serían algo más que una mera fórmula, me sentaría (por supuesto, algo menos erguido que ahora que me siento solo, y aun así me siento bastante encorvado) a la mesa de la compañía teatral, en apariencia casi llegaría a poder compararme socialmente con el doctor H.; pero me vería arrojado a un mundo donde no puedo vivir. Queda sólo por resolver el enigma de por qué fuí feliz en Marienbad durante catorce días, y por qué, en consecuencia, tal vez pudiera ser feliz aquí con M., claro que después de una dolorosa abolición de fronteras. Pero probablemente sería mucho más difícil que en Marienbad; mis ideas son ahora más firmes, mi experiencia mayor. Lo que antes era una cinta delimitatoria, ahora es un muro o una montaña, o más exactamente: el hoyo de un sepulcro.

30 de enero. Esperando una neumonía. Temor, no tanto de la enfermedad, sino en lo que se refiere a mi madre, a mi padre, al Director y en general a todo el mundo. Aquí parece resultar evidente que ambos mundos existen, y que yo me comporto ante la enfermedad con tanta ignorancia, tanto desinterés y tanta

timidez como ante, por ejemplo, un *maître d'hôtel.* Pero además la separación me parece demasiado definida, de una definición amenazadora, triste, y demasiado tiránica. ¿Vivo entonces en el otro mundo? ¿Osaré decirlo?

Alguien dice: "¿Qué me importa la vida? No quiero morirme únicamente por consideración hacia mi familia." Pero la familia es justamente un representante de la vida, por lo tanto esa persona quiere seguir viviendo por consideración hacia la vida. Ahora bien, en lo que se refiere a mi madre, esto parece ser cierto también en mi caso, pero sólo en los últimos tiempos. O tal vez sólo me hayan impuesto esta actitud el agradecimiento y la compasión. Agradecimiento y compasión porque veo cómo se esfuerza, con un vigor que a pesar de su edad parece inagotable, por compensar mi falta de relación con la vida. Pero el agradecimiento también es vida.

31 de enero. Esto significaría que sigo viviendo por mi madre. Pero no puede ser cierto, porque aun cuando yo fuera infinitamente más importante, sólo sería un emisario de la vida, y me sentiría unido a ella, si no por otra cosa, por ese encargo.

Lo negativo, únicamente, por más poderoso que sea, no puede bastar, como a veces creo en mis más desdichados momentos. Porque en cuanto he ascendido el más leve escalón, y siento alguna seguridad, aun la más dudosa de las seguridades, me tiendo y espero que lo negativo me atraiga y me haga bajar ese mínimo escalón, en vez de esperar que ascienda hacia mí. Es un instinto defensivo, que no soporta en mí la aparición del más mínimo bienestar duradero, y por ejemplo hace trizas la cama matrimonial aun antes de haberla tendido.

1º de febrero. Nada, sólo cansado. Felicidad del carrero, cuyas noches son todas como lo fué para mí esta noche, y aun mejores. Por ejemplo, pasarse la velada sobre la estufa. Las personas son más puras que por la mañana; el momento de quedarse dormido de cansancio es el momento perfecto en que uno se ve libre de fantasmas; todos se dispersan, sólo al avanzar la noche vuelven, y por la mañana ya están todos reunidos, allí al lado, aunque todavía irreconocibles; y entonces empieza nuevamente, en las personas sanas, la diaria tarea de dispersarlos.

Vista con ojos primitivos, la única verdad incontestable, que nada exterior puede perturbar (el martirio, el sacrificio en aras de otra persona), es el dolor físico. Es notable que el dios del dolor no fuera el dios supremo de las primeras religiones (sólo tal vez en las posteriores). Para cada enfermo su dios doméstico; para los enfermos del pulmón el dios de la sofocación. ¿Cómo soportar su llegada, cuando uno no ha comulgado con él antes de la terrible unión?

2 de febrero. Lucha en el camino hacia Tannenstein, por la mañana; lucha mientras contemplaba el concurso de saltos de esquí. El pequeño y alegre B., en cierto modo ensombrecido en medio de toda su inocencia por mis fantasmas, por lo menos así lo veía yo; sobre todo la pierna echada hacia adelante, con la media gris enrollada, la mirada que vagaba sin propósito definido, las palabras también sin propósito definido. Se me ocurre que es por eso —aunque ya es forzar las conclusiones— que al anochecer quiso acompañarme hasta mi casa.

La "lucha" sería probablemente terrible si tuviera que aprender un oficio.

La supremacía de lo negativo, probablemente exaltada por la "lucha", hace inminente una decisión entre la locura y la seguridad.

Felicidad de estar con la gente.

3 de febrero. Insomnio, casi total; perseguido por los sueños, como si me los hubieran grabado adentro a arañazos, en un material tenaz.

Hay evidentemente una debilidad, una falta, que sin embargo es difícil de describir; es una mezcla de timidez, reserva, garrulidad, tibieza de alma, con esto quiero circunscribir algo determinado, un grupo de debilidades, que en cierto modo constituyen una única y precisa debilidad (que no se confunde con los grandes vicios, como la tendencia a la mentira, la vanidad, etc.). Esta debilidad me impide enloquecer, pero también me impide todo progreso. Por eso, porque me impide enloquecer, la cultivo; ante el temor de la locura, le sacrifico el progreso, e indudablemente, al cerrar un trato en este plano que no admite tratos, pierdo. Mientras no se entremeta la somnolencia, y destruya con su labor diaria y nocturna

todos los impedimentos, y me abra el camino. Pero entonces volvería a apoderarse de mí la locura, porque no deseaba ese progreso, y sólo se lo obtiene cuando uno lo desea.

4 de febrero. En medio del frío desesperado, el rostro cambiado, mis incomprensibles semejantes.

Lo que dice M., sin comprender totalmente su verdad (existe también un triste orgullo justificado), sobre la felicidad de charlar con la gente. ¿A quién puede gustarle la charla más que a mí? Demasiado tarde, probablemente, y mediante un rodeo peculiar, retorno a la gente.

5 de febrero. Huir de ellos. Cualquier salto diestro. En casa, junto a la lámpara, en el cuarto silencioso. Decir esto es una imprudencia. Los hace emerger de los bosques, como si uno hubiera encendido la lámpara para ayudarlos a encontrar la pista.

6 de febrero. Consuelo al oír decir que alguien en París, Bruselas, Londres, Liverpool, ha trabajado en un vapor brasileño que remontó el Amazonas hasta el límite del Perú, ha soportado con relativa facilidad durante la guerra los terribles padecimientos de la campaña de invierno en las Siete Comunas [129], porque estaba acostumbrado desde niño a esas inclemencias. El consuelo no sólo reside en la demostración de que esas posibilidades sean realizables, sino en la alegría de advertir que, contemporáneamente a estas hazañas de primer plano, también hubo que conquistar muchas cosas en el segundo plano, que necesariamente hubo que arrancar muchas cosas de puños que no querían abrirse. Es posible, entonces.

7 de febrero. Protegido y agotado por K. y por H.

8 de febrero. Ambos se aprovechan de mí hasta el máximo, y sin embargo..., en verdad, yo no podría vivir así, no es vida, es como un remolque, en que el otro se esfuerza y vence constantemente, y sin embargo no me arrastra al otro lado; pero es un calmo atontamiento, semejante al de aquella vez con W.

9 de febrero. Dos días perdidos, pero utilicé esos dos días para instalarme.

10 de febrero. Insomne, sin el más mínimo vínculo con la gente, excepto los que ellos mismos establecen, y que consiguen convencerme momentáneamente, como todo lo que hacen.

Nuevo ataque de G. Es tan claro como puede serlo que yo, atacado a derecha e izquierda por abrumadores enemigos, no puedo huir ni hacia la derecha ni hacia la izquierda; sólo hacia adelante, animal hambriento, encontrarás el camino hacia tu sustento, hacia un aire respirable, hacia una vida libre, aun cuando sea del otro lado de la vida. Tú que conduces las multitudes, alto e inmenso general, conduce a los desesperados a través de los pasos de la montaña, que ningún otro puede descubrir bajo la nieve. ¿Y quién te da fuerzas? Aquel que te da la claridad de la visión.

El comandante en jefe estaba junto a la ventana de la ruinosa cabaña, y contemplaba con ojos muy abiertos, que no se cerraban nunca, las filas de soldados que pasaban afuera en la nieve, bajo la luz velada de la luna. De vez en cuando le parecía que algún soldado, fuera de las filas, se detenía junto a la ventana, apretaba la cara contra el vidrio, lo miraba brevemente y luego se alejaba. Aunque el soldado era siempre otro, siempre parecía ser el mismo, una cara de huesos prominentes, mofletuda, de ojos redondos, piel curtida y amarillenta; y en todos los casos, cuando se iba, se acomodaba la mochila, se encogía de hombros y daba una especie de saltito para acordar el paso con la multitud de soldados que pasaba, siempre igual, a cierta distancia. El comandante en jefe no quiso seguir tolerando más esta comedia; esperó al próximo soldado, le abrió la ventana en la cara y lo aferró por el pecho.

—¡Adentro, tú! —dijo, y lo hizo entrar por la ventana.

Luego lo empujó hasta un rincón, se plantó frente a él, y le preguntó:

—¿Quién eres?

—Nada —contestó con temor el soldado.

—Eso era de esperar —dijo el comandante—. ¿Por qué mirabas hacia el interior?

—Para ver si todavía estabas aquí.

12 de febrero. El gesto de rechazo que siempre suscité no era el que dice: "No te amo", sino el que dice: "No puedes amarme, por más que quieras; desdichadamente, amas al amor que sientes hacia mí, pero el amor que sientes hacia mí no te ama." Por lo tanto, es injusto decir que yo haya conocido la expresión "Te amo";

sólo he conocido el silencio expectante que debió ser roto por mi "Te amo"; sólo eso he conocido, nada más.

El temor que siento al deslizarme en tobogán por la nieve, el temor que siento al caminar sobre la nieve resbalosa, un cuentito que leí hoy, hacen resurgir nuevamente en mí esta idea, largamente olvidada, siempre presente: si la causa primera de mi decadencia no habrá sido mi loco egoísmo, el temor que sentía por mí mismo, y no en verdad el temor por un yo superior, sino el temor por mi bienestar vulgar; hasta el punto de parecer que yo mismo hubiera hecho surgir de mí el vengador, y le hubiera encomendado la tarea (un caso extremo de la-mano-derecha-no-sabe-lo-que-hace-la-izquierda). En mi Registro se sigue calculando como si mi vida sólo empezara mañana, y en cambio ya estoy llegando al fin.

13 de febrero. La posibilidad de ser útil con toda el alma.

14 de febrero. El poder de la comodidad sobre mí, mi absoluta incapacidad cuando carezco de comodidades. No conozco a nadie en quien estas dos cualidades sean tan abru adoras. En consecuencia, todo lo que construyo es insustancial, sin base estable; la mucama que por la mañana se olvida de traerme el agua caliente, convulsiona mi mundo. Al mismo tiempo, la comodidad me ha perseguido hasta ahora, y no sólo me ha privado de las fuerzas necesarias para soportar otra cosa, sino también de las fuerzas necesarias para crear la comodidad misma; ésta se crea en torno de mí por sus propios medios, o la consigo mediante súplicas de mendigo, llorando, renunciando a lo más importante.

15 de febrero. Apenas se inicia un canto abajo, apenas se cierra una puerta en el corredor, y todo está perdido.

16 de febrero. El cuento de la grieta en el glaciar.

18 de febrero. El director de teatro, que tiene que crear todo por sus propios medios, desde el principio; hasta tiene que engendrar primero los actores. Una visita no consigue ser recibida; el director está ocupado en unos asuntos muy importantes para el teatro. ¿Qué es? Está cambiando los pañales de un futuro actor.

19 de febrero. ¿Esperanzas?

20 de febrero. Una vida poco notable. Notable fracaso.

25 de febrero. Una carta.

26 de febrero. Admito —¿ante quién?, ¿ante la carta?— que hay en mí posibilidades, posibilidades cercanas, que todavía no conozco; pero ¡encontrar el camino que conduce a ellas, y una vez encontrado, atreverme a recorrerlo! Esto significa muchísimo: hay posibilidades; hasta significa que un pillo puede llegar a ser un hombre honesto, un hombre feliz en su honestidad.

Tus fantasías de semidor ido, en los últimos tiempos.

27 de febrero. Una siesta pésima; todo ha cambiado, la desdicha se abraza nueva ente a mi cuerpo.

28 de febrero. Mirada hacia la torre y el cielo azul. Calmante.

1º de marzo. Ricardo III. Impotencia.

5 de marzo. Tres días en cama. Una pequeña reunión ante la cama. Revolución. Huída. Derrota completa. La historia universal siempre encerrada entre cuatro paredes.

6 de marzo. Nueva seriedad y nuevo cansancio.

7 de marzo. Ayer, mi peor noche; como si todo estuviera por terminar.

9 de marzo. Pero eso sólo era cansancio; hoy, en cambio, un nuevo ataque, que me arranca el sudor de la frente. ¿Qué se sentiría si se estrangulara uno mismo? ¿Si la insistente introspección disminuyera o cerrara totalmente la abertura por donde uno se vierte en el mundo? No estoy muy lejos de esos momentos. Un río que corre aguas arriba. Desde hace mucho tiempo, eso es lo que casi siempre ocurre.

Utilizar como montura el caballo del atacante. Única posibilidad. Pero ¡cuánta fuerza y destreza se necesitaría! ¡Y qué tarde es ya!

La vida en la selva. Celos de la naturaleza feliz, inagotable, y sin embargo visiblemente impulsada por la necesidad (como yo), pero satisfaciendo siempre todas las exigencias del contrincante. Y tan fácilmente, tan musicalmente.

Antes, cuando sufría un dolor y el dolor pasaba, me alegraba; ahora sólo me siento aliviado, pero siempre con este amargo pensamiento: "volver siquiera a estar sano, nada más".

En alguna parte, el socorro me espera, pero los batidores me desvían en otra dirección.

13 de marzo. Sensación de pureza, certeza sobre sus motivos. Aspecto de los niños, especialmente una niña (porte erguido, cabello corto y negro), y otra (rubia, rasgos indefinidos, sonrisa indefinida), la música alegre, los pasos en marcha. La sensación de alguien que se encuentra en apuros, y el socorro llega, pero él no se alegra de ser rescatado —ni lo rescatarán—, sino de ver que llegan otras personas, más jóvenes, más confiadas, dispuestas a proseguir la lucha, en verdad ignorantes de lo que ésta significa, pero con una ignorancia que no inspira desesperación al espectador, sino asombro, alegría, lágrimas. También se mezcla un poco en este sentimiento el odio hacia aquel contra quien se lucha (pero escaso sentimiento judío, me parece).

15 de marzo. Objeciones que suscita la obra: su popularización, y en verdad con ganas... y con encanto. Cómo elude los peligros (Blüher).[130]

Huir hacia una región conquistada, y pronto descubrir que es intolerable, porque uno no puede huir a ninguna otra parte.

No haber nacido todavía, y ya estar obligado a pasearse por las calles y a hablar con la gente.

20 de marzo. La conversación durante la cena, sobre asesinos y ejecuciones. El pecho que respira tranquilamente desconoce todo temor. Desconoce la diferencia entre el crimen consumado y el crimen planeado.

22 de marzo. Por la tarde soñé con el absceso en la mejilla. Las fronteras constantemente cambiantes entre la vida ordinaria y el terror al parecer más real.

24 de marzo. ¡Cómo acecha! Yendo hacia el consultorio del médico, por ejemplo, ¡y a menudo allí!

29 de marzo. En la corriente.

4 de abril. Qué larga es la distancia entre la desdicha íntima, por ejemplo, y una escena como la del patio; y qué corto el camino de retorno. Y como uno ha llegado a su casa, ya no puede volver a irse.

6 de abril. Ayer, un estallido presentido desde hace dos días; inmenso poder del enemigo. Una de las causas: conversación con mi madre, bromas sobre el futuro. Carta proyectada a Milena.

Las tres Furias. Huída hacia el bosque. Milena.

7 de abril. Los dos cuadros y las dos terracotas en la exposición.

Princesa de cuento de hadas (Kubin); desnuda en un diván, mira por la ventana abierta; paisaje que avanza notablemente hacia el primer plano; dentro de su estilo, aérea, como la tela de Schwind.

Muchacha desnuda (Bruder); germano-bohemia, captada fielmente por un amante en su gracia inaccesible para cualquier otro, noble, convincente, seductora.

Pietsch: Muchacha campesina sentada, descansando voluptuosamente con un pie debajo del cuerpo, doblado en el talón; muchacha de pie, su brazo derecho ciñe el cuerpo, pasando sobre el vientre, la mano izquierda, en la barbilla, sostiene la cabeza; nariz chata, cara simple y profunda, única.

Carta de Storm.

10 de abril. Los cinco principios que conducen al infierno (en orden genético).

1. "Del otro lado de la ventana está lo peor." Todo lo demás es considerado angelical, ya sea explícitamente, o (como es el caso más frecuente) pasándolo por alto en silencio.

2. "Tienes que poseer a todas las muchachas", no donjuanescamente, sino de acuerdo a la expresión diabólica: "etiqueta sexual."

3. "No te está permitido poseer a esta muchacha", y por eso mismo no puedes. Fata Morgana celestial en el infierno.

4. "Todo se reduce a las exigencias primarias"; como las tienes, te das por satisfecho.

5. "Las exigencias primarias lo son todo." ¿Cómo podrías tener todo? En consecuencia, ni siquiera tienes exigencias primarias.

Cuando niño (y habría seguido siéndolo durante mucho tiempo, si no me hubieran impuesto a la fuerza la consideración del sexo) yo era tan inocente y me interesaba tan poco en los asuntos sexuales, como me intereso por ejemplo ahora en la teoría de la relatividad. Sólo algunas minucias (y aun éstas sólo cuando insistían en enseñármelas) me llamaban la atención, por ejemplo que justamente las mujeres que en la calle me parecían más hermosas y mejor vestidas, fueran malas mujeres.

La eterna juventud es imposible; aun cuando no hubiera otros impedimentos, la introspección la imposibilitaría.

13 de abril. El dolor de Max. Esta mañana en su oficina.

Por la tarde, frente a la Theinkirche (Domingo de Pascua).

Muchachita baja, dieciocho años; su nariz, la forma de su cabeza, rubia, vista brevemente de perfil; salió de la iglesia.

16 de abril. El dolor de Max. Salí a pasear con él. El martes se va.

27 de abril. Ayer, una muchacha de la Makkabi [131] en la redacción del *Selbstwehr*, telefonea: *"Prisla jsem ti pomoct."* Voz y palabras puras, cordiales.

Poco después, abrí la puerta a M.

8 de mayo. Trabajo con el arado. Se hunde profundamente y sin embargo se mueve con facilidad. O rasca apenas la superficie. O avanza vacío con la reja alzada e inútil; con ella o sin ella, es lo mismo.

El trabajo llega a su fin, como se cerraría una herida mal curada.

¿Acaso es una conversación, cuando el otro se calla, y uno, para mantener las apariencias de la conversación, trata de sustituirlo, y por lo tanto lo imita, y por lo tanto lo parodia, y por lo tanto se parodia a sí mismo?

M. estuvo aquí; no vendrá más; probablemente demuestra prudencia y franqueza, y sin embargo todavía existe una probabilidad, cuya puerta cerrada vigilamos ambos, para que no se abra, o más bien, para que ninguno de los dos la abra, ya que sola no quiere abrirse.

12 de mayo. Maggid.[132] La ininterrumpida variedad, y de pronto, en medio de esa variedad, la emocionante aparición de un momentáneo desmayo de su capacidad de variación.

Del *Peregrino Kamanita*, de los Vedas: "Así como un hombre, oh bienamada, que ha sido traído de la tierra de los gandarenses con los ojos vendados, y luego abandonado en el desierto, errará hacia el oeste o hacia el norte o hacia el sur, porque con los ojos vendados fué traído y con los ojos vendados fué abandonado; y sin embargo cuando alguien le quita la venda y le dice: 'Hacia allá viven los gandarenses, hacia allá debes ir', preguntando de aldea en aldea llega por fin de vuelta, con experiencia y comprensión, al país de los gandarenses; así el hombre que ha encontrado aquí abajo un maestro sabe esto: que pertenecerá a esta trama mortal sólo hasta el momento de la redención, y luego volverá a su patria."

También allí: "Así lo ven los hombres y los dioses, mientras habita su cuerpo; pero cuando la muerte ha destruído su cuerpo, los hombres y los dioses ya no lo ven más. Y la naturaleza, que todo lo ve, tampoco lo ve ahora: ha cegado el ojo de la naturaleza, ha desaparecido de la vista de los malvados." [133]

19 de mayo. Acompañado se siente más abandonado que solo. En cuanto está con otro, este otro trata de aferrarlo, y él tiene que entregarse, indefenso. Cuando está solo, es verdad que la humanidad entera trata de aferrarlo, pero los innumerables brazos tendidos hacia él se aferran entre sí, y nadie lo alcanza.

20 de mayo. Los masones en la plaza de Altstadt. La posible verdad de todo discurso y toda doctrina.

La niñita sucia, que corría descalza en su camisita, con el pelo suelto.

23 de mayo. Es falso decir de alguien: La vida le fué fácil, ha sufrido poco; más correcto: estaba hecho de tal modo que nada podía sucederle; lo más correcto: ha agotado todo los sufrimientos, pero en un único momento que los comprendía a todos; después de eso, ¿cómo podía ocurrirle algo, cuando las variaciones del sufrimiento estaban totalmente agotadas, ya sea en la realidad o por su propia y perentoria decisión? (Las dos viejas inglesas de Taine.)

5 de junio. Entierro de Myslebeck.[134]

Talento para el trabajo de "remiendos".

16 de junio. Totalmente aparte de las dificultades, a menudo difíciles de vencer, que ofrece siempre el poder filosófico y visionario de Blüher, al criticar este libro uno se encuentra en una difícil posición cuando descubre con qué notable facilidad, casi frente a cada observación, se incurre en la sospecha de que lo que uno desea es repudiar irónicamente las ideas del autor. Uno incurre en esa sospecha aun cuando, como en mi caso, nada esté más lejos de su mente que la ironía al considerar semejante libro. Esta dificultad de la crítica hace juego con una dificultad que Blüher, por su parte, tampoco puede vencer. Él se denomina a sí mismo un antisemita sin odio, *sine ira et studio*, y realmente lo es; pero demasiado fácilmente suscita la sospecha, casi a cada frase, de que es un enemigo de los judíos, ya sea por odio feliz, ya sea por amor desdichado. Estas dificultades se enfrentan mutuamente como hechos *a priori* de la naturaleza, y es necesario llamar la atención sobre ellas, para que al reflexionar sobre el libro uno no choque inmediatamente contra estos errores y desde ya se encuentre imposibilitado de seguir adelante.

Según Blüher, no se puede refutar inductivamente al judaísmo, mediante números, mediante la experiencia; estos métodos del antiguo antisemitismo no pueden prevalecer contra el judaísmo; se puede refutar de ese modo a todos los demás pueblos, pero no a los judíos, al pueblo elegido; los judíos pueden refutar con justicia todos los cargos particulares de los antisemitas. Blüher ofrece una sinopsis, por otra parte muy incompleta, de estos cargos y de su refutación.

Esta observación es profunda y verdadera en lo que concierne a los judíos, y no en lo que concierne a los demás pueblos. Blüher

saca de ella dos conclusiones, una completa y una parcial... [Se interrumpe.]

23 de junio. Planá.[135]

27 de julio. Los ataques. Ayer, al anochecer, paseo con el perro. Tvrz Sedlec. La avenida de cerezos donde termina el bosque, que casi ofrece la intimidad de una habitación. Retorno de un hombre y de su mujer del campo. La muchacha en la puerta del patio ruinoso de la granja, parece luchar con sus poderosos pechos, mirada de animal, inocente y atenta. El hombre de anteojos, que conduce el carro pesadamente cargado de forraje, maduro, un poco encorvado, pero al mismo tiempo muy erguido por el esfuerzo, botas altas; la mujer con la guadaña, a veces a su lado y a veces detrás.

26 de setiembre. Dos meses sin apuntar nada. Con algunas interrupciones, un buen período, gracias a Ottla. Desde hace algunos días, nuevamente el derrumbe total. El primer día hice una especie de descubrimiento en el bosque.

14 de noviembre. Al atardecer, siempre 37,6 ó 37,7. Me quedo sentado, tratando de escribir, no consigo hacer nada; apenas salgo a la calle. Sin embargo, es una hipocresía quejarse de la enfermedad.

18 de diciembre. Todo este tiempo en cama. Ayer *Entweder-Oder.** [136]

* O esto o lo otro. *(N. del T.)*

1923

12 de junio. Los terribles períodos de estos últimos tiempos, innumerables, casi ininterrumpidos. Paseos, noches, días; incapaz de nada, excepto sufrir.

Y sin embargo. Nada de "sin embargo", por más ansiosa y tensamente que me mires, Krizanowskaia, en la tarjeta postal que tengo delante.

Me es cada día más doloroso escribir. Es comprensible. Cada palabra, retorcida en manos de los espíritus —este retorcimiento de las manos es su ademán característico—, se convierte en una lanza dirigida hacia el que habla. Muy especialmente una observación como la anterior. Y así hasta el infinito. El único consuelo sería: "sucede, quieras o no quieras." Y lo que tú quieras sólo tiene una importancia mínima. Más que consuelo es esto: "También tú tienes armas."



DIARIOS DE VIAJE

meiner Leiter nicht einmal jene Sohlen zur Verfügung stellen. Es ist das natürlich nicht alles und eine solche Anfrage bringt mich noch nicht zum Reden. Aber jeden Tag soll zumindest eine Zeile gegen mich gerichtet werden, wie man die Fernrohre jetzt gegen den Kometen richtet. Und wenn ich dann einmal vor jenem Satze erscheinen würde, hergelockt von jenem Satze, so wie ich z. B. letzte Weihnachten gewesen bin und wo ich so weit war, daß ich mich nur noch gerade fassen konnte und wo ich wirklich auf der letzten Stufe meiner Leiter schien, die aber ruhig auf dem Boden stand und an der Wand! Aber was für ein Boden! was für eine Wand! Und doch fiel jene Leiter nicht, so drückten sie meine Füße an den Boden, so hoben sie meine Füße an die Wand.

DIARIO DE UN VIAJE A FRIEDLAND Y REICHENBERG [137]

(Enero y febrero de 1911)

Tendría que escribir toda la noche, tantas cosas se me ocurren, pero solamente impuras y bastas. Qué poder ha llegado a tener esto sobre mí, cuando antes, en cambio, por lo menos así creo recordarlo, podía evitarlo con un giro, con un pequeño giro, que bastaba en sí y de por sí para hacerme feliz.

Un judío de Reichenberg me llamó por primera vez la atención en el compartimiento, mediante breves exclamaciones referentes a los trenes rápidos que sólo lo son en lo que se refiere al precio del boleto. Mientras tanto, un pasajero delgado —lo que se llama un fanfarrón— tragaba rápidamente jamón, pan y dos salchichas, cuya piel rascó hasta la trasparencia; finalmente arrojó todos los restos y los papeles bajo el asiento, detrás del caño de la calefacción. Con esta prisa y este acaloramiento innecesarios, que me resultan tan simpáticos, pero inimitables, leyó, mientras comía, dos diarios vespertinos, vueltos hacia mí. Orejas apantalladas. Nariz ancha sólo en comparación. Se limpia la cara y el pelo con las manos grasientas, sin ensuciarse, lo que tampoco podría hacer yo.

Frente a mí, un señor de voz aguda, duro de oído, con bigotes y barba en punta; al principio se ríe silenciosamente, sin traicionarse, burlándose del judío de Reichenberg; después de algunas miradas de confabulación, lo imito, siempre con cierta repugnancia, pero impulsado por una especie de deferencia. Más tarde descubro que este hombre, que lee el diario de la mañana, come algo, compra vino en una estación y lo bebe como yo, a sorbos, no vale absolutamente nada.

Luego, además, un joven rubicundo, que lee prolongadamente el *Interessantes Blatt*, cuyas hojas abre en verdad sin consideración con el canto de la mano, para terminar doblándolo, en cambio, con ese cuidado de las personas que no tienen nada que

hacer (y que siempre me maravilla), como si fuera un pañuelo de seda, con numerosos dobleces, metiendo hacia adentro los cantos mal doblados, enderezándolo exteriormente, alisando las superficies, y por fin introduciéndoselo, a pesar de su espesor, en el bolsillo interior de la chaqueta. Por lo tanto, piensa releerlo en su casa. No sé dónde se bajó.

El hotel en Friedland. El gran vestíbulo de entrada. Recuerdo un Cristo crucificado, que tal vez no existe en absoluto. No hay W. C., la tormenta de nieve subía desde la planta baja. Durante un tiempo fuí el único huésped. La mayor parte de los casamientos de los alrededores tienen lugar en el hotel. Muy vagamente recuerdo haber mirado por la mañana hacia el interior de un salón, donde la noche anterior se había celebrado una fiesta de bodas. En el vestíbulo y en el corredor hacía muchísimo frío. Mi cuarto quedaba sobre la entrada misma del edificio; inmediatamente me llamó la atención el frío, tanto más cuando descubrí el motivo. Frente a mi cuarto había una especie de dependencia del vestíbulo; sobre una mesa todavía subsistían dos ramos de flores olvidados, restos de un casamiento. La ventana no se cerraba con pestillos, sino mediante ganchos, arriba y abajo. Ahora recuerdo haber oído música, en cierto momento, durante un buen rato. Pero en la sala de huéspedes no había ningún piano, tal vez lo había en el cuarto donde se celebraba el casamiento. Cada vez que cerraba la ventana, veía una salchichería del otro lado de la plaza del mercado. La calefacción consistía en un fuego de leños voluminosos. Mucama de boca grande; en cierta ocasión, a pesar del frío, con el cuello y la garganta al aire; de pronto reservada, de pronto sorprendentemente afable; yo siempre respetuoso y tímido, como lo soy casi siempre ante las personas amables. Cuando encendía el fuego, al ver que yo había hecho colocar una lámpara eléctrica más potente para trabajar por la tarde y la noche, se alegró muchísimo. "Sí, con la otra luz no se podía trabajar", dijo. "Con ésta tampoco", dije yo, después de algunas animadas exclamaciones, como las que por desgracia siempre me acuden a la boca cuando me siento intimidado. Y no se me ocurrió otra cosa que expresar mi opinión, que ya me sabía de memoria, que la luz eléctrica era a la vez demasiado débil y demasiado cruda. Después de esto, siguió encendiendo el fuego en silencio. Sólo cuando dije: "Además, lo único que hice fué encender más la lámpara que había antes", se rió un poco y estuvimos de acuerdo.

En cambio, puedo hacer estas cosas: siempre la traté como a una señorita, y ella se portó de acuerdo a este tratamiento; una vez llegué al hotel a una hora desacostumbrada, y la encontré lavando el piso del helado vestíbulo. No me costó el más mínimo esfuerzo evitarle toda vergüenza, mediante un saludo y una súplica referente a la calefacción.

Durante el viaje de vuelta de Raspenau a Friedland, a mi lado, ese hombre rígido y cadavérico, cuya barba le cubría la boca abierta, y que cuando le pregunté algo referente a una estación, se volvió cordialmente hacia mí y me proporcionó la más animada información.

El castillo de Friedland. Las diferentes posibilidades de su contemplación: desde la llanura, desde un puente, desde el parque, entre los árboles desnudos, desde el bosque a través de los grandes pinos. El asombroso castillo, construído trozo sobre trozo; cuando uno entra en el patio, tarda mucho en adquirir un aspecto definido, ya que la oscura hiedra, los muros negros y grisáceos, la nieve blanca, el hielo que cubre los taludes pizarrosos, aumentan la heterogeneidad del conjunto. El castillo en realidad no está construído sobre una ancha meseta, sino en torno de una cumbre bastante empinada. Yo subí, resbalándome todo el tiempo, por un camino, mientras que el castellano, con quien me encontré más arriba, subió fácilmente por dos escaleras. Hiedra por todas partes. Amplia vista desde una plazoleta ubicada en un ángulo saliente. Una escalera adherida al muro se interrumpe inútilmente a mitad de camino. Las cadenas del puente levadizo cuelgan olvidadas de sus ganchos.

Hermoso parque. Desciende en forma de terrazas por la ladera, pero en parte también se extiende abajo, alrededor de un estanque, con diversos macizos de árboles, uno no puede imaginarse lo que parecerá en verano. En el agua helada del estanque flotan dos cisnes, uno mete el cuello y la cabeza en el agua. Inquieto y curioso pero además indeciso, sigo a dos muchachas, inquietas y curiosas, que constantemente se vuelven para mirarme; me dejo arrastrar por ellas a lo largo de la montaña, cruzando un puente, un prado, a través de un puente de ferrocarril hasta llegar a una sorpresiva rotonda, formada por la pendiente boscosa y el terraplén, y luego ascendiendo por un bosque al parecer interminable. Al principio las muchachas caminaban lentamente,

pero cuando yo empezaba a asombrarme de la magnitud del bosque, ya se movían con más rapidez, y en eso llegamos a una meseta barrida por el viento, a unos pasos de la aldea.

El Panorama del Emperador, la única diversión de Friedland. No me sentí muy cómodo, porque no esperaba un ambiente tan elegantemente decorado como el que encontré allí; había entrado con los zapatos sucios de nieve, y al sentarme frente a las vitrinas, sólo me atrevía a tocar la alfombra con la punta de los pies. Un anciano, que lee un tomo del *Mundo Ilustrado* junto a una mesita iluminada, dirige todo. Después de un rato hace funcionar para mí una linterna mágica. Más tarde se agregan dos señoras de edad, que se sientan a mi derecha; luego otra, a mi izquierda. Brescia, Cremona, Verona. Las personas, como muñecas de cera, con los pies pegados al pavimento por las suelas. Sepulcros; una señora, con una cola que arrastra sobre una escalera baja, entreabre una puerta y al mismo tiempo mira hacia atrás. Una familia, en primer plano un muchacho, leyendo, con una mano en la mejilla, a la derecha un niño tiende un arco sin cuerda. Tumba del héroe Tito Speri: las ropas le flotan negligente y animadamente en torno del cuerpo. Blusa, sombrero ancho. Las imágenes son más vivas que en el cine, porque permiten a la mirada el reposo de la realidad. El cine comunica a la imagen la inquietud de su movimiento; el reposo de la mirada parece más importante. Los pisos lisos de las catedrales, al alcance de nuestra lengua. ¿Por qué no inventan una combinación semejante del cine y del estereoscopio? Carteles que dicen "Pilsen Währer", que ya conocí en Brescia.[138] La distancia entre oír hablar de una cosa y verla en una linterna mágica es mayor que la que media entre lo último y verla en la realidad. Mercado de hierro viejo en Cremona. Al final hubiera querido decir al anciano señor cómo me había gustado todo, pero no me atreví. Me dió el próximo programa. Abierto desde las diez hasta las diez.

Había visto *El Consejero Literario* de la sociedad Durero en la vidriera de la librería. Decidí comprarlo, luego cambié de idea, y luego volví sobre la primera, mientras tanto me detenía a menudo, a todas horas del día, frente a la vidriera. La librería me parecía muy abandonada, muy abandonados los libros. Sólo aquí sentía la conexión entre Friedland y el mundo, ¡y era tan tenue! Pero como toda desolación despierta en mí un sentimiento de afecto, sentí de pronto la felicidad de esta librería y hasta una vez entré, para ver cómo era por dentro. Como allí no necesi-

tan obras científicas, casi había en los estantes más obras de imaginación que en las librerías de las ciudades. Una anciana señora estaba sentada bajo una lámpara eléctrica de pantalla verde. Cuatro o cinco números recién desempaquetados de *Kunstwart* me recordaron que era primero de mes. La señora, declinando mi ayuda, sacó el libro, cuya existencia casi desconocía, de la vidriera, se asombró de que yo lo hubiera visto a través del vidrio escarchado (en realidad ya lo había visto antes), y empezó a buscar el precio en el libro de precios, porque lo ignoraba y su marido había salido. Le dije que volvería más tarde, al anochecer (eran las cinco), pero no cumplí mi promesa.

Reichenberg.

Resulta completamente inexplicable el propósito real de esas personas que al anochecer atraviesan de prisa una pequeña ciudad. Si viven en las afueras, entonces deberían tomar el tranvía, porque las distancias son demasiado grandes. En cambio, si viven en el pueblo, ya no hay distancias, y no hay motivo para darse tanta prisa. Y sin embargo, la gente cruza a grandes zancadas esta plaza que no sería demasiado grande para una aldea, y cuya municipalidad, con su insólito tamaño, achica más aún (sólo con su sombra la cubre ampliamente); al mismo tiempo, la pequeñez de la plaza no permite creer realmente en el tamaño de la municipalidad, y uno trata de explicarse su primera impresión de grandeza en base a la pequeñez de la plaza.

Un policía ignora la dirección de la Caja de Seguros Obreros, otro la de la Exposición de dicho instituto, otro ni siquiera sabe dónde está la Johannesgasse. Alegan como explicación que hace poco tiempo que trabajan en la policía. Para saber una dirección tuve que ir a la Comisaría, donde había bastantes policías descansando de diversos modos, todos con uniformes cuya belleza, poco uso y colorido resultaban sorprendentes, ya que en las calles sólo se veían sobretodos oscuros.

Las calles estrechas sólo permiten el tránsito en una sola dirección. Por eso el tranvía que va a la estación pasa por otras calles que el que viene de ella. Viniendo de la estación, pasa por la Wienerstrasse (donde yo vivía, en el Hotel Eiche); yendo hacia la estación, por la Schückerstrasse.

Fuí tres veces al teatro. *Las Ondas del Mar y del Amor*. Yo estaba en un palco; un actor demasiado bueno hacía demasiado ruido en el papel de Naukleros; varias veces me asomaron las lágrimas a los ojos, por ejemplo al final del primer acto, cuando

Hero y Leandro no pueden quitarse los ojos de encima. Hero aparece por la puerta del templo, a través de la cual se ve algo que sólo puede ser una heladera. En el segundo acto, un bosque como en las antiguas ediciones de lujo; era conmovedor, las trepadoras pendían de árbol en árbol. Todo era musgoso y verde oscuro. El muro del fondo de la habitación en la torre vuelve a aparecer, la noche siguiente, en *Miss Dudelsack*. Desde el tercer acto en adelante, la obra declina, como si un enemigo la persiguiera.

VIAJE LUGANO-PARÍS-ERLENBACH

(Agosto, setiembre 1911)

Partimos el 26 de agosto de 1911. Mediodía. Lamentable idea: Describir el viaje y al mismo tiempo nuestras mutuas relaciones íntimas durante el viaje. El paso de un vagón de campesinas demostró su imposibilidad. La campesina heroica (Sibila délfica). En el regazo de una que sonreía, dormía otra que se despertó y saludó con la mano. La descripción de la respuesta de Max al saludo introduciría en la descripción general una falsa hostilidad.

Una joven, que más tarde resultó ser Alice R., * sube en Pilsen. Durante el viaje preguntaban si uno tomaría café en la estación, y en caso afirmativo le colocaban una tarjeta verde en la ventanilla, para ilustración del encargado del restaurante. Pero a pesar de la tarjeta no hay obligación de tomar café, y también se puede tomarlo sin ella. Al principio no consigo ver a la joven, porque está sentada a mi lado. Primer contacto social: su sombrero, envuelto en el porta-equipajes, desciende sobre Max. Es así que los sombreros entran con dificultad por las portezuelas del vagón, y vuelven a salir fácilmente por las anchas ventanillas. Max arruina probablemente la posibilidad de una descripción posterior, diciendo algo (ya que está casado y debe suprimir toda apariencia de picardía) que pasa por alto lo importante, subraya lo didáctico y lo afea un poco. "Divino", "Sacar volando", "Con cero cinco de aceleración", "Listo"; picardías en la oficina (trueque de los sombreros de los empleados, clavada de los bollitos), nuestra broma de la tarjeta que ella escribirá en Munich, que nosotros mandaremos desde Zürich a su oficina, y donde anunciará: "Por desgracia, lo que me habían predicho ha sucedido..., vagón equivocado..., ahora en Zürich..., dos días de licencia perdidos". Su alegría. Pero espera que seamos caballeros, y que no agreguemos nada. Automóvil en Munich. Lluvia,

* Alice R. es la joven que aparece como Dora Liffert en *Ricardo y Samuel*. (*N. del T.*)

rápido paseo (veinte minutos), perspectivas de sótano, el chofer proclama los nombres de las invisibles maravillas, los neumáticos susurran sobre el asfalto mojado como un aparato cinematográfico; el recuerdo más claro: la ventana sin cortinas del "Cuatro Años", el reflejo de las lámparas en el asfalto, como en un río.

Nos lavamos las manos y las caras en un "lavatorio" de la estación de Munich.

Dejamos el equipaje en el vagón. Instalamos a Alice en un vagón, donde una señora, más temible que nosotros, le ofrece su protección, aceptada con entusiasmo. Sospechoso.

Cómo duerme Max en el compartimiento. Los dos franceses; el morocho ríe constantemente; en cierta ocasión, porque Max casi no le deja lugar para sentarse (tanto se ha recostado); luego porque aprovecha una oportunidad e impide que Max siga recostado. Max, bajo el baldaquín de su abrigo de viaje. Los cigarrillos del otro francés, más fornido. Comemos de noche. Entran tres suizos. Uno fuma. Uno, que sigue viaje cuando los otros dos descienden, es al principio indiscernible, pero hacia el amanecer adquiere forma. Lago de Constanza. Visto frívolamente, como desde el malecón. Durante las primeras horas de la mañana abandono a Suiza a sus propios recursos. Despierto a Max al ver un puente como éste [dibujo de un puente] y de ese modo obtengo mi primera impresión fuerte de Suiza, aunque ya hace rato que contemplo su crepúsculo exterior desde mi crepúsculo interior. La impresión de las casas de St. Gall, erectas, independientes, sin formar calles. Winterthur. El hombre de la casa de campo iluminada en Wüttemberg, que a las dos de la madrugada se asomaba sobre la baranda de la terraza. La puerta abierta de su escritorio. El ganado ya despierto, en medio de la Suiza dormida. Postes telegráficos; cortes trasversales de perchas para la ropa. Las praderas palidecen al ascender el sol. Recuerdo del edificio de la estación de Cham, como una prisión, con su nombre inscripto, de bíblica solemnidad. A pesar de su escualidez, las decoraciones de las ventanas parecían contravenir las ordenanzas. Ante dos ventanas muy separadas del gran edificio, movidos por el viento, había en una un árbol grande, en la otra un arbolito.

Vagabundo en la estación de Winterthur, cantando, con un bastón, y una mano en el bolsillo del pantalón.

Pregunta ante le ventanilla: ¿Cómo hará Zürich, la mayor ciudad de Suiza, para estar hecha de casas aisladas?

Negocios instalados en las casas de campo.

Numerosos cantos en Lindau, junto a la estación, de noche.

Estadística patriótica: Área de Suiza, suponiéndola extendida sobre una llanura.

Compañías chocolateras extranjeras.

Zürich.

Aparición ascendente de la estación, como una combinación de las últimas estaciones recordadas. (Max se lo apropia para A + v.) [139]

Impresión histórica de los militares de otro país. Ausencia de esa impresión ante los nuestros. Argumento antimilitarista.

Tiradores en la estación de Zürich. Nuestro temor de que al correr se les disparen las armas.

Compra de un plano de Zürich.

Idas y venidas por un puente, sin poder decidir el orden en que tomaríamos un baño frío, otro caliente y el desayuno.

Camino hacia el Limmat, observatorio Urania.

Arteria principal, tranvías vacíos, pirámides de cuellos en el primer plano de la vidriera de una tienda italiana de modas masculinas.

Sólo avisos artísticos (Hoteles termales, representación celebratoria de *Marignano* de Wiegand, música de Jermoli).

Ampliación del edificio de una tienda de ramos generales. La mejor propaganda. Contemplada durante años por toda la población. (Dufayel.)

Los carteros, que parecían en camisón. Llevan ante ellos unos cajoncitos, con las cartas dispuestas como los "planetas" 140 de la Feria de Navidad, pero más numerosas. Vista del lago. Notable sensación de domingo, si uno se imagina que vive aquí. Espacio libre junto al lago, donde no se permite edificar. Jinete. Caballo asustado. Inscripción pedagógica, probablemente bajorrelieve de Rebeca junto al manantial. La tranquilidad de la inscripción y del bajorrelieve sobre la forma en cierto modo vítrea e hinchada del agua corriente.

Ciudad vieja: calle angosta y empinada, que un hombre de blusa azul desciende laboriosamente. Escalones.

Recuerdo el lavatorio amenazado por el tránsito de los vehículos ante Saint Roche, en París.

Desayuno en el restaurante antialcohólico. La manteca como yema de huevo. El *Zürcher Zeitung*.

Gran catedral, ¿vieja o nueva? Los hombres deben sentarse a los costados. El sacristán nos señala un lugar mejor. Lo seguimos, ya que en esa dirección queda la salida. Cuando ya estábamos junto a la puerta, suponiendo al parecer que no encontrábamos el lugar señalado, cruza diagonalmente la iglesia hacia nosotros. Salimos empujándonos mutuamente. Gran hilaridad.

Max: Mezcla de los idiomas, como solución de las dificultades internacionales. Los chauvinistas no sabrían ya qué hacer.

Baños públicos en Zürich: Para hombres solos. Uno al lado del otro. El dialecto suizo: alemán fundido con plomo. Por momentos no hay casilla; libertad republicana de desvestirse frente a su propia percha, así como la libertad del profesor de natación para evacuar con una manguera todo el solario. Esta evacuación no es por otra parte más incomprensible que el lenguaje. Uno que practica saltos: con las piernas abiertas sobre la baranda, salta primero sobre la tabla, y de ese modo da más impulso al salto. Sólo se puede juzgar un baño público después de una larga frecuentación. No dan lecciones de natación. Un naturista de pelo largo, parece solitario. Orillas bajas del lago.

Concierto popular del Club de Turismo de Oficiales. Entre los espectadores, un escritor, acompañado, que escribe en un cuadernito con letritas apretadas, y que al terminar uno de los números del programa es arrastrado por sus acompañantes.

No hay judíos. Max: Los judíos no se dieron cuenta de este gran negocio. Primer número: Marcha de los Bersaglieri. Último, Marcha Pro-Patria. En Praga no se dan conciertos gratis, por amor a la música (Jardín de Luxembourg); según Max es una muestra de republicanismo.

La casa de Keller está cerrada.[141] Oficina de Turismo. Una casa clara, detrás de una calle oscura. Casas con terrazas sobre la margen derecha del Limmat. Persianas de un celeste deslumbrante. Esos soldados que se pasean lentamente son policías. Sala de conciertos. No tratamos de encontrar (ni encontramos) el Politécnico. Municipalidad. Almuerzo en el primer piso. Vino de Meilen. (Vino esterilizado de uvas frescas.) Una joven que nos sirve, de Lucerna, nos indica qué trenes van a esa ciudad. Sopa de arvejas con mandioca, judías con patatas asadas, crema de limón. Edificios decentes, estilo Artes y Oficios. Partimos a eso de las tres hacia Lucerna, rodeando el lago. Las márgenes vacías, oscuras, onduladas, boscosas, del lago de Zug, con sus numerosas penínsulas. Paisaje americano. Durante el viaje, repugnancia hacia las comparaciones con países no vistos todavía. Gran panorama en la estación de Lucerna. A la derecha de la estación, cancha de patinaje. Entramos en medio de los empleados del hotel y gritamos: "Rebstock". ¿Ocupará este hotel entre los demás hoteles la posición que ocupan estos empleados entre los demás empleados? Un puente (así dice Max) separa el lago del río, como en Zürich. ¿Dónde está la población alemana que justifica las inscripciones en alemán? El Casino. Los suizos (alemanes) que uno ve en Zürich no parecen tener talento de hoteleros; aquí, donde lo son, se ocultan; tal vez todos los hoteleros sean franceses. Del otro lado, el tinglado vacío de los globos. Es difícil imaginarse cómo entra el aparato en el tinglado. Pista de patinaje sobre ruedas, aspecto berlinés. Frutas. La oscuridad de la Strand. Promenade sigue perfectamente delimitada al anochecer, bajo las copas de los árboles. Señores con sus hijas, o con prostitutas. Barcos que se balanceaban tanto que se les veía hasta la quilla. Ridícula encargada del hotel; una muchacha sonriente lleva a los clientes hasta su habitación; mucama seria, de mejillas rubicundas. Escalerita. Cómodas cerradas con llave y empotradas en la pared. Me

alegra salir de ese cuarto. Me hubiera gustado cenar solamente frutas. Hotel Gotthard, muchacha con ropas tradicionales suizas. Compota de damascos, vino de Meilen. Dos damas de edad y un señor hablan de la vejez. Descubrimiento de la sala de juego en Lucerna. Un franco la entrada. Dos largas mesas. Es desagradable describir las cosas reales dignas de ser vistas, ya que el oyente espera verlas surgir. En cada mesa hay un tirador en el medio, con un pagador a cada lado.

La apuesta mayor, cinco francos. "Se ruega a los suizos dar preferencia a los extranjeros, ya que el propósito del juego es entretener a los turistas".

Una mesa con ruleta, otra con caballitos. Los *croupiers* con levitón. *"Messieurs, faites votre jeu"*; *"marquez le jeu"*; *"les jeux sont faits"*; *"sont marqués"*; *"rien ne va plus"*. *Croupiers* con rastrillos niquelados y mangos de madera. Lo que pueden hacer con ellos: colocar el dinero en las casillas correspondientes, distribuirlo, recogerlo, ubicar el dinero que arrojan hacia la casilla ganadora. Influencia de los diversos *croupiers* sobre las probabilidades de ganar, o más bien: nos gusta el *croupier* con el cual ganamos. Agitación ante la decisión conjunta de jugar, uno se siente solo en la sala. El dinero (diez francos) desaparece por un plano levemente inclinado. La pérdida de los diez francos es considerada como una incitación demasiado débil a seguir jugando, pero después de todo es una incitación. Furia por todo. El día prolongado por el juego.

28 de agosto. Lunes. El hombre de botas que se desayuna contra la pared. Vapor de segunda clase. Lucerna por la mañana. Pésimo aspecto de los hoteles. Un matrimonio lee cartas recibidas de su casa, con recortes de diario que hablan del cólera en Italia. Las hermosas residencias que sólo son visibles desde el lago, nosotros pasamos por encima. Formas cambiantes de la montaña. Vitznau, ferrocarril del Rigi. El lago visto a través del follaje, impresión meridional. Sorpresa producida por la repentina amplitud del lago de Zug. Bosques como en nuestro país. Ferrocarril construído en el setenta y cinco; un número viejo de *Über Land und Meer*. Lugar histórico para los ingleses, aquí todavía usan patillas y trajes a cuadros. Telescopio. La Jungfrau en la lejanía; rotonda del Monje, ondas de aire cálido mueven el paisaje. La palma extendida del Titli. Un campo nevado, cortado como un pan. Cálculo erróneo de la altura, tanto desde arriba como desde abajo. Discusión insoluble sobre la inclinación o la horizontalidad

del terreno en la estación de Arth-Goldau. Almuerzo a la carta. Mujer morena, seria, labios finos, se sienta en el vestíbulo; ya la había visto en el tren. Muchacha inglesa, al partir; todos los dientes rigurosamente iguales. Una francesita entra en el compartimiento contiguo, declara con los brazos abiertos que nuestro compartimiento lleno no está *"complet"* y obliga a entrar a su padre y a su hermana mayor, de aire inocente y prostituído, que me hace cosquillas en las caderas con el codo. Más inglés hablado entre dientes por parte de la señora anciana sentada a la derecha de Max, lo que nos impulsa a buscarle un condado de origen. Viaje Vitznau-Flüelen; Gersay, Beckenried, Brunnen (sólo hay hoteles), Schillerstein, Tellplatte, el omitido Rütli, dos *loggias* en la Axenstrasse (Max se imaginaba que había más, porque en las fotografías siempre se ven estas dos), Urnser Becken, Flüelen. Hotel Sternen.

29 de agosto. Martes. Este hermoso cuarto con balcón. La amabilidad. Demasiado encerrado entre montañas. Un hombre y dos muchachas, con impermeables, atraviesan al anochecer el vestíbulo, uno detrás de otro, con bastones de montaña; cuando ya estaban todos en la escalera, una pregunta de la mucama los detiene. Dan las gracias, ya lo sabían. Ante una nueva pregunta sobre su excursión por la montaña: "No resultó nada fácil, se lo aseguro". En el vestíbulo me parecen salidos de *Miss Dudelsack* [142]; en la escalera, Max decide que parecen salidos de Ibsen; luego comparto su opinión. Largavistas olvidados. En la estación uno se entera de que al día siguiente hasta viajará una anciana señora hacia Génova. Muchacho con la bandera suiza. Baño en el lago de los Cuatro Cantones. Matrimonio. Salvavidas. Paseantes de la Axenstrasse. El baño es más agradable cuando uno tiene más libertad de acción. Pescadoras con vestidos blancoamarillentos. Tomamos el tren del Gotthard. Reuss. Aguas lechosas de nuestros ríos. La flor húngara. Labios gruesos. Línea exótica, de la espalda a las nalgas. El hermoso joven entre los húngaros. En Italia, el suelo cubierto de cáscaras de uva. General de la Compañía de Jesús en la estación de Göschenen. De pronto, Italia, las mesas puestas de cualquier modo ante las hosterías, un joven vestido de todos colores que no puede contenerse; ademanes de despedida (imitación de una especie de pellizco) de las mujeres de cabello negro, peinado alto; a un lado de una estación, casas de brillante color rosado, carteles borrosos. Más tarde lo italiano desaparece, o tal vez resurge el elemento esencialmente suizo. Mujeres

en las casillas de los guardavías. Las cascadas del Tesino; a ratos, cascadas en todas partes. El germánico Lugano. Ruidosa palestra. La oficina de Correos, recién construída. Hotel Belvedere. Concierto en el Casino. No hay fruta.

30 de agosto.[143] Desde las cuatro hasta las once de la noche con Max, en la misma mesa; primero en el jardín, luego en el salón de fumar, luego en mi cuarto. Por la mañana, baño, correspondencia.

31 de agosto. Los picos nevados del Rigi aparecen ascendiendo paulatinamente como las agujas de un reloj.

1º de setiembre. Viernes. Partimos a las diez y cinco de la Plaza Guglielmo Tell. Analogía entre los asientos traseros del tren y del barco. En los barcos, palos para tender toldos, como en los carros de lechero. Cada desembarco un asalto.

Viajo sin equipaje; la mano libre para sostenerme la cabeza. Gandria: una casa metida detrás de la otra, *loggies* con toldos de colores vivos, no hay perspectiva a vuelo de pájaro; calles, y luego no hay calles. S. Margarita, con una fuente en el desembarcadero. Una villa con doce cipreses, en Oria. Uno no puede imaginarse, no se atreve a imaginarse en Oria una casa que tenga al frente una terraza con columnas griegas. Las casas quemadas sólo se justifican al quemarse. Mamette: gorro mágico medieval sobre un campanario. Antes, un asno en la avenida, junto a un muelle. Osteno. El sacerdote en compañía de las damas. Extraordinaria incomprensibilidad de los gritos. Niño en la ventana, detrás del túnel de entrada a un mingitorio. Aspecto cosquilleante de los movimientos de un lagarto sobre una pared. Cabello suelto de Psique. Soldados que pasan en bicicleta, y empleados del hotel disfrazados de marineros.

Carlotta-Ilex. Roble petrificado; piel desecada de algunos animalitos. *Passiflora*; balancín físico. Bambúes. Ramas de palmera rodeadas de cabelleras de ancianos. Bux (mirto). Áloe (agave). Cedro (un alerce enredado en sus ramas), campanillas colgantes, negligentes, calladas (Fucsias); Jubea; Plátano. Cactos. Magnolia (hoja irrompible). Helechos australianos (palmeras). Delicado laurel. Rododendro cupuliforme. Eucalipto: ramas como músculos al descubierto. Limoneros. Papiro: tallo trigonal, arriba como un junco. Glicina que se enrosca, gigantesco plátano. Bananos.

Niños en el desembarcadero de Menaggio; el padre, la madre,

que expresa en su cuerpo el orgullo que le producen sus hijos. Los pasajeros de un coche se señalan entre sí los niños italianos.

Hombre de estado con la boca entreabierta (Villa Carlotta).

Francesa con la voz de mi tía, y sombrilla de paja de borde más grueso, deshilachado; escribe en un cuadernito sobre *la montagne*, etc. Hombre moreno en un bote; enmarcado por las curvas del bote, agachado sobre los remos. Empleado de la aduana, revisa y revuelve rápidamente una canastita, como si todo fuera un regalo para él. Italianos en el tren de Porlezza a Menaggio. Cada palabra que nos hablan en italiano se pierde en el vasto espacio de nuestra ignorancia, y, comprendida o no, consigue darnos trabajo durante un tiempo; nuestro inseguro italiano apenas puede sostenerse ante la seguridad del italiano del interlocutor, y, comprendido o no, es fácilmente menospreciado. Broma sobre el tren que da marcha atrás en Menaggio, excelente tema de conversación. Del otro lado de la calle, frente a las villas, casas de pescadores, de piedra, con terrazas y decoraciones. Gran comercio de antigüedades. El botero: *peu de commerce*. Barco-aduana (Relato del Capitán Nemo, y *Viaje a través del mundo solar*).[144]

2 de setiembre. Sábado. Temblor de la cara en el vaporcito. Cortinas recogidas (pardas, con orla blanca) frente a las tiendas (Cadenabbia). Las abejas en la miel. Mujer solitaria, malhumorada, de torso breve, profesora de idiomas. Señor correcto, con los pantalones muy subidos. Sus antebrazos cuelgan sobre la mesa, como si las manos aferraran el extremo de un brazo de sillón, en vez del mango del cuchillo y del tenedor. Niños que contemplan los pobres cohetes: *encore un*; silbido; extienden los brazos. Pésimo viaje en el vaporcito, demasiada participación en el balanceo. Demasiado bajo para descubrir el aire fresco y contemplar libremente los alrededores, algo parecido a la situación del fogonero. Baño entre Castagnola y Gandria en un lugar de baños que nosotros mismos organizamos. Grupo que pasa: Un hombre, una vaca y una mujer. Ella le cuenta algo. Turbante negro, vestido suelto. Latidos del corazón de los lagartos. Demostración de energía de un señor; pasada la hora, se hace servir en el salón de fumar, simultáneamente, cerveza, vino, Fernet Branca, tarjetas postales, ligeros suspiros. El niñito del hotelero, sin que yo le haya hablado previamente, me tiende la boca a instancias de su madre, para darme las buenas noches con un beso. Me gustó mucho. Gandria: en vez de calles, escaleras de sótano y corredores ídem. Un niño recibe una paliza; sonido apagado de colchones sacudidos. Una casa

sumergida en la hiedra, salpicada de hiedra en los bordes. En Gandria, una costurera junto a la ventana sin celosías, cortinas ni vidrios. Al ir hacia el establecimiento de baños contiguo a Gandria, estamos tan cansados que tenemos que sostenernos mutuamente. Solemne procesión de botes detrás de un vaporcito negro. Jóvenes que miran los cuadros, de rodillas o en cuclillas, junto al desembarcadero de Gandria; uno totalmente pálido, que ya conocemos muy bien como bufón y favorito de las jóvenes. En Porlezza, al anochecer, junto al malecón. Un francés de barba, que ya habíamos olvidado, nos hace recordar nuevamente sus peculiaridades junto al monumento a Wilhelm Tell. El monumento, con descarga a través de un caño de cocina, bronce y piedra.

3 de setiembre. Domingo. Un alemán con un diente de oro, que gracias a él sería recordado por cualquiera que debiera describirlo, a pesar de la imprecisión general de su aspecto, saca una entrada en el establecimiento de baños, a las doce menos cuarto, aunque la casa se cierra a las doce; naturalmente, apenas entra, el profesor de natación se lo hace notar en un italiano incomprensible, y por lo tanto un poco severo. Gracias a este incomprensible italiano, el alemán, perturbado hasta en el manejo de su propio idioma, pregunta tartamudeando por qué le vendieron la entrada en la caja, se queja de que se la hayan vendido, y agrega que no debieron venderle una entrada a esa hora. De la respuesta del italiano se deduce que todavía le quedaba, ¿no es verdad?, un cuarto de hora para bañarse y volver a vestirse. Lágrimas. Me senté en el barril sobre el lago. Hotel Belvedere: "Con todo el respeto debido al gerente, la comida es inmunda."

4 de setiembre. Informaciones sobre el cólera: Oficina de Turismo, *Corriere della Sera*, el Norddeutscher Lloyd, el *Berliner Tageblatt*, la mucama nos trae el informe de un médico de Berlín, el carácter general de estas informaciones varía según los grupos y el estado físico de cada uno; al salir de Lugano hacia Porto Ceresio, a la una y cinco, parecen bastante favorables. Breve entusiasmo por París, en el viento que hincha el *Excelsior* del 3 de setiembre, abierto ante nosotros, y con el cual corremos hacia un banco. Todavía quedan algunos lugares alquilables para propaganda sobre el puente que cruza el lago de Lugano...

Viernes. Los tres tripulantes nos echan de la proa del barco, tal vez porque no hay que obstruir la vista del piloto, pero luego corren un banco hasta ese lugar y se sientan ellos. Me hubiera gustado cantar.

Ante los mismos ojos del italiano que nos aconseja ir a Turín (exposición), a quien acabamos de expresar nuestro caluroso asentimiento, fortificamos mediante un apretón de manos nuestra mutua decisión de no ir por nada en el mundo a Turín. Elogio de las tarifas reducidas. Un ciclista se pasea girando por la terraza de una casa de Porto Ceresio. Un látigo que en vez de correa sólo tiene un mechoncito de crines de caballo. Un ciclista avanza arrastrando con una soga un caballo que trota detrás de él.

Milán: Olvidamos la guía en una tienda. Volvimos y la habían robado. En el patio *dei Mercanti* comimos torta de manzanas. Panes de salud. Teatro Fossati. Todos los sombreros y los abanicos en movimiento. Risa de una criatura, arriba. Programa tapado por un aviso de propaganda. Una anciana señora en la orquesta de hombres. *Poltrone. Ingresso.* Orquesta a nivel de la sala. Propaganda de Lancia, albergada entre las decoraciones del cielo raso de un salón. Todas las ventanas del fondo abiertas. Actor alto, fornido, con los orificios de la nariz delicadamente pintados, cuya negrura subsiste, llamativa, aun cuando la luz disuelve los contornos del rostro echado hacia atrás. Una muchacha de cuello alto y delgado sale corriendo de la habitación con pasos cortos y los codos rígidos, dejando adivinar los tacos altos que hacen juego con el alto cuello. Exagerada valoración de la risa, ya que hay más distancia entre la seriedad del que no comprende y la risa, que entre ésta y la seriedad del iniciado. Significado de cada mueble. Cinco puertas en ambas obras, para un caso de apuro. La nariz y la boca de una muchacha, ensombrecidas por los ojos pintados. Un señor en un palco abre la boca cuando ríe, hasta mostrar una muela de oro en el fondo, luego se queda un momento así, con la boca abierta. La unidad entre el escenario y el auditorio, que sólo se establece para y contra el espectador que no entiende el idioma, y que de otro modo nadie podría advertir.

Joven italiana de cara en todo momento judía, excepto de perfil. Cómo se puso de pie, extendió las manos hasta la baranda y sólo dejó ver su angosto cuerpo, sin el ensanchamiento de los brazos y de los hombros; cómo extendió los brazos hacia las jambas de la ventana, cómo se aferró en la brisa, con las dos manos, a una jamba de la ventana, como un árbol a un árbol. Leía una novela de detectives encuadernada en rústica, que desde hacía un rato su hermanito le pedía inútilmente. Su padre, allí cerca, de nariz marcadamente aguileña, mientras que la de ella, curvada suavemente

en el mismo lugar, parecía por lo tanto más judía. Me miraba a menudo, con curiosidad, para ver si alguna vez interrumpía mi fastidiosa contemplación. Su vestido de seda cruda. Cerca de mí, una señora alta y gruesa, que diseminaba su perfume por el aire con el abanico. Su exceso de carne no cabe en un pie chato, y asciende hacia la altura inmediatamente a partir de los dedos. A su lado siento que me marchito. En el depósito de equipajes, la pantallita de lata sobre la llama del gas tiene la forma de un sombrero chato de muchacha. Entretenida diversidad de rejas en las casas. Bajo el arco mismo de entrada de la Scala, estuvimos buscándola, y cuando salimos hacia la plaza y nos vimos frente a su fachada simple y raída no nos asombró nuestro error.

Aprobación creciente del tránsito cada vez mayor hacia el centro de la ciudad, hasta que en la plaza de la catedral uno no ve otra cosa que los tranvías que rodean lentamente el monumento de Vittorio Emanuele, entonces uno se vuelve y busca un hotel. Alegría ante el vínculo que la puerta doble establece entre los dos cuartos. Cada uno puede abrir una puerta. Max piensa que esto también es conveniente para matrimonios. Primero escribir una idea, luego leerla en voz alta; no leerla en voz alta al escribirla, porque entonces sólo sale bien el comienzo, ya íntimamente ponderado, y lo que todavía falta escribir se pierde. Conversación sobre asfixia e inyecciones al corazón, en una mesita de café junto a la plaza de la catedral. También Mahler pidió una inyección en el corazón. Durante esta conversación, y a pesar de una pequeña resistencia de mi parte, el tiempo proyectado para nuestra estadía en Milán se contrae notablemente. La catedral fastidia con tantas puntas. Desarrollo de la decisión de ir a París: el momento en Lugano, frente al Excelsior; viaje a Milán, a consecuencia de la compra en Porto Ceresio, no totalmente voluntaria por nuestra parte, de los boletos para Milán; de Milán a París, por temor al cólera, y con el deseo de obtener una compensación de ese temor. Además, cálculo de las ventajas financieras y temporales de este viaje.

I. Rímini-Génova-Nervi (Praga).

II. Lagos de la Alta Italia, Milán-Génova (vacilación entre Locarno y Lugano).

III. Suprimir el Lago Maggiore; Lugano, Milán, viaje por las ciudades hasta Bologna.

IV. Lugano-París.

V. Lugano-Milán (varios días)-Maggiore.

VI. En Milán: directamente a París (tal vez Fontainebleau).

VII. Nos bajamos en Stresa. En este momento, por primera vez, nuestro viaje nos permite una buena mirada de conjunto hacia atrás y hacia adelante, ha crecido y por lo tanto ya se puede tomarlo por la cintura. En ninguna parte la gente me pareció tan chica como en la Galleria.[146] Max sostiene que la Galleria no es más alta que las casas que uno ve afuera, lo refuto con una objeción ya olvidada; por otra parte, siempre saldré en defensa de la Galleria. Casi no tiene ningún adorno innecesario, por eso no obstruye la mirada, y también por eso, así como por su altura, parece corta; pero también soporta cómodamente esta desventaja. Forma una cruz, por cuyo interior corre libremente el aire. Desde el techo de la catedral, las personas parecen haber crecido, en comparación con lo que parecían en la Galleria. Con la Galleria puedo consolarme perfectamente de no haber visto las antiguas ruinas romanas. Aviso trasparente en el fondo del vestíbulo del burdel: *Al vero Eden.* Mucho movimiento de entrada y salida a la calle, en su mayoría personas solas. Idas y venidas por las calles angostas de los alrededores. Son limpias; a pesar de su estrechez algunas tienen aceras, en cierto momento vemos, por una callejuela angosta que desemboca en ángulo recto en otra, una mujer apoyada en la reja de la ventana, en el último piso de una casa. En esa ocasión me sentía alegre y decidido en todo, y como siempre me ocurre en estos estados, el cuerpo más pesado. Las muchachas hablaban francés como vírgenes. La cerveza de Milán huele a cerveza, sabe a vino. Max se queja de lo que escribe solamente mientras escribe, nunca después. Por temor, hace dar a un gato un paseo por el salón de lectura.

La muchacha, cuyo vientre al sentarse se había indudablemente derramado sobre y entre sus piernas abiertas, bajo el vestido transparente; en cambio, cuando se levantó, el vientre se retrajo como un decorado de teatro detrás de los cortinados y formó finalmente un cuerpo pasable de muchacha. La francesa, cuya dulzura se manifestaba para un ojo analítico ante todo en las rodillas redondas y sin embargo detalladas, charlatanas y fieles. Una imperiosa figura de monumento, que se metía en la media el dinero recién ganado. El anciano que apoya las dos manos, una sobre otra, en una rodilla. La que estaba junto a la puerta, cuyo rostro maligno es español, cuya manera de colocarse la mano en la cadera es española, y que se despereza dentro de su vestido ajustado de seda profiláctica. En nuestro país, las muchachas alemanas del burdel hacen perder un instante a los huéspedes la conciencia de su nacionalidad; aquí son las francesas. Tal vez desconozca insuficien-

temente las costumbres de estos lugares. Pasión castigada por las bebidas heladas: una granadina, dos *aranciate* en el teatro, una en el Bar del Corso Emanuele, un helado en el café de la Galleria, una botella de agua mineral francesa, Thierry, que revela de una sola vez el efecto de todas las bebidas anteriores. Tristemente, me acosté; contemplando desde la cama una amplia perspectiva muy italiana, enmarcada por una ventana un poco saliente en un muro lateral. Lamentable despertar, con una seca opresión contra las paredes de la boca. Elegancia muy poco oficial de los policías, cuando hacen la ronda con sus guantes tejidos en una mano y el bastón en la otra.

5 de setiembre. Banca Commerciale en la plaza de la Scala. Cartas de casa. Cartas al jefe. Asombrosa entrada en la catedral, entre puertas vidriadas, pardas como en Cadenabbia. Deseo de trazar un plano arquitectónico de la catedral, ya que esta catedral sólo es una demostración de arquitectura, ya que en su mayor parte no tiene bancos, hay pocas estatuas adosadas a las columnas, y se ven escasas y oscuras pinturas en los muros lejanos; los visitantes aislados sobre el piso dan una idea de la altura del edificio, y cuando se pasean, una idea de su amplitud. Augusto, pero recuerda demasiado rápidamente la Galleria. Es una irresponsabilidad viajar sin tomar notas, hasta vivir sin tomar notas. Se vuelve imposible la sensación mortal del monótono trascurso de los días. Ascenso al techo de la catedral. Un joven italiano que subía ante nosotros nos facilitó el ascenso, tarareando una melodía, tratando de quitarse el abrigo, mirando por grietas que sólo dejaban ver la luz del sol, y golpeando constantemente las cifras que indican el número de escalones. Vista desde la galería anterior del techo. Algo ocurre con el mecanismo de los tranvías, allá abajo, se mueven tan despacio, guiados solamente por la curvatura de las vías. Un conductor, visto desde arriba, se acerca corriendo, torcido y aplastado, a su tranvía, y sube de un salto. Un surtidor con forma de hombre; le han sacado el cerebro y la columna vertebral para dejar pasar el agua. En cada uno de los grandes vitrales coloreados domina el color de una vestidura que recurre constantemente en los personajes aislados. Max: Una estación de ferrocarril en la vidriera de una juguetería, vías que forman un círculo cerrado y no conducen a ninguna parte, es y seguirá siendo su más fuerte impresión de Milán. En la vidriera, la colocación de la catedral al lado de la estación de ferrocarril es una consecuencia

del deseo de demostrar la variedad de artículos de la juguetería. Al salir por el portal posterior de la catedral, aparece frente a los ojos un gran reloj sobre un techo. Max: mirándolo desde lejos, se evitó el trabajo de ir hasta el castillo. Teatro Fossati. Viaje a Stresa. Movimientos de los que duermen en el compartimiento lleno, en busca de mayor comodidad. Pareja de enamorados. Por la tarde en Stresa.

6 de setiembre. Enojo, por la noche invenciones del hotel.

7 de setiembre. Jueves. Baño, cartas, partida. Dormir en público.

8 de setiembre. Viernes. Viaje. Pareja italiana, aparentemente la señora Salus. Sacerdote. Americano. Las dos francesitas con mucha carne en el trasero. Montreux. A uno se le abren las piernas en las anchas calles de París. Baño de pies, sentado en el borde de la cama. Lamparitas japonesas de los cafés al aire libre. Disposición de la Place de la Concorde, que proyecta sus encantos a cierta distancia, donde la vista los encuentra fácilmente, pero sólo cuando los busca.

Escuela Florentina (Siglo XV): "Escena de la manzana." Tintoretto: "Susana." Simone Martini (1285-1344): "Jesucristo subiendo al Calvario." (Escuela de Siena). Mantegna (1431-1506): "La Prudencia venciendo a los Vicios" (Escuela veneciana). Ticiano (1477-1576): "El Concilio de Trento." Rafael: "Apolo y Marsias." Velázquez (1599-1660): "Retrato de Felipe IV, Rey de España." Jakob Jordaens (1593-1678): "Concierto después de la comida." Rubens: "Kermesse." [146]

Confiserie de L'enfant gâté, rue des Petits Champs. Lavanderas en negligé matutino. Rue des Petits Champs, tan estrecha, que está completamente en la sombra. Aun cuando una hilera de casas está iluminada, esa diferencia de iluminación acerca las casas entre sí. *Le sou du soldat, société anonyme. Capital 1 mill., Avenue de l'Opéra.* Robert, Samuel. *Ambassadeur*: redoble de tambores con una música de cobres que se anuncia en la doble *s*, en el *eur* los palillos del tambor se alzan en pleno redoble y se callan. Gare de Lyon. Los obreros de la construcción usan como sustituto de los tirantes fajas de diversos colores, alrededor del cuerpo, lo que aquí, donde las fajas tienen un significado oficial, da una sensación mayor de democracia. Yo no sabía bien si tenía sueño o

no; este dilema me preocupó durante todo el viaje y durante toda la mañana. Cuidado, no confundir a las niñeras con gobernantas francesas de niños alemanes.

"Captura de Salins, 17-V-1668", por Mr. Lafarge. En el fondo, un hombre vestido de rojo en un caballo blanco, y un hombre vestido de oscuro en un caballo oscuro, descansan del sitio de una ciudad que aparece a lo lejos, cabalgando bajo la amenaza de una tormenta. "Viaje de Luis XVI a Cherburgo, 23 de junio de 1786." El barco se acerca impulsado por los remadores, tres hileras de cada lado, con los remos unidos entre sí, mientras Luis, con la mano tendida hacia Cherburgo, hace una observación a los cortesanos que están detrás de él, sobre todo a uno que tiene la mano sobre el pecho. Algunas mujeres, de ropas livianas, se inclinan hacia ellos desde la costa; un hombre mira a través de un telescopio. El coche espera. De los otros botes tendrán que ascender por unos puentecitos de madera, uno ya está atracado. "Vivac de Napoleón en el campo de batalla de Wagram; noche entre el 5 y el 6 de julio de 1809." Napoleón está sentado, solo, con una pierna apoyada en una mesita baja. Detrás de él humea una fogata de campamento. Las sombras de su pierna derecha, de las patas de la mesa y del banquito se abren frente a él, como rayos. Noche tranquila de luna. Los generales, en un semicírculo alejado, contemplan el fuego y el Emperador.[147]

La distribución característica en planos: Faldas, ropas en general, servilletas en los restaurantes, azúcar, grandes ruedas de los coches, en su mayoría de dos ruedas, caballos aislados, tensos, uno tras otro, vapores chatos en el Sena, los balcones recortan la superficie de las casas y la ensanchan, las anchas chimeneas chatas, los diarios doblados. El rayado París: las altas y delgadas chimeneas que ascienden con sus numerosas cabecitas como flores; los viejos candelabros del gas extraordinariamente silenciosos; el rayado de las celosías, al que se agregan en los suburbios las rayas de la suciedad sobre las paredes; las listas delgadas en los techos, que vimos en la rue de Rivoli; el techo rayado de vidrio del Grand Palais des Arts; las vidrieras de las tiendas divididas en bandas; las rejas de los balcones; la torre Eiffel, hecha de rayas; el excesivo moldurado de las jambas y el dintel de las puertas de los balcones, en oposición a nuestras ventanas; los asientos al aire libre y las mesitas de los cafés, cuyas patas son rayas; las rejas con puntas doradas de los jardines públicos.

Qué fácilmente la granadina efervescente se mete en la nariz cuando uno ríe (Bar frente a la Opéra Comique).

Aquí no existen los boletos de andén, esa grosera intrusión en la vida familiar.

Solo[148], en el salón de lectura, con una señora dura de oídos, ante quien me presenté inútilmente, mientras ella miraba hacia otro lado, y que considera la lluvia de afuera (que acabo de hacerle notar) como una prolongación de la humedad. Adivina su porvenir siguiendo las instrucciones de un libro que está a su lado, y que ella mira fijamente con la cabeza apoyada en el puño cerrado, donde tiene por lo menos cien pequeños naipes en miniatura, impresos de ambos lados, que todavía no ha utilizado. Cerca de mí, dándome la espalda, un señor de edad, de traje oscuro, lee el *Münchner Neuesten Nachrichten*. Una lluvia torrencial. Viajé con un orífice judío. Es natural de Cracovia, tiene un poco más de veinte años, estuvo dos años y medio en América, acaba de pasar dos meses en París y sólo consiguió trabajar catorce días. Mal pagado (apenas diez francos por día), mal lugar para los negocios. Cuando uno llega a una ciudad, no sabe el valor de su trabajo. Hermosa vida en Amsterdam. Casi todos son de Cracovia. Uno sabe todo lo que ocurre en Cracovia, día por día, ya que constantemente hay alguien que va o que vuelve de allí. Durante cuadras y cuadras, sólo se oye hablar en polaco. Ganó mucho en Nueva York, porque allí las muchachas ganan bastante y pueden comprarse adornos. En ese sentido, no puede compararse con París; apenas uno da un paso por los bulevares se da cuenta. Se fué de Nueva York porque después de todo su familia vive aquí, y le escribieron: "Vivimos en Cracovia y también nos ganamos la vida, ¿hasta cuándo piensas quedarte en América?" Tienen razón. Entusiasmo que le inspira la vida de los suizos. En verdad, deben ser fuertes como gigantes, viviendo de la tierra y criando ganado. ¡Y los ríos! Lo más importante es eso, bañarse en el agua de un arroyo cuando uno se levanta. Tiene el pelo largo, rizado, sólo de vez en cuando se pasa los dedos por él; ojos muy brillantes, nariz suavemente aguileña, las mejillas hundidas; un traje de corte americano, camisa raída, los calcetines caídos. Su valija es pequeña, pero cuando se baja la lleva como si pesara mucho. Su alemán se ve perturbado por entonaciones y giros ingleses; tan fuerte es el inglés, que el yiddisch puede descansar tranquilo. Entusiasmo después de una noche de viaje. "¿Usted es austríaco? Sí.

Además tiene una de esas capas de goma. Todos los austríacos tienen una." Mostrándole las mangas, le demuestro que no es una capa, sino un abrigo. Él insiste de todos modos en que todos los austríacos usan capas. Se la ponen así. Se vuelve inmediatamente hacia un tercero, y le muestra cómo hacen. Simula sujetarse algo atrás, en el cuello de la camisa, inclina el cuerpo hacia adelante, para ver si está bien sujeto, luego se cubre con ese algo, primero el brazo derecho, luego el izquierdo, y finalmente se envuelve completamente, hasta sentirse, como es fácil comprobar, bien cómodo y abrigado. Aunque está sentado, algunos movimientos de sus piernas demuestran con qué facilidad y hasta despreocupación un austríaco puede andar así envuelto. No hay en esto casi ninguna burla, más bien lo hace porque es una persona que ha viajado y por lo tanto conoce un poco el mundo. Hay que agregar también cierta puerilidad.

Mi paseo por el jardincito oscuro frente al sanatorio.

Ejercicios matutinos, al compás de una canción del *Wunderhorn*, que alguien toca en la trompa.

El secretario que todos los inviernos hace un viaje a pie, a Budapest, al sur de Francia, a Italia. Descalzo, sólo se alimenta de comida cruda (pan negro, higos, dátiles), vivió dos semanas con otros dos cerca de Niza, casi siempre desnudos, en una casa abandonada.

Niñita gorda, que generalmente se mete los dedos en la nariz, despierta, pero no demasiado bonita; tiene una nariz sin porvenir. Se llama Waltraute, y si es cierto lo que dice una señorita, parece irradiar algo.

Las columnas del comedor, que al principio me asustaron cuando las vi en el prospecto (altas, relucientes, mármol por todos lados), lo que hizo que me maldijera a mí mismo durante el viaje en el vaporcito; y que finalmente resultan estar construídas, muy burguesamente, de ladrillos, ser además extraordinariamente bajas, y estar cubiertas por una pintura que imita muy mal el mármol.

Animada conversación de un hombre subido al peral frente a mi ventana y una muchacha, en el suelo y que me resulta invisible.

Agradable sensación cuando el médico auscultó una y otra vez mi corazón; a cada momento me pedía que cambiara la posición del cuerpo, y parecía no llegar a ninguna conclusión. Durante un rato notablemente largo me palpó la zona del corazón, tan largo que al final casi parecía distraído.

Por la noche, pelea de las mujeres en el compartimiento, cuya lámpara habían cubierto con un género. Cómo gritaba en la

oscuridad la francesa acostada en el asiento, y apretaba con los pies contra la pared a la otra mujer, de más edad, que hablaba mal francés y no sabía qué hacer. De acuerdo a la opinión de la francesa, lo que tenía que hacer era irse de ese lugar, trasportar todo su equipaje al otro lado, y permitirle estirarse en el asiento. El médico griego que venía en mi compartimiento decidió, en un francés al parecer basado en el idioma alemán, que su pretensión era definitiva y claramente injustificada. Yo llamé al mozo, que arbitró un acuerdo.

Nuevamente me encuentro con aquella señora, que además tiene la locura de escribir. Lleva consigo un portafolio lleno de papeles, tarjetas, plumas y lápices, lo que después de todo es bastante animador.

Ahora parecemos una familia. Afuera llueve, la madre insiste en adivinarse el porvenir con las cartas, y el hijo escribe. No hay nadie más en el cuarto. Como no oye bien, también yo podría llamarla "madre".

A pesar de la gran repugnancia que siento ante la palabra "tipo", me parece sin embargo cierto que gracias a las curas naturistas y todo lo que se refiere a ellas, ha aparecido un nuevo tipo humano, por ejemplo el del señor Fellenberg, a quien por otra parte sólo conozco superficialmente. Gente de piel fina, cabeza bastante chica, de aspecto exageradamente limpio, con uno o dos pequeños detalles incongruentes (en el señor F., los dientes que le faltan, el amago de barriga), una flacura mayor que la que parece adecuada a la conformación de su cuerpo, es decir, supresión de toda grasa; tratan su salud como si fuera una enfermedad, o por lo menos como algo que se hubieran ganado (lo que no les reprocho), con todas las demás consecuencias de una sensación de salud tan forzada.

En la Opéra Comique, en la galería. En la primera fila, un señor de frac y cilindro, en una de las últimas un hombre en camisa (además la lleva abierta y metida hacia adentro, para orear el pecho), listo para meterse en la cama.

El que toca la trompa, a quien yo consideraba una persona alegre y feliz (porque es movedizo, tiene ideas agudas, la cara rodeada por una barba rubia que termina en punta, las mejillas rubicundas, los ojos azules, y se viste prácticamente), hoy me

miró, durante una conversación sobre sus trastornos gástricos, con una mirada asombrosa que surgía de ambos ojos con la misma intensidad, prácticamente los estiraba, me atravesaba y se hundía directamente en la tierra.

Disputas nacionales en Suiza. Biel, una ciudad que hace unos años era totalmente alemana, corre el peligro de volverse francesa, a causa de la inmigración de numerosos relojeros franceses. El cantón Ticino, el único italiano, quiere separarse de Suiza. Existe una zona "irredenta". En efecto, los italianos no están representados en el Concejo Federal de siete miembros; dado su escaso número (tal vez unos 180.000) sólo podrían estar representados en un Concejo de nueve miembros. Pero no quieren cambiar el número de miembros. El ferrocarril del Gotthard era una empresa privada alemana, tenía empleados alemanes, que abrieron una escuela alemana en Bellinzona, pero ahora que pertenece al Estado, los italianos piden empleados italianos y la supresión de la escuela alemana. Y en realidad, sólo el gobierno del cantón puede decidir en asuntos de instrucción pública. Población total: dos tercios son alemanes, el resto franceses e italianos.

El médico griego y enfermo, que me sacó del compartimiento en medio de la noche con su tos, sólo soporta, según dice, carne de oveja. Como tenía que pasar la noche en Viena, me pidió que le escribiera "oveja" en alemán.

Aunque llovía, y más tarde me quedé totalmente solo; aunque mi desdicha no me abandonaba un momento; aunque en el comedor jugaban juegos de sociedad, que no puedo compartir a causa de mi torpeza; sí, aunque finalmente no escribí nada aceptable, no sentí sin embargo ni lo feo ni lo degradante, ni lo triste ni lo doloroso de esta soledad, por otra parte orgánica; como si sólo estuviera hecho de huesos. Al mismo tiempo me alegré, porque me pareció descubrir las huellas de un leve apetito por encima del bloque de mis intestinos obstruídos. La señora, que había ido a buscar leche en un jarro de lata, volvió y me preguntó, antes de dedicarse nuevamente a sus cartas: "¿Qué escribe usted, en realidad? ¿Observaciones? ¿Un diario?", y como sabía que no entendería mi respuesta, siguió preguntando: "¿Usted es estudiante?" Sin pensar en su sordera, le contesté: "No, pero estudié", mientras ella volvía a sus cartas, y yo me quedaba solo con esta frase, cuyo peso me obligó a seguir mirando un rato a la señora.

Somos dos hombres en la mesa, con seis o siete mujeres. Cómo se elevan aún las fuentes más alejadas, cuando mi plato está medio vacío, o cuando miro aburrido en torno, y trasportados por las manos de las mujeres (las llamo señora o señorita, al azar) se acercan rápidamente, y cuando les doy las gracias y digo que no quiero más, se alejan lentamente por donde vinieron.

El Sitio de París, de Francisque Sarcey; 19 de julio de 1870, declaración de la guerra. Las personas que se hicieron famosas por unos días. Carácter cambiante del libro, a medida que describe el carácter cambiante de París. Elogios y reproches por las mismas cosas. La calma de París después de la derrota es a veces frivolidad francesa, a veces capacidad francesa de resistencia. 4 de setiembre, después de Sedan, la República. Los obreros y los guardias nacionales, trepándose a las escaleras, arrancan con martillos las *N* de los edificios públicos. Ocho días después de la proclamación de la república, el entusiasmo era tan grande, que no se conseguía nadie que quisiera trabajar en las fortificaciones. Los alemanes avanzan. Bromas parisienses: Mac-Mahon fué apresado en Sedan, Bazaine se rindió en Metz, por fin establecieron contacto los dos Ejércitos. La orden de destruir los suburbios, ninguna noticia durante tres meses. Nunca tuvo París tanto apetito como al comienzo del sitio. Gambetta organizó la rebelión en las provincias. Una vez llegó por suerte una carta suya. Pero en vez de proporcionar los datos exactos, que todos ardían por conocer, sólo decía que *la résistance de Paris faisait l'admiration de l'univers*. Absurdas reuniones de los clubes. Un mitin de mujeres en el Gymnase Triat. "¿Cómo deben proteger las mujeres su honor ante el enemigo? Con el *doigt de Dieu*, o mejor dicho *le doigt prussique. Il consiste en une sorte de dé en caoutchouc que les femmes se mettent au doigt. Au bout de ce dé est un petit tube contenant de l'acide prussique.* Si se acerca un soldado alemán, se le tiende la mano, se lo pincha y se le introduce de ese modo el ácido." El Instituto hace salir a un sabio en un globo para que vaya a estudiar el eclipse de sol en Argelia. Se comían las castañas del año anterior y los animales del *Jardin des plantes*. Había algunos restaurantes donde hasta el último momento se conseguía de todo. El sargento Hoff, que se hizo tan famoso por haber matado a un prusiano para vengarse de su padre, desapareció, y se lo declaró espía. Estado de ánimo del ejército: En las avanzadas, algunos beben cordialmente con los alemanes. Louis Blanc compara a los alemanes con mohicanos que estudiaron tecnología. El 5 de

enero empieza el bombardeo. No hace gran cosa. Habían dado la orden de tirarse al suelo cuando estallaban las granadas. Los chicos de la calle, también los adultos, se quedaban en el barro y de vez en cuando gritaban "*Gare l'obus*". Durante un tiempo el general Chauzy fué la esperanza de París, perdió sus batallas como todos los demás, no se conocía en ese momento ningún motivo para esa fama, y sin embargo el entusiasmo era tan grande en París, que Sarcey, aun mientras escribe su libro, siente una vaga e inmotivada admiración hacia Chauzy. Un día en el París de esa época: En los bulevares brilla el sol y el tiempo es hermoso, la gente se pasea tranquilamente, pero cerca del Hotel de Ville las cosas cambian, hay una rebelión de *communards*, con numerosos muertos, tropas, excesos. En la margen izquierda del Sena explotan las granadas prusianas. Los malecones y los puentes están en calma. Vuelta al *Théâtre Français*. El público sale de una representación de *Las Bodas de Fígaro*. Los diarios vespertinos aparecen en ese momento, el público se reúne en torno de los quioscos, en los Champs Elysées los niños juegan, los paseantes dominicales contemplan con curiosidad un escuadrón de caballería que pasa, haciendo sonar las trompetas. De una carta de un alemán a su madre: "No te imaginas qué grande es este París, pero los parisienses son gente rara; tocan la trompeta todo el día." Durante una quincena no hubo agua caliente en París. Hacia fines de enero terminó el sitio, que duró cuatro meses y medio.

Camaradería de las ancianas en el compartimiento. Relatos sobre ancianas que fueron atropelladas por automóviles, sus cuidados durante los viajes: no comer nunca salsas, apartar la carne, no abrir los ojos durante el viaje, pero al mismo tiempo... comer la fruta hasta el carozo, no comer ternera dura, pedir a los caballeros que las ayuden a cruzar la calle; las cerezas son las frutas más pesadas, la salvación de la anciana.

Compartimientos siameses en la estación de Milán.

Joven matrimonio italiano del tren de Stresa, que se junta con otro matrimonio en el tren que va a París. Uno de los hombres se dejaba simplemente besar, y mientras miraba hacia afuera por la ventanilla sólo ofrecía a su mujer el hombro, para que ésta apoyara en él la mejilla. Cuando se quitó el abrigo, porque tenía calor, y cerró los ojos, ella parecía mirarlo más atentamente. Bonita no era, sólo tenía algunos rizos ralos alrededor de la cara. La otra

en cambio llevaba velo, uno de cuyos lunares azules le cubría a menudo un ojo; su nariz parecía terminar demasiado repentinamente, las arrugas en torno de su boca eran arrugas juveniles, provocadas por su animación juvenil. Cuando inclinaba la cabeza, sus ojos iban y venían, lo que en mi país sólo he visto hacer a las personas que usan anteojos.

Esfuerzos de todos los franceses con los que uno se pone en contacto, por mejorar, aunque sólo sea momentáneamente, nuestro mal francés.

Joven sacerdote, mal afeitado, con el viajero de las tarjetas postales, que le muestra docenas de paisajes, lo que encanta al cura. Yo lo miro, también un poco influído por el calor, con tanta atención, que finalmente le piso la sotana con todo el taco del zapato. *"Niente"*, me dice, y sigue hablando, siempre con las mismas profundas inspiraciones, separadas por itálicos *"¡Ah!"*

Sentados en el interior de nuestro coche, la indecisión que sentimos en lo que se refiere a la elección del hotel, nos hace creer que también guiamos el coche con indecisión; de pronto nos metemos en una callejuela lateral, luego volvemos a la calle principal; y todo esto en pleno tránsito de mediodía de la Rue de Rivoli, cerca de los mercados.

Salí por primera vez a mi balcón y miré en torno, como si acabara de despertarme en esta habitación, cuando en realidad estoy tan cansado del viaje nocturno, que no sé si podré correr todo el día por esas calles, especialmente tal como las veo ahora desde arriba, todavía sin mí.

Comienzo de las confusiones parisienses. Max sube a mi cuarto en el hotel, y se enoja porque todavía no estoy arreglado, y en cambio estoy lavándome la cara, pero yo le había dicho que nos lavaríamos un poco y luego saldríamos inmediatamente. Como al decir lavarse un poco yo sólo me refería al hecho de lavarme la cara, en vez de lavarme todo el cuerpo, y todavía no terminé de lavármela, no comprendo sus reproches y sigo lavándomela, aunque ya no tan minuciosamente como antes, mientras Max se sienta en mi cama con la sucia ropa del viaje nocturno, y me espera. Tiene la costumbre, y en este momento no la desmiente, de contraer dulcemente la boca, es más, toda la cara, cuando hace algún

reproche, como si por una parte quisiera facilitar de ese modo la comprensión de sus reproches, y por otra parte demostrar que sólo la dulce expresión adoptada en ese momento le impide darme una bofetada. El hecho de que yo lo obligue a esta hipocresía, contraria a su carácter, implica otro reproche, que trata de insinuarme al callarse y permitir que las líneas de su cara se separen en la dirección opuesta, es decir, alejándose de la boca, para descansar de la fatiga de esa dulzura, lo que naturalmente tiene un efecto mucho más potente que la primera expresión. Yo, en cambio, comprendo (así me ocurrió en París) que a causa del cansancio estoy tan metido dentro de mí mismo, que el influjo de estas expresiones no consigue de ningún modo obrar sobre mí, y por eso, en medio de mi desdicha, puedo mostrarme tan superior que hasta consigo pedirle disculpas, sin la menor sensación de culpabilidad, y sólo impulsado por la más absoluta indiferencia. Con esto logro tranquilizarlo, por lo menos aparentemente, y entonces sale conmigo al balcón y me muestra el paisaje, sobre todo me hace notar qué parisiense parece. En realidad yo sólo veo la frescura y vivacidad que hay en Max; cómo concuerda indudablemente con cierto París que no veo en absoluto; cómo puede salir de su oscuro cuarto interior y asomarse a un balcón de París, al sol, por primera vez después de un año, y sentirse merecedor de todo esto, cuando yo, en cambio, me siento claramente más cansado, por desgracia, que la primera vez que me asomé al balcón, un rato antes de la llegada de Max. Y no conseguiría aplacar mi cansancio en París durmiendo, sino únicamente yéndome. Esto a veces hasta me parece una peculiaridad de París.

Realmente, escribí todo lo que antecede sin mala voluntad; pero él venía pisándome los talones.

Al principio me opongo al Café Biard, porque creo que allí sólo sirven café negro. Luego resulta que también hay leche, aunque acompañada por una factura pésima y esponjosa. Casi la única mejora que se me ocurre para París es la de servir mejor factura en estos cafés. Más tarde, antes del desayuno, cuando Max ya se había sentado, se me ocurre recorrer las calles de los alrededores y comprar algunas frutas. Mientras vuelvo al café, me como parte de la fruta, para que Max no se asombre demasiado. Después de un exitoso intento, realizado en un excelente café junto a la estación del ferrocarril de Versailles, de comer torta de manzanas y torta de almendras, compradas en una panadería, ante los mismos ojos de un mozo que nos contempla apoyado en el marco de la

puerta, hacemos lo mismo en el café Biard y descubrimos que de ese modo, aparte del placer de la buena pastelería, gozamos como corresponde de las ventajas propias del café, es decir, la absoluta falta de curiosidad que suscitamos en este local bastante vacío, el excelente servicio, y la proximidad de las personas sentadas junto al mostrador y a las que pasan frente a la puerta siempre abierta. Sólo hay que acostumbrarse al lavado del piso, lo que ocurre a menudo a causa de la cantidad de gente que entra directamente de la calle y va y viene junto al mostrador, y los que realizan este lavado no suelen tener ninguna consideración con el público.

Contemplando los pequeños despachos de bebidas a lo largo de la línea de ferrocarril a Versailles, parece fácil para un matrimonio joven abrir uno de estos bares, y llevar de ese modo una vida agradable, interesante, sin riesgos, laboriosa sólo a ciertas horas del día. Hasta en los bulevares uno encuentra bares baratos como éstos, asomados en la sombra, entre dos callejuelas, en la punta de un grupo de casas en forma de cuña.

Los clientes de camisa manchada de cal, junto a las mesitas de las tabernas suburbanas.

Los gritos de una mujer, al anochecer, que vende libros en el Boulevard Poissonière, en una pequeña carretilla de mano. "Revísenlos, caballeros, revísenlos, se venden todos." Sin impelerlo a comprar, casi sin mirarlo, sin interrumpir sus gritos, dice inmediatamente el precio del libro que alguno de los circunstantes ha elegido. Sólo parece desear que hojeen más rápido los libros, que éstos cambien más pronto de mano; eso se comprende, cuando uno de vez en cuando ve a alguien que (como yo) coge un libro lentamente, lo hojea lentamente y apenas, lentamente vuelve a dejarlo y por fin lentamente se aleja. La solemnidad con que enuncia los precios de los libros, cuya indecencia es tal que al principio uno no puede imaginarse que nadie se atreva a comprar un ejemplar a la vista de todo el mundo.

Cuánta más decisión exige la compra de un libro expuesto fuera del negocio que la compra de uno que está adentro, ya que esta elección sólo es en el fondo una libre reflexión provocada por la presencia casual de los libros expuestos.

Sentados en dos sillitas frente a los Champs Elysées. Los niños que todavía no se han ido, aunque es muy tarde, juegan en la penumbra, y ya no distinguen bien las rayas que trazan en la arena.

El establecimiento de baños, cerrado, con pinturas exteriores que en el recuerdo producen una mpresión musulmana. Está iluminado por una luz grisácea, en pleno mediodía, porque la luz del sol sólo entra en un rincón, en rayos aislados, a través de los agujeros del toldo, y las aguas del río ayudan a la oscuridad. Mucho lugar. En un rincón, un bar. Los profesores de natación corren a lo largo de la piscina, persiguiendo a los parroquianos. Se aparecen ante el cliente en su casilla y le exigen el dinero de la entrada, amenazantes, con palabras incomprensibles o inconmovibles. Una exigencia en un idioma incomprensible me parece una prueba de discreción. *Grands bains du Pont Royal.* En el rincón hay gente sentada en los escalones, que se lavan minuciosamente con jabón. El agua jabonosa que los rodea no se mueve. A través de los agujeros del toldo, uno ve pasar algo por el río: son vapores. La pobreza de placeres de este baño es demostrada por dos que se entretienen con un viejo salvavidas, que apenas es empujado de un lado choca contra el otro. Ruido de taberna. Hermosos canteros verdes de césped en las orillas. Muchos alemanes. En una escuela de natación cuelga sobre el agua una soga con nudos, para zambullidas a gusto. Preguntamos por el Musée Balzac; un hermoso joven con el pelo hinchado por el agua nos explica que nos referimos al Musée Grevin (un museo de figuras de cera). Servicial, abre su casilla, saca una pequeña guía (tal vez regalo de año nuevo de algún establecimiento) y tampoco allí encuentra el Musée Balzac. Intimamente, en todo momento, lo habíamos previsto, y también le habíamos aconsejado con fervor que no lo buscara. Tampoco está en el Bottin, por otra parte.

Una acomodadora gorda de la Opéra Comique nos acepta bastante despreciativamente la propina. Me pareció que la causa debía de ser nuestra aparición demasiado titubeante, uno detrás de otro, con las entradas en la mano; y sin decir nada decidí, la noche siguiente no darle absolutamente nada a la acomodadora de la Comédie, pero cuando llegó el momento, avergonzado ante ella y ante mí, le di unae norme propina, aunque todos entraban sin darle nada. También se me ocurrió decir en la Comédie que, en mi opinión, la propina no era "totalmente indispensable", pero

tuve que volver a dársela, cuando la acomodadora, esta vez delgada, se quejó de que la administración no le pagaba bastante, e inclinó la cara sobre el hombro.

Escena de lustrabotas, al comienzo. Los niños que acompañaban a la guardia bajaban la escalera al paso. Tuve la impresión de que tocaban la obertura de cualquier modo, para facilitar la entrada a los que llegaban tarde. Solían hacer eso solamente con las operetas. Correcta simplicidad del decorado. Comparsas soñolientos, como en todas las representaciones que vi en París; en nuestro país, en cambio, apenas se puede contener su vivacidad. El burro del primer acto de *Carmen* esperaba en la angosta calle junto a la entrada del teatro, rodeado por un pequeño auditorio callejero, hasta que le abrieron la puertita de entrada. En la escalera de entrada compro casi adrede uno de esos falsos programas que se venden frente a casi todos los teatros. Una bailarina sustituye a Carmen durante la escena en la taberna de los contrabandistas. Cómo su cuerpo mudo se movía al compás del canto de Carmen. Más tarde, danza de Carmen, que en realidad parece mucho más hermosa a causa de los méritos acumulados hasta ese momento. Da la sensación de que antes de la representación hubiera recibido algunas rápidas lecciones de la primera bailarina. Cuando se recostaba sobre la mesa para oír lo que alguien decía, jugando con los pies bajo la falda verde, las candilejas blanqueaban la suela de sus zapatos.

Una per ona que no lleva un diario, se encuentra en una posición falsa ante el diario de otro. Cuando lee, por ejemplo, en el diario de Goethe que éste, el 11 de enero de 1797, se pasó todo el día en casa "ocupado en diversos asuntos", piensa que él, personalmente, nunca ha hecho tan poca cosa durante todo un día.

Estábamos demasiado cansados para escuchar el último acto (yo ya lo estaba antes del penúltimo); salimos y nos sentamos en un bar frente a la Opéra Comique, donde Max, de puro cansancio, me regó todo con soda, y yo, de puro cansancio, no podía dejar de reírme, mientras la granadina se me metía en la nariz. Mientras el último acto probablemente empezaba, nos volvimos a casa. Me habría gustado quedarme en esta plaza, después del calor del teatro, abanicándome el aire caliente sobre el pecho, a través de la camisa entreabierta; el aire de la noche, estar sentado al aire libre, estirar las piernas en una plaza urbana; si bien la gran fa-

chada iluminada del teatro, con las luces laterales de los cafés, bastaban para alumbrar la placita como una habitación, sobre todo el suelo, hasta debajo de las mesitas.

Señor en el *foyer*, que conversa con dos señoras, con un frac que le queda un poco grande, y que si no hubiera sido nuevo, si le hubiera quedado mejor y si no lo hubiera usado en ese lugar, podría haber sido histórico. Deja caer el monóculo y vuelve a levantarlo. Cuando la conversación se interrumpe, golpea inseguro el suelo con su bastón. El brazo le tiembla constantemente, como si a cada momento tuviera la intención de extenderlo y acompañar a las señoras a través de la multitud. Cutis gastado, descolorido.

Propiedad del idioma alemán de parecer hermoso en labios de los extranjeros que no lo dominan, y que en general tampoco quieren dominarlo. Dentro de lo que hemos observado, jamás vimos que los franceses se complacieran en nuestros errores de francés, ni siquiera se dignaban oírlos; y aun nosotros, aunque nuestro francés no posee demasiado sentido idiomático francés...

La suerte (desde mi punto de vista) de los cocineros y los mozos de restaurante, que después de la comida general comen lechuga, judías y patatas, las mezclan en grandes recipientes, se sirven apenas de cada plato, aunque podrían servirse lo que quisieran, y desde lejos se parecen tanto a los cocineros y los mozos de nuestro país. El mozo de boca y barbita elegantemente contraídas, que un día me sirvió solamente (así creo) porque soy torpe, distraído y antipático, y estoy siempre cansado, y por lo tanto no puedo conseguirme la comida necesaria, cuando él puede traérmela casi sin darse cuenta.

En el restaurante Duval, Boulevard Sébastopol, en la penumbra del atardecer. Tres clientes dispersos por el local. Las jóvenes que atienden hablan en voz baja entre sí. La caja está todavía vacía. Pido una cuajada, luego otra. La joven me la trae en silencio; la semioscuridad del local parece aumentar el silencio; luego me retira también los cubiertos preparados en mi lugar para la cena, y que podrían molestarme. Me resultó muy agradable poder adivinar cierta paciencia y comprensión de mis sufrimientos en una mujer tan silenciosa.

Ridículo restaurante en la Rue Richelieu. Lleno de gente. Desagradable aspecto del humo ante los espejos. Regularmente espaciadas, perchas totalmente llenas de ropa, como árboles. Costumbre de colocar barandas entre las mesitas. Inmediatamente después del error del poco diestro extranjero, que supone que donde hay un marco en forma de baranda también hay un espejo, lo que lo incita a mirar con insolencia el tabique de separación, donde cree ver la reflexión de lejanos clientes, hasta que de pronto la respuesta a su mirada le demuestra que se trata de caras reales; después de ese error, se advierte en cambio cuánto ayudan a la intimidad de los clientes esas barandas colocadas entre las mesas contiguas.

En el Louvre, de un banco a otro banco. Dolor de saltearme uno. Multitud en el Salon Carré, agitación, grupos de gente, como si acabaran de robar la Monna Lisa. Conveniencia de las barandas frente a los cuadros, donde uno puede apoyarse, sobre todo en la sala de los Primitivos. Esta obligación de mirar con Max sus cuadros favoritos, cuando estoy demasiado cansado para mirar los míos. Mirada de admiración. El vigor de una joven inglesa alta, que se pasea de un extremo a otro por la sala más larga, con su acompañante.

Aspecto de Max, mientras lee *Fedra* frente al Aristide, a la luz de un farol, y se arruina la vista con esas letras minúsculas. ¿Por qué no me hace nunca caso? Por desgracia, saco algún provecho también de esto, ya que mientras nos dirigimos hacia el teatro me cuenta todo lo que ha leído en su *Fedra*, en la calle, mientras yo cenaba. Breve trayecto, esfuerzo de Max por contarme todo, todo; también esfuerzo de mi parte. Representación militar en el *foyer*. Los soldados regulan al estilo militar la entrada del público, apiñado y contenido a unos metros de la boletería.

Al parecer, un miembro de la *claque* en nuestra fila, una mujer. Su aplauso parece seguir los arrebatos del jefe de la claque, muy ocupado en la última fila, detrás y arriba de nosotros. La mujer aplaude con cara distraída, tan inclinada hacia adelante, que cuando cesa el aplauso se mira asombrada y preocupada las palmas de las manos, a través de sus guantes calados. Pero inmediatamente vuelve a aplaudir, cuando es necesario. Pero al final también aplaude por su cuenta, con lo que demuestra que no forma parte de la claque.

La conciencia de ser tan importantes como la obra que han de

tener algunos espectadores, para llegar al final del primer acto y obligar a toda una fila de personas a ponerse de pie. Un decorado que no cambia durante los cinco actos, contribuye a la seriedad del conjunto, y aunque hecho de papel, es más sólido que un decorado cambiante de piedra y madera.

Un grupo de columnas frente al mar y el cielo azul, cubiertas en lo alto por plantas trepadoras. Directa influencia del "Banquete" del Veronese, también de Claude Lorrain.

La boca de Hipólito, que cerrada, abriéndose o abierta, siempre se conserva tranquilamente vibrante.

Oenone, pasa fácilmente de una inmovilidad a otra; en cierto momento, erguida, con las piernas ceñidas por la túnica, el brazo alzado, el puño inmóvil, declama un verso. A menudo se cubre lentamente la cara con las manos. Colores grises de los consejeros de los personajes principales.

Disconformidad con la actriz que interpreta a Fedra, al recordar la satisfacción que me producía el hecho de que Rachel fuera actriz de la Comédie Française, siempre que leí algo sobre ella.

Ante un espectáculo tan sorprendente como el que ofrece la primera escena, donde Hipólito sostiene a su lado el arco inmóvil, tan alto como él, con el propósito de confiarse al Pedagogo, y con la mirada tranquila y altiva fija en el público declama sus versos como en una declamación de fin de curso, tuve, como tantas otras veces, la impresión por otra parte demasiado débil de que esto ocurría por primera vez, y a mi asombro general se mezcló el asombro de ver algo que tenía éxito en su primerísimo intento.

Burdeles racionalmente organizados. Las limpias celosías cerradas en todas las grandes ventanas de la casa. En la portería, en vez de un hombre, hay una mujer decentemente vestida, que en cualquier parte habría quedado bien. Ya en Praga tuve a menudo la ligera impresión del carácter amazónico de los burdeles. Aquí es todavía más marcado. La portera, que hace funcionar su campanilla eléctrica, y que nos retiene en su habitación, porque le anuncian que en ese momento algunos clientes descienden la escalera; las dos respetables señoras de arriba (¿por qué dos?) que nos reciben; la luz eléctrica que se enciende en el cuarto contiguo, donde están sentadas en la oscuridad o en la semioscuridad las muchachas libres; los tres cuartos de círculo (nosotros lo completábamos) que forman las muchachas en torno de nosotros, en posturas calculadamente ventajosas; los pasos largos con que se

adelanta la elegida; la presión de la mano de la señora, para invitarme a seguir adelante, mientras yo siento un impulso hacia la puerta de salida. Me resulta imposible imaginarme cómo llegué a la calle, tan rápido fué todo. Es difícil escoger bien a las muchachas en ese lugar, porque son demasiadas, parpadean, y sobre todo están demasiado cerca. Habría que abrir bien los ojos, y eso exige práctica. En realidad, sólo recuerdo la que estaba delante de mí. Le faltaban algunos dientes, se desperezaba hasta parecer muy alta, con el puño apretado sobre el sexo mantenía cerrada la bata, y abría y cerraba rápida y simultáneamente los grandes ojos y la gran boca. Tenía el pelo rubio y revuelto. Era delgada. Ansiedad provocada por el temor de olvidar que no tenía que sacarme el sombrero. Hay que arrancarse la mano del ala. El solitario, largo, absurdo retorno a casa.

El grupo de visitantes que esperan la apertura del Louvre. Las muchachas se sientan entre las altas columnas, leen el Baedecker, escriben tarjetas postales.

La Venus de Milo, cuyo aspecto cambia rápida y sorpresivamente mientras uno la circunda con lentitud. Por desgracia hice una observación forzada (sobre la cintura y la túnica), pero también algunas acertadas, cuyo recuerdo me exigiría una reproducción plástica; especialmente una sobre la influencia de la rodilla izquierda doblada sobre el aspecto general desde cualquier punto de vista, aunque a veces mucho menos. La observación forzada: Uno esperaría que inmediatamente donde termina la túnica el cuerpo se adelgazara, y en cambio al principio se ensancha. La túnica que cae, sostenida por la rodilla.

El Luchador Borghese, cuya vista de frente no es la mejor, ya que obliga al espectador a retirarse hacia atrás, y es más dispersa. Pero en cambio visto desde atrás, donde el pie toca por primera vez el suelo, la mirada sorprendida se siente atraída a lo largo de la rígida pierna y asciende deleitada por la espalda irresistible hasta el brazo y la espada tendidos hacia delante.

El subterráneo me pareció esa vez muy vacío, sobre todo cuando lo comparo con aquel otro viaje, cuando fuí solo y enfermo a las carreras. Aparte de los pasajeros, también el hecho de ser domingo influye sobre el aspecto general del subterráneo. Predominaba el color oscuro y acerado de las paredes. Los empleados que abrían

y cerraban las puertas de los coches, y que al mismo tiempo entraban y salían de los mismos, lo hacían en un estilo de tarde de domingo. La gente recorría lentamente los largos trayectos de las combinaciones. La insólita indiferencia con que los pasajeros consideran el viaje en subterráneo resultaba más evidente. Parecían acercarse a las puertas vidrieras, bajarse ocasionalmente en estaciones desconocidas, alejadas de la Ópera, como obedeciendo a un capricho. En los andenes, a pesar de la luz eléctrica, es indudablemente discernible la luz cambiante del día, se advierte sobre todo cuando uno acaba de entrar, especialmente esta luz vespertina, poco antes de oscurecer. La llegada a la estación terminal, vacía, de la Porte Dauphine, cantidad de caños que se vuelven visibles, vista de las vías circulares donde los trenes recorren la única curva que les es permitida después de un viaje rectilíneo tan largo. Es mucho peor pasar por los túneles del ferrocarril, aquí no se siente en lo más mínimo la opresión que siente el pasajero del tren bajo el peso de las montañas, por más que las sabe contenidas. Además, uno no está lejos de la gente, sino dentro de un organismo urbano, como por ejemplo el agua en las cañerías. El salto hacia atrás al descender, seguido por un avance más vigoroso. Este descenso al mismo nivel. Pequeñas oficinas, en su mayoría abandonadas, con teléfonos y sistemas de campanillas, dirigen el tránsito. A Max le gustaba mirar hacia adentro. La primera vez en mi vida que viajé en el subterráneo, de Montmartre a los grandes bulevares, el ruido era espantoso. Pero fuera de eso, no es desagradable, más bien aumenta la tranquila y agradable sensación de la velocidad. La propaganda de Dubonnet es muy apropiada para ser leída, esperada y observada por los pasajeros tristes y ociosos. Supresión de las palabras, ya que ni al pagar ni al entrar ni al salir hay que hablar con nadie. Para un extranjero frágil y esperanzado, gracias a su fácil comprensión, el subterráneo es la mejor oportunidad de llegar a creer que ha logrado penetrar, correcta y rápidamente, al primer intento, en la esencia de París.

Uno reconoce a los extranjeros porque al salir, apenas llegan al último escalón del subterráneo, ya no saben qué hacer, no se confunden inmediatamente y sin transición, como los parisienses, con la vida de la calle. Además, la realidad tarda en coincidir con el plano, ya que a pie o en coche no habríamos llegado nunca al lugar donde nos encontramos, sin ayuda del plano.

El recuerdo de los paseos por los parques es siempre hermoso; la alegría porque todavía hay luz, la preocupación de que no oscu-

rezca repentinamente; todo esto y la fatiga gobiernan el andar y la curiosidad. El rígido curso de los automóviles por las anchas y tersas calles. La orquesta vestida de rojo en el pequeño restaurante al aire libre, inaudible en medio del ruido de los automóviles, que sólo se esfuerza para satisfacción de los que están inmediatamente a su lado. Parisienses nunca vistos van de la mano. Césped quemado, de color terroso. Hombres en mangas de camisa, con sus familias, en la penumbra de los árboles, sobre los canteros, cuyo acceso estaba sin embargo prohibido. Aquí la ausencia de judíos es más notable que en ninguna otra parte. Mirada retrospectiva al pequeño ferrocarril a vapor, que parece haber salido de una calesita y emprendido viaje por su cuenta. El camino al lago.[149] Mi impresión más clara de la primera aparición de este lago es la espalda encorvada del hombre que inclinado bajo el toldo tenso, nos alcanza los boletos hasta el bote. Probablemente a causa de mi ansiedad por exigirle que me explique si el bote da la vuelta al lago o va directamente a la isla o se queda en alguna parte. Y por ese motivo me impresionó tanto, que a veces lo veo con igual claridad, solo e inclinado sobre el lago, pero sin bote. Mucha gente con ropas de verano en el desembarcadero. Botes con remeros inexpertos. Márgenes bajas, sin barandas. Paseo lento, me recuerda los paseos a pie que yo solía dar hace algunos años, solo, todos los domingos. El agua en el fondo del bote nos obliga a levantar los pies. El asombro de los pasajeros al oír que hablamos en checo; asombro de encontrarse en el mismo bote con semejantes extranjeros. Mucha gente en el talud de la orilla este, bastones plantados en el suelo, diarios abiertos, un hombre con sus hijas tendido en el suelo, pocas risas, costa baja al oeste; los senderos bordeados de maderitas curvas, una al lado de la otra, con el fin de evitar que los perritos pasen al césped, algo que en nuestro país ha sido suprimido hace tiempo; un perro vagabundo corre por el pasto; graves esfuerzos de unos remeros, con una muchacha en su pesado bote. Dejé a Max extraordinariamente solo junto a su granadina, en la oscuridad, en un extremo de un café semivacío al aire libre, cerca del cual pasa una calle que a su vez es cruzada como si dijéramos casualmente por otra calle desconocida. Los automóviles y los coches pasan de este oscuro cruce a regiones aun más desiertas. Una gran verja de hierro; tal vez pertenece a la oficina de impuestos alimenticios, pero está abierta y cualquiera puede entrar. Cerca de allí, se ve la luz cruda del Luna Park, que aumenta la confusión de esta penumbra. Tanta luz, y tan

vacío. Yendo hacia el Luna Park, y volviendo al café, habré tropezado tal vez cinco veces.

11 de setiembre. Lunes. Es más fácil manejar los automóviles sobre el asfalto, pero es también más difícil frenarlos. Sobre todo cuando el conductor es un caballero solitario, que aprovecha la anchura de las calles, el hermoso día, su ligero automóvil y sus habilidades de chofer para hacer una pequeña excursión de negocios, y dobla las esquinas con su coche como los peatones en la acera. Por eso, justamente cuando está a punto de tomar por una callejuela, sin haber salido todavía de la gran plaza, se lleva por delante a un triciclo; pero frena elegantemente, no le hace gran cosa, como si apenas le pisara los pies; pero aunque un peatón, ante ese pisotón, se alejaría con mayor velocidad todavía, el triciclo se queda donde está, con la rueda delantera torcida. El repartidor de la panadería, que hasta ese momento había pedaleado completamente despreocupado en el vehículo perteneciente a la compañía, con ese balanceo peculiar de los triciclos, se baja, enfrenta al automovilista (que también se baja) y le dirige reproches que el respeto hacia el propietario de un automóvil vela y el temor suscitado por el jefe enciende. Ante todo se trata de aclarar cómo ocurrió el accidente. El dueño del automóvil imita con la palma de la mano alzada el automóvil que se acerca; de pronto ve el triciclo, que se dirige directamente hacia él, saca la mano derecha y agitándola conmina al triciclo, con cara angustiada; en efecto, ¿qué automóvil podría frenar a esa distancia? ¿Entenderá esto el triciclo y le cederá el paso? No, ya es demasiado tarde, la mano izquierda ya no señala más, ambas manos se reúnen para el choque, las rodillas se doblan, esperando el momento decisivo. Ya ha ocurrido todo, y el triciclo arruinado ya puede contribuir al resto de la descripción. El repartidor no tiene mucha defensa. Ante todo, el automovilista es un hombre educado y vivaz; luego, ha estado sentado hasta ese momento en su automóvil, no está cansado, puede volver a sentarse inmediatamente y seguir descansando; y finalmente, desde lo alto del automóvil ha visto realmente mejor todo el proceso del incidente. Mientras tanto, algunas personas se han reunido, formando un círculo en realidad no en torno de él, sino más bien ante él, como su reconstrucción del hecho lo merece. Al mismo tiempo, el tránsito de los vehículos tiene que resignarse a la pérdida del lugar que esta gente ocupa, la que en adición se desplaza hacia adelante o hacia atrás, siguiendo las ideas del automovilista. Por ejemplo, en cierto momento se

acercan todos al triciclo, para ver más de cerca el daño que provoca tantos comentarios. El automovilista no lo considera serio (algunos apoyan su opinión, discutiendo en voz bastante alta), aunque no se conforma con una mera mirada, sino que lo rodea, y lo escudriña por arriba y por abajo. Uno que quiere gritar, se pone de parte del triciclo, ya que el automovilista no necesita que nadie grite en su defensa; pero es refutado muy bien y muy fuerte por un desconocido que acaba de llegar, y que si uno se dejara engañar, podría haber sido el acompañante del automovilista. A veces algunos espectadores se ven obligados a reírse entre sí, pero siempre se calman ante la aparición de nuevas e importantes ideas. Ahora bien, en realidad no hay mucha diferencia de opinión entre el automovilista y el repartidor; el automovilista se ve rodeado de una pequeña multitud amiga, a la que ya ha convencido; el repartidor cesa poco a poco de extender monótonamente los brazos y de hacer reproches; el automovilista, en verdad, no niega que ha causado ciertos desperfectos, de ningún modo echa toda la culpa al repartidor, los dos tienen la culpa, es decir, ninguno de los dos, siempre ocurren esas cosas, etc. En resumen, el asunto terminaría por volverse un dilema, habría que requerir los votos de los circunstantes, que ya conferencian sobre los precios de las reparaciones, si no hubieran recordado que podían llamar a un policía. El repartidor, cuya posición ante el automovilista es cada vez más subalterna, es enviado por éste, simplemente, a buscar un policía, y confía al automovilista el cuidado de su triciclo. Sin mala intención, ya que no necesita fomentar un bando que lo apoye, el automovilista continúa en ausencia del adversario sus descripciones del suceso. Como uno narra mejor mientras fuma, lía un cigarrillo. En el bolsillo tiene una provisión de tabaco. Los recién llegados, que no están al tanto de lo ocurrido, aun cuando sólo se trate de repartidores de almacén, son sistemáticamente conducidos ante el automóvil, luego ante el triciclo, y sólo entonces puestos en posesión de los detalles. Si el automovilista oye una objeción de algún circunstante colocado en las últimas filas de la multitud, le contesta en puntas de pie, para verle mejor la cara. Queda comprobado que es demasiado incómodo conducir a la gente hasta el automóvil y luego hasta el triciclo, y por lo tanto el automóvil es estacionado junto a la acera de la callejuela. Un triciclo indemne se detiene, y su conductor inspecciona el estado de las cosas. Como para demostrar las dificultades del manejo de un automóvil, un enorme ómnibus se ha descompuesto en medio de la plaza. En ese momento están tratando de arreglar el motor.

Los primeros que rodean e inspeccionan el vehículo son los pasajeros que han descendido de él, con la justificada sensación de estar más íntimamente ligados a él. Mientras tanto, el automovilista ha impuesto un poco más de orden, y ha corrido también el triciclo hacia la acera. El interés público del asunto decae. Ahora los recién llegados tienen que adivinar lo que en realidad ha ocurrido. El automovilista se ha retirado, por así decir, con algunos de sus antiguos espectadores, que tienen algún valor como testigos, y conversa en voz baja con ellos. Mientras esto ocurre, ¿por dónde yerra el pobre muchacho? Por fin se lo ve, a lo lejos, atravesando diagonalmente la plaza con un agente de policía. Nadie sentía mayor impaciencia, pero el interés se renueva inmediatamente. Aparecen muchos espectadores nuevos, que gozarán gratis del supremo placer de presenciar la investigación protocolar. El automovilista se separa de su grupo, y se dirige hacia el policía, que demuestra inmediatamente ante el suceso un grado de tranquilidad que los interesados sólo han logrado después de media hora de espera. La toma de declaraciones empieza sin mayor investigación previa. El agente, con la velocidad de un albañil, saca de su libreta una hoja de papel, vieja y sucia, pero después de todo en blanco; anota los nombres de los interesados, el nombre de la compañía panadera, y mientras escribe, para asegurarse de este último, da una vuelta alrededor del triciclo. La esperanza inconsciente e irrazonable de los presentes, de que el policía ponga inmediata y definitivamente punto final a todo este asunto, se convierte en placer ante los detalles de la toma de declaraciones. Esta toma de declaraciones, de vez en cuando, tropieza con algún obstáculo. El policía ha descubierto cierto desorden en sus anotaciones, y durante un rato, en un esfuerzo por remediarlo, no ve ni oye otra cosa. En efecto, ha empezado a escribir en su hoja de papel en un lugar donde por algún motivo desconocido no correspondía empezar. Pero de todos modos, ya está hecho, y el asombro que esto le provoca se renueva constantemente. En cada ocasión, da vueltas y vueltas al papel, para convencerse de ese comienzo equivocado. Pero luego, habiendo desechado el comienzo erróneo y empezado a escribir en otra parte, descubre, al terminar una columna, que ya no sabe dónde le corresponde seguir; se suceden numerosos escrutinios y despliegues del papel. La calma que gracias a esta circunstancia logra el incidente no puede compararse con aquella calma anterior que anteriormente habían logrado por su propia cuenta los interesados.

VIAJE WEIMAR-JUNGBORN [160]

(Desde el 28 de junio hasta el 29 de julio de 1912)

28 de junio. Viernes. Partida de la Estación Central. Contentos de estar juntos. Los Sokol demoran la partida del tren. Me quité la chaqueta y me tendí a lo largo del asiento. Orillas del Elba. Aldeas y casas de campo hermosamente situadas, como en las orillas de los lagos. Dresde. Servicio correcto, limpio. Palabras dichas con calma. Aspecto macizo de los edificios, consecuencia del empleo del cemento, lo que sin embargo no produce el mismo efecto en América, por ejemplo. Las plácidas aguas del Elba, marmóreas de remolinos.

Leipzig. Conversación con nuestro mucamo. El Opels Hotel. La nueva estación ferroviaria, a medio construir. Hermosas ruinas de la antigua. Los dos en la misma habitación. Desde las cuatro en adelante, enterrado vivo, porque Max tiene que cerrar la ventana a causa del ruido. Mucho ruido. Parecería una sucesión infinita de carros, uno tras otro. Sobre el asfalto, los caballos parecen potros de carrera que pasaran galopando. Las campanillas de los tranvías, que se alejan señalando con sus interrupciones el paso por las calles y las plazas. Atardecer en Leipzig. Sentido de la dirección de Max, mi sensación de estar perdido. En cambio descubro, confirmado más tarde por el guía, un hermoso mirador en la Fürstenhaus. Trabajo nocturno en una obra en construcción, probablemente en el lugar del Auerbachs Keller. Disconformidad con Leipzig, que no consigo hacer a un lado. Atrayente Café Oriental. Palomar, salón de cerveza. El propietario, de pesados movimientos, barba larga. Su mujer escancia la cerveza. Dos hijas altas y fornidas sirven al público. Cajoncitos en las mesas. Cerveza de Lichtenhain en jarras de madera. Olor repugnante cuando uno levanta la tapa. Un enfermizo cliente de la casa, de mejillas enrojecidas y flacas, nariz arrugada; primero está sentado con una cantidad de gente, pero luego se queda solo, la muchacha se sienta a su lado con su vaso de cerveza. El retrato del cliente, muerto hace doce años, que durante catorce años frecuentó la casa. Está alzando un vaso;

detrás de él hay un esqueleto. Numerosos estudiantes extensamente vendados en Leipzig. Muchos monóculos.

29 de junio. Sábado. Desayuno. El señor que no quiere firmar el sábado el recibo de un giro de dinero. Paseo. Max va a ver a Rowohlt. Museo editorial. No puedo contenerme ante tantos libros. Las calles antiguas de este barrio de imprentas, a p sar de algunas calles rectas, y algunas casas nuevas, por otra parte menos interesantes que las viejas. Sala pública de conferencias. Almuerzo en "Manna". Pésimo. La taberna de Wilhelm, local oscuro en un patio. Rowohlt. Joven, rubicundo, sudor inmóvil entre la nariz y las mejillas, sólo se mueve de las caderas para arriba. El conde Bassewitz, autor de *Judas*, alto, nervioso, cara seca. Movilidad de la cintura, cuerpo fornido y bien conservado. Hasenclever, muchas sombras y luces en una cara chica, también matices azulados. Los tres blanden los bastones y los brazos. Peculiar almuerzo cotidiano en la taberna. Grandes y anchos vasos de vino, con rebanadas de limón. Pinthus, corresponsal del *Berliner Tageblatt,* cara redonda y chata, luego corrige en el Café Français la copia a máquina de una crítica de *Juana de Nápoles* (estrenada la noche anterior). Café Français. Rowohlt insiste con bastante seriedad en pedirme un libro mío. Obligaciones personales de los editores, y su influencia sobre el término medio actual de la literatura alemana. En la imprenta.

Salimos para Weimar a las cinco. La señorita de edad en el compartimiento del tren. Piel oscura. Hermoso contorno redondeado de su barbilla y sus mejillas. Cómo giraban alrededor de sus piernas las costuras de sus medias; tenía la cara cubierta con el diario, y le mirábamos las piernas. Weimar. También ella baja aquí, después de colocarse un amplio sombrero antiguo. Más tarde volví a verla una vez, mientras contemplaba la casa de Goethe desde la plaza del mercado. Largo trayecto hasta el Hotel Chemnitius. Casi me di por vencido. Búsqueda de una pileta de natación. Nos asignan unos departamentos tripartitos. Max tiene que dormir en una cueva con ventanita. Playa pública en Kirschberg. Schwanensee. Paseo nocturno hasta la casa de Goethe. La reconozco inmediatamente. Color amarillo pardusco del conjunto. La impresión inmediata nos revela la participación de toda nuestra vida anterior. La oscuridad de las ventanas de los cuartos deshabitados. El claro busto de Juno. Toqué la pared. Persianas blancas a medio correr en todos los cuartos. Catorce ventanas a la calle.

La cadena de la puerta. Ninguna reproducción da la impresión del conjunto. El pavimento desigual de la plaza; la fuente, la línea quebrada de edificación de la casa, que sigue la pendiente de la plaza. Las ventanas oscuras, un poco alargadas, en medio del amarillo parduseo. Aun considerada en sí misma, la casa burguesa más notable de Weimar.

30 de junio. Domingo. Por la mañana. Casa de Schiller. La mujer jorobada que aparece y mediante algunas palabras, sobre todo mediante el tono de la voz, se disculpa de la existencia de estas reliquias recordatorias. En la escalera, Clío, como escritora de memorias. Cuadro con la celebración del centenario del nacimiento, el 10 de noviembre de 1859; la casa decorada, ensanchada. Vistas de Italia, Bellagio, regalos de Goethe. Rizos de cabellos que ya no son humanos, amarillos y secos como la barba de las espigas. María Pavlovna, cuello delicado, la cara no más ancha que el cuello, ojos grandes. Las diversas cabezas de Schiller. Una casa bien arreglada para un escritor. Vestíbulo, cuarto de recepción, estudio, dormitorios. La señora Junot, su hija, parecida a él. *La Arboricultura en Gran Escala basada en la Experiencia en Pequeña Escala,* escrito por su padre.

La casa de Goethe. Salas de recepción. Rápida mirada al dormitorio y al estudio. Triste; nos recuerda a nuestros abuelos muertos. Este jardín que ha seguido creciendo siempre desde la muerte de Goethe. El haya que oscurece su estudio. Ya cuando estábamos sentados abajo, junto a la escalera, pasó corriendo a nuestro lado con su hermanita. Asocio el galgo de yeso que está al pie de la escalera con esta aparición. Luego volvimos a verla en el cuarto de Juno; luego cuando miramos hacia afuera desde el cuarto del jardín. En numerosas otras ocasiones creí oír sus pasos y su voz. Dos claveles alcanzados a través de la balaustrada del balcón. Pasamos al jardín demasiado tarde. La vimos arriba, en un balcón. Sólo más tarde bajó, con un joven. Al pasar, le agradezco que nos haya hecho notar el jardín. Pero no nos vamos todavía. Aparece la madre, se entabla una conversación en el jardín. Ella está junto a un rosal. Incitado por Max, me acerco, me entero de la excursión a Tiefurt. Me agrego. Ella va con sus padres. Nombra una hostería desde donde se puede ver la puerta de la casa de Goethe. Hostería del Cisne. Estamos sentados entre hiedras. Ella sale de la casa. Corro, me presento a cada uno, obtengo el permiso para ir con ellos y vuelvo corriendo. Más tarde aparece la familia, sin padre. Intento ir con ellos; no, primero pasarán por el café, es

mejor que yo vaya después con el padre. Ella me dice que pase por la casa a eso de las cuatro. Después de despedirme de Max, voy en busca del padre. Conversación con el cochero ante la entrada. Me voy con el padre. Charlamos sobre Silesia, el Gran Duque, Goethe, el Museo Nacional, las fotografías y el dibujo y la nerviosidad de la época. Nos detenemos ante la casa donde están tomando café. Corre para llamarlos, les dice que vengan a la ventana; quiere sacar unas fotografías. Por pura nerviosidad, juego a la pelota con una niñita. Me voy con los hombres; delante de nosotros van las dos mujeres, delante de éstas las tres muchachas. Un perrito va y viene corriendo entre nosotros. Castillo de Tiefurt. Lo visitamos con las tres muchachas. Ella tiene muchas cosas como éstas en la casa de Goethe, y mejores. Explicaciones ante los grabados de Werther. Cuarto de la señorita de Göchhausen. La puerta amurallada. Imitación de un perro de lanas. Luego, me voy con los padres. Sacamos fotografías, dos veces, en el parque. Una sobre un puente, que saldrá mal. Finalmente, durante el camino de retorno, acercamiento definitivo, sin entablar una verdadera relación. Lluvia. Las bromas de carnaval en Breslau que relatan los Archivos. Despedida frente a la casa. Me quedé por los alrededores, en la Seifengasse. Mientras tanto, Max dormía. Al anochecer, incomprensiblemente, tres encuentros. Ella con su amiga. La primera vez las acompañamos. Puedo ir al jardín cuando quiera, después de las seis de la tarde. Ahora tiene que irse a casa. Luego, nuevo encuentro en la Rundplatz, preparada para un duelo. Hablan con un joven, más hostil que amistosamente. Pero ¿por qué no se quedaron en casa, ya que las acompañamos hasta la misma Goetheplatz? Tenían que volverse a casa en seguida, ¿no es verdad? Entonces, ¿cómo se aparecían ahora por la Schillerstrasse y bajaban la escalerita que da a la placita apartada, seguidas por el joven o yendo a su encuentro, al parecer sin haber entrado siquiera en su casa? ¿Por qué, después de hablar unas pocas palabras con el joven, a unos diez pasos de distancia, y rechazar tal vez su ofrecimiento de acompañarlas, se volvían nuevamente y se alejaban corriendo? ¿Las habíamos molestado al pasar a su lado con un mero saludo? Más tarde, volvíamos lentamente al hotel; cuando llegamos a la Goetheplatz, se aparecieron corriendo por otra calle, y casi nos llevaron por delante, evidentemente muy asustadas. Por delicadeza, nos volvimos. Pero ellas ya habían decidido dar un rodeo.

1º de julio. Lunes. Gartenhaus am Stern. Me senté delante de la casa, en el pasto, y dibujé un poco. Aprendí de memoria la poesía sobre el Ruhesitz. Cama baúl. Dormí. Loro en el patio, que llama a Grete. Fuí inútilmente a la Erfurter Allee, donde estudia corte y confección. Baño.

2 de julio. Martes. Casa de Goethe. Buhardillas. En la casa del cuidador me mostraron las fotografías. Las criaturas que nos rodeaban. Conversación sobre fotografías. Constantemente al acecho de una oportunidad para hablar con ella. Se fué a la lección de costura con una amiga. Nos quedamos.

Por la tarde, la casa de Liszt. Virtuosismo. La anciana Pauline. Liszt trabaja desde las cinco hasta las ocho, luego a la iglesia, luego duerme nuevamente, desde las once en adelante, visitas. Max se baña, yo me voy a buscar las fotografías; antes me encuentro con ella, la acompañé hasta la verja. El padre me muestra los retratos, pero finalmente tengo que irme. Ella me sonríe a espaldas de su padre, inútil, absurdamente. Tristeza. Se me ocurre hacer agrandar las fotografías. En la droguería. De vuelta a la casa de Goethe en busca de los negativos. Ella me ve desde la ventana y me abre. Encuentros repetidos con Grete. Mientras comía frutillas, frente al jardín de Werther, donde ofrecen un concierto. La movilidad de su cuerpo en un vestido suelto. Los altos oficiales que salen del "Russischer Hof". Variados uniformes. El joven esbelto, fornido, de traje oscuro. La pelea en la callejuela. "¡Eres la última porquería del mundo!" La gente asomada a las ventanas. La familia que se aleja, un borracho, una anciana con una canasta en la espalda y dos muchachos que la siguen.

Me oprime la garganta pensar que tengo que irme pronto. Descubrimiento del "Tívoli". Las mesitas junto a la pared se llaman "Balcones laterales". La vieja encantadora de serpientes, su marido, que oficia de mago. Las profesoras de alemán.

3 de julio. Miércoles. Casa de Goethe. Van a sacar fotografías en el jardín. Ella no aparecía por ningún lado, por lo tanto tuve que ir a buscarla. Está siempre vibrante de movimientos, pero sólo se mueve cuando uno le habla. Sacan las fotografías. Nosotros dos en un banco. Max le enseña al hombre cómo debe proceder. Ella me da una cita para el día siguiente. Ottingen mira por la ventana y nos prohibe, a Max y a mí, que ya teníamos el aparato preparado, sacar fotografías. Pero ¡si no fotografiábamos nada! La madre seguía siendo amable.

Aparte de las escuelas, y los que no pagan, hay treinta mil visitantes por año. Baño. Boxeo de los niños, serios y tranquilos.

Por la tarde, la biblioteca del Gran Duque. Bustos de piedra. El elogio de la guía. El siempre inconfundible Gran Duque. Mandíbula maciza y labios gruesos. La mano dentro del abrigo abotonado. Busto de Goethe por David, con el cabello hirsuto hacia atrás, cara grande, tensa. La transformación, realizada por Goethe, de un palacio en una biblioteca. Bustos de Passow (hermoso muchacho de pelo rizado), Zacharias Werner, cara angosta, prominente, inquisitiva. Gluck. Vaciado en yeso mientras vivía. Los agujeros en la boca, que corresponden a los tubos por donde respiraba. El estudio de Goethe. Por una puerta se pasa directamente al jardín de Frau von Stein. La escalera que un preso talló en un roble gigantesco, sin emplear un solo clavo.

Paseo por el parque con el hijo del carpintero, Fritz Wenski. Seriedad de su conversación. Al mismo tiempo azota los arbustos con una rama. También quiere ser carpintero, y recorrer el mundo. Ahora la gente no viaja más a pie, como en la época de su padre, el ferrocarril los ha arruinado. Para ser guía habría que aprender idiomas, es decir, estudiarlos en la escuela o comprar libros. Todo lo que sabe del parque lo aprendió en la escuela, o se lo ha oído a los guías. Observaciones seguramente oídas a los guías, que no concuerdan con el resto de la conversación; por ejemplo, ante la casa romana sólo dice: Esta entrada estaba destinada a los comerciantes.

Borkenhäuschen. Monumento a Shakespeare. Los niños que me rodean en la Karlsplatz. Hablan de la Marina. Seriedad de las criaturas. Discuten hundimientos de barcos. Aire de superioridad de las criaturas. Promesa de una pelota. Distribución de bollitos. Concierto al aire libre, *Carmen*. Me conmovió inmensamente.

4 de julio. Jueves. Casa de Goethe. Confirmación de la cita prometida, con un sonoro sí. Estaba en la puerta de entrada, mirando. Errónea explicación de esta contemplación, porque siguió mirando hacia afuera también en nuestra presencia. Le pregunté una vez más: "¿Aunque llueva?" "Sí."

Max se va a Jena,' a casa de Diederich. Yo al Fürstengruft. Con los oficiales. Sobre el sepulcro de Goethe, una corona dorada de laurel, donada por las mujeres alemanas de Praga en 1882. Volví a encontrarme con todos en el cementerio. La tumba de la familia Goethe. Walter von Goethe, nac. en Weimar el 9 de abril de 1818, fallec. en Leipzig el 15 de abril de 1885, "con

él se extingue la descendencia de Goethe, cuyo nombre perdurará mientras perduren los siglos", la inscripción sepulcral de la señora Karoline Falk, "aunque Dios le quitó siete hijos, fué una madre para los hijos de los demás. Dios secará todas las lágrimas de sus ojos". Charlotte von Stein: 1742-1827.

Baño. No dormí por la tarde, para no perder de vista el tiempo inestable. No vino a la cita.

Me encuentro a Max en cama, vestido. Ambos desdichados. Si uno pudiera arrojar las penas por la ventana.

Al anochecer, Hiller, con su madre. Me levanto corriendo de la mesa, porque creo verla. Error. Luego, todos fuimos hasta la casa de Goethe. La saludé.

5 *de julio. Viernes.* Ida inútil a la casa de Goethe. Archivo Goethe-Schiller. Cartas de Lenz. Carta de los ciudadanos de Frankfurt a Goethe, el 28 de agosto de 1830:

"Algunos ciudadanos de la vieja ciudad junto al Meno, desde hace mucho tiempo acostumbrados a festejar el 28 de agosto con el vaso en la mano, alabarían la merced del cielo si pudieran dar personalmente la bienvenida en el recinto de esta ciudad libre al extraordinario conciudadano de Frankfurt que vió la luz este día.

"Pero como año tras año siguen esperando y anhelando y deseando, tienen que conformarse por ahora con tender la reluciente copa por encima de los bosques y los prados, las fronteras y los límites, hacia la feliz ciudad junto al Ilm, suplicando a su venerado conciudadano la merced de brindar y cantar mentalmente con ellos:

Si quieres dar a tus fieles,
la absolución,
incansables lucharemos
bajo tus órdenes,
sin deberes no cumplidos,
resueltamente viviendo
en lo hermoso y en lo bueno."

1757, "¡Sublime abuela...!"

Jerusalem a Kestner: "¿Me atreveré a pedir humildemente a Su Excelencia el préstamo de sus pistolas para un viaje que tengo proyectado?"

Canción de Mignon, sin una sola corrección.

Fuí a buscar las fotografías. Las llevé. Me quedé inútilmente, sólo entregué tres fotografías de las seis que llevaba. Y justamente las peores, con la esperanza de que el cuidador, para reivindicarse, volviera a sacar otras. Ni rastros.

Baño. De allí directamente a la Erfurterstrasse. Max se fué a almorzar. Llega ella, con dos amigas. La llevo aparte. Sí, ayer tuvo que irse diez minutos antes, sus amigas acaban de informarle que estuve esperándola. También tuvo ciertas dificultades con su lección de baile. Es evidente que no me quiere, pero en cambio me respeta un poco. Le doy la caja de chocolates con el corazoncito, atada con una cadena, y la acompaño un momento. Breve cambio de palabras sobre una cita. Mañana a las once frente a la casa de Goethe. Esto sólo puede ser una tentativa de excusa, ya que a esa hora tiene que cocinar, y además: ¡frente a la casa de Goethe!, pero a pesar de todo acepto. Triste aceptación. Me voy al hotel, me quedo un rato con Max, que está acostado.

Por la tarde, excursión al Belvedere. Hiller y su madre. Hermoso viaje en coche, a lo largo de la única avenida. Asombrosa distribución de la planta del castillo, que consiste en una construcción central y cuatro pequeños edificios laterales, todo muy bajo, y de colores delicados. Una fuente también chata en el medio. El frente mira hacia Weimar. Ya hace algunos años que no viene el Gran Duque. Es un gran cazador, y aquí no hay caza. El plácido criado que sale a recibirnos, con su cara afeitada, angular. Triste tal vez como todas las personas que se mueven bajo las órdenes de otro. Tristeza de los animales domésticos. María Pavlovna, nuera del Gran Duque Carlos Augusto, hija de María Fedorovna y del zar Paul, que fué estrangulada. Muchos objetos rusos. *Cloisonné*, vasijas de cobre con alambres aplastados a martillo, entre los que se vierte el esmalte. El dormitorio, con cúpulas color de cielo. Las fotografías en los cuartos todavía habitables eran lo único moderno. ¡Cómo se ubicaban inadvertidas en su lugar adecuado! El cuarto de Goethe, un cuarto esquinero en la planta baja. Algunas pinturas de Oeser en los cielos rasos, restauradas hasta lo irreconocible. Muchos objetos chinos. El "oscuro cuarto de las damas del séquito". El teatro al aire libre, con dos hileras de butacas. El coche, con los asientos de respaldo común, *dos à dos*, donde se sentaban las damas, mientras los caballeros las acompañaban a caballo. El pesado coche donde María Pavlovna y su marido, con tres pares de caballos, tardaron veintiséis días en venir de

San Petersburgo a Weimar, en su viaje de bodas. El teatro al aire libre y el parque fueron proyectados por Goethe.

Al anochecer fuí a ver a Paul Ernst.[151] En la calle pregunto a dos muchachas dónde vive el escritor Paul Ernst. Primero nos miran pensativas, luego una le da un empujoncito a la otra, como si quisiera traer a la memoria un nombre que en ese momento no recuerda. Entonces la otra nos pregunta si nos referimos a Wildenbruch. Paul Ernst. Barba y bigotes caídos sobre la boca. Se aferra a la silla o a sus propias rodillas, y aun cuando está furioso (con sus críticos) no se suelta. Vive en el Horn. Una casa de campo, al parecer totalmente ocupada por su familia. Estaban a punto de subir una fuente de pescado de olor bastante fuerte, cuando nos vieron llegar y volvieron a llevársela a la cocina. Entra el Padre Expeditus Schmidt[152], con quien ya tropecé una vez en la escalera del hotel. Trabaja en la Biblioteca, en una edición de Otto Ludwig. Quiere llevar narguilés a la Biblioteca. Insulta a un diario, "beata víbora venenosa", porque atacó sus *Leyendas de santos.*

6 de julio. Sábado. A casa de Johannes Schlaf.[153] Una hermana anciana, parecida a él, nos recibe. No está en casa. Volveremos por la noche.

Paseo durante una hora con Grete. Al parecer viene sin el consentimiento de la madre, con quien sigue hablando aun desde la calle, por la ventana. Vestido rosa, mi corazoncito. Inquieta a causa del gran baile de la noche. Yo no tenía ningún punto de contacto con ella. Conversación interrumpida, que siempre volvía a reiniciarse. A veces íbamos extraordinariamente rápido, y de pronto extraordinariamente despacio. Esfuerzo por no dejar traslucir, a ningún precio, que no nos unía el más mínimo rastro de vínculo. ¿Qué nos impulsó a pasear juntos por el parque? ¿Sólo mi obstinación?

Hacia el anochecer, a casa de Schlaf. Antes, visita a Grete. Está frente a la puerta un poco entreabierta de la cocina, con su vestido de fiesta que desde hace tanto tiempo suscita sus elogios, y que en realidad es bastante menos hermoso que el que usa siempre. Los ojos enrojecidos de llanto, al parecer por culpa de su compañero de baile, que ya le ha causado toda clase de sinsabores. Me despido de ella para siempre. Ella no lo sabe, y si lo supiera, no le importaría. Una mujer que trae unas rosas interrumpe hasta esta pequeña despedida. En las calles, por todos lados, caballeros y damas de la escuela de baile.

Schlaf. No vive exactamente en un desván, como quiso hacernos creer Ernst, que está enojado con él. Un hombre vivaz, con el vigoroso tórax muy ceñido por una chaqueta bien abotonada. Sólo sus ojos manifiestan un temblor nervioso y enfermizo. Habla casi todo el tiempo de astronomía y de su sistema geocéntrico. Todo lo demás, la literatura, la crítica, la pintura, sigue todavía colgando de su persona porque no se ha sacudido para desprendérselo. Por otra parte, para Navidad ya estará todo decidido. No duda en lo más mínimo de su victoria. Max dice que su posición ante los astrónomos es semejante a la posición de Goethe ante los ópticos. "Semejante", contesta, siempre aferrándose a la mesa, "pero mucho más favorable, ya que yo dispongo de hechos incontestables". Su pequeño telescopio, de cuatrocientos marcos. En realidad no lo necesita para su descubrimiento, ni tampoco necesita de las matemáticas. Vive perfectamente feliz. Su esfera de actividades es infinita, ya que su descubrimiento, cuando sea admitido, tendrá consecuencias fabulosas en todos los campos (religión, ética, estética, etc.), y naturalmente, él deberá encargarse antes que nadie de esa labor de reinterpretación. Cuando llegamos estaba justamente pegando en un enorme libro los artículos aparecidos sobre él con motivo de su quincuagésimo cumpleaños. "En estas ocasiones se muestran más amables."

Antes, paseo con Paul Ernst, en el Webicht. Su desprecio hacia nuestra época, hacia Hauptmann, Wassermann, Thomas Mann. Sin consideración alguna hacia nuestra posible opinión, en una frasecita subordinada, que sólo comprendemos mucho después, llama a Hauptmann "un garrapateador". Fuera de eso, vagas declaraciones sobre los judíos, el sionismo, las razas, etc.; en todo demuestra ser notable solamente porque es un hombre que ha utilizado bien, con todas sus fuerzas, todo su tiempo. "Sí, sí", secos, automáticos, con breves intervalos, cuando habla el interlocutor. En cierta ocasión lo exageró tanto, que yo ya no podía creerlo.

7 de julio. Veintisiete. Número del mozo de mano de Halle. En este momento, a las seis y media, me dejo caer cerca del monumento a Gleim sobre el banco tan largamente buscado. Si fuera una criatura tendría que hacerme llevar, tanto me duelen las piernas. Después de despedirme de ti, tardé bastante en sentirme solo. Y luego sentí una apatía tal, que tampoco podía llamarse soledad. Halle, un pequeño Leipzig. Esos pares de torres en las iglesias, aquí y en Halle, unidas en el cielo por puentecitos

de madera. Hasta la sensación de que no leerás estas cosas inmediatamente, sino sólo más tarde, me hace sentir tan inseguro. El club de ciclistas, que se reúne en la plaza del mercado de Halle para una excursión. La dificultad de visitar solo una ciudad, o aun una simple calle.

Buen almuerzo vegetariano. A diferencia de los otros hosteleros, la dieta vegetariana cae mal justamente a los hosteleros vegetarianos. Personas tímidas, que se acercan a uno de costado.

Viaje desde Halle con cuatro judíos de Praga: dos hombres agradables, alegres, maduros y fuertes, uno parecido al doctor K., el otro a mi padre, pero mucho más bajo; luego un joven recién casado, débil, exhausto por el calor, y su espantosa joven esposa, bien formada, cuya cara en cierto modo se relaciona con la familia X. Lee una novela de tres marcos de la editorial Ullstein, de Ida Boy-Ed, con un título admirable, probablemente inventado por Ullstein, *Un momento en el paraíso.* Su marido le pregunta si le gusta. Pero ella recién acaba de empezarla. "Hasta la fecha, no puedo decir nada." Un excelente alemán, de cutis seco y barba blanquirrubia hermosamente repartida sobre sus mejillas y su barbilla, se interesa, con una preocupación notablemente cortés, por todo lo que ocurre entre los cuatro.

Hotel del Ferrocarril; cuarto a la calle, planta baja, con un jardincito al frente. Fuí hasta la ciudad. Una ciudad antigua desde todo punto de vista. La construcción con estructura de madera parece ser el tipo de construcción que más dura. Las vigas se curvan en todas partes, los paneles intermedios se hunden o se hinchan hacia afuera, el conjunto sigue en pie y con el tiempo se encoge un poco, lo que le da más solidez todavía. Nunca había visto hasta ahora personas tan hermosamente asomadas a las ventanas. En su mayoría, los postes centrales de las ventanas son fijos. La gente apoya sobre ellos los hombros, los niños se cuelgan de ellos. En un hondo zaguán, unas cuantas muchachas, rollizas, sentadas en los primeros peldaños de la escalera, con las faldas de sus vestidos de domingo desplegadas. Drachenweg. Katzenplan. En el parque, con unas niñitas en un banco, que bautizamos banco de niñas y defendemos del ataque de unos niños. Judíos polacos. Los niños les gritan "*Itzig*", y no quieren sentarse en los bancos donde ellos se han sentado.

Hotel judío N. N., con un letrero en hebreo. Es un edificio en mal estado, al estilo de un castillo, con una gran escalinata que sobresale directamente en medio de la estrecha callejuela. Seguí a un judío que salió del hotel, y le hablé. Después de las

nueve. Quiero saber algo de la colectividad. No me entero de nada. Le parezco demasiado sospechoso. Todo el tiempo me mira los pies. Pero sin embargo yo también soy judío. Entonces puedo alojarme en el N. N. "No, ya tengo alojamiento." "¡Ah!" De pronto se me acerca. Me pregunta si no estuve en Schöppenstedt hace una semana. Nos despedimos frente a la puerta de su casa; se alegra de deshacerse de mí; sin embargo, sin que se lo pregunte, me explica por dónde se vá a la sinagoga.

Personas en bata de entrecasa en el umbral de la puerta. Viejas inscripciones, sin sentido. Medité en la posibilidad de absoluta desdicha que estas calles, plazas, bancos y márgenes de arroyo me ofrecían. Todo el que puede llorar, debería venir aquí los domingos. Al anochecer, después de cinco horas de caminata, en mi hotel, en la terraza frente a un jardincito. En una mesa cercana, la familia del dueño, con una joven vivaz que parece viuda. Mejillas innecesariamente escuálidas. El cabello con raya en el medio y abultado hacia los costados.

8 de julio. Mi casa se llama "Ruth". Prácticamente instalada. Cuatro ventanas emergentes, con una puerta. Bastante tranquila. Aunque a lo lejos juegan al fútbol, los pájaros cantan estridentemente, algunas personas desnudas están acostadas frente a mi puerta. Todos, excepto yo, sin traje de baño. Hermosa libertad. En el parque, en el salón de lectura, etc., uno ve hermosos y rollizos piececitos.

9 de julio. Dormí bien en mi casilla, abierta en tres direcciones. Puedo recostarme contra mi puerta, como un dueño de casa. En diversos momentos de la noche me desperté, y siempre oí ratas o pájaros, que susurraban o gorgoteaban en el pasto alrededor de la casilla. El señor manchado como un leopardo. Anoche, conferencia sobre la vestimenta. Las chinas se deforman los pies para llegar a tener traseros voluminosos.

El médico, ex oficial, de sonrisa afectada, demente, llorosa, jovial. Anda a los saltos. Es un adepto de Mazdaznan. Una cara creada para la seriedad. Afeitado, labios hechos para ser apretados. Sale de su consultorio, hay que entrar antes que él. "Entre, por favor", dice riendo a cada uno. Me prohibe comer frutas, con la aclaración de que no es necesario que le obedezca. Soy una persona instruída, debería asistir a sus conferencias, que además han sido publicadas; debería estudiar el asunto, formarme una opinión y obrar de acuerdo a ella.

De su conferencia de ayer: "Aunque uno tenga los dedos del pie totalmente contrahechos, debe, sin embargo, estirárselos y al mismo tiempo respirar profundamente, y con el tiempo conseguirá que se enderecen." Con determinados ejercicios se puede hacer crecer los órganos sexuales. Una de sus reglas de higiene: "Los baños de aire nocturno son especialmente recomendables" (cuando se me ocurre, me levanto simplemente de la cama y salgo a pasear por el césped frente a mi casilla), "pero no hay que exponerse demasiado a la luz de la luna, es dañoso". ¡Es totalmente imposible lavar la vestimenta que usamos actualmente!

Esta mañana: Lavado, ejercicios aislados, ejercicios conjuntos (me llaman el hombre del traje de baño), canto de corales religiosos, formación de una gran rueda para jugar a la pelota. Dos hermosos muchachos suecos, de piernas largas. Concierto por una banda militar de Goslar. Por la tarde estuve horquillando forraje. Al anochecer tenía el estómago tan arruinado, que la rabia no me permitía dar un solo paso. Un anciano sueco juega con algunas niñitas al vigilante y ladrón, y se apasiona tanto por el juego, que en cierto momento grita mientras corre: "Esperen un poco, ya les obstruiré esos Dardanelos." Se refiere al paso entre dos matorrales. Cuando pasó una niñera vieja, nada bonita: "Ahí tiene algo que da ganas de palmearlo" (su trasero, cubierto por el vestido negro con pintitas blancas). La insensata y constante necesidad de hacer confidencias. Mira a todo el mundo con esa intención, para ver si le será posible, y si se le presentará una oportunidad.

10 de julio. Me torcí un pie. Dolores. Cargué forraje recién cortado. Por la tarde, paseo hacia Ilsenburg con un profesor de gimnasia, bastante joven, de Nauheim; tal vez vaya el año que viene a Wickersdorf. Co-educación, curas naturistas, Cohen, Freud. Relato de la excursión de muchachos y muchachas, dirigida por él. Tormenta, todos empapados, tuvieron que desnudarse totalmente en un cuarto de la posada más cercana.

Por la noche, fiebre, causada por mi tobillo hinchado. El ruido que hacían los conejos que pasaban junto a la casa. Cuando me levanté, en medio de la noche, había tres conejos sentados en la pradera, frente a mi puerta. Sueño que oigo declamar a Goethe, con infinita libertad y arbitrariedad.

11 de julio. Conversación con un tal doctor Friedrich Sch., empleado municipal de Breslau, que ha vivido mucho tiempo en París, para estudiar la organización municipal. Vivía en un hotel desde donde se veía el patio del Palais Royal. Antes, en un hotel junto al Observatorio. Una noche había una pareja de amantes en el cuarto contiguo. La muchacha gritaba desvergonzadamente de placer. Sólo cuando él les ofreció, a través de la pared, ir a buscar un médico, la mujer se calló, y él pudo dormir.

Mis dos amigos me molestan, su camino pasa frente a mi casilla, y por lo tanto cada vez que salen se quedan un rato junto a mi puerta para conversar un poco o invitarme a pasear. Pero también se lo agradezco.

En el *Diario de la Misión Evangélica*, de julio de 1912, sobre las misiones en Java: "Por más que se pueda protestar con razón ante las actividades médicas empíricas que los misioneros practican en gran escala, éstas constituyen el recurso principal de su actividad misionera, y no pueden prescindir de ella."

De vez en cuando, al ver pasar a esas personas totalmente desnudas entre los árboles, aunque de costumbre a cierta distancia, siento ligeras y superficiales repugnancias. El hecho de que pasen corriendo no mejora las cosas. Hace un momento, un hombre completamente desnudo, y desconocido se detuvo ante mi puerta, y me preguntó lenta y amablemente si ésta era la casa donde yo vivía, lo que por otra parte parece indudable. Además, se acercan tan silenciosamente. De pronto aparece uno, sin que se sepa de dónde vino. Tampoco me gustan los caballeros ancianos que saltan desnudos sobre las parvas de forraje.

Al anochecer, paseo hacia Stapelburg. Con los dos amigos; los presenté y recomendé mutuamente. Ruinas. Retorno a las diez. En la pradera frente a mi casilla, entre las parvas, algunos hombres desnudos que se arrastraban y que desaparecieron en la distancia. Durante la noche, cuando cruzo la pradera para ir al baño, encuentro tres personas dormidas sobre el pasto.

12 de julio. Relatos del doctor Sch. Un año de viajes. Luego, un largo debate sobre el cristianismo, sobre la hierba. El anciano Adolf Just, de ojos azules, que cura todo con arcilla y me previene contra el médico que me prohibió comer fruta. Defensa de Dios y de la Biblia, por un miembro de la "Comunidad Cristiana"; como prueba, lo que en ese momento era bastante necesario, nos lee un salmo. Mi doctor Sch. se pone en ridículo con su ateísmo. La ilusión de las palabras en otro idioma, la auto-

sugestión, no le sirvieron de nada. Un desconocido pregunta por qué les va tan bien a los norteamericanos, aunque blasfeman cada dos palabras. Aunque todos se interesan vivamente en la discusión, es imposible descubrir cuál es la verdadera opinión de la mayoría de los participantes. El que habló con tanto entusiasmo del Día de la Flor y de cómo los metodistas tenían la culpa de todo. El de la "Comunidad Cristiana", que almuerza con su hermoso hijito cerezas y pan seco que lleva en una bolsita de papel, y se pasa el resto del día tendido en el pasto, con tres biblias abiertas al lado, tomando notas. Sólo hace tres años que encontró el verdadero camino. Los apuntes de Holanda, al óleo, del doctor Sch. *Pont Neuf*.

Descargué forraje.

Dos niñitas, hermanas. Una de cara angosta, postura negligente, labios móviles, nariz que termina delicadamente en punta, ojos claros, entrecerrados. Ilumina su cara tal inteligencia, que me quedé algunos minutos contemplándola, entusiasmado. Cuando la contemplo me siento emocionado. Su hermanita, más femenina, intercepta mis miradas. Una señorita recién llegada, estirada, de matices azulados. La rubia de cabello corto, desordenado. Ágil y delgada como una correa de cuero. Abrigo, blusa y faldas, nada más. ¡Su andar!

Con el doctor Sch. (cuarenta y tres años), al anochecer, por la pradera. Pasearse, desperezarse, frotarse, darse palmadas y rascarse. Totalmente desnudo. Desvergonzado. El perfume, cuando salí al anochecer del escritorio.

13 de julio. Junté cerezas. Lutz me leyó *El alma*, de Kinkel. Después de comer leo siempre un capítulo de la Biblia; hay un ejemplar en cada cuarto. Al anochecer, los niños que juegan. La pequeña Susanne von Puttkammer, nueve años, con pantaloncitos rosados.

14 de julio. Junté cerezas en la escalera, con una canastita. Subí hasta la cima del árbol. Por la mañana, servicio religioso en Eckarplätzen. La loa de San Ambrosio. Por la tarde, mandé a mis dos amigos a Ilsenburg.

Estoy acostado en la hierba, cuando pasa el de la "Comunidad Cristiana" (alto, hermoso cuerpo, tostado, barba en punta, aspecto dichoso), de su lugar de estudio al vestuario; lo sigo inocentemente con la mirada, y se me acerca, en vez de volver a su lugar; cierro los ojos, pero ya empieza a presentarse a sí mismo:

H., agrimensor, y me entrega cuatro panfletos como lectura dominical. Al retirarse todavía habla de "margaritas" y "arrojar", con lo que quiere dar a entender que no debo mostrarlos al doctor Sch. Se llaman: *El hijo pródigo, Comprado, o Ya no es más mío (para creyentes incrédulos)*, con breves relatos, *¿Por qué no puede creer en la Biblia el hombre instruído?*, y *¡Viva la libertad!, pero, ¿cuál es la verdadera libertad?* Leo un poco, y luego me acerco a él y trato de explicarle, titubeando, dado el respeto que me inspira, por qué no existe por el momento ninguna perspectiva de gracia para mí. Sobre ese tema me habla entonces una hora y media (hacia el final se agrega un caballero anciano, canoso, delgado, de nariz roja, en paños menores, con algunas observaciones incomprensibles), con un dominio espléndido de cada palabra, que sólo la sinceridad le permite. El desdichado Goethe, que ha hecho desdichadas a tantas otras existencias. Muchos relatos. Cómo él, H. prohibió a su padre que siguiera hablando cuando blasfemó de Dios en su casa. "¡Padre, ojalá te vieras paralizado por el horror y no pudieras decir una sola palabra más, me parecería muy bien!" Cómo su padre oyó la voz de Dios en su lecho de muerte. Adivina que estoy al borde de la gracia. Interrumpo todas sus demostraciones y le digo que se atenga a la voz interior. Excelente resultado.

15 de julio. Leí el *Schiller* de Kühnemann. El señor que siempre lleva en el bolsillo una tarjeta dirigida a su esposa, por si le ocurre alguna desgracia. El libro de Ruth. Leo a Schiller. No muy lejos, un anciano desnudo en la hierba, con un paraguas abierto sobre la cabeza.

El vestido pardo y azul de la señorita estirada, antes vestida de blanco; y cómo bajo la influencia de esos colores la tez de su cara parece desaparecer distinta y definitivamente.

La República de Platón. Posé para el doctor Sch. La página de Flaubert sobre la prostitución. La importancia considerable del cuerpo desnudo en la impresión general de un individuo.

Un sueño: Los nudistas se aniquilan en una refriega. Están divididos en dos grupos; después de bromear un grupo con el otro, se adelanta alguien de un grupo y le grita al otro: "Castrón y pelotón." Los otros: "¿Cómo? ¿Castrón y pelotón?" El primero: "Por supuesto." Empieza la refriega.

16 de julio. Kühnemann. El señor Guido von Gillshausen, capitán retirado, escribe poesía y música. *A mi espada,* y cosas semejantes. Hermoso hombre. Por respeto a su nacimiento, no me atrevo a alzar la vista hacia él, empiezo a sudar (estamos desnudos), y hablo en voz demasiado baja. Su anillo de sello. Las reverencias de los muchachos suecos. Él habla jadeante, consecuencia de la costumbre, del mayor, pelirrojo. Conversación en el parque, vestido con otro hombre vestido. No pude tomar parte en la excursión general a Harzburg. Por la noche. Concurso de tiro en Stapelburg. Con el doctor Sch. y un peluquero de damas berlinés. La vasta llanura que asciende suavemente hacia Stapelburg, bordeada de viejos tilos, incongruentemente atravesada por un terraplén ferroviario. La casilla de los tiradores. Viejos campesinos apuntaban los tantos en el libro del concurso. Los tres flautistas, con pañuelos de mujer que les colgaban sobre las espaldas. Vieja costumbre inexplicable. Algunos con chaquetas antiguas, simples, azules, heredadas, hechas con el lino más fino, y que cuestan quince marcos. Casi todos tienen un arma de fuego. Una que se carga por la boca. Uno tiene la impresión de que todos están de algún modo encorvados por las labores rurales, especialmente cuando se alinean en dos filas. Algunos viejos líderes de sombrero de copa y espada al cinto. Desfilan colas de caballo y algunos otros símbolos antiguos, entusiasmo, luego tocó la banda, gran entusiasmo, luego silencio, seguido por tambores y pífanos, entusiasmo aun mayor, finalmente, cuando los tambores y los pífanos tocaron por última vez, aparecieron tres bandas; colmo del entusiasmo. Marchan y desaparecen. El viejo de traje negro, gorra negra, cara un poco contraída, y barba blanca, espesa, sedosa, impenetrable, no demasiado larga, que le rodea la cara. El ex campeón de tiro al blanco, también de cilindro y con una faja que le envuelve el cuerpo como una cortina, toda cosida de medallitas de metal, donde están grabados los nombres del campeón de tiro de cada año, con el signo correspondiente al gremio (al panadero le corresponde un pan, etc.). La marcha de despedida, entre el polvo y la luz cambiante del cielo intensamente nublado. Aspecto de muñeco de un soldado que marcha con ellos (un tirador, que en este momento está de servicio en el ejército), y su paso saltarín. Los seguimos por las calles. De pronto están lejos, de pronto cerca, ya que se detienen en las casas de los diversos campeones de tiro, tocan música, y les sirven algo. Hacia el final de la columna, el polvo se disipa paulatinamente. La última pareja es la más clara. A veces los perdíamos totalmente de vista.

El campesino alto, de pecho un poco hundido, cara definitiva, botas altas, ropas que parecían de cuero; cómo se alejaba ceremoniosamente del parante de la puerta. Las tres mujeres que estaban frente a él, una detrás de la otra. La del medio, morena y hermosa. Las mujeres en la entrada de la granja de enfrente. Los dos árboles gigantescos en los dos patios, que se unían por encima de la ancha calle. En las casas, los grandes blancos de los ex campeones.

La pista de baile, dividida en dos partes, por el medio; la banda en un recinto vallado, con dos hileras de asientos. Por ahora está vacía, algunas niñitas resbalan sobre las tablas lisas (mientras escribo, me molestan los jugadores de ajedrez que descansan y conversan). Ofrezco a las niñas mi bebida efervescente; la beben, la mayor primero. Haría falta una verdadera comunidad de lenguaje. Les pregunto si ya han cenado, absoluta incomprensión. El doctor Sch. les pregunta si ya comieron, comienzo de comprensión (no habla con claridad, respira demasiado profundamente), sólo cuando el peluquero les pregunta si ya se llenaron la panza consiguen contestar. Les hago traer otra bebida efervescente, pero no quieren más, en cambio quieren ir a la calesita; me voy volando a la calesita, con las seis niñitas (de seis hasta trece años). Por el camino, la que había aconsejado ir a la calesita, se jacta de que ésta pertenece a sus padres. Nos sentamos y damos vueltas en un coche. Las amigas en torno, una sobre mis rodillas. Otras chicas que se apiñaban, deseosas de gozar también ellas de mi dinero, fueron repelidas muy a mi pesar por mis amigas. La hija del dueño supervisa el cálculo, para que no pague por las forasteras. Estoy dispuesto, si así lo desean, a dar otra vuelta, pero la misma hija del dueño dice que ya es bastante; en cambio quiere que vayamos al puesto de golosinas. Estúpida y curiosamente, las llevo a la rueda de la fortuna. Dentro de lo posible, se muestran bastante discretas con mi dinero. Luego, al puesto de golosinas. La carpa tiene gran surtido; está limpia y ordenada como un puesto en la calle principal de una gran ciudad. Al mismo tiempo, la mercadería es barata, como en nuestras ferias. Luego volvemos a la pista de baile. Todo el tiempo, siento con más intensidad la presencia de las niñas que mi propia generosidad. Ahora están dispuestas a beber otra naranjada, y dan las gracias deliciosamente, la mayor en nombre de todas y luego cada una por su cuenta. Cuando empieza el baile tenemos que irnos; ya son las diez menos cuarto.

El peluquero que habla sin cesar. Tiene treinta años, barba

cuadrada y bigotes en punta. Le gustan las muchachas, pero quiere a su mujer, que se ha quedado en casa dirigiendo el negocio y no puede viajar, porque es gorda y no soporta los viajes. Una vez que fueron a Rixdorf, tuvo que bajarse dos veces del tranvía, para caminar un poco y reponerse. No necesita vacaciones, se conforma con quedarse de vez en cuando un rato más en la cama. Él le es fiel, ella le da todo lo que necesita. Las tentaciones a que está expuesto un peluquero. La joven esposa del dueño del restaurante. La sueca, que tiene que pagar todo más caro. Compra cabellos a un judío de Bohemia, llamado Puderbeutel. Cuando fué a verlo una delegación de los social-demócratas y quiso que se suscribiera al *Worwärts*, les dijo: "Si eso es lo que quieren, yo no los mandé llamar." Pero finalmente aceptó. Cuando era "aprendiz" (oficial peluquero), estaba en Görlitz. Es un asiduo jugador de bochas. Hace una semana, estuvo en la gran Reunión de Jugadores de Bochas, en Braunschweig. Hay 20.000 jugadores regulares de bochas de Alemania. En cuatro pistas de campeonato jugaron durante tres días hasta muy entrada la noche. Pero no se puede decir de alguien que sea el mejor jugador de bochas de Alemania.

Por la noche, cuando entré en mi casilla, no encontré los fósfores, los pedí prestados en la casilla contigua, y encendí uno bajo la mesa, para ver si no se habían caído allí. No estaban, y en cambio encontré el vaso de agua. Poco a poco salió a relucir que las sandalias estaban detrás del espejo de pared, los fósfores sobre un alféizar, el espejo de mano colgado de un ángulo de los muebles. Le escupidera estaba sobre el ropero, la *Educación Sentimental* en la almohada, una percha bajo la sábana, mi tintero portátil y un trapo mojado en la cama, etc. Todo para castigarme porque no había ido con ellos a Harzburg.

19 de julio. Día de lluvia. Uno se queda en la cama, y el fuerte repiqueteo de la lluvia sobre el techo de la casilla parece que resonara sobre nuestro propio pecho. Por el borde del alero aparecen las gotas, mecánicamente, como luces que se encendieran a lo largo de una calle. Luego caen. Como un animal salvaje, de pronto un anciano atraviesa corriendo la pradera y toma un baño de lluvia. El repiqueteo de las gotas durante la noche. Uno se encuentra como metido dentro del estuche de un violín. Por la mañana, correr; la tierra blanda bajo los pies.

20 de julio. Por la mañana, con el doctor Sch. en el bosque. El suelo rojizo y la luz que de él se difunde. El movimiento ascendente de los troncos. Las ramas fluctuantes, anchas, de hojas chatas, de las hayas.

Por la tarde, llegada de máscaras que vienen de Stapelburg. El gigante con el hombre que baila disfrazado de oso. El balanceo de sus muslos y su dorso. La marcha a través del jardín, detrás de la música. La corrida de los espectadores por el césped, entre los arbustos. El pequeño Hans Eppe, cómo los mira. Walter Eppe sobre el buzón. Los hombres disfrazados de mujeres, completamente envueltos en cortinas. Espectáculo indecente, cuando bailaron con las muchachas de la cocina, y éstas se dejaron llevar por los disfrazados al parecer sin saber que eran hombres.

Por la mañana leí al doctor Sch. el primer capítulo de la *Educación Sentimental.* Por la tarde, paseo con él. Me habla de su amiga. Es amigo de Morgenstern, Baluschek, Brandenburg, Poppenberg. Sus espantosas quejas, al anochecer, en la casilla, acostado en la cama con la ropa puesta. Primera conversación con la señorita Pollinger; ya sabe todo lo que se puede saber sobre mí. Conoce Praga a través de *Los doce de Estiria.* Rubia platinada, veintidós años, representa diecisiete, todo el tiempo se preocupa por su madre sorda; está comprometida y es coqueta.

A mediodía, partida de esa viuda sueca que parece una correa de cuero, la señora de W. Sólo lleva sobre su ropa habitual una chaqueta gris, y un sombrerito gris con un velito. Dentro de este marco, su cara morena parece muy delicada, la impresión que producen las caras regulares sólo depende de la distancia y los velos que las cubren. Su equipaje consiste en una pequeña mochila, apenas lleva en ella un camisón. Así viaja incesantemente, venía de Egipto, va hacia Munich.

Esta tarde, mientras estaba acostado, descubrí que algunas de estas personas habían conseguido interesarme. Una canción del señor de Gillhausen se llama "¿Sabes mamita, que te quiero tanto?"

Al anochecer, baile en Stapelburg. Las fiestan duran cuatro días, casi nadie trabaja. Vemos al nuevo campeón de tiro al blanco, y en su espalda leemos los nombres de todos los campeones desde principios del siglo diecinueve en adelante. Ambas pistas de baile llenas. Por toda la sala, una pareja tras otra. Cada pareja sale a bailar un poco cada quince minutos, más o menos. La mayoría están callados, no por timidez, ni por ningún otro motivo especial, sino simplemente porque están callados. A un costado hay un borracho, conoce a todas las muchachas, trata de

asirlas, o por lo menos tiende los brazos para abrazarlas. Los respectivos compañeros no se mueven. Hay bastante ruido, entre la música y los gritos de los que están sentados junto a las mesitas o de pie junto al despacho de bebidas. Nos paseamos largo rato inútilmente (yo y el doctor Sch.) por la sala. Me decido a hablar a una muchacha. Ya me había gustado cuando la había visto afuera, mientras ella y dos amigas comían salchichas con mostaza. Tiene una blusa blanca con flores bordadas sobre los brazos y los hombros. Inclina la cabeza dulce y melancólicamente hacia adelante, lo que le comprime un poco el busto y le abulta la blusa. En esta posición, la naricita respingada aumenta la impresión de melancolía. En su cara hay zonas de un color moreno rosado, al azar. Le hablo justamente cuando baja los dos escalones de la pista de baile. Nos quedamos pecho contra pecho, y ella se da vuelta. Bailamos. Se llama Auguste A.; es de Wolfenbüttel, y desde hace un año y medio trabaja en la granja de un cierto Klaude en Appenroda. Mi peculiaridad de no entender los nombres propios, aun después de oírlos varias veces, y de no poder recordarlos. Es huérfana, y el primero de octubre entra en un convento. Todavía no dijo nada a sus amigas. Ya quería entrar en abril, pero sus amos no se lo permitieron. Entra en el convento por culpa de ciertas experiencias desagradables que ha tenido. No puede contarlas. Nos paseamos a la luz de la luna frente a la pista de baile, mis amiguitas de la otra vez nos persiguen, a mí y a mi "novia". A pesar de su melancolía, le gusta mucho bailar, lo que queda plenamente demostrado más tarde, cuando se la presto al doctor Sch. Trabaja en los campos. A las diez tiene que irse a su casa.

22 de julio. La señorita G., maestra, cara fresca, joven, con aire de buho, y facciones muy vivaces y tersas. El cuerpo es más indolente. El señor Eppe, director de una escuela particular en Braunschweig. Un hombre ante el cual me siento inferior. Su conversación es dominadora, apasionada cuando conviene, pensada, musical, hasta titubeante a veces para guardar las formas. Cara delicada, barba también delicada, que sin embargo le cubre las mejillas y la barbilla. Andar afectado. Yo estaba frente a él, diagonalmente, cuando nos sentamos juntos por primera vez a la mesa común. Una reunión de personas calladas y masticadoras. Él lanzaba palabras sueltas, aquí y allá. Pero como todos seguían callados, también él se calló. No obstante, si en el otro extremo de la mesa alguien decía una palabra, en el acto él contestaba; aunque no con excesivo interés, más bien hablaba consigo mismo,

como si le hubieran preguntado algo a él y ahora escucharan su respuesta, mientras miraba el tomate que al mismo tiempo pelaba. Todos prestaban atención, excepto los que se sentían avergonzados y desafiantes, como yo. No sonreía a nadie, pero sus palabras sopesaban la opinión de cada uno. Si nadie se movía, canturreaba en voz baja mientras rompía las nueces o se entregaba a los numerosos preparativos que la comida cruda exige. (La mesa está llena de fuentes, y uno mezcla los alimentos a su gusto.) Finalmente hizo intervenir a todos en sus propios asuntos, con el pretexto de que debía anotar los diversos platos y mandarle la lista a su mujer. Después de habernos hechizado durante algunos días con su mujer, vuelve al ataque con nuevos relatos sobre la misma. Sufre de melancolía, tiene que irse a un sanatorio en Goslar, sólo la recibirán si se compromete a quedarse ocho semanas, a llevar una enfermera particular, etc.; como ya ha calculado, y como vuelve a calcular en la mesa, todo eso le costará más de 1.800 marcos. Pero lo dice sin el más mínimo deseo de suscitar compasión. De todos modos, una decisión tan costosa requiere meditación, todos meditan. Unos días después nos enteramos de que su mujer está por llegar, tal vez le baste con este sanatorio. Durante el almuerzo recibe la noticia de que su mujer, con sus dos niños, acaba de llegar, y lo espera. Se alegra; sin embargo, sigue comiendo tranquilamente hasta el final, aunque en estas comidas no hay verdadero final, ya que sirven todos los platos al mismo tiempo. La mujer es joven, gorda, con un talle apenas sugerido por el vestido; ojos astutos y azules, pelo rubio peinado hacia arriba, sabe cocinar, hacer las compras en el mercado, etc., muy eficazmente. Durante el desayuno —su familia todavía no vino a la mesa— nos habla a la señorita G. y a mí, mientras casca nueces: Su mujer sufre de melancolía, tiene los riñones delicados, mala digestión, padece de agorafobia, sólo consigue dormirse a eso de las cinco de la madrugada, y luego si la despiertan a las ocho "naturalmente se pone furiosa" y se vuelve "frenética". Anda muy mal del corazón, tiene serios ataques de asma. Su padre murió en el manicomio.

VARIANTES

De la página 12, línea 33

A menudo reflexiono y doy rienda suelta a mis pensamientos, haciéndome a un lado, y por más vueltas que le dé, siempre llego a la conclusión de que en algunos sentidos mi educación me ha perjudicado terriblemente. Este reconocimiento implica un reproche dirigido a una cantidad de personas. Son mis padres y mis parientes, cierta cocinera, mis maestros, algunos escritores; el amor con que me perjudicaron sólo aumenta su culpa, porque con ese amor ¡podrían haberme hecho tanto...!; algunas familias amigas de mi familia, un profesor de natación, algunos habitantes de lugares de veraneo, algunas damas en el parque de la ciudad, de quien nadie habría supuesto nada semejante, un peluquero, una mendiga, un timonel, el médico de casa y muchos otros más; y habría muchísimos más si quisiera, y pudiera, nombrarlos a todos por su nombre; en fin, son tantos, que hay que tener mucho cuidado para no nombrar dos veces al mismo. Ahora bien, uno podría pensar que al dirigirse a una cantidad tan grande de gente un reproche perdería su solidez, que no le quedaría más remedio que perder su solidez, ya que un reproche no es un general de ejército, ataca directamente y no sabe distribuirse. Especialmente en este caso, en que se dirige a personas desaparecidas. Tal vez estas personas, con una energía olvidada, pudieran sostenerse en la memoria, pero difícilmente encontrarían donde apoyarse, y hasta sus piernas pronto se convertirían en humo. Y ¿de qué utilidad sería reprochar a personas en semejante estado los errores que cometieron en otra época al educar a un muchacho que aun ahora les resulta tan incomprensible como ellos nos resultan incomprensibles a nosotros? Pero uno ni siquiera puede llegar a hacerles recordar esas épocas, nadie podría obligarlos; pero evidentemente ni siquiera puede hablarse de obligación, ya no pueden acordarse de nada, y si uno los conmina a acordarse, lo apartan silenciosamente,

porque muy probablemente ni oyen las palabras que uno les dirige. Como perros cansados, se quedan donde están, porque todo su vigor se agota en el esfuerzo de mantenerse de pie en el recuerdo. Pero aunque consiguiéramos realmente obligarlos a oír y a hablar, nuestros oídos sólo zumbarían a fuerza de oír contrarreproches, porque las personas se llevan su convicción de la venerabilidad de los muertos hasta el más allá, y desde allá la defienden con decuplicado vigor. Y si tal vez esta opinión no fuera correcta, y los muertos sintieran un respeto extraordinariamente grande hacia los vivos, entonces con más intensidad se pondrían de parte de su pasado de seres vivientes, que después de todo está más cerca de ellos; y también en ese caso nos zumbarían los oídos. Y aun cuando tampoco fuera correcta esta opinión, y los muertos fueran realmente muy imparciales, aun en ese caso, no podrían soportar que los molesten con reproches poco verificables. Porque esos reproches son inverificables, aun de persona a persona. La existencia de errores pasados en la educación de alguien no puede ser comprobada, cuanto más la responsabilidad primitiva. Y ahora, mostradme un solo reproche que en una situación semejante no se convierta en un suspiro.

Éste es el reproche que debo hacer. Íntimamente es sólido, la teoría lo apoya. Sin embargo, olvido por el momento o disculpo lo que realmente me arruinó, y me abstengo de todo escándalo. En cambio, en cualquier momento puedo probar que mi educación trató de hacer de mí otra persona diferente de la que llegué a ser. Por lo tanto, sólo reprocho a mis educadores el mal que pudieron haberme hecho de acuerdo con sus intenciones; reclamo de sus manos la persona que soy actualmente, y como no pueden dármela, hago de mi reproche y mi risa un redoblar de tambores que resuena hasta el más allá. Pero todo esto sólo sirve para otra cosa. El reproche de que en realidad hayan arruinado una parte de mi ser —una parte excelente y hermosa (a veces se me aparecen en sueños como a otras personas una novia muerta)—, este reproche, que siempre está a punto de convertirse en un suspiro, tendría que llegar hasta ellos, ante todo, indemne, como un reproche respetable, lo que por otra parte es. Es así que el gran reproche, al que nada puede ocurrirle, toma al pequeño por la mano; cuando el grande camina, el pequeño salta, pero una vez que el pequeño llega allá, finalmente se distingue, tal como habíamos esperado siempre, y toca la trompeta para que se inicie el redoblar de los tambores.

A menudo reflexiono y doy rienda suelta a mis pensamientos, haciéndome a un lado, pero siempre llego a la conclusión de que mi educación me ha perjudicado más de lo que puedo comprender. Exteriormente soy un hombre como los demás, porque mi educación corporal se mantuvo tan cerca de lo ordinario, como ordinario era mi cuerpo, y aunque soy bastante bajo y un poco grueso, gusto a muchos, aun a las muchachas. En ese sentido no hay nada que decir. Justamente, hace poco una me dijo algo muy inteligente: "¡Ah, si pudiera verlo alguna vez desnudo!, entonces sí que ha de ser bonito y digno de ser besado." Pero aunque me faltara aquí el labio superior, allá la oreja, aquí una costilla, allá un dedo, aunque tuviera zonas peladas en la cabeza y marcas de viruela en la cara, esto no sería de todos modos nada comparable a mi imperfección interna. Esta imperfección no es congénita, y por eso mismo resulta más difícil soportarla. Porque como todos, también yo tengo dentro de mí, de nacimiento, mi centro de gravedad, que aun la más absurda educación no podría desplazar. Todavía conservo este excelente centro de gravedad, pero en cierto modo no ocurre lo mismo con el cuerpo correspondiente. Y un centro de gravedad que no tiene con qué obrar, se convierte en plomo y pesa en el cuerpo como una bala de mosquete. Pero esa imperfección tampoco es merecida, su aparición no es culpa mía. Por eso no encuentro en mí ningún arrepentimiento, por más que lo busque. Porque el arrepentimiento me convendría, el arrepentimiento se agota en llanto por sí mismo, desplaza el sufrimiento a un lado y arregla todo por su cuenta, como si se tratara de su honor; seguimos en pie, porque nos alivia.

Mi imperfección, como ya dije, no es congénita, ni merecida; sin embargo la soporto mejor que otros, que recurren a grandes esfuerzos de la imaginación y métodos rebuscados para soportar desdichas mucho menores, por ejemplo una esposa horrible, una mala situación económica, una profesión miserable; y por eso mismo no tengo la cara negra de desesperación, sino blanca y rosada.

No sería capaz de esto, si mi educación hubiera penetrado en mí tan profundamente como ella pretendía. Tal vez mi juventud le resultó demasiado corta, y en ese caso me regocijo de su brevedad con todo el alma, aun ahora, que tengo más de cuarenta años. Sólo eso permitió que me quedaran todavía fuerzas para comprobar las pérdidas de mi juventud; además, para lamentar dichas pérdidas; además, para dirigir reproches al pasado, en todas direcciones; y finalmente, un resto de fuerzas para mí mismo.

Pero de todos modos, todas esas fuerzas sólo son un mero resto de las que poseía cuando niño, y que me expusieron más que los otros niños a los corruptores de la juventud; en efecto, un buen coche de carreras es el primero en ser alcanzado y envuelto por el polvo y el viento, y sus ruedas vuelan sobre los obstáculos, con un ímpetu que uno casi tomaría por amor.

Lo que todavía soy, me lo revela más claramente el vigor con que los reproches tratan de surgir de mi interior. Hubo épocas en que yo no tenía nada en mí, excepto esos reproches impelidos por la ira, hasta el punto de que a pesar de mi excelente estado físico, a veces tenía que asirme de algún desconocido en la calle, porque los reproches se agitaban dentro de mí de un lado a otro, como el agua dentro de un balde que uno trasporta corriendo.

Esas épocas han pasado. Los reproches yacen ahora dentro de mí, como extrañas herramientas, que por falta de coraje ya no puedo aferrar ni levantar. Al mismo tiempo, la corrupción de mi antigua educación parece empezar a obrar nuevamente en mí, cada vez más; la manía de recordar, tal vez una cualidad común a todos los solteros de mi edad, vuelve a abrir mi corazón a esas personas que más merecen el ataque de mis reproches, y un suceso como el de ayer, antes tan habitual como el hecho de comer, es ahora tan insólito que debo registrarlo por escrito.

Pero aun más que todo eso, quizá sea yo mismo, yo, que ahora acabo de dejar la lapicera para abrir la ventana, la mejor ayuda de mis atacantes. En efecto, me subestimo, y eso ya implica una sobreestimación de los demás; pero aparte de eso, también los sobreestimo. Y por otra parte, también me hago daño a mí mismo, directamente. Si me vence el deseo de hacer reproches, me asomo a la ventana. Quién podría negar que los pescadores están sentados allá abajo, en sus botes, como escolares trasportados de la escuela al río; muy bien, su inmovilidad es a menudo incomprensible, como la de las moscas en los vidrios de las ventanas. Y sobre el puente pasan los tranvías, naturalmente como siempre, con un grosero rugido de ventarrón, y resonando como relojes descompuestos; no cabe duda de que el policía, negro de pies a cabeza, con la luz amarilla de su chapa en el pecho, sólo puede recordarnos el infierno, mientras con pensamientos similares a los míos contempla a un pescador que de pronto —¿llora, ha visto una aparición, o se estremece su corcho?— se inclina sobre el costado del bote. Todo esto está bien, pero cada cosa a su tiempo; en este momento sólo los reproches están bien.

Mis reproches se dirigen a una cantidad de gente; esto realmen-

te aterra, y no sólo yo junto a la ventana abierta, sino cualquier otro se dedicaría a contemplar el río. Entre esa gente se cuentan mis padres y mis parientes. El hecho de que me hayan hecho daño por amor, hace mayor aún su culpa, porque ¡cuánto bien hubieran podido hacerme con ese amor! Luego, familias amigas, de mirada maligna, que conscientes de su culpa se hacen más pesadas para no emerger en el recuerdo; luego la multitud de las niñeras, los maestros y los escritores, y una cocinera determinada; luego —y en castigo se superponen entre sí— un médico familiar, un peluquero, un timonel, una mendiga, un vendedor de diarios, un guardián del parque, un profesor de natación; además, damas desconocidas en el parque de la ciudad, de quien nadie habría supuesto nada semejante, habitantes de lugares de veraneo —un insulto a la inocente naturaleza—, y muchos otros; pero serían más todavía, si quisiera y pudiera nombrarlos a todos por su nombre; en fin, son tantos, que hay que tener mucho cuidado para no nombrar dos veces al mismo.

A menudo reflexiono sobre esto y doy rienda suelta a mis pensamientos, haciéndome a un lado, pero siempre llego a la misma conclusión, de que mi educación me ha perjudicado más que a toda la gente que conozco, y más de lo que puedo concebir. Sin embargo, sólo de vez en cuando puedo expresarlo, porque si me preguntan: "¿Realmente? ¿Será posible? ¿Habrá que creerlo?", de inmediato, por un temor nervioso, trato de reducirlo.

Exteriormente me parezco a todo el mundo; tengo piernas, tronco y cabeza, pantalones, chaqueta y sombrero; me han hecho seguir un curso completo de gimnasia, y si a pesar de todo sigo siendo bajo y débil, será porque era inevitable. En general gusto a muchos, aun a las muchachas jóvenes; y las que no gustan de mí, por lo menos me encuentran tolerable.

De la página 14, línea 30

—Oye —le dije, dándole un empujoncito con la rodilla (con esta frase repentina se me escapó de la boca un poco de saliva, como un mal augurio)—, estás durmiéndote.

—No me he olvidado de ti —dijo, y meneó la cabeza antes de terminar de abrir los ojos.

—Tampoco temí que te olvidaras —dije yo; pasé por alto su sonrisa, y miré la acera—. Sólo quería decirte que, pase lo que pase, ahora subiré. Porque como tú sabes, me han invitado; ya es tarde, y la concurrencia me espera. Tal vez hayan postergado algo, espe-

rando mi llegada. No puedo asegurarlo, pero de todos modos es posible. Ahora me preguntarás si no me sería posible renunciar definitivamente a esa reunión.

—No te lo preguntaré, en primer lugar porque ardes por decírmelo, y en segundo lugar porque no me importa nada, porque para mí es lo mismo estar aquí abajo o allá arriba. Para mí es exactamente lo mismo acostarme aquí en la alcantarilla y tragar el agua llovida, o con los mismos labios beber champaña allá arriba; ni siquiera les encuentro gusto diferente, lo que por otra parte no me apena mucho, ya que ni una cosa ni la otra me son permitidas, y por lo tanto hago mal en compararme contigo. ¡Y tú!, ¿cuánto hace que estás en la ciudad? ¿Cuánto hace que estás en la ciudad, te pregunto?

—Cinco meses. Pero ya la conozco bastante bien. No, no me he dado descanso. Cuando recapacito, ni sé si hubo noches, ¿quieres creer que recuerdo todo como un solo día, sin cambios de hora, ni siquiera diferencias de iluminación?

NOTAS

[1] Las cuatro anotaciones que siguen a la primera parecen pertenecer al mismo proyecto de relato, pero Kafka las separó entre sí mediante líneas trasversales.

[2] Bailarina del Ballet Ruso, que se presentó en el teatro alemán de Praga.

[3] En el manuscrito siguen aquí unos dibujos de pluma. También más adelante aparecen frecuentes dibujos.

[4] Esta observación se relaciona con la anotación correspondiente al 16 de diciembre de 1910, sobre *Las doncellas de Bischofsberg*, de Hauptmann.

[5] Aquí sigue el relato *Desdicha*, de *Contemplación* (ver *La Condena*), sin título. Este borrador se interrumpe algunas líneas antes del final. Sólo aparece un título en la otra página, *El Pequeño Habitante de las Ruinas*, que al parecer se refiere a los fragmentos precedentes, una crítica de Kafka sobre su educación. Los trozos siguientes forman un mosaico difícil de ordenar, ya que muchas partes están repetidas varias veces. El relato empieza una y otra vez con las mismas palabras y todavía en 1911 se oyen sus últimos ecos. En conjunto tiene muchos puntos de contacto con algunos capítulos del relato *Descripción de una Lucha* *, especialmente, la *Conversación con el Suplicante* **; y también con el bosquejo publicado por Kafka, *Desenmascaramiento de un Embaucador*, de *Contemplación*.

[6] El poeta Paul Claudel era en esa época cónsul francés en Praga. Kafka no llegó a conocerlo nunca personalmente.

[7] Paul Wiegler, el traductor de *Moralités légendaires* de Jules Laforgue. Esta traducción, y más tarde también la versión original, significaron para Kafka y para mí una importante experiencia. La fuerte influencia de la poesía de Laforgue también se hace sentir en algunas poesías de Werfel. Paul Wiegler escribió más tarde *El Teatro Francés del Pasado*, luego una erudita y comprensiva *Historia de la Literatura Alemana*, etc. Fué redactor en Berlín, luego en Praga, luego nuevamente en Berlín (en la editorial Ullstein). Murió en 1949.

[8] *Las doncellas de Bischofsberg*, comedia de Gerhart Hauptmann.

[9] Kafka dejó tres hermanas, y sus respectivas familias. Las tres hermanas, incluyendo la preferida de Kafka, Ottla, murieron en los campos de concentración, así como dos cuñados, un sobrino y una sobrina, y muchas de las personas mencionadas en el diario y vinculadas con Kafka.

[10] El escritor ciego Oskar Baum, uno de los amigos más íntimos de

* La Muralla China. EMECÉ EDITORES, S. A., 1953.

** La Condena. EMECÉ EDITORES, S. A., 1952.

Kafka y mío. Murió en Praga durante la ocupación alemana (1940), su mujer en el ghetto de Theresienstadt. Su obra más importante es la novela *El Pueblo del Sueño Profundo.*

[11] La última frase fué tachada por Kafka.

[12] Recuerdo del viaje a París del año anterior (1910).

[13] *Las judías.* Una novela mía, aparecida en 1911. Hay tres bosquejos parecidos de esta crítica.

[14] *¿Cómo se llega al conocimiento de los mundos superiores?* es el título de un libro de Rudolf Steiner.

[15] Este fragmento pertenece al relato empezado en la página 14.

[16] Entre esta anotación y la siguiente se encuentra el diario de viaje Lugano-París-Erlenbach. La anotación en sí se relaciona también con el proyecto de novela *Ricardo y Samuel*, consecuencia de este viaje (ver *La Condena*).

[17] Longen escribió más tarde una biografía de Jaroslav Hasek, autor de *El valiente soldado Schwejk.* El Grünbaum mencionado en la misma anotación es el conocido cómico.

[18] Plegaria que inicia los oficios del Día del Perdón.

[19] Se trata de una compañía ambulante de actores judíos orientales, que desde ese momento tuvieron cierta influencia sobre la vida y el desarrollo intelectual de Kafka. La compañía utilizaba como teatro un pequeño café de segunda categoría. Nosotros dos ya habíamos presenciado anteriormente (en mayo de 1910) representaciones semejantes de otra compañía en el mismo café.

[20] *Meschumed (El Apóstata).* Tal vez no sea injustificado ver en los dos personajes aquí descriptos, que constituyen una especie de coro, el primer esbozo de los dos "ayudantes" de la novela *El Castillo.*

[21] Una danza popular checa.

[22] *Mezuzah* (literalmente "jamba de la puerta"). En la puerta de entrada de todo judío ortodoxo hay empotrada una cajita con un rollo de pergamino, donde están escritos determinados textos de la Biblia.

[23] Diario de viaje de París. Principios de la novela en colaboración *Ricardo y Samuel* (ver *La condena*). R. es la joven descripta en el primer capítulo bajo el nombre Dora Lippert.

[24] *Pawlatsche.* La palabra checa *pavlac* significa "balcón", y ha pasado a significar en el alemán de Praga, y también de Viena, el característico balcón abierto que corre a lo largo de un piso superior, del lado de la casa que da al patio.

[25] En esa época, Kafka tenía en realidad veintiocho años.

[26] *Dubrovnická trilogie. Trilogía de Ragusa,* de Ivo Vojnovic.

[27] Mi hermano y amigo, el poeta Otto Brod. Los tres hicimos juntos un viaje a Brescia y a Riva en el 1909. Otto Brod, su mujer y su hijo fueron asesinados por los nazis en 1944.

[28] En esa época yo escribía en colaboración con la joven que luego fué mi esposa, la novela *Weiberwirtschaft.** Lo que sigue se refiere a *Ricardo y Samuel.*

*Pensión de mujeres. *(N. del T.)*

[29] Una novela de Wilhelm Schäfer. Kafka sentía mucho respeto por este escritor, que por desgracia simpatizó más tarde con el nazismo.

[30] Valli, una de las tres hermanas de Kafka, la segunda.

[31] "Loco irresponsable" sería la traducción aproximada de esta expresión.

[32] Forma dialectal de la palabra hebrea *parnassah;* lo necesario para vivir.

[33] Este fragmento aparece, con algunos cambios y supresiones, en el primer libro de Kafka, *Contemplación.*

[34] Se refiere a la época en que Kafka estudiaba derecho.

[35] Emil Utitz, más tarde profesor universitario de filosofía, fué compañero de Kafka en el Gymnasium.

[36] La familia Egon Erwin Kisch, autor de *El repórter loco.* Su hermano, Paul Kisch, estudiaba germanística.

[37] La rueda de la vida era un juguete; a través de una hendidura se veían las sucesivas posiciones de una figura sobre una banda circular. Producía la impresión del movimiento.

[38] Una persona sin educación. Éstas y todas las anotaciones semejantes se originaron en las largas conversaciones de Kafka con el actor Löwy.

[39] El filósofo Feliz Westsch, amigo nuestro. Escribió *Clemencia y libertad, El Azar del medio.*

[40] Correctamente, *mohel,* el que circuncida.

[41] Hugo Bergmann es actualmente profesor de filosofía en la Universidad Hebraica de Jerusalén.

[42] Una novela de Emil Strauss. Con respecto a este escritor y a la relación de Kafka con su obra corresponde decir lo mismo que se ha dicho de Wilhelm Schäfer.

[43] Este fragmento, levemente cambiado, apareció bajo el título *El paseo repentino* en *Contemplación.**

[44] Las siete páginas siguientes del diario contienen un resumen del libro de Pines.

[45] Christian von Ehrenfels, filósofo, y fundador de la *"Gestalt-Theorie"* en psicología.

[46] El fragmento que sigue en el manuscrito, con algunas variantes, aparece en *Contemplación.***

[47] *Canción de cuna para Miriam,* de Richard Beer-Hofmann.

[48] Las seis páginas y media siguientes del diario contienen extractos de las *Conversaciones con Goethe* de Biedermann. Al final dice: Libros: Stilling, *Anuario de Goethe, Correspondencia entre Rahel y D. Veit.*

[49] *De la vida de un pintor de batallas.* El título correcto es *De la vida de un ocioso espectador de la campaña 1870-1871.* El autor es Heinrich Lang.

[50] El novelista y ensayista vienés Otto Stoessl (1875-1936), a quien Kafka respetaba mucho.

* V. La Condena.
** V. *Resoluciones,* en La Condena.

[51] *Mam'zelle Nitouche.* Comedia musical de H. Meilhac y A. Millaud.

[52] Willy Haas, más tarde director de *El Mundo Literario*, extraordinaria revista; era un importante ensayista. En la época de esta nota, Haas dirigía *Die Herderblätter*, donde se publicó el primer capítulo de *Ricardo y Samuel*, y también algunas obras juveniles de Werfel.

[53] *Arnold Beer* es una novela mía.

[54] Kafka trabajaba en esa época en su novela *El Desaparecido* (título definitivo: *América*).*

[55] *Sueño de una mañana de primavera*, drama de d'Annunzio.

[56] En el período anterior a esta nota se inicia el viaje de vacaciones a Weimar y el Harz (28 de junio hasta el 29 de julio).

[57] Se trata del primer libro de Kafka, *Contemplación*, sobre cuya preparación, que en su mayor parte consistió en una compilación de trozos en prosa ya escritos, yo le había insistido tanto. A mediados de agosto me entregó finalmente el manuscrito, que envié a la Editorial Rowohlt (Kurt Wolff). El libro apareció a principios de 1913.

[58] Dos días antes Kafka había conocido a la señorita F. B., de Berlín, que más tarde desempeñó un papel tan importante en su vida.

[59] *La Posada Polaca.* Título de una opereta de Jean Gilbert (seudónimo de Max Winterfeld).

[60] Sigue el texto completo del relato *La Condena.*

[61] Sigue la versión completa de *El Fogonero*, sin título. Ver *América*, capítulo primero.

[62] Se trata de una visita a F. B.

[63] Una niñera que tuvo cierta importancia para Kafka durante su infancia.

[64] El talentoso novelista y dramaturgo Ernst Weiss, que más tarde tuvo gran intimidad con Kafka. Su primera novela *La Galera* fué publicada en 1913. Sus obras posteriores, entre otras, fueron *Bestias encadenadas, Hombre contra hombre, Nahar, Estrella de los Demonios, Hombres en la noche.* En 1933 huyó a Francia, y se suicidó cuando los alemanes invadieron París.

[65] Entre esta anotación y la siguiente se intercala el viaje de Kafka a Riga, al sanatorio Hartungen.

[66] Las memorias de Krapotkin constituían uno de los libros preferidos de Kafka, así como las memorias de Alexander Herzen, más adelante mencionadas en el diario.

[67] *La Transformación.* En la nota siguiente aparece quizá el germen primero del relato del *Cazador Gracchus* **, cuya acción se sitúa en Riva.

[68] "Hoy estuvo muy lindo." Kafka narraba a menudo, con tanto humor, esta apreciación de su desdichada lectura de Kleist (ver nota del 11 de diciembre), que la frase del niño se volvió proverbial entre nosotros, sus amigos. Kafka contaba que el niño, con precoz expresión de seriedad, hasta había agregado; "*Very well!*" Cuando alguien, con aire de superioridad, de protección y de erudición elogiaba algo que no conocía en lo

* Emecé Editores, S. A., 1943.
** La Muralla China.

más mínimo, solíamos decir *"Very well!"*, y todos sabíamos de qué se trataba. Todo este insignificante episodio de la lectura resultó en realidad un asunto mucho menos melancólico de lo que daría a suponer el diario. Por supuesto, Kafka leyó maravillosamente, yo me hallaba presente y todavía lo recuerdo bien. Pero había elegido un trozo demasiado largo, y al final tuvo que cortarlo a medida que leía. Además, había un contraste absurdo entre esta literatura tan superior y los pobres oyentes, muy poco interesados, que en su mayoría sólo asistían a estas conferencias benéficas atraídos por la taza gratis de té que se les ofrecía.

69 Ernst Weiss vivía en Berlín, así como F.

70 Beermann. El conocido periodista Arnold Höllriegel, escritor de memorias de viaje de gran estilo.

71 L. Liesl, más adelante mencionada, era la novia de A.

72 Un drama de Claudel. Fantl, como Claudel, pertenecía al llamado círculo de Hellerau. En Hellerau, hermoso suburbio de Dresde, Jacques Dalcroze tenía una escuela de danza y gimnasia rítmica. En 1913 Jakob Hegner fundó allí una editorial, en torno de la cual se reunió un grupo de escritores e intelectuales.

73 Cita de *La experiencia vivida y la ficción*, de Dilthey. Tellheim es el protagonista de *Minna von Barnhelm*, de Lessing.

74 La mayor de las hermanas de Kafka. El libro mencionado es una novela de Oskar Baum.

75 Escritor checo, historiador. Entre otras obras publicó (en colaboración con Otto Pick) la colección del Museo Nacional de Bohemia de la correspondencia manuscrita entre Casanova y J. F. Opitz.

76 Aquí termina el séptimo cuaderno de los diarios, que empieza con la anotación del 2 de mayo de 1903.

77 El escritor Robert Musil, que luego se hizo famoso con *El hombre sin Cualidades*, invitó a Kafka a colaborar con él en la publicación de una revista literaria. No recuerdo los detalles del asunto, ni tampoco del viaje aquí mencionado. El viaje fué probablemente a Berlín.

78 Esta anotación y la siguiente son una especie de presentimiento. Escritas casi dos meses antes de la declaración de la guerra, presentan escenas que más tarde ocurrieron realmente, en forma muy similiar, cuando los rusos conquistaron una parte de Austria.

79 Este trozo del 11 de junio de 1914 es un bosquejo primitivo de la novela *El Castillo* *, escrita algunos años después.

80 La ironía consiste en que P., inocentemente, compara al importante pintor Alfred Kubin con un ilustrador de libros pornográficos que en esa época gozó de cierta popularidad, bajo el nombre de "Marqués Bayros".

81 Nombre de un teatro en los suburbios de Praga.

82 También aquí encontramos un notable presagio, ya que Kafka y sus padres fueron enterrados en la misma tumba.

83 Bl. era la amiga de F.; E., varias veces mencionada, era la hermana de F. B.

* Emecé Editores, S. A., 1949.

[84] Después de la primera ruptura de su compromiso, Kafka realizó un breve viaje a Dinamarca con Ernst Weiss y su amiga.

[85] Probablemente *Franziska,* novela de Ernst Weiss.

[86] Las últimas anotaciones (desde el 16 de febrero de 1914) son tomadas de *dos* cuadernos, donde Kafka las apuntaba alternativamente, sin orden. Gracias a las fechas se ha restablecido en cierto modo el orden en que los fragmentos fueron escritos, lo que a menudo obliga a pasar de un cuaderno a otro. La primera frase del 31 de julio sigue directamente después de la última del 29, en el mismo cuaderno. Las anotaciones del 30 de julio corresponden al otro.

[87] "Viva" en checo.

[88] Diminutivo checo de Adalbert.

[89] Kafka empezó en esa época *El Proceso.** Dos años antes había escrito *La Condena,* parte de *América* y *La Transformación.*

[90] Una parte del manuscrito ha sido arrancada, lo que crea una laguna aquí y al final de la anotación del 25 de octubre, que corresponde al dorso de la página.

[91] Un cuñado, que vuelve del frente con licencia.

[92] Mi madre, que inmediatamente se abocó a la tarea de aliviar los problemas de los fugitivos, y en ese sentido hizo mucho, con notable perseverancia, pero también con suma energía y carácter.

[93] El capítulo de la madre. Publicado en el apéndice de *El Proceso,* como *Visita a la madre.*

[94] *El maestro de la aldea.* Publicado con el título *El topo gigante.* **

[95] Día del Perdón (Día de expiación). Entre los judíos, el día en que uno medita en sus pecados. Como palabra y como concepto, el "Día de expiación" *(Jom ha-Kippurim)* implica algo más: el perdón.

[96] Yo daba un curso sobre "Literatura mundial" en la escuela para jóvenes refugiados de Galitzia, que el profesor Alfred Engel había fundado y dirigía. Kafka asistía a menudo a mis clases (ver también la nota del 14 de abril referente a la clase sobre Homero). Allí conoció a algunas de mis alumnas y sus parientes, entre ellos a la repetidamente mencionada muchacha de Lemberg, la señorita F. R. (ver por ejemplo la nota del 14 de mayo).

[97] La compañía de seguros "Assicurazioni Generali", primer empleo de Kafka, que le había costado muchas horas de esfuerzo y de agotamiento.

[98] Los sionistas aprovechábamos la presencia de los judíos orientales en Praga, refugiados de guerra, para tratar de aclarar y mejorar las relaciones entre los judíos orientales y los occidentales, mediante debates públicos. Naturalmente, al principio abundaron los malentendidos, pero más tarde logramos una fructífera colaboración y un mutuo intercambio de influencias.

[99] Kafka acompañó a su hermana Elli, la mayor, que iba a visitar a su marido, oficial de reserva recientemente trasladado a las cercanías del frente de batalla.

* Versión escénica de André Gide y Jean-Louis Barrault. EMECÉ EDITORES, S. A., 1952.

** V. La Muralla China.

100 Dobrichowitz. Lugar de excursión en las cercanías de Praga.

101 La señorita R. era la joven que habíamos conocido en el viaje a Zürich, en 1911.

102 Una novela mía, inconclusa.

103 Georg Mordechai Langer, de Praga, que durante varios años había tratado de vivir como un *Jasid* en la Europa Oriental; más tarde escribió sobre la Cábala y temas semejantes, en checo, alemán y hebreo. Entre otras obras, publicó dos tomitos de poesías en hebreo. El rabí milagroso o *zaddik* aquí mencionado, pariente del rabí de Belzer, había huído de Grodek a Praga, ante el avance ruso, seguido por sus discípulos. Zizkov, suburbio de Praga.

104 Rossmann en la novela *América*, K. en la novela *El Proceso*.

105 Las ocho páginas siguientes del manuscrito contienen extractos de la obra mencionada. Luego sigue un resumen de más o menos dos páginas, del libro de Paul Holzhausen *Los Alemanes en Rusia en 1812*.

106 Gerti era una sobrina de Kafka, en esa época una criatura. La palabra alemana *Pferdefuss* significa la pata hendida del diablo y al mismo tiempo, familiarmente, el pie deformado del patituerto.

107 Un modelo de trinchera expuesto en esa época en las cercanías de Praga, a beneficio de la Cruz Roja.

108 Amigo de juventud de Kafka.

109 Abraham Grünberg, de Varsovia, un joven refugiado de guerra, muy talentoso, con quien nos veíamos frecuentemente en esa época. Murió durante la guerra, tuberculoso.

110 Kafka escribió un informe humorístico sobre su visita a la señora M.-T. Luego se arrepintió de su inocente malicia.

111 Erudito talmúdico, perteneciente a la piadosa familia Lieben de Praga; sólo dos miembros de esta extensísima familia sobrevivieron a la dominación nazi, el sabio aquí mencionado y un niño en un *Kibbutz* de Israel.

112 Aquí y en otras partes del diario aparecen dibujos. Este representa a Abraham sacrificando a Isaac.

113 En la laguna entre el 30 de octubre de 1916 y el 6 de abril de 1917 deben intercalarse algunas anotaciones de los cuadernos en octavo, que sin embargo presentan otro carácter, más objetivo, que las de los trece cuadernos en cuarto. Están constituídas únicamente por cuentos, fragmentos de relatos (comienzos) y meditaciones (aforismos), pero casi nada que se relacione con los acontecimientos del día.

114 Escritor de Praga, que (con Hugo Salus) tuvo gran influencia sobre la generación que nos precedió. Famoso fué su drama en verso, adaptado del español, *Don Gil de las Calzas Verdes*.

115 Entre esta nota y la precedente tiene lugar la primera comprobación médica de la tuberculosis de Kafka, su decisión de romper el compromiso con F., su licencia profesional y su traslado al campo, a casa de su hermana Ottla (cerca de Zürau, Post Flöhau, unos quince kilómetros al este de Carlsbad). Este traslado tuvo lugar el 12 de setiembre de 1917.

[116] Sobrino de Kafka. Fué asesinado por los nazis.

[117] La palabra alemana *Versöhmung* (expiación) también significa reconciliación.

[118] Segunda novia de Kafka, la señorita J. W. Esta relación sólo duró unos seis meses.

[119] Personaje de la novela de Knut Hamsun *Bendición de la Tierra*, que en esa época leía Kafka; éste admiraba y quería extraordinariamente a dicho escritor.

[120] El duodécimo cuaderno de los diarios, que aquí termina, sólo consiste en una cantidad de hojas sueltas entre las tapas. Kafka arrancó y destruyó la mayor parte del cuaderno.

[121] A comienzos de 1920 Kafka había conocido a la señora Milena Jesenká. Era una joven checa, inteligente, capaz, liberal, excelente escritora. Entre ella y Kafka se estableció una amistad muy íntima, al principio llena de esperanza y felicidad, pero más tarde bastante desesperada. La relación se prolongó más o menos durante unos dos años. En 1939 la señora Jesenká fué encarcelada por los nazis, en Praga, y luego asesinada en un campo de concentración.

[122] Revista del movimiento checo de "scoutismo". Todos los problemas de la educación interesaban a Kafka.

[123] *La muerte de Iván Ilich* *, el conocido relato de Tolstoi, muy admirado por Kafka, así como los *Cuentos Populares* (sobre todo *Los tres Viejos*).

[124] Dos preguntas dirigidas a Milena Jesenká.

[125] Esta observación aparece en el primer libro de Kafka, *Contemplación*. Ver el trozo *Desdicha del Soltero (La Condena)*.

[126] Hermano de la madre de Kafka.

[127] Referencia al relato *Un médico rural* **, publicado en 1919.

[128] Josef F. es el protagonista de la novela de Kafka, *El Proceso*, escrita entre 1914 y 1915, y no publicada en vida de su autor.

[129] Las siete antiguas comunas judías de Burgenland.

[130] Comienzo de la polémica contra el libro de Hans Blüher, *Secessio Judaica*. Aquí Kafka echa en cara a Blüher las mismas faltas que éste dice encontrar en los libros judíos.

[131] "Makkabi", el nombre del club deportivo sionista. *Selbstwehr (Defensa Propia)* se llamaba el semanario sionista de Praga. La frase en checo significa: "Vine para ayudarte."

[132] *El gran Maggid* (Predicador), título de un libro de Martin Buber sobre el rabí *jasid* Dow Bär von Mesritsch, discípulo de Baalschem. También se refiere a este libro la primera anotación del 12 de mayo.

[133] La cita proviene de la novela-leyenda *El Peregrino Kamanita*, de Karl Gjellerup.

[134] Myslbeck era un famoso escultor checo.

[135] En Planá, sobre el Luznice, se encontraba nuevamente Kafka en

* Emecé Editores, S. A., 1945.
** La Condena.

casa de su hermana Ottla, por razones de salud. *Tvrz*, en la anotación siguiente, significa fortaleza. El Luschnitz es un afluente del Moldava, al sudeste de Bohemia.

136 *Entweder-Oder*, de Kierkegaard.

137 Frydlant y Liberic, dos viejas ciudades del norte de Bohemia. El texto conserva la forma alemana de estos nombres, utilizada por Kafka. De una de las últimas anotaciones de este viaje se deduce que Kafka lo emprendió por motivos de negocios, al servicio de la compañía de Seguros Obreros, donde estaba empleado. Quizá esta impresión del castillo de Friedland influyó más tarde sobre la concepción de la novela *El Castillo*.

138 Recuerdo del viaje a Riva y Brescia, en 1909.

139 A + x. Alusión a la teoría de lo "Difuso", que constituye el comienzo del libro *Intuición y Concepto*, escrito por Felix Weltsch en colaboración conmigo. Lo "Difuso" es allí representado mediante el símbolo gráfico A + x.

140 Expresión checa que designa a los sobrecitos que adivinan el porvenir y que un loro amaestrado escoge.

141 La casa de Gottfried Keller.

142 Opereta de Fritz Grünbaum y Heinz Reichert.

143 Ocupados en escribir nuestros respectivos diarios.

144 El Capitán Nemo es el personaje principal de la novela de Julio Verne *Veinte mil leguas de viaje submarino*, aparecida en 1869. *El viaje a través del mundo solar* es el título alemán, bastante abreviado, de la novela de Julio Verne, aparecida en 1877, *Héctor Servadac. Viajes y aventuras a través del mundo solar.*

145 Se refiere a la *Galleria Vittorio Emanuele*, en Milán.

146 Cuadros del Louvre.

147 Cuadros del palacio de Versailles.

148 De aquí en adelante, las anotaciones fueron hechas en el sanatorio Erlenbach (Suiza), adonde Kafka fué solo, mientras yo volvía a Praga. Su licencia duraba un poco más que la mía. Sin embargo, el autor recurre constantemente a las impresiones de su reciente viaje a París.

149 Bois de Boulogne.

150 Viaje de vacaciones de 1912, que realizó conmigo. El libro nombrado en la anotación del 29 de junio es la primera obra publicada por Kafka, *Contemplación*. Grete, joven y bonita hija del cuidador de la casa de Goethe. Más referencias sobre ella se encontrarán en mi biografía de Kafka. Luego Kafka siguió viaje solo (de Weimar en adelante). De allí la anotación del 7 de julio. Mi licencia era más corta y ya había terminado. La anotación del 8 de julio ya se refiere al establecimiento de terapéutica naturista Jungborn, en el Harz. Kafka se interesó siempre en la terapéutica naturista, con todas sus derivaciones, comida cruda, vegetarianismo, "Mazdaznan", nudismo, gimnasia, y antivacunación. La curiosa mezcla de respeto e ironía con que consideraba estos métodos, y sus esfuerzos durante años por vivir de acuerdo a algunas de sus reglas, desafía todo análisis. Las memorias de este viaje reflejan fielmente la actitud de Kafka.

[151] Paul Ernst. Escritor neoclásico (1866-1933), autor de algunos dramas *(Canossa, Brunhild)*, cuentos y ensayos.

[152] Pater Expeditus Schmitt. *Las más hermosas leyendas de Santos, con Ilustraciones*, publicado por el Dr. P. Expeditus Schmitt, O. F. M. (ilustraciones de Franz Pocci), editado por Hans von Weber, Munich, 1912.

[153] Johannes Schlaf (1862-1941), con Arno Holz uno de los introductores de la literatura realista moderna en Alemania, precursor de Gerhart Hauptmann. En la época de nuestra visita había dado nuevamente mucho que hablar, al presentar y defender con vehemencia una teoría anti-copernicana, según la cual el sol giraba en torno de la tierra.

M. B.

Las ilustraciones de las páginas 6 y 412 son reproducciones de las páginas manuscritas de los diarios de Kafka.

POSFACIO

Los problemas presentados por la compilación de estos diarios fueron en este caso diferentes de los que se habían presentado en la edición de 1937, cuando apareció por primera vez una selección de los mismos. Esta vez ya no se trataba en realidad de una selección, sino directamente de la publicación, lo más completa posible, de todos los manuscritos inéditos dejados por Franz Kafka. En la edición de 1937 esto no había sido posible, primeramente por razones de espacio, y luego porque el escaso tiempo transcurrido desde la muerte del escritor no permitía la posibilidad de que ciertas expresiones de su pensamiento fueran consideradas con esa objetividad que hoy, habiendo transcurrido ya más de un cuarto de siglo desde aquel trágico acontecimiento, paulatinamente ha llegado a parecer posible.

De todos modos, también ahora fué necesario introducir cierto número de supresiones.

Han sido omitidos algunos trozos, cuyo aspecto demasiado fragmentario los tornaba incomprensibles. En la mayoría de los casos, se trata solamente de algunas palabras. Además, he suprimido algunas anotaciones que se repetían con escasas variantes. Tal vez se me reproche la publicación de un exceso de variantes del mismo texto; en esto es difícil establecer un límite que satisfaga a todos. En algunos casos (pocos) omití anotaciones que me parecían demasiado íntimas, y también algunas críticas demasiado acerbas sobre ciertas personas, que evidentemente Kafka no destinaba a la publicación. Los nombres de las personas vivas han sido reemplazados generalmente por la inicial, o por alguna letra indeterminada, por ejemplo N.; siempre que no se trate de un artista o de un político, que a causa de su actividad pública se ven obligados a considerar la posibilidad de una crítica. Aunque he suprimido todo ataque contra las personas que todavía viven, no he considerado necesaria esta censura en los pocos casos en que Kafka tiene algo que decir en contra de mí (a veces con alegre y juguetona ironía, a veces en serio). El lector corregirá por su cuenta la falsa

perspectiva consiguiente, que lo induciría a pensar que yo era la única persona que suscitaba los reproches de Kafka. En este sentido, así como en muchos otros, me guié por el ejemplo de W. Chertkoff, en su edición de los diarios de Tolstoi (ver el prefacio de Chertkoff a dicha edición).

Es necesario, en general, tener en cuenta la falsa perspectiva que todo diario crea. Cuando uno escribe un diario, apunta en él, de costumbre, lo que lo oprime o lo irrita. Mediante esas anotaciones uno trata de librarse de las impresiones tristes y negativas. Ante las impresiones positivas, no es necesario habitualmente reaccionar de este modo; uno las apunta, como muchos sabrán por su propia experiencia, solamente en casos excepcionales o cuando es su expreso propósito (como en el caso de los diarios de viaje). En su mayoría, los diarios se asemejan a una curva barométrica incompleta, que sólo registra los "bajos", las horas de mayor depresión, y nunca los "altos".

Esta ley también vale para los trece cuadernos en cuarto que constituyen el verdadero diario de Kafka. En los diarios de viaje del mismo período prevalece a menudo un humor comparativamente más luminoso. Más evidente es su buen humor en las cartas. Sólo con el avance de su enfermedad éstas se ensombrecen, pero entonces para sumergirse en la más profunda negrura de la desesperación. Pero en general, se puede establecer la siguiente escala de luminosidad en las manifestaciones *personales* de Kafka (naturalmente, sus obras literarias recorren todos los matices de la escala): los cuadernos en cuarto muestran la banda más oscura del espectro, las anotaciones de viaje son un poco más claras, muchas de sus cartas (más o menos hasta el período de Zürau, y también durante el mismo) nos muestran una claridad todavía mayor; y en su conversación y sus manifestaciones cotidianas había a menudo —casi siempre, si consideramos las primeras épocas de su vida —una alegre despreocupación que parecería casi increíble en el autor de estos diarios.

La mayor parte de los diarios está contenida en trece cuadernos de formato en cuarto.

Cinco de ellos están numerados por el mismo Kafka con números romanos (I-V), aunque el segundo no lleva número de orden. También las páginas están numeradas consecutivamente, aunque una segunda numeración, también de mano de Kafka, crea cierta confusión. Además, la disposición cronológica se ve dificultada

por el hecho de que en algunos cuadernos Kafka escribía también desde la última página hacia la primera, de manera que las anotaciones se encuentran en el medio. A pesar de todo, el orden cronológico ha sido establecido con bastante exactitud. El primer cuaderno empieza con algunas notas no fechadas. La primera fecha que aparece es el 17-18 de mayo de 1910. Algunas páginas después siguen anotaciones comprendidas entre el 19 de febrero de 1911 y el 24 de noviembre de 1911. El segundo cuaderno, que va desde el 6 de noviembre de 1910 hasta mayo de 1911, llena la laguna del cuaderno anterior, y también contiene una parte del capítulo *El Fogonero.* El tercer cuaderno trae anotaciones desde el 26 de octubre de 1911 hasta el 24 de noviembre de 1911. De este modo, los cuadernos I, II y III se superponen, lo que también ocurre con el VIII y el IX. El cuaderno IV abarca del 28 de noviembre de 1911 hasta fines de 1911; el V (donde hubo que corregir algunas fechas evidentemente mal colocadas por Kafka) del 4 de enero de 1912 hasta el 8 de abril de 1912; el VI, del 6 de mayo de 1912 hasta setiembre de 1912; en este cuaderno se encuentran *La Condena* y la segunda parte de *El Fogonero.* Después de un intervalo, el diario continúa en el cuaderno VII, del 2 de mayo de 1913 hasta el 14 de febrero de 1914; el VIII, del 16 de febrero de 1914 hasta el 15 de agosto de 1914. También aparecen en el cuaderno VIII (empezando en la última página) anotaciones de febrero de 1913, y el cuaderno IX se intercala en el período abarcado por el VIII. Numerosas páginas han sido arrancadas del noveno y del décimo cuaderno. Este último va del 21 de agosto de 1914 (es decir, continuando el cuaderno VIII) hasta el 27 de mayo de 1915. El cuaderno XI, del 13 de noviembre de 1915 hasta el 30 de octubre de 1916, y más adelante algunas anotaciones comprendidas entre abril y agosto de 1917. El cuaderno XII, donde también arrancó el autor gran número de páginas, empieza en Zürau, el 15 de setiembre de 1917, y llega hasta el 10 de noviembre de 1917; luego, después de un largo intervalo, sigue del 27 de junio de 1919 hasta el 10 de enero de 1920. El último cuaderno abarca el período entre el 15 de octubre de 1921 y noviembre de 1922, y también trae algunas anotaciones del 12 de junio de 1923. Con letra minúscula, figura también una parte del relato inconcluso *Investigaciones de un Perro* (no el principio). La letra de Kafka en los primeros cuadernos, más o menos hasta el octavo, es grande y suelta; más tarde se vuelve paulatinamente más pequeña y aguzada.

Estos trece cuadernos forman un todo estilístico que he tratado de conservar. El autor apunta ideas literarias, comienzos de relatos o reflexiones que le pasan por la mente. Los principios que lo guían, la forma en que busca y encuentra en estos esfuerzos literarios un contrapeso para el mundo hostil que lo rodea, su odiado empleo, cansador, realmente agotador; todo esto aparece repetida y detalladamente descrito por las anotaciones de los diarios. Además de lo que su fantasía le inspira, Kafka apunta también su experiencia cotidiana, especialmente los sueños; a veces éstos predominan sobre las anotaciones comparativamente más realistas; a menudo constituyen una base para la creación literaria. En algunos casos excepcionalmente felices, estas anotaciones, ya sean largas o cortas, constituyen una obra literaria perfecta en todo sentido; Kafka eligió luego algunas para publicarlas. Las que él mismo publicó aparecen ahora en el tomo *La Condena*; a menudo el contenido de los diarios arroja una luz inesperada sobre estos fragmentos. De ese modo, intercalados entre las anotaciones cotidianas, que para el autor servían igualmente como una especie de balancín que le permitía saltar a la creación literaria, uno encuentra ahora muchos trozos que podrían haber sido publicados como obras independientes. Surge ante los ojos la creación semicompleta, al mismo tiempo que el mármol no trabajado.

Por lo tanto, la estructura de estos trece cuadernos es diferente de la estructura de los cuadernos azules en octavo, que contienen casi únicamente ideas literarias, fragmentos, aforismos (sin referencia al mundo cotidiano). Sólo excepcionalmente se encuentra en ellos una referencia a la vida cotidiana, una fecha. En cambio, los tres diarios de viaje, aquí publicados, presentan un estilo totalmente distinto: en ellos los acontecimientos y las experiencias aparecen anotados en un estilo meramente realista, sin la intención aparente de ser utilizados como punto de partida para una obra literaria posterior; como lo son las anotaciones de un turista. Es claro que este turista es Franz Kafka, y aunque su manera de observar los hechos parece absolutamente natural, sin embargo, de una manera misteriosa, se aparta de todo lo convencional y resplandece de símbolos.

Ambos elementos, el hecho real y el estudio preliminar de la obra definitiva (estudio preliminar que en los casos más felices representa ya la obra misma), están mezclados de una manera única en los trece cuadernos en cuarto que constituyen los diarios de Kafka.

Los signos [ ] indican que las palabras comprendidas entre corchetes pertenecen al editor.

El signo... al final o en medio de una anotación indica que Kafka dejó sin terminar la frase precedente; en ciertos casos representa una laguna o un pasaje ilegible.

M. B.

Tel Aviv, 1950.

SINOPSIS DE LA VIDA Y OBRA DE KAFKA, CRONOLÓGICAMENTE

1883 Nace el 3 de julio en Praga.
1901 Termina los estudios en el Gymnasium, inicia los estudios superiores, pasa por Munich.
1902 Inicia la correspondencia con Oskar Pollak. En el verano, Liboch (Silesia).
1905 y 1906: Durante el verano, en Zuckmantel.
1906 Se recibe de Doctor en Derecho en la Universidad de Praga. En el verano, en Triesch, en casa de su tío, médico rural (el doctor Siegfried Löwy).
En octubre empieza a trabajar en la compañía Assicurazioni Generali.
antes de
1907 Escribe *Descripción de una lucha* y *Preparativos de bodas en el Campo.* Otras obras juveniles (perdidas).
1908 Entra en la compañía de Seguros Obreros.
1909 Publica en la revista *Hyperion* dos trozos de *Descripción de una Lucha.*
En setiembre Riva, Brescia, con Max y Otto Brod.
Publicación de *Los Aeroplanos en Brescia* en el diario de Praga, *Bohemia.*
1910 Publica en *Bohemia* diversos trozos luego incluídos en *Contemplación.* Empieza los cuadernos en cuarto (diarios). La compañía judía de teatro. En octubre, París (con Max y Otto Brod).
1911 Enero y febrero en Friedland y Reichenberg. En verano, Zürich, Lugano, Milán, París, con Max Brod. Luego Erlenbach, cerca de Zürich (solo).
Diarios de viaje.
1912 Publicación en el periódico literario *Die Herderblätter* de *El Primer Viaje largo en Tren,* primer capítulo de *Ricardo y Samuel.*
Empieza la novela *El desaparecido (América).*
En el verano, Weimar (con Max Brod), luego solo en Jungborn, en el Harz.
Conoce el 13 de agosto a F. B.
El 14 de agosto entrega a la editorial Rowohlt el manuscrito de *Contemplación.*
La Condena. La Transformación.

1913 Aparece *Contemplación* (enero), en la editorial Rowohlt.
En mayo aparece *El Fogonero,* primer capítulo de *América.*
Publicación de *La Condena* en el anuario literario *Arkadia.*
Labores de jardinería en Troja, cerca de Praga. Va solo a Viena, Venecia, Riva. La suiza.

1914 Compromiso formal con F. B., en Berlín, a fines de mayo.
Bosquejos preliminares de *El Castillo* (diario, 11 de junio).
Trabaja en *El Proceso, La Colonia Penitenciaria.*
En Hellerau, Lübeck, Marienlyst (parte del viaje con Ernst Weiss); estalla la guerra. Preocupaciones adicionales provocadas por la fábrica del cuñado. Ruptura del compromiso.
Escribe *El Topo Gigante.*

1915 Reanuda las relaciones con F. B. Publica *La Transformación.*
Trabaja en *El Proceso.* Recibe el Premio Fontane por *El Fogonero.*
Se muda de la casa paterna a un cuarto alquilado, en Praga (primero en Bilková, luego Dlouhá trida).

1916 En julio, con F. en Marienbad. Escribe algunos cuèntos de *Un médico Rural.* Lectura pública en Munich (noviembre).

1917 Se muda a la Alchemistengasse, luego al Palais Schönborn.
Sigue trabajando en los cuentos de *Un médico Rural.*
Segundo compromiso en julio. El 4 de setiembre comprueba su tuberculosis. Se va a Zürau. El 12 de setiembre, licencia por enfermedad. Estudia a Kierkegaard. Aforismos (cuadernos en octavo).
Segunda ruptura del compromiso en diciembre, en Praga.

1918 Zürau. Praga. Turnau. Silesia. Escribe *La Construcción de la Muralla China.*

1919 Aparece *Un Médico Rural.* Editorial Kurt Wolff.
La señorita J. W. (Silesia) Praga.
Carta al Padre. En Silesia, con Max Brod. Aparece *La Colonia Penitenciaria.*

1920 Meran, Austria.
La señora Milena Jesenká.
Vuelve a trabajar en la oficina.
Fin de año en Tatra. Robert Klopstock.

1921 Tatra. Praga. La señora Milena.
Escribe *El Castillo.* Publicación de *El Jinete en un Balde,* en el *Prager Presse.*

1922 Spindlermühle. En febrero, nuevamente en Praga.
El 15 de marzo lee partes de *El Castillo.*
Hacia fines de junio, Planá, sobre el Luschnitz, con su hermana Ottla. Praga.
Publicación de *Un Artista del Hambre* en *Die Neue Rundschau.*

1923 En julio, Müritz. Conoce a Dora Dymant. Se va con ella a Berlín. Silesia.
Fines de setiembre: Berlín-Steglitz. Zehlendorf.
Escribe *La Madriguera, Josefina,* tal vez *Investigaciones de un Perro.*

Entrega a la imprenta los cuatro cuentos de *Un Artista del Hambre* (Editorial *Die Schmiede).*

1924 En Berlín hasta el 17 de marzo. Praga. El 10 de abril se va al sanatorio Wiener Wald. Clínica del Profesor Hajek en Viena. Luego al sanatorio Kierling, cerca de Viena, con Dora y Robert Klopstock. Muere el 3 de junio. Es enterrado en Praga.

LISTA DE ESCRITORES Y ARTISTAS

No todos los escritores y artistas mencionados en el texto han sido identificados. En tal caso, su nombre no figura en esta lista.

Abramowitsch, Salomon Jacob; *ver Mendele Mocher Sforim.*
Adler, Friedrich (1857-1938); *poeta y dramaturgo judío alemán, de Praga.*
Adler, Jacob P.; *fundador de una distinguida familia de actores.*
Annunzio, Gabriele D' (1864-1938); *poeta y novelista italiano.*
Baal Schem Tov, Israel Ben Eliezer (circa 1700-1760); *fundador del jasidismo.*
Bakunin, Mikhail (1814-1876); *anarquista ruso.*
Baluschek, Hans (1870-1936); *pintor alemán.*
Baum, Oskar (1883-....); *escritor y crítico musical judío, de Praga.*
Beer-Hofmann, Richard (1866-1946); *poeta lírico y dramaturgo judío austríaco.*
Beermann, Richard Arnold, *seudónimo de* Arnold Höllriegel (1883-1939); *autor de libros de viaje.*
Belinski, Vissarion Grigorievich (1811-1848); *crítico ruso.*
Beradt, Martin (1881-....); *novelista judío alemán.*
Bergmann, Hugo (1883-....); *filósofo judío de Praga, ahora profesor de la Universidad Hebrea.*
Bernhard, Sarah.
Bialik, Hayim Nahman (1873-1934); *poeta hebreo.*
Bie, Oskar (1864-1938); *crítico de arte alemán.*
Biedermann, W. von; *autor de* "Conversaciones con Goethe".
Birnbaum, Nathan (1864-1937); *escritor y periodista sionista, judío austríaco.*
Bizet, Georges (1838-1875); *compositor francés.*
Blanc, Louis (1811-1882); *revolucionario e historiador francés.*
Blei, Franz (1871-1943); *novelista y autor de sátiras, alemán.*
Blüher, Hans (1888-....); *escritor alemán, autor de una cantidad de obras antisemitas.*
Blumenfeld, Kurt (1884-...); *líder sionista alemán, ahora en Jerusalén.*
Boy-Ed, Ida (1853-1928); *novelista popular alemana.*
Brahms, Johannes (1833-1897); *músico alemán.*
Brandenburg, Hans (1885-....); *poeta y crítico alemán.*

Bruckner, Ferdinand (Theodor Tagger, 1891-....); *dramaturgo judío alemán.*
*Claudel, Paul (1868-....); *poeta y dramaturgo francés.*
Dalcroze, Emile Jacques (1866-....); *coreógrafo austríaco, fundador de la Escuela de Hellerau.*
Daudet, Alphonse (1840-1897); *novelista francés.*
Dauthendey, Max (1867-1918); *novelista y poeta alemán.*
David, Pierre Jean (1789-1856); *escultor francés.*
Dehmel, Richard (1863-1920); *poeta alemán.*
Dick, Eisik Meir (1808-1894); *escritor y dramaturgo* yiddisch.
Dickens, Charles (1812-1870); *novelista inglés.*
Diederich, Eugen (1867-1930); *editor alemán.*
Dilthey, Wilhelm (1833-1911); *historiador y filósofo alemán.*
Dostoiewski, Feodor (1821-1881); *novelista ruso.*
Edelstatt, David (1866-1892); *poeta* yiddisch.
Ehrenfels, Christian von (1859-1932); *filósofo y dramaturgo alemán.*
Ehrenstein, Albert (1886-....); *poeta judío austríaco.*
Ernst, Paul (1866-1933); *escritor alemán.*
Flaubert, Gustave (1821-1880); *novelista francés.*
Foerster, Friedrich Wilhelm (1869-....); *pacifista alemán, escribió sobre política y pedagogía, ahora está en los Estados Unidos.*
Freud, Sigmund (1856-1939); *médico judío austríaco.*
Fred, W., *seudónimo de* Alfred Wechsler (1879-....); *escritor judío alemán.*
Freytag, Gustav (1816-1895); *novelista alemán.*
Fromer, Jacob (1865-....); *filósofo e historiador judío.*
Frug, Simon Samuel (1860-1916); *poeta* yiddisch.
Gluck, Christoph Willibald (1714-1787); *compositor de óperas alemán.*
Goethe, Johann Wolfgang von (1749-1832); *poeta, dramaturgo y filósofo alemán.*
Gogol, Nikolai Vasilievich (1809-1852); *novelista y dramaturgo ruso.*
Goldfaden, Abraham (1840-1908); *poeta y dramaturgo hebreo e* yiddisch.
Goldoni, Carlo (1707-1793); *dramaturgo italiano.*
Gordin, Jacob (1853-1909); *dramaturgo* yiddisch.
Cordon, Judah Loeb (1830-1892); *poeta de la Haskalah rusa.*
Graetz, Heinrich (1817-1891); *historiador judío alemán.*
Grillparzer, Franz (1791-1872); *poeta dramático austríaco.*
Grünbaum, Fritz (1880-194?); *escritor, dramaturgo y actor checo-alemán.*
Haas, Willi (1891-....); *escritor y editor judío alemán.*
Halbe, Max (1865-1944); *novelista y dramaturgo alemán.*
Hamsun, Knut (1859-....); *novelista noruego.*
Harden, Maximilian (1861-1927); *periodista judío alemán.*
Hardt, Ludwig (1886-1947); *maestro de elocución, judío alemán.*
Hasek, Jaroslav (1883-1923); *escritor checo.*
Hasenclever, Walter (1890-1940); *escritor y dramaturgo judío alemán.*
Hauptmann, Gerhart (1862-1946); *dramaturgo alemán.*
Hebbel, Christian Friedrich (1813-1863); *poeta y dramaturgo alemán.*

Hegner, Jakob (1882-....); *periodista alemán.*
Heine, Heinrich (1797-1856); *poeta judío alemán.*
Herder, Johann Gottfried von (1774-1803); *escritor y filósofo alemán.*
Hermann, Hugo (1887-1940); *escritor y periodista sionista, de Praga.*
Hermann, Leo (1888-....); *escritor sionista de Praga.*
Herzen, Alexander (1812-1870); *escritor y revolucionario ruso.*
Hofmannsthal, Hugo von (1874-1929); *poeta y dramaturgo austriaco.*
Hugo, Victor (1802-1885); *poeta y novelista francés.*
Humboldt, Wilhelm von (1767-1835); *filólogo y literato alemán.*
Ibsen, Henrik (1828-1906); *poeta y dramaturgo noruego.*
Ingres, Jean Auguste Dominique (1780-1867); *pintor francés.*
Jacobsohn, Siegfried (1881-1927); *periodista judío alemán, director de* Die Weltbühne *(El escenario mundial).*
Jammes, Francis (1868-1938); *poeta y novelista francés.*
Jerusalem, Karl Wilhelm (1747-1772); *prototipo del Werther de Goethe.*
Jordaens, Jacob (1593-1678); *pintor flamenco.*
Jung-Stilling, Johann Heinrich (1740-1817); *escritor pietista alemán.*
Kainz, Josef (1858-1910); *gran actor austriaco.*
Keller, Gottfried (1819-1890); *poeta y novelista suizo.*
Kellermann, Bernhard (1879-....); *novelista alemán.*
Kerner, Justinus (1786-1862); *poeta alemán.*
Kestner, Johann Christian (1741-1800); *un secretario de legación, prototipo de Albert en el* Werther *de Goethe.*
Kierkegaard, Sören (1813-1855); *filósofo dinamarqués.*
Kintel, Walter (1871-....); *filósofo neo-kantiano alemán.*
Kisch, Egon Erwin (1885-....); *escritor y periodista judío, de Praga.*
Kleist, Heinrich von (1777-1811); *dramaturgo y novelista alemán.*
Körner, Karl Theodor (1791-1813); *poeta alemán.*
Kraus, Karl (1874-1936); *periodista judío austriaco, y director de* Die Fackel *(La Antorcha).*
Krapotkin, Príncipe Peter Alexevich (1842-1921); *escritor anarquista ruso.*
Kubin, Alfred (1877-....); *pintor y escritor checo.*
Kühnemann, Eugen (1868-....); *escritor e historiador literario alemán.*
Kusmin, Michail (1875-1936); *poeta y novelista ruso.*
Kvapil, Jaroslav (1868-....); *dramaturgo checo.*
Laforgue, Jules (1860-1887); *poeta simbolista francés.*
Lagerlöf, Selma (1858-1940); *escritora sueca.*
Lateiner, Joseph (1858-1935); *escritor y dramaturgo* yiddisch.
Lasker-Schüler, Elsa (1876-1945); *poetisa judía alemana.*
Lechter, Melchior (1865-1937); *poeta alemán, del círculo de Stefan George.*
Lenz, Jakob Michael Reinhold (1751-1792); *poeta alemán, que murió loco.*
Liszt, Franz (1811-1866); *músico húngaro.*
Lorrain, Claude (1600-1682); *pintor francés.*
Loos, Adolf (1870-1933); *arquitecto judío austriaco.*
Ludwig, Otto (1813-1865); *novelista y crítico alemán.*
Luther, Martin (1483-1546); *filósofo y poeta alemán.*

Mahler, Gustav (1860-1911); *compositor judío austriaco.*
Maimon, Solomon (1754-1800); *filósofo judío alemán, de Bolonia.*
Mann, Thomas (1875-..); *novelista alemán.*
Mantegna, Andrea (1431-1506); *pintor italiano.*
Marbot, Jean Baptiste Marcelin de (1782-1854); *general de Napoleón.*
Martini, Simone (1283-1344); *pintor italiano.*
Meilhac, Henri (1831-1892); *libretista francés.*
Mendele Mocher Sforim (1836-1917); *novelista* yiddisch *y hebreo.*
Mendelssohn, Moses (1729-1786); *filósofo judío alemán.*
Millaud, A. (1844-1892); *dramaturgo judío francés.*
Morgernstern, Christian (1871-1914); *poeta alemán.*
Mörike, Eduard (1804-1875); *poeta alemán.*
Moissi, Alexander (1880-1935); *famoso actor alemán.*
Molière (1622-1673); *comediógrafo francés.*
Mozart, Wolfgang Amadeus (1756-1791); *compositor austriaco.*
Musil, Robert (1880-1942); *novelista, dramaturgo y ensayista judío austriaco.*
Musset, Alfred de (1810-1857); *poeta y dramaturgo francés.*
Myslbeck, Josef Vaclav (1848-1922); *escultor checoeslovaco.*
Nerval, Gérard de (1808-1855); *poeta francés.*
Nomberg, Hirsch David (1876-1927); *escritor* yiddisch.
Oeser, Adam Friedrich (1717-1799); *pintor que dió algunas lecciones a Goethe.*
Offenbach, Jacques (1819-1880); *compositor judío francés.*
Pallenberg, Max (1877-1934); *famoso comediante judío alemán.*
Pascal, Blaise (1623-1662); *filósofo francés.*
Peretz, Isaac Loeb (1851-1915); *escritor hebreo y* yiddisch.
Pick, Otto (1887-....); *periodista judío de Praga.*
Pietsch, Ludwig (1824-18..); *pintor alemán.*
Pines, Meyer Isser (1881-....); *historiador literario judío, de Rusia.*
Pinthus, Kurt (1886-....); *escritor y periodista judío alemán.*
Platón; *filósofo griego pre-cristiano.*
Poppenberg, Hans (1869-1915); *historiador literario y crítico alemán.*
Raabe, Wilhelm (1831-1910); *novelista alemán.*
Rabinowitz, Solomon; *ver Sholom Aleichem.*
Rachilde, *seudónimo* de Marguerite Vallette (1862-1935); *novelista y comediógrafa francesa.*
Racine, Jean (1639-1699); *poeta y dramaturgo francés.*
Richepin, Jean (1849-1926); *poeta, novelista y dramaturgo francés.*
Richter, Moses (1873-1939); *dramaturgo* yiddisch.
Rideamus, *seudónimo de* Fritz Oliver (1874-....); *poeta satírico alemán.*
Rosenfeld, Morris (1862-1917); *poeta* yiddisch.
Roskoff, Gustav (1814-1889); *escritor alemán, autor de la* "Historia del Diablo".
Rowohlt, Ernest; *editor alemán.*
Rückert, Friedrich (1788-1866); *poeta alemán.*

Rubens, Peter Paul (1577-1640); *pintor flamenco.*
Salten, Felix (1869-1945); *escritor y crítico judío austriaco, nacido en Budapest.*
Sarcey, Francisque (1827-1899); *crítico teatral francés.*
Schadow, Johann Gottfried (1764-1850); *escultor alemán.*
Schäfer, Wilhelm (1868-....); *novelista alemán.*
Scharkansky, A. M.; *poeta y dramaturgo judío polaco.*
Schildkraut, Rudolph (1862-1930); *actor judío austriaco.*
Schiller, Friedrich (1759-1805); *poeta e historiador alemán.*
Schlaf, Johannes (1862-1941); *dramaturgo y novelista alemán.*
Schlegel, Friedrich (1772-1824); *poeta y crítico romántico alemán.*
Schmidtbonn, Wilhelm (1876-....); *escritor alemán.*
Schnitzler, Arthur (1862-1931); *dramaturgo y novelista judío austriaco.*
Schnorr, Julius von Carolsfeld (1794-1872); *pintor pre-rafaelista alemán.*
Schönherr, Karl (1869-1943); *dramaturgo austriaco.*
Schomer, *seudónimo de* Nahum Meir Schaikewitz (1849-1906); *novelista judío polaco.*
Shakespeare, William (1564-1616); *poeta y dramaturgo inglés.*
Shaw, George Bernard (1856-1949); *ensayista y dramaturgo inglés.*
Sholom, Aleichem (1859-1916); *novelista* yiddisch.
Smetana, Friedrich (1824-1884); *compositor checo.*
Soederblom, Nathan (1866-1931); *teólogo sueco.*
Soyka, Otto (1882-....); *novelista alemán.*
Staël, Madame de (1766-1817); *escritora francesa.*
Steiner, Rudolf (1861-1925); *fundador de la sociedad antroposófica, alemán.*
Sternheim, Karl (1878-1943); *dramaturgo alemán.*
Stilling, *ver Jung-Stilling,* Johann Heinrich.
Storm, Theodor Woldsen (1817-1888); *novelista y poeta alemán.*
Stössl, Otto (1875-193?); *dramaturgo y novelista austriaco.*
Strauss, Emil (1866-....); *novelista alemán.*
Strauss, Richard (1864-1948); *compositor alemán.*
Strindberg, Johann August (1849-1912); *dramaturgo, novelista y poeta sueco.*
Strobl, Karl Hans (1877-193?); *novelista austriaco, de Praga.*
Taine, Hyppolite Adolphe (1828-1893); *crítico e historiador francés.*
Theilhaber, Felix Aaron (1884-....); *escritor judío alemán, actualmente en Palestina.*
Tolstoy, Leo (1828-1910); *novelista ruso.*
Trietsch, Davis (1870-1935); *escritor judío alemán, sionista.*
Tucholsky, Kurt (1890-1935); *periodista judío alemán.*
Utitz, Emil (1883-....); *filósofo judío de Praga.*
Vojnovic, Ivo (1857-....); *dramaturgo serbio.*
Voss, Johann Heinrich (1751-1826); *poeta alemán.*
Vrchlicky, Jaroslav (1853-1912); *poeta checo.*
Walser, Robert (1878-....); *escritor y poeta suizo.*
Wassermann, Jakob (1873-1933); *novelista judío alemán.*
Wedekind, Frank (1864-1918); *dramaturgo alemán.*

Weiss, Ernst (1884-1940); *novelista y poeta judío alemán.*

Weltsch, Felix (1884-....); *filósofo y periodista judío de Praga, actualmente en Palestina.*

Weltsch, Robert (1891-....); *periodista sionista de Praga, actualmente en Palestina.*

Werfel, Franz (1890-1945); *poeta y novelista judío austríaco.*

Wiegand, Carl Friedrich (1877-....); *escritor y poeta alemán.*

Wiegler, Paul (1878-....); *novelista y crítico alemán.*

Wolff, Kurt (1887-....); *editor alemán, actualmente editor de los Pantheon Books en Norteamérica.*

Zunser, Eliakum (1845-1913); *poeta folklórico* yiddisch.

ÍNDICE

DIARIOS

DIARIOS DE VIAJE